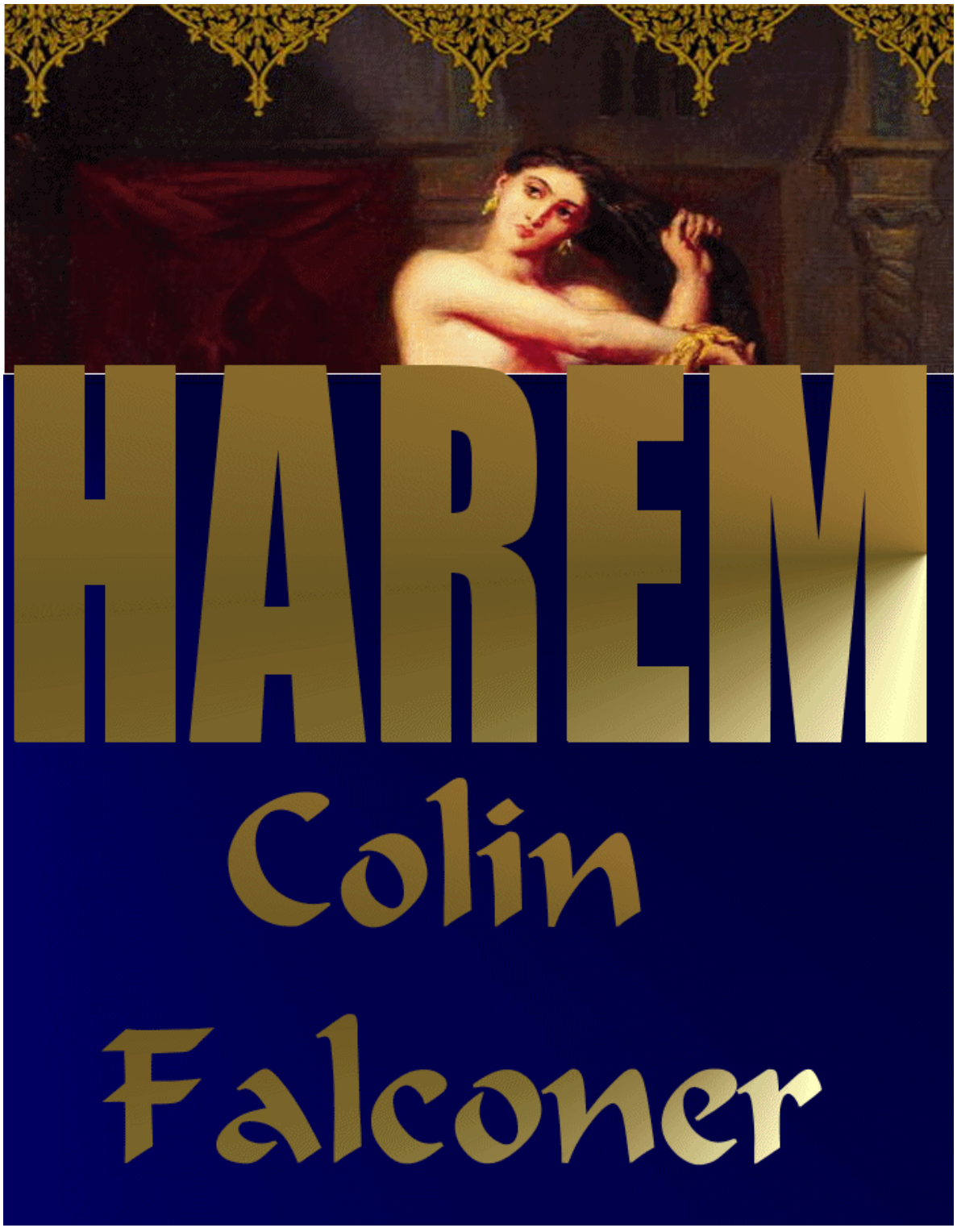
HAREM
Colin Falconer



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La araña teje su tela en el palacio de los Césares.
Verso de Sa'adi

Agradecimientos

Ningún libro se escribe a solas. Como siempre, quisiera dar las gracias a mis agentes, Tim Curnow, de Sidney, y Anthea Morton-Saner, de Londres, por su aliento y ayuda; a Anne Mullarkey y a su personal de los servicios de la Biblioteca de Australia Occidental, por su labor localizadora de la enorme cantidad de libros que necesité durante mis investigaciones; a la plantilla de la Sala de Lectura del Museo Británico de Londres, por su colaboración en la búsqueda de obras de referencia; a mi esposa, Helen, por su infinita paciencia y estímulo, incluso cuando me convierto en una persona con la que resulta un poco difícil convivir, aunque estoy seguro de que a mis amigos les costará trabajo creerlo; a Anna Powell y Nick Sayers, por su entusiasmo y clarividencia; y, por último, a Bilí Massey, mi editor, que ve el bosque cuando yo sólo veo los árboles. Que los santos le bendigan y le protejan.

Preámbulo

Muchos de los acontecimientos que constituyen el fondo ambiental de la presente novela pueden encontrarse en historias de los otomanos de la época. Sin embargo, lo que nunca podrá conocerse es lo que pudo ocurrir para que germinase tanta violencia y pasión tras las hojas tachonadas de clavos de hierro de la Sublime Puerta. En ese aspecto, ésta es una obra de ficción. Sólo los que llevan tantos años muertos podrían decirnos cuánto hay aquí de verdad.

El fragmento de poesía que figura al final de la novela procede realmente de una obra del propio Solimán.

Para Anna Powell y Bill Massey.
Con mi agradecimiento.

INDICE

.1.

Volumen 1

Prólogo 04
PRIMERA PARTE: La tela de araña 06
SEGUNDA PARTE: El ángel sombrío 75
TERCERA PARTE: Rosa de primavera 113
CUARTA PARTE: El guardián de la felicidad 140

Volumen II

QUINTA PARTE: El paso del polvo 217
SEXTA PARTE: Esa mujer llamada Húrrem 285
SÉPTIMA PARTE: Paraíso en la tierra 323
OCTAVA PARTE: La ventana peligrosa 358
NOVENA PARTE: Muerte de un ruiseñor 414
DÉCIMA PARTE: El viento de Dios 437
EPILOGO 478

VOLUMEN UNO

HAREM

EL IMPERIO OTOMANO hacia 1522

Prólogo

Saraya, Estambul, 1990

Hubo un tiempo en que reinaba el silencio.

Hubo un tiempo en que habrían desollado vivo al hombre cuya voz se hubiera elevado por encima del susurro de los plátanos y castaños de aquel patio, sanctasanctórum del emisario de Alá sobre la Tierra, señor de los señores de este mundo, dueño de las gargantas de los hombres, rey de los creyentes y de los incrédulos, emperador de Oriente y Occidente, refugio de todas les gentes del mundo entero, sombra del Todopoderoso que derrama serenidad sobre la Tierra.

Hubo un tiempo en que sólo el rumor de pajes y visires alteraba el apacentamiento de los venados y la exhibición de los pavos reales, mientras se diligenciaban en voz baja los asuntos del gobierno de un imperio que comprendía las siete maravillas del mundo.

Hubo un tiempo en que reinaba el silencio.

Ahora, los Mercedes atraviesan con estruendo la Sublime Puerta, pasan por delante de la adormecida iglesia de Santa Irene y llegan a la fuente donde en otro tiempo el bostanji-bashi lavaba la sangre de su cimitarra después de cada ejecución.

Ahora, los canosos y jubilados ejecutivos de Frankfurt, Chicago y Osaka, con sus Canon colgadas del cuello y sus esposas emitiendo tontas risitas de colegiala, recorren el pasaje que conduce al ortakapi acompañados por guias que lucen Rayban y que ni siquiera se molestan en advertir los altos nichos practicados en los muros, antaño lugares de reposo para las cabezas de los visires del sultán.

Allende el ortakapi, a unos metros del vestíbulo del Diván, una inscripción tallada en la pared de piedra indica: «Harén».

Cuatro provectas matronas de Ohio posan debajo del letrero mientras el marido de una de ellas enfoca la Minolta.

-No te apoyes en la pared, Doris -silabea el hombre- No sé si podrá aguantar tu peso.

Se abren de par en par las grandes puertas negras y el tropel de turistas irrumpe en la empedrada y fresca penumbra del interior. Un joven turco que viste una camisa con el cuello desabrochado y pantalones sin planchar permanece de pie a un lado y, por encima del ronroneo y el chasquido de las cámaras, se dirige a ellos en un inglés levemente distorsionado por el ceceo.

-Harén significa «prohibido» -explica el joven turco- Prohibido a los hombres. Tiempo ha, el sultán era el único hombre (hombre completo) que podía franquear esa puerta. Y cualquier mujer que entrase corría el riesgo de no poder salir nunca más.

Hubo un tiempo en que allí reinaba el silencio. No lo rompían los gritos de guerra e invasión, sino las risas. Las risas de una mujer.

Pero primero reinó el silencio.

PRIMERA PARTE

La tela de araña

Rodas, 1522

Silencio absoluto, salvo por el ritmo uniforme de la lluvia al tamborilear contra la superficie de las charcas ensangrentadas y el chapoteo de las gotas que se desprendían de los aleros de las tiendas. Hombres y camellos se desplazaban pesadamente por el barro; incluso los ollares de las acémilas se contraían ante el hedor de los enfermos y la falta de higiene; pero más aún ante la pestilencia del foso.

El foso que circundaba la fortaleza tenía dieciocho metros de profundidad y cuarenta y dos de anchura, y en algunos puntos los cuerpos hinchados de los muertos casi lo llenaban hasta arriba.

La fetidez de los cadáveres en putrefacción lo impregnaba todo, se filtraba a través de la ropa, el pelo y la piel, a pesar de los pebeteros y de los pañuelos empapados en perfume que los generales reunidos allí se apretaban contra la nariz.

El joven sentado a horcajadas en el trono de nácar y carey parecía una pantera dispuesta a saltar. Sus labios curvados hacia arriba mostraban los dientes en una torva mueca mientras escuchaba el murmullo reverencial de

su segundo visir. Sus largos dedos de artista se encogían y estiraban como garras y, bajo el turbante de seda, su rostro tenía un tono amarillo de furia.

-¿A cuántos hombres de tu sultán has perdido hoy? -preguntó refiriéndose a sí mismo, cosa que siempre hacía en público, como si el sultán fuera otra persona.

La sangre seca del tajo producido por una espada en su frente ennegrecía el rostro del segundo visir. Esa sangre también se había coagulado y había formado costras en su negra barba, donde brillaba pálidamente como un millar de pequeños rubíes. Media docena de veces, durante la jornada, se había lanzado al frente de sus hombres para abrir brecha en la muralla, bajo las torres de San Miguel y San Juan, mientras los encanecidos veteranos de la Cruz no daban tregua a los sables y las flechas para rechazar a los azabs del visir. Mujeres y niños habían arrancado los adoquines de las calles y, desde lo alto de la muralla, los arrojaban a la cabeza de los asaltantes. Incluso había visto a uno de aquellos pálidos sacerdotes arrimar el hombro para volcar las tinajas de pez hirviendo. Varios de sus hombres habían emprendido la retirada, destrozado su ánimo; Mustafá los había reducido con su acero y después había reagrupado a los soldados para un nuevo intento.

Ahora, por primera vez aquel día, tuvo miedo.

-¿Cuántos hombres? -repitió el joven del trono.

Mustafá se atrevió a levantar un poco la cabeza para mirar al sultán a los ojos. Oh, santo Dios.

-Veinte mil, mi señor -murmuró.

-¡Veinte mil!

Se puso en pie de un salto y todos los hombres de la sala -excepto uno- retrocedieron un paso.

En el prolongado silencio que siguió, varios generales presentes creyeron oír los intentos de Mustafá de tragar saliva.

Cuando el sultán Solimán habló de nuevo, su voz fue suave y sibilante. Como el estertor de la muerte en la garganta de un hombre, pensó Mustafá.

-Tú recomendaste esta expedición. Durante tres siglos, el infiel ha provocado a los osmanlies y se ha mofado de ellos desde esa fortaleza. Ni siquiera el Fatih y mi padre Selim consiguieron expulsarlos. ¡Pero tú aseguraste a tu sultán que esta vez sería diferente!

Mustafá guardó silencio. Se daba perfecta cuenta de que su fracaso no tenía excusa. Además, no estaba seguro de que sus hombres le siguieran en un nuevo ataque a las murallas.

La seda de las prendas de Solimán onduló bajo la claridad de las lámparas de aceite mientras el cuerpo del sultán se estremecía a impulsos de su cólera. Las manos constituían puños blancos, apretadas con fuerza a ambos costados. En las comisuras de la boca se había formado una espuma de saliva.

-Otros veinte mil integrantes del ejército de tu sultán yacen en el fango al pie de esa maldita roca, el resto se ve aquejado por la peste, ¡y las murallas siguen levantadas! El invierno está cerca, incluso las tormentas hierven ya en el horizonte, listas para destruir la flota y congelar lo que queda del ejército de tu sultán. Sin embargo, si Solimán se retirase ahora, ¡el estandarte del osmanlí, la bandera del Islam, se vería arrastrada por el polvo! Trajiste a tu sultán a Rodas. ¿Qué vas a hacer por él ahora?

Mustafá continuaba silencioso.

-¡Tú aconsejaste esto! -vociferó el sultán y hundió el índice, como si fuera un clavo de hierro, en el pecho del segundo visir.

Se volvió hacia el *bostanji* que aguardaba entre las sombras. Una ominosa y malévola presencia. Solimán hizo un rápido movimiento con las manos, una llamada dirigida al sordomudo, y chilló:

-¡Ejecútalo!

El negro avanzó a grandes zancadas y mediante una experta maniobra con la pierna y el brazo izquierdos puso a Mustafá de rodillas. Las cintas de los músculos de la espalda del hombre se tensaron cuando alzó el *killig* por encima de la cabeza para descargar el golpe mortal.

Sin embargo, fue Piri Pachá, el gran visir quien se movió primero. Dio un paso hacia delante, con las manos levantadas en gesto de súplica, y distrajo momentáneamente al *bostanji.* La hoja del *killig* centelleó al resplandor de las lámparas de aceite.

-¡Por favor, gran señor! ¡Perdonadle! ¡Por equivocado que pueda estar, ha luchado como un león frente a las murallas! Le he visto…

-¡Silencio! -gritó Solimán. En su barba había ahora saliva-. ¡Si tanto crees que vale, puedes reunirte con él en el Paraíso!

Fue como si una mano invisible hubiera barrido la estancia con una guadaña. ¡Piri Pachá! Era un anciano, el visir que había sobrevivido a Selim el Cruel y que fue también el propio tutor de Solimán durante la niñez de éste. Un hombre que se mostró contrario a la expedición contra Rodas. Los generales y consejeros congregados ante el joven sultán besaron el suelo con la cara, a la vez que todos y cada uno de ellos gemían pidiendo paciencia.

Sólo Ibrahim, el halconero, osó acercarse al sultán.

-Mi señor -murmuró, mientras tomaba la mano de Solimán. Tras arrodillarse, besó el rubí del dedo anular de la mano derecha del sultán.

Solimán se disponía a convocar a su *bostanji* para encomendarle un tercer cometido cuando reconoció al muchacho que tenía a sus pies.

-¡Ibrahim!

-Gran señor, hay otro medio.

Solimán pareció a punto de apartarse del joven, que aún retenía entre las suyas las manos del emperador. Pero cambió de idea.

-Entonces explícalo -dijo.

-Las historias nos cuentan que los griegos sitiaron Troya durante catorce años, para rescatar a una mujer. ¿Por qué, entonces, los turcos, agobiados durante más de tres siglos por las piraterías e invasiones que parten de esa peña, no van a sobrellevar el asedio durante un invierno?

El *bostanji* cambió de postura. El *killig* le pesaba cada vez mas.

-¿Qué aconsejas, Ibrahim?

-Dicen que cuando uno de los césares romanos invadía una isla, incendiaba toda su flota en la playa. Gran señor, tal vez si construyéseis una casa en esta colina, a la vista del castillo, los defensores comprenderían que no va a haber absolución hasta que la fortaleza sea nuestra. Eso destrozará su moral. Y si nuestros soldados se enteran de tu firme determinación, su ánimo se revitalizará.

Solimán suspiró, al tiempo que se echaba hacia atrás en el gran trono. Acarició con el índice una de las turquesas incrustadas cerca del brazo.

-¿Y qué hacemos con ellos? -movió la cabeza en dirección a los dos hombres todavía arrodillados, inclinada la cabeza, bajo el *killig.* Miró al anciano Piri Pachá e hizo una mueca. ¿Cómo podía habérsele ocurrido semejante cosa?

-Ya se ha derramado hoy demasiada sangre turca –dijo Ibrahim.

¡Qué diplomático eres!, pensó Solimán. Una casi imperceptible inclinación de cabeza y el *bostanji* se desvaneció de nuevo entre las sombras.

-Muy bien -les comunicó Solimán-. El sultán se queda.

El Eski Saraya (el Palacio Viejo), Estambul

El halcón surcaba el aire siguiendo el curso de las corrientes, volaba a gran altura sobre la ciudad y los extremos dentados de sus alas descendían o se inclinaban según la dirección de las ráfagas. Planeaba a sesenta metros por encima de la gran muralla de Estambul y sus sórdidas calles empedradas, donde mendigos sin piernas pedían limosna y las moscas formaban nubes negras sobre las cáscaras de los melones e incluso por encima de las cúpulas y minaretes de las mezquitas, que ahora adoptaban una tonalidad gris rosácea al posarse el pollo sobre su superficie; el ojo dorado del ave se mantenía fijo, sin pestañear, en la muchacha que ocupaba la terraza del Eski Saraya.

La joven estaba sola, era una figura llamativa, erguida en lo alto de los muros del palacio. A decir verdad, incluso entre las trescientas mujeres del harén destacaba con sus dos trenzas, enlazadas con una cinta de raso, que descendían hasta la mitad de la espalda. Su cabellera tenía el color del fuego -hebras amarillas, áureas y rojas que relucían al recibir la luz del sol, casi como si en cualquier momento pudieran ponerse a crepitar como las llamas- y contrastaba de forma asombrosa con sus ojos azules y su pálida piel de tártara. Era alta y esbelta, un tanto desmañada todavía a causa de la reminiscencia de los remilgos de la juventud.

De cara al nordeste, la mirada de la muchacha se dirigía más allá de los lejanos montes de Rumelia, a un lugar remoto al otro lado de la línea violeta del horizonte: un punto que se encontraba fuera del alcance de la vista, pero que ella veía.

Era un lugar donde la hierba seca alcanzaba tal altura en verano que casi rozaba el cinturón de un hombre a caballo, un lugar donde las ciénagas salinas relucían a la luz de la luna y donde un jinete podía cabalgar durante tres días y tres noches sin cruzarse con alma viviente alguna.

Mientras pensaba en ello, los labios de la mujer se entreabrieron y dejó escapar un leve grito que sobresaltó al ruiseñor anidado bajo el alero de la terraza, también atrapado, como ella, en una jaula primorosa.

-Podría pasarme la vida entera encerrada aquí –susurró la doncella, dirigiéndose al pájaro-. Me mantienen aquí por mis bonitos colores y por lo melodioso de mi canto, hasta que un día mi juventud se marchite como una flor comprimida dentro de un libro. Pero hallaré el modo de escapar.

En realidad, sólo existía una salida, desde luego. Y él todavía se encontraba en Rodas, donde, según decían, estaba construyendo una nueva casa en el monte Filermo, desde cuya cima se dominaba la fortaleza. Ella era suya, le dijeron, le pertenecía; pero la joven ni siquiera lo había visto y llevaba ya en aquella oscura y preciosa cárcel cerca de dos estaciones.

Le dijeron que, de todas formas, él tampoco miraba a ninguna otra mujer. Su favorita era Gúlbehar, la Montenegrina, aquella a quien llamaban «Rosa de Primavera». No hacia el menor caso de las demás concubinas, pese

a que poseía trescientas de las más bellas mujeres de un imperio que se extendía desde Babilonia hasta Belgrado, beldades todas ellas elegidas especialmente para él.

Bueno, tenía que haber algún medio. No iba a pasarse día tras día soñando ociosamente con que se produjera un milagro que la condujera hasta su lecho. Estaba dispuesta a despertar al mismísimo diablo y a encender debajo de palacio todos los fuegos del infierno, con tal de desplazar a la Montenegrina y encontrar una vía de escape.

Iban a lamentar el día en que permitieron que aquella arpía entrase en su jaula de pájaros.

Esperaría hasta entonces.

Que viniese.

Ella aguardaría.

Rodas

El día que los cristianos llamaban Fiesta de San Nicolás, Solimán entró en las ciudades de San Nicolás y del Santo Angel, en el recinto de las derruídas murallas de la fortaleza cuya conquista había constituido la máxima ilusión acariciada por su padre e incluso por su abuelo, Fatih, el Conquistador. Él, a sus veintiocho años, había conseguido lo que para sus antecesores no había sido más que un sueño. Había arrancado una espina clavada en el costado del imperio osmanlí: había arrebatado Rodas a los caballeros de San Juan.

-Dicen que aquí se alzaba el Coloso. Ahora hay otro.

Solimán se volvió en la silla. Era Ibrahim, que sonreía de oreja a oreja, mientras su semental árabe corveteaba y movía la cabeza, como si hubiera asimilado a través de la silla parte de la exaltación de su amo.

-Ha prevalecido tu sabio consejo -se limitó a decir Solimán.

-¡Es el día de Navidad! ¿Creéis que estarán celebrándolo ahora en la plaza de San Pedro?

Los ojos de Solimán atravesaron la plaza para ver al grupo de barbados caballeros que rezaban arrodillados, con la lengua asomando y las cimeras esculpidas en la piedra del dintel. Todos llevaban marcas de cicatrices: uno de ellos lucía un reciente costurón rosado que le cruzaba el rostro, con una mancha que parecía barro alrededor del hueco donde había estado su ojo; un vendaje que rezumaba sangre envolvía el brazo sin mano de otro. Murmuraban juntos sus oraciones, ajenos al olor a caballo y al ruido metálico de las armaduras y los aceros, mientras pasaban por delante de ellos los jenízaros y sus propios guardias de Corps; hacían caso omiso de los cañonazos que proclamaban la victoria al otro lado de las puertas y de las banderas verdes y blancas que ondeaban a su alrededor. No eran ellos quienes se habían rendido; fueron finalmente los ciudadanos de Rodas quienes primero solicitaron la tregua.

-No tienen nada que celebrar -dijo Solimán.

Ibrahim acercó más su caballo y bajó la voz hasta el susurro.

-Mi señor, me dejáis perplejo. Habéis logrado para la casa de Osmanlí la mayor victoria conseguida desde que el Fatih tomó Constantinopla. ¿Sois incapaz de regocijaros?

-Esos hombres lucharon con bravura, Ibrahim. En mi no hay sed de sangre. Nuestro deber con el islam es conquistar. Pero no tenemos que recrearnos en ello.

Ibrahim se esforzó en eliminar de su rostro la impaciencia. Pero Solimán sabia lo que estaba pensando y se permitió esbozar una tensa sonrisa.

-¿Os divierto, mi señor?

-Tú siempre me diviertes, Ibrahim. Lo sabes.

Ibrahim contempló las filas de soldados de plumas blancas, con sus largos bigotes y sus arcabuces al hombro. Le hicieron pensar en perros rabiosos sujetos por la correa.

-¿Permitiréis que los jenízaros disfruten de su gran día?

-No, Ibrahim. Di mi palabra. Esta vez, no.

-Sólo luchan por las prebendas que les dais. Son como perros que se alimentan de las sobras. Ya sabéis lo que pasa con los perros hambrientos.

-Tendrán que aguantarse el hambre un poco más. Aquí no habrá saqueo.

-Afrontamos aquí una completa derrota.Sois extraordinariamente compasivo, mi señor.

Por el tono que Ibrahim empleó, Solimán supo que sus palabras no correspondían a su pensamiento. Opinaba que había olvidado los últimos cuatro meses. No habría permitido a ningún otro hombre que le hablara así. Pero a Ibrahim, bueno...

Además, Ibrahim se equivocaba. No había olvidado. ¿Cómo podía un hombre olvidar el baño de sangre, el olor dulzarrón y nauseabundo de los cadáveres que se descomponían en el barro, los gritos de los moribundos que agonizaban en las zanjas, amontonados como setos? ¿Cómo podía olvidar el espectáculo del otrora orgulloso ejército pereciendo poco a poco a causa de la peste, hundido en el fango y bajo una lluvia helada? Pero, al final, la voluntad de Dios se había impuesto.

-¿Y ahora qué, mi señor?

Solimán pensó en el Eski Saraya y en su favorita, Gúlbehar. Allí encontraría la paz. El bálsamo de las caricias de una mujer siempre puede contribuir a que un hombre olvide tales pesadillas.

Quizá ella pudiera ayudarle a olvidar también aquel terrible instante en que descubrió a su padre dentro de si mismo: de no ser por Ibrahim, habría ejecutado conjuntamente a su primer y a su segundo visir. Ni siquiera Selim habría hecho jamás una cosa así.

Se estremeció al darse cuenta de que en su propia alma se alojaba la bestia. Aquello le impresionó aún más que la carnicería que había evocado desde los rincones mas oscuros de su interior. Nunca había sospechado que dentro de él acechase tal furia, tan intransigente espíritu de rencor. Sin Ibrahim, lo habría desatado.

Sin Ibrahim, le bestia aún podría destruirle.Sintió un escalofrío.

-Vamos a casa -dijo.

El Eski Saraya

Cuando una nueva joven esclava llegaba al harén, en seguida recibía la oportuna instrucción en la lengua de la corte osmanlí, así como en el Qur'an (el Corán); también se le asignaba a una de las funcionarias del harén para que la adiestrase en alguna tarea determinada.

A Húrrem la pusieron en manos de la *kiaya* del taller de la seda, la señora de las túnicas, una circasiana amargada cuya piel tenía el color y la

consistencia del cuero y que todavía se aferraba al recuerdo de la infecunda noche que pasó con el sultán Bayaceto, abuelo de Solimán. El resto de su vida estaba condenado a discurrir entre las prendas de brocado, damasco y raso, tafetanes y terciopelo, las túnicas bordadas, las camisas y velos en distintas fases de confección que se amontonaban encima de las mesas que rodeaban a la mujer, cuyo genio se agriaba de día en día.

Húrrem disfrutaba de su situación o, mejor dicho, había decidido sacar el máximo provecho de la misma. Sus dedos eran ágiles, poseía un estupendo ojo clínico y sus pañuelos arrancaban murmullos de aprobación a la *valida* del sultán, la madre del emperador, máxima autoridad del harén.

Así que tarareaba una canción mientras bordaba un rectángulo de raso verde de Diba -el mejor satén del mundo, le había dicho la *kiaya*, el de Estambul- con hilo de oro y plata, adornando la tela con un intrincado dibujo de hojas y flores.

Se concentró en la tarea al tiempo que canturreaba suavemente para sí una canción que le había enseñado su padre, una tonada tártara sobre las estepas y el viento del norte.

No oyó cómo la *kiaya* entraba en el cuarto y se acercaba a ella por detrás, pero sí sintió el doloroso bofetón en la oreja. Sobresaltada, dio un respingo y la aguja de plata se le escapó de la mano y fue a parar al suelo.

Se puso en pie de un salto, lista para devolver el golpe, y los ojos de la *kiaya* fulguraron con perversidad.

-¡Adelante! ¡Pégame, pequeña descarada! ¡Me encargaré de que el *kapi aga* te lleve al bastinado y de que te den una buena tunda!

Húrrem enrojeció, llena de furia, se tornó como la grana hasta la raíz del pelo, pero bajó la mano en seguida.

-Aquí no puedes cantar, descarada -recordó la *kiaya*- Ya te lo he dicho antes. Esto es el harén. Aquí siempre hay silencio.

-Me gusta cantar.

-Lo que a ti te guste no importa. Lo que el gran señor quiere, sí.

-Ni siquiera está aquí. Podríamos disparar un cañón en el pasillo y no se enteraría.

-¡Fresca insolente!

La *kiaya* la abofeteó de nuevo, pero esta vez Húrrem ya se lo esperaba y no gritó. Encajó el golpe y luego meneó la cabeza como un cachorrillo que se sacudiese las gotas de agua de la piel. Sus labios de curvaron en una sonrisa burlona, aunque la mano abierta de la kiaya había dejado una señal rosada en su mejilla.

-¡Es la ley! -le vociferó la *kiaya.*

Húrrem se inclinó hacia ella y susurró.

-No levantes la voz. ¡Puede oírte el sultán! ¡Detesta el ruido!

La *kiaya* se apartó de Húrrem, recogió el pañuelo que bordaba la muchacha y lo examinó con mirada crítica, en busca de algún defecto.

Al no encontrar ninguno, dejó caer el pañuelo en el banco con ejercitada expresión de disgusto.

-¡Continúa tu trabajo!

Húrrem compartía labor con una muchacha hebrea, de pelo negro como el ala de un cuervo, comprada en Alejandría a los traficantes de esclavos.

-¡Carne de mercado! -la llamó la *kiaya.*

La judía se llamaba Meylissa, tenía las piernas largas, las muñecas delgadas y los movimientos nerviosos de un gorrión. Por el rabillo del ojo,

Húrrem observó que la muchacha se inclinaba sobre el cojín de seda que bordaba, tratando de hacerse invisible. Pero era un objetivo demasiado tentador para la kiaya, dado el talante que tenía en aquel momento.

-Déjame ver eso -dijo la *kiaya*, y arrebató de los dedos de Meylissa el trozo de tela y brocado. Una mueca desagradable enmarañó sus labios-. ¡Mira esto! ¡Es el más fino brocado de Bursa y lo has estropeado! -Con destreza propia de una larga práctica arreó a la joven un pescozón-. ¿En qué estabas pensando? ¡Mira estas puntadas! ¡Cualquier niña lo haría mejor!

Meylissa agachó la cabeza, sin pronunciar palabra. La *kiaya* arrojó el material al suelo y volvió a golpear a la chica.

-¡Descóselo todo y empieza otra vez desde el principio! ¡Y no esperes cenar hasta que hayas terminado! ¿Me has oído?

Dio media vuelta y salió de la estancia de manera arrolladora.

-¡Gorda y vieja flatulencia de camello! -la calificó Húrrem, al tiempo que se echaba hacia atrás un mechón de pelo. Se sentó en el banco y empezó de nuevo a cantar, en tono más alto que antes. ¡El silencio es la ley! ¡Vaya tontería!

Percibió a su espalda un rumor leve y sofocado. Volvió la cabeza. Meylissa sollozaba, con la cara entre las manos, mientras su delgado cuerpo se estremecía a impulsos de la desesperación.

-¿Qué te ocurre, Meylissa? Meylissa... ¡no permitas que esa mujer te acongoje! ¡Es una bruja! He visto rezumar más inteligencia del lomo de un caballo.

Pero Meylissa se limitó a sacudir la cabeza y aumentó la intensidad de sus sollozos, mientras sus largos dedos se apretaban contra el tosco banco y sus uñas arañaban la madera.

-¿Meylissa?

Húrrem se puso de pie y se esforzó en reprimir la impaciencia. ¡Pero bueno! ¿Es que era la primera vez que la golpeaban? Se sentó en el banco contiguo al de la joven, le puso una mano en el hombro y la obligó a erguirse.

-¡Basta ya!

-No es por ella...

-¿Por qué es entonces?... ¿Meylissa? ¿Qué es lo que va mal?

De pronto, Húrrem lo comprendió, aparecía con toda claridad en los grandes ojos castaños de la chica. Se dio cuenta de que no era la *kiaya* la culpable de la angustia de Meylissa. Había terror en aquellos ojos: un terror desnudo, desorbitado, desesperado.

Dios misericordioso, ¿qué había hecho?

-¿Meylissa?

Los ojos de Meylissa buscaron su rostro, el terror competía con la urgente necesidad de confesar, de confiarse.

-Está bien -se oyó decir Hurrém-, cuéntamelo.

-Me matarán -bisbiseó Meylissa.

-Nadie quiere matarte. A menos que lo que pretendan es que nos muramos de aburrimiento moviendo la aguja...

-No lo entiendes.

-Claro que no. No me has dicho nada.

Meylissa cerró la mano sobre el faldón de su caftán y convirtió la tela en una endurecida bola de color castaño.

-Estoy embarazada -musitó.

Al principio, Húrrem creyó que no había oído bien.

-¿Cómo?

-Estoy preñada. Lo sé. No me ha llegado la sangre.

A Húrrem le entraron ganas de estallar en carcajadas. ¡Preñada!

¡En aquella cárcel de mujeres! ¡Pensó que aquella pequeña judía era estúpida! ¿Cómo demonios se las había arreglado?

-Te has equivocado.

Meylissa ya había dejado de llorar.

-No es ningún error.

-¿Pero cómo...?

Meylissa miró por encima del hombro de Húrrem. Ésta vio oscilar la nuez de la morena garganta de la muchacha. En la sórdida estancia, el blanco de los ojos de Meylissa relucía como un par de enormes perlas.

-El *kapi aga*.

¡El *kapi aga*! ¡El capitán de la guardia, el jefe de los eunucos blancos! Húrrem se quedó boquiabierta de asombro.

Aunque estaba al frente de la guardia del harén, se daba por supuesto que nunca podía quedarse a solas con las mujeres, ya que no era un *rasé* -eunuco completo- como los negros.

Se decía que a la mayoría de los eunucos blancos sólo se les castraba parcialmente, que se les ataban o se les machacaban los testículos, como a los corderos jóvenes. ¿Era posible que...?

-Se supone que es un eunuco.

-¡Claro que es un eunuco! ¿Crees que habría fornicado con un hombre completo? ¿Aquí?

Húrrem se quedó de una pieza. No sólo por la palabra -¡vaya con la pequeña Meylissa!-, sino por la forma en que el cerebro de la muchacha invertía los papeles. Pensaba que la estúpida era Húrrem. Desde luego, el solitario siempre se cree más inteligente que los demás, pensó Húrrem. ¡Qué ingenua había sido! Mientras ella todavía bregaba con el nuevo idioma, considerándose superior a las otras, por educación y crianza, aquellas hijas de labriegos ya habían descubierto el modo de burlar la vigilancia y de acostarse con varones.

Claro que, al menos, yo no estoy embarazada, pensó Húrrem.

-Pero si es un eunuco...

-Dicen que a veces un hombre... puede regenerarse. Incluso a los eunucos negros los examinan todos los años para tener la certeza de que no han recuperado nada.

-¡Valiente necedad! Cuando se castra un caballo, queda castrado para siempre.

-Pero los eunucos blancos, ya sabes... no son *rasé*, no les afeitan sus cosas como a los negros.

Permanecieron en silencio durante un momento, Meylissa estaba ya más tranquila, conversar la había ayudado. Húrrem continuó mirándola, estupefacta. ¡ Embarazada!

-¿Pero cómo fue?

Meylissa lanzó otra ojeada en dirección a la puerta y volvió a hablar en susurros:

-Hay un patio en el lado norte de palacio. Lo circundan altos muros y le dan sombra unos plátanos. En el muro hay una puerta, pero siempre está cerrada con llave y nunca tiene guardián.

-¿Qué hacías allí?

-Estudiaba mi Corán, tal como me habían ordenado.

Húrrem casi sonrió. ¡Tal vez fue voluntad de Dios!

-Sigue.

-Debió de yerme. Quizá desde la torre norte. Oí una llave en la cerradura. Iba a salir corriendo, pero...

Húrrem ladeó la cabeza, a la espera de lo que seguiría a aquel «pero». Sin embargo, Meylissa sólo se encogió de hombros.

-Dijo que yo era la mujer más hermosa del harén. Dijo que me ayudaría, que se encargaría de que el sultán se fijase en mí.

-¿Cuántas veces sucedió?

-Cinco, tal vez seis.

-¡Seis veces! ¿Sabes lo que te habrían hecho si te hubieran sorprendido?

-Me han sorprendido -dijo Meylissa-, ¿o no?

Húrrem guardó silencio. Se preguntó qué habría hecho ella, de haberse encontrado sentada en el sombreado jardín, leyendo el Corán. Lo mismo, probablemente. De todas maneras, hasta el peligro mortal era preferible al sofocante aburrimiento de aquel miserable palacio. Y los masajes y baños de vapor que la obligaban a tomar cada día habían agitado algo en su interior. Toda aquella indolencia y regalo actuaba sobre una como un afrodisiaco. Pero no había ningún hombre que acabase con aquel tormento.

-¿Cómo fue? -le preguntó Húrrem.

-¿Que cómo fue? ¿Qué importa cómo fuera? –susurró Meylissa-. Van a matarme. ¿Sabes lo que hacen con toda chica del harén que se queda preñada sin que el sultán la haya llevado a su lecho? ¡La meten en un saco que atan y arrojan al Bósforo!

-Te ayudaré -se oyó decir Húrrem.

-¿Cómo vas a ayudarme? ¿Qué podrías hacer tú?

-Ya lo verás. Te ayudaré. ¡Ya lo verás!

El Eski Saraya

La habitación seguía tal como la recordaba. Por primera vez desde su triunfal entrada en Estambul, tres días atrás, Solimán tuvo la sensación de haber vuelto a casa. Se echó en el diván adosado a la pared. Al quitarse el turbante de seda, se quitó también de encima su otro yo, el sultán de los osmanlíes, el hombre que cada día le resultaba más extraño. Deslizó la mano por la lisa superficie de su cabeza afeitada hasta el mechón de pelo que brotaba de la coronilla.

Desde que heredara el trono de su padre, tres años atrás, siempre había tenido la impresión de que miraba el mundo desde una estancia oscura y de que se contemplaba a sí mismo como el actor de una función de sombras chinescas. Incluso en sus diarios se refería a sí mismo en tercera persona.

Suspiró y sus hombros se hundieron. Llamaban al gran visir el «porteador de la carga». Pero el gran visir no era más que un prestidigitador, el equilibrista de un número de adulación, matemáticas y doblez. Era el sultán quien realmente llevaba la carga, el peso del Islam y de las necesidades de seis millones de turcos; y esa carga continuaría sobre sus hombros hasta el día en que muriese. Pero no obstante, allí, en medio del silencio del harén, se hallaba la tregua, el descanso. Allí se quemaba la

olorosa madera en la alta chimenea de cobre y las llamas de la lumbre ondulaban como el reflejo de una fuente sobre las paredes embaldosadas. Allí estaban los pebeteros de plata que colgaban del techo y en los que ardía sin llama el incienso cuyo aroma eliminaba momentáneamente el fétido olor a sangre que había llevado consigo en la memoria desde Rodas. Allí no había visires, ni generales, ni protocolos, ni responsabilidades.

Allí se encontraba Gúlbehar.

Solimán oyó el frufrú de la seda cuando ella apartó la cortina de damasco rosa para cruzar la puerta del extremo de la sala. Alzó la mirada hacia la mujer y sintió una mezcla de alivio, placer y deseo.

La larga cabellera formaba una trenza que le caía por la espalda y el resplandor del fuego perfilaba la silueta del rostro, sobre el que pincelaba sombras ocres y rosas. La mujer llevaba una camisa -un *gomlek*- de seda de color azul cielo, casi transparente, abrochada con dos botones de diamante que rutilaban y danzaban sobre su carne al ritmo de sus pasos.

Como un rayo de sol cabrilleando sobre el agua, pensó Solimán. El chaleco era de rico brocado azul de Bursa, las perneras de los pantalones formaban blancas cascadas de seda que descendían hasta los tobillos. Llevaba perlas en el pelo.

Gúlbehar, Rosa de Primavera, pensó. Qué nombre tan acertado te pusieron.

La mujer se hincó de rodillas y su frente tocó la alfombra.

-Sala'am, señor de mi vida, sultán de sultanes, señor del mundo, rey de reyes.

Con gesto impaciente, Solimán le indicó que se levantara. ¿Cuántas veces le había dicho que aquello era innecesario? Pero ella siempre le daba así la bienvenida, ciñéndose a la fórmula. En aquel momento, Solimán no deseaba que le recordasen su condición real. Era un hombre que volvía a casa y bastaba con eso.

-Ven aquí.

Ella casi corrió los últimos pasos y enterró la cara en el cuello de Solimán. El sintió la humedad de las lágrimas en su garganta y el perfume de jazmín que irradiaba del cabello de Gúlbehar.

-Cuando la blancura cubrió los alminares sin que tú estuvieras de regreso, temí que acaso no volvieses nunca. Me asusta tanto estar sin ti... Corren tantos rumores... –Se apartó de él y le miró a la cara por primera vez-. ¿No estás herido?

-Ninguna cicatriz en el cuerpo -dijo Solimán y, por algún motivo, pensó en Piri Pachá y en cómo había ordenado la muerte del mentor de su juventud. Si Ibrahim no hubiera estado presente... Quizá, después de todo, él fuera un tirano, como su padre-. ¿Cómo está Mustafá?

-Está durmiendo. Te ha echado mucho de menos -añadió-, habla de ti a menudo.

Apenas debe de conocerme, pensó Solimán.

-Déjame verle.

Gúlbehar le tomó de la mano y le condujo a través de las estancias hacia la cámara del príncipe. A un lado de la cama ardía la vela colocada en un largo candelabro dorado. La atendía un paje con turbante. Otro paje velaba entre las sombras, en el lado contrario del lecho. Si el niño se daba la vuelta en sueños, se apagaba la vela de un lado y se encendía la del otro, de manera que no brillase ninguna luz directamente sobre su rostro.

Solimán se inclinó por encima del lecho.

Mustafá tenía el pelo rubio de su madre y el mismo semblante hermoso y sereno. Contaba ya nueve años, crecía a ojos vista y era tan diestro arrojando la jabalina como a la hora de aprender el Corán y entender las matemáticas. El próximo sultán osmanlí, pensó Solimán. Disfruta de tu juventud mientras puedas. Es bueno que tus hombros se ensanchen. Volvió a chocarle la ironía de tener un hijo que se pareciese tan poco a él y menos aún a los turcos a quienes estaba destinado a gobernar algún día. Pero toda esposa de sultán era esclava y cristiana, ya que el Corán decretaba que ningún musulmán podía venderse en esclavitud. Así que todo sultán era hijo de una esclava, hijo de una cristiana y no obstante elegido divinamente como Protector de la Gran Fe. La telaraña de Dios era realmente inmensa.

-¿Está bien?

-Cada día más alto. Quiere ser como su padre.

Solimán sonrió en la oscuridad. ¡Qué transparente eres, Gúlbehar! Ya estás buscando mi favor. Es terrible el modo en que todos los hijos de Osmanlí aprenden a temer tanto a sus padres. Pero no les faltan buenos motivos.

Tocó la frente de Mustafá con la yema de los dedos. Durante el sueño al chico se le habían abierto las mandíbulas. Volvía a parecer un niño.

-Bendito seas, hijo mío -murmuró Solimán.

Mustafá susurró algo en sueños y se dio media vuelta.

Solimán miró a Gúlbehar. La silueta de la mujer se recortaba contra la llama de la vela. El deseo era como una sacudida física, que se agitaba en lo más profundo del estómago. Anheló tomarla en aquel momento, derramar en ella su semilla, como un torrente, como un río, para después sollozar sobre su pecho, igual que un niño. Pero eso no lo haría.

-Ahora deberíamos comer -dijo Solimán.

La propia Gúlbehar sirvió la cena: pequeños tacos de cordero guisados con hierbas aromáticas, trozos de pollo asados a fuego lento, berenjenas rellenas de arroz. Luego, higos con yogur y sorbete frío en copa de oro. Silenciosos pajes volvían a llenarles las copas y los tazones.

-¿Qué se comenta por el harén? -preguntó Solimán. Resultaba divertido escuchar los chismorreos. Y también era un barómetro de su poder de sultán.

-Dicen de ti que eres un gran héroe -declaró Gúlbehar y Solimán comprobó que asumía como suya parte de la gloria de él-. Cuando llegó la noticia de que habías conquistado Rodas, dijeron que la historia te recordaría como otro Fatih, un gran conquistador. Que estabas destinado a ser el más importante de todos los sultanes.

-El precio fue alto...

-Nuestro ejército pronto volverá a ser fuerte.

¿Qué sabía ella de ejércitos?, pensó Solimán, malhumorado. Insistió:

-Fue una batalla terrible. Si no tuvieses oídos de mujer, podría contarte cosas...

Acabó de comer y hundió los dedos en un bol de plata. Al instante, un paje se plantó a su lado para secárselos.

-No debes pensar más en ello.

-Durante el día es fácil. Pero de noche, en la oscuridad, cuesta mucho no recordarlo.

Aguardó, pero Gúlbehar no le animaba. ¿Cómo voy a decirselo?, pensó él. He de hablarlo con alguien. ¿O acaso es otra carga que debo llevar yo solo? Levantó la mirada hacia Gúlbehar y sonrió. ¡Qué maravilloso era que

Dios hubiera creado tal criatura de ojos azules! Dejó deslizar la vista sobre la sombra de los pechos bajo la camisa y tuvo la ilusión de que sentía el calor del cuerpo de Gúlbehar a través de la mesa. Pero en todos los demás aspectos se sentía muy alejado de ella.

-Cuando estabas ausente -dijo Gúlbehar-, cogía tus poemas y los repasaba. Siempre me hacía sentirme de nuevo muy cerca de ti.

Después de tanto tiempo tocando cosas duras: el brazo del trono dorado, la empuñadura de la espada, la rienda de cuero del corcel, era fantástico tocar algo suave. Solimán estaba ávido de ello. Sus manos agarraron el cuerpo de Gúlbehar, le apretaron los pechos como si deseara llevárselos como un tesoro particular; sólo cuando ella exhaló un quejido de dolor él volvió en sí, se reprimió y retiró las manos. ¡La tersura de su vientre y de sus muslos! Separó las piernas de Gúlbehar, se las pasó alrededor de las caderas y cerró los ojos sumido en placer.

Deseaba llenarla, perderse en aquella suavidad, en aquel calor. Expulsó de su mente la imagen de la lluvia helada, de un brazo con malla sobresaliendo del lodo como una garra, de la torre de San Miguel emergiendo entre nubarrones. ¿Había sido el olor de la sangre o el de la derrota lo que le había provocado aquel terror que todavía le obsesionaba? Gúlbehar le susurró al oído su dulce magia y él penetró en la mujer y, con un único, prolongado y urgente movimiento que le produjo un espasmo a lo largo de todo el cuerpo, el cálido y suave deleite le dominó y amargura y dulzura salieron disparadas fuera de él.

Como un torrente, como un río.

Al concluir, imaginó que ambos debían de estar tendidos sobre el charco de su semen. Las ideas se desparramaron en su cerebro, futuras y pretéritas. Gúlbehar con otro hijo, el pestilente foso de Rodas, la espada del verdugo centelleando como un diamante mientras permanecía suspendida sobre la cabeza de Piri Pachá, el rostro del dormido Mustafá que de súbito se convertía en el suyo para transformarse después en el de Sehm, su padre, un monstruo de barba empapada en sangre que se comía a sus propios hijos. Emitió un gruñido en voz alta, cayó de costado y escuchó las palabras tranquilizadoras que Gúlbehar le susurraba al oído. La pierna y el brazo de la mujer se enroscaron en su cuerpo y notó el agradable calor pegajoso de su propio muslo. Después, nada.

Al despertarse, sólo encontró el silencio del harén, la negrura de la noche, los mudos esclavos que montaban guardia en sus puestos al pie de la cama. No brillaba en la oscuridad más que la llama de una vela. Gúlbehar yacía dormida a su lado, prácticamente inmóvil, silenciosa en su sueño como siempre. Solimán abrió los párpados y miró a su alrededor, las oscuras sombras de los nichos de las paredes, donde Gúlbehar guardaba los manuscritos de los poemas que él escribía.

Este es mi harén, se dijo, mi retiro, vedado a todos los hombres excepto a mi. Tengo a mi favorita, a mi *gózde*, dormida bajo mi brazo; mi semen todavía húmedo dentro de ella; esos que están en los huecos de las paredes son mis poemas, cada secreta parte de mí conservada religiosamente en el rico idioma persa, mis pensamientos más personales y espirituales. Incluso dentro del protocolo del harén mantengo estas estancias como santuario. ¿Por qué, entonces, me siento tan solo?

Húrrem comprendió que se había dejado seducir cuando empezó a desear la llegada de la hora del *hammam,* el baño matinal.

En las estepas, bañarse era algo enojoso, incluso temible. Todo el mundo sabía que bañarse conducía al enfriamiento, a la enfermedad y a la muerte. El invierno y el viento eran enemigos de las personas y el lujo y la satisfacción cosas imposibles.

Pero allí, en el harén, se empeñaban en que las muchachas se bañaran dos veces al día y en que se afeitaran el vello del cuerpo. Al principio eso la aterró, pero al descubrir que no caía enferma se sintió simplemente disgustada, no tanto por el impudor como por la indolencia. No recordaba cuándo había empezado a sentirse distinta. Comprendió que se estaba suavizando. Si su padre la viese ahora, ¡que su maldita alma de bárbaro se abrasara en el infierno! Bueno, ella seguía siendo tártara. Ya vería él.

Las habitaciones eran tres: el *camehan* o vestuario; el *sogukluk* o sala de la calefacción; y la estancia central, la mayor de todas, la sala de vapor o *hararet*. Húrrem se desvistió a toda prisa y una de las negras -la *gediQli*, doncella y masajista- le tendió una toalla perfumada. Se calzó un par de *nalines* (zuecos) de palisandro rosa y, al entrar en el *sogukluk*, notó sobre su piel de gallina la caricia cálida del vapor. En el centro del recinto había una gran fuente de mármol con agua previamente calentada por la enorme caldera encendida debajo. En torno a la fuente, sentadas o de pie, unas cuantas jóvenes llenaban de agua grandes lebrillos de cobre y se la echaban por encima de la cabeza. Húrrem se reunió con ellas.

Miró a su alrededor, mientras fingía ocuparse de su aseo. Nunca había dejado de asombrarle la variedad de tonalidades de la carne. Hasta que llegó allí no se había dado cuenta de lo inmenso que era el mundo y de lo diferentes que podían llegar a ser las personas. Cabello, pezones, piel, ojos. La profusión de formas y colores era espléndida.

Había *gedihli* de apretados rizos negros y piel de caoba; jóvenes griegas de ojos oscuros y cabellera peinada en millares de rizos; circasianas de áureos cabellos, ojos azules y pezones como capullos rosados; muchachas egipcias de largo perfil aristocrático y mamelones del color de ciruela majada; jóvenes persas con el pelo del matiz de la noche y ojos tan profundos y oscuros como pozos.

¡Y tantas formas! Mientras derramaba otra vasija de agua sobre su cuerpo y simulaba no estar pendiente de las demás, se comparó en silencio con las otras chicas. Unas tenían pechos de tinte claro, voluminosos, surcados por venitas azules, igual que madres lactantes, pensó Húrrem, salvo que sus vientres eran lisos y tersos. Había pechos como lágrimas, apenas botones recién brotados; muchas de las *huríes* del harén eran jovencitas que acababan de alcanzar la pubertad, de pechos duros, firmes, rozagantes, imposiblemente lozanos y apretados. Húrrem bajó la vista para observar su propio cuerpo, cenceño y menudo como el de un chico, y se preguntó por qué la habrían elegido para llevarla a aquel lugar.

Bueno, puede que no sea tan bonita como alguna de estas odaliscas, se dijo. Pero tengo el pelo dorado de un zorro. Y también su astucia.

Recogió la toalla y se dirigió a la *hararet,* la sala de vapor, con la suela de madera de los *nalines* repicando sobre el mármol.

Parecía una escena de infierno lechoso. El vapor incineraba los pulmones y se adhería a la piel como un velo abrasador. Notó cómo le brotaba el sudor por los poros en forma de mil gotas minúsculas. Desnudas siluetas entraban y salían de la húmeda neblina semejantes a fantasmas, sólo quebraba el silencio el chasquido de la madera de algún *nalin* al golpear

el mármol del suelo, el tintineo de un lebrillo de cobre o las salpicaduras que provocaba alguna muchacha al entrar o salir de un baño.

La luz se filtraba a través de las serpentinas de vapor, tras descender desde las ventanas de la cúpula del techo; las nubes de vaho y el veteado gris del mármol de las paredes se mezclaban entre sí hasta crear la impresión de que no había paredes.

Húrrem se introdujo en una de las cálidas piletas, cerró los ojos y disfrutó de la sensación del agua que se llevaba el sudor y chapoteaba al chocar suavemente con sus hombros y pechos.

Apoyó la cabeza en el mármol, cogió agua en el hueco de ambas manos, se la echó en la cara y se apartó de los ojos un mechón de pelo mojado. Sí, es una sensación deliciosa, pensó.

Antes de venir aquí, mi cuerpo estaba acondicionado exclusivamente para la supervivencia, para adaptarse a los movimientos del caballo y para desarrollar la energía que precisa el trabajo manual. Ahora, estos eunucos y *kiayas* han despertado en mí algo más.

¿Pero para qué? Todas estas mujeres, con su piel sonrosada y suave, piel que sin duda les hormigueaba con tanto vapor ardoroso y agua caliente; con sus carnes flexibles a fuerza de masajes aplicados por la *gedihli,* indolentes y ronroneantes como gatitas, acicaladas y envueltas en sedas y brocados... y ni un hombre para apreciarlas o saciarías. Era todo un enigma, una añagaza brillante, mítica e inasequible.

Húrrem percibió un movimiento en el agua y abrió los ojos. Una mujer rubia y alta estaba sentada en el borde del baño, a unos cuantos palmos de distancia, mientras dos odaliscas echaban agua sobre su cuerpo y le daban un masaje en los músculos del cuello y de los hombros. La muchacha se inclinaba hacia atrás, apoyándose en los codos, con la cabeza caída sobre la espalda y los largos cabellos casi rozando el mármol del suelo. Era una postura de insultante seguridad en si misma y de lánguida soberbia. ¡Gúlbehar!

Húrrem notó que se le encendían las mejillas. Bien, si se ocultaba allí algún misterio, ella lo conocía. Sintió un involuntario ramalazo de odio y envidia, emociones que supuso compartía en aquel instante con todas las demás mujeres del *hammam*. ¿Por qué tú?, pensó. Con todas esas mujeres, ¿por qué precisamente tú? ¿Tan seductora eres? ¿O tan fácil de hechizar es él?

Gúlbehar tuvo conciencia de su mirada y, durante un momento, alzó la cabeza y abrió los ojos. Se mostraban increíblemente brillantes en la vaporosa humedad de la sala, como dos zafiros incrustados en hielo. ¿Qué expresaba su rostro? ¿Desconcierto? ¿Curiosidad? ¿Compasión?

Húrrem sostuvo su mirada durante unos segundos y luego se volvió lentamente de espaldas, salió del baño y exhibió las nalgas unos instantes más de lo necesario. Se arrepintió en seguida de su gesto infantil.

No hace falta que me compadezcas, pensó al tiempo que cogía la toalla con brusco ademán. Que me tengas miedo, tal vez. Pero lástima, no.

Desapareció a través de la neblina de vapor, con los zuecos haciendo añicos el silencio.

Las columnas y arcos marmóreos comunicaban la sala de vapor con las *yeni kaplija*, cámaras laterales más reducidas, dotadas de losas de mármol horizontales, donde las *gedihli* atendían a las odaliscas, aplicaban masajes a sus cuerpos y les examinaban minuciosamente brazos y piernas, vagina y ano, incluso la nariz y las orejas, para comprobar que no quedase

allí el menor rastro de pelo corporal. Hacía mucho tiempo que Húrrem había dejado de protestar por aquella indignidad.

Ahora se prestaba al examen sin el más leve murmullo. A pesar de todo, iban a hacerlo.

La muchacha negra se llamaba Muomi y era una moza taciturna, de rizos negros como el azabache y labios continuamente caídos en forma de hosco puchero. Las demás chicas se referían a ella hablando en susurros. Afirmaban que era una bruja y la eludían siempre que les era posible. Las articulaciones y nervios de sus grandes y huesudas manos parecían actuar por separado, de manera independiente, cuando trabajaban y algunas muchachas salían con el rostro humedecido por las lágrimas tras la sesión de Muomi. A Húrrem le encantaba. Le quitaba de encima toda la indolencia.

Húrrem se tendió boca abajo sobre la fría superficie de mármol.

-Procura hacerlo como debe hacerse -dijo-. Esta vez quiero que duela.

-Te hice daño la última vez. Creí que ibas a salir llorando como una cría.

-Te daré dos *ásperes* si consigues hacerme llorar.

-Tú no tienes dos *ásperes*. -Muomi inició el masaje y sus enormes manazas se movieron, enérgicas, sobre los músculos del cuello y los hombros de Húrrem, hasta que ésta temió que los ojos se le salieran de las órbitas. Estuvo a punto de escapársele un jadeo sonoro, pero respiró con fuerza y aguardó- Dicen que eres una bruja.

-¿Quién dice eso?

-Las otras chicas.

-¡Las otras chicas! Cuando las traen aquí, lo hacen por su belleza, no por su cerebro.

-¿Eres una bruja?

Las manos de Muomi actuaron sobre la columna vertebral de Húrrem. Fue como si intentase hundir los nudillos entre cada una de las vértebras e irlas separando. Húrrem notó que el manantial de las lágrimas fluía de sus ojos y enterró el rostro entre los brazos para ocultarlas.

-Bueno, ¿lo eres?

-Si fuese una bruja, hace mucho tiempo que habría convertido en realidad mi deseo de salir de este lugar.

Los dedos de Muomi presionaron los glúteos de Húrrem, los nudillos de la masajista encontraron la articulación de la cadera y la pelvis y Húrrem se mordió el blando músculo del antebrazo para impedir que Muomi se diese cuenta de que le estaba haciendo daño.

-Tus músculos son duros como los de un muchacho -concedió Muomi de mala gana.

-Un poco más fuerte -dijo Húrrem-. Apenas noto tus manos.

Muomi rió entre dientes.

-¿De veras?

Y a Húrrem se le escapó un sonoro sollozo.

Al entrar, Meylissa encontró a Húrrem tendida de espaldas, mientras Muomi la depilaba. La *gedihli* le aplicaba una pasta de rusma, hecha a base de cal viva, y con el filo de la concha de un mejillón iba eliminando con habilidad los minúsculos pelos de su cuerpo. Húrrem entrelazó las manos detrás de la nuca y observó a Muomi. Los pechos de Húrrem subían y bajaban, con temblores cuya cadencia dictaba la respiración. Tenía las mejillas húmedas.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Meylissa.

-Debo a esta bruja dos *ásperes* -dijo Húrrem.

-¿Por qué?

-Quiere el empleo de *bostanji* -explicó Húrrem-. A partir de mañana será la nueva verduga jefe del sultán.

Muomi había separado las piernas de Húrrem y le examinaba con mucha atención el perineo, en busca de vello.

Meylissa se volvió de espaldas a la negra.

-¿A qué viene tanta meticulosidad? -opinó-. Muomi es la única que se preocupará de si estamos o no afeitadas. ¡El sultán no lo hará nunca!

-Tenemos que estar preparadas. -Húrrem sonrió-. No podemos permitirnos el lujo de perder una oportunidad de oro por culpa de un pelo dorado.

Meylissa se inclinó sobre el borde del mármol y bajó la voz hasta el susurro. Se puso la mano en el exiguo y moreno estómago.

-¡Pronto empezará a notarse!

Se le llenaron los ojos de lágrimas en cuanto las palabras salieron de su boca.

Muomi alzó la cabeza de golpe.

-¿Qué le pasa?

-Se acuerda de la última vez que le frotaste la espalda -dijo Húrrem. Agarró un brazo de Meylissa y le clavó las uñas en la carne con tal fuerza, que la otra muchacha dio un respingo e intentó librarse. Pero Húrrem la retuvo.

-¡Aquí, no!

-¿Qué voy a hacer?

-No pasa nada. Tengo un plan.

-¿Qué intentas?

-Ya lo verás. Muomi, aquí presente, nos ayudará. Sonrió a ambas jóvenes, que se quedaron mirándola, perplejas, pero Húrrem cerró los ojos y se entregó al suave universo de vapor y a la valva de mejillón de Muomi.

El *kapi aga* llevaba dos meses experimentando un terror abyecto, alternado con períodos de ilusionada esperanza y de placer delirante. Era un hombre de imaginación viva y su mente veía y escuchaba lo que iban a hacer con él en el caso de que descubrieran su secreto. Sin embargo, ya no podía retroceder: aunque alguno de los mensajeros de Dios le entregase la garantía, firmada en oro por Dios en persona, de que iban a atraparle, se daba perfecta cuenta de que, con todo, siempre acudiría a la cita. El placer sexual -y ella era una mujer preciosa, doblemente preciosa por la circunstancia de estar prohibida- sólo era parte del asunto. La confirmación de una virilidad que creía haber perdido, el redescubrimiento de una potencia a la vez irresistible e irreversible. Podría soportar cualquier clase de muerte, siempre que muriese como un hombre.

O así se lo decía a sí mismo.

Todos los jueves por la tarde, una hora antes del crepúsculo, ella iba al jardín a leer el Corán. Para el *kapi aga*, era como si toda la semana estuviera precariamente configurada en torno a aquella espantosa y exquisita mezcolanza de minutos durante la cual daba la vuelta a la llave en la herrumbrosa cerradura y entraba de nuevo en el jardín. Nunca estaba seguro, al empujar la puerta, de encontrar allende el umbral a la mujer o a los soldados a quienes él mismo mandaba con sus *killig* de afilada hoja desenvainados. El jardín se había convertido en la primera materia de todos

sus sueños, y de todas sus pesadillas. Si le descubriesen, ni siquiera apelando a su cargo de jefe de la guardia de palacio y guardián de las muchachas podría ordenar a sus propios perros que se retirasen.

El armazón de hierro de la puerta chirrió al abrirse -¡Dios misericordioso, en el silencio del harén retumbó como un cañonazo!- y el *kapi aga* franqueó el quicio y cerró otra vez a su espalda. Miró hacia la torre norte. Sólo podían verle desde las habitaciones superiores -desde allí había visto a Meylissa por primera vez- y él mismo acababa de cerrar la puerta de aquellos dos cuartos.

No obstante, seguía teniendo la sensación de que todos los miembros del Diván le estaban mirando en aquel momento, mientras que el verdugo, el *bostanji-bashi*, aguzaba los garfios que le desgarrarían.

Altos muros de piedra daban sombra al jardín, cuyos paseos flanqueaban columnas de mármol blanco de Paros, plátanos, cipreses y sauces. Allí siempre había penumbra, aunque por encima de los árboles pudo ver el resplandor del sol reluciendo sobre los alminares de la mezquita del harén, a los que teñía de rosa al tiempo que enviaba sus rayos desde el cielo hacia la polvorienta ciudad.

Miró en derredor, en busca de la figura familiar de Meylissa inclinada sobre su Corán, sentada en un banco de mármol o en el suelo, bajo las ramas de un sauce, pero no halló el menor rastro de la joven.Trató de descubrir algún movimiento entre las sombras. El único sonido que se oía era el melancólico gorjeo de un ruiseñor aposentado en la enramada, por encima de la cabeza del *kapi aga*.

Una mezcla de decepción y terror irrazonable se apoderó del ánimo del hombre. ¿Por qué no estaba allí Meylissa?

-Hoy no vendrá.

La voz le llegó al *kapi aga* por la espalda. Dio media vuelta, de un salto, aterrado, y sacó instintivamente el *killig* de su vaina de cuero.

La muchacha se cruzó de brazos y se rió de él.

Era una integrante del harén, desde luego, pero no la reconoció. ¿Por qué iba a reconocerla? Había tantas. Era alta, esbelta, y tenía una llameante cabellera dorada y los ojos verdes. Llevaba un caftán de algodón, amarillo, chaleco con brocado de oro y un gorrito verde en la cabeza. Una perla única adornaba la borla del pequeño fez. A juzgar por su vestimenta, el *kapi aga* supuso que la muchacha ni llevaba mucho tiempo en el harén ni había subido mucho en él.

El hombre temblaba. Las manos, las rodillas, todo su cuerpo. ¡Oh, Dios todopoderoso!

-¿Quién eres?

-Meylissa no va a venir hoy.

-¿Dónde está?

-Aquí, en el harén. En un lugar a salvo de las atenciones de los hombres.

-¿De qué te ríes?

-Estás tan blanco como tu turbante. ¿Qué es lo que ocurre? No soy ningún jenízaro del sultán. Ni siquiera llevo espada. ¿De qué te asustas? No soy más que una costurera. Observa que voy desarmada. Ni siquiera llevo mi aguja.

El *kapi aga* trató de recobrar la compostura.

-¿Con quién crees que estás hablando? Me encargaré de que te lleven al bastinado y te propinen una paliza...

Avanzó un paso, la agarró de un brazo y acercó todo lo que pudo el filo de su espada al rostro de la mujer para intimidarla. Pero Húrrem le sonrió. El *kapi aga* abrió la boca al sentir los dedos de la muchacha cerrarse en torno a los testículos.

-Meylissa dice que todavía funcionan. Sólo soy una chiquilla que cose, pero creía que se daba por supuesto que no podían funcionar.

-¿A qué te refieres?

-Meylissa va a tener un hijo.

El *kapi aga* dio un paso atrás, como si Húrrem le acabara de decir que tenía la peste. La mujer contempló la asombrosa transformación que experimentaba el semblante del *kapi aga*. Las mejillas adoptaron un tono gris sucio, como un cadáver. La espada se le cayó de la mano y resonó con metálico estrépito al chocar con el mármol.

¡El muy idiota!, pensó Húrrem. ¡Atraerá a los guardias! ¿Es que es incapaz de dominarse? Durante un segundo, temió que el hombre echase a correr.

-No... no es po... posible -tartamudeó el *kapi aga*.

-Eso es lo que ella pensó. Supongo que también es lo que pensaste tú.

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?

-Soy amiga de Meylissa. -Húrrem miró el *killig,* caído en el suelo-. Recógelo -ordenó, sin más razón que la de probar su superioridad.

El hombre se inclinó, obediente.

-¿Qué quieres? -repitió.

-Quiero ayudarte.

-Ahora recuerdo quién eres -dijo el *kapi aga*-. Eres la chica rusa. Te compramos a los tártaros. -Ella le contempló con aire divertido; cada pregunta, cada conjetura aparecía en su rostro como en una página del Corán. Por último, el hombre articuló-: ¿Quién más lo sabe?

-Te seria muy fácil arrojarnos a las dos al Bósforo en plena noche y... asunto concluido. En eso es en lo que estás pensando, ¿verdad? Pues precisamente por eso se lo hemos contado a otra persona. Alguien cuyo nombre nunca conocerás.

Los labios del *kapi aga* se fruncieron con decepción y desagrado al comprender que se le cerraba otra vía de escape.

-Te conozco. La *kiaya* te llama su pequeña descarada.

-Tiene motivos.

-Me doy cuenta. -Envainó la espada con gesto de determinación-. De modo que quieres ayudarme, ¿no?

-Quizá no necesites mi ayuda. Tal vez quieras casarte con ella y formar una familia.

-¡No te burles de mí! -susurró el hombre.

-He pensado que te complacería enterarte de que por lo menos uno de los dos aún funciona como es debido.

El *kapi aga* dio un paso hacia ella, furioso, pero se dominó al instante.

-¿Cómo sé que es cierto?

-No puedes saberlo. Quizá no lo sepas con seguridad hasta que sea demasiado tarde. Una noche, la *valida* del sultán llegará ante ti con la orden de que lleves a Meylissa a dar un paseo en barco por el Bósforo. Entonces te entregará dos sacos. Uno para ella, otro para ti.

El *kapi aga* enarcó las cejas.

-¿Qué es lo que quieres?

-Eliminaré tu problema. Por completo.

-¿Eliminarlo?

-Por completo.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que conozco un modo de acabar definitivamente con el problema. A cambio, tú harás algo que entra dentro de tus posibilidades, pero no dentro de las mías.

-¿Una posición más alta? ¿Entrar a formar parte del séquito personal de la *valida*? ¿Vestidos? ¿Dinero?

-Me sorprende que valores en tan poco tu vida.

El *kapi aga* lanzó una mirada de impaciente temor hacia las ventanas de la torre norte, como si esperase ver allí al sultán en persona contemplándole. El sol estaba ya muy cerca de la línea del horizonte y los minaretes tenían ahora un tono rojo sangre.

-¿Qué es, entonces?

-Quiero que me metas en la cama del sultán.

-¡Imposible!

-No, es posible. Como también es posible que, si el sultán descubre que has hecho lo que has hecho, haga que te cuelguen de un gancho hasta que el sol ennegrezca tu cuerpo. Ya conoces el castigo.

El kapi aga se balanceó hacia atrás sobre los talones, como si le hubiese abofeteado. Tenía los ojos desorbitados y en blanco a causa de la estupefacción.

-¡El sultán nunca duerme con otra que no sea Gúlbehar, lo sabes perfectamente! ¿Por qué me pides algo que no está en mi mano?

Por primera vez, se desvaneció la burlona sonrisa que decoraba los labios de Húrrem.

-Disfruta de tu muerte. Creo que el *bostanji* es lo bastante imaginativo como para concederte una barbaridad de tiempo, a fin de que la saborees.

Y Húrrem se marchó. Las sombras se deslizaron a través del jardín y el kapi aga las contempló inmóvil, petrificado por el terror.

El harén se remontaba a la época en que los turcos osmanlíes no eran más que salteadores nómadas que vivían en las planicies salvajes de Anatolia y Azerbaiyán. La idea del harén se la copiaron a los persas, dado que resultaba muy conveniente para los guerreros que pasaban largos períodos de tiempo lejos de la tribu. Cuando los osmanlíes abandonaron su estilo de vida nómada y crearon su capital primero en Bursa y después en Constantinopla -ahora llamada Estambul-, el harén ya se había convertido en una institución en si mismo y había desarrollado una rígida escala jerárquica, con su propio protocolo y gobierno.

El harén no lo regía el sultán, sino la madre de éste –la *valida* del sultán- y el sultán tenía que atenerse a las leyes del harén como cualquiera de las mujeres que lo formaban.

Aquella confinada comunidad de eunucos y vírgenes la gobernaba la *valida*, con la ayuda del *kapi aga*, jefe de los eunucos blancos, que era a la vez capitán de la guardia e intermediario entre la *valida* y el propio sultán.

Al ingresar en el harén, a toda muchacha se le asignaba un puesto en alguno de los numerosos departamentos, con la mujer de las túnicas, con la maestra jefe de cocinas o en la misma cocina. Por méritos personales podía ir ascendiendo en el escalafón hasta alcanzar un cargo de cierta importancia en la jerarquía administrativa del harén, pero sólo le era posible conseguir

verdadero poder si llegaba a convertirse en *gozde* -«en el ojo»-, en otras palabras, si el sultán se fijaba en ella.

Si el sultán la llevaba a su cama, la muchacha se convertía en *iqbal*, en cuyo caso seguramente le proporcionarían alojamiento y una asignación económica. Podía pasar con el Señor de la Vida una noche o cien. Pero ello no le serviría de nada si no alumbraba un hijo... y se convertía en una de sus *kadinas*. Nunca hubo más de cuatro *kadinas*; al llegar a ese número luego se llamaba a las abortistas. Esas cuatro *kadinas* se quedaban a un soplo del verdadero poder, puesto que todas sabían que sólo una de ellas alcanzaría la gloria de ser algún día la madre del siguiente sultán osmanlí.

Solimán había roto la tradición. Aunque ahora contaba casi treinta años, todavía tenía una sola *kadin*, Gúlbehar, y un solo hijo. Era un hilo demasiado tenue para que se aferrase a él una línea sanguínea tan exaltada como la de los osmanlíes, y la madre de Solimán no cesaba de lamentarse, enojada, por esa negligencia de su hijo.

Hafise Sultana, la *valida,* era una georgiana de larga y brillante cabellera negra. Su aspecto era imponente y majestuoso, sentada en la corte, en la inmensa cámara abovedada de rutilante ónice y mármol veteado que era su salón de audiencia. Un neblinoso y amarillento rayo de sol descendía oblicuo
desde el cristal enmarcado de la cúpula del alto techo y arrancaba reflejos luminosos a la flor de nácar y granate que adornaba el pelo de la mujer. Todo en ella parecía regio, salvo su rostro, cuyos rasgos eran suaves y cuyos amables ojos grises eran los de una abuela. Tenía esa clase de semblante, pensó el *kapi aga*, que le daba a uno confianza. Cosa que resultaba peligrosa.

-¿Deseabas verme? -preguntó la *valida.*

El *kapi aga* se humedeció los labios y se sintió tan transparente como una gasa. Había ensayado su discurso largo tiempo durante la noche, pero ahora las palabras acababan de abandonarle y un pánico súbito y negro se apoderó de él.

-Corona de cabezas veladas... -murmuró, dirigiéndose a la mujer con su título oficial.

-¿Qué ocurre? ¿Te encuentras indispuesto?

-Un ligero resfriado...

-¿Una visita al boticario, quizá?

-Haré lo que vuestra alteza sugiere. ¡Gran Dios, que acabe pronto esto!

-Algo te preocupa.

El *kapi aga* asintió. ¡Preocuparle! Se había pasado la mayor parte de la mañana pensando en llevar un cuchillo a su garganta.

-Tengo noticia de que cierta inquietud agita a algunas muchachas.

La *valida* frunció el ceño.

-¿Ah, sí? ¿Y cuál es la causa de tal... inquietud?

-Algunas chicas... empiezan a sentirse un poco... celosas.

-Las jóvenes del harén siempre tienen celos de algo.

-Esta vez se trata de algo más grave.

La *valida* fijó su mirada en él y el *kapi aga* tuvo la incómoda sensación de que los ojos de la mujer intentaban ver lo que había detrás de los suyos, como un extraño que escudriña una estancia a oscuras.

-Prosigue -animó la *valida* finalmente.

-Se trata de Gúlbehar. Es la bienamada de todos, por supuesto...

-Excepto de mí -dijo la *valida* con sequedad.

Bueno, ya contaba con eso, pensó el *kapi aga*.

-... pero algunas muchachas opinan que no es justo que el sultán haga caso omiso de todas las demás. Algunas chicas se están volviendo poco menos que indóciles.

-Muy bien, ésa es tu obligación, y la del *kislar aghasi,* desde luego. Sometedlas.

-Si hubiese algo que pudiera decirles.., para alentarlas. La *valida* sonrió, al tiempo que se daba unos golpecitos rítmicos en la mejilla con la punta de su enjoyado índice.

-¿Y qué te gustaría decirles?

-Que tal vez algún día el sultán pudiera utilizar a alguna de ellas.

-¿Quién dice tal cosa?

La sonrisa de la dama se volatilizó. El *kapi aga* comprendió que había puesto el dedo en la llaga. Si a alguien le incomodaba de veras la atención en exclusiva que Solimán prestaba a Gúlbehar era a la madre del sultán.

-Todas sueñan con tener la oportunidad de servir al Señor de la Vida.

-¡Claro que sí! -Ella también había sido una joven esclava, antes de que Selim le pusiera el pañuelo a través del hombro. Hacía mucho tiempo de eso, pero no lo había olvidado-. ¿Alguna de ellas está a la altura de Gúlbehar?

-Todas creen estarlo -dijo el *kapi aga*, con sonrisa tensa. Normalmente, se permitía alguna que otra pequeña broma en el curso de una audiencia. Pero aquella mañana le costaba trabajo relajarse.

La *valida* volvió la cabeza y su mirada fue más allá de la ventana abierta, hacia las relucientes cúpulas del harén. Los dedos de su mano izquierda tocaron el pulgar, como si la mujer estuviese calculando algo mentalmente.

-Hablaré con el Señor de la Vida -dijo-. Gracias por someter ese tema a mi atención.

El *kapi aga* deseó gritar: «¡Aguardad, aún no lo he dicho todo!», pero hizo una reverencia y retrocedió, caminando de espaldas, rumbo a la puerta.

-Otra cosa.

-¿Sí, alteza?

-¿Tienes alguna muchacha determinada en la cabeza?

El *kapi aga* sonrió.

-Sí, alteza.

La *valida* asintió.

-¿Cuál es su nombre? -Húrrem. Se llama Húrrem.

El Corán sentencia: «La virtud está a los pies de la madre». Cada vez que Solimán iba al Eski Saraya, la costumbre y Alá le exigían que primero visitara a su madre. A Solimán siempre le había encantado la compañía de su madre, de modo que aquella formalidad no representaba una carga excesiva para él.

Aquella mañana, el viento llegaba del sur, era el primer hálito tibio de la primavera. Hafise Sultana estaba sentada en un diván de la terraza; lucía un caftán de brocado con dibujo de flores y el sol arrancaba destellos al nácar y el granate que adornaban su pelo. Solimán sonrió; a ella parecían gustarle más aquellas chucherías insignificantes que las gemas auténticas. Era una vanidad simpática.

-Madre. -Solimán besó y se llevó a la frente la mano de la *valida*. Tomó asiento en el diván junto a ella, con la mano de Hafise Sultana todavía entre

las suyas. Una sirvienta se apresuró a servirles sorbetes de agua de rosas-. ¿Te encuentras bien?

-El frío me afecta más que antes. A mi edad, estoy deseando que llegue la primavera.

-No eres tan vieja.

-Soy abuela -dijo la mujer-. Al menos, tengo un nieto. Supongo que viene a ser lo mismo.

Solimán echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

-Madre, eres tan transparente.

-Me entristece comprobar cuán a la ligera tratas los temores de una anciana.

-No eres una anciana.. -. Ni mucho menos.

Hafise alargó la mano y tomó un higo del frutero que tenía frente a ella.

-¿Y qué tal está el conquistador de Rodas? -Se apreció un evidente matiz de orgullo en la voz de Hafise-. ¿Adónde te instará el Diván a golpear ahora?

-No vas a oír tambores de guerra este año. Todos mis generales están todavía lamiéndose las heridas de Rodas. Transcurrirá una buena temporada antes de que tengan de nuevo dispuestas las garras.

-¿Y tú?

¿Qué utilidad tenía fingir con ella?, pensó Solimán.

-La idea de emprender otra campaña me pone enfermo hasta el fondo del alma.

-El sultán que no lleva la bandera de Mahoma a la batalla no dura mucho en el trono de sultán. Los jenízaros lo verán así.

-Lo único que no tienes que recordarme es mi deber. Es algo que siempre tengo presente. Pero, al menos por esta estación, ya he tenido bastante de guerra.

Hafise escogió otro higo con gran cuidado, mientras su cerebro elegía las palabras adecuadas con idéntica delicadeza.

-El deber de un sultán no está sólo en el campo de batalla.

Solimán suspiró. Las primeras palabras que pronunciadas por su madre aquella mañana debían haberle puesto en guardia. Iban a hablar de Gúlbehar otra vez.

-Los Osmanlí tienen un heredero -dijo.

-¿Y si cae enfermo? Un sultán ha de tener muchos hijos.

-¿Para que puedan asesinarse unos a otros cuando yo muera?

Solimán evocó el recuerdo de su padre, Selim Yavuz Sehm, el Cruel, le llamaban. Había depuesto a su padre, Bayaceto II, con el apoyo de los jenízaros, para asesinar a continuación a sus dos hermanos y a ocho sobrinos con el fin de que nadie pudiera poner en peligro su sultanato. Incluso circuló el rumor de que había hecho envenenar a Bayaceto, para que no pudiera impedir el golpe de Estado. El propio Solimán no tuvo un instante de tranquilidad hasta que el cuerpo de Selim, destrozado y agobiado por el dolor, sucumbió a causa de una úlcera de estómago, camino de Adrianópolis.

-Tienes una obligación.

-Tengo muchas obligaciones.

-Y no debes dejar de cumplir una sola.

Solimán la miró fijamente. Su madre tenía razón, por supuesto. Durante toda su vida había sido voz de su conciencia. Ella, no Selim, le

había enseñado que el deber está por encima de todo lo demás. Selim había amado el poder y el derramamiento de sangre en beneficio propio.

-Gúlbehar me hace feliz.

-Y eso es bueno. Pero no estamos hablando de tu felicidad. Hablamos de los herederos de la estirpe de Osmán.

Solimán se apartó. Contempló el panorama de alminares y cúpulas que salpicaba el desordenado conjunto de casas de madera prendidas a la ladera del monte que dominaba el Cuerno de Oro. Los Osmán habían recorrido un largo camino desde sus tiendas azotadas por el viento en la llanura de Anatolia. Sin saber por qué, Solimán recordó las últimas palabras que le había dirigido su padre, antes de enviarle a Manisa en calidad de gobernador: «Si un turco desmonta de la silla para sentarse en una alfombra, se convierte en nada... en nada».

Pero su padre era un bárbaro.

-En este momento, el corazón de la casa de Osmán solo tiene dos latidos -dijo Hafise-. No es suficiente.

-¿Qué te gustaría que hiciera?

-No quiero que renuncies a tu Gúlbehar. No deja de ser natural que tengas una favorita. Pero hay muchas otras jóvenes en el harén. Algunas de ellas realmente agradables a la vista.

-¿Significa eso que tengo que hacer de semental por el bien de la casa de Osmán?

-Una forma poco delicada de expresarlo, en especial ante una mujer de edad, pero, si, exactamente eso es lo que deberías hacer. Quizá sería distinto si Gúlbehar te hubiese dado más hijos. Pero hace nueve años que es tu *kadin* y...

-Me complace.

-¿Y otra mujer no puede hacerlo?

-Me siento cómodo con Gúlbehar.

-No es comodidad lo que tienes que buscar en las otras muchachas. Sólo un hijo.

Solimán se puso en pie de forma súbita. Observó que Fátima, una de las sirvientas de su madre, le miraba con timidez a través de las pestañas oscurecidas por el kohl. Sintió un ramalazo de impaciencia, hacia la mujer y hacia si mismo. Bueno, ¿qué le ocurría? ¿Por qué le resultaba tan difícil hacer lo que su madre le pedía? Quizá es mi pequeño acto de rebelión contra esta carga, pensó, el único medio que tengo para demostrar que soy distinto a los bestias que me precedieron. Esas mujeres casquivanas y voraces me hacen sentir miserable y degradado.

La criada vio la cólera de sus pupilas y bajó la cabeza, confusa y ruborizada.

-Haré lo que me pides -dijo, y besó la mano a su madre. Las fecundaré a todas, de una en una, si es eso lo que quieres, pensó con amargura. Llenaré el palacio de cunas.

Y puede que entonces me dejen tranquilo con Gúlbehar.

La *kiaya* arrancó con brusquedad la funda de almohadón de las manos de Meylissa y la arrojó al suelo. La pisoteó como haría un chiquillo con rabieta.

-¿Qué es esto? ¿Tratas deliberadamente de provocarme?

Meylissa negó con un movimiento de cabeza, con aire de desdicha, sollozante, incapaz de responder de viva voz.

-¡Mira estas puntadas! Esto no podría presentársele a una campesina, ¡y mucho menos a la *valida*!

-Lo siento… -lloriqueó Meylissa.

-¿Qué pasa contigo, muchacha? ¡Desde hace unas semanas estás lo que se dice imposible!

Para darle más énfasis a su dictamen, la *kiaya* propinó un fuerte cachete a Meylissa encima de la oreja. Los alaridos de la joven la animaron y repitió el golpe.

La incondicional rendición de Meylissa inspiró desprecio a Húrrem, pero al menos le ofrecía la oportunidad de enfrentarse a la *kiaya*. Se levantó del banco de trabajo y arrancó de debajo de los pies de la *kiaya* la funda de seda del almohadón.

-No está tan mal. Puedo arreglarlo fácilmente.

La *kiaya* dio media vuelta.

-¡Ah, pero si es la pequeña descarada roja! No puedes quedarte quietecita cuando ves que se arma jaleo, ¿verdad, cariño mío?

-Déjala en paz. No se encuentra bien.

-En ese caso, tal vez debamos enviarla a la enfermería. Y ya que coses con tanta exquisitez, ¡puedes hacer su labor además de la tuya!

Húrrem le arrojó el trozo de tela a la cara.

-¡Hazlo tú misma, vieja bruja!

La *kiaya* le asestó un bofetón en la mejilla. Húrrem retrocedió un paso y su mano salió disparada hacia delante como una serpiente a la que hubieran roto el sueño. Al chasquido de la bofetada sucedió un absoluto silencio. Fue como si alguien hubiera disparado un arcabuz en la pequeña estancia. La *kiaya* retrocedió, aturdida.

Poco a poco, en su rostro fue apareciendo una sonrisa de triunfo.

-Esto te va a costar el bastinado -silabeó, mordiendo las palabras-. El *kapi aga* se encargará de que te flagelen con el látigo hasta arrancarte a tiras la piel de todo el cuerpo, desde las plantas de los pies. Estamos en primavera. Serás afortunada si en invierno puedes dar otra vez tus primeros pasos. ¡Te enseñaré lo que representa golpearme!

Aparecieron dos guardias negros en el umbral. Exultante de victoria, la *kiaya* sonrió a Húrrem. Pero antes de que pudiera decir nada, uno de los guardias entró en la habitación y cogió a Húrrem por un brazo.

-Tienes que acompañarme -dijo en un curioso trémolo agudo-. Lleva contigo tus avíos de costura y lo que estás haciendo.

Húrrem vaciló, pasmada por lo que había hecho y por la milagrosa aparición de los guardias. ¿Qué estaba sucediendo? Recogió sus agujas, la bolsita de polvos de esmeril y el rectángulo de seda verde con que adornaba un pañuelo.

La kiaya contempló a los guardias.

-¿Adónde la lleváis?

-Tenemos órdenes del *kapi aga* -dijo el hombre, y condujo a Húrrem hacia la puerta.

-¡Hay que ponerla en el bastinado! -chilló la *kiaya*, pero en su voz no había convicción, sólo desconcierto.

Húrrem dejó que los guardias la obligaran a apresurar el paso, corredor adelante. Las palabras «kapi aga» la tranquilizaban. No iba a haber bastinado. Adivinó en seguida que estaban a punto de llegar los minutos más cruciales de su vida.

El patio estaba pavimentado con guijarros en forma de almendra, lo circundaban los altos y sombríos muros del palacio y aparecía dominado por una ornamentada fuente de mármol. Había ventanas por los cuatro costados del patio y Húrrem tuvo la sensación de que la observaban desde todas partes.

Comprendió de pronto dónde se encontraba. Aquél era el patio de la *valida*. Aquéllos eran sus aposentos.

Los guardias la apremiaron para que se situase en el centro del patio y la dejaron allí.

-El *kapi aga* dice que tienes que esperar aquí. Y que no se te olvide cantar.

-¿A qué viene esto? ¿Qué ocurre?

Pero los hombres ya habían cumplido las órdenes, así que dieron media vuelta y se alejaron raudos, con las curvadas hojas de los yataganes tintineando en las vainas colgadas del cinto. Húrrem los observó mientras se retiraban. ¿Qué sucedía?

Permaneció allí de pie, durante largos minutos, pero nadie aparecía. El agua murmuraba en la fuente de mármol, hipnótica, tranquilizadora. Tal vez, decidió Húrrem al final, el *kapi aga* había concertado una entrevista con la propia Hafise Sultana.

Pero, si así era, ¿por qué la habían dejado los guardias allí, en el patio? ¿Y por qué habían insistido en que se llevara la labor? ¿Y qué otra cosa le habían recomendado? «El kapi aga dice que tienes que esperar aquí, y que no se te olvide cantar.»

El *kapi aga* había ordenado que rompiera el sagrado silencio del harén. ¿Por qué?

Se encogió de hombros, buscó un lugar fresco a la sombra de la fuente, se sentó, con las piernas cruzadas, al estilo osmanlí, y desplegó el pañuelo sobre su regazo. Sacó la aguja y cogió el bordado. El corazón le latía de modo salvaje en el pecho y, por primera vez en su vida, le resultó difícil cantar. Se obligó a tararear una tonada de amor que le había enseñado su madre, sobre un muchacho cuyo caballo caía en la nieve y le atrapaba debajo de sí; mientras se moría a bocanadas en la estepa invernal, el joven contaba al viento lo mucho que amaba a cierta joven, a la que no había tenido el valor de declararse.

Rogaba al viento que trasladara sus palabras a través de la llanura para que la doncella se acordara de él. Era una estúpida canción sentimental, pensó Húrrem, pero siempre le había gustado su música y, al final, la letra afluyó a su memoria.

Al cabo de un rato, se absorbió de tal modo en lo que hacia que olvidó su ansiedad y no se percató de la llegada de la alta y espigada figura con turbante, hasta que su sombra le cayó de lado sobre el halda.

-La primera ley del harén es el silencio.

Húrrem alzó la cabeza, sobresaltada, pero el hombre estaba de pie con el sol a sus espaldas y ella tuvo que protegerse los ojos contra el resplandor. No hablaba como un eunuco y su rostro tampoco era negro. Sólo existía otro hombre con atribuciones para caminar libremente por allí.

A Húrrem le irritó que la hubiese pillado desprevenida.

-En ese caso, tal vez deberíamos cortar la lengua a todos los ruiseñores -se oyó decir-. Y a las abejas. Deberíamos hacer algo también con respecto a las abejas. En esta época del año su incesante zumbido puede volver loco a cualquiera.

El hombre pareció sorprenderse ante aquella respuesta. Durante unos segundos se contemplaron el uno al otro. Húrrem recordó de pronto que lo primero que debía haber hecho era bajar la frente hasta el suelo y rendir homenaje. Apartó el bordado y se puso de rodillas. Tocó la caliente piedra con la frente, mientras se daba cuenta de que lo más probable era que fuese ya demasiado tarde. También comprendió que debía pedir perdón por haber quebrantado el silencio. Bueno, se dijo, ahora ya es inútil. El hombre había hablado y ella le había respondido.

Se percató de repente de que el *kislar aghasi* -el viejo jefe de los eunucos negros- se hallaba detrás de Solimán, perlado de sudor el semblante, aunque se abanicaba con un pañuelo de seda. Parecía a punto de desmayarse.

-¿Sabes quién soy? -preguntó Solimán.

-Sí, mi señor. Aunque he tardado un poco en comprenderlo.

Entornó los párpados al levantar la mirada hacia él y vio el blanco centelleo de sus dientes. Tal vez estaba sonriendo.

-¿Qué cantabas?

-Una canción que me enseñó mi madre, mi señor. Una canción de amor. Habla de un joven estúpido que dejó que el caballo le cayera encima.

-¿Le cantaba al caballo?

¡Dios santo, se burlaba de ella!

-Creo que no. Me atrevo a aventurar que es harto posible que para entonces el caballo hubiera perdido gran parte de su encanto.

Le oyó reír. Hubo una pausa de silencio y Húrrem sintió sobre ella los ojos del sultán.

-¿Cuál es tu nombre?

-Me llaman Húrrem, mi señor.

-¿Húrrem? ¿La Risueña? ¿Quién te puso ese nombre?

-Los hombres que me trajeron. Fue porque no podían pronunciar mi verdadero nombre. Aunque sospecho que tampoco eran lo bastante inteligentes como para saber pronunciar los suyos.

Solimán volvió a reír.

-¿De dónde eres, Húrrem?

La muchacha le miró, entornados los ojos. ¡El momento por el que tanto había arriesgado y lo único en que podía pensar era en el dolor de sus rodillas! ¿Cuánto tiempo llevaba allí de hinojos sobre aquellos guijarros?

-Soy tártara -dijo-. Una *krim.*

-¿Todos los tártaros tenéis el pelo de tan portentosos colores?

-No, mi señor. Soy la única de mi tribu que sufre semejante carga.

-¿Semejante carga? Es una preciosidad. -Húrrem notó que el sultán cogía un mechón de su pelo y lo deslizaba entre los dedos, como si examinase un trozo de tela de gran calidad y fortaleza-. Es como oro bruñido. ¿No es cierto, Mí?

El *kislar aghasi* murmuró su aquiescencia.

¡Embustero!, pensó Húrrem. Sólo me dirigiste la palabra una vez y fue para llamarme zanahoria escuálida.

-Levántate, Húrrem.

La muchacha obedeció. Se esforzó en desviar la mirada, como le habían enseñado, pero, curiosamente, consiguió resaltar la mejor de si misma. ¡Así que aquel era el Señor de la Vida, el dueño de las gargantas de los hombres, el señor de los siete mundos! Era guapo, pero no de modo especial. Un asomo de barba sombreaba su rostro, lo que confería cierta

majestuosidad a su larga nariz ganchuda. Podía tener el semblante de un tirano, pero en aquel momento un aire divertido suavizaba los labios y las grises pupilas.

Húrrem se dio cuenta de que la estaba examinando con atención, de la misma manera que lo habían hecho los *spahi* el día que el padre de Húrrem la vendió. Al parecer, no le desagradaba lo que estaba viendo, aunque el modo en que suspiró al dar por terminada la inspección dejó a Húrrem algo desanimada.

-¿Qué es lo que estás bordando?

-Un pañuelo, mi señor -repuso ella. ¿Qué creía que era?

-Déjame verlo. -Tras recogerlo, Húrrem se lo tendió- Una labor muy bonita. Tienes manos hábiles. ¿Puedo quedármelo?

-No lo he terminado…

-Ténmelo a punto para esta noche -dijo Solimán, y con sumo cuidado puso el pañuelo sobre el hombro izquierdo de la muchacha.

Húrrem observó que el anciano *kislar aghasi* abría los ojos como platos. Colocar un pañuelo sobre el hombro de una chica significaba que ella era ya *gozde* y que el sultán deseaba acostarse con ella. Desde que el sultán ascendiera al trono, ninguna muchacha se había visto así favorecida.

Sin pronunciar una sola palabra más, Solimán dio media vuelta y se marchó. El *kislar aghasi* parecía a punto de estallar; luego recordó quién era y se apresuró a ir en pos del sultán para cumplir con sus obligaciones.

Húrrem vio cómo se alejaban, demasiado atónita para reaccionar: todo su cuerpo se estremecía de emoción y triunfo.

¡Gozde!

Solimán apretó el paso a lo largo del claustro; se sentía furioso y aliviado al mismo tiempo. Furioso por haberse visto obligado una vez más, por su posición, a traicionar a su conciencia, pero aliviado porque había actuado de forma rápida y decisiva. Después del sermón de Hafise había tomado la decisión de elegir a la primera odalisca que se presentara, cuyos modales y aspecto no le resultasen demasiado desagradables. Esa tal… Húrrem… era atractiva en cierto mágico sentido y su cerebro no carecía de giros ingeniosos, lo que ya era algo. Por lo general, las muchachas del harén eran insoportablemente presumidas y vacías bajo su bonita y bien cuidada piel. Al menos, ésta prometía ser diferente.

Y si se quedaba embarazada, Hafise, su madre, se sentiría satisfecha durante una temporada. Y él podría volver a Gúlbehar.

Topkapi Saraya

La luna en cuarto creciente parecía temblar en el cielo nocturno, aunque Solimán sabia que sólo era un efecto óptico. Habían cenado bien, langosta, esturión y pez espada, pescados aquella mañana en el Bósforo; sorbetes a base de violetas y miel remataron el ágape. Lo completaron con una botella de vino de Chipre, aunque el Corán lo prohibía.

Era un pequeña transgresión, pero que le proporcionaba una buena medida de placer, ya que en todos los demás aspectos el protocolo regía todas y cada una de las horas de su vida.

Todas las mañanas, al despertarse, le atendían de inmediato el cortador de uñas, que se encargaba de su manicura, y el barbero jefe, que le

afeitaba la cabeza. Cuando el maestre de guardarropa tendía los vestidos de la jornada, cada prenda olía a madera de áloe, y el jefe devanador de turbantes enrollaba metros de lino blanco alrededor de su faz.

De sábado a martes se levantaba al alba para asistir al *Diván*. Los viernes acudía a las oraciones, desde el *Diván Yolu* hasta el *Aya Sofia*, en procesión con sus grandes visires, sus astrónomos, su montero jefe, su jefe cuidador de los ruiseñores, el guardián de las llaves, el maestre de estribos, el maestre de turbantes y cuatro mil de sus jenízaros y *spahi* de la Puerta, la caballería regular.

La costumbre requería que por la tarde hiciera una breve siesta, reclinado sobre dos colchonetas, una de brocado de plata, de oro la otra. En todo momento le asistían cinco guardias, eunucos sordomudos armados con yataganes de hoja curva. Ni siquiera cuando dormía estaba solo.

Toda su vida estaba circunscrita a las exigencias de Estado. Dentro de los confines de sus obligaciones, otorgaba una gran importancia a las pequeñas rebeldías.

Ibrahim, por ejemplo. Se habían convertido en inseparables; durante el asedio de Rodas habían dormido en el mismo pabellón, incluso habían intercambiado sus ropas. No ignoraba que había escandalizado a la corte al manifestar tal favoritismo con respecto a un esclavo; para Solimán, sin embargo, Ibrahim era mucho más que un esclavo. Era confidente, confesor y consejero. Si alguien le ayudaba a llevar la carga, ese alguien no eran Gúlbehar ni Hafise, ni siquiera el gran visir. Era Ibrahim.

Aquella noche sentado con las piernas cruzadas bajo la ventana, Ibrahim tocaba su viola. Era un ritual que cumplían la mayor parte de las noches que cenaban juntos en palacio, y a menudo, cuando se hacía tarde y habían abusado placentera y excesivamente del vino chipriota, los pajes de Solimán desenrollaban dos colchonetas del hueco de la pared e Ibrahim dormía también allí.

Hijo de un pescador, Ibrahim había nacido en Parga, aldea de la costa occidental de Grecia. Incursores turcos se habían presentado un día en el pueblo, lo habían saqueado y habían tomado al joven Ibrahim como botín. Lo habían llevado al mercado de esclavos de Estambul, donde lo había comprado una viuda de Manisa, que le había dado educación musulmana y, al descubrir que el muchacho tenía un talento especial para la música y los idiomas, se había encargado de que recibiese una buena enseñanza. Ibrahim aprendió a tocar la viola y a expresarse con fluidez en persa, turco, griego e italiano. Posteriormente, la viuda lo vendió con espléndido provecho e Ibrahim pasó al servicio de Solimán cuando éste fue a Manisa para desempeñar el cargo de gobernador de la provincia de Kaffa.

El compañero-esclavo no tardó en convertirse en imprescindible al lado de Solimán. Tenía la misma edad que el príncipe, el *shahzade* Solimán, aunque era más moreno y más bajo de estatura, y también menos introspectivo. A decir verdad, Solimán tenía a veces la impresión de que la fuerza de la energía contenida en un aquel cuerpo tan compacto iba a hacerle estallar.

Cuando en 1520 Solimán asumió el sultanato, se llevó consigo a Ibrahim a la Puerta y le nombró *hasoda-bashi*, mayordomo de su hogar. Con el tiempo, fue delegando más funciones en Ibrahim que en Piri Pachá, su gran visir, y después de Rodas recompensó a Ibrahim por su buen consejo nombrándole visir.

El hecho de que un esclavo cristiano ascendiese por méritos propios hasta convertirse en personaje casi preeminente en el mayor imperio islámico que el mundo había conocido representaba en si mismo todo un símbolo de la naturaleza igualitaria del sistema otomano. ¿Qué era lo que le había dicho el Fatih?, rememoró Solimán…

«Nuestro imperio es la patria del islam… del padre al hijo la lámpara de nuestro imperio se mantiene encendida con aceite del corazón de los infieles.»

-¿Tan solemne, mi señor? -le preguntó Ibrahim.

Solimán suspiró:

-¿Lo has lamentado, Ibrahim?

-Claro que no. ¿Qué hay que lamentar?

-¿No desearías a veces ser otra persona? ¿Te has preguntado en alguna ocasión qué habría sido de ti si los piratas no hubiesen llegado a tu aldea aquel día?

-Sé lo que me habría ocurrido. Habría comido pescado para desayunar y para cenar y entre una y otra comida me habría pasado todo el tiempo sacándolo de las redes. En vez de eso, duermo en un palacio, bebo el mejor vino de Chipre y gozo del favor del mayor emperador de la tierra.

-Tu vida habría sido más sencilla.

-Mi vida habría carecido de valor.

Solimán captó de nuevo en el rostro de Ibrahim su típico gesto de irritación. Cree que pienso demasiado. Puede que tenga razón.

-Disfrutas con ello, ¿verdad? Disfrutas yendo a la guerra, disfrutas haciendo política y más política en el *Diván*.

El semblante de Ibrahim se animó.

-Somos el centro del mundo, mi señor. Aquí estamos escribiendo la historia.

-Servimos al Islam.

-A veces, mi señor, lo olvido. -Ibrahim volvió a concentrar su atención en la viola-. Somos los mayores sirvientes del Islam.

Embustero, pensó Solimán. Haces todo esto en tu propio beneficio. Tal vez por eso te aprecio y te envidio tanto. Me gustaría parecerme más a ti.

-Creo en ocasiones que tú deberías haber sido sultán y yo el hijo de un pescador griego. Podríamos haber sido más felices así.

Solimán se puso en pie y con la palma de las manos trató de eliminar de su rostro el cansancio.

-¿Vamos a dormir ya, mi señor? -preguntó Ibrahim.

-Tu puedes dormir, Ibrahim. Tu vida no es tan complicada como la mía. Yo todavía tengo que cumplir una obligación más.

A Húrrem la habían llevado previamente a la celadora de los baños, donde la bañaron y le dieron un masaje. Le pintaron las uñas, le perfumaron el pelo con jazmín, aplicaron a su piel una pomada de alheña para evitar el sudor y ennegrecieron sus ojos con kohl.

La devolvieron a continuación a la *kiaya* de los trajes, quien la atavió con una blusa de color rosa, un largo caftán de terciopelo púrpura y una túnica de plata con brocado de color de albaricoque en la parte superior. La *kiaya* de las alhajas trajo un collar de diamantes tan pesado como uno de hierro, además de anillos y pulseras de plata, sartas de gruesas perlas del mar de Arabia para trenzarlas en el pelo y unos pendientes de rubíes que le llegaban a los hombros. También le dio instrucciones para que se asegurara de que devolvía todas aquellas joyas a la mañana siguiente.

Una de las *gedihli* sostenía un gran espejo para que Húrrem se viera. La muchacha examinó el resultado con incredulidad.

-Tengo un aspecto absolutamente horroroso.

La *kiaya* de los trajes se puso delante de ella, con los brazos en jarras, y estudió su obra.

-Así es como debe ser.

-Así es como se consigue que un hombre se revuelque de risa por el suelo.

-Desagradecida descarada -saltó la *kiaya*-. ¿No te das cuenta del gran honor que ha caído sobre ti? Recuerda, a mi me sucedió una vez, de modo que no te creas que eres alta y poderosa. Puedes acabar como encargada de los trajes, ¡y nada más!

-¡Si te vestiste para él de esta forma, tuviste suerte de que no te nombrase *kiaya* de los reales retretes!

La *kiaya* lanzó un silbido ultrajado y ordenó a las dos *gedihli* que salieran a de la estancia. Se encaró con Húrrem.

-Escúchame -susurró-. No niego que nunca me has tratado tan bien como podías hacerlo, pero a pesar de ello, deseo ayudarte. ¡Esta oportunidad sólo se presenta una vez en la vida! Sé cómo es. Fui *gozde* una vez, cuando Bayaceto era sultán. Déjame que te diga lo que tienes que hacer para complacerle...

-No necesito consejos de una fracasada. ¡Sé lo que tengo que hacer! ¡Tengo que quedarme embarazada!

Y salió precipitadamente de la estancia.

Había dos guardias, los mismos que la habían conducido al patio aquel mismo día. La escoltaron a lo largo de un lóbrego y frío laberinto de claustros, para descender luego por una estrecha escalera. Su túnica de brocado y las colgantes mangas de seda del caftán se enganchaban y rasgaban en las astillas de la madera. Por último, sintió una ráfaga de aire helado en la mejilla, la empujaron hacia la noche a través de una pesada cancela de hierro y hacia el interior de un carruaje en forma de caja. Percibió olor a caballo y a cuero trabajado, al tiempo que una mano suave y gordezuela tiraba de ella y la ayudaba a entrar en el vehículo.

El carruaje dio un salto hacia delante y Húrrem oyó el batir de los cascos de las caballerías sobre los adoquines. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra distinguió la voluminosa silueta del *kislar aghasi,* sentado frente a ella.

-¿Adónde vamos? -preguntó Húrrem.

-Al encuentro del sultán -respondió el *kislar aghasi*- Te espera en el *Topkapi Saraya*.

Corrieron las cortinas del carruaje. Húrrem intentó descorrerlas para lanzar una mirada al exterior, pero le apartaron la mano.

-¿Está muy lejos?

-No mucho -respondió el viejo eunuco, y ella presintió que los ojos del hombre la observaban, blancos y enormes en la oscuridad, como un gato-. El *kapi aga* arregló esto para ti.

Era una declaración, no una pregunta.

-¿Por qué iba a hacerlo?

-Una pregunta que me planteé a mí mismo.

En la oscuridad del carruaje, Húrrem no veía el semblante del hombre. Tenía la fantasmagórica sensación de conversar con un par de ojos.

-¿Y qué respuesta te diste?

-Ninguna. Como tampoco la tengo para explicarme por qué está tan pálido el *kapi aga*. Como un hombre al que van a ajusticiar. -Hizo una pausa-. Tal vez lo único que le ocurre es que es infeliz.

-Tal vez.

-No me interpretes mal. Si el *kapi aga* cayera en desgracia, yo no derramaría demasiadas lágrimas. Recuérdalo.

-Lo tendré presente.

Poco después, el coche se detuvo y abrieron la puerta de par en par. Húrrem miró a su alrededor rápidamente, apenas echó pie a tierra. ¡Así que aquello era el *Topkapi*! La gran torre del *Diván* destacaba erguida en la oscuridad y las antorchas ponían puntos de luz en los jardines, brillando a través de la enramada de los plátanos.

Dos alabarderos, con los densos penachos de pluma de sus cascos cubriéndoles los ojos, la condujeron a través de una enorme puerta tachonada de adornos de hierro y la acompañaron hasta el corazón del serrallo, seguidos por el *kislar aghasi*, que no dejaba de jadear y resoplar. A Húrrem le maravilló lo espacioso que era y lo ordenado que parecía todo, en comparación con los grises y sombríos confines del *Eski Saraya*. Las paredes eran de piedra, no de madera, había amplios patios y la muchacha percibió el rumor de miles de árboles susurrando al agitar sus ramas el viento nocturno.

Finalmente llegaron a las gigantescas puertas de madera con incrustaciones de nácar y carey que daban paso a las cámaras privadas del sultán. Dos miembros de la guardia personal de éste, los *solaks*, montaban vigilancia a ambos lados de las puertas, desnudos sus yataganes.

Húrrem lanzó un profundo suspiro. Llegaba el instante que había planeado y por el que se lo jugaba todo. Bueno, se dijo, maldita la falta que te hacen ahora los nervios. No tienes que enamorarle. Sólo acepta su semen, tómalo con gratitud y deja que florezca en libertad.

El *kislar aghasi* abrió las puertas y la condujo al interior. Húrrem observó atemorizada la habitación.

Decoraban las paredes del dormitorio finos azulejos de Iznik con gran riqueza de dibujos de flores y frutos en colores azul, naranja y verde. El techo se elevaba hacia una gran cúpula y de lo alto colgaban alargados incensarios de oro en los que relucían fulgurantes turquesas y rubíes.

Una chimenea, como una enorme pirámide de cobre, dominaba una de las paredes. Las lámparas de aceite ardían en los nichos de los muros.

La propia cama se encontraba sobre una plataforma elevada en un rincón de la alcoba, cubierta por un dosel de brocado de Bursa, verde y oro, que sostenían cuatro estriadas columnas de plata. Los cobertores y almohadas eran de suave terciopelo carmesí, con adornos de perlas. En cada una de las cuatro esquinas ardía el correspondiente cirio en su candelero de platino.

Solimán estaba sentado en un diván de rutilante terciopelo dorado. Vestía túnica de brocado verde manzana y turbante blanco de seda pura, con broche de plumas de garza y una esmeralda, del tamaño del puño de un niño, flameando en los pliegues. Extendía lánguidamente un brazo por encima del respaldo del diván. Parecía un sí es no es aburrido.

Húrrem oyó cerrarse la puerta con suavidad, al salir el *kislar aghasi* de la habitación. Estaban solos.

El sultán la contempló en silencio durante un buen rato, Húrrem casi podía oírle pensar: «¿Qué te han hecho?».

Húrrem ahogó el sollozo de desesperación que le nacía en la garganta. Debió haber sido más sensata, para empezar. En vez de eso, permitió que la *kiaya* la humillara de nuevo.

Desligó a toda prisa la túnica de brocado y la dejó caer al suelo, después se desabrochó los botones de diamantes del caftán y se quitó éste, pasándolo por encima de la cabeza. Se arrancó el collar de diamantes y, junto con los pendientes, lo arrojó encima de la túnica.

Por último, soltó las perlas que le sujetaban el pelo y se sacudió la melena.

Cuando hubo terminado, sólo vestía la camisa y los pantalones del harén. Indicó el montón de ricas prendas caído a sus pies.

-La señora de los trajes en persona eligió mi vestuario -aclaró-. Por supuesto, a sus años está medio ciega.

El sultán no se había movido. ¿Por qué no hace o dice algo?, pensó Húrrem. ¡Está tan perdido como yo!

Tenía que sacarlo de aquel estado de sopor. Sólo conocía un modo de lograrlo. Se dejó caer de rodillas y se cubrió el rostro con las manos. Estalló en lágrimas.

-¿Qué te ocurre?

-Señor de mi vida, ¿por qué me elegisteis? ¡Hay tantas jóvenes hermosas en el harén! No soy bastante para vos. No sé nada del amor ni de los hombres.

Oyó que se levantaba del diván y se le acercaba. Resistió el impulso de lanzar una mirada a la expresión del sultán. Notó que la tocaba en el hombro.

-Levántate. Por favor.

-Me siento demasiado avergonzada. Pensáis que soy fea.

-Pienso que eres... encantadora. Sólo que cuando has entrado... Tienes razón, la *kiaya* debe de estar medio ciega.

Húrrem tanteó en busca de la mano de Solimán y dejó que él la ayudara a ponerse de pie. Le miró a los ojos y trató de encontrar en su rostro alguna expresión que le indicara lo que estaba pensando.

-Nunca quise esto -susurró-. Estoy asustada.

Bueno, pensó, al menos eso es la mitad de la verdad. Estoy asustada.

-Supongo que cualquier joven del harén estaría encantada de cambiarse por ti en este momento.

Parecía divertido, incluso intrigado. Eso estaba bien.

-Tenedlas entonces. Todas ellas son mucho más guapas que yo.

-Ven y siéntate. -La llevó al diván e hizo que se sentara junto a él. Todavía le retenía la mano-. Creo que eres absolutamente excepcional.

Húrrem ladeó un poco la cabeza y atrapó entre el cuello y el hombro la mano de Solimán.

-¿Qué debo hacer?

El sultán titubeó.

-No hay protocolo.., para esto.

Se inclinó hacia delante, tomó el rostro de Húrrem entre sus manos, casi con timidez, lo acercó al suyo muy despacio, y la besó. La muchacha olfateó el agrio olor del vino. ¡He descubierto su primer secreto!, pensó Húrrem.

Lanzó un gemido mientras los dedos del hombre le apretaban los hombros y magullaban la suavidad de su carne. Si, te gusta eso, ¿verdad?, pensó Húrrem. Como sospechaba, el señor de los señores de este mundo quería demostrar que era realmente más grande que ningún otro hombre. Aquí es la sombra de Dios sobre la Tierra. Esta noche haré cuanto esté en mi mano para dejarle entrever que de verdad lo es.

Él la tendió de espaldas sobre el diván. Húrrem sintió que los dedos del sultán le arrancaban los botones de nácar de la camisa. Se entregó a él, entreabiertos ligeramente los labios, levemente entornados los párpados. Dejó escapar un murmullo en voz baja, casi como si tener un hombre que le hiciera el amor pudiese proporcionarle cierto placer.

Aún era de noche cuando despertó.

-Por favor, repetidlo -susurró-. Es posible que no vuelva a sucederme. Por favor, una vez más. Es tan maravilloso con vos.

Lo único que deseaba Solimán era dormir, pero aquello era un nuevo descubrimiento: ¡una mujer que disfrutaba haciendo el amor tanto como un hombre! Estaba seguro de que era una ramera de nacimiento, si no de profesión, pero no le importaba. Se trataba de un caso que no iba a llevar ante los jueces del ulema. Los doctores de la ley mahometana habían decretado que el alma de la mujer no era tan importante como la del hombre, más bien se comparaba con la de un perro o un gato.

Con todo, el alma de aquella mujer debía llevarse a la salvación a su debido tiempo.

Pero todavía no. Todavía no.

El Eski Saraya

En su calidad de *iqbal*, a Húrrem se le concedió una pensión de doscientos *ásperes*, además de aposentos propios y suficiente organdí, seda, tafetán, brocado y raso para que la señora de los trajes le preparara un vestuario completo. Incluso disponía de su propio baño, tallado en mármol rosa veteado, con fuentes de chorro de aromática agua de rosas. En la terraza, los ruiseñores gorjeaban en jaulas de cedro.

También se le permitía tener su propia *gedihli.* Húrrem pidió ver a Muomi.

La joven negra no dio muestras de sentirse ni complacida ni sorprendida por la convocatoria de Húrrem. Permaneció en la terraza con aire taciturno, arrastrando sus anchos y enormes pies, con el semblante convertido en melancólica máscara de indiferencia.

Húrrem la examinó, sentada con las piernas cruzadas en el diván, debajo del cuerpo.

-¿Eres feliz trabajando todos los días en el *hammam?* –le preguntó.

A modo de respuesta, Muomí se encogió de hombros.

-Como *iqbal* que soy ahora, me permiten elegir una doncella personal. Tu trabajo será mucho más sencillo y cómodo que el que estás acostumbrada a hacer.

Muomi volvió a encogerse de hombros.

Húrrem se levantó y se acercó lentamente a ella, hasta que sus rostros estuvieron separados sólo por unos centímetros.

-Necesito tu ayuda. Dime qué quieres a cambio.

Muomi husmeó como si algo desagradable irritara su olfato.

-Cuando tenía siete años, el hechicero de nuestra tribu se presentó en la choza de mi familia con una ortiga urticante. Me separó las piernas, me hundió la ortiga en la raja y frotó. Eso era para que se me hinchase. Al día siguiente volvió, me lavó los muslos con miel y mantequilla, cortó todo lo que produce placer a la mujer y cauterizó la herida con un ascua al rojo. Mi madre fingió gritar de alegría para ocultar mis gritos de dolor. Cuando me casé, mi marido me abrió con un cuchillo para tomarme. Después me volvieron a coser, hasta la próxima vez. Ocurrió lo mismo cuando llegó el niño. Después se presentaron los mercaderes, nos cogieron a mí y a la criatura, pero como era varón lo separaron de mi. No sé si está muerto o vivo.

Si está vivo, lo habrán castrado como me castraron a mí. Ahora, ocurra lo que ocurra, me pasaré el resto de mi vida en este lugar: soy una esclava. Si no a tu servicio, al de alguna otra persona. Dime, pues... ¿qué podrías ofrecerme?

Húrrem la contempló durante largo rato.

-Venganza -dijo por último.

El Okmeydan, el Campo de las Flechas, descendía a través de bosquecillos de plátanos, rosales y altos albaricoqueros hasta las oscuras aguas del Cuerno de Oro. Era a principios de verano, la época del año en que el tambor redobla en el patio de los jenízaros, cuando el gran turco se apresta a salir de nuevo de Estambul para realizar incursiones por los terrenos de la guerra.

Pero ese año no iba a haber guerra alguna y Solimán no tardaría en trasladar la corte a Adrianópolis para la temporada de caza. Ibrahim y él iban con regularidad al *meydan*, con sus flechas y lanzas, con el fin de practicar su puntería sobre las estatuas que habían saqueado en Belgrado y que Ibrahim había distribuido por las laderas. Al parecer, la idea de utilizar dioses griegos como blanco le resultaba divertida.

Saltaba y corría ahora entre la hierba como un chiquillo, en busca de las flechas que no habían dado en el blanco, para soltar un grito de júbilo cuando su puntería había sido certera y la flecha estaba rota como consecuencia del impacto al chocar contra la víctima de mármol.

Finalmente descansaron a la sombra de una higuera y los pajes les llevaron aceitunas, queso y sorbetes.

-¡Si las estatuas de mármol hubieran sido Carlos o Federico, les habría atravesado el corazón un millar de veces!

-Tu puntería es excelente, Ibrahim. Si yo fuese un verraco, ahora mismo saldría corriendo hacia Rusia.

-Vos también tenéis buen ojo -mintió Ibrahim.

-No, no. Mi mente está hoy en otras cosas.

Ibrahim vació su copa de plata, seleccionó con esmero una aceituna y la masticó despacio mientras separaba el cáliz a la distancia del brazo. Luego, con gran alarde circense, escupió el hueso de la aceituna, que fue a parar al fondo de la copa. Tintineó al llegar a su destino e Ibrahim esbozó una sonrisa de satisfacción.

-A veces eres como un crío.

-¿Pero os divierto?

Solimán sonrió a su vez.

-Siempre me diviertes, Ibrahim.

-Veamos, ¿qué preocupa a mi señor?

Solimán suspiró. A Ibrahim podía decirle o preguntarle siempre lo que quisiera.

-Cuando volvimos de Manisa, ¿montaste tu propio harén?

Ibrahim volvió a sonreír.

-No es tan amplio como el vuestro, mi señor.

-¿Pero tienes favorita?

-Claro, cada vez que voy con una mujer es mi favorita.

No era la respuesta que Solimán esperaba. ¿Cómo podría explicar su problema a alguien como Ibrahim? Desde que se acostara con Húrrem no le había sido posible quitarse de la cabeza la imagen de la muchacha. A la noche siguiente había elegido a otra de las jóvenes del harén... Su deber, al fin y al cabo, era la estirpe de los Osmanlí, no su propia persona. La chica fue una sonriente georgiana con los ojos más asombrosamente negros y profundos que se pudiera imaginar; Solimán decidió que muy bien pudieran atravesarle la cabeza, sin duda hueca, a juzgar por el nulo sentido común que manifestaba la moza cada vez que abría la boca. Cuando la llevó a la cama, se quedó tendida dócilmente, sólo gritó una vez, en el momento de penetrarla, y fue un grito de dolor, no de gozo.

Era una moza de belleza clásica y perfecta, pero eso, decidió Solimán, no era suficiente. Al menos para él.

¿Y Gúlbehar? Había sido su favorita durante alrededor de diez años. Cuando hizo el amor con ella la primera vez, era una jovencita esbelta, menuda y tímida, de quince años. Virgen, como él. Hasta Húrrem, Solimán pensaba que satisfacía todas sus necesidades. ¿Pero ahora...?

La experiencia había dejado en él un sentimiento de contradicción interna, como si su alma se hubiera roto en dos pedazos y estuvieran en guerra uno contra otro. Un Solimán deseaba convocar otra vez a Húrrem, lavar, eliminar el recuerdo y el perfume de ella y apartarlo definitivamente de su cerebro.

Pero la otra parte de él estaba asustada. No era bueno que una mujer disfrutase de tanto placer como el hombre. El alma de la mujer estaba corrompida por los pecados de Rachel. Si él la alentaba en el vicio, ¿no estaba él también corrupto? ¿Y Gúlbehar? Sintió la amarga roedura de una emoción que jamás había esperado sentir con respecto a una mujer.

Culpable.

-¿La mujer tiene alma, Ibrahim?

-¿Importa eso, mi señor?

Solimán no respondió. Por primera vez, llegó a la conclusión de que Ibrahim no podía ayudarle. En política era un diplomático y un hombre de Estado. Pero en cuestión de mujeres resultaba tan bárbaro como los musulmanes a los que despreciaba en secreto.

Ibrahim se inclinó más hacia él y, durante unos segundos, la sonrisa desapareció de su rostro.

-¿Os preocupa Gúlbehar, mi señor?

-No, es otra.

Ibrahim alzó una ceja.

-¿Puedo preguntaros su nombre?

-Se llama Húrrem -dijo Soliman.

-¿Húrrem? -repitió Ibrahim.

¿Otra mujer en el lecho de Solimán? Por supuesto, Solimán había tomado otras mujeres antes. A decir verdad, Ibrahim le animaba a elegir con más frecuencia a jóvenes del harén. Entonces, ¿por qué sentía ahora el

remordimiento de la intranquilidad? No era nada, no significaba nada. Solimán caía reiteradamente y sin razón alguna en aquellos estados de talante extraño.

Disparó desde la boca otro hueso de aceituna en dirección a la copa, pero esta vez el proyectil fue a caer suavemente sobre la hierba, a cosa de un pie humano de distancia del objetivo.

Meylissa tenía el semblante demacrado y los ojos hundidos a causa del miedo. En la lechosa neblina del *hammam,* su cabeza parecía flotar sobre la ondulada superficie del baño como algo incorpóreo, como un espíritu terrible que acusara centelleante a Húrrem. Los ojos de aquella cabeza siguieron a la joven tártara hasta que llegó a la pileta. Húrrem se detuvo en el borde, dejó que Muomi le quitase la prenda de gasa que la cubría y, desnuda, procedió a meterse en el agua.

La cabeza flotante se dirigió a ella.

-Pareces encontrarte mal -susurró Húrrem.

-Me encuentro mal todas las mañanas. La *kiaya* quiere enviarme a la enfermería.

-No se lo permitas.

-¿Crees que soy estúpida? -Meylissa se acercó todavía más. Húrrem creyó percibir la desesperación en el olor acre y agrio, como a sudor, que despedía la muchacha-. De un día para otro mi cintura se ensancha. Ya no puedo seguir fingiendo que son rollos de grasa. ¡Dijiste que me ayudarías!

-¿Para qué supones que estoy aquí?

Las pupilas castañas de Meylissa fulguraron de rabia.

-Se me había olvidado. Ahora tienes tu propio *hammam*. ¿Te visita el sultán todas las noches?

-Te ayudaré.

El miedo había convertido a Meylissa en una chica malévola.

-¿Cómo? ¿Vas a interceder por mi ante el sultán? Eres *gozde*, pero no la *valida*. Todavía no, Húrrem.

-Hay un medio mejor.

-Explicate.

-Muomi.

La mirada de Meylissa se dirigió hacia la muchacha negra. El recelo y la esperanza se entrelazaban en su voz.

-¿Tu *gedihli*?

-Es bruja -bisbiseó Húrrem.

-Eso es una tontería -repuso Meylissa. Aunque lo dijo sin mucha convicción, pensó Húrrem.

-Va a prepararte una pócima. Un abortivo.

El labio inferior de Meylissa empezó a vibrar. Húrrem comprendió que el perpetuo terror había llevado a la muchacha al filo de la histeria.

-Sé valiente, Meylissa -murmuró.

-Es demasiado tarde...

Húrrem la cogió de un brazo y Meylissa trató de soltarse.

-¡No seas tan cobarde! ¡Claro que no es demasiado tarde!¿Crees que esto es fácil para mi? ¿Y si el *kislar aghasi* descubre lo que estoy haciendo? ¡También me matarían a mí!

Meylissa asintió y todo el resentimiento desapareció de su rostro.

-¿Cuándo?

-Mañana te enviaré a Muomi. ¡Pero no tienes que decir a nadie ni una palabra de esto!

-¡Claro que no!

Húrrem le soltó el brazo.

-Todo saldrá bien.

Meylissa se alejó a través de la neblina de vapor. Húrrem la oyó chapotear al salir del agua y vio su silueta recortada contra la pared. Cielos, pensó Húrrem, empieza a estar enorme. Pronto no le quedará cintura.

Pero antes de que eso ocurriera, la muchacha no tendría nada de qué preocuparse.

Gúlbehar yacía desnuda a su lado. Al contemplarla, Solimán notó que su excitación crecía. No era sólo su hermosura lo que amaba, era también la familiaridad de su belleza. Quizá este protocolo que tanto aborrezco me ha moldeado hasta convertirme en su criatura, pensó. Me gusta demasiado el orden y la repetición.

Le tocó un pecho, casi con reverencia. Era blanco y redondeado, y la mano de Solimán siguió el trayecto de una vena azul sobre la carne blanca, a partir del pezón y en dirección hacia el hombro. Observó el pezón tenso y estrecho, otro pequeño milagro de la carne.

Gúlbehar alzó suavemente la mirada hacia él y sonrió con goce sencillo.

Solimán sintió otro ramalazo de duda. Le gusta esto porque a mi me complace y así es como debe ser. En el caso de Húrrem, a ella también le complace, lo que es pecaminoso. ¿Por qué, entonces, me siento ahora tan vacio?

Estudió el resto del cuerpo de Gúlbehar, los músculos ebúrneos del estómago y de los muslos, el estimulante triángulo bermejo pintado en el pubis con alheña, según la moda. La mujer abrió las piernas, lista para recibirle.

Solimán se colocó encima de ella y se dispuso a penetrarla. Gúlbehar se mordió el labio y esbozó una mueca de dolor, pero en seguida volvió a sonreír para tranquilizarle. Solimán apretó de nuevo, al tiempo que observaba con atención el rostro de Gúlbehar para descubrir lo que ella sentía.

Está ávida de complacerme. Nunca ha pedido más que saciar todos mis apetitos. ¿Por qué iba a ser de otro modo? Estaba dentro de ella y empezó a moverse con más apremio.

Cerró los ojos y la imagen de Gúlbehar desapareció como si se hubiera arrojado una piedra a un estanque de agua clara. A su mente acudió, en cambio, Húrrem, echada la cabeza hacia atrás en la almohada, abierta la boca en un grito silencioso, arqueado el cuerpo como si hubiera hecho presa en ella un enorme tormento, desparramada sobre el almohadón la áurea y rojiza melena. Sintió la célere llegada del orgasmo y todos los músculos de su cuerpo se estremecieron cuando la convulsión los recorrió.

Gimió en voz alta, se quedó entonces sin fuerzas y sintió que los brazos de Gúlbehar le rodeaban y le atraían para que descansara encima de ella.

Solimán abrió los ojos, jadeante aún la respiración, y observó su rostro. Gúlbehar seguía sonriendo.

-¿Ha estado bien, mi señor? -murmuró.

-Si -mintió él-, ha sido estupendo.

Su apetito había desaparecido. ¿Qué más podía desear?

La respuesta era simple. Deseaba a Húrrem.

Sentada en la terraza, Húrrem veía romper el alba sobre la ciudad, mientras la plateada media luna se dejaba absorber por el azul de la mañana. Los llamamientos de los almuecines quebraron el silencio de cristal. Otra noche que había pasado sin él. Otra noche que él había pasado con Gúlbehar. Otra noche que él la había alejado más hacia el exilio.

Casi había transcurrido ya una semana y Solimán no había vuelto a llamarla. Había sido un momento pasajero. Una no podía ser *iqbal* eternamente. Si no se quedaba encinta y el sultán seguía haciendo caso omiso de ella, volvería al taller de costura y tendría que aguantar de nuevo los sarcasmos y las burlas de la *kiaya* de los trajes.

No permitiría que eso sucediera. Jamás.

El *kapi aga* había muerto mil veces desde la semana que habló por primera vez con Húrrem. Cada instante constituía un horror infernal, a la espera de que el sultán le convocara ante él, lo que seria el presagio de la larga y lenta venganza del soberano. Ni un solo segundo se veía libre del sordo dolor del remordimiento, no había noche en que encontrase el santuario del sueño, no pasaba día en que no se preguntara sobre la posibilidad de que existiera alguna salida. ¿Pero dónde podía ocultarse que no llegaran las garras del sultán, en un imperio que abarcaba tres continentes?

Era un anochecer cálido y perfumado; en las frondosas ramas de los plátanos cantaba el ruiseñor. Todo era tranquilizador, todo era traicionero, porque allí no había seguridad ni calor. Cada piedra de aquel lugar maldito era peligrosa.

Hizo girar la llave en la cerradura de la vetusta puerta de hierro y la abrió. Entró en el jardín.

La mujer estaba allí.

-Hice lo que me pediste -dijo él.

Húrrem se encontraba de rodillas en la hierba junto a la fuente de mármol. Un Corán coloreado en verde y oro estaba abierto en el taburete de madera que tenía delante. Llevaba gorro de raso verde, camisa de damasco esmeralda, a juego, y sus pantalones de seda blanca eran tan finos que el *kapi aga* distinguió el color y las formas de la carne debajo de la tela.

Le habría parecido deseable, de no inspirarle tanto terror. Húrrem alzó la mirada, con un conato de sonrisa en los labios. Lo examinó con curiosidad, con penetrantes ojos verdes, y luego volvió a proyectar su atención sobre el Corán. No era mal parecido, pensó Húrrem. Ojos tan apagados y salvajes como los de un animal, pero eso era lo que cabía esperar en un serbio. Le vestían bien: pelliza de terciopelo verde, babuchas amarillas, turbante de color blanco pan de azúcar. El efecto no era excesivamente desagradable.

-Hice lo que me pediste -repitió.

-Lo sé.

-¿Y ahora?

-¿Ahora?

-Debes cumplir tu parte del trato.

Húrrem pasó la página del Corán. El *kapi aga* se esforzó en dominar la indignación que empezaba a hervir en su interior. Qué agradable seria, pensó, cortarle la cabeza. Acabar con aquella pequeña sinvergúenza. Ver cómo se derramaba su sangre sobre la palabra de Mahoma y se teñía de rojo

la piedra gris del muro. Casi podía oir los borbotones manando de su cuello. Si eso resolviera el problema…

-¿Cuándo vuelve el sultán al Eski Saraya?

-Nuestro convenio…

-¿Cuándo?

-Parte mañana al norte, a Adrianópolis, para la temporada de caza. No volverá hasta la caída de la hoja.

El *kapi aga* observó con satisfacción que la sangre desaparecía del rostro de la mujer. Bueno, eso le borró la sonrisa.

¿Cuánto tiempo crees que vas a seguir siendo *gozde*, pequeña insolente?

-Teníamos un trato -insistió el *kapi aga*.

-Queda una condición más.

El *kapi aga* avanzó un paso, apretados los puños.

-Hice lo que me dijiste que hiciera -musitó-, ¡no puedes pedirme más!

Húrrem ni siquiera levantó la cabeza.

-Mientras conserve tu secreto, puedo hacer lo que me plazca.

Él la miró, desvalido. Impotente, pensó. Si, una vez más, me veo impotente. Todo por culpa de esta bruja.

-Dijiste que me ayudarías.

Húrrem cerró el libro, las páginas se unieron de golpe, con un concluyente chasquido cuyo eco resonó en el minúsculo patio. La muchacha se levantó y anduvo hacia él. Ante el asombro del kapi aga, la punta del dedo de Húrrem descendió a lo largo del brazo del hombre y acabó cogiéndole la mano.

-Te ayudaré. Después de esta noche, dejaré de ser un problema para ti. Ya no tendrás que vivir con miedo.

De pronto, el *kapi aga* notó que tenía la boca seca. Húrrem se le acercó todavía más. El hombre percibió el calor de su cuerpo y la suavidad de su muslo femenino oprimiéndose contra su entrepierna. Sintió sobre la mejilla el murmullo de la respiración de Húrrem.

-¿Qué es lo que quieres? -preguntó con una voz que no le pareció la suya.

-Quiero un poco de tu jugo vital -susurró ella.

Meylissa bordaba un caftán de color oro bruñido para Mustafá, el joven *shahzade*, y se había acercado a la ventana con la labor para examinarla a la menguante claridad de la tarde. Oyó que entraba alguien en la habitación, a su espalda, y se le tensó todo el cuerpo. ¡La *kiaya*!

-¿Te he asustado?

-¡Ah, eres tú! -Muomi se la quedó mirando y Meylissa se movió, nerviosa, cubiertos los ojos como siempre que se sentía incómoda-. ¿Qué quieres?

-Tengo lo que querías.

Muomi alargó una mano y dejó en el banco una pequeña vasija blanca y azul. Un tarro coronado por un redondo tapón de corcho. Meylissa cogió el tarro, quitó el tapón y olfateó el contenido.

-Es nauseabundo.

-Tómatelo todo. Te pondrá enferma y matará a la criatura. Meylissa volvió a poner el tapón. De pronto, las manos empezaron a temblarle.

-Gracias.

Muomi le dirigió una mirada compasiva.

-Esto no tiene nada que ver conmigo -dijo, y salió del cuarto arrastrando los pies.

Los alaridos de una mujer despertaron al *kislar aghasi*. Al principio pensó que seria alguna de las chicas ululando en sueños. Entre las nuevas, algunas lo hacían y, por regla general, él organizaba al día siguiente una paliza para inducirías a abandonar tal costumbre. No obstante, al despabilarse comprendió que no se trataba de la pesadilla de una joven. Había oído gritos semejantes con anterioridad, procedentes de la cámara de tortura del *bostanji*. Notó que un sudor frío y viscoso brotaba por todo su cuerpo. Sus piernas abandonaron la colchoneta y con manos temblorosas alargó los brazos en busca de los zuecos.

La vela no se había consumido gran cosa, lo que le hizo suponer que no llevaba durmiendo más de una hora. Cogió la bujía y se apresuró a salir al pasillo, con su voluminosa barriga vibrando como jalea debajo del camisón de dormir.

Los chillidos llegaban del dormitorio del piso de arriba. Llamó a dos miembros de su guardia y subió la escalera corriendo.

Meylissa rodaba desnuda por el suelo y clavaba las uñas en las maderas del entarimado, como si buscase desesperadamente una salida física a la agonía de su cuerpo. Otro espasmo la sacudió de pies a cabeza y encogió las rodillas contra el vientre, adoptando la posición fetal, al tiempo que vomitaba sangre. La sangre y la saliva le mancharon su bonita cara de tez oscura y el pecho; contrajo los labios hacia atrás y enseñó los dientes, como perro cogido en una trampa.

Las demás jóvenes se concentraban a su alrededor, con la vista fija en ella, asustadas y fascinadas por los detalles de la muerte. Algunas tenían las piernas salpicadas por una fina línea sanguinolenta y, cuando Meylissa volvió a retorcerse, soltaron un chillido y dieron un salto hacia atrás, temiendo acaso que pudiera contagiarles algo terrible.

Meylissa les devolvía la mirada a través de la rabiosa neblina negra de su dolor. Intentó gritarles: «¡No estoy enferma! ¡Es veneno!». Pero los desagradables ruidos rechinantes que salían de su garganta en absoluto tenían parecido alguno con su voz, ni con nada humano. Otro ramalazo de dolor recorrió su cuerpo y Meylissa se dobló sobre si misma y lanzó otro alarido.

Sintió que unos brazos la agarraban tratando de sujetarla, pero gruñó a quienes se le habían acercado y pataleó de modo frenético al aire, en un intento de librarse del sufrimiento que le flagelaba el estómago. Abrió los ojos una vez y vio el asustado y lampiño rostro del *kislar aghasi*; vio también a Húrrem, junto al hombre. Se esforzó en distinguir la expresión de la muchacha. Quiso señalarla con el dedo para acusarla, pero los eunucos le inmovilizaban los brazos y tampoco podía hablar porque la cálida sangre inundaba su garganta.

Empezó a asfixiarse y la negrura cayó sobre sus ojos como una gruesa cortina.

Río Maritza, cerca de Adrianópolis

Los perros de caza levantaron de su refugio en la artemisa la perdiz, que estalló en el aire batiendo con frenesí sus cortas alas. Ibrahim soltó una carcajada de excitación y alzó la muñeca izquierda, protegida por el grueso

guantelete de cuero. El halcón peregrino hembra temblaba, adivinando la proximidad de la presa.

Ibrahim quitó la capucha de cuero que cubría la cabeza del ave y los grandes ojos dorados parpadearon bajo el cielo encapotado. Casi inmediatamente, el halcón peregrino remontó el vuelo y sus enormes alas lo elevaron a las alturas en cuestión de segundos.

Ibrahim y Solimán espolearon sus monturas y emprendieron la caza.

El halcón inclinó las alas y su cuerpo se ladeó. Durante un instante se dejó llevar por las corrientes, tan liviano como el propio aire; un momento después, descendía del cielo a plomo, como una piedra. La perdiz aleteó, empavorecida, lenta, gorda y pesada, sin la menor posibilidad de huir. El halcón la golpeó desde arriba originando una explosión de plumas, mientras sus garras acertaban de lleno en la espina dorsal de la víctima con un golpe tan violento que la perdiz murió en pleno vuelo.

Durante unos segundos, víctima y ave rapaz continuaron su descenso. Luego el halcón soltó su presa, giró en el aire y se alejó, triunfal, dejando que la perdiz cayese, muerta, en la ciénaga.

Ibrahim soltó un grito de encantada alegría y salió al galope hacia el borde de las negras aguas, mientras los perros chapoteaban por delante de los cascos del caballo, compitiendo entre si por encontrar el premio.

Ibrahim miró hacia lo alto y estiró el brazo enguantado, ofreciéndoselo al halcón, que seguía volando en círculos a gran altura, por encima de su cabeza.

El jabalí miró al intruso desde su santuario en un bosquecillo de rosales silvestres, saturados de temor y confusión sus pequeños ojos pajizos. Jadeaba, mientras retrocedía adentrándose en las aulagas y los espinos. Por un lado, los ladridos de la jauría, por el otro, el repicar de los cascos de los caballos y los gritos de los arqueros. No podía hundirse más en el marjal.

Sólo le quedaba una opción.

Atacó desde las zarzas, resoplando con furia.

Solimán vio cómo se acercaba y lanzó un grito de aviso a Ibrahim. Vio cómo el jabalí alcanzaba al corcel árabe de Ibrahim por encima del flanco y cómo un amarillento colmillo desgarraba el costado del garañón y abría un ensangrentado agujero en su estómago. El caballo emitió un relincho de sorpresa y agonía y retrocedió, arrastrando las vísceras que brotaban por la herida.

Solimán se encontraba todavía a unos cincuenta metros de distancia.

Espoleó su cabalgadura, sacó el arco de la funda de cuero colgada de la silla y apuntó con toda rapidez. Su primera flecha se hundió en la paletilla del verraco y lo sacudió lateralmente. El jabalí recuperó el equilibrio sobre sus cuatro patas, chilló y volvió la cabeza hacia aquel nuevo sufrimiento.

Solimán tiró de las riendas, cogió otra flecha del carcaj enjoyado que colgaba de la silla y apuntó con mucho cuidado. La segunda flecha alcanzó al jabalí detrás de la paletilla, en un ángulo que buscaba el corazón, y se hundió casi hasta la mitad del astil.

El jabalí se tambaleó y su cuartos traseros no aguantaron el peso del cuerpo.

De pronto, como si manos gigantescas rasgasen el aire, flecha tras flecha fueron a clavarse en el grisáceo cuerpo del jabalí. Cayó hacia atrás, mientras la sangre le manaba por dos docenas de heridas. Instantes después había muerto.

Los arqueros jenízaros se lanzaron hacia delante, entre vítores, y en un instante el caballo de Solimán estuvo rodeado de jinetes *solaks*. Solimán hizo caso omiso de las disculpas del capitán y se apeó de un salto.

-¿Ibrahim?

El caballo árabe de Ibrahim aún estaba en pie, relinchando y girando, mientras los perros ladraban y se movían alrededor de sus patas, atraídos por la sangre, lamiendo y saltando hacia las vísceras que colgaban de los flancos de la cabalgadura. Varios jenízaros se agitaban entre ellos y mientras uno trataba de coger las riendas los otros maldecían y golpeaban con los *killig* a los perros.

El semental herido, rezumando espuma por la boca, los ojos saltones por el miedo y el dolor, giró hacia Solimán, que retrocedió titubeante. Pero los perros volvieron a la carga y el caballo remolineó de nuevo, emprendió el galope a través de un grupo de membrillos y desapareció de la vista.

Solimán miró a su alrededor, aturdido. ¿Dónde estaba Ibrahim? ¿Había muerto?

De pronto lo vio, hundido hasta las rodillas en la ciénaga, con el blanco caftán manchado de barro y helecho. Llevaba el turbante torcido y en la amplia y perversa sonrisa de su rostro se apreciaba cierto aire demente. Sostenía por el cuello, con la mano derecha, la sanguinolenta perdiz.

-¡Tenemos nuestra recompensa! -gritó.

-¡Te daba por muerto! -dijo Solimán.

-Mientras tenga a mi sultán protegiéndome, ¿cómo voy a morir?

Le envolvía tan juvenil inocencia que daba la impresión de que ni por asomo había pensado que pudiera haber resultado herido. La verdad era que parecía tan satisfecho consigo mismo y con su trofeo que Solimán echó la cabeza hacia atrás y también se echó a reír.

Se encontraban en el pabellón de Solimán; la música que Ibrahim arrancaba a su viola quedaba poco menos que ahogada por el croar de las ranas del pantano. La claridad de las velas ondulaba sobre los rizos escarlata que formaban los pliegues de la tienda.

A Solimán le duraba todavía la exaltación de la caza y no le era posible dormir. Permanecía sentado sobre las piernas cruzadas, al tiempo que Ibrahim concluía la pieza que estaba interpretando, pero su cerebro distaba mucho de estar concentrado en la música. Había adoptado una decisión que resolvería el asunto que hacia varias semanas que le preocupaba.

Había sopesado su opción frente a las exigencias de las tradiciones y el protocolo de la corte, prolongada su determinación sólo por la necesidad de justificarse ante si mismo y ante su propia conciencia.

-Voy a sustituir a Ahmed Pachá en el cargo de gran visir -dijo de pronto, mientras las últimas notas de la música de Ibrahim aún flotaban en el aire.

-¿Ha sido negligente en sus funciones? -preguntó Ibrahim.

Solimán pensó que incluso parecía sorprendido.

-No. Pero tampoco posee la suficiente habilidad.

-Sin embargo, lleva muchos años sirviendo en el *Diván*...

-Si, sí. Pero no es la persona ideal. Pretendo que se convierta en mi gobernador en Egipto. No trato de humillarle.

Solimán pareció molesto por las objeciones de Ibrahim. ¿Cuándo se había preocupado Ibrahim de lo que era conveniente y lo que no lo era?

-¿Por quién lo reemplazaréis?

Solimán pareció un padre a punto de obsequiar a su hijo con un regalo apreciadisimo. Experimentó un estremecimiento de placer.

-Tú le sustituirás.

Ibrahim desvió la mirada.

-¿Yo?

-Si. Serás mi nuevo gran visir.

Solimán aguardó, pero ni la esperada efusión de gratitud ni la acostumbrada sonrisa juvenil aparecieron. Lo que hizo Ibrahim, por el contrario, fue sostener la viola en el hueco formado por el codo y mirarse las manos con expresión melancólica.

Un hormigueo de irritación asaltó a Solimán.

-¿Qué es lo que ocurre?

-En el *Diván* no faltarán quienes se pregunten por qué me otorgáis a mí ese puesto, por delante de Ahmed Pachá.

-No corresponde al *Diván* poner en tela de juicio mis decisiones sobre nada.

-Lo único que me inquieta es lo que dirán en privado.

-¡Lo que digan en privado no te hará ningún daño!

-Pero parecerá que me habéis nombrado para el cargo de pachá a causa de nuestra amistad.

Solimán contempló a Ibrahim con asombro. En absoluto era aquello lo que había esperado. Ibrahim siempre había aceptado complacido, incluso con entusiasmo triunfal, los cargos que le había concedido. Solimán no podía creer que a Ibrahim le preocupara la opinión de sus iguales en el *Diván* ni que le importara el protocolo osmanlí.

-¿Deseas que me eche atrás en mi decisión?

Ibrahim guardó silencio durante largo rato. Un soplo de brisa agitó los pliegues de la tienda, como un prolongado suspiro. ¿La cólera de Dios?, se preguntó Solimán.

-Tengo miedo -dijo Ibrahim.

-¿Miedo?

Solimán evocó la figura de Ibrahim emergiendo de la ciénaga con la perdiz en la mano, el asombro que experimentó entonces. Casi daba la impresión de que la seguridad en si mismo de Ibrahim absorbía por completo todo su posible temor.

-Es evidente que no tienes miedo de que un jabalí te clave su colmillo ni de que tu propio caballo te pisotee. Entonces, ¿qué es lo que te asusta?

-Vos, mi señor.

Solimán se le quedó mirando extrañado.

-¿Yo?

-El cuello del gran visir está continuamente bajo la espada, mi señor. Aunque lo consideraría el mayor honor al que un hombre puede aspirar, confieso, sin embargo, que sigo teniendo un poco de miedo.

Solimán comprendió de pronto lo que quería decir. Recordó a su propio padre, que se había deshecho de ocho visires en otros tantos años. Ciertamente, una de las maldiciones corrientes entre los turcos había sido: «¡Ojalá te nombren visir de Selim el Cruel!». Y recordó también que él mismo, cegado por la cólera, había estado a punto de ejecutar al pobre Piri Pachá.

-No tienes nada que temer de mi, amigo mio.

Ibrahim levantó la cabeza, insistentes e implorantes sus negras pupilas.

-Siempre creí que deseaba el cargo. Hasta ahora. No debéis colocarme tan arriba que, cuando caiga, esa caída resulte fatal.

Solimán se puso de pie, se acercó a Ibrahim y apoyó ambas manos sobre sus hombros.

-Te doy mi palabra. Mientras viva, me encargaré de que nunca se te haga daño. Pongo a Dios por testigo y juez.

Ibrahim tomó la mano de Solimán y besó el rubí de su anillo.

-Me habéis procurado una fama que supera mis sueños más exaltados -murmuró Ibrahim-. Prometo serviros hasta el día de mi muerte.

El Eski Saraya

¿Dónde estaba?

El *kapi aga* escudriñó el patio sombreado, al tiempo que se debatía entre el deseo empavorecido de salir corriendo y la apremiante necesidad de quedarse y encontrarla. Las sombras se burlaban de él. No está aquí. Te ha traicionado.

El cuerpo es el verdadero traidor, pensó: el fuego ardiente de los sentidos que le atrae a uno hacia el placer y el dolor como la llama atrae a la polilla. Esta misma carne que puede llevarte al éxtasis también puede atraerte hacia todos los tormentos que Satanás -o el jefe *bostanji*- sea capaz de imaginar.

¿Qué hacia él allí? Aquella mujer pertenecía a la estirpe del diablo, él lo sabia ya, se lo había demostrado. Debía encontrar algún medio de desembarazarse de ella, arriesgarse para evitar que hubiese un tercer conspirador. Ah, pero entonces se perdería también el calor de su cuerpo, la sensación de sus tibios pechos apretados contra él, el apetito de sus labios, el imposible y prohibido supremo arrobamiento al que le llevaba. No existía placer comparable en su imaginación con el que había disfrutado entre las sombras de aquel patio de fuente susurrante, paseo de mármol y plátanos de alargadas ramas. Allí dejaba de ser un eunuco y el terriblemente atroz filo del peligro le producía tal grado de emoción que hasta el mismo amor a la vida resultaba pálido comparado con él.

Pero ¿y si Húrrem se quedaba también embarazada? Aquel oscuro túnel de amor carnal y sus consecuencias no parecia tener fin; en el preciso instante en que concluía el último espasmo del clímax, el negro terror volvía a abatirse sobre él, para colmar todo su ánimo de pánico frío y cerval. Entonces salía huyendo de aquel patio, mientras se juraba que no volvería a poner nunca más los pies allí y se prometía buscar el modo de desembarazarse de la mujer.

Pero el cuerpo le esclavizaba. Al cabo de unos días, a veces sólo de unas horas, sólo podía pensar en la próxima vez. La imagen del cuerpo de Húrrem -y del suyo propio, hombre completo de nuevo- borraba todo lo demás. Aquellos contados minutos semanales en la penumbra del patio se habían convertido en toda su vida.

Trató de simular ante si mismo que nunca le sorprenderían. Que aquello jamás acabaría.

Oyó a su espalda un rumor de telas y giró en redondo.

-¡Húrrem!

-¿Te he asustado?

El *kapi aga* temió que el corazón estuviese a punto de saltársele del pecho. Le palpitaba con tal violencia que casi le dolía.

-¿De dónde sales?

-Te estaba observando. Desde detrás de la columna.

La contempló. Vestía pantalones de seda blanca y un *gomlek*, también de fina seda, color esmeralda, abierto hasta la cintura, que dejaba entrever las suaves redondeces de los pechos. Subían y bajaban al ritmo de la respiración. Al *kapi aga* le era imposible apartar los ojos de allí.

Húrrem avanzó un paso hacia él.

-Hagámoslo. Rápido.

La muchacha llevaba un velo de gasa, sujeto al gorrito verde con el que se tocaba. Se quitó el velo con un movimiento rápido y experto de la diestra. El *kapi aga* se la quedó mirando fijamente. Parecía tan dueña de si, tan controlada... ¿Nunca sentía miedo?

El hombre levantó la vista hacia la torre norte. Las ventanas parecían bajar la mirada sobre él, vigilantes, como dos terribles ojos negros. Recordó que las puertas estaban cerradas, pero, no obstante, tiró de Húrrem hacia las sombras más densas, hacia el pie de la tapia.

Húrrem se levantó la túnica y acarició las partes del *kapiaga.*

-¿Qué se siente al volver a ser un hombre total? -dijo.

¿Se está burlando de mí?, se preguntó el *kapi aga*. También se preguntó, como se había preguntado cien veces, por qué hacía Húrrem aquello. ¿Sólo por lujuria? ¿No sentía nada hacia él?

-La mataste -acusó.

-Fue culpa de Muomi. El abortivo era demasiado fuerte.

-Lo hiciste de forma deliberada.

-¿Y qué? ¿Crees que soy peor que tú? Nos habrías matado a las dos, si hubieras creído que eso te salvaba el cuello.

Los pantalones estaban tirados sobre el mármol. Húrrem soltó los tres broches de diamantes del *gomlek*. Él se esforzó en apartar los ojos de aquel cuerpo duro y menudo, en concentrarse en las verdades y mentiras que pudiesen traicionar el rostro de la muchacha.

-Ella era amiga tuya.

-Mientras vosotros erais prácticamente desconocidos. Y la dejaste embarazada en cuanto te permitió pasar al claustro.

Húrrem apoyó la espalda contra el muro. El *kapi aga* notó que se le secaba la boca. Húrrem seguía mirándole, con aquella sonrisita en el rostro, sabedora de que el hombre no tenía poder alguno sobre ella.

Los pezones estaban erectos. ¿Por el deseo o por el frío? El *kapi aga* creyó conocer la respuesta. No importaba. Se le había endurecido y casi lo tenía erecto del todo. ¿Cuántos hombres completos podían blasonar de ello? Agarró a la muchacha con un ademán brutal por las muñecas y la oprimió contra la pared.

-Tal vez algún día te arroje al Bósforo.

Puso la mano derecha sobre la garganta de Húrrem. Era un cuello delgado y la mano podía abarcarlo fácilmente. La bajó hasta el hombro y después hasta el pecho, que apretó con todas sus fuerzas, con la intención de hacerla gritar. Pero los ojos de ella continuaron mirándole fijamente, verdes y duros.

-Dicen que en esta época del año las aguas están agitadas. Debes andarte con cuidado, no vayas a caer tú.

Húrrem se levantó las faldas y sus muslos se ciñeron a las caderas del *kapi aga*, para atraerle hacia si. Cogió un pliegue de la túnica del hombre y

se lo introdujo en la boca al *kapi aga* para evitar que chillase al penetrarla. La fuente no podía sofocar tal ruido.

El *kapi aga* se quedó sin aliento. Le abrumaba la intensidad de la sensación y mordió la seda que tenía en la boca, mientras se daba cuenta de que estaba perdiendo el control. Aborrecía aquel hervidero de su interior; detestaba a la mujer por el poder que ejercía sobre él, odiaba a todas las mujeres y abominaba de sí mismo por su debilidad. Empezó a temblar.

Húrrem le pasó los brazos alrededor del cuello y movió las caderas de forma que la parte sedosa de su entrepierna acariciase y oprimiera la erección del hombre en toda su longitud.

-Dame tu jugo -le susurró al oído-. Lo quiero todo.

Él sintió que el clímax le lanzaba por el precipicio, hacia el fondo de una felicidad ciega y estremecida. Durante unos segundos escarlatas se sintió libre de ella, libre de su servidumbre con respecto a las mujeres, y se entregó a esa libertad. No deseaba volver. Era como la muerte y, de haber estado en su mano, se habría perdido en ella. Que aquel orgasmo se prolongase perpetuamente. Pero cuando acabó, sólo quedaban allí el miedo y el frescor de la tarde.

La vida era una trampa. Sin escapatoria. Se buscaba salida para huir y uno iba a darse de narices con la degollina.

El *kapi aga* no se enteró del éxito por la propia Húrrem. Un día, al despertarse, le sorprendió el rumor que circulaba por palacio: ¡la *iqbal* llevaba un niño en su seno!

El alivio se transformó en el acto en un nuevo terror. ¿Qué iba a hacer ahora? No le era posible volver al jardín. Hacer el amor a la *kadin* del sultán era una ofensa demasiado terrible para concebirla. Sin embargo, de no aparecer por allí, ¿qué haría Húrrem? ¿Le traicionaría? ¿Pero cómo iba a hacerlo sin traicionarse a sí misma?

Después le asaltó otra idea. ¿Y si el niño era suyo?

Comprendió que no tenía modo alguno de leer en el cerebro de Húrrem. Él era un peón en un juego del que ya no entendía nada. Desde el instante en que abrió la puerta por primera vez para seducir a una de las odaliscas del sultán, había perdido toda potestad sobre su propia vida.

Su incapacidad era absoluta. No podía hacer nada, salvo esperar.

Hafise examinó a la nueva *iqbal* de su hijo con la mirada experta de la mujer que ha pasado casi toda su vida adulta en el traicionero mundo del harén. Se percató al instante de que era una clase de persona muy distinta a Gúlbehar. Podía apreciarse en el modo en que caminaba, en la forma en que se conducía. Sus ojos eran un poco demasiado sagaces, su lengua -eso había oído decir-, un poco demasiado suelta.

Claro que tal vez eso no era malo. Ella no habría sobrevivido tantos años en el harén de Selim de no haber contado con cierta perspicacia. Y, sí, desde luego, también un poco de firmeza.

-Húrrem -la invitó en tono afectuoso con la mano tendida-, me encanta la noticia. Ven a sentarte a mi lado.

Húrrem sonrió y fue a tomar asiento en el otro extremo del diván. La tarde era cálida y estaban sentadas en la terraza que daba al sombreado patio oriental del palacio. Trinaban los pinzones en las ornamentadas jaulas colgadas de los aleros y en la mesita baja que las mujeres tenían ante ellas había sorbetes, melón y *rahat lokum*. A sus espaldas, la ciudad resplandecía

en la neblina de la tarde, con las cúpulas de las mezquitas brillando entre el polvo como diamantes.

-Solimán está cazando en Adrianópolis. Hoy le he enviado un correo con un mensaje. Tengo la seguridad de que la noticia le va a alegrar tanto como a mi.

Húrrem se puso una mano en el estómago.

-Tendremos que esperar varios meses para comprobar la amplitud de su contento.

Una buena respuesta, pensó Hafise. Si es niña, habremos vuelto de nuevo al principio.

-Si Dios quiere -dijo. Hafise alargó la mano, cogió un mechón de pelo de Húrrem y lo mantuvo a la luz.

Todos me tocarán así, pensó Húrrem. Como si pretendieran recordarme que soy propiedad de los osmanlíes.

-Tienes un pelo precioso -dijo Hafise-. No es rojo del todo, ni totalmente dorado. ¿De dónde eres?

-Mi padre era un khan de los tártaros krim, corona de cabezas veladas -articuló Húrrem, tratando de eliminar de su tono el profundo orgullo que sentía. No iba a dejar que la madre del sultán se diera cuenta de que ella se consideraba superior. Al fin y al cabo, Hafise sólo era hija de un campesino de Georgia.

-¿Y cómo llegaste hasta nosotros?

-A mi padre se le presentó una oportunidad.

Hafise sonrió.

-¿Para ti? ¿O para él?

-Los *spahi* le tenían amarrado al suelo y le metieron a la fuerza las armas y el dinero en los bolsillos. El forcejeaba y chillaba. Fue espantoso.

Hafise había dejado de sonreír.

-Ríes al contar esas cosas, pero no hay risa en tus ojos.

Húrrem se dio cuenta de la penetración del escrutinio de la *valida*. Decidió que necesitaba aquella lealtad. Sin embargo, no era conveniente subestimar a la mujer, fuese o no campesina. Aquella regordeta y amable gallinita tenía ojos de halcón.

-¿Por qué debo llorar? El sigue viviendo en una tienda, yo vivo en un palacio. Al final, he sido la más beneficiada del trato.

-¿Entonces eres feliz aquí?

-Seré más feliz cuando vuelva mi señor.

-Estuve casada muchos años con el sultán Selim. Puedo contar con los dedos de la mano las semanas que pasamos juntos. Es una vida solitaria, Húrrem.

Húrrem asintió.

-Aceptaré vuestro consejo, pues, alteza. Volveré con mi padre. ¿Podéis procurarme un caballo?

Hafise se echó a reír, en contra de su voluntad. Aquella moza era un poco burlona, pero había verdad detrás de lo que decía. ¿Por qué amargarse por cosas que una no podía cambiar?

-Me temo que ni siquiera eso puedo hacer. Ahora que tienes el hijo del sultán, este harén va a ser tu hogar para el resto de tu vida.

-En ese caso, tendré que pedir habitaciones más espaciosas.

Hafise sonrió e indicó sus propios aposentos.

-Como las mías, tal vez.

Húrrem le devolvió la sonrisa.

-Si Dios quiere.

-No me sorprendería que ésa fuera Su voluntad. –Hafise eligió un trozo de *lokum*, sazonado con pistacho y le dio un mordisco-. Si necesitas algo, debes decírmelo. En el Islam, la madre es sagrada y ahora más que nunca. Se hará cuanto sea preciso para garantizar tu comodidad.

-Hay una cosa, alteza.

-¿Si?

-Quiero un guardaespaldas.

Hafise pareció muy sorprendida.

-¿Un guardaespaldas? ¿Aquí?

-Estoy asustada.

-¿De qué?

-He oído rumores. Dicen que no viviré para ver nacer a mi hijo.

-¿Quién se atreve a amenazarte a ti... y al hijo del sultán?

Húrrem desvió la mirada.

-No lo sé. Puede que sólo sean habladurías.

Miente, pensó Hafise. Sabe quién es, pero no se atreve a decirlo. Sólo existe una persona que desearía su muerte. ¡Gúlbehar! Meneó la cabeza. No, eso es imposible. Gúlbehar no es capaz de eso. Pero la chica parecía asustada.

-Si crees que esos rumores pueden ser ciertos, debes hacer que tu sirvienta cate previamente la comida e incluso que se pruebe tus prendas de vestir antes de que te las pongas, por si le tela estuviese envenenada. Como medida de precaución, me encargaré de que el *kislar aghasi* te asigne uno de sus eunucos.

-Gracias, alteza.

-Debemos asegurarnos de que no le suceda nada al hijo del sultán.

Húrrem sonrió para indicar que comprendía. Todos tienen la certeza de que es un niño, pensó. Pero esto es algo sobre lo que yo no tengo control alguno.

Desde su puesto de observación en la torre norte, el *kapi aga* vio cómo emergía Húrrem entre las alargadas sombras del patio, se sentaba en el banco de mármol situado junto a la fuente y abría el Corán sobre su regazo. El hombre apretó los puños en una agonía de indecisión. Había vuelto. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué intentaba hacer? Pronto iba a ser la *kadin* de Solimán, ¿qué más quería? Ahora ya no podían seguir, los riesgos eran demasiado grandes. Pero si él no acudía... ¿qué haría Húrrem? Tenía que hablar con ella, poner fin a aquella tortura. Hasta su deseo había desaparecido: cuando se enteró de que estaba embarazada, ese deseo pareció evaporarse y el vacío interior se vio colmado al instante por el anhelo de sobrevivir. Lo suyo debía acabar.

¿Qué deseaba Húrrem? ¿Cómo reaccionaría si él no iba a su encuentro? ¿Le traicionaría -podría hacerlo- culpándole de la muerte de Meylissa?

Tomó una decisión, salió apresuradamente del cuarto y cerró la puerta con llave. Bajó corriendo los peldaños de madera, rumbo al patio.

Vaciló largos minutos ante la puerta de hierro, con la llave metálica dentro de la cerradura. La llave y la cerradura, pensó. Hombres y mujeres. Uno introduce la llave en la cerradura y abre la puerta que conduce a los sueños y a las pesadillas. No hay nada tan apremiante como una puerta cerrada con llave.

Tenía que averiguar qué deseaba Húrrem.

Dio vuelta a la llave y se introdujo en el patio. Húrrem levantó la cabeza y sus ojos se desorbitaron con sorpresa. Luego dejó caer el Corán, se incorporó y empezó a chillar.

El *kapi aga* se la quedó mirando, con el asombro de ella -fingido, comprendió- reflejado en su propio semblante. ¿A qué venia todo aquello? Oyó que alguien gemía y reconoció el sonido de su misma voz. Quiso echar a correr, pero los músculos no iban a responderle.

Comprendió lo que había tramado Húrrem.

Al mirar hacia la derecha sus ojos tropezaron con el atónito rostro de uno de sus guardias negros.

-¡Pequeña ramera! -musitó. Sacó la enjoyada daga de debajo de la pelliza y lanzó un tajo a Húrrem. La muchacha chilló de nuevo y cayó hacia atrás, mientras la cuchillada cortaba el aire a escasos centímetros de su rostro.

El *kapi aga* no vio al guardia que se precipitó hacia él. Vislumbró el súbito centelleo de la hoja y oyó su mortífero susurro. Casi automáticamente, la daga desapareció y, con ella, la mano derecha. El hombre emitió un jadeo y se agarró la muñeca. No sintió dolor, en aquel momento no, pero gritó horrorizado, entre náuseas, con la mirada fija en el muñón y en el borboteo de sangre fulgurante.

Después cayó de rodillas e intentó arrancar la daga de los dedos de la mano seccionada. Si pudiese matar a Húrrem ahora, todo quedaría zanjado. Que hiciesen con él lo que quisieran. Siempre que aquella bruja estuviera muerta.

Pero los guardias se lo llevaban a rastras y él gritó de nuevo, en esa ocasión a causa del repentino dolor al rojo vivo que sintió en la muñeca. Vio las oscuras manchas que empapaban los adoquines y el reguero de sangre que iba dejando mientras le alejaban de la putilla del gorro verde. Intentó maldecirla a voces, pero uno de los guardias le golpeó con la empuñadura de acero del yatagán y el *kapi aga* dejó escapar un gemido y su cabeza cayó hacia atrás.

El halcón remontó el vuelo desde la corriente que nacía sobre los abrasados adoquines de la ciudad, después trazó unos círculos en el aire y se dirigió al Bósforo, sobrevolando de nuevo los muros del Topkapi Saraya. Sus ojos dorados miraron las torres gemelas de la Puerta de la Felicidad, donde la cabeza del *kapi aga*, en el alto nicho de la muralla, se tornaba negra y arrugada como una aceituna. Fuera de los muros, su cuerpo decapitado todavía colgaba del enorme gancho, donde lo estuvieron atormentando durante tres días, la punta de acero penetrando en las costillas y los muslos, la cuerda atada al patíbulo y a las muñecas para mantenerlo vertical. Allí seguiría hasta que los carroñeros cuervos terminaran su labor y tendones y ligamentos se pudrieran y desprendieran de los huesos.

El halcón giró de nuevo en el aire y voló en dirección al Cuerno de Oro y al viejo palacio de madera erguido en lo alto del monte, junto a la gran mezquita de Bayaceto. En un balcón entre cúpulas de cobre, una mujer permanecía de pie con la mano sobre su abultado vientre. Destacaba por las dos trenzas, atadas con un lazo de raso, que le caían hasta la mitad de la espalda. Su cabello tenía el color del fuego y en sus labios se dibujaba una sonrisa.

Los meses transcurrirían veloces. Se tocó el vientre. De modo que ya podía llegar. Sí, que llegase.

El día del parto había blancura sobre los tejados del harén. Se llevaron pañales a las habitaciones de Húrrem y una silla de alumbramiento, se quemó incienso, se esparcieron pétalos de rosa por los suelos de mármol y en la alcoba y la sala se colgaron amuletos y abalorios azules para alejar al ojo del diablo.

Húrrem nunca había sufrido tal dolor. En vista de que la criatura parecía negarse a salir, la comadrona del harén, una nubia terrible, que acaso pesara tanto como tres odaliscas, se sentó encima del estómago de Húrrem y obligó al hijo a abandonar el útero.

Húrrem gritó. El trozo de marfil que le introdujeron entre los dientes acalló sus alaridos.

-¡Muérdelo con fuerza! -susurró la comadrona-. ¡Aprieta y calla!

Por fin ocurrió. Encogida sobre la silla, sujeta por dos matronas, una a cada lado, alumbró a la criatura, que la nubia recibió en un paño de lino, al tiempo que recitaba la profesión de Fe.

Allahu Akbar... Alá es grande...

El *kislar aghasi* permanecía en pie, observando, asegurándose de que no sustituyeran al precioso recién nacido. Cogió a la criatura en brazos, la llevó a la fuente de mármol blanco y le aplicó las tres abluciones habituales. Le pusieron en la boca aceite azucarado para que su lengua fuera dulce y amistosa; le aplicaron *kohl* alrededor de los ojos para garantizarle una mirada profunda. Un volumen del Corán con diamantes incrustados le tocó la frente.

Las manos de Húrrem se aferraron a los hombros de la comadrona mientras parpadeaba para apartar el sudor de sus ojos.

-¿Qué es? -suplicó-. ¡Sólo dime qué es!

Fue el *kislar aghasi* quien contestó:

-Habéis dado a luz un niño, mi señora -le dijo.

-Un niño -repitió Húrrem. Le sonrió y luego se desmayó, perdió por completo el sentido.

SEGUNDA PARTE

El ángel sombrío

Venecia, 1528

Era un ensueño en terciopelo negro, un ángel oscuro de cabellera tan endrina y brillante como el carbón y ojos como dos chispas de turquesa. Tenía altos pómulos patricios, labios carnosos, húmedos y granates, como magullados. El corpiño de su vestido, escotado de acuerdo con la moda, permitía ver la tersura marfileña de la piel de sus hombros y pechos. La pequeña cruz de oro que llevaba al cuello -a él le resultaba fácil imaginar los cálidos latidos- parecía estar provocándole.

Doblemente prohibida.

La piazza estaba atestada de gente y de ruido, los pregones de los vendedores ambulantes se mezclaban con los juramentos de los marineros que jugaban y cantaban en los soportales, con el desabrido staccato de los armenios y dálmatas y con la melodía armónica de los venecianos. Un albanés de holgados pantalones se abría paso entre la multitud, mientras masticaba un diente de ajo como si fuese un caramelo; un togado con la túnica púrpura de senador correspondía con un movimiento de la mano y un «addio caro vecchio» al saludo respetuoso que le dirigían algunos ciudadanos.

Era como si ninguna de aquellas personas estuviese allí. Abbás observó a la mujer mientras subía la escalinata que llevaba al pórtico de la iglesia. Caminaba con una gracia que casi era excesiva y, aunque mantenía fija la mirada en el suelo, levantó la cabeza una vez y Abbás tuvo la sensación de que le habían pinchado con fuerza en el pecho. Los labios femeninos se entreabrieron un poquito, apenas lo justo para que se percatara de que ella le había visto, de que su presencia, la de él, la había afectado de alguna forma. Sólo Dios sabía cómo.

Se quedó sin aliento. Era la mujer más perfecta que había visto en toda su vida. Le entraron ganas de lanzarse hacia delante, de cogerla del brazo y salir corriendo con ella fuera de la plaza.

La vieja bruja que la acompañaba le obsequió con una mirada desdeñosa, de rechazo total, cuando empezaron a subir los peldaños de la entrada de la iglesia de Santa Maria de los Milagros. A continuación, desaparecieron dentro del templo.

-¿La has visto? -susurró.

-Claro que la he visto -respondió Ludovici-. Es Julia Gonzaga.

-¿La conoces?

-Mi hermanastra la conoce. Es su prima.

-¿Su prima? -Abbás cogió a Ludovici por el sayo, la elegante prenda escarlata que le llegaba hasta la cintura y llevaba encima de la camisa, y tiró de él hacia los escalones.

-¿Qué haces?

-Quiero verla.

-¿ *sei pazzo*... ¡Estás loco!

-¡Vamos!

Ludovici agarró a su amigo por un brazo.

-¿No sabes quién es su padre? Antonio Gonzaga... ¡es un *consigliatore!*

-¡No me importa!

-¿Que no te importa? -Ludovici estaba alarmado, pero no sorprendido. Abbás era uno de los jóvenes más pasionales y testarudos que había conocido. Imprudente, le llamó su padre. Si era su defecto, también era su encanto. Tal vez lo llevaba en la sangre, fue la conclusión de Ludovici. Un moro era un moro. Pero aquella vez no iba a permitirle hacer el ridículo. Además, allí existía auténtico peligro.

-Sólo quiero mirar.

-¡No te vas a conformar con mirar! ¡Es una Gonzaga!

-Pues entonces quédate aquí -dijo Abbás. Apartó a su amigo y salió corriendo escaleras arriba.

Ludovici titubeó. ¡Que se fuera al diablo! *Corpo di Dio!*, era su funeral. Dio media vuelta y se alejó; pero luego cambió de idea y subió los peldaños corriendo, en pos de Abbás.

Los lúgubres y reprobadores rostros de los santos bajaban la vista desde un techo espléndidamente dorado. Un busto de la Vergine della Santa Clara miraba con gesto severo hacia los bancos desde su balaustrada en la fría pared de mármol gris y coral. Querubines, angelotes y monstruos marinos retozaban en las pilastras de las columnas arqueadas.

Reinaba la penumbra dentro de la iglesia y, tras el calor de la plaza, se notaba fresco allí. Como dedos gigantes, dos rayos de claridad se filtraban a través de las vidrieras que estaban encima del ábside y descendían en diagonal; parecían señalar las dos figuras arrodilladas en oración delante del altar. Abbás notó un hormigueo de aprensión. Las marmóreas imágenes de san Francisco y del arcángel san Gabriel le fulminaron con la mirada desde sus nichos, reprochándole su violación. En aquel momento pensó que podían protestar, dotadas de vida súbitamente, y saltar desde la pared para enfrentarse al intruso.

No son más que piezas de mármol, se dijo. Carecían de vida y de poder. Pero la santidad de aquellas imágenes reforzaba la advertencia de Ludovici. Caminaba ahora por otro mundo, un mundo que no entendía del todo.Una mano se posó en su hombro derecho y poco faltó para que se le escapara un chillido.

-¡Ludovici!

-¿Pensabas que era Gonzaga?

Abbás echó un vistazo a la media figura del arcángel que se hallaba a su espalda, en la pared.

-Alguien más ilustre que todo eso -dijo, y sonrió ante el desconcierto de su amigo. Se volvió hacia las dos figuras envueltas en sombras arrodilladas delante del altar-. Esa muchacha es el ser más adorable que jamás hayan visto mis ojos.

-No es para ti, Abbás.

-Tal vez si.

-¡Tal vez si! ¡También puedes alcanzar la luna, Abbás!

La anciana que acompañaba a Julia oyó sus voces y, suspendiendo sus oraciones, levantó la cabeza. Abbás y Ludovici se precipitaron al abrigo de la columna. Abbás se llevó el indice a los labios. Aguardaron.

Pero cuando volvió a mirar, las mujeres ya no estaban ante el altar. Dirigió los ojos hacia la nave y vio a la vieja que metía prisa a la muchacha y la hacia avanzar por el pasillo. La joven volvió la cabeza una vez y, durante un segundo, la riada de claridad amarilla que irrumpió por el hueco de las grandes puertas iluminó su rostro. Luego, la dueña tiró de ella.

¡sei pazzo! -cuchicheó Ludovici.

-Me crié moro y musulmán, en el desierto. Sin embargo, me veo obligado a vivir aquí, en una república cristiana, ¡sobre el agua!

Abbás sonrió a Ludovici.

-¡Si tú fueses yo, puede que también estuvieras un poco loco!

Mahmud se encontraba en el balcón del *palazzo*, con sus anchas manos apoyadas en la barandilla, mientras contemplaba la puesta de sol a través del velo de color rosa que cubría los picos nevados del Cadore y el telón de fondo formado por los nubarrones que se acumulaban por el oeste. Góndolas, galeras e islas distantes se difuminaban, convertidas en oscuros relieves contra el tono gris perla de la laguna. Era una vista que nunca dejaba de conmoverle, el puerto más adecuado para la mayor república naval del Mediterráneo. A veces, hasta llegaba a olvidar que aquel

patrimonio no era suyo, que él sólo era un mercenario a sueldo. Pero ésa era la realidad del asunto; una lección que su hijo debía aprender.

-¡Es absolutamente imposible! -rezongó.

-He de conocerla -dijo Abbás.

-¿Cuánto tiempo llevamos viviendo entre estas personas? ¿Seis años? ¡Y todavía no parece que hayas entendido una sola cosa acerca de ellas!

-Podemos proteger su vida pero no desposar a sus hijas.

Mahmud giró sobre sus talones para quedar de cara a su hijo, tenso el cuerpo a causa de la ira, y la resolución de Abbás empezó a vacilar. No era fácil enfrentarse a su padre. El capitán general de la República tenía la corpulencia de un oso, los músculos de los hombros le resaltaban bajo el jubón de seda y la enorme y rizada barba añadía ferocidad a su aspecto. Cuando estaba furioso, como ocurría en aquel momento, los ojos fulguraban en su moreno rostro.

-Hay razones que explican nuestra presencia aquí --dijo- Siempre hay una razón para todo.

La razón, por supuesto, consistía en que el Dogo no confiaba el mando de su ejército a sus propios nobles, ya que temía -y con buenos motivos- que, en el caso de que alguno de ellos tuviera ese mando, pudiera volver las tropas contra él. Ciertamente, el capitán general no solía ser casi nunca un italiano y a menudo, como en aquel momento, ni siquiera un cristiano.

Por lo que a mi se refiere, pensó Mahmud, tengo un hermano príncipe en Berbería que dormiría mucho más tranquilo si yo hubiese muerto. Si, siempre hay una razón para todo.

-Nos tratan como si fuéramos basura -dijo Abbás.

-Los *magnifici* tratan siempre a todo el mundo como si fuera basura. Eso no significa nada. Es una costumbre.

-Pero nosotros tenemos sangre real.

-¿Qué sangre real? -Mahmud descargó ambos puños contra la superficie de la mesa de nogal situada entre ellos- ¿La realeza de un príncipe musulmán? ¿Qué significa para ellos? Te diré lo que somos... Somos mercenarios. No te engañes a ti mismo creyendo que éste es tu sitio. Puedes vivir en un *palazzo* y vestir como un *togati*, pero no eres uno de ellos. Tenlo presente.

-¿Qué he de hacer, entonces? ¿Con quién voy a casarme?

Mahmud se apartó.

-¡Haz lo mismo que los demás jóvenes de otra sangre y busca la diversión en el Ponte delle Tette... el puente de las Tetas! -Abbás conocía el lugar. Debía su nombre a las mujeres que desde el umbral de su casa, desnudas de cintura para arriba, lanzaban miradas lascivas a los jóvenes-. De todos modos -añadió Mahmud-, eres demasiado joven para pensar en una esposa.

Abbás respiró con fuerza. Nunca se había opuesto a la voluntad de su padre.

-Quiero conocer a Julia Gonzaga.

Mahmud suspiró. La irritación había desaparecido ya. ¿Dónde estaba la cuestión? Era como un niño engreído que pidiera tener su propio castillo. Era inalcanzable y ahí concluía el asunto. Incluso aunque Gonzaga fuera la clase de hombre receptivo ante la idea de que su hija se casara con un moro de tez oscura -y desde luego Gonzaga no era esa clase de hombre-, la República contaba con un decreto que prohibía a todo noble veneciano contraer matrimonio con alguien que no perteneciera a su clase. Un

magnifico del Consejo de los Diez ni siquiera podía hablar en privado con un extranjero, aunque éste fuese el capitán general del ejército.

Con el capitán general del ejército menos que con cualquier otro.

-Esto es sólo cosa de tu juventud, Abbás. Mañana habrás olvidado todo este asunto.

-Me juzgas mal -dijo Abbás, y salió de la estancia.

Desde el balcón del palacio de su padre, tras el enrejado de la *loggia*, Julia Gonzaga contemplaba el escenario de la noche veneciana. Las lámparas colgadas en las popas de las góndolas dejaban lineas ondulantes en la superficie del canal. Las voces susurraban a lo largo de las aceras y una pareja de jóyenes, cogidos del brazo, se desvaneció entre las oscuras sombras de un soportal. Julia apartó de su mente un ramalazo de envidia.

Recordó una vez más lo que le había sucedido aquella tarde en la iglesia de Santa María de los Milagros. ¿Por qué la miraba aquel muchacho de esa forma? ¿Y quién era? Era un mozo de piel oscura, un negro, quizá, como algunos gondoleros, pero no vestía como ellos. Se cubría la cabeza con una bareta adornada con joyas y su camisa de hilo estaba abierta por la pechera, tal como llevaban su camisa los jóvenes nobles más elegantes.

Entonces, ¿quién era?

Otro misterio que sumar al misterio que coronaba el misterio principal. Era como vivir en una gran casa cuyas habitaciones, todas, hubieran sido cerradas con llave. Estaba el misterio de su padre, una presencia rígida y tétrica, que entraba y salía de las sombras de su palacio como..., pensaba Julia, ruborizándose, como la sombra del mismo Dios. Estaba el misterio de su madre, que murió al dar a luz, a la que no llegó a conocer y de la que nunca se hablaba.

Pero, por encima de todo, estaba el misterio de los hombres.

Su padre le había insinuado que posiblemente algún día se casara con uno. La idea le produjo dos sentimientos: miedo y alivio. Un hombre era algo en cierto modo diferente, eso lo sabia, pero el modo en que sería distinto sólo lo podía suponer. Según la Biblia y su dueña -su aya, la signora Cavalcanti-, los hombres jóvenes eran obra del demonio y pondrían en peligro su alma. Sin embargo, había una parte de ella, de Julia, que se preguntaba si la condenación no sería mejor que aquello. Estaba enterrada viva. ¿Qué podía ser peor?

Últimamente había empezado a pensar en los hombres de manera continua. En contra de su intención, de eso estaba segura, la signora Cavalcanti había despertado en ella una terrible fascinación, al invocar la irresistible curiosidad que suele producir la puerta cerrada de una bodega. Pese a su agitación, Julia anhelaba averiguar qué había al otro lado de esa puerta.

¿Pero cómo hacerlo?

La muchacha apestaba a vino y a sudor. Se derrumbó, sin dejar de reír, sobre el regazo de Ludovici. Él introdujo una mano por debajo del vestido de la joven, también riendo, le cogió un pecho, lo sacó y lo sostuvo en la mano como si se tratara de un fino jarrón que enseñara a un invitado. Era un pecho blanco y grueso. Observó que le habían teñido el pezón con colorete.

-¡Vamos, Abbás! ¿Por qué estás tan atribulado? ¡Mira, debajo todas tienen lo mismo!

La mujer lanzó un chillido y, con ademán juguetón, le dio un pescozón a Ludovici. Se subió el escote en un fingido intento pudoroso.

-Es como una ballena arrastrada a la playa –comentó Abbás, disgustado-. Lo único que falta son los ganchos del patrón.

A la prostituta se le apagó la risa en la garganta. Miró a Abbás fijamente, con expresión dolorida y ultrajada.

-¡Bastardo! -insultó-. ¡Pagano! ¡Supongo que preferirías acostarte con un camello!

La ramera se apartó, indignada. Ludovici seguía riendo. Tomó la copa que tenía delante y se echó al coleto un buen trago del espeso vino rojo, parte del cual se derramó por su blanca camisa y le extendió sobre el pecho una mancha sanguinolenta.

Abbás miró a su alrededor. La taberna estaba repleta de clientes, en su mayoría jóvenes hijos de *togati* que disfrutaban acompañados de sus putas. El local constituía un derroche de color; en la rígidamente controlada sociedad de La *Seremssima,* como sus habitantes llamaban a Venecia, sólo las meretrices y las clases trabajadoras podían vestir como quisieran; las esposas e hijas de los patricios iban siempre de negro. Los jóvenes aristócratas llevaban una larga melena que les caía hasta el hombro, camisa con la pechera abierta y gorra adornada con rutilantes piedras preciosas.

El lugar apestaba a vino rancio y a perfume. Del fondo llegaba el todavía menos agradable aroma de los orines.

-No te tomes la vida tan en serio -decía Ludovici-, un hombre necesita un agujero en el que removerse. ¿Qué importa de quién es ese agujero?

Abbás sacudió la cabeza. Su amigo estaba borracho. -Si le importa a Gonzaga, me importa a mi.

-Nunca te habías mostrado tan quisquilloso -le sonrió Ludovici. El vino tinto le había manchado también los dientes. Parecía ridículamente joven. Sin embargo, se dijo Abbás, es mayor que yo.

-Tal vez sea porque ahora conozco mejor el paño –dijo Abbás.

Era cierto. Había pagado a aquellos pendones por sus favores y cariños fingidos y nunca había saboreado el amor que cantaban los trovadores. Algunas de aquellas furcias le cobraban más porque era moro, otras le rebajaban la tarifa porque sentían curiosidad. Todas estaban siempre muy borrachas, o bien eran muy bastas o, que Dios le perdonase, muy viejas.

-El hombre lo necesita -le había dicho Ludovici una vez-, lo mismo que evacuar un buen mojón. Lo malo es que resulta mucho más caro.

Abbás se levantó, disgustado por tales recuerdos, molesto a causa del ruido, de los olores y de las carcajadas de Ludovici. Obligó a éste a incorporarse.

-¡Vámonos!

Ludovici emitió un grito de protesta mientras Abbás tiraba de él hacia la calle. La copa se estrelló contra el suelo de madera al tiempo que la puerta se cerraba tras ellos.

Abbás mantuvo a su amigo de pie contra la pared de la taberna, cogido por la camisa. La prenda estaba empapada de vino.

-Escúchame -le susurró-, tienes que ayudarme.

Ludovici trató de concentrarse, sorprendido por el repentino apremio que matizaba la voz de su amigo.

-¿Qué ocurre?

-Julia. ¿Puedes llevarle una carta?

-*sei pazzo!*

-Es posible. ¿Lo harás?

-Por favor, Abbás…

-¿Lo harás?

-¡Gonzaga te matará!

-Gonzaga me importa un comino. Quiero conocerla. Hablar con ella, aunque sólo sea una vez.

-¡Por el amor de Dios…!

-Dijiste que es prima de Lucía.

-Eso no mejora las cosas…

-Lucía puede encargarse de entregarle mi carta.

Ludovici se encogió de hombros, en gesto de derrota. Era inútil discutir con Abbás cuando había tomado una decisión.

-Se lo consultaré.

La expresión de Abbás se tomó radiante y palmeó el hombro de su amigo.

-¡Funcionará, Ludovici! ¡Ya lo verás!

Ludovici se sintió sobrio de repente. Se estremeció.

-Es peligroso, Abbás.

-El peligro da sentido a la vida.

-También puede ponerle fin. No lo hagas. Si te entrevistas con ella… y eso es imposible, Abbás, porque no va a ninguna parte sin compañía, te encontrarás en grave peligro. No se puede jugar a la ligera con el honor de un hombre así.

Abbás se volvió, medio rostro sumido en sombras mientras el resplandor de la luna conferia a sus pupilas una intensidad extraña.

-¡Y yo tengo mi honor, Ludovici! ¡Mi padre puede ser feliz con su condición de perro de guerra del Dogo, pero yo pretendo ser mi propio hombre!

¡Oh, Dios mío!, pensó Ludovici. Amor y rebeldía. Una potente combinación. Lo bastante poderosa como para nublar el sentido común.

-No lo hagas -musitó Ludovici.

-¡Escribiré la carta esta noche!

Abbás pasó la mano por encima del hombro de Ludovici y le condujo ruta abajo, hacia la plaza de San Marcos. Durante todo el camino, Ludovici no dejó de maldecirse y de tildarse de necio por haber mencionado el parentesco de Lucía y Julia.

Nada bueno iba a salir de aquello. Lo sabia.

Las prendas tendidas en la cuerda para que se secaran bailoteaban frente a la enyesada pared de color grisáceo. Al otro lado del canal, una vieja señora de compañía, asomada a una ventana, izaba un cesto de provisiones desde una góndola amarrada a la orilla. Los reflejos del sol sobre la superficie del canal moteaban de luz las sombras de las fachadas de los palacios e incluso atravesaban con rayos de claridad la penumbra de la galería.

Mientras le daba a la aguja, con la labor de encaje sobre las rodillas, Julia disfrutaba de la tibieza dorada que el sol difundía sobre su piel. Sentada a su lado, Lucía le contaba en susurros los pequeños chismorreos que había oído a su hermano. Durante el verano, Lucía la visitaba a menudo –acompañada por su dueña, claro- para coser y cotillear juntas. Era para

ambas un consuelo que agradecían, puesto que aliviaba la monástica soledad de su vida cotidiana.

-Se dice que te vas a casar -comentó Lucía.

Era una muchacha morena y más bien llenita, en cuyo labio superior afloraba un conato de bigote. Ludovici, su hermano mayor, era rubio y ni siquiera había empezado a salirle barba. La vida no es justa, pensó Julia.

Alzó la vista para mirar a la signora Cavalcanti. Esta le devolvió la mirada con gesto de triunfo.

-Sí -reconoció Julia-. En otoño.

-¿Es guapo?

-Mi única referencia es lo que mi padre dice. -Julia fingió examinar su labor de encaje-. Es miembro del Conssejo de los Diez. Su esposa murió hace tres veranos.

Por el rabillo del ojo pudo ver la decepción -¿o era horror?- en el rostro de Lucía. Ésta se le acercó un poco más.

-¿Cuántos años tiene?

-Ha cumplido los sesenta. Pero todavía conserva cierta apostura.

Se esforzó en evitar la trémula vibración de su voz. ¡Vaya pareja que le había buscado su padre! Le temblaban los labios de rabia y autocompasión. En fin, al menos él parecía satisfecho.

-¿Cómo se llama?

-Serena. Es el apellido, no me acuerdo de su nombre, así que no me lo preguntes.

La signora Cavalcanti levantó la cabeza con un movimiento rápido al percibir la irritabilidad del tono de la muchacha. Julia bajó los ojos.

-Le he visto -dijo Lucía-. Es muy... muy importante.

Es como una hoja seca, pensó Lucía. Apropiadísimo que se casen en otoño. Si logra vivir hasta entonces. Parece que ya le han exprimido todo el jugo de su cuerpo. Ahogó una risita. ¡Pobre Julia!

Se quedaron silenciosas. La signora Cavalcanti dejó el bordado y se frotó los ojos.

-Creo que descansaré un poco -dijo, y entró en el edificio. Julia oyó cómo corría los visillos de la ventana del dormitorio que daba a la terraza, en el piso de arriba.

Lucía aguardó hasta que su propia dama de compañía se ausentó, instante que la joven aprovechó para hundir la mano en los pliegues de su vestido y sacar un sobre sellado con lacre rojo. Casi lo arrojó sobre el halda de Julia, como si estuviese en llamas.

Julia la miró con la boca abierta, atónita.

-¿Qué es esto?

-Una carta -susurró Lucía, al tiempo que dirigía una mirada fugaz a la puerta abierta del balcón-. ¡Deprisa, ábrela!

-¿De quién es?

-¡Tienes un admirador!

Julia imaginó que aquello seria exactamente lo que sentiría si cayera en el canal. Sorpresa absoluta, turbación, frío intenso. Cogió el sobre. Había una palabra, escrita con tinta negra: Julia. Tragó saliva.

-¡Bueno, ábrelo!

El semblante de Lucía manifestaba el entusiasmo y la curiosidad de una chiquilla. Julia se apresuró a rasgar el sobre.

Te quiero. Eres la mujer más bonita que he visto en toda mi vida. He de encontrarme contigo. Arrostraré cualquier peligro. Sólo tienes que decirme lo que debo hacer.

Julia leyó las palabras una y otra vez, y luego empezaron a temblarle de forma incontrolable las manos.

-¿Qué dice? -murmuró Lucía, apremiante.

-¿De quién es? -quiso saber Julia.

-No lo sé. De un amigo de mi hermano.

-¿Quién?

-No ha querido decírmelo. Sólo me ha pedido que te la entregara. ¡Enséñamela!

Lucía intentó leer la carta, pero Julia se la arrebató con ademán furioso, la dobló y se la guardó bajo el vestido. Por lo menos, allí estaría a cubierto de los ojos de la signora Cavalcanti. Rompió el sobre en pedacitos y los tiró al canal por encima del balcón.

Cayeron revoloteando como copos de nieve.

-¿Por qué me envía cartas ese amigo de tu hermano? ¿Quiere que la deshonra caiga sobre mí?

-Ludovici ha dicho que era el único medio.

-¿El único medio para qué?

-Lo ignoro. El único medio para que pudieses entrevistarte con él, supongo. -Cogió un brazo de Julia-. ¿A qué viene todo esto? -le preguntó, encantada ya con aquella intriga.

Julia trató de mantener la compostura. Notaba que le ardían las mejillas. Estaba aterrada y, al mismo tiempo, jubilosa: aterrada por las consecuencias que podría tener aquello, si su padre llegaba a descubrirlo; jubilosa por la repentina e inesperada irrupción en su vida de la aventura sentimental.

También le asombraba su propia reacción: había empezado a trazar un plan casi al instante. Interiormente, una parte de su ser protestaba: ¡esto es una locura! ¡Te van a descubrir! ¡Deshonrarás el apellido familiar y tu alma se verá condenada al tormento!

Otra parte de si misma se preguntaba qué castigo le parecería peor a su padre.

Pero era imposible. Encontrarse con un completo desconocido, sin que nadie les presentara, sin carabina. No, quemaría la carta. En cuanto se marchase Lucía, debía quemar enseguida la carta.

Si el autor de aquella misiva fuese un compañero adecuado -incluso un marido-, entonces habría concertado el encuentro a través de su padre. Fuera quien fuese, resultaba evidente que no se trataba de ningún *togati*, ni de ningún miembro de una familia aristocrática importante.

Y sin embargo...

-¿Qué vas a hacer? -le preguntó Lucía.

Y sin embargo...

-Mi señora de compañía duerme la siesta todas las tardes, de tres a cinco. Yo leo la Biblia en mi alcoba. Dile a tu hermano... -Tragó saliva- ... Dile a tu hermano que, si su amigo dispone de una góndola, que espere en el canal entre esas horas. Si está antes, o después, no bajaré y no tiene que volver a molestarme.

Lucía se quedó mirándola, asustada y sorprendida.

-¿Vas a verte con él... sin tu dueña? ¿Y sin que lo sepa tu padre?

-Si, eso voy a hacer -repuso Julia-. No me importa si me condeno. -Pensó en su matrimonio con un consiliario de sesenta años- De todas formas, ya estoy condenada..., ¿o no?

Julia se ciñó más la larga capa alrededor de los hombros y se bajó la capucha sobre la frente, dejando el rostro sumido en sombras. Todavía podía echarse atrás, se dijo. Volvió la cabeza para mirar escaleras arriba. Estaba oscura y fría. Oyó los ronquidos procedentes del dormitorio de la signora Cavalcanti. Cerda.

Abrió unos centímetros la pesada puerta de madera y dirigió su mirada a los grises peldaños de piedra. La claridad hirió sus ojos y entornó los párpados para filtrar el resplandor. Santa Maria, Madre de Dios, perdóname, murmuró. ¡Allí estaba!

La góndola permanecía amarrada a la argolla de hierro del primer escalón. El gondolero era un negro alto, con camisa de raso escarlata y mangas acuchilladas, cuyo sombrero de amplias alas llevaba adornos también escarlatas. El hombre se apoyaba en la pértiga con arrogante tranquilidad, casi como si se estuviera burlando del miedo de la joven.

Julia cerró de nuevo la puerta, inspiró con fuerza y apretó los párpados. No era demasiado tarde para retroceder. ¿Retroceder adónde?

Volver a su cuarto y abrir la voluminosa Biblia que tenía en el escritorio. Llevar la labor hasta la ventana para captar la luz y aliviar la tensión de los ojos. Observar a los gondoleros cuando sonreían y agachaban la cabeza, escudriñar los encortinados toldos y preguntarse...

Regresar a su habitación y esperar a aquel senador de sesenta años llamado Serena.

Dio los últimos toques a la capucha y abrió la puerta. Bajó corriendo la escalinata, apartó las cortinas y saltó a bordo de la góndola.

Ahogó un chillido de sorpresa... y horror. Era negro.

No tan negro como el gondolero, pero desde luego era moro. Lo recordó en el acto: era el muchacho que había estado mirándola en la iglesia de Santa María de los Milagros. Por eso no podía aquel chico abordar al padre de Julia. No sólo no era hijo de un magnifico, ¡sino que ni siquiera era veneciano!

La capucha todavía le ocultaba el rostro, pero Julia tuvo la impresión de que el joven penetraba en su expresión.

-Me han dicho que tengo todas las prendas de un gondolero fino -dijo, sonriente-, pero mi padre no lo permitiría. Cree que el hijo del Defensor de la República debe aspirar a las mayores empresas.

-Vuestro padre...es el capitán general del ejército.

¡Mahmud, el Moro! Había oído hablar de él. Ahora todo tenía sentido.

-Si mi aspecto os parece demasiado ultrajante, mi señora, podéis bajar de la góndola y nunca más volveréis a verme. Porque me arrojaré al río.

Volvió a sonreír y Julia se dio cuenta de que se evaporaba su agravio inicial.

-Sólo puedo estar ausente unos minutos -dijo, pero la voz no se parecía en casi nada a la suya.

El muchacho hizo una seña con la cabeza al gondolero y corrió las cortinas. Julia oyó el ruido metálico de la argolla y el suave chapoteo del agua mientras el gondolero los conducía hacia el centro del canal.

-¿Adónde vamos?

-A ninguna parte. ¿Dónde podemos conversar de manera más anónima que aquí?

Las cortinas de terciopelo azul cubrían los cuatro costados, de forma que la intimidad de la minúscula cabina era total. Julia percibió un desagradable olor a moho y nogal. Lo único que podía ver fuera de la cabina eran las alegremente multicolores medias del gondolero, de pie en su puesto del travesaño de boga.

La atención de Julia se centró en su acompañante. Comprobó que era joven, casi tan joven como ella. Su piel tenía el color de la nogalina, aunque el pelo, ensortijado, no era lanoso y de tono azabache como el del gondolero negro. Sus facciones, regulares y redondeadas, parecían esculpidas en bronce. Llevaba camisa de hilo blanco y jubón de seda azul. Un rubí centelleaba en su oreja izquierda.

Era lo más absolutamente exótico que la muchacha había visto en toda su vida.

-¿Cómo os llamáis? -preguntó.

-Abbás.

-Abbás... -repitió Julia, silabeando como si probara el sonido del nombre en su propia lengua.

-No es un nombre veneciano, pero, como podéis ver, yo tampoco soy veneciano del todo.

Julia rebuscó entre los pliegues de su capa.

-Aquí tenéis vuestra carta.

El joven pareció confuso.

-No deseo que me la devolváis...

-Esto es peligroso. Si lo preferís, la quemaré...

-Tampoco deseo que la queméis. -La cogió-. Lo que digo en ella es verdad.

Julia notó que se le encendían las mejillas. ¿Qué quería de ella?

-¿Conocéis a Ludovici Gambetto? -preguntó.

-Su padre es consejero y general del mio. Supongo que ambos somos renegados.

-¿Ambos?

El muchacho dio la impresión de que le sorprendía que fuese necesario dar más explicaciones.

-En cierto modo, los dos somos intrusos.

-Los Gambetto son una de las familias nobles de Venecia.

Abbás parecía un poco incómodo.

-No lo sabéis?

-¿Qué he de saber?

-Ludovici es fruto de un amor extraconyugal. El señor Gambetto tenía una querida. Cuando la mujer falleció, Ludovici todavía era un niño. El señor Gambetto asumió la responsabilidad de hacerse cargo de él, pero... pero sigue siendo un intruso.

Julia se le quedó mirando. ¿Querida? ¿Eso qué era? ¿Y cómo podía nacer un niño fuera del matrimonio?

-¿Tal vez no debería habéroslo dicho? -manifestó Abbás-. Daba por supuesto que lo sabíais.

¿Por qué tenía que saberlo? Nadie le contaba nada jamas. -Nunca lo había oído decir.

-Lamento... -Abbás levantó las manos extendidas y su mirada recorrió el pequeño dosel de terciopelo-- ... lamento todo esto. Quería que mi padre

intercediese por mi, pero dijo que era imposible. Sin embargo, yo tenía que hablaros, tenía que hacerlo. Sois la mujer más hermosa que jamás han visto mis ojos.

Alargó la mano y levantó la capucha de Julia. Ella se quedó petrificada, temiendo que Abbás la tocase. Pero cuando la capucha cayó hacia atrás, el joven se limitó a contemplar a Julia, a examinar su rostro con aterradora intensidad.

-Sois preciosa -susurró.

Durante unos segundos, Julia deseó echarse a reír: era lo más bonito que alguien le había dicho jamás. Había recelado de su belleza durante mucho tiempo y, de pronto, le pareció que los riesgos asumidos esa tarde merecían la pena. Por aquella clase de adoración se habría sometido al filo de mil cuchillos.

Sintió que se le subía la sangre a la cabeza. No supo qué hacer ni qué decir. Volvió a echarse la capucha sobre los ojos.

-Debo regresar.

-Todavía no.

-Si mi dueña descubre esto...

-Sólo un momento.

Una sombra pasó por el techo del dosel al deslizarse la góndola por debajo de un puente. Julia oyó los gritos de unos chiquillos que jugaban en el empedrado.

-¿Soy demasiado repulsivo para que me miréis?

-¡Oh, no! -murmuró Julia-. No es eso.

-Tengo que volver a veros.

-No puedo.

-Os lo ruego. Es la primera vez en mi vida que siento esto. Es como estar ardiendo.

-Voy a casarme -tartamudeó Julia.

Abbás pareció más indignado que alicaído.

-¿Cuándo?

-En octubre. Mi esposo vuelve de Chipre...

-No puedo permitir que tal cosa suceda.

-Debéis dejar de hablar así. Me asustáis. Debemos regresar.

Abbás bajó la voz hasta el susurro.

-¿Podríais amar a un moro como yo amo a una infiel?

-Llevadme de vuelta a casa -ordenó Julia, pero la voz se le quebró y la traicionó.

Instantes después oyó el metálico sonido de la argolla al atracar de nuevo la góndola al pie de la escalinata del palazzo. Julia se puso de pie y la embarcación se bamboleó. Al caer la joven, Abbás la cogió por un brazo.

-Permitidme que vea otra vez vuestro rostro.

Julia se desasió y, muy despacio, se echó hacia atrás la capucha. Observó los labios de Abbás mientras se entreabrían en una sonrisa de placer. Transformaba su semblante. Sin que se explicara la razón, Julia vio en su mente la imagen de un capullo, al que la escarcha mantenía apretado como un puño y que con la llegada del primer calor de la primavera florecía de manera gloriosa.

¿El?, se preguntó. ¿O yo?

-No pensaré en ninguna otra cosa hasta que vuelva a veros -dijo Abbás.

-No puedo veros otra vez -mintió ella.

Se apeó de la góndola y corrió escaleras arriba. No detuvo su carrera hasta haber alcanzado el santuario de su habitación, donde se hincó de rodillas ante el crucifijo de madera colgado en la pared, para rezar implorando perdón... y rogar luego la oportunidad de repetir el pecado.

Antonio Gonzaga había percibido un sutil e inquietante cambio en su hija. Le preocupaba el rosado rubor de sus mejillas y la contenida vibración excitada de su conducta. Aquello no era propio de una joven dama cuyos pensamientos debían ocuparse exclusivamente de la educación religiosa y de la labor de encaje.

La sirvienta colocó delante de ellos sendos platos de *squazzetto*, apetitoso caldo de pollo y arroz. Gonzaga observó cómo levantaba su hija la cuchara.

-Echa los hombros atrás.

Julia obedeció.

Gonzaga no pudo evitar un gesto irritado. Cuanto antes se casara y se la quitase de encima, mejor.

-Una señorita de alta cuna no debe apoyarse en la mesa.

-Si, padre.

¿Qué podía ocurrirle a aquella chica?, pensó Gonzaga. Había visto antes aquella expresión vacuna en el rostro de una mujer: en el de su esposa, la noche de bodas; y en el de su amante, cada vez que se quedaba embarazada. Cosa que sucedía con regularidad demasiado frecuente.

Tomó un trago de espeso vino tinto y sus dedos tamborilearon sobre la mesa mientras meditaba sobre aquel cambio...Desde luego, la idea de casarse con Serena no era lo que provocaba aquel arrebol en sus mejillas. De ser así, Julia habría juzgado lastimosamente mal a su futuro marido. Claro que, al fin y al cabo, ése no era el propósito del matrimonio. Sospechar la existencia de tan sucios pensamientos en la mente de su hija le anegó de rabia.

Apartó el plato y se puso en pie.

Julia alzó la cabeza, alarmada.

-¿Padre?

-No me encuentro bien. Iré a descansar. Tendrás que disculparme.

Salió del comedor y la dejó cenando sola.

Sentado ante el escritorio de su gabinete personal, Gonzaga tenía la vista tristemente fija en la llama de la vela. La habitación estaba decorada a tono con la personalidad de un hombre de la influencia y el decoro de Gonzaga. Dominaba la estancia una pintura de la Muerte de la Virgen, de Carpaccio; dos cuadros más pequeños, una Virgen con Niño, de Bellini, y un retrato del propio Gonzaga, encargado a Palma Vecchio cinco años atrás, colgaban a ambos lados de la puerta. Entre los tapices colgados en las paredes, alfombras de seda persas y sirias y, sobre la chimenea del hogar, dos bronces de Il Riccio.

Sonó una tímida llamada a la puerta.

-*Chi Xié*? -saltó Gonzaga-. ¿Quién es?

-Signora Cavalcanti, excelencia.

-Adelante.

La signora Cavalcanti entró sin hacer ruido y se inclinó para besar la manga del batin de terciopelo negro que vestía Gonzaga.

-Excelencia -murmuró la mujer-. ¿Deseabais yerme?

-Estoy preocupado, signora Cavalcanti.

-Confío en que no sea por mi culpa, excelencia.

Gonzaga la examinó minuciosamente.

-No lo sé, signora.

La dueña se retorció las manos. Gonzaga la aterraba.

Envuelto en la larga bata negra de suntuoso tejido alto *e basso* de terciopelo, con su gorra y estola, también de terciopelo negro, las hebillas y chapas de plata del cinturón y los sombríos ojos grises que la miraban desde debajo de las alargadas cejas, negras como escarabajos... Así era como se imaginaba la mujer su comparecencia ante Dios el día del juicio final.

-Os aseguro, excelencia, que he cumplido con diligencia mis obligaciones.

-¿De veras?

¡La señorita Julia! ¿Pero qué podía ir mal?

-Creo que es posible que os esté ocultando algo.

La signora Cavalcanti se devanaba el cerebro tratando de descubrir el error que hubiera podido cometer. Aquélla era una vieja treta de Gonzaga: obtener una confesión plena a partir de la sospecha más nimia.

-No lo creo así, excelencia.

El silencio quedó flotando en el aire. Por último, Gonzaga manifestó:

--¿Os habla mucho acerca del feliz acontecimiento que representará su boda?

-Muy poco, excelencia.

-¿Le proporciona placer pensar en ella?

Si fuese una chiquilla agradecida, tal vez, pensó la signora Cavalcanti. Pero en toda su desabrida y pequeña osamenta no hay un solo huesecillo de gratitud. Como no podía transmitir a Gonzaga esa circunstancia, optó por decir:

-Estoy segura de que se siente de lo más feliz.

Los dedos de Gonzaga repicaron sobre el brazo del sillón.

-¿No la dejáis nunca desatendida?

La signora Cavalcanti tuvo el recuerdo culpable de la siesta que se había acostumbrado a echar todas las tardes.

-No, excelencia.

Gonzaga pareció aplacarse, sentirse aliviado.

-No le quitéis ojo, vigiladla con toda atención. Tengo una posición que proteger.

-Sí, excelencia -dijo la dueña, y se dirigió a la puerta, agradecida. Sí, en adelante observaría a la joven con mucha más atención. Ignoraba por completo lo que podía haber inquietado al señor, pero fuera lo que fuese, ella lo averiguaría. Le informaría de lo que descubriera y la gratitud y la renovada fe de Gonzaga serían la recompensa justa para ella.

Estaban en la terraza, con la labor de encaje sobre el regazo mientras los rayos del sol del atardecer caían sobre los tejados de los palacios. Reinaba el silencio en la casa. Aunque la dueña se había retirado, Julia seguía sin oir el ruido que solían hacer las pesadas cortinas de la ventana al correrse.

Lucía se inclinó hacia Julia y susurró:

-¿Te encontraste con él?

-¿Con quién?

Lucía la fulminó con la mirada.

-¡Ya sabes a quién me refiero! ¡Dimelo!

Julia se encogió de hombros.

-Quizá.

-¿Y bien?

Julia sonrió, sin decir nada.

La signora Cavalcanti apareció de forma repentina en la terraza.

-¿Qué estáis murmurando vosotras dos?

-Nada, señora -repuso Julia.

La dama de compañía tomó asiento y cogió de nuevo su labor. Tras mirar a Julia y a Lucía, por turno, un fruncimiento de recelo decoró su rostro.

Transcurrió en silencio el resto de la tarde. Julia tenía plena conciencia de que dos pares de ojos se clavaban fijamente en ella, interrogadores, pero no levantó la cabeza ni pronunció palabra.

Julia se echó hacia atrás la capucha de la capa, con ademán pausado y lento, disfrutando a fondo de la sensación de poder que eso siempre le proporcionaba. Le cautivaban las emociones que su presencia parecía despertar en él. Era vanidad, lo sabia. El vicio del diablo. Perdóname, María, pensó, pero esto me encanta.

Nunca tuvo intención de que hubiera una segunda vez. Pero todas las tardes, después de aquel primer encuentro, la góndola se detenía ante la escalinata del palacio hasta que, por último, la tentación resultó demasiado fuerte. Ella sólo quería ver una vez más aquella expresión en los ojos del muchacho, incluso deseaba sentir el mismo escalofrío de temor. Sólo pretendía sentirse viva.

La segunda ocasión facilitó las cosas para repetir de nuevo la aventura. ¿Cuántas veces habían mantenido ya citas como aquélla? ¿Media docena, o más? Era el secreto más preciado de Julia.

Por primera vez en su vida tenía poder. Ni su padre ni la signora Cavalcanti la dominaban ya totalmente. Vanidad, miedo, poder. Quizá ésas eran las cosas que hacían que mereciera la pena vivir la vida. Santa María, perdóname.

-Julia -susurró Abbás.

-Sólo un momento -dijo ella.

Eran las palabras que pronunciaba cada vez, como un rito, algo que se ofrecía para que el destino se mostrara favorable. ¿Quién va a condenarme si sólo es un momento? Mi confesor comprobará que mi comportamiento ha sido inmaculado durante las demás horas del día.

Abbás alargó los brazos hacia ella, levantadas las palmas de las manos. En las dos últimas ocasiones, Julia le había permitido tocarla. Era su señal. Ella levantó la mano y dejó que Abbás se la cogiera. La colocó en el hueco de la palma, como si se tratase de un pajarillo herido.

-Os amo, Julia.

-Es imposible... tenemos que dejarlo.

-Yo no puedo dejarlo ya. Si me condenaran al fuego del infierno no podría sufrir un tormento peor que el que vivo ahora.

-Basta -murmuró Julia, pero no deseaba que él se interrumpiera.

Se preguntó si podría vivir ya sin aquello; la pasión de Abbás, la forma en que la hacia sentirse la mujer más hermosa e importante del universo. ¿Cómo volvería a contemplar el mundo desde la ventana de su casa?

-Lo dejaré cuando me pongan en la tierra.

-Abbás, voy a casarme...

-Venid conmigo.

-¿Qué?

-Venid conmigo. Puedo conseguir pasaje en un barco.

Julia se le quedó mirando, a la vez horrorizada y fascinada.

-No.

-Podemos ir a España. Allí estaréis a salvo de vuestro padre. El mio nos dará dinero...

-No...

Abbás le apretó la mano con tal fuerza que le hizo daño.

-¿Nos queda alguna otra salida?

-Llevadme de vuelta a casa.

-¿Qué otra cosa nos queda a los dos?

Tenía razón. Era difícil pretender que podían continuar con aquel juego eternamente. Con la llegada del otoño, Julia se vería condenada a otro palacio, a otra ventana. Y a un viejo, sombrío y gris como su padre. La joven se estremeció ante la idea. Pero huir, dejar Venecia..., su mundo frío y oscuro tenía tanto de santuario como de cárcel. Era como si Abbás la invitara a arrojarse con él a un abismo. El cerebro de Julia se desbocó, una idea se mezcló con otra y la muchacha comprendió que ya no podía confiar en si misma.

-Llevadme a casa.

-Por favor, Julia. Desde el momento en que os vi en la iglesia, supe que os desposaría. Haré cualquier cosa, lo que sea. Moriría antes que renunciar a vos.

Julia comprendió que hablaba en serio. Por primera vez se dio cuenta de que no era un juego. Abbás resultaba tan peligroso como su padre, Antonio Gonzaga. Estaba dispuesto a cumplir lo que decía. Nada iba a detenerle ya. Julia se sintió aterrada... y complacida.

Abbás hablaba en serio.

-Por favor, llevadme a casa -Julia imploraba ahora.

-Decidme que vendréis conmigo.

-No puedo.

-Debéis hacerlo.

Se inclinó sobre ella. Va a besarme, pensó Julia, y empezó a temblar. ¡No debéis hacer una cosa así! ¡Dios os castigará! ¡Esto ha ido demasiado lejos!, quiso gritarle. Pero, en lugar de pronunciar tales palabras, cerró los ojos y permaneció absolutamente inmóvil, mientras tomaba conciencia del curioso aroma de otro cuerpo próximo al suyo, del suave perfume que despedían las prendas de Abbás. Los labios de éste rozaron levemente los suyos y, luego, Abbás se separó.

-Venid conmigo -repitió.

Julia abrió los ojos. Abbás la miraba de aquella forma curiosa e intensa que le caracterizaba. Como si ella llevara escrita en el rostro, en miniatura, su respuesta. ¿Y si nadie vuelve a mirarme así en la vida?, pensó. La idea le resultó insufrible.

-He de volver a casa.

Cuando llegaron al *palazzo*, Julia subió la escalinata como si estuviera en trance. Apenas reparó en la sonriente cara del gondolero, mientras la puerta, al abrirse, chirriaba sobre sus goznes. La negrura bostezó ante ella, escapatoria aterradora más que santuario.

-Así que me has engañado.

¡Santa María, madre de Dios! Levantó la cabeza. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra distinguió las dos pupilas brillantes y malévolas que la contemplaban desde lo alto de la escalera.

-¡Signora Cavalcanti!

Un inopinado ramalazo de furor sustituyó casi de inmediato al miedo. Aquello no tenía nada de santuario. Era una prisionera. Lo mismo podían tenerla encadenada a un muro.

Los ojos de la dueña relucían de triunfo mientras la mujer bajaba por la escalera.

-¿Qué has estado haciendo?

Julia giró en redondo y abrió la puerta. Oyó el aullido agraviado que emitió la signora Cavalcanti; el portazo de la pesada hoja de roble y hierro interrumpió el ruido del grito. Julia corrió hacia el canal, pero la góndola se deslizaba ya a distancia de la escalinata. Julia estuvo a punto de dar una voz de aviso, pero entonces oyó los pasos de la dueña que bajaba por los escalones de piedra. Gritar el nombre de Abbás habría sido como denunciarle.

Las manos de la vieja se posaron sobre los hombros de Julia, bregaron para hacerla volver a la puerta y la muchacha soltó un chillido de rabia y frustración. Le pareció vislumbrar un movimiento en las cortinas de la góndola, pero no tuvo la certeza de que Abbás hubiera oído o visto lo que pasaba.

Antonio Gonzaga vestía las prendas color escarlata que denotaban su condición de hombre de calidad: consiliario. Estaba de pie ante la ventana, apretados los puños contra los postigos, con la vista sobrevolando los tejados de los palacios en dirección a la torre de San Marcos. Detrás del campanario, lo sabía, estaba el palacio Ducal.

¿Qué dirían de él si llegara a filtrarse la nueva de aquel escándalo? ¿Qué sería de su alianza con Serena?

La indignación era un puño cerrado en su vientre, que apretaba y apretaba... ¡su hija! ¡Comportarse igual que una prostituta! Le entraron ganas de degollarla.

-¿Quién es ese joven? -gruñó.

Julia bajó los ojos y se esforzó en conseguir que le dejasen de temblar las rodillas. Aunque quisiera, no podía contestarle. Nunca había presenciado tal furia. Temió perder el control de la vejiga y quedar deshonrada para siempre. ¿Pero cómo voy a deshonrarme más?, pensó. A los ojos de mi padre, al menos.

-¡He dicho que QUIÉN ES ESE JOVEN! -rugió Gonzaga.

Julia adivinó que la signora Cavalcanti la observaba, brillantes los ojos de sádica alegría. Julia no pronunció palabra. No iba a traicionar a Abbás. Eso podría salvarse.

El golpe la pilló completamente por sorpresa. Sintió que chocaba contra el suelo y, durante unos momentos, fue incapaz de oír o ver nada. Cuando por fin recuperó los sentidos, el consiliario estaba de pie sobre ella, separadas las piernas y apretados los puños.

-Me dirás quién es.

-Nunca -se oyó decir Julia.

Aquella inesperada fortaleza de ánimo que demostraba su hija no hizo más que aumentar la cólera del hombre. Soltó un bramido, agarró a Julia por el pelo, la sacudió como si fuera un perro y la llevó arrastrando por las baldosas de mármol. Le dirigió insultos y maldiciones, empleando la clase de

lenguaje que la muchacha había oído a veces en los mercados, pero que jamás creyó escuchar en boca de su padre. Cuando por fin la soltó, entre los dedos de Gonzaga quedaron largos mechones del pelo de Julia.

La muchacha se llevó las manos a la cabeza para protegerse de nuevas agresiones y, sollozando, se enrolló sobre si misma, formando una pelota.

Al abrir los ojos vio que hasta la vieja Cavalcanti parecía sobresaltada.

-Me dirás su nombre.

Julia no respondió. El desafio había anidado en su garganta. Volvió a gritar cuando Gonzaga tiró de ella, la obligó a levantarse y, al engarfiar los dedos en las amplias mangas de su vestido, le desgarró la tela. Gonzaga volvió a abofetear a la muchacha, una y otra vez, con la mano abierta, mientras ella se retorcía, serpenteaba, tratando de eludir los golpes. La soltó de súbito y Julia cayó pesadamente contra el suelo.

Antonio Gonzaga comprendió que aquella noche no iba a sacarle nada.

-Cúbrete, zorra.

Le había rasgado la hombrera del vestido y los pechos estaban al aire. Julia trató con torpeza de cubrirse con los trozos de tela. Pero le temblaban las manos de tal modo que no le era posible conseguirlo.

-Llevadla a su cuarto -ordenó Gonzaga a la dueña-. Después volved aquí. Quiero hablaros.

La signora Cavalcanti jamás se había sentido tan aterrada. Siempre reverenció a su excelencia, considerándole hombre severo; sin embargo, la escena que acababa de presenciar la había dejado estremecida. Una cosa era que pronunciara sentencia como juez justo y otra muy distinta que se tomara la justicia por su mano ante el potro de tormento.

Pero cuando la mujer volvió a entrar en el estudio, Gonzaga había recuperado la compostura. Estaba sentado en su escritorio, entrelazadas las manos sobre el regazo y con el semblante convertido en una máscara de austera reconcentración. Sólo el pelo, desgreñado bajo el gorro, evidenciaba la violencia que se había desarrollado allí momentos antes.

-Mi hija es ignominiosamente terca -dijo.

La signora Cavalcanti no supo qué decir. Miró el desesperanzado rostro de la Virgen de Carpaccio y se sintió avergonzada.

-¿Es posible que no se dé cuenta del alcance de la herida que me ha causado? -preguntó Gonzaga.

-La he aleccionado como es debido en cuanto a sus deberes con respecto a la República y a Dios -se apresuró a alegar la señora de compañía.

-Quizá -Gonzaga dejó que la palabra flotase en el aire como una amenaza-. Pero, si eso es cierto, ¿por qué me desafía de esa manera?

La dueña comprendió que se la sometía a juicio. ¿Pero qué podía argumentar en su defensa? Tal vez, después de todo, debería haberse guardado para sí su descubrimiento. En fin, ahora era demasiado tarde.

-Muchas preguntas surgen de esto -decía Gonzaga-. Por ejemplo, ¿cómo se han concertado esas citas?

La signora Cavalcanti se mordió la lengua antes de ceder al impulso de decir: No lo sé. Eso equivaldría a reconocer su fracaso. Se dio cuenta de que, antes de contar nada, debería habérselo pensado a fondo.

-Lo averiguaré -aseguro.

-Así lo espero, signora Cavalcanti. A decir verdad, confío en ello.

Gonzaga sonrió. A la dueña no le gustaba la situación cuando su excelencia la sonreía de aquel modo. El efecto no era agradable.

Abbás siguió al coche a pie, desde el palacio. Lo perdió en el laberinto de estrechas callejuelas, pero volvió a encontrarlo en el bullicio del mercado del Campo Santa Maria Nuova. Avanzó apartando a los buhoneros y vendedores de fruta que no se movían con suficiente viveza para quitarse del medio a su paso.

Volcó un carrito de mano cargado de piezas de seda. La iglesia de Santa María de los Milagros dominaba la plaza. Era uno de los templos más hermosos de la ciudad, con fachada construida a base de antiguo mármol gris, amarillo y blanco. El coche se había detenido al pie de la escalinata que llevaba al pórtico frontal, a la sombra de la gran cúpula. Abbás se detuvo al otro lado de la piazza y observó a las dos figuras que se apeaban del vehículo, rechoncha una, alta, esbelta y llena de gracia la otra. Pensó que a un espectador casual tal vez le pareciesen iguales todas las mujeres de Venecia, ataviadas con idénticas faldas amplias y negras, mangas holgadas y velos oscuros, pero que si uno la conocía a ella, la localizaría entre un millar de mujeres sólo por la forma en que se movía.

¡Julia!

-¡Esto es una locura! -le susurró Ludovici al oído.

-¿Has estado enamorado alguna vez, Ludovici?

-Esto no es amor, ¡esto es suicidio! ¡Recupera la sensatez, Abbás! -Ludovici le puso una mano en el hombro e intentó llevárselo.

Abbás se desasió.

-No puedo vivir sin ella.

-Respiras, comes, bebes. ¡Es todo lo que se necesita para vivir! Puedes arreglártelas sin mujer, ¿no es cierto?

-¡Eso no es vivir, Ludovici! ¡Sin pasión no hay vida!

-A estas horas ya deben haberse enterado de este asunto. ¡Viste a la dueña en el muelle! ¡Si Julia le dice tu nombre a Gonzaga, lo pagarás infernalmente caro!

-No se lo dirá.-Abbás echó a andar hacia la escalinata de la iglesia. Ludovici corrió tras él.

-¿Qué pretendes?

-Tengo que verla.

-No puedes...

-¡No van a reparar en mí! Es que tengo que... echar una ojeada...

Ludovici se encogió de hombros, resignado. ¿Por qué empeñarse? No iba a escucharle. En el mejor de los casos, Gonzaga arruinaría a Mahmud, a quien expulsarían de la República junto con Abbás... si es que no acababa en la cárcel. Vio cómo Abbás subía los peldaños de la iglesia de Santa María de losMilagros, ciego a todo lo que no fueran sus deseos. Como un niño, pensó Ludovici. Un niño testarudo, apasionado, decidido.

El templo estaba vacio. San Francisco parecía señalar con su largo dedo de mármol a Abbás, en gesto de fría burla. La orla de desnudos angelotes que bailaban y pataleaban adornando el arco principal le sonrieron. Desconcertado, Abbás se detuvo y miró a su alrededor.

Pasaron veloces junto a él, sombras entre sombras; cuando quiso darse cuenta de lo sucedido, ellas habían alcanzado ya la puerta y las vio sólo unos segundos. Comprendió que la dueña había estado esperando su entrada. Ludovici tenía razón. Era un estúpido. Se metió en la trampa él solo.

-¡Julia!

La muchacha se volvió, dio un traspié, arrastrada por la vieja arpía que tenía delante. Julia se levantó el velo un momento y Abbás vio la angustia escrita en su semblante. *Corpo di Dio!*

Echó a correr en pos de la joven y en seguida se detuvo. Era inútil. ¿Qué podía hacer ahora?

Permaneció inmóvil en lo alto de la escalinata. Ludovici levantó la mirada hacia él, surcado el semblante por líneas de frustración y piedad. Traqueteó un coche al alejarse por la Via delle Botteghe y las herraduras de los caballos repicaron metálicamente sobre los adoquines.

-¿Abbás Mahsuf? ¿El hijo del Moro?

La signora Cavalcanti asintió con entusiasmo, deleitándose en su propia mendacidad. Le había sido fácil atraer al joven y hacerle picar el anzuelo. Estaba segura de que Gonzaga iba a recompensaría con prodigalidad.

Gonzaga se levantó con brusquedad y la silla de roble chocó con estrépito contra las baldosas de mármol, tras él.

-¿Un moro?

-Le he visto con mis propios ojos. ¡Ha pronunciado el nombre de Julia cuando salíamos de la iglesia de Santa María de los Milagros!

Gonzaga levantó una ceja como un signo de interrogación.

-¿Y cómo sabíais que el muchacho estaría allí?

La signora Cavalcanti hizo una mueca.

-Había estado allí antes, en otra ocasión. Me acordaba.

-¿Antes, en otra ocasión? No me dijisteis nada de ello.

-Parecía una insignificancia.

-Comprendo -dijo Gonzaga, despacio-. ¡Una insignificancia! ¿Y cómo pudo ocurrir tal insignificancia?

-Vi allí a alguien más.

-¿A quién?

-A Ludovici Gambetto.

Se quedó mirándola, asombrado.

-¿Creéis que Julia ha tenido ayuntamiento con ambos?

La signora Cavalcanti negó con un movimiento vehemente de cabeza. ¡Dios no lo haya permitido!

-Ludovici sólo observaba la escena. Vi su rostro cuando abandonábamos la plaza. Creo que el moro es amigo suyo.

Gonzaga fue hasta la ventana y, de espaldas a la mujer, contempló el Gran Canal. La signora Cavalcanti no pudo descifrar su expresión.

-¡El hijo bastardo de mi cuñado!

La dueña examinó el suelo, a la espera de que le llegase el turno de hablar.

-¿Creéis que se han intercambiado los mensajes por ese conducto?

-Julia y Lucía se ven con frecuencia.

Gonzaga guardó silencio durante largo rato.

-Os felicito por vuestros descubrimientos -dijo por fin-. Tendréis vuestra recompensa. Ahora podéis retiraros.

La puerta se cerró con suavidad tras la mujer. Gonzaga golpeó la pared con la palma de la mano. ¿Qué podía hacer? Si llevase el caso a los tribunales, se convertiría en el hazmerreír de toda Venecia. ¡Su hija y un moro negro! Casi seguro que le obligarían a dimitir de su cargo en el Consejo de los Diez.

Podía someter el asunto a la atención del padre de Ludovici, pero incluso tal acto estaba preñado de peligros. Su esposa había fallecido largo tiempo atrás y el anciano Gambetto intrigaba ahora con vistas a convertirse en el próximo Dogo, titulo por el que rivalizaba con Gonzaga, y acogería con enorme satisfacción la oportunidad de suscitar un escándalo.

No, la cuestión requería mayor sutileza y paciencia. A Ludovici se le podría castigar más adelante. De Abbás había que encargarse en seguida.

¿Qué había dicho la signora Cavalcanti? «Julia y Lucía se ven con frecuencia.» Sonrió. ¡Ahí estaba la solución! Lucía iba a ser el conducto. Si el agua corría en una dirección, también podía correr en la contraria.

Pero en esta ocasión iba a correr en beneficio del propio Antonio Gonzaga.

Aquella tarde, cuando llegó Lucía, despidieron a su dueña y, en lugar de llevar a la joven al salón que daba al Gran Canal, la sígnora Cavalcanti la condujo al estudio privado. Lucía se quedó de una pieza al comprobar que el propio signore Gonzaga la estaba esperando.

El hombre se levantó para darle la bienvenida y su amplia bata se agitó como las alas de una enorme ave carroñera.

-¡Ah, Lucía! ¡Qué agradable verte por aquí de nuevo!

-Excelencia -saludó Lucía, repentinamente alarmada. Dobló una rodilla y besó el borde de la manga.

-Ven y siéntate aquí conmigo. -Gonzaga alzó la cabeza hacia la signora Cavalcanti y la despidió con una mirada. La puerta se cerró tras ellos.

Gonzaga tomó asiento y, petrificado el rostro con el remedo de una sonrisa, examinó a la muchacha en silencio. Los segundos se deslizaron hasta rebasar el minuto y el silencio se hizo insoportable.

Lucía empezó a dejarse dominar por el pánico. Él debía de saberlo, seguro que lo sabia. ¿Por qué, si no, iba a querer hablar con ella... a solas? ¿Cuánto le habría confesado Julia? Si la pillaba en alguna mentira, sería mucho peor para ella. ¿Y si se lo decía a su padre?

-Veamos, creo que tienes algo que explicarme -dijo el hombre por fin.

-No... no he hecho nada malo -tartamudeó Lucía.

-Está bien. Julia me lo ha contado todo.

-¿No estáis enojado?

-Con ella, si. Contigo... sí, también estoy enfadado contigo, querida mía. -Clavó en la muchacha su mirada de justiciero y, sin dejar de sonreír, dijo-: Pero todavía puedes hallar perdón en mis ojos. Al fin y al cabo, tú eras sólo una mensajera.

-Ignoraba lo que decía la carta. Mi hermano me pidió que se la entregase a Julia. Nada más.

-¿Crees, de verdad, que eso te excusa? -preguntó el hombre en tono amable-. ¿Que no hay culpa alguna en hacer lo que hiciste, puesto que ignorabas el contenido de la misiva?

Lucía se le quedó mirando. ¿Adónde quería ir a parar? ¿Qué esperaba que dijese ella?

-Si, excelencia.

Gonzaga parecía radiante de satisfacción pero, sin saber por qué, Lucía no tuvo el menor deseo de corresponder a su sonrisa.

-Eso está bien -dijo el hombre-. Porque deseo que cumpías ese cometido una vez mas.

-¿Excelencia?

-Dime, ¿entregaste alguna carta de Julia?

-No, excelencia.

Gonzaga volvió a sonreír.

-Bueno. Pues eso es lo que vas a hacer ahora.

Abrió el cajón de su escritorio y extrajo de él un sobre cerrado con grueso sello de lacre. Se lo tendió a la muchacha.

-Es para Abbás.

Lucía clavó su mirada en la de Gonzaga.

-¿De quién es?

-De Julia, por supuesto.

Sonrió una vez más. Mentía.

-Tómalo.

Lucía titubeaba.

-Excelencia…

Gonzaga se inclinó por encima de la mesa. La sonrisa desapareció de pronto de su rostro.

-Entiéndeme bien, niña. Darás esta carta a tu hermano para que se la entregue a Abbás y no contarás a nadie, absolutamente a nadie, esta conversación. Si no cumples lo que te digo, informaré a tu padre de la parte que tu hermano y tú habéis desempeñado en este infame asunto. Es más, derramaré sobre vuestras cabezas tal calumnia que ninguno de vosotros dos podréis volver a mostrar la cara en *La Serenissima*. ¿Me he expresado con claridad?

Lucía asintió con la cabeza y sus dedos temblorosos cogieron el sobre. Tuvo la sensación de que iba a desmayarse. Gonzaga no necesitaba dar más explicaciones. En su calidad de miembro del Consejo de los Diez era más poderoso que el propio Dogo.

-¿Puedo ver a Julia ahora, excelencia?

-Está indispuesta y no puede recibir visitas -dijo Gonzaga. Se puso en pie y abrió la puerta-. La signora Cavalcanti te indicará la salida. -Posó una mano en el hombro de la joven cuando ésta pasaba. Los dedos de Gonzaga eran tan fríos como los de la muerte-. Cerciórate de que Abbás recibe el mensaje. Me enteraré, si no es así.

Lucía asintió con la cabeza, incapaz de encontrar su voz. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, la joven se estremeció de puro alivio. Lo único que deseaba era cumplir aquel último recado y acabar de una vez por todas con el asunto.

Mi querido Abbás:

Me van a enviar a un convento de Brescia hasta la fecha de mi boda. El tiempo vuela. Por si de verdad me amas, como dices, depositaré mí confianza en ti. Sólo podré salir de casa una vez más. La puerta que da al Canal está cerrada con llave, pero puede que haya otra vía de escape. Si me esperas mañana a medianoche en el Ponte del Vecchio, nos encontraremos allí.Iré por si quieres llevarme contigo. Mi vida está ahora en tus manos.

La pasada semana fue un tormento. ¿Cómo voy a vivir sin ti? Prefiero morir a perder tu amor. ¡Dios quiera que las horas pasen a toda prisa hasta mañana por la noche!

Mil caricias,Julia

Abbás leyó la carta dos veces más. La carcoma de la duda se volatilizó en seguida ante la oleada de excitación que le anegó. ¡Julia quería irse con él!

Ludovici le observaba con creciente impaciencia. -¿Qué te dice? -le preguntó.

Abbás rompió el pergamino por la mitad y llevó los trozos hacia la vela. La amarillenta llama los consumió y una densa maraña de humo negro ascendió en espiral. Abbás no respondió hasta que las llamas le lamieron los dedos y de la carta no quedaron más que unas cuantas escamas negras sobre la mesa.

-Nada -dijo.

Acompañaron a Abbás hasta la cámara del consejo que su padre ocupaba en el Ministerio de la Guerra, el Savio alla Scrittura. El padre levantó la mirada de la carta marina extendida encima de la mesa, ante él, e indicó a los dos *Prov ved itori Generali degli Armi* que salieran de la estancia. Continuó estudiando la carta marina -un mapa de la Península y las posesiones otomanas circundantes-, limitándose a lanzar fugaces ojeadas desde la parte inferior de sus cejas semejantes a escarabajos.

-¿Qué es tan urgente como para venir a molestarme aquí? -Lo lamento, padre.

-¿Y bien?

-Necesito dinero.

-¿Es que no tienes bastante con tu asignación de oficial de mi ejército?

Abbás lanzó un profundo suspiro. Siempre, toda su vida, había temido a su padre. Imaginaba que el Profeta debía de ser más o menos como su padre: severo, aguerrido y orgulloso, de terrible presencia, tanto física como mental. No recordaba a su madre -concubina del harén de Mahmud antes de que éste se trasladara a Venecia-, de modo que su padre lo había sido todo para él, padre y maestro, señor y confidente, consejero y confesor. Ahora se enfrentaba no sólo a Mahmud el hombre, sino a toda su educación. Era la primera vez que actuaba en contra de los deseos paternos.

-Tengo que marcharme.

Mahmud desvió la atención del mapa y la proyectó sobre su hijo.

-¿Y por qué ibas a tener necesidad de abandonar Venecia?

-Mi intención es casarme con Julia Gonzaga.

Mahmud se irguió, al tiempo que introducía los pulgares en la ancha hebilla de plata de su cinturón. Rodeó la gran mesa de roble y anduvo hacia su hijo. La forma en que se movía trajo a la memoria de Abbás el enorme oso pardo que viera una vez en el bosque próximo a Belluno: lento, poderoso y amenazador. En aquella ocasión, Abbás había contado con diez arqueros que le respaldaban. Deseó tenerlos también allí ahora.

Mahmud le examinó.

-Ya te lo dije. Eso es imposible.

-Nada es imposible.

-¿Qué quieres decir con eso?

-He estado viéndome con ella en secreto. Hemos planeado fugamos.

Mahmud apoyó una mano en la mesa para sostenerse. Dejó escapar el aire de sus carrillos en forma de inmenso suspiro.

-Pequeño insensato -jadeó.

-La amo.

-¿Qué tiene que ver el amor con eso? ¡Has puesto nuestros cuellos en el tajo!

-Iré a Ferrara. He combatido contra el turco en dos campañas y tu nombre se conoce de un extremo a otro de la Península. Encontraré

comisión en algún ejército. Una vez el hecho esté consumado, Gonzaga tendrá que aceptarlo. Un año, acaso dos, y volveré a Venecia.

Mahmud meneó la cabeza.

-Tu ingenio supera con creces tu entendimiento. No sé cómo te las has arreglado para engañar a Gonzaga durante tanto tiempo, pero no creo que llegue a perdonártelo. Ni a mi.

-Una vez estemos casados, ¿qué puede hacer?

-¿Sabe esto alguien más?

Abbás negó con la cabeza. No, ni siquiera Ludovici. Sobre todo, Ludovici. Había hecho tanto por él, que Abbás no estaba dispuesto a seguir poniéndolo en peligro.

-Nadie.

-Bueno.

El golpe fue tan repentino, tan inesperado, que Abbás perdió el equilibrio. Se encontró tendido de espaldas, con la mirada en el abovedado techo y la cabeza pesada como una piedra. En sus oídos parecían zumbar miles de abejas y paladeó en la boca el sabor de la sangre.

Mahmud le levantó del suelo sin aparente esfuerzo y lo oprimió contra la pared.

-¡Escúchame! ¡Te quiero y no voy a permitir que destroces tu vida, y la mía, por un arrebato de incontinencia juvenil! ¡Cómprate una amante, silo deseas, pero deja en paz a Julia Gonzaga! ¿Has comprendido?

Abbás cayó hacia delante y apoyó la cabeza en el hombro de su padre. Cerró los párpados para superar el torbellino de la náusea que amenazaba con abrumarlo. Cuando remitió el efecto del golpe, notó que se aflojaba la presión de la mano de su padre.

-Adiós -susurró, tras soltarse. Y antes de que su padre pudiera impedirselo, salió corriendo de la estancia y desapareció.

La ley no permitía a ningún magnifico hablar a solas con el capitán general del ejército. La amenaza de conspiración era constante y el Consejo de los Diez vigilaba para que ningún noble pudiera disponer de la ocasión de utilizar el ejército para sus propios fines, como Sforza había hecho en Milán. De forma que a Mahmud le acompañaban permanentemente dos senadores, los *Prov veditori Generali degli Armi*. Estaban con Mahmud en aquel momento, cuando irrumpió en los aposentos particulares de Antonio Gonzaga.

Gonzaga ocupaba una silla en el extremo de la estancia, de espaldas a los ventanales emplomados. La torre de San Giovanni Crisostomo se recortaba tras él contra un cielo de color malva.

-Reverendísimo señor -murmuró Mahmud, al tiempo que se inclinaba para besar la manga de la túnica de Gonzaga.

-Me han informado de que deseabais verme para un asunto de cierta urgencia -manifestó Gonzaga, al tiempo que dirigía una mirada fugaz a los dos *provveditori-*. Una cuestión de importancia privada y nacional, supongo.

Mahmud se incorporó, pero no miró a Gonzaga a los ojos. Se removió incómodo. Habría preferido tratar aquel asunto a solas con Gonzaga, pero eso habría resultado más peligroso que la embarazosa situación en que se hallaba en aquel instante.

-Una cuestión de la máxima delicadeza, señoría.

-¿Relacionada con mi hija?

El alivio -y, si, un asomo de temor, constató Gonzaga encantado- se reflejó en el rostro del moro.

-Si, señoría. ¿Tenéis algún conocimiento del asunto de que voy a hablaros?

Gonzaga comprendió que la cautela era primordial en aquellas circunstancias. Debía refrenar la lengua del moro y la suya. Los dos *provveditori* se relamían ya, anticipando el escándalo.

-Todo lo que sé es que Lucía Gambetto ha sido lo bastante insensata como para pasar cartas entre su hermanastro Ludovici y mi hija.

Mahmud se disponía a protestar, pero la expresión del rostro de Gonzaga le contuvo. Captó la rápida ojeada que dirigió a los dos senadores y comprendió al instante.

-Me han inducido a creer que... se planeaba... cierta entrevista -dijo Mahmud.

-Algo así he oído yo también -repuso Gonzaga-. Desde luego, nunca debería permitirse que se produjera tal indiscreción.

Maldito muchacho, pensó Gonzaga. No se me había ocurrido que se confiara a su padre. Ahora tendré que buscar otro sistema. A menos que...

-Me alivia extraordinariamente saber que estáis tan bien informado -dijo Mahmud-. He considerado un deber advertiros.

-Contáis con mi agradecimiento, general. ¿Puedo preguntaros de dónde procede vuestra información? ¿De vuestro hijo, tal vez?

Mahmud titubeó. Ahora que existía un modo de evitar el escándalo, no era imprescindible comunicar a Gonzaga -ni a los senadores- que no había visto a su hijo desde la tarde del día anterior.

-Su deber está con Venecia. Igual que el mío, señoría.

-Transmitidle mi agradecimiento, pues, general. Tened la seguridad de que no permitiré que se mancille de ninguna manera el apellido Gonzaga.

Mahmud hizo una reverencia y se retiró. Mientras se alejaba del palacio intentó disipar la desazón de la duda que le había asaltado.

¿Qué era lo que le hacía sentirse como si le hubieran manipulado? Bueno, el que hubiesen advertido a Gonzaga era suficiente. Al menos, no cabía posibilidad alguna de que arruinaran la vida de su hijo -y la suya- por algo que se podía comprar fácilmente por unos pocos cequíes en cualquier lugar de la República.

Las sombras se habían convertido en compañeras de Abbás. Había permanecido oculto durante toda la noche anterior y a lo largo de todo el día, dedicado a proyectar, a prever. Con el poco dinero de que disponía adquirió un pasaje para Pescati en una galera mercante que iba a zarpar con la marea de la mañana. Ignoraba por completo cuánto tardaría en llegar a Nápoles desde allí, pero a Abbás no le preocupaba en absoluto el futuro. Para él, lo único importante ahora era salir de Venecia.

Ludovici tenía una amante -la hija de un pobre panadero a la que hizo feliz la oportunidad de trocar una boca hambrienta por una bolsa de *cequíes* de oro- y Abbás permaneció toda la jornada en la habitación que Ludovici tenía en Guidecca alquilada para la mujer. A su regreso allí, al atardecer, Ludovici informó a Abbás de que los soldados de Mahmud le habían estado buscando en la ciudad todo el día, poniendo patas arriba, en su búsqueda, todos los mesones y tabernas.

-¿Qué has hecho? -preguntó Ludovici con los ojos desorbitados por el horror.

-No puedo decírtelo. Ya te te implicado más de lo debido.

Ludovici sacudió la cabeza.

-El juego está resultando ya mortalmente serio, Abbás, te lo advertí.

-He sido siempre mortalmente serio, Ludovici. Interpretaste mi propósito demasiado a la ligera. -Sonrió y, con un movimiento de cabeza, indicó a la muchacha de morena cabellera que les observaba desde el otro rincón de la estancia-. Creo que esa pobre chica piensa que intentas compartirla conmigo. No te preocupes. Esta noche me iré, dejaré intactas tu casa y tu amante.

Ludovici no sonrio.

-¿Adónde piensas ir?

-Ni siquiera eso puedo decirte. -Desapareció de sus labios la sonrisa y abrazó a Ludovici-. Gracias. Eres el mejor amigo que pueda tener un hombre.

Pasando por alto las protestas de Abbás, Ludovici le puso a la fuerza un monedero en la palma de la mano. Lo cierto es que Abbás tampoco protestó demasiado. Sin aquel dinero, apenas tendría para comprar una hogaza de pan cuando llegase a Pescati.

Oyó sonar las doce en el carillón del gran reloj de la plaza de San Marcos. Se ciñó más estrechamente la capa alrededor de los hombros para afrontar el frío nocturno y escudriñó las sombras. ¿Acudiría Julia?

La góndola estaba amarrada al barrote de hierro de los escalones inferiores del puente. Abbás oía el suave chapoteo de las aguas contra el casco.

Percibió el rumor de unos pasos sobre el adoquinado y vio que se precipitaba una sombra oscura, encapuchada, por la calle del otro extremo del puente. Abbás notó que el corazón empezaba a saltarle en el pecho.

-¡Julia!

Salió corriendo hacia el puente. Ella le vio también y emprendió la carrera a su encuentro.

-¡Julia! -susurró Abbás.

Alargó los brazos.

Se dio cuenta de pronto de que sonaban otros ruidos. Pasos a su espalda, en el puente y por la calle del extremo contrario. *¡La milizia di notte*! ¡La policía nocturna!

-¡Cuidado, Julia!

Alzó las manos para acogerla y la capucha cayó hacia atrás. A la claridad de la luna, Abbás vislumbró el rostro barbado y torcidamente sonriente de un perfecto desconocido.

-¿No soy la belleza que estabas esperando? -preguntó el individuo. Abbás vio el centelleo de una hoja y notó que la punta del acero se le clavaba con fuerza entre las costillas-. Puede que no sea tu Julia, pero conozco el camino para llegar al corazón de un hombre.

Abbás levantó de repente la rodilla. El atacante chilló como un cerdo sacrificado y se dobló sobre sí mismo, para derrumbarse luego a los pies de Abbás, entre las sombras. El muchacho jadeó. Mientras caía, el hombre que le había agredido mantuvo empuñada la daga y le desgarró el costado.

Abbás dio un salto hacia atrás, desenvainó su espada y trató de determinar qué sombras eran inofensivas y cuáles pertenecían a enemigos. ¿Cuántos eran? Ajuzgar por el ruido de sus pasos, debía de haber tres más, acaso cuatro.

Aterrado, levantó la espada, la abatió sobre la figura caída a sus pies y el arma crujió al tropezar con hueso. El hombre chilló y su grito rompió el silencio como el gemido de una hechicera de la muerte.

De pronto, las sombras cobraron vida. Abbás retrocedió hasta sentir la piedra sólida del pretil del puente contra la rabadilla. Oyó que el gondolero -maldita fuese su alma- remaba para alejar del puente la embarcación. Al mismo tiempo, otras dos sombras se precipitaron hacia el puente y, al resplandor de la media luna, se transformaron en otras tantas formas humanas.

Abbás comprendió, desanimado, que los nuevos atacantes no eran tan inexpertos como su colega, que seguía sollozando en algún punto próximo a sus pies. Los agresores avanzaron como un solo hombre, por la derecha y por la izquierda a la vez. Abbás blandió la espada a la altura del pecho para que los enemigos no pudieran evitarlo agachándose, pero éstos no cometieron el error de acercarse en exceso. Sobresaltado, se percató de que estaban esperando algo.

Volvió la mirada hacia la izquierda.

Captó otro movimiento, en esa ocasión por encima del nivel de los ojos, y una sombra ocultó la luna. Algo pesado se abatió contra la cabeza y los hombros de Abbás, que alzó de forma instintiva una mano para protegerse. ¡Una red! Retrocedió cuando sus dos atacantes se lanzaron sobre él. Tropezó con el moribundo y los dos quedaron envueltos en la red. Sintió en la mano libre algo cálido y viscoso, mientras el hombre sobre el que se había desplomado chillaba y pataleaba.

Intentó levantarse, pero sólo consiguió enredarse más en la malla y en el pánico. El individuo que tenía debajo volvió a retorcerse. ¡Todavía empuñaba el arma blanca! Abbás se revolvió al sentir un doloroso tajo abrasador en la mejilla. Nuevos gritos se elevaron en el aire. Esta vez fueron del propio Abbás.

No podía recordar cuánto tiempo llevaba despierto. La negrura era absoluta en aquella bodega y le resultaba imposible determinar cuándo se había disipado la niebla del aturdido sopor que le invadía y cuándo le había obligado a recuperar por completo los sentidos el fuego que abrasaba su rostro. Tuvo plena conciencia del olor de las aguas de sentina, del suave y lento azote de las olas y del nervioso correteo de las ratas.

Y había algo más, algún otro tufo que recordaba demasiado bien de sus primeras experiencias en el campo de batalla. El hedor de los cadáveres.

Quienesquiera que fuesen los atacantes, al parecer no tenían intención de matarle. ¿Por qué le habían trasladado a aquella apestosa bodega de barco? A su memoria acudió el recuerdo de la red y de la daga sajándole el rostro. Sin duda, luego le propinaron una paliza.

Después de eso, lo único que recordaba era la llameante y empavorecedora negrura que le había evuelto.

Intentó moverse, pero le habían atado las manos y los tobilíos. Gimió en voz alta a causa del dolor de la cara y trató de explicarse cómo había llegado a aquella situación.

Lo sucedido estaba bastante claro. Julia no había escrito la carta. Había sido una trampa cuidadosamente preparada.

¡ Gonzaga!

Oyó fuera ruido de pasos y voces masculinas. Se abrió la puerta y una antorcha iluminó el recinto.

Volvió la cabeza ante la intrusión de aquella repentina claridad y se encontró mirando el rostro del barbudo desconocido del puente. Los ojos del individuo le devolvieron la mirada con gélida sorpresa, como los de un pez muerto. Junto a él yacía otro cadáver, el de una mujer de edad, vestida de

negro. Había sido degollada y su rostro estaba negro, cubierto de sangre seca.

Un hombre soltó una carcajada. Abbás se volvió para mirar a sus apresadores. Eran marineros descalzos y barbudos, la clase de sujetos a los que se podía comprar por unos cuantos *cequíes* en el muelle de Marghero cualquier día de la semana. Uno de ellos -Abbás percibió en seguida el olor a vino barato y la hediondez sofocante que despedía su cuerpo- se agachó y acercó la llama de la antorcha hasta situarla a escasos centímetros del semblante de Abbás.

-Vaya, ahora no pareces tan guapo -sonrió-. Bartolomeo te clavó su cuchillo antes de morir. Te rebanó la mitad de la cara. Claro que no creo que de ahora en adelante eso te importe demasiado.

Los dos individuos que estaban detrás de él se echaron a reír.

El primero se acercó más. Abbás se encogió para retirarse, dominado por un terror que le impedía pensar y hablar. Creyó que iba a desmayarse.

-¿Ves a esa mujer que está al lado de Bartolomeo? Era la dueña de Gonzaga. Se resistió y luchó como una fiera. Pero no le sirvió de mucho. ¿Has visto alguna vez matar a un cerdo? Pues fue algo por el estilo. -Sonrió con satisfacción al recordarlo-. Pero tuvo mucha más suerte que tú. Antes de que haya acabado la noche desearás haber podido cambiarte por ella.

Abbás sintió que las manos de uno de los hombres le agarraban las calzas por la cintura y tiraban hacia abajo, mientras los otros le cortaban las ligaduras de los tobillos. Le cogieron por las rodillas y empezaron a separarle los muslos brutalmente.

Chilló asustado y movió las piernas de modo frenético para soltarse. Pero los marineros eran demasiado fuertes.

El primer hombre sacó su cuchillo. Abbás gritó. La conciencia empezó a diluirse en camafeos de pequeños detalles, como cristales rotos... la putrefacta dentadura del hombre...los furúnculos de su pecho y de su espalda... la canosa pelambrera de la dueña flotando en el charco de agua de sentina acumulada en el rincón.

Abbás volvió a chillar, tensos todos los músculos contra las ligaduras de las muñecas y contra las manos y los cuerpos que le inmovilizaban las piernas. Supo entonces lo que pretendían hacerle. Y por qué no le habían matado en el Ponte del Vecchio.

-De modo que querías que la hija del signore Gonzaga retozara con estos juguetitos tuyos, ¿eh? Bueno, pues tal vez se los entreguemos al señor Gonzaga y puede que él se los pase a la moza.

-¡¡¡¡¡¡NOOOOOOOOOO!!!!!!

Se orinó encima y los marineros soltaron otra carcajada.

-Despídete de ellos, moro -se burló el hombre. La hoja centelleó al resplandor de la antorcha y el mundo se retorció, se contorsionó para convertirse en un ardiente paraje infernal.

Amanecer de leche y mármol. Una procesión de góndolas, guarnecidas con terciopelo negro, pasó por debajo del Ponte Molino, se deslizó en silencio a través de la Sacca della Misericordia y cruzó la laguna en dirección a la isla cementerio de San Michele. Julia las estuvo contemplando hasta que desaparecieron entre la brumosa cortina de humedad. Era como si se llevaran consigo el alma de la muchacha.

Hoy la iban a conducir al convento de Brescia, donde aguardaría la llegada de Serena y lo que su padre citaba como «el gozoso acontecimiento de su boda».

Aunque era más bien como verse enterrada viva. Abbás, Abbás. ¿Dónde estaba ahora?

TERCERA PARTE

Rosa de primavera

Aguas Dulces de Europa, cerca de Eyap

Como refulgentes pinceladas de oro, los macizos de girasoles brillaban deslumbrantes en la falda de la colina. A lo lejos, la ciudad parecía ondular entre polvo ambarino al otro lado de las grises murallas terrestres. Todo el harén había sido trasladado a bordo de caiques cubiertos por el Bósforo, un agradable respiro en la opresiva monotonía del Eski Saraya.

Reclinadas sobre alfombras persas azules y carmesíes, las odaliscas cotilleaban a la sombra de los cipreses, mientras las *gedihli* les servían en bandeja de plata melocotones, uvas y lechecillas. Músicos negros las entretenían con las notas de flautas y violas; numerosos cojines de seda mantenían sus regaladas posaderas a salvo de la dureza del suelo; sobre la hierba, osos y monos danzantes interpretaban con apatía sus bailes.

Gúlbehar estaba sentada apartada de las demás. Una de sus doncellas sacó un espejo y lo mantuvo a la altura del rostro de la mujer para que se contemplase. El mango estaba incrustado de zafiros: un presente de Solimán a raíz del nacimiento de Mustafá. Gúlbehar examinó el reflejo de su imagen y puso en su lugar un cabello errabundo.

-¿Y dónde está Húrrem? -susurró otra de las muchachas, con la vista fija en Gúlbehar.

-El *kislar aghasi* dice que está con Solimán –respondió otra-. Ahora se pasa el día entero con ella... Lo mismo que la noche.

Sirhane, beldad persa de cabellera negra como el azabache, se echó un grano de uva en la boca.

-En los bazares se dice que es una bruja, que ha lanzado un hechizo sobre el Señor de la Tierra. ¿Cómo es posible que haya alejado con tanta rapidez a la Rosa de Primavera del afecto del sultán y que también nos haya excluido a todas las demás?

-Mírala -susurró otra joven, con la vista en la escena de la *gedihli* peinando la larga y sedosa cabellera de Gúlbehar-. Si el Señor de la Vida ya no tiene ojos para ella, ¿qué posibilidades nos quedan a todas nosotras?

-Dicen que hasta el gran visir la teme -comentó la llamada Sirhane-. El *kislar aghasi* me susurró el otro día que el Señor de la Vida incluso discute de política con ella y que Húrrem llega a aconsejarle sobre las campañas militares.

-El *kislar aghasi* tiene una imaginación fértil.

-¡Jura que es verdad!

-¡El gran visir la habría ahogado en el Bósforo!

-Tal vez no pueda hacerlo -dijo Sirhane y, de pronto, todas las demás odaliscas se la quedaron mirando, con expresión especulativa unas y con semblante burlón otras. ¡Nadie tenía más poder que el gran visir! Sirhane disfrutó de la atención despertada-. De cualquier modo, lo siento por Gúlbehar. Ha caído en desgracia ante el Señor de la Vida.

-Gúlbehar continúa siendo la primera *kadin* –recordó otra chica--. Y algún día será la sultana *valida*. Ya lo veréis.

-Dicen que Dios está castigando al Señor de la Vida por elevar a una bruja a la condición de *kadin* suya. Por eso murió en la cuna su último hijo.

Sirhane se encogió de hombros.

-Pero Húrrem aún tiene dos hijos vivos. Y ahora lleva otro en su seno.

-¡Ninguno de ellos será nunca rival para Mustafá! –gritó otra de las odaliscas.

Y la conversación concluyó en ese punto. La atención de las muchachas se proyectó con apatía sobre el oso bailarín y Sirhane no se atrevió a contar otro chisme que había oído en boca del *kislar aghasi*: que Húrrem maquinaba desembarazarse también de Mustafá.

Además, sólo era un rumor. Y rumores como aquél no dejaban de ser peligrosos.

Topkapi Saraya

El silencio imperaba allí, entre los quioscos y los estanques ornamentales. A las gacelas que pacían tranquilamente entre los arbustos sólo les turbaba el susurro del viento al pasar a través de la enramada de plátanos y castaños, o el suave cuchicheo del agua de las decorativas fontanas.

A Solimán le gustaba pasear por allí, sosegar sus pensamientos y hallar alivio a las inacabables solicitudes, exigencias y ruegos del Diván y del harén. Hubo un tiempo en que siempre iba solo a aquel jardín, pero ahora se llevaba compañía para compartir con ella el reflexivo silencio. Se llevaba a Húrrem.

Los últimos cinco años habían sido bendecidos muchas veces, pensó. Al regresar de sus cacerías en Adrianópolis, poco después de su primera unión, había encontrado a Húrrem henchida con el nuevo ser. A primeros de año, había alumbrado un varón al que, ante la insistencia de la *valida*, habían puesto el nombre de Selim.

Solimán no compartió el entusiasmo de su madre. Ella vio la consolidación de la estirpe Osmanlí; él sólo conflictos. Mientras la mujer se regocijaba en la sangre, Solimán preveía con tristeza futuros derramamientos de esa sangre. Nunca le abandonaba el recuerdo de lo que había hecho su padre con los de su propia sangre con el fin de asegurarse el trono.

Pero el resultado consistía en que Húrrem era ahora su segunda *kadin*. Solimán no podía dejarla a un lado y tampoco deseaba hacerlo. Aunque siempre se había sentido muy a gusto con Gúlbehar, nunca había compartido con ella la carga de las responsabilidades del trono.

Cuando Ahmed Pachá se sublevó en Egipto, durante el otoño siguiente al nacimiento de Selim, Solimán envió a Ibrahim para que le aplastara. Mientras Ibrahim estuvo ausente, Solimán acudió con sus problemas a

Húrrem. Asombrado, comprobó que la mujer poseía un cerebro perspicaz y un sentido innato para captar las complejidades de la política de la corte. Ello le indujo a confiar cada vez más y más en ella, incluso después del regreso de Ibrahim. La prudencia de Húrrem era como un resguardo frente a la agresividad instintiva de Ibrahim.

Húrrem le abrió los horizontes de un nuevo mundo. A diferencia de Gúlbehar, dócil y previsible, Húrrem le sorprendía sin cesar. En el curso de una visita, acaso se mostrara hosca y apasionada; durante la siguiente, efusiva y juguetona. Podía tranquilizarle con la voz y la viola o excitarle con las contorsiones del baile. Podía ponerse un ceñido dormán de cadete militar o un conjunto de hurí danzarina hecho de gasa. Solimán nunca sabía qué esperar de ella; aunque, al parecer, Húrrem estaba dotada de una penetración misteriosa que le permitía adivinar el talante del sultán.

El deleite con que hacía el amor era irreverente y Solimán se daba cuenta de que el alma de Húrrem estaba en constante peligro y de que, tarde o temprano, debería enviarla al *muftí* para que la instruyera. Pero, de momento, su alma infiel le proporcionaba un placer infinito. Sus jadeos y gritos extasiados le procuraban unas sensaciones de poder mucho más intensas que las ceremonias del Diván y las actitudes rastreras de los embajadores que se presentaban con sus regalos.

Húrrem era el goce. Todo lo demás, el deber. Estaba seguro de que Dios tendría paciencia durante un poco más de tiempo.

La pequeña chica rusa -incluso la llamaba con afecto «pequeña ruselana»- manifestaba un talento intuitivo para la política y ésa era una aptitud que tendría amplia ocasión de utilizar en el Eski Saraya. Había cultivado a fondo la amistad de la *valida* y, por otra parte, la naturaleza había contribuido a fortalecer esas relaciones concediéndole otro hijo, Bayaceto. En el paritorio sólo había fallado una vez, cuando uno de los dos gemelos que alumbró fue niña. El chico, Abdullah, había fallecido el año anterior, pero Mihrmah contaba ya tres años.

Húrrem no era la madre devota que fuera Gúlbehar, pero eso no le había decepcionado; la deseaba para sí. Además, Gúlbehar era la madre del shahzade, el próximo sultán.

-Quiero hablar contigo -dijo Solimán mientras paseaban.

-Sí, mi señor -repuso ella, atenta.

-Se trata otra vez de la cuestión húngara.

Húrrem asintió con la cabeza. Allí, en el jardín, no se cubría con velo alguno y el viento sacudía libremente su larga melena pelirroja, haciéndola ondear como una bandera. Solimán se enorgulleció de ella. A veces pensaba que Húrrem era creación personal suya.

-Federico nos envía un delegado para negociar. No sabe que el *voivoda*, Zapolya, también ha enviado a su hombre. Se reunió en secreto con Ibrahim.

Húrrem, Solimán lo sabía, estaba al corriente de la situación. Dos años antes, el ejército de Solimán, capitaneado por Ibrahim, había aniquilado a las fuerzas húngaras en la llanura de Mohacs. Su propio rey se había visto engullido por la matanza: murió ahogado en una ciénaga al caer su montura sobre él durante la retirada. Como quiera que Hungría se encontraba demasiado lejos de Estambul para que un ejército la ocupase de forma permanente, se había convertido en un territorio yermo, de franjas en disputa, codiciadas por nobles como Zapolya y miembros de la familia de los Habsburgo al servicio de Federico, hermano del emperador del Sacro Imperio Romano.

-¿Qué haréis, mi señor?

-He de sacrificar al rey de Hungría. Los caballos osmanlíes han hollado Buda con sus cascos, de modo que la ciudad es dominio del islam. En Hungría no hay más rey que yo.

-Así que verano tras verano tenéis que enviar a vuestro ejército para recuperar lo conquistado el año anterior.

Solimán reflexionó sobre aquello.

-Los perros siempre están a la puerta cuando saben que hay sobras para ellos.

-Debéis guardar todas las entradas de la casa. Si os preocupáis demasiado de una sola de ellas, puede que el verdadero peligro aguarde en cualquier otro sitio.

-No negociaré con Federico, por mucho que él lo desee. De forma que he de cambiar un perro por un lobo rabioso.

-¿Y Zapolya?

-Zapolya es un advenedizo. No es ningún rey.

-¿Qué es un rey? No es la corona lo que convierte a un hombre en rey, sino la espada. Haced de Zapolya vuestro portero y dejadle que se ponga un pedazo de hierro en la cabeza. A cambio, exigidle tributo y libre paso para vuestros ejércitos. Permitidle que se llame rey si tal es su gusto. Mientras no haya frontera para vos, seguiréis siendo su señor.

-No puede mantener a raya los ejércitos de Federico.

-Pero sí puede conservar las fronteras hasta reunir un ejército de verdad. Uno que merezca vuestra atención. Uno que pueda tentar al propio Federico a plantarle cara. A Federico y quizá incluso a Carlos.

Solimán bajó la vista hacia las negras aguas del Bósforo, sobre cuya superficie el viento ponía blancos trazos de espuma. A un lado se extendía Asia, al otro, Europa. Desde allí, desde la Punta del Serrallo, recordaba siempre el microcosmos de su imperio: uno podía contemplar durante más tiempo de la cuenta un lado de ese pequeño universo y olvidarse del otro. Húrrem tenía razón.

-Zapolya, pues.

-Si mi señor considera sensato mi consejo. Me someto en todo a vuestra superior sabiduría.

Solimán asintió, complacido por la diplomacia de Húrrem. ¡Ah, era un tesoro raro de verdad!

El Eski Saraya

Comieron pinchos de cordero en broquetas de plata, acompañados de piñones, y bebieron agua de rosas en copas de cristal de Iznik.

Después de que la *gedihli* hubiese retirado los cuencos, permanecieron largo rato en silencio.

-¿Os he ofendido, mi señor? -preguntó Gúlbehar por último.

-No -respondió Solimán.

-Llevabais muchos meses sin preguntar por mí. Cuando venís aquí es para ver a Mustafá.

-No tienes derecho a interrogarme.

Gúlbehar agachó la cabeza. Solimán lo sintió por ella; había sido una buena esposa. Hasta entonces, todo lo que había pedido había sido un poco

de raso veneciano, seda de Bagdad y algún que otro peine de carey Y le había dado a Mustafá.

No había sido su intención herirla de aquella forma. Pero en todos los momentos que pasaba con ella no podía evitar compararla con Húrrem y eso aumentaba su impaciencia. Ya no se sentía a gusto con Gúlbehar y la lástima y la frustración se convertían de manera inexorable en enojo.

Se puso en pie. Gúlbehar levantó la mirada, sorprendida.

-¿Os vais, mi señor?

-Tengo asuntos que atender.

La expresión de Gúlbehar era de desdicha.

-Húrrem...

Fue un imperdonable quebrantamiento del protocolo, pero Solimán decidió pasarlo por alto.

-Señora mía... -dijo, y se marchó.

La penumbra era una constante en el Eski Saraya. Ni siquiera durante el mediodía, en verano, podía el sol atravesar las sombras de los innumerables pasillos y de la colmena de pequeñas habitaciones y patios recónditos. Adornado el pelo con rubíes, oscurecidos a base de kohl los ojos endrinos, las concubinas aparecían fugazmente en las escaleras, como fantasmas, insatisfechas y olvidadas. Era un mundo de faroles polvorientos, espejos barrocos y belleza deslucida por una suciedad que llevaba años y años acumulándose.

Había corrompido el humor de Húrrem. Este es mi legado, pensaba ella. Soy un latido de muerte viviente. Esto es lo que heredaría de Solimán, en el caso de que él muriese ahora.

Hasta allí había llegado Húrrem. Le había dado dos hijos, había tejido una malla alrededor de él, le había ayudado a olvidar aquel pulverulento almacén de hermosura. Nada de todo aquello había resultado fácil. El sufrimiento de los partos la había minado, pero después de cada uno de ellos se había entregado a los masajes de Muomi, a la inanición y a la infinidad de frascos de pociones nauseabundas que le preparaba la *gedi-Qli* para restaurar su figura. Contaba con amas de cría para los niños, de forma que éstos, al no tener que darles de mamar, no le secaran los pechos.

Sin embargo, todo podía ser en vano, estaba sometida al albur de que en cualquier instante le arrebataran cuanto había logrado. Sólo una mujer lo tenía todo, era dueña de su propia vida: no la esposa del sultán, sino la madre.

-¡Muomi! ¡Muomi!

La *gedihli* apareció al instante, para situarse en su puesto en el umbral de la puerta.

-¿Mi señora?

-Entra -dijo Húrrem, y le indicó con un gesto que se acercase.

Muomi se dejó caer de rodillas en la alfombra, junto al diván de Húrrem.

-¿Mi señora? -repitió Muomi, en tono malhumorado. En la media luz de la estancia, el blanco de los ojos de la doncella brillaba luminiscente.

-Deseo una cosa de ti.

-¿Otra pócima, mi señora?

Húrrem asintió despacio.

-Quiero que mates a Mustafá por mi.

El Eski Saraya

El apiñamiento y el calor invadían las abovedadas cocinas del sótano del viejo palacio, cuya atmósfera saturaban los efluvios de las especias, de los sudores y del vapor. El estrépito de las cacerolas, los gritos de los cocineros y el trajín de las *gedihli* cubiertas con sus velos que circulaban a través del *guirigay* y de la neblina del calor constituían el cotidiano telón de fondo para la confusión y el trabajo.

Nadie prestó atención a la alta muchacha negra que, cargada con una bandeja de naranjas, avanzó entre los presurosos pajes, sirvientes y cocineros. Nadie tuvo tampoco motivo para fijarse en ella cuando abandonó el lugar; pero aunque alguien lo hubiera hecho, lo cierto es que ni el más observador de los espías se habría percatado de que la bandeja de naranjas con la que salió era distinta de la que llevaba al entrar.

A sus catorce años, Mustafá se había desarrollado hasta tener todo lo que Solimán había esperado que tuviera un hijo suyo. Como todos los príncipes, había recibido educación en el Enderun, la escuela de palacio, con la flor y nata de los muchachos reclutados en el *devshirme*. Era un jinete y un espadachín extraordinario, un chico sociable y popular, favorito ya entre los jenízaros, que a menudo iban al hipódromo a animarle cuando jugaba al *gerit,* deporte ecuestre en el que se empleaban jabalinas de madera.

También era un estudiante de gran capacidad. Había aprendido su Corán, persa y matemáticas con gran rapidez y aprovechamiento. Pero sus otras cualidades -era un caudillo nato, dotado de un valor que rozaba la temeridad y un enorme encanto- eclipsaban esos logros. Solimán estaba convencido de que los Osmanlí no podían tener mejor *shahzade* que aquél.

Mustafá presentaba hoy una pulposa contusión color ciruela sobre el ojo derecho, que se le había hinchado hasta casi cerrárselo. Solimán sacudió la cabeza con fingido espanto mientras su hijo se arrodillaba para besarle el rubí del anillo de la mano derecha.

-¿Qué te ha pasado?

-Le ocurre continuamente -dijo Gúlbehar, a su espalda-. Una jabalina le golpeó cuando jugaba al *gerit.* Le diga loque le diga, no sirve de nada.

-¿Debería andarme con más cuidado, padre? –sonrió Mustafá.

-Debes tener suficiente cuidado para no golpearte con tanta frecuencia.

-Si pudiera, se pasaría el día montando a caballo –dijo Gúlbehar.

-No hay nada malo en ello. Hubo un tiempo en que los *ghazi* no tenían bonitos palacios en los que albergarse ni leyes que promulgar. Es bueno que el próximo sultán sepa lo que es tener un caballo bajo su cuerpo.

Mustafá sonrió en señal de confabulación con el suave reproche de Solimán. Comprendía que ahí contaba con un aliado.

-No sabe otra cosa.

-Puede que nos excedamos dándole al chico demasiado colegio -respondió Solimán.

Contempló a su hijo. Era casi tan alto como él, le faltaban apenas unos dedos, tenía una amplia y blanca sonrisa y en el mentón empezaba a brotarle la barba. ¡Y los ojos! En ellos rebosaban el entusiasmo y la energía de la juventud. A la edad de Mustafá, los ojos de Solimán estaban nublados por la duda y el miedo, temiendo siempre que en cualquier momento la

sombra de su padre se le cruzase sobre el rostro. Gracias a Dios, Mustafá nunca experimentaría semejante terror.

Gúlbehar permanecía sentada en el diván, con las manos cuidadosamente entrelazadas sobre el regazo, mientras en su rostro se dibujaba una expresión de desaprobación.

-Déjanos ahora, Mustafá. Quiero hablar a solas con el Señor de la Vida.

Mustafá sonrió de nuevo y dijo adiós a su padre. Besó a Gúlbehar en la mejilla y salió del cuarto.

Solimán tomó asiento junto a Gúlbehar en el diván. -Eres demasiado severa con él -dijo Solimán.

Las pupilas de Gúlbehar centellearon fugazmente. -Es todo lo que tengo.

-Un muchacho necesita disfrutar mientras pueda de los placeres de la juventud. Pongo a Dios por testigo de que dentro de muy poco el chico tendrá responsabilidades sobre sus hombros.

-Pero no hay día en que no regrese del hipódromo con alguna herida reciente. ¡La semana pasada salió despedido del caballo tres veces! ¿Y si muere, Solimán? Me quedo sin hijo y sin señor. Mi vida habrá terminado.

Solimán se quedó mirándola, enojado por el hecho de que ella pronunciase aquella verdad con tanta franqueza.

-Será lo que Dios quiera -articuló. Sólo la suavidad de su tono delató la indignación que sentía.

-Sólo vienes aquí para ver a Mustafá.

-Ese es mi derecho.

-¿Yo ya no tengo ningún derecho?

Ah, al menos, eso sí que es cierto, pensó Solimán. Él había hecho caso omiso del *nobet gehesi*, la «noche de turno», prerrogativa de toda *kadin*. La costumbre le obligaba a dormir con ella por lo menos una noche a la semana. Hasta aquel momento, Gúlbehar no se había atrevido sacar a relucir aquella cuestión.

Solimán se puso de pie, irritado por el hecho de que Gúlbehar aludiera a ella. Hasta entonces, nunca le había puesto en tela de juicio. Quizá eso era lo malo. La sensación de culpabilidad hizo más intenso su furor.

-Puede que seas primera *kadin,* pero continúas siendo sólo una más de mi *kullar*, de mi familia de esclavas. Tendrás que obedecer mis órdenes y no osar cuestionarme.

Gúlbehar se desmoronó ante su cólera. Agachó la cabeza.

-Ella te ha hechizado.

-¿Quién?

-¡Húrrem! ¡Esa pequeña zorra pelirroja! Te ha endemoniado y ahora quiere dominar el harén... ¡e incluso dominarte a ti!

-¿Y tú qué es lo que quieres?

En la mirada de Gúlbehar había un mundo de desventura.

-Sólo servirte.

-Entonces guarda silencio -manifestó Solimán-. Sirveme guardando silencio.

Solimán dio media vuelta y la seda bordada de su caftán blanco remolineó en torno a sus tobillos. Como un ave enorme que emprendiese el vuelo, pensó Gúlbehar. Que se remontaría en el aire para no volver nunca más.

Desapareció al instante, mientras los impasibles negros mudos seguían con la mirada fija en el vacío, como estatuas, ajenos a todo.

Por la noche, tras la última oración, el *killerji-bashi* se presentó en la habitación de Mustafá y le preguntó si deseaba comer algo. Pajes silenciosos le llevaron su cena en una bandeja de oro.

Pequeños dados de carne asada con hierbas, calabacines rellenos de arroz, higos con yogur y hermosas naranjas frescas.

Le sirvieron la cena en tazones de fina porcelana de Iznik, blanca y azul, cada uno de ellos decorado con delicados dibujos, hechos a mano, de hojas y ramas, de volutas en tonos cobalto y oliva. El *killerji-bashi* probó los platos uno por uno, como hacía en todas las comidas, por si estuviesen envenenados y, tras ejecutar una reverencia, abandonó la estancia. Sentado en la alfombra, con las piernas cruzadas, Mustafá comió en silencio. De vez en cuando, levantaba el dedo índice de la mano derecha y uno de los pajes se adelantaba para volver a llenarle la copa de sorbete.

Cuando terminó, Mustafá observó las naranjas. Cogió una, le quitó la cáscara por un lado y la probó. Estaba seca y un poco agria. La dejó caer en la bandeja y la apartó; al instante, otro paje se adelantó con un bol de agua perfumada. Mustafá introdujo los dedos en el recipiente y luego dejó que se los secaran. Se puso en pie y entró en la alcoba. Los pajes tenían la costumbre de consumir las sobras y, al tiempo que abandonaba la estancia, los vio precipitarse sobre la bandeja como hambrientos perros callejeros. Era un cuadro que siempre le disgustaba.

Sus pajes ya habían desenrollado la colchoneta, pero Mustafá no estaba cansado. Se sentó con las piernas cruzadas frente al atril del Corán y, a la claridad de las velas, leyó dos *suras* más antes de que el primer espasmo le comprimiera el estómago.

Para cuando llegó Gúlbehar, los pajes que habían servido la cena al príncipe ya estaban muertos, desorbitados los ojos por el sufrimiento de la agonía y contorsionados los cuerpos por las convulsiones que los habían agitado. Mustafá, pálido y estremecido, todavía vivía. El médico de palacio le había administrado un vomitivo y el muchacho gemía mientras su ahora vacío estómago se rebelaba una vez más.

Gúlbehar cayó de rodillas, sollozando, cogió en sus brazos al príncipe y notó cómo le temblaba el cuerpo.

-¿Quién ha hecho esto? -gritó ante los aterrorizados semblantes de pajes y guardias-. ¿Quién ha hecho esto a mi hijo?

-Descubriremos al culpable, quienquiera que sea -prometió el nuevo *kapi aga*. Por las sagradas barbas del Profeta, si Mustafá hubiera muerto, su propio cuello habría encontrado el camino que llevaba a la Puerta de la Felicidad...

Pero Gúlbehar no escuchaba sus asustadas promesas. La mujer había empezado a acunar al chico en sus brazos, como si fuera un niño de pecho, mientras emitía sollozos de miedo, dolor y rabia.

-¿Quién ha hecho esto?

El *killerji-bashi*, catador de los alimentos del *shahzade*, pasó a las manos del verdugo, que le esperaba bajo el *Ba'abi i Sa'adet*, en su cámara de tortura. Fue interrogado a fondo y el desdichado insistió en su inocencia entre alaridos. A pesar de sus protestas, al final les informó del alimento que

contenía el veneno.., por el sencillo procedimiento de obligarle a comer hasta el último bocado de lo que quedaba en la bandeja del *shahzade*.

-Estaba en las naranjas -pudo por fin notificar el *bostanji*, el verdugo-. De alguna forma, se las arreglaron para envenenar las naranjas.

Solimán ordenó que se sometiera también a interrogatorio sumario a las personas que habían intervenido en la preparación de la comida del príncipe: los dos cocineros y el paje que había llevado la bandeja desde la cocina.

Todos murieron gritando, declarándose inocentes, implorando una clemencia que no llegó.

Grifos de oro vertían agua caliente en la bañera de mármol. Cuerpos desnudos, alabastro, café y ébano, cuerpos goteantes, entraban y salían de las brumas. *Gedihli* negras con diáfanas camisas de baño cogían agua de la bañera en recipientes chapados en oro y la derramaban sobre la cabeza de las muchachas. El chasquido de la carne al chocar contra el cálido mármol resonaba en la cavernosa bóveda.

Húrrem estaba encaramada en la piedra umbilical, una enorme losa en forma de hexágono que un horno invisible calentaba desde abajo. Dejaba que Muomi le enjabonase la espalda con densa espuma para enjuagarle después la cabeza y los hombros con agua caliente. Las otras jóvenes pasaban junto a ella, vuelta la cabeza hacia otro lado, acaso inducidas por la envidia, pensaba Húrrem, aunque lo más probable fuese que desviasen la vista a causa del miedo.

Húrrem se rindió a los duros nudillos de Muomi, que le trabajaban los músculos de la espalda. Después la emprenderían con el estómago y con los muslos. No podía permitirse allí envejecer y engordar. En aquel nido de serpientes no podía hacerlo ninguna chica que no tuviese afilados colmillos.

Cerró los ojos y se esforzó en abstenerse de pensar en lo cerca que había estado de resolver sus problemas. Las naranjas habían sido idea suya. Sabía que el *killerji-bashi* no iba a sospechar de una pieza entera de fruta. Había horadado las naranjas con agujas y Muomi había introducido la cicuta por los minúsculos orificios. El *shahzade* se había salvado por pura casualidad. No importaba. Idearía algún otro sistema.

En aquel momento la vio. La transparente camisa de baño se pegaba a sus gruesos pechos. Con bastante satisfacción, Húrrem observó que el abdomen empezaba a adquirir volumen. El motivo era evidente; una de las esclavas que corrían tras ella llevaba en las manos una fuente de plata con fruta escarchada.

-Pronto necesitarás toda una procesión de esclavas -murmuró Húrrem al pasar la mujer junto a ella.

Gúlbehar no la había visto, pero reconoció al instante la voz de Húrrem. Giró en redondo y la localizó a través de la neblina de vapor.

-¿Qué has dicho?

A Húrrem le encantó observar que en los ojos de Gúlbehar había aparecido automáticamente un fulgor de pasión.

-He dicho que pronto te harán falta más de dos esclavas, si no quieres que tus pechos se arrastren por el suelo. Tal vez los tengas que llevar cada uno en su bandeja de plata. Como fruta.

Gúlbehar, boquiabierta y furibunda, la abrasó con la mirada. Aquella pequeña insolente la estaba pinchando. ¡La estaba provocando!

-¿Cómo te atreves a hablarme así...? -Gúlbehar apenas podía recobrar el aliento-. ¡Sé que has sido tú! ¡Has intentado asesinar a mi hijo!

-Chocheas. Tu cabeza te está jugando malas pasadas.

-¡Has sido tú, bruja!

-Entonces, corre a presentarte ante el sultán y cuéntale tus sospechas. ¡Si te atreves!

Gúlbehar se dio cuenta de que las lágrimas colmaban sus ojos. ¡Húrrem estaba tan segura del ascendiente que tenía sobre él! Lo peor de todo era que a Húrrem no le faltaba razón: Solimán no la creería a ella, a Gúlbehar.

-¡Si le haces daño a mi hijo, te mataré!

Húrrem sonrió.

-No creo que mi Solimán lo permitiera. -Húrrem se apoyó ambas manos en el estómago-. ¿Cuántos sultanes más crees que puedo criar aquí?

-Mustafá es...

-Mustafá es todo lo que tienes. Yo tengo tres y puedo tener muchos más, puesto que el sultán ya no acude a tu lecho.

¿Por qué no puedes apartarlo de mí, Rosa de Primavera? ¿Porque eres necia o porque eres torpe?

-¡Déjame en paz!

Húrrem bajó la voz hasta dejarla en un susurro.

-¡Despídete de tu pequeño capullo, Rosa de Primavera!

Gúlbehar la abofeteó con la mano derecha. Húrrem recibió el cachete en plena mejilla. Devolvió el golpe, pero en el último segundo lo cargó en exceso y sólo alcanzó a Gúlbehar de refilón en la parte lateral de la cabeza. Gúlbehar insistió en la agresión, con las uñas por delante. Húrrem la agarró por los hombros, la atrajo hacia sí y ambas cayeron al suelo. La *gedihli* emitió un grito, al tiempo que saltaba hacia atrás. La bandeja de plata se estrelló haciendo mucho ruido contra el mármol.

Muomi ayudó a la tambaleante Húrrem a regresar a sus habitaciones privadas. El dolor de estómago la hacía ir doblada sobre sí misma, entre jadeos. El fino camisón de baño envolvía su cuerpo, todavía empapado y goteante. La enmarañada cabellera, lacia y húmeda, enmarcaba su rostro. Churretones de sangre aguada le surcaban la frente y la mejilla.

Muomi la condujo hasta un diván y se retiró un paso para mirarla con atención. La muchacha negra estaba más perpleja que asustada. Presentía que Húrrem había previsto aquello, que el incidente formaba parte de un plan urdido con anterioridad. Suponer que eso fuera así la impresionó.

-¿Aviso al médico? -preguntó Muomi.

Húrrem se echó a reír, pese al dolor. Se había golpeado con bastante dureza al caer y chocar contra el suelo en el curso de su altercado con Gúlbehar. Bueno, si perdía el niño, tal vez fuese mejor para sus planes. Dos chicos ya era suficiente.

-¿En qué puede ayudarme el médico?

Lo único que iba a hacer era examinarle la mano, y eso desde detrás de tres hileras de eunucos armados.

-Esas heridas no tienen buen aspecto.

-Tráeme el espejo.

Muomi cogió el enjoyado espejo y se lo tendió a Húrrem. La mujer lo cogió y contempló el reflejo de su rostro. Tenía unos leves arañazos en la

mejilla y dos rasguños más profundos en la frente. Maldita pécora. ¡Ni siquiera sabía pelear como era debido!

-Aráñame -dijo Húrrem.

-¿Mi señora?

-¡Aráñame! -Húrrem cogió la muñeca de Muomi y acercó sus uñas a sus mejillas-. ¡Fuerte!

Con escrupuloso cuidado, Muomi acercó las uñas a la cara de Húrrem y procedió a trazar profundos rasguños en las mejilías. Repitió la operación una y otra vez. Sonrió, de pronto. Era tan agradable cumplir aquello; tan estupendo no ser la víctima.

-¡Basta!

-Una vez más, mi señora.

Húrrem soltó un chillido y retorció la mano de Muomi, apartándola de la cara. Alargó el brazo para coger el espejo. Su semblante era una máscara ensangrentada, irreconocible.

-¿Está satisfecha mi señora? -preguntó Muomi. Parecía haberse quedado sin aliento, como si acabara de hacer el amor.

-Sí, estoy satisfecha, Muomi.

-Con ese aspecto, ¿te amará más tu sultán?

-No, Muomi. Pero amará menos a Gúlbehar –repuso Húrrem, y las lágrimas de dolor se mezclaron con la sangre que resbalaba por sus mejillas.

El Eski Saraya se estremeció. Solimán atravesaba los oscurecidos claustros caminando a grandes zancadas. Entre balbuceos temorosos, el *kislar aghasi* le seguía con esfuerzo, surcado el rostro por minúsculos regatos de sudor. Se esforzaba al máximo para mantener el ritmo de marcha del Señor de la Vida.

Parece una enorme águila blanca, pensó el *kislar aghasi* mientras observaba a la alta figura que avanzaba a grandes pasos delante de él. Y lleva las garras desnudas.

El Señor de la Vida se había enterado a través de su madre, la valida, de la terrible disputa que se había producido en el *hammam*. Las noticias volaban en el harén. Aparte de los cotilleos, había allí poco de que hablar. La cosa más nimia, un desaire o una mirada torcida, llegaba al Hafise Sultana antes de que hubiese terminado el día.

Y aquel espantoso episodio del *hammam* no era precisamente cosa nimia.

El *kislar aghasi* vio cómo el Señor de la Vida se detenía ante la puerta de los aposentos de Húrrem. Los dos guardias eunucos parecieron temblar al ver que se acercaba, pero continuaron mirando con expresión resuelta hacia delante.

El *kislar aghasi* esperó, con la respiración agitándole el pecho con fuerza.

-Dile que estoy aquí -ordenó Solimán.

El anciano eunuco inclinó la cabeza y entró, pero quien le esperaba para saludarle al otro lado de la puerta no era Húrrem, sino Muomi. La doncella le dio la bienvenida y continuó de rodillas.

-El Señor de la Vida desea ver a tu señora -dijo el *kislar aghasi*. Había enviado antes a un mensajero para que indicara a Húrrem que debía estar dispuesta.

-Mi señora no puede recibirle -manifestó Muomi.

El *kislar aghasi* se la quedó mirando, atónito, como si le hubiera hablado en un idioma extranjero.

-¿Qué has dicho?

-A mi señora le es imposible expresar con palabras la desolación que le produce no poder aceptar el honor que le hace el sultán al venir a visitarla. Pero no puede recibirle. No es bueno que la mirada del Señor de la Vida se pose en su rostro mientras éste se encuentre desfigurado.

-¿Desfigurado?

-Mi señora espera que el tiempo sane sus heridas y le permita recobrar la belleza que poseía. Pero no puede permitir que, en las presentes condiciones, los ojos del Señor de la Vida vean su cara.

El *kislar aghasi* permaneció inmóvil, desvalido, mientras se acentuaba el dolor de su pecho.

Se estaba haciendo viejo, demasiado viejo para las tribulaciones que aquella pequeña rusa había llevado al harén. Todo era tan sencillo en otro tiempo, cuando sólo estaba Gúlbehar. ¿Cómo explicaría el jefe de los eunucos negros al sultán que su segunda esposa no iba a recibirle? No existía precedente alguno en el protocolo.

-Tiene que verle -dijo.

Muomi le devolvió la mirada, sin pronunciar palabra.

El *kislar aghasi* pasó junto a ella y entró en el sala de estar privada. Húrrem se encontraba allí, sentada en un diván de brocado verde, oculto el semblante tras un espeso velo. No hizo movimiento alguno cuando el hombre entró.

-Mi señora… -dijo el *kislar aghasi*.

Húrrem no dijo nada. Aquello era intolerable, pensó el hombre, al tiempo que se secaba el sudor del rostro con un pañuelo de seda. Muomi y aquella pequeña bruja pelirroja estaban jugando con él.

-El sultán desea veros.

Muy despacio, Húrrem levantó el velo que cubría su rostro y el anciano eunuco se quedó boquiabierto. Horribles costurones rojos cruzaban su nariz, sus mejillas e incluso las proximidades de sus ojos. Daba la impresión de que le había atacado un gato salvaje. Bueno, aquello no coincidía con lo que le habían contado. Según los rumores, aunque el asunto había sido indecoroso, ninguna de las chicas había sufrido heridas de consideración.

Dejó escapar un sonido semejante al sollozo de un animalito y salió a toda prisa de la estancia.

-¿Demasiado desfigurada para recibirme? -repitió Solimán despacio. Miró a su jefe de los eunucos negros. El pobre anciano parecía a punto de desmayarse.

-Eso es lo que dice, mi señor.

-¡Gúlbehar! -murmuró Solimán.

-¿Mi señor?

Gúlbehar hervía de excitación. El mensajero del *kislar aghasi* le había informado de que el Señor de la Vida se encontraba en el Eski Saraya, tal como ella había anticipado. Estaba segura de que acudiría a ella en seguida, convencida de que había llegado a oídos de él el ultraje que la pequeña desvergonzada rusa le había infligido. Por fin había aparecido la serpiente.

Solimán la vería ahora tal como era. Ella, Gúlbehar, le contaría cómo había intentado asesinar a su querido Mustafá. La llevaría, a ella y a su hechicera negra, al *bostanji* y la verdad saldría a la superficie.

Y Solimán volvería a sus brazos. Todo se arreglaría. Preparó la mesa personalmente, dispuso en ella dulces, *rahat lokum* y sorbetes y se acomodó en el diván. Se había cepillado y trenzado el pelo, se acababa de bañar y perfumar el cuerpo. Perlas entrelazadas adornaban su cabellera y en el hueco de la garganta se puso un rubí de color rojo lívido.

Trató de tener paciencia mientras esperaba en el diván, pero le resultaba imposible. No veía la llegada del momento de contar a Solimán lo que la mujer le había dicho, el modo en que la había provocado, la amenaza que había susurrado contra Mustafá. Él lo entendería. Por fin iba a hacerle ver las cosas. Al fin y el cabo, ella, Gúlbehar, era la primera *kadin*, la madre del próximo sultán.

Se acercó a la ventana y, a través del enrejado, contempló las rutilantes aguas del Cuerno de Oro y, más allá, los palacios de rojo tejado que trepaban por la colina de Galata. Un mundo centelleante y reluciente que pertenecería a su hijo. Pero allí, donde estaba en aquel momento, todo era frío y oscuro. Llevaba mucho tiempo siendo frío y oscuro.

Ahora cambiaría.

Retumbó la puerta al abrirse.

No llegó ningún negro sudoroso que introdujera en el aposento de Gúlbehar al Señor de la Vida. Ella no tuvo tiempo de arreglarse. De prepararse.

Solimán se irguió en el quicio de la entrada, con una desagradable expresión de furia en el rostro. Después cerró de un portazo y avanzó hasta el centro de la habitación.

Gúlbehar se postró de hinojos ante él.

-Sala'am, señor de mi vida, sultán de sult...

Solimán la agarró por los brazos y la obligó a levantarse. Gúlbehar sollozó de dolor -los dedos de Solimán mordieron la tierna carne del antebrazo como tenazas de acero- y sorpresa.

-Quítate el velo.

Gúlbehar vaciló. ¿Qué pasaba con él? ¿Qué podía haberle sulfurado de aquella manera? Se levantó el velo y vio que el semblante de Solimán se contraía en una mueca de desprecio.

-Ni un rasguño...

-No entiendo, mi senor...

Solimán echó la mano hacia atrás y le cruzó la cara con un duro bofetón. Repitió el golpe otras dos veces... Al recibir el cuarto bofetón, Gúlbehar cayó al suelo.

Yació allí tendida, gimoteando. ¿Qué iba mal? ¿Qué sucedía? Cuando Solimán volvió hablar, su voz era tan baja que Gúlbehar a duras penas pudo discernir las palabras.

-Si vuelves a privarme del placer de mirar su cara, te juro que... te mataré.

-Por favor... mi senor...

-¡Tus celos envenenan todo el harén!

-¿Qué ha ocurrido? ¿Qué he hecho?

-¡Basta! ¿Me oyes? Eres la madre de Mustafá. Algún día serás la *valida.* ¡Conténtate con eso!

-¿Qué os ha dicho esa insolente? No fui yo quien...

Solimán levantó la mano y la golpeó de nuevo, la agarró por los pelos, tiró de ella hasta ponerla de pie y la sacudió una vez más, mientras la mujer imploraba a gritos que dejase de pegarla. La cólera rugía en la cabeza de

Solimán, ensordeciéndole con sus bramidos. Sólo cuando vio la sangre que empapaba la blanca camisa de Gúlbehar dejó de golpearla. La soltó y la mujer cayó inerte, desmadejada como una muñeca de trapo. Solimán apartó las manos y contempló las manchas de sangre.

Durante largo rato, Gúlbehar siguió sollozando allí, a sus pies. Solimán se mantuvo inmóvil, jadeante, repentinamente horrorizado por lo que había hecho. Cuando por último la mujer levantó la cara, tenía hinchados los labios y los ojos. La sangre que le brotaba de la boca y de la nariz trazaba pinceladas cárdenas sobre la blancura marmórea de la piel.

-Mi senor...

-¡Silencio! -La respiración ponía aspereza en su pecho y se esforzó en controlarla-. Que no se te vuelva a ocurrir la idea de intentar separarme de ella.

Agotado su furor, se agachó y la cogió del brazo para ayudarla a levantarse, pero Gúlbehar se retorció y se separó de él.

Una punzada de remordimiento asaltó a Solimán. He podido matarla, pensó. He estado al filo de ello. De haber tenido una daga en la mano, le habría arrancado la vida. Gúlbehar llevaba muchos años siendo su *kadin*, desde que él era un adolescente y, sin embargo, llevado de su cólera, podía haberla matado.

-Debes marcharte de aquí -susurró-. Es lo mejor para ti.

Abandonó la estancia, dejándola sumida en amargo llanto.

El Hipódromo

Gúzul era judía; una vez al mes le permitían entrar en el harén para vender joyas, bisutería y baratijas a las odaliscas. Pero ésa no era su auténtica función. En el mundo cerrado del harén, Gúzúl era la más rara de las criaturas: una intermediaria. En el transcurso de los años, se había convertido en la voz de Gúlbehar en el mundo exterior.

Había dejado de ser joven. Tenía la piel arrugada y de color castaño oscuro; los ojos le relucían en la cara como pequeños zafiros en una bolsa de cuero. Para compensar su marchita juventud, se teñía el pelo con alheña y se lo ceñía con cintas brillantes, remembranza de vanidad. Ibrahim llegó a la conclusión de que, tiempo atrás, debió de ser toda una belleza.

Para aquel encargo se había ataviado con una capa de espléndida seda escarlata y se tocaba con una gorrita redonda, también de color escarlata. Cinto de damasco dorado y zapatos blancos de piel de cabritilla. En tobillos y muñecas, brazaletes de plata. Perlas en el cabello. Llevaba las manos y los pies teñidos con alheña y una generosa dosis de kohl ensombrecía sus ojos. Parecía una reina bandolera.

Con el ocaso, la piedra del palacio de Ibrahim se tornaba del color de la rosa. Los imponentes muros y los postigos de madera de las ventanas reflejaban el esplendor del gran *Top-kapi*, que se alzaba a menos de ochocientos metros, al otro lado del Atmeydani. Recordaba, advertía a todos -desde los jinetes que jugaban abajo al *gerit* hasta los jenízaros de allende la Sublime Puerta del Ba'ab i Humayan, pasando por los fieles que desfilaban por el interior del Aya Sofía y los panaderos y zapateros de la ciudad- que el griego era el visir más importante, más rico y más leal que había conocido jamás el Imperio Osmanlí.

Las proporciones de la sala de audiencias hicieron comprender a Gúzúl la verdadera insignificancia de su persona. La enorme alfombra sobre la que se arrodilló, cuya superficie rebasaba los diez por cinco pasos, el trono de marfil y carey, los candelabros de plata y los incensarios de cobre y turquesa nada tenían que envidiar a los de un sultán. El propio Ibrahim, con su gran turbante blanco y sus vestiduras de raso, tenía la misma presencia y aspecto que ella se imaginaba tendría el mismo Señor de la Vida.

Ibrahim ha logrado crear la ilusión de que es mucho más alto de lo que en realidad es, pensó Guzúl. Probablemente se deba al turbante, de más de medio metro de altura, con su ancha banda de oro en la base. Resultaba difícil no sentirse impresionado por él o por el enorme rubí que lucía en el dedo, del tamaño de un huevo de ave.

Difícil no sentirse impresionado; difícil no tener miedo.

La vida se había portado bien con Ibrahim. Después de que Solimán le nombrara su gran visir, se había construido un palacio en el otro lado del Hipódromo, con dinero de la hacienda pública. Y Solimán le había dado en matrimonio a su hermana Hatise Sultana.

La estrella ascendente llevaba en su órbita otro satélite. Estaba sentado, con las piernas cruzadas, al pie de los escalones de mármol que ascendían hasta el trono de Ibrahim, dando la espalda a la mujer, de forma que ésta no podía verle la cara. Pero Guzúl sabía quién era.

Decían que el *defterdar* Rústem era búlgaro de nacimiento y que el *deushirme* le había llevado a Estambul hacía muchos años. Educado en el Enderun, la escuela de palacio, destacó en las matemáticas. Había ascendido muy deprisa por el escalafón del departamento del Tesoro, gracias, según se rumoreaba, a la protección de Ibrahim. Estaba al alcance de cualquiera, pensó Guzúl, suponer lo útil que podía resultarle a Ibrahim contar con alguien de su equipo que manipulase los cordones de la bolsa del erario. Abundaban los rumores acerca de abusos, sobornos y gratificaciones poco claras pero, por supuesto nadie se atrevía a alzar la voz contra Ibrahim. No, so pena de que deseara examinar de cerca las puntiagudas estacas de los muros del Ba'ab i Sa'adet.

Guzúl se preguntó qué estaría haciendo allí Rústem. Pensó que tal vez Ibrahim buscara ahora consejo con respecto a otros asuntos.

El gran hombre la observaba. Vio que la mirada de Guzúl estaba orientada en dirección a Rústem, pero se dirigió a ella como si se encontraran solos.

-Bien, Gúzúl, dime, ¿qué te trae a mi humilde serrallo?

-Mi señora, la Rosa de Primavera, os envía sus mejores deseos de felicidad. Que la salud y la prosperidad no dejen de aumentar en vuestra casa.

-Agradezco sus buenos deseos. Que Dios la proteja y permita que su belleza nunca se desvanezca.

-Inshallah. Quiéralo Dios.

-He oído rumores, Guzúl.

-¿Qué clase de rumores, mi señor?

-Me han dicho que tu señora se pelea con Húrrem en el Eski Saraya. Rezo para que el conflicto se solucione a plena satisfacción de todos.

Gúzúl decidió abandonar el obsequioso lenguaje de la corte.

-Tiene que exiliarse, mi señor.

Ibrahim hizo una pausa, pero no dejó que su rostro mostrara la más leve reacción.

-¿Otro rumor, Gúzúl?

-Mi señora os ruega intercedáis por ella ante al Señor de la Vida, mi señor.

-No tengo tanto poder, Guzúl.

No es eso lo que se comenta en los bazares, pensó Guzúl. Se dice que eres sultán en todo, menos en el nombre. Pero ni siquiera aquí me atreveré a expresar tal cosa.

-Mi señora sólo os pide que habléis por ella al Señor de la Vida.

-Ese es un asunto del harén y yo no tengo nada que ver ahí. Sabes que, si pudiera hacerlo, me encantaría ayudar a tu señora, pero lo que me pide sobrepasa los reducidos poderes que tengo. Tal vez pueda defender su caso ante el kislar aghasi.

-Mi señora sólo os ruega que examinéis las consecuencias de su partida, mi señor.

Ibrahim se inclinó hacia delante, con un brazo descansando en el del trono. En su semblante asomó un conato de inquietud.

-¿Si, Guzúl?

-Siempre habéis sido amigo de Mustafá. Un día, él será sultán. Y a su madre le gustaría tener buen recuerdo de vos.

-¿Eso es una amenaza, Guzúl?

-No, mi señor. Pero a mi señora le gustaría que supieseis que guarda larga memoria de sus amigos.

-Sus grandes virtudes, además de reconocidas son ilimitadas.

-A mi señora le gustaría también que recordaseis que nunca ha tratado de desafiar el poder del gran visir.

Ibrahim se echó a reír, sorprendido.

-Claro que no.

-Sin embargo, es harto posible que Húrrem se disponga ahora a desafiaros.

Las palabras resonaron en el silencio como el repicar de una herradura al caer contra el suelo. Durante un buen rato, Ibrahim permaneció inmóvil, con los ojos clavados en ella y la mano apretando con fuerza el brazo del trono.

-¿Lo crees así, Guzúl? -preguntó Ibrahim al final.

-En los bazares se dice que le ha embrujado, mi señor.

-Los mercaderes de alfombras no gobiernan el imperio.

-Mi señora sólo desea recordaros que él pasa largos días y noches con ella, mi señor. Le habla de política.

-¡Más cotilleos de harén!

-Mi señora sólo os pide que habléis en su favor al Señor de la Vida. Sois un consejero prudente y leal. Mi señora sólo desea que vuestro bienestar continúe, mi señor.

-Ya has cumplido, Gúzul.

-Mi señor…

Gúzúl se arrastró hacia delante, besó la alfombra al pie del trono y se retiró. Ibrahim contempló su salida de la estancia, fruncido el rostro en un gesto de indecisión. ¡Húrrem una amenaza! ¡Imposible! Y sin embargo…

La mirada de Ibrahim se posó en el hombre que todavía estaba arrodillado en silencio, pacientemente, al pie del trono.

-Bueno, *defterdar,* ¿qué opinas?

-Siempre es sensato no crearse más enemigos de los estrictamente necesarios.

-Mima y consiente a esa jovencita rusa. Pero... ¿desafiar al gran visir?

-Es una pregunta a la que sólo vos podéis responder, mi señor -dijo Rústem.

Ibrahim observó su rostro. ¿Eres capaz de adivinar lo que estoy pensando, *defterdar*? Si has comprendido cuál es mi verdadero problema -que el harén es una parte del imperio sobre la que no tengo el menor control-, te las has arreglado muy bien para impedir que tus dudas aparezcan en tu semblante. Pero, en tal caso, no permites que ninguna emoción salga a la superficie. A veces me pregunto si puedes sentir algo; y ésa es la razón por la que te he elegido entre todos los demás. En ocasiones no puedo evitar que la sangre se me suba a la cabeza y nuble mi buen juicio.

-La Rosa de Primavera es la madre del *shahzade* –dijo Ibrahim-. Algún día será la *valida*. Haré cuanto esté en mi mano para ayudarla.

-También puede serviros determinar hasta dónde llega la influencia de esa muchacha en el harén -dijo Rústem.

Ibrahim le lanzó una penetrante mirada. Ni siquiera se le había pasado eso por la cabeza. Claro que Solimán haría caso de su consejo. ¿Le había puesto objeciones alguna vez?

-¿Y bien?

Topkapi Saraya

Aquella noche, la viola de Ibrahim no le complacía en absoluto. Solimán se contempló las manos con aire melancólico, mientras los pajes retiraban el resto de los platos de *rahat lokum*, el dulce aromatizado con pistacho «descanso para la garganta» con que acababa todas sus comidas. Ibrahim terminó su balada y dejó el instrumento, ladeada la cabeza.

-¿Os preocupa algo, mi señor?

Solimán asintió despacio.

-Sí, Ibrahim.

-¿Estáis inquieto a causa de Haberdansky, el enviado?

Solimán enarcó las cejas. ¡Haberdansky! El embajador de los Habsburgo. Federico había cometido la temeridad de despacharle a la corte de Solimán sin más tributo o estipulaciones que la afirmación de que Hungría era parte del imperio de Federico por derecho natural de nacimiento y, en consecuencia, exigía su devolución. A Solimán le produjo enorme placer la sugerencia de Ibrahim, en el sentido de que debía mostrarse la verdadera hospitalidad de los Osmanlí en las mazmorras de Yedikule.

-No es la política lo que me hastía, Ibrahim.

-Sin embargo, eso es algo que hay que solucionar.

-Sí, sí.

-Tal vez, mi señor, haréis saber al gran visir vuestra decisión, cuando la hayáis tomado.

Solimán sonrió, pese a no tener deseo alguno de hacerlo. No había reproche en la voz de Ibrahim y las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba en una sonrisa autoburlona. Tiene razón, reflexionó Solimán. Se presentó ante mí hace unos días en busca de la decisión definitiva. Suspiró.

-¿Qué opinión tienes de ese Zapolya?

-No lo veo como rey, pero creo que será un buen vasallo.

Solimán asintió. Era el mismo razonamiento que Húrrem le había expresado.

-He llegado a una conclusión similar -dijo-. Podemos convertirle en nuestro portero. En tanto pueda ceñir la corona, mientras nos pague el debido tributo en oro y esclavos para el *devshirme*, el reino seguirá siendo nuestro.

-Entonces, ¿arreglado?

-Sí -dijo Solimán-. Comunica a su enviado la decisión.

Ibrahim volvió a coger la viola y pulsó con suavidad las cuerdas. Una punzada de irritación agitó a Solimán. Ni siquiera allí encontraba reposo. No podía pensar más que en la guerra de nervios desatada en su propio harén.

-Hay algo que debo tratar contigo -articuló al final.

-¿Sí, mi señor?

-Es algo referente a Mustafá.

-¿Mi señor?

-Representa una gran promesa, como caudillo y como guerrero. Ya tiene catorce años. Tal vez haya llegado el momento de darle un gobierno para probar su temple, con vistas a la gran carga que un día tendrá que asumir.

Ibrahim dejó la viola. ¡Así que era cierto! Solimán proyectaba el exilio de Gúlbehar del harén con el pretexto del primer gobierno de Mustafá.

-Todavía es muy joven -declaró.

-Sólo un año más joven de lo que era yo cuando mi padre me envió a Manisa.

-Un año es mucho tiempo a esa edad.

-Con todo, creo que ya es hora. Pero acepto lo que dices. Deberíamos hacer que le acompañara su madre para que le guíe. Están muy unidos. ¿Estás de acuerdo?

-Os aconsejaría en sentido contrario, mi señor.

-Mi decisión es firme.

Ibrahim parpadeó, sorprendido. Era la primera vez que Solimán decidía algo antes de contar con su consenso.

-Existe el peligro de agobiarlo prematuramente. Hemos de sopesar el asunto con el máximo cuidado.

-Esta vez no, Ibrahim. No necesitamos preocuparnos de nada más.

-Os aconsejaría paciencia, mi señor. Deberíamos esperar por lo menos un año.

-Es mi hijo. Le conozco bien.

-Pero darle un gobierno tan pronto…

-¡Deja ya de llevarme la contraria, Ibrahim! ¡Ya te he dicho que mi decisión es firme! ¡Eres un estupendo gran visir, pero no eres el sultán!

Ibrahim le miró a los ojos. Brillaban con súbito acaloramiento. Es pólvora pura, presta a estallar, pensó el gran visir. Alguien había influido en él para que se mostrase así. No me hará caso, porque le han predispuesto en contra. Ahora bien, ¿quién puede haber sido?

Ibrahim sabia que era peligroso provocarle más.

-Como digáis, mi señor, me someto a vuestra superior sabiduría.

-Me voy a la cama -dijo Solimán-. Estoy cansado.

Se desnudó y se introdujo bajo la colcha que los pajes habían tendido sobre la colchoneta colocada en el suelo. Mientras los sirvientes montaban guardia junto a las dos velas encendidas a los pies del lecho, Ibrahim continuó sentado, cruzadas las piernas, interpretando con la viola una melancólica tonada.

Al tiempo que tocaba, cerró los ojos y con la imaginación vio extenderse las cuerdas de la viola más allá de los muros del palacio, allende las siete colinas de Estambul, a través del mar Negro, del Mediterráneo y del Egeo, por encima de las volanderas arenas de Egipto y Argelia, de las montañas de Persia y de Grecia, los anchos cauces del Éufrates y del Danubio, las llanuras de Hungría y las estepas de Ucrania, las ciudades santas de Jerusalén, Babilonia, La Meca y Medina. En el extremo de las cuerdas bailaban príncipes y pachás, shas y jeques, y Solimán y él habían tocado la canción. Pero ahora nuevos y pegajosos cabos se desplegaban como tentáculos desde la gran ciudad y casi podía sentir cómo se enrollaban alrededor de su cuerpo y del de su querido *padishah*. Y las manos que sostenían la red eran suaves, blancas y femeninas, con las uñas pintadas de color escarlata.

El frescor de la estancia le produjo un estremecimiento y, por primera vez en su vida, tuvo un poco de miedo.

En el adoquinado patio, Solimán montaba a horcajadas un caballo blanco. En el turbante, el topacio parecía un corazón oscuro y la pluma de garza se curvaba a impulsos de la brisa. Un viento del norte impropio de la estación hacía ondular sus blancas vestiduras. Tenía el semblante contraído, tenso, como una máscara de severidad. Era imposible penetrar en aquella expresión, los pajes y guardias que se encontraban cerca de él no se habían atrevido a mirarle abiertamente. Y, bajo pena de muerte, ninguno de ellos lo haría.

Vio a Mustafá subir con un ágil movimiento a su cabalgadura, -el chico parecía estar más a gusto sobre la silla que sobre sus largas piernas, todavía en pleno desarrollo- y aguardar, con la vista dirigida con aire esperanzado a las sombras de la parte inferior de la torre oriental.

Solimán hizo un leve movimiento de rodillas y el semental partió al trote lento, erizadas las orejas para captar la más ligera orden que le diese el jinete.

Solimán tiró de las riendas al llegar al lado de la montura de Mustafá. Alargó una mano y la posó en el antebrazo del muchacho.

-Que Dios bendiga tu viaje y te mantenga a salvo -deseó.

-Gracias, padre.

El rubor afluyó a las mejillas del chico, cuyo entusiasmo juvenil luchaba contra la diguidad que se había impuesto.

-Pórtate bien.

-Haré todo lo posible para serviros.

-No es a mí a quien sirves, Mustafá, sino al islam.Tenlo presente. Incluso los sultanes y sus príncipes son tan sólo servidores. El islam es nuestro señor. Ve en paz.

-Sí, padre.

Solimán notó un enorme peso en el pecho. ¡Qué extraño le resultaría ir al harén y no encontrar a Mustafá allí! Percibió movimiento a su espalda y al volver la cabeza vio a tres figuras cubiertas de velos que atravesaban el patio y subían con paso apresurado al coche que esperaba: Gúlbehar y sus dos doncellas.

Una de las figuras permaneció a la expectativa, mirándole a través del velo, a la espera de alguna señal que le indicara que iba a acercarse y a dirigirle la palabra, pero Solimán dio media vuelta.

Cuando miró de nuevo hacia allí, la mujer había desaparecido.

Solimán esperó hasta que la pequeña comitiva abandonó el patio y las grandes puertas del Eski Saraya se cerraron con estruendo detrás del último integrante del cortejo. Cuando todos se hubieron ido, una curiosa sensación de júbilo le envolvió como si, por fin, se viese de algún modo liberado de parte de su carga.

CUARTA PARTE

El guardián de la felicidad

Mar Jónico, 1532

Una desconcertante contradicción de los sentidos. La pompa y el colorido del Paraíso, la nauseabunda pestilencia de la Bestia.

La galera parecía un gigantesco escarabajo acuático; semejantes a larguisimas patas, los veintisiete juegos de remos que surgían de cada uno de sus lados impulsaban la nave a través de la vasta superficie de cabrilleantes aguas azules. Banderas y gallardetes ondulaban con apáticos movimientos en el mástil y en la toldilla, mientras el león de oro de Venecia dormitaba al sol. La popa, primorosamente tallada y dorada, estaba cubierta por un toldo púrpura y amarillo bajo el que los oficiales se reclinaban a sus anchas sobre alfombras y bajos divanes, al tiempo que se cubrían la nariz con pañuelos perfumados para filtrar los horribles hedores que ascendían desde la parte inferior y envolvían el enorme barco con una nube de vapor invisible y maligno.

Las velas estaban trenzadas en torno a dos grandes vergas curvas por encima de los palos mayor y de mesana. Ocultos a la vista, en la semioscuridad de las entrañas del bajel, veintisiete filas de esclavos impulsaban la nave por el océano. Aherrojados a los bancos de madera en los que se sentaban, su orina y sus heces formaban pequeños remolinos fecales alrededor de los tobillos. Llevaban dieciocho horas remando sin descanso. Un maestre de raciones se movía a lo largo de las filas de galeotes e iba introduciendo pan empapado en vino en las bocas abiertas de los que parecían al borde del agotamiento. Varios remeros se habían desvanecido ya sobre las cadenas. Recobraron el sentido cuando les sentaron las costuras con una soga impregnada de salmuera. A dos de ellos que no se recobraron con la suficiente prontitud les quitaron las cadenas y los arrojaron por la banda.

Desde la silla que ocupaba bajo el templete púrpura y oro, Julia Gonzaga no podía ver tal espectáculo. Cortinas de brocado ahorraban a los pasajeros tan desagradables escenas, aunque la muchacha había tenido algún que otro vislumbre de la situación de los desdichados que manejaban los remos y aquello se le había grabado a fuego en el cerebro. Era la primera vez que sus ojos contemplaban tal sordidez y desesperación y la imagen no había dejado de obsesionarla un segundo en el curso de los diez días que llevaban en el mar. El capitán le había explicado que sólo se trataba de paganos, marinos y piratas turcos hechos prisioneros, y que no eran mejores

que animales. Pero Julia no lograba expulsar de su ánimo el profundo sentimiento de vergüenza que la embargaba. Cerró los párpados ante el deslumbrante resplandor del Mediterráneo, acarició el rosario con los dedos y trató de enfocar sus pensamientos sobre impresiones más cristianas.

Era la primera vez que abandonaba Venecia, *La Serenissima*, y se sentía animada y temerosa al mismo tiempo. Pietro, su esposo, se encontraba visitando las fincas que poseía en Chipre cuando se sintió indispuesto, dos meses atrás. Las últimas noticias que había recibido Julia indicaban que la enfermedad podía prolongarse durante bastante tiempo y que el hombre reclamaba la presencia de su esposa a su lado. Julia supuso que lo que quería era una enfermera y no una esposa: Pietro manifestaba escasa pasión hacia ella como mujer y cualquier secreto que el hombre hubiera podido descubrirle continuaba sumido en el misterio. La noche de bodas la había besado en la mejilla, a la puerta de la alcoba, y después se había retirado para dormir en su propia habitación, rito que desde entonces había repetido todas las noches.La única vez que Julia había entrado en el dormitorio de su marido había sido para atenderle al sufrir uno de sus ataques, situación cuya frecuencia había aumentado en el curso de los dos últimos años. Solía hacer que permaneciera sentada junto a él día y noche, leyéndole a Platón. De cuanto hacía Julia, aquello era lo único que al parecer le gustaba. La muchacha había llegado a la conclusión, bastante tiempo atrás, de que era un viejo irritable e irascible, demasiado orgulloso de su propia importancia, y Julia maldecía diariamente a su padre por haberla emparejado con él. La política. Eso era lo único que le importaba.

Tenía que disfrutar del viaje, del salino aire fresco,del rutilante océano, de la preciosidad multicolor de las flores de primavera que resplandecían en las islas. Agradeció el alivio que representaba abandonar la atmósfera enclaustrada del palacio, los pasillos sombríos, el moho de la humedad, la monoto nía del encaje y los maitines diarios. Habría sido maravilloso, si no hubiera sido por el olor. La fetidez que ascendía desde la bodega le recordaba la desagradable fealdad que la esperaba en su punto de destino. El olor de un esposo viejo y decrépito. Sin motivo aparente, se preguntaba qué habría sido de Abbás. Abbás... Ningún hombre le había hablado como él, ni antes ni después. ¡Abbás! Brillaba en su pasado como un icono.

Durante unos cuantos días gloriosos ella se había sentido viva.

-¿Pensamientos agradables, mi señora? -Julia levantó la cabeza, sobresaltada. Era el capitán, Bellini, un joven regordete, de mejillas rubicundas y ojos vivarachos, de mirada furtiva-. Os ruego me perdonéis.

¿No la había visto sonreír detrás del encaje negro de su mantilla?

-En estas travesías tan largas, uno tiene mucho tiempo para reflexionar.

-Pensaba en mi esposo.

-Ah. -Bellini apartó la mirada y señaló el horizonte-. Diez días más y estoy seguro de que os habréis reunido con él.

Siempre y cuando contemos con un poco de viento. Los remos no lo pueden sustituir demasiado bien.

-Cierto.

Bellini se llevó con un rápido gesto el pañuelo a la nariz y respiró con fuerza.

-¿Cuánto tiempo lleváis sin ver a vuestro esposo? -Alrededor de seis meses.

-Mucho tiempo. Sin duda, le echáis de menos.

Julia captó el sutil tono de voz burlón de su voz y notó un ramalazo de enojo, a pesar de sí misma.

-Más de lo que podáis imaginaros -replicó, y se sintió complacida al ver el rubor de incomodidad que había provocado en el rostro del joven. Si pudiera imaginármelo yo, pensó Julia con amargura.

Bellini buscó refugio en su propia estima.

-Con viento favorable... -empezó, pero la frase se le quebró en la garganta-. Corpo di Dio! -juró y salió disparado hacia el puente para coger el catalejo.

Un grito de los marineros que plegaban las velas de la verga del palo de trinquete confirmó los temores de Bellini. Las triangulares velas latinas de la galeota aparecieron de pronto por detrás de los acantilados de una isla, a menos de una milla de distancia.

Las palas de los remos subían y bajaban, subían y bajaban mientras la nave se iba acercando.

-¡Turcos! -gritó Bellini, con voz en la que el pánico puso una nota aguda. Bajó corriendo los peldaños que llevaban de la popa al puente que quedaba encima de la cubierta de los esclavos. Julia le oyó vociferar-: ¡Remad! ¡Remad!

Se produjo una explosión de silbatos y el restallido de los látigos. Las protestas de los galeotes ante aquel nuevo castigo llegaron a los oídos de Julia. La embarcación dio una sacudida cuando el piloto, en la plataforma situada sobre la popa, se dobló encima de la larga caña del timón y lanzó la galera a estribor para eludir el ataque del pirata turco. Ahora, recortada contra el horizonte, parecía ser doblemente voluminosa. Julia vio con toda claridad los remos: abajo, pausa, impulso; abajo, pausa, impulso.

De repente, las cubiertas se convirtieron en hormigueros de hombres bajados de las vergas para ocupar sus puestos de combate en proa y en popa, de soldados que se apresuraban a empuñar sus arcabuces y ballestas. El miedo brotaba de sus cuerpos en forma de sudor, brillaba en la mirada fija de sus ojos y surgía de sus bocas transformado en maldiciones. La larga proa ganchuda de la galeota turca era ya claramente visible: no debía estar a más de media milla de la popa veneciana.

Abajo, impulso, pausa.

Julia agarró el brazo de Bellini.

-¿Qué va a pasar?

El capitán se la quedó mirando, sin verla realmente, con los ojos como platos, pero en blanco.

-No creo que podamos dejarla atrás. *Corpo di Dio*, ¿dónde está nuestra escolta?

Escudriñó el horizonte con expresión desesperada, tratando de localizar el barco de guerra que, llevado de su complacencia, había dejado que se perdiera de vista.

-¿No podemos dejarlos atrás?

-Son más ligeros y más rápidos. Además, sus remeros son todos hombres libres y están descansados. Permanecían al acecho, esperando que llegásemos.

-¿Qué va a ocurrir? -preguntó Julia de nuevo, y un puño helado se cerró en sus entrañas y empezó a apretar.

Pero Bellini la apartó y, sin responder, pasó por su lado y corrió hacia el puente que dominaba la cubierta de los esclavos.

-¡Remad! ¡Remad! -le oyó gritar. Y aumentaron los gritos, el restallido del látigo y el entrechocar metálico de las cadenas.

Julia miró hacia popa y jadeó. La galeota estaba a menos de un cuarto de milla.

De la cubierta de los esclavos ascendía un estruendo infernal y primitivo, que se destacaba por encima de los gritos del piloto, del capitán y de los soldados, incluso por encima del ininterrumpido «¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!» del tambor de guerra. Desafiando a los cómitres, sin hacer caso de sus maldiciones y de sus rebenques, los hombres que empuñaban los remos entonaban un canto extraño y gutural: *«La illaha ilallah Muhammadu rasul allah... La illaha ilallah Muhammadu rasul allah...»*

Dios es grande y Mahoma es su profeta.

Julia se volvió y contempló la galeota, la bandera verde del Islam ondeando en el mástil, a menos de doscientos metros. Así que aquél era el pagano del que tanto había oído hablar. Aquél era el Islam del diablo.

Erguido en popa, su *rais* exigía apremiante un esfuerzo aún mayor a los hombres que manejaban los remos, mientras un árabe gigantesco, calvo y con el pecho al aire, se encargaba del redoble del tambor. Las palas de los remos subían y baja ban al unísono, con matemática precisión. Julia vio aparecer en la proa pequeñas nubecillas blancas cuando algunos turcos abrieron fuego con sus arcabuces. Uno de los soldados del puente situado sobre los esclavos emitió un alarido, se llevó las manos a la cara y desapareció por el costado. La muchacha oyó el golpe sordo producido por el cuerpo al chocar contra la cubierta inferior, fuera de su vista.

Varios esclavos lanzaron gritos de alegría. *«La illaha ilallah Muhammadu rasul allah...»*

La galeota viraba hacia ellos desde la popa, por estribor, a cubierto de las culebrinas venecianas. Julia oyó un rugido cuando los turcos dispararon sus propios cañones. Frente a ellos, el agua se agitó hasta convertirse en espuma y luego parte del aparejo del palo mayor se vino abajo acompañado de un enorme chirrido de madera quebrándose.

Julia contempló el desastre, paralizada por el terror. Oyó entonces otro sonido, la chamada, el alarido que los remeros turcos emitían para aterrorizar al enemigo. *«Allahu Akbar! Allaaaaah!»*

Al verla allí, uno de los oficiales de Bellini se aprestó a empujar a Julia hacia la bodega.

-¡Por el amor de Dios -chilló---, bajad! ¡Bajad! Julia echó a correr.

Llegó a la escala del buque y se detuvo. Desde allí pudo ver a los remeros encorvados en sus bancos, con las espaldas surcadas por los latigazos de los cómitres de la galera, accionando los remos sin entusiasmo, contraído el rostro por el dolor y la esperanza. También vio la proa coronada de hierro de la galeota turca de combate, que cortaba las aguas velozmente hacia ellos.

Seguía mirando cuando la roda atravesó la hilera de remos de estribor, partiéndolos como si fuesen palillos y los chasquidos de la madera astillada ahogaron el griterío de los remeros alcanzados en el pecho y en la cara por el retroceso de los guiones de los remos. Las aguas fecales se tiñeron de rojo sangre, mientras los hombres se llevaban las manos a lo que quedaba de sus rostros. Julia vio cómo uno de ellos intentaba meter de nuevo las vísceras dentro de su desgarrado estómago.

Luego la proa se clavó en la borda de estribor, la galeota dio otra sacudida y Julia cayó hacia delante y se hundió en la oscuridad.

Cuando volvió a abrir los ojos se encontraba tendida de espaldas al pie de la escalera del barco. La escotilla estaba vacía, pero una delgada neblina de humo blanco planeaba a través de la cubierta. Oyó voces de hombres, voces furiosas que gritaban órdenes, voces que gemían de dolor, voces que pedían cuartel. El chirrido de los aceros y las descargas de arcabuces se desvanecieron con suma rapidez, sustituidos por un espantoso repiqueteo metálico y un horrible coro ululante, como el de un millar de demonios.

Poco a poco, fue comprendiendo de qué se trataba. Los esclavos de la galera pedían que los liberasen. Julia permaneció inmóvil. Ahora no había lugar alguno hacia el que huir. Se arrastró hasta la borda, se subió las rodillas hasta los pechos y esperó. Cogió el rosario y empezó a murmurar sus oraciones.

-Dios te salve, Maria, llena eres de gracia...

Oyó pasos en la cubierta situada sobre su cabeza y tres sombras oscuras borraron la claridad del sol que entraba por la escotilla. Los tres hombres llevaban turbante y espadas curvas.

Se detuvieron a mitad de la escalera de mano y se quedaron mirándola. Uno de ellos dijo algo que Julia no entendió y los otros dos se echaron a reír. Después la pusieron en pie a la fuerza y la condujeron sin contemplaciones a la escalera de toldilla.

Argel

África surgió de manera inesperada en el horizonte: la aldehuela de Sidi Bou Said destacó blanca y pura sobre la abrasada tierra roja. Detrás de ella se erguía la silueta gris acero de Djebel Ressas. Cuando la galeota dejó a popa el promontorio, las velas latinas se hincharon con el viento que podría haber salvado la revuelta y la mísera humanidad acurrucada en la cubierta inferior. Los esclavos fueron saliendo uno tras otro de la oscura bodega, parpadeando frente a la luz del sol.

La fortaleza de Argel surgía amenazadora del mar. En su base, edificios enjalbegados se arracimaban sobre la colina como cegadores cubos blancos, bajo las bocas de los cañones osmanlíes y la ondeante bandera verde de Mahoma. El puerto hervía de barcos y todos ellos enarbolaban la enseña verde con la media luna del islam. Mientras la galeota se deslizaba por la roca de la bocana del puerto, los prisioneros guardaron silencio, con la cabeza gacha, resignados a su destino.

Como era mujer, a Julia la mantuvieron separada de los demás cautivos. Se atrevió a echarles un vistazo a través del encaje negro de la mantilla y contuvo un jadeo. Los habían desnudado por completo, salvo una delgada tira de tela que les circundaba las ingles, y tenían encadenados los pies y las manos. De cara a cubierta, todos aparecían encorvados y humillados. Ninguno de ellos miró en su dirección, ni siquiera Bellini.

Julia a duras penas pudo reconocerlo. Sin su uniforme, parecía más bajo y mucho más gordo, blancuzco el estómago como grasa de ganso.

Julia notó que las mejillas se le ponían como la grana y desvió la mirada. Se concentró en la oración y sus dedos empezaron a pasar las cuentas del rosario.

Amarraron la galeota en el muelle situado debajo de la mezquita y el zoco. No tardó en concentrarse a lo largo del malecón una multitud deseosa de contemplar a los prisioneros. Desembarcaron en primer lugar a los hombres; los piratas turcos fueron apartando a la masa de morenos árabes vestidos con albornoz y chilaba ondulante.

Denostaban y escupían a los venecianos, al tiempo que les gritaban en su extraña lengua gutural, con el rostro blanco de odio.

Julia empezó a temblar de pies a cabeza.

Entonces uno de los turcos -lo tomó por el *rais*, su capitán- la cogió del brazo, la obligó a rezagarse de los demás cautivos y, llevándola por delante de él, se abrió paso entre la muchedumbre.

Julia no había perdido la esperanza. Humillación, rabia, terror y desprecio competían en su interior para imponerse. Después de todo, su padre y su esposo eran *magnifici*, ambos miembros prominentes del Consejo de los Diez. Venecia estaba en paz con los Osmanlí, su marido traficaba con ellos, incluso había invitado a su mesa a integrantes de la corte de Solimán. Lo peor que podría suceder, se dijo, es que pidan rescate. La pesadilla no durará mucho.

Lanzó una ojeada a los rostros de la multitud de energúmenos que la maldecían y escupían y se mordió el labio, furiosa. ¡Paganos! ¡Paganos!

El *rais* la obligó a apretar el paso. La muchedumbre los siguió a través de la kasbah y por angostos callejones en los que se amontonaba la suciedad. Las ratas se escabullían entre la basura al aproximarse ellos. Desembocaron luego en un laberinto de calles, los esclavos siempre conducidos por delante de ella como un rebaño. Julia mantuvo la vista baja, demasiado avergonzada para mirar a aquellos hombres desnudos que avanzaban arrastrando los pies. Venecianos todos ellos, ahora su aspecto no era mejor que el de los esclavos de su galera.

Apareció frente a ellos el palacio del *bey* Les hicieron franquear la amplia puerta y pasaron por delante de los corrales de esclavos negros, donde las caravanas del Sahara llevaban a nubios, sudaneses y guineanos. A los hombres, mujeres y niños negros los tenían allí agrupados; algunas mujeres daban el pecho a sus hijos, que mamaban sin recato, y los hombres estaban completamente desnudos…*Corpo di Dio!*

Los condujeron a un patio, a una amplia explanada de arena blanca cerrada por sus cuatro lados por columnas con remate en arco. Cientos de cuerpos sudorosos creaban un miasma pestilente; en el aire resonaba un clamor de voces que se expresaban en una veintena de lenguas; unas voces gritaban órdenes, otras balbuceaban temerosas, otras regateaban de modo frenético. Julia vaciló, abrumados los sentidos. El *rais* la maldijo y la empujó por delante de él.

De pronto, Julia se dio cuenta de que había perdido de vista a los demás y, por alguna razón, se sintió abandonada. Desesperados y desvalidos como se encontraban, constituían sin embargo su último eslabón con el mundo que conocía. Pasaron a otro patio y el parloteo de las voces cesó. Aquel patio estaba vacio, aunque había infinidad de huellas en la blanquecina arena del suelo. Julia levantó la cabeza.

A la sombra, sobre un montón de cojines, estaba sentado un hombre grueso y moreno. A su espalda, un muchacho negro le refrescaba dándole aire con un abanico de plumas de avestruz. Su caftán blanco estaba adornado con hilos de oro y en su blanco turbante musulmán relucía una

gran turquesa. El *rais* habló al hombre con rapidez. Julia oyó una palabra que se repetía una y otra vez: *gaiour.*

El gordo la miraba fijamente, con una tenue sonrisa en los labios. Levantó un brazo a modo de señal para indicar que estaba a punto de ponerse en pie. El muchacho negro soltó el abanico y ayudó al hombre gordo a incorporarse.

-¿Cómo te llamas? -preguntó el gordo.

-¿Habláis italiano?

El hombre volvió a sonreír.

-Por supuesto. ¿Por quién me tomas? ¿Por un bárbaro? -Se acercó más a Julia-. ¿Hablas turco?

-Claro que no.

El gordo sonrió una vez más y levantó la mantilla de Julia. La muchacha se quedó petrificada. Ningún caballero veneciano se habría atrevido a levantar el velo de una mujer. Sólo su esposo podía hacerlo. Pero, de la misma manera, tampoco ella se atrevió a apartarle la mano. Se lo había hecho al *rais* el día que la habían capturado y el capitán le había cruzado la cara de un bofetón por haberle incordiado. A Julia todavía le escocía el golpe.

El hombre gordo miró al *rais*.

-Tiene razón. Eres bella. ¿Cómo te llamas?

-Julia Gonzaga. Mi padre y mi marido son miembros del *Consiglio*. Os recompensarán cuando me devolváis.

El gordo volvió a sonreír.

-La recompensa de mi sultán será mayor -dijo-. Permíteme que me presente. Me llamo Mehmet Alí-Osman. Soy *bey* de Argel al servicio del sultán Solimán, rey de reyes, señor de señores, emperador de los siete mundos. -Ejecutó una burlona reverencia-. Soy su servidor vitalicio. Como tú lo eres ahora.

-Yo no soy servidora de nadie.

-Eres demasiado orgullosa. El orgullo y la belleza son a menudo compañeros inseparables, pero no es ésa la cuestión. Dio una vuelta alrededor de Julia y la muchacha comprendió que la examinaba con todo detalle con la mirada. Soportó aquella nueva humillación con la vista clavada en la arena. El *bey* se encaró de nuevo a ella, apoyó una mano regordeta en el pecho de Julia y lo apretó con suavidad, como si palpara una fruta. La muchacha lanzó un grito y retrocedió, temblorosa.

El *rais* le dedicó un gruñido, pero Meh¡net Alí-Osman sacudió la cabeza, al tiempo que soltaba una rugiente carcajada.

-¡Tu pudor no vale ahora gran cosa, *bellissima*!

Se volvió hacia el *rais* y, durante cinco minutos, se enzarzaron en una acalorada discusión en torno a Julia. Ella no podía entender una sola palabra, pero la expresión del pirata y el modo en que hablaba alentaron en ella la esperanza de que desenvainase la espada y clavase al *bey* en la pared. Julia nunca había odiado a nadie tanto como odiaba a aquel hombrecillo gordo que había impugnado su pudor.

Pero el *bey* introdujo la mano en los pliegues de la túnica y sacó una bolsa de cuero. La abrió y volcó cierto número de monedas de oro en la palma de la mano tendida del *rais*, que se echó a reír y palmeó al *bey* en el hombro como si fueran viejos amigos. La enemistad de momentos antes se había disipado como por arte de magia.

El pirata se marchó y Julia se quedó sola con Mehmet Ah-Osman.

Julia, mi *bellissima*, ahora formas parte ya del *kullar* del sultán Solimán, perteneces a su familia de esclavas. ¡Bendito día!

-Mi padre...

-Tu padre ya no existe, ni tampoco tu marido. ¡El *kislar aghasi* me pagará de forma espléndida por una belleza como la tuya! Me vas a proporcionar un beneficio diez veces superior a la inversión. -Dio unas palmadas y de las sombras surgieron dos soldados con turbante- Llevadla adentro y custodiadla bien. Encargaos de que le den algo de comer y beber. Quién sabe, ¡es posible que algún día sea madre del próximo sultán!

Cuando se la llevaban de allí, Julia oyó cómo Mehmet Ah- Osman se arrellanaba de nuevo sobre los cojines, mientras el eco de sus carcajadas resonaba en el patio desierto.

Un infinito océano azul cuyos rutilantes reflejos dañaban los ojos; de súbito, impetuosas tormentas estivales que la dejaban débil y gemebunda, víctima de la náusea, sin posibilidad alguna de escapar del repugnante hedor de las aguas fecales y de la corrupción del vómito. Semana tras semana navegaron a través del imperio osmanlí, apenas vislumbrando de vez en cuando el espejismo invertido de alguna isla o la línea de alguna costa lejana.

Julia se encontraba mal todo el tiempo, mareada, solitaria y empavorecida. Los turcos la miraban, brillantes, duros y hambrientos los ojos, pero ninguno se atrevió a ofenderla ni a tocarla. Ahora era vianda para el sultán. Le llevaban alimentos, apenas comestibles, pero observó que era el mismo rancho de arroz y la misma cecina que comían los propios piratas. Le asignaron un camarote debajo de las cubiertas, en el que dos miembros de la tripulación montaban guardia todas las noches. Pero aunque sentía sobre sí los ojos de todo el mundo cada vez que subía a cubierta, nadie le dirigió la palabra ni trató de comunicarse con ella de alguna otra forma.

En una ocasión, Julia contempló con atención las aguas y pensó en lanzarse por la borda. Pero una parte de ella aún se mantenía aferrada a la esperanza. Su padre conseguiría liberarla. Todavía no era la meretriz del sultán. Para cuando llegasen a Estambul, su padre tendría ya noticias del secuestro y una delegación del embajador veneciano estaría esperando en el muelle para negociar el rescate.

Amanecer, ocaso y un océano azul infinito. Una mañana subió a cubierta y allí, frente a ella, se hallaban los montes de Anatolia, elevando su masa púrpura en el horizonte, celados por la niebla. Pocas horas después, bordeaban Esmirna y Julia experimentó un escalofrío de alivio y terror. Por fin. La espera casi había terminado.

Al cabo de unos días, al atardecer, pasaron frente a Troya y, a través del estrecho de los Dardanelos, penetraron en el azul lechoso del Mármara Deniz y anclaron, a la espera de la aurora.

La superficie marina aparecía tan tersa, fulgurante y gris como la hoja de una espada. Estambul se destacaba del alba como una mano que emergía de la niebla, con los puntiagudos alminares del Aya Sofia apuntando al cielo como dedos índices. El sol se reflejaba en las áureas cúpulas de las mezquitas alineadas en las laderas de las siete colinas y ahuyentaba la niebla que se concentraba en la parte baja de los rompeolas y en el brazo eminente de Punta Serrallo. Rápidos esquifes y caramuzales griegos pululaban por las aguas. Julia vio incluso el león de oro de Venecia izado en

el mástil de una de las galeras, a menos de cien metros de distancia, y sintió casi dolor físico.

Tan cerca.

Doblaron la punta y entraron en el brazo curvado del Cuerno de Oro. Pero no la esperaba ninguna delegación de *La Serenissima* y los dedos de Julia se tensaron sobre la barandilla. Cerró los ojos, sabedora de que todo lo que pudiese recordar de otro tiempo quedaba ya detrás.

Manisa

Gúlbehar observó a los jinetes a través de los visillos que adornaban las ventanas del palacio. El metal de las herraduras repicaba sobre las pétreas losas de la vía romana y su eco se repetía a lo largo de los muros del valle. Un sonido que le recordó el tañido de las campanas se dejaba oir todas las horas en los claustros del Eski Saraya, en Estambul. Un mundo ajeno por completo a éste, pensó. No echaba de menos las polvorientas escaleras ni las habitaciones vapuleadas por las corrientes de aire, pero sí el no estar cerca de él. Cuando ella era *kadin*, había sentido el calor de Solimán. Ahora, con toda la libertad de su nueva existencia, su cama estaba siempre fría.

Ahora, sin Mustafá, no tendría nada.

El sol de la tarde se deslizaba colinas abajo y los trigales y campos de cebada parecían filtrarse a través de una atmósfera de color sepia. La brisa llevaba hasta Gúlbehar olor a humo de leña.

Los jinetes se acercaban. Podía distinguirlos ya con claridad. Eran una docena de caballistas; uno de ellos iba delante de los demás y su voz retumbaba en el valle, audible a pesar de la distancia. Era moreno, de barba raía, vestía túnica suelta y se tocaba con turbante. Atravesado en la silla llevaba un venado, con el cuello agujerado por una flecha. La sangre de la pieza teñía de rojo el flanco del caballo.

Mustafá.

-Vaya. Así que esta noche cenaremos carne de venado -murmuró Gúlbehar para sí. Sin duda, se pasaría la velada obsequiándola con el relato de la caza.

Monta como un auténtico *shahzade*, pensó, con los ojos fijos en el muchacho. Su juventud y falta de experiencia no le intimidaban. Gritó algo, que se perdió en el viento, y los otros *spahi* soltaron estruendosas carcajadas. ¡Qué hijo!, pensó Gúlbehar. Un jinete y un cazador formidable. Y también sobresalía en matemáticas e idiomas, así como en el Corán. Ya hablaba persa e italiano tan perfectamente como se expresaba en turco. Era popular entre los jenízaros y los *spahi* y, a sus jóvenes dieciocho años, llevaba ya cuatro en el cargo de gobernador de Manisa.

Se decía que iba a ser el más excelente de todos los sultanes osmanlies, más importante incluso que su padre. Tantas virtudes, tan pocos defectos. Ah, pensó Gúlbehar, pero ellos no te conocen como te conozco yo. Tienes un defecto y estás tan ciego que no lo ves. Y ese defecto acabará contigo, como no lo elimines.

Los jinetes franquearon la enorme puerta de roble y hierro y desmontaron en el patio. Mustafá se apeó del caballo, alzó la vista hacia la ventana enrejada y saludó con la mano, sin dejar de reír. Desde luego, no podía verla. Pero sabía que ella estaba allí, sin quitarle ojo.

Un hijo tan estupendo. Como un león. Como un cordero.

Los años de exilio la habían cambiado. El cambio no había sido físico -aunque un observador atento habría percibido las diminutas lineas de amargura que se le habían grabado alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios-, pero en el corazón de la Rosa de Primavera habían brotado espinas. Su belleza la había inducido en otro tiempo a la pasividad, porque se lo había proporcionado todo; y su naturaleza le permitía aceptar incluso la pérdida de Solimán.

Pero nunca habría consentido que se llevasen a Mustafá; no estaba dispuesta a permitir que hicieran daño a su cachorro.

Comían en silencio. Mustafá había vuelto eufórico de la cacería y explicó tres veces el cobro del venado antes de darse cuenta del talante de su madre y de que temiese que se lo contagiara. Jubiloso por su hazaña, el humor negro de su madre le molestó.

-La carne de venado está estupenda, ¿no es cierto? –dijo con terquedad, al tiempo que cogía de la fuente otro pedazo del sabroso asado.

-Deliciosa -murmuró Gúlbehar-. Sigue hablándome de la cacería.

-La verdad es que no te interesa, madre. No juguemos el uno con el otro.

Gúlbehar levantó la mirada hacia él. Incluso sentado era más alto que ella. A sus dieciocho años, Mustafá rebasaba el metro ochenta y cinco. Su barba era sedosa, de un tono entre bronce y oro, y su presencia física resultaba impresionante. Sus brillantes ojos, en continuo movimiento, reflejaban un carácter apasionado y una energía llena de dinamismo. A Gúlbehar le recordaba a su propio padre, un bandido montenegrino de las montañas.

-¿Qué ocurre? -preguntó el muchacho al final.

-Tenemos que pensar en tu futuro -dijo Gúlbehar.

-¿Mi futuro? -Mustafá se echó a reír-. Tengo el futuro más claro que el de cualquier otro hombre. De momento, soy gobernador de Kútahya. Algún día seré el sultán de los osmanlíes.

-¿De veras?

La sonrisa desapareció.

-Madre, por favor.

--Ya hace cuatro años. Tu padre viene a verte cada vez con menos frecuencia. Mientras tanto, la bruja se introduce más y más en su corte...

-Es mi padre. Con eso basta. La forma en que lleva su harén no es asunto mio.

-Estás ciego.

-Ves conspiraciones por todas partes.

-¡Esa mujer intentó envenenarte!

-No hay prueba alguna de ello.

-¿Quién más podía desear tu muerte?

-Los Osmanlí tenemos muchos enemigos.

Gúlbehar se apretó las manos en el regazo. Los nudillos se tornaron blancos.

-Fue esa mujer. Te interpones entre ella y el trono que desea para su prole.

-Mi padre nunca me traicionaría.

-Ni siquiera se da cuenta de lo que está ocurriendo delante de sus narices.

-¿Qué puedo hacer yo?

Gúlbehar bajó los ojos.

-Tienes muchos amigos en la Puerta. Tal vez haya llegado la hora de que pienses en recurrir a ellos.

-¿Con qué fin?

-Tu abuelo te habría enseñado eso.

Mustafá palidecio.

-Jamás levantaré la mano contra mi padre. Es un pecado a los ojos de Dios.

-Hay pecados más graves. Se están cometiendo ahora mismo en el palacio de Estambul.

Mustafá alzó un dedo y uno de los sordomudos se adelantó a toda prisa con el cuenco de agua perfumada. El muchacho se lavó los dedos y los mantuvo suspendidos en el aire para que se los secasen.

-El trono vendrá a mi, si Dios quiere. No levantaré la mano contra mi propio padre. -Alargó el brazo y tomó con la suya las manos de Gúlbehar-. Te quiero, madre. Pero ves fantasmas por doquier. -Sonrió de forma súbita-. Si Húrrem es mi enemiga, tendrá su respuesta llegado el instante oportuno. Pero a él no le haré daño alguno.

Cuando Mustafá se hubo retirado, Gúlbehar batió palmas y aguardó mientras los pajes se llevaban los platos fuera de la estancia. Permaneció sentada largo rato, meditando en silencio. Después ordenó a una de sus doncellas que fuese en busca de Gúzúl.

El Eski Saraya

En toda su vida, Julia no había visto nada tan feo.El *kislar aghasi* era joven, quizá no mucho mayor que ella. Vestía un floreado caftán de seda, con una amplia banda en la cintura, sobre el que se había puesto una pelliza verde esmeralda, que adornaban tiras de armiño y cuyas largas mangas llegaban a rozar el suelo. Lucía gruesos rubíes en los dedos, pequeños y regordetes, que tamborileaban con impaciencia sobre el borde del trono. Un gato blanco ronroneaba medio dormido en su regazo.

Ninguno de aquellos refinamientos conseguía disimular el hecho de que estaba obscenamente gordo. Grandes rollos de grasa se introducían en los pliegues de sus vestiduras. Luego estaba el rostro: era como si un escultor lo hubiese modelado con masilla, para después, con un ademán de disgusto, eliminar los rasgos más prominentes, dejando la cara manchada y deformada.

Durante la larga travesía desde Argel, Julia había aprendido algo de turco y, cuando el hombre habló bruscamente a uno de los guardias que la habían conducido allí, oyó ciertas palabras familiares: «*gaiour», «bey de Argel», «mujer».*

La señaló con el índice.

-Quitale el velo.

Julia también había aprendido en el curso del largo viaje por mar que podía evitarse más humillación ejecutando las órdenes por si misma, en lugar de esperar a que aquellos individuos la tocasen con sus sucias manos. Apenas había terminado de pronunciar su mandato el *kislar aghasi*, cuando la muchacha alzó las manos y se echó hacia atrás la negra mantilla de encaje.

Observó que el semblante del *kislar aghasi* experimentaba una asombrosa transformación. Se estremeció en el asiento, como si le hubiesen clavado un cuchillo en la espalda. Se quedó boquiabierto.

Se puso de pie de un salto y el pesado trono chocó contra el mármol de la pared que tenía detrás. La señaló con el dedo y bramó:

-¡Quitadla de mi vista!

Los guardias se limitaron a mirar fijamente, aturdidos por aquella reacción.

-¡QUITADLA DE MI VISTA! -repitió el hombre, y se marchó, dejando tras si el estrépito de un portazo. Los guardias cogieron a Julia por los brazos y se la llevaron.

Topkapi Saraya

El Kubbealti , la Sala del Diván, era el eje del imperio y en torno a él giraba la gran rueda de mando cuyos radios llegaban a Argel, Grecia y Hungría, a Crimea, Persia y Egipto. Durante ochenta años, en la pequeña cámara, bajo la torre del reloj de la Segunda Audiencia, los sultanes Osmanlí habían celebrado sesión cuatro días a la semana, de sábado a martes, admitiendo solicitudes, resolviendo cuestiones legales, recibiendo a enviados extranjeros, tomando decisiones sobre todos los asuntos de Estado y política exterior. Allí se trataban todas las cuestiones, desde la más modesta disputa entre mercaderes hasta la declaración de guerra.

En las mañanas de Diván, una larga cola se extendía en absoluto silencio a través de los jardines de la Segunda Audiencia, una hilera formada por los solicitantes que esperaban se les otorgara el derecho a presentar su caso ante el sultán. Con turbante de muselina blanca como la nieve y caftán de raso también blanco, Solimán permanecía sentado sobre cojines en el estrado del fondo, con el gran visir a su derecha y los *kaziasker* de Rumelia y Anatolia, provincias europea y asiática del imperio, sentados directamente delante de él. *Agás, pacas y mufties* ocupaban su lugar a ambos lados, de acuerdo con el protocolo del orden jerárquico; en el suelo, secretarios y notarios con las plumas y pergaminos preparados para registrar por escrito los decretos y juicios imperiales.

Sólo tenía derecho a hablar el sultán. Los demás podían expresar su opinión sólo en el caso de que se les solicitara ésta, o cuando la requiriese algún punto particular de las leyes seculares o religiosas que constituyeran su especialidad. La resolución del sultán era definitiva.

Pero, al parecer, Solimán empezaba a estar cansado de aquellos tediosos gajes de su poder. Había renunciado a sus deberes en favor de Ibrahim, que ahora presidía el Diván en su lugar y que informaba de sus decisiones dos veces por semana al sultán, para que éste las ratificase. Se había abierto un hueco en la pared, para colocar una ventanilla enrejada, encima del diván de Ibrahim, con el fin de que Solimán pudiera presenciar el

desarrollo de los casos siempre que lo deseara, pero Ibrahim sabía que rara vez estaba allí.

Mientras tanto, a Ibrahim le consumían los cambios que observaba en Solimán. Quizá había ido demasiado lejos, demasiado deprisa. Habían conquistado Rodas y Belgrado, habían aplastado en Mohacs a los húngaros y a su rey. Solimán había logrado lo que ni su padre ni el legendario Mehmet Fatih había conseguido y su grandeza estaba ya bien establecida. Desde su última expedición a Viena, Solimán parecía retirado, desinteresado.

Era cosa de la bruja, pensaba Ibrahim.

Aquella particular mañana, los solicitantes tuvieron que esperar, mientras el sultán debatía con sus generales el objetivo de la campaña de verano en los territorios de guerra. Ibrahim permitió que el *muftí* hablase primero.

-Tarde o temprano, el sultán tendrá que tratar con el sha de Persia, Tahmasp, que se atreve a conceder asilo a los chiitas heréticos y organiza incursiones con sus jinetes contra nuestras fronteras. Ofende al islam. ¡El sultán tiene el deber de someterlo!

Ibrahim inclinó la cabeza en gesto de deferencia al juez islámico, aunque él, personalmente, habría preferido colocar la cabeza de aquel charlatán en una estaca, encima de la Puerta de la Felicidad. Se dirigió a los otros generales.

-Estoy de acuerdo con el *muftí.* No cabe duda de que el sha es una ofensa a Dios y al sultán. ¿Pero tenemos que preparar un cañón para someter a un mosquito? Aunque el sha Tahmasp ha ofendido al islam, la mayor ofrenda que podemos presentarle a Dios es la conquista de la Manzana Verde.

Era una referencia a Roma. A todo sultán, antes de ascender al trono de los Osmanlí, el agá de los jenízaros le formulaba tradicionalmente la pregunta: *«¿Podéis darle un mordisco a la Manzana Verde?»*, lo que significaba: *«¿Podéis entregarnos Roma?».*

Ibrahim hizo una pausa, para que sus palabras causaran efecto.

-Desde luego, nuestra mayor amenaza es, sin duda, el hombre que se llama a si mismo emperador del Sacro Imperio Romano. En estos instantes, Francisco le está creando problemas en su flanco sur; en Alemania, el cristiano cismático Lutero incita a la rebelión contra el Papa; los mismos nobles de Carlos V están enzarzados en diversas disputas entre ellos. El momento de atacar al enemigo es aquel en que se encuentra más débil. Las murallas de Viena están prestas a desmoronarse y, en cuanto se desplomen, ¡toda la cristiandad temblará al vernos llegar!

Se volvió hacia el agá de los jenízaros.

-¿Qué decís, Ahmed?

El agá sopesó con cuidado la respuesta. Se acordaba de Rodas.

-Mientras tengamos la olla llena, mi señor, comeremos. Mis hombres esperan impacientes tener otra oportunidad de teñir de sangre sus espadas.

Ibrahim miró a los otros generales. Mahmut, agá de los spahi, y Qehangir, *kaziasker* de Rumelia, hablaron por Viena.

-Podemos negociar con el hereje Tahmasp cuando nos plazca -declaró Qehangir-. Pero Federico se encuentra ahora en su momento más débil. ¡Ataquémosle y pongamos Viena a los pies de nuestro *padishah!*

Ibrahim sonrió. Habían transcurrido seis años desde la última gran victoria. Ningún imperio puede quedarse estancado. Los *ghazi* lo sabían; en

cuanto un hombre se apea del caballo, sus músculos empiezan a reblandecerse. Tal vez, además, durante el largo trayecto hasta Viena, Solimán volviera a encontrarse a si mismo y se olvidara de aquella chica del harén que le estaba debilitando.

-Decidido, pues -dijo Ibrahim-. El sultán irá a Viena.

El Eski Saraya

La primera vez que se vio allí, el horror y el desconcierto casi la paralizaron. Ni en un millar de años habría podido concebir la existencia de semejante lugar. Julia no recordaba haber estado desnuda en ningún sitio, a excepción de su propio baño, e incluso en él tenía la sensación de que quitarse toda la ropa era pecaminoso. Pero allí, en el palacio de los paganos, las mujeres parecían gozar con ello. La habían desvestido y obligado a bañarse -la celadora de los baños había fruncido el ceño con desagrado ante el olor que despedían sus ropas- y luego la habían sometido a la más humillante operación que imaginaba hubiera podido sufrir cualquier mujer cristiana. Le habían afeitado, por completo, las axilas, las ventanas de la nariz, las orejas, y luego... incluso ahora cerraba los ojos al pensarlo. No existían palabras para expresar lo que había sentido. La habían ultrajado profundamente y sabia que nunca podría regresar. Jamás podría volver a *La Serenissima* y mirar a los ojos a su padre y a su marido. Lo sabrían. Dios lo sabría. Estaba deshonrada y avergonzada.

Se sentía petrificada por completo. Ni por asomo era capaz de suponer que existiese algo peor que lo que le habían hecho. El rito de los baños renovaba su sufrimiento. La obligaban a ir allí todos los días, a desnudarse delante de las demás mujeres, a bañarse y a someterse a las atenciones de la gedihli negra. Intentaba eludir los ojos de las otras muchachas, se esforzaba en imaginar que no se encontraba allí y que no entendía las risas y las burlas que susurraban a sus espaldas, aunque comprobó no sin sorpresa que las entendía muy bien. En las últimas semanas aprendió con rapidez la lengua que empleaban.

Se quitó con ligereza el camisón de baño y se introdujo en el agua. Junto al reborde de la pileta dos muchachas, de nariz aguileña y piel de color avellana una, blanca como el alabastro y cabellera asombrosamente negra la otra, se examinaban una a otra en busca de pelos sueltos. La búsqueda se hizo íntima de veras y Julia comprendió que debía volver la cabeza, pero una terrible fascinación la impulsaba a seguir mirando.

La muchacha de piel de color avellana separó los muslos de la otra y, con gesto despreocupado, sus dedos trazaron una línea alrededor de la ingle y, luego, separaron con suavidad los labios de la vulva. Julia oyó que la otra muchacha dejaba escapar un gemido y murmuraba una palabra en tono extático que no entendió. La egipcia se acercó más, su dedo anular empezó a moverse despacio y Julia comprendió que lo tenía dentro de la otra joven.

Corpo di Dio! ¡Otro ultraje, otra imagen del infierno! Las dos muchachas captaron el leve grito sorprendido de Julia y la menuda egipcia se volvió y le dirigió una sonrisa burlona. La de piel blanca echó hacia atrás la cabeza y su larga cabellera trenzada rozó el borde de la bañera de mármol. Al tiempo que emitía un jadeo, levantó del mármol las posaderas y acercó la entrepierna, para que los dedos de la egipcia se le hundieran mas.

Julia desvió la vista, estupefacta, y se encontró con los ojos clavados en las dos pupilas más negras y profundas que había visto en su vida.

-Eres la *gaiour* -dijo la mujer.

Julia asintió. Sabia ya que *gaiour* significaba cristiana. Notó que empezaban a arderle las mejillas y salpicó un poco de agua sobre ellas. Era como una pesadilla, una pesadilla recurrente, espantosa, interminable.

-No tengas miedo -recomendó la muchacha.

En su tono de voz se apreciaba cierta benignidad que a Julia le pareció tranquilizadora.

-¿Qué están haciendo? susurró.

La joven se encogió de hombros.

-Calmando las tensiones del aburrimiento. ¿Por qué no? No hay aquí hombre alguno que lo haga por ellas.

Julia miró a los guardianes negros y se extraño, pero no dijo nada. Ya se sentía bastante estúpida.

-¿Cómo te llamas? -preguntó la muchacha.

-Julia.

-Yo, Sirhane -informó la chica-. Soy de Siria. Mi padre me vendió al *devshirme.*

-¿El *devshirme*?

-Es como un tributo. Los hombres del sultán se presentan cada dos o tres años y se llevan a los mejores mozos y mozas para el servicio real.

-Lo siento.

Sirhane sonrió.

-¿Por qué? Yo estaba deseando venir. Si no estuviese aquí, bañándome tan a gusto, ¿sabes lo que estaría haciendo ahora? ¡Recogiendo algodón! ¿Qué preferirías hacer tú?

Julia no respondió.

-Dime una cosa -quiso saber-. ¿Todas estas mujeres pertenecen al sultán? ¿Todas son esposas suyas?

Sirhane dejó oir una risa encantadora.

-¡Claro que no! Sólo tiene dos *kadin* y una de ellas está bastante lejos, en Manisa. Así que sólo queda Húrrem y como ella está envejeciendo, hay esperanza para el resto de nosotras.

-No comprendo. Habla más despacio.

Sirhane se le acercó más y, ante el horror de Julia, le pasó un brazo por los hombros.

-Necesitarás que alguien cuide de ti. ¿Es que no sabes nada de nada, *gaiour*?

-Sólo quiero volver a casa -balbuceó Julia.

-¿Tienes marido?

-Si.

-¿Es buen amante?

Julia ignoraba lo que quería decir la palabra amante pero, de saberlo, tampoco habría captado el sentido que Sirhane le daba. De modo que manifestó:

-Es un anciano.

-Entonces, ¿por qué derramar más lágrimas, *gaiour*? Si el destino es bueno contigo, tal vez encuentres aquí al mejor esposo del mundo. ¡El propio sultán Solimán!

-Ya estoy casada.

Sirhane volvió a echarse a reír.

-¡Ah, *gaiour,* cuánto tienes que aprender!

De modo instintivo, Julia comprendió que había encontrado una amiga y su cuerpo empezó a temblar. Todo lo que deseaba era que alguien volviera a ocuparse de ella, que le explicase lo que estaba pasando, que la ayudara y la consolara. Apoyó la cabeza en el hombro de Sirhane. Esta la abrazó y Julia sintió el calor y la suavidad de su cuerpo a través del agua y el aroma de la muchacha le recordó el de su madre, un efluvio antiguo, secreto. Pasó el brazo, indecisa, alrededor del cuello de Sirhane y lloró, pero en lo único en que pudo pensar fue en su confesor de Santa Maria de los Milagros y comprendió que se estaba alejando cada vez más de Venecia y de Dios.

El *kislar aghasi* se encontraba en la celosía que dominaba el *hammam*. Se echó a llorar. Preferiría que me destrozasen en el potro antes que pasar por esto, pensó. Que me atravesaran con hierros al rojo, que me flagelasen con látigos rematados por puntas de hierro, antes que sufrir esto. Si tuviese valor, me habría quitado la vida hace mucho tiempo. ¿Qué diablo de todos los infiernos habría ideado una tortura tan refinada como la de desposeer a un hombre del medio para amar a una mujer, pero dejándole el deseo, un deseo tan intenso y tan poderoso como el que experimentaba en su juventud?

La luz entraba a través de los centenares de pequeñs ventanas redondas abiertas en la alta cúpula abovedada. En la atmósfera del *hararet* reinaba una neblina formada por los difusos rayos del sol, el vapor del agua y el aliento de centenares de mujeres. Estas permanecían tendidas sobre caldeados sofás de mármol o en los bordes de las bañeras, dedicadas a trenzarse el pelo unas a otras, desnudas por completo, salvo por los camisones de tul; algunas se metían en el agua, en cueros vivos, para echarse agua sobre los pechos o para tenderse con languidez en la tibieza clara del agua, mientras reían, cotilleaban o cantaban.

A través de las nubes de vapor, vio la borrosa silueta de Julia, que entraba en los baños. Vio también que se le acercaba otra muchacha que cruzó el agua y la abrazó. Los dedos del *kislar aghasi* se cerraron alrededor de la reja de la celosía y apretaron el hierro con fuerza, impulsados por un arrebato de frustración.

Mejor haber muerto. Y ahora la veneciana. Ahora eso.

Solimán contempló al niño a la vacilante luz de la vela. Tan flaco, tan pálido. Alargó la mano, titubeante, y tocó la espalda de la criatura, palpó la grotesca protuberancia de la columna vertebral y deslizó el dedo a lo largo de las piernas, tan delgadas como el cañón de un arcabuz.

Húrrem le observó, sorprendida. Nunca había prestado la menor atención a los otros hijos suyos que ella había alumbrado. Sin embargo, iba a menudo a prodigar su interés por la criatura desproporcionada y deforme que Húrrem le había dado.

-¿Come? -preguntó Solimán.

-Las nodrizas dicen que tiene poco apetito y que no crecerá. No creen que sobreviva.

Solimán asintió y de nuevo proyectó su atención sobre el pequeño Qehangir.

-Debes cogerle en brazos todos los días y cantarle algo. Eso le ayudará.

Húrrem se le quedó mirando boquiabierta.

-Sí, mi señor.

No deseaba tener nada que ver con aquel pequeño monstruo. Estuvo a punto de morir en el parto. Creía que no iba a olvidar nunca aquel terrible dolor.

Solimán se incorporó e introdujo la mano en uno de los bolsillos. Sacó un puñado de monedas de oro. Se las entregó al ama de leche.

-Cuida bien de mi hijo -pidió. Condujo a Húrrem fuera de la habitación.

Cuando estuvieron solos, Húrrem le ayudó a quitarse el turbante y luego apoyó en sus pechos la cabeza del sultán. El los besuqueó con avidez, por encima de la tela, y procedió a arrancar los botones de nácar de la blusa. Húrrem dejó que la tomara y que se agotase dentro de ella. Después yacieron en el diván, con los muslos de Húrrem rodeando el cuerpo de Solimán y la cara de éste hundida entre los pechos femeninos.

-Hacéis el amor como un león -susurró.

-¿Qué sería de mí sin tus mentiras, pequeña ruselana?

-¿Mi señor está preocupado?

-Asuntos del Diván -dijo él.

-¿Queréis hablar?

Siempre ocurría así. Primero, el solaz físico del cuerpo; luego el desahogo del cerebro también. Al principio, a Húrrem le divertía concentrar su mente en los problemas del poder y de la política que Solimán le contaba. Resultaba agradable ejercitar el ingenio en algo más importante que los chismes del harén y las pequeñas complicaciones que surgían durante la rutina cotidiana del *hammam* y el depilatorio. A Solimán siempre parecían encantarle las respuestas que ella le daba y alguna vez llegó a pensar, con el tiempo, que su mente era más rápida que la de él... aunque, desde luego, se guardó para sí tal idea. Ahora, sin embargo, aquel juego se había convertido en otra cosa: era un instrumento de poder. Porque Solimán acudía con sus problemas y confiaba en ella, lo que le proporcionaba un gran ascendiente sobre él... y también sobre Ibrahim.

Solimán suspiró.

-Es primavera. Todas las primaveras sucede lo mismo. Mis agás me presionan para que emprenda otra campaña. Quieren que vaya otra vez al norte, que me lance contra Viena.

-¿Y qué opina Ibrahim, mi señor?

-Ibrahim clama más fuerte que cualquiera de los otros.

-Está sediento de gloria. Para el islam, claro.

Solimán sonrió.

-Si, pequeña ruselana, claro que sí.

-Sin embargo, me pregunto si eso es prudente.

-Dime lo que piensas.

-Hay un largo camino hasta Viena. Tal vez demasiado largo para llevar un ejército, incluso el ejército de los osmanlies. Si uno tiene que entrar por una puerta, debe saber cómo volver a salir por ella.

-La verdadera presa es Federico. Incluso el mismísimo emperador.

-¡Carlos no acudirá! ¿Por qué arriesgarlo todo en una batalla contra el ejército más poderoso del mundo? Hallará alguna excusa para retrasarlo. No lo encontraréis en Viena. Cuando os retiréis, llegado el invierno, Federico volverá, reconquistará la plaza y todo quedará como antes. No tendréis nada que mostrar, aparte de una larga expedición sobre el barro.

-No puedo contener los afanes de los jenízaros otro verano.

-Me dijisteis que los persas rebasaron en sus incursiones la frontera oriental y que asesinaron a nuestro *muftí.* Enviad, pues, a los jenízaros a Asia. Tal vez sirvamos mejor a Dios protegiendo a sus jueces.

-¡Los persas! No son más que moscas que pican el trasero de un león. Para espantarlos no hay más que sacudir la cola.

-Tal vez lo que Dios quiere es que seamos su matamoscas, aunque, por supuesto, poca gloria hay en ello.

Solimán soltó una carcajada.

-¡Qué no daría yo por propiciar un debate entre tú e Ibrahim! Húrrem tomó entre sus manos la cabeza de Solimán y sintió el latido de la sangre en sus sienes. Esto es todo lo que tengo, pensó. Cuando tu pulso deje de latir, mi vida terminará también. Hasta que consiga dar con el medio para desembarazarme de la maldición que representa Mustafá, tengo que esforzarme en impedir que sufras algún daño.

-No vayáis, mi señor.

-¿Que no vaya?

-Dejad que la carga descanse sobre los hombros de Ibrahim. ¡Dejad que sea él quien persiga a Federico por los barrizales austríacos!

-¡Imposible! Si mi ejército va a la batalla, he de ir a su cabeza. Ésa es la norma. Es lo que esperan los jenízaros.

-¡Esa es la norma! Y si no es vuestra norma, ¿qué?

-No puedo.

-¿Tanto amáis la guerra?

-Bien sabes que no.

-Entonces, ¿por qué?

-Es mi deber, Húrrem.

-¡El deber ha convertido al rey de reyes en un esclavo!

Solimán alzó la cabeza con un movimiento brusco, con el rostro enrojecido de pronto a causa de la ira.

-¡Basta!

Húrrem hundió las mejillas en las manos del sultán y se mordió el labio, contrita. Se maldijo en silencio. No debería haber provocado su cólera. Ala avispa se la caza con miel, no con vinagre.

-No pretendía ofenderos, mi señor.

-El sitio del sultán de los osmanilíes siempre ha estado con su ejército.

-Es que os amo tanto, mi señor. Sin vos, los veranos son interminables. Y temo tanto que un invierno no volváis... No os irritéis conmigo.

La mano de Solimán se trasladó del talle al pecho de Húrrem.L

-Ya está bien de política -murmuró-. Pensaré en ella durante mi tiempo libre. Ahora quiero poseerte otra vez.

Húrrem le echó los brazos al cuello y sonrió.

-Sois un verdadero león -susurró.

Solimán sintió ceñirse en torno a su cintura los cálidos muslos de la mujer. ¡Afortunado hijo de Selim!, pensó. ¡Encontrar tanto en sólo una mujer!

Al día siguiente decidiría dónde descargar el nuevo golpe. Aquella noche, su arma dispondría de un blanco más afectuoso.

¡Sí, un león! ¡Oh, afortunado hijo de Selim!

Las muchachas del harén se albergaban en un dormitorio alargado que se hallaba junto a un patio de piedra. Durante el día, las colchonetas se guardaban en armarios adosados a la pared; al llegar la noche, las colchonetas se desenrollaban sobre plataformas para que durmieran las chicas. Sólo las *iqbal* tenían aposentos propios.

Tendida sobre su colchoneta, en la oscuridad, Julia trataba de apartar de su cerebro los recuerdos de la jornada, pero el sueño se resistía a aparecer. Si el dormitorio hubiera estado en la parte alta de los muros, se habría arrojado felizmente por la ventana. Aquellos bestias la habían degradado por completo. Para ellos no era más que un animal.

No era que la hubiesen convertido en esclava de un hombre: en cierto sentido, supuso, eso era lo que hacía también su pueblo. Pero siempre había albergado la esperanza de que lo hicieran en privado; incluso aunque estuviese destinada a ser una más entre muchas esposas, no deberían haberla obligado a desfilar desnuda frente a otros hombres.

Doblé las rodillas y las elevó hasta el pecho, tratando de superar la angustia. Nunca imaginó que el harén pudiera ser algo como aquello; mil pesadillas jamás habrían sido así. Echada en la colchoneta, permaneció despierta toda la noche, demasiado furiosa para llorar, demasiado magullada para conciliar el sueño. Algo parecido ocurría con respecto a su sacerdote y a su Dios cristiano. En aquel lugar no le servían de nada.

Pera

El barrio donde el embajador veneciano -el *bailo*- y el resto de los mercaderes de Venecia habían construido sus palacios dominaba toda la perspectiva del Cuerno y miraba hacia el sur, de cara a la urbe y al Topkapi Saraya. Con la típica modestia veneciana, aquella zona residencial era conocida como la *Comunitá Magnifica.*

Ludovici había edificado allí un pequeño palacio, con una terraza de mármol placenteramente abierta al mar. Desde allí podía contemplar sus naves cuando se deslizaban por delante de la Punta del Serrallo y entraban en el Mármara Deniz, con su cargamento de cereales turcos, esclavos nubios, caballos árabes y especias de Oriente, mercancías que Venecia solicitaba y sobre las que Ludovici había amasado su fortuna personal desde que abandonara *La Serenissima.*

Dada su condición de bastardo, la corte veneciana estaba cerrada para él. Mientras sus compañeros se hacían con las prendas negras de los *togati,* él se trasladó a Pera, la colonia foránea de Estambul, y montó su negocio comercial. Al no sentir ninguna lealtad especial ni hacia sus anfitriones ni hacia sus antiguos compatriotas, aprendió rápidamente a manipular a ambos en beneficio propio.

Su padre le ayudó, claro. El senador Gambetto supo agradecer la decisión de Ludovici de no quedarse en Venecia, donde su presencia como *togat*i podría haberle causado ciertas dificultades.

Fueron los *cequíes* de Gambetto los que fundaron el negocio; fue la perspicacia mercantil de Ludovici la que lo amplió e hizo prosperar.

No resultó fácil, al principio. El comercio de especias y pimientas lo dominaban las grandes familias mercantiles de Venecia y Génova. Ludovici no tardó en darse cuenta de que donde se podía ganar más dinero era en el contrabando de trigo. Solimán había impuesto restricciones a la exportación

de trigo turco, con una rigurosa política de estabilización de precios. Pero Ludovici descubrió en seguida que un hombre con recursos podía eludir tales restricciones, si poseía cierta audacia y un poco de imaginación. Contrató una flota de caramuzales griegos que cargaban el grano en los puertos del mar Negro y lo transportaban a las colonias venecianas de Creta y Corfú. Evitar las patrullas portuarias turcas del Bósforo era tan sólo cuestión de saber qué mano había que engrasar en el palacio de Topkapi.

El resto de la Comunitá Magnifica seguía mirándole con íntimo desprecio, pero eso carecía de importancia. Allí podía negociar sin su patrocinio y un buen matrimonio no era necesano para alcanzar el éxito. Incluso se había agenciado un pequeño harén.

Sentado en la terraza, mientras sorbía su vino de Chipre, se consideraba satisfecho de la vida. Tenía dinero, contaba con un palacio estupendo y, además, disponía de medios para pasar por la cara todo su desprecio personal al resto de los miembros de la *Comunitá Magnifica*. Lo único que echaba de menos era un amigo.

Uno de los eunucos -el pobre desgraciado había sido castrado en un campo de esclavos del Nilo y era prácticamente imposible que alguno de aquellos mozos no hubiera pasado por el cuchillo- apareció en la terraza. Le llamaban Jacinto –todos los eunucos adoptaban nombres de flores- y presentaba el aspecto típico de la mayoría: obeso, imberbe, con voz trémula.

-Alguien desea veros, excelencia.

-¿De quién se trata?

-Ha dicho que os comunicara que es un viejo amigo vuestro -manifestó Jacinto, pero su rostro y el tono de su voz no podían disimular el desconcierto que le embargaba.

-¿Y no ha dado su nombre?

Jacinto negó con la cabeza. Ludovici se sintió intrigado. ¿Un viejo amigo recién llegado de Venecia, tal vez? Más condescendencia que sufrir.

-Hazle pasar -suspiró Ludovici.

Habría esperado cualquier cosa, todo menos la imagen que le saludó unos instantes después. El hombre vestía un *ferilde* de seda negra y se tocaba con una capucha que le cubría el rostro. Ludovici observó que debajo del *ferilde* llevaba un caftán de seda. Calzaba botas de cuero. Desde luego, no era veneciano.

Ludovici se levantó, alarmado.

-¿Quién sois?

El hombre se levantó la capucha. Ludovici le miró, boquiabierto. Era difícil precisar si se trataba de un moro o de un nubio: su rostro aparecía tan desfigurado por la cicatriz que le sesgaba todo el apéndice nasal, desde el ojo derecho, que no le fue posible distinguir las facciones. Además, el hombre estaba espantosamente gordo, como Jacinto. Se había afeitado la cabeza para ajustarse el turbante. Ludovici supo en el acto que aquel hombre era un eunuco.

-,Pero un viejo amigo?

-Hola, Ludovici -saludó el hombre.

-¿Te conozco?

La inicial alarma de Ludovici había sido sustituida por la curiosidad y el agravio. Saltaba a la vista que aquel hombre era un esclavo. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Y a qué se debía el que conociera su nombre?

-¿Quién eres? -repitió Ludovici.

-Soy el *kislar aghasi* del sultán Solimán.

¡El *kislar aghasi!* ¡El guardián de la felicidad! ¡El capitán de las odaliscas! ¡Una de las criaturas más poderosas del harén del sultán! Ludovici se quedó boquiabierto, demasiado sorprendido para hablar.

-¿No me reconoces?

Ludovici le contempló durante un buen rato. Cuando por fin comprendió quién era, se derrumbó en el diván, sin habla. Tenía un nudo en la garganta, como si se hubiera tragado una piedra enorme.

-Abbás -pronunció con un hilo de voz.

Camijea

Solimán refrenó su corcel árabe y observó el halcón, que parecía suspendido sobre las corrientes de aire, a la espera de su presa. Durante unos segundos, envidió su libertad. Después, recordó que el adiestramiento y la naturaleza obligaban al ave, al término de la jornada de caza, a regresar al guantelete, a la capucha de cuero y a la jaula. Mas, por el momento, el halcón era libre, al igual que lo era él, cuando se encontraba allí, de caza, o cuando estaba con Húrrem. Sentir el viento, remontarse con él por encima de la tierra.

Ibrahim condujo su semental a paso lento a través de las altas hierbas para levantar la caza. Solimán observó al halcón, que parecía agitar las alas, descender, prepararse de nuevo. Y entonces el ojo áureo vio con claridad a su presa, que huía ante el batir de los cascos del caballo de Ibrahim, a unos treinta metros por debajo de él. El ave de presa dio una inclinación a su zambullida aérea. Solimán le vio descender, caer a plomo como la espada de un verdugo y hundir sus afiladas garras en el lomo de la liebre. Esta bregó, agitó las patas unos
instantes y luego se quedó inmóvil. El halcón batió su enormes alas y se colocó encima de la víctima. Solimán vislumbró una floración escarlata en la piel blanca, entre las garras del ave de presa.

Los pajes salieron corriendo para encargarse de la pieza. Solimán siempre pensaba que era extraño que, en aquel mortífero juego de la caza, los halcones hembra fuesen los mejores; tenían mayor tamaño y eran más poderosos que los machos, por lo que los cetreros los preferían. No ocurría así en el mundo de los hombres.

Ibrahim regresó sonriente, con el halcón encapuchado y suspendido sobre el enguantado brazo izquierdo. Tras él iban los pajes, cargados con los trofeos de la jornada: una docena de liebres y conejos, colgados de estacas, y media ristra de faisanes.

-Un buen día de ejercicio -gritó Ibrahim.

-El sol está muy bajo -dijo Solimán-. Debemos volver al *caique.*

Ibrahim picó espuelas para que el semental blanco se pusiera al nivel del caballo de Solimán.

-Ha transcurrido mucho tiempo desde que cazamos juntos, mi señor.

-Demasiado tiempo, Ibrahim. Este verano habrá muchos días como éste.

Ibrahim no le respondió de modo directo.

-Me gustaría poder soñar con un verano así -dijo por último-. El Diván ha recomendado otra campaña contra el rey de España.

El rey de España, pensó Solimán, con una sonrisa. Ese era el término personal y burlón que Ibrahim utilizaba para aludir al emperador del Sacro Imperio, Carlos, hermano de Federico.

-Hace dos años pusimos sitio a Viena. Federico no acudió, ni lo hizo tampoco su hermano. ¿Qué conseguiríamos yendo otra vez al norte?

-Nos quedamos atascados sólo por culpa de las lluvias, impropias de la estación. Si hubiésemos llevado nuestros cañones hasta las murallas...

-Si tomamos Viena, ¿cómo vamos a conservarla? Antes de entrar por una puerta, tienes que saber cómo volverás a salir.

Ibrahim asintió. Aquello no sonaba como algo propio de Solimán, sonaba a frase ensayada. Solimán nunca pensaba en tácticas, sólo consideraba el deber.

-Debemos salir a los territorios de guerra. Es nuestra obligación con respecto al islam.

Solimán sonrió por primera vez.

-Ah, sí. Había olvidado lo buen musulmán que eres, Ibrahim.

A Ibrahim le molestó el sarcasmo, aunque sabia que Solimán sólo pretendía bromear.

-No podemos dejar a los jenízaros otro verano en la ciudad, mi señor -dijo, esforzándose en eliminar la irritación de su voz-. Cada vez están más impacientes por entrar en combate.

-Tal vez convenga ir en otra dirección.

-¿El sha Tahmasp?

-Los *safawies* tratan de infectar el califato *abasí* con su herejía chiita. He recibido informes que indican que algunos de nuestros *mufties* han sido asesinados. Tahmasp favorece y acoge a los rebeldes. Hay que darle una lección.

-Es una molestia insignificante. Podemos aplastarlo en cualquier momento.

Solimán miró con gesto serio a su amigo.

-Sueñas demasiado con la gloria, Ibrahim, y olvidas que, a veces, nuestro deber sólo consiste en aplastar sabandijas.

Ibrahim aceptó la reprimenda, pero el enojo empezó a hervir en su interior. Le sacaba de sus casillas el haber permitido que el nada penetrante intelecto de Solimán le ganase por la mano. Alguien había estado aleccionándole.

-Carlos es el emperador romano, el enemigo declarado de nuestra fe. En estos precisos instantes está empeñado en una disputa con Roma, se las tiene con Lutero y guerrea con Francisco. Es el momento más oportuno para atacarle.

-Si tomamos Viena y Carlos no se encuentra allí, ¿qué habremos ganado? Un remoto puesto avanzado, que Carlos podrá reconquistar en cuanto nos retiremos. Tahmasp representa una amenaza más inmediata.

En la muñeca, el halcón se mostraba inquieto. Batía las alas e Ibrahim lo arrulló en voz baja para tranquilizarlo. Comprendió lo.que había sucedido, por supuesto. Era Húrrem. Se había entrometido una vez más, susurrándole idioteces a Solimán al oído. Se estaba levantando una barrera entre el sultán y él. Ultimamente, Solimán había sustituido las suaves admoniciones anteriores por regañinas más ásperas.

-Si tomamos Viena, la Manzana Verde se encontrará a nuestra merced. Liquidaremos por fin a Carlos.

Solimán guardó silencio. El aroma de los pinos impregnaba con intensidad el crepúsculo. Las agujas de las coníferas formaban una blanda alfombra que apagaba el ruido de los cascos de los caballos.

Ibrahim distinguió entre los árboles la superficie plateada del Bósforo, que iba adoptando tonos rosados, y la oscurecida silueta de la falúa real.

-A ti te toca, pues, decidir, Ibrahim. Eres tú quien los acaudillará.

-Como *serasquier*, claro. Como sultán...

-No, Ibrahim. Esta vez no iré con vosotros. Este año capitanearás mis ejércitos. Hay mucho que hacer en Estambul. Me quedaré aquí.

Ibrahim refrenó su montura, desconcertado. Solimán hizo caso omiso de él.

-¡Mi señor! -Ibrahim volvió a espolear a su caballo-. ¡Mi señor!

Los ojos castaños de Solimán estaban entrecerrados. Sabe que está cometiendo un error, pensó Ibrahim. Quiere mi visto bueno, pero sabe que está equivocado.

-¡No podéis quedaros, mi señor!

-¿No soy el sultán? ¿Acaso el rey de reyes no puede hacer lo que le plazca?

-¡Vuestro sitio está a la cabeza de vuestros ejércitos!

-Mi sitio está donde yo elija estar.

-¡Los jenízaros encuentran en vos su inspiración! Si no estáis con ellos, dirigiéndolos...

-Son mis soldados. Deben cumplir lo que les ordene.

-Nunca ningún sultán...

-El sultán establece la tradición. No la sigue, como un esclavo.

-¡Perderéis vuestra fe!

Solimán alargó la mano y cogió las riendas del semental persa de Ibrahim. Detuvo su montura junto a la de él, se inclinó a través de la silla, de forma que su rostro quedó a escasos centímetros del de su visir e Ibrahim sintió sobre su cara el cálido aliento.

-Ibrahim, eres mi amigo y mi visir. Ya estoy harto de guerra. Asume por mi esa responsabilidad. Hazte cargo de mis ejércitos. Dales rienda suelta. Sólo quieren sangre. Déjalos que se revuelquen en ella. Yo ya he tenido bastante.

-No debéis hacerlo -murmuró Ibrahim.

-He tomado mi decisión. -Solimán se enderezó en la silla. Apoyó una mano en el hombro de Ibrahim-. Confio en ti, como no confiaría en nadie más. Eres mi hermano. Haz esto por mí.

Picó espuelas, avanzó entre los árboles, rumbo al agua. ¡Oh, gran Dios!, pensó Ibrahim, mientras le observaba. Realmente, habla en serio.

Pera

Hasta su voz ha cambiado, pensó Ludovici. No quedaba nada del joven al que había conocido, incluso el color de la piel era distinto. Más pálido, más grisáceo, de aspecto enfermizo. El letargo de la obesidad había reemplazado la vitalidad y la pasión que Ludovici recordaba en él; las manchas de las cicatrices afeaban sus otrora bien parecidas facciones; la luz que tiempo atrás brillaba en sus pupilas aparecía poco menos que extinguida del todo. Era Abbás y, sin embargo, no lo era.

Abbás no sostuvo su mirada, sino que la clavó en las refulgentes aguas del Cuerno. Su voz se tomó ronca a causa de los recuerdos.

-Tendría que haberte hecho caso, Ludovici. Me lo advertiste.

-No supe lo que fue de ti. Nadie lo supo.

-¿Qué ocurrió con mi padre?

Ahora fue Ludovici quien apartó la vista.

-La deshonra se abatió sobre él. Gonzaga le acusó de embriaguez ante el *Consiglio.* Le destituyeron de su cargo de capitán general. Creo que ahora presta sus servicios militares en Nápoles. -Ludovici sacudió la cabeza, incapaz de controlar por completo la situación-. No sabía nada, Abbás. Nadie sabía adónde te habías ido. Creía que, simplemente, habías huido de Venecia…

-Nada habrías podido hacer.

-Fue Gonzaga, ¿verdad?

Se humedecieron los ojos de Abbás al recordar el horror y el ultraje.

-Me castraron, Ludovici. Allí mismo, en la bodega de la galeota. Tras cortarme las partes, creyeron que había muerto y me dejaron abandonado. Sobreviví, aunque desde entonces no ha habido día en que no lo lamentara. Pero Dios no me concedió la gracia de la muerte. En cambio, permitió que me vendiesen como esclavo en Estambul. Me llevaron al harén real, en calidad de paje. El antiguo *kislar aghasi* me tomó afecto y me formó con vistas a responsabilidades más importantes, aunque me atrevería a decir que no fue por casualidad. A mí me habían educado para otros destinos y me expresaba bien en turco y árabe, lo que no les era posible a los otros nubios. –Cerró los ojos-. Aunque el alma lleve mucho tiempo deseando la muerte, el cuerpo es un magnífico superviviente, Ludovici. Aprendí bien todas las funciones y cuando el viejo *kislar aghasi* murió, la sultana *valida* me nombró para sucederle en el cargo.

Hizo una pausa y hundió la cabeza en las manos. Ludovici deseó alargar el brazo y tocarle, pero, no sin disgusto, se dio cuenta de que no podía hacerlo.

Al cabo de un rato, Abbás recobró la compostura y levantó la cabeza de las rodillas.

-Me han convertido en un fantasma, Ludovici. Un fantasma que anda, habla y respira, pero dentro del cual no está Abbás. El Abbás al que tú y yo recordamos.

Ludovici quiso decir algo que le reconfortara, pero allí no había palabras.

-¿Por qué no has venido antes? -preguntó.

Abbás emitió una risa carente de humor.

-Los dos conocemos la respuesta a esa pregunta.

-Entonces, ¿por qué has venido hoy?

-Porque necesito ayuda.

-No tienes más que pedirla. Lo que sea.

Abbás sacudió la cabeza.

-No es fácil conceder favores a un extraño, Ludovici.

-Tú no eres un extraño.

-Claro que lo soy ¿Cómo voy a ser el mismo después de lo que me han hecho?

Ludovici se inclinó hacia delante.

-Fuiste mi amigo en otra época. Nunca te rechazaré.

Abbás se apartó y los dedos de su mano izquierda se alzaron hasta la mejilla, hacia el punto donde la daga había desgarrado su carne cuatro años -¿sólo cuatro años?- atrás.

-¿Sabes, Ludovici? No cesó. Uno sigue deseando a las mujeres. ¿Por qué no desaparecerá eso?

Ludovici le cogió un brazo. Veamos, ¿qué valor me ha hecho falta para un gesto así?, se preguntó. No es ningún leproso.

-Abbás, dime lo que quieres que haga.

El eunuco se sobresaltó, como si despertara de un trance.

-¿Te acuerdas de Julia Gonzaga?

-Claro que si.

-Está aquí.

-¿Aquí, en Estambul?

Imposible. De haber acudido a la *Comunitá Magnifica*, él se habría enterado.

-¿Dónde?

-En el harén.

-¿Cómo?

-La capturaron unos corsarios. La he visto, Ludovici. La he visto con mis propios ojos y sigue tan adorable como siempre. La quiero tanto como antes…

-Abbás, por favor…

-pero no puedo tenerla. De modo que quiero liberarla…

-¡Eso es imposible!

-Lo sé. Pero tiene que haber algún medio ¡y yo no puedo conseguirlo solo!

Ludovici permaneció inmóvil y silencioso durante un buen rato.

-Está bien -dijo por último.

El Hipódromo

Ibrahim estaba en los muros del gran palacio, con las manos aferradas con furia a la piedra. Permaneció largos minutos sin pronunciar palabra, proyectada la vista, a través de la creciente penumbra, sobre las paredes rosadas del Aya Sofia y las cúpulas del palacio erguido más allá, dominado por la torre del Diván.

-Confio en que la Rosa de Primavera se encuentre bien -dijo.

Guzúl le observó a la media luz crepuscular. Parecía cansado, con los hombros hundidos. Brillaba por su ausencia la altivez que, como su orgullosa nariz de griego, formaba parte de su persona. Algo le había trastornado. ¿Qué?

-Su cuerpo está bien, mi señor. Pero tiene el corazón enfermo. Por eso me ha enviado, para suplicar la ayuda de mi señor.

-Soy su servidor, como siempre he sido -articuló Ibrahim con cuidado.

Guzúl hizo una pausa. Aquélla era una cuestión terriblemente delicada. Gúlbehar le había grabado en la cabeza que no dijese nada susceptible de ponerse por escrito en un papel y que no confiase en otros oídos que no fueran los del propio gran visir.

-La Rosa de Primavera ha oído rumores, mi señor.

-Los rumores están en todas partes.

-De la señora Húrrem.

-¿Qué rumores ha oído?

-Que ha embrujado al propio Señor de la Vida.

-Los asuntos del harén no nos conciernen, Gúzul. Ni los de tu señora, la Rosa de Primavera. Por el momento, al menos.

-Teme por su hijo, mi señor. Sabe que la bruja conspira contra él.

Un viento frío surcó el crepúsculo. Ibrahim se estremeció.

-¿Tiene pruebas?

-No, mi señor.

Ibrahim se encogió de hombros. ¡Si hubiera pruebas!

-Entonces, ¿qué quiere tu señora que haga, Guzúl?

-Me ha pedido que os transmita sólo un mensaje: que en el caso de que os sintáis amenazado, Mustafá estará presto a acudir en vuestra ayuda.

¡Oh, Gúlbehar, qué lejos has ido!, pensó Ibrahim. ¡Ahora conspiras de forma activa, como el resto de ese nido de víboras! Se lo esperaba ya, pero a pesar de todo la confirmación fue como un sobresalto que le heló hasta los huesos. Un hombre puede ver su cabeza en la Puerta de la Fidelidad sólo por participar en una conversación como aquélla. Sabia lo que encerraba el mensaje que, por encargo de Gúlbehar, le transmitía la zíngara: traición.

Qué astucia la suya al comprender que también ella, Gúlbehar, corría peligro. Si Húrrem proyectase de verdad apartar a Mustafá e irse introduciendo en el poder, seguramente comprendería que, como amigo y consejero de Solimán, él iba a intentar impedirselo. ¡Pero llegar a la traición!

-¿Esto ha salido del propio Mustafá? -preguntó Ibrahim.

-De Gúlbehar, mi señor.

Pese a la escasa claridad, Ibrahim se dio cuenta de que la anciana estaba temblando. También comprendía la terrible naturaleza de lo que le estaban pidiendo que hiciera.

Debe de ser una mujer notable y hermosa, pensó Ibrahim. ¡Ganarse la voluntad de un rey y obligar a la madre del *shahzade* a recurrir a medidas tan desesperadas!

-Puedes llevar un mensaje a la Rosa de Primavera -manifestó Ibrahim-. Dile que haré lo que esté en mi mano para ayudarla. Me encuentro tan preocupado como ella. Pero dile también que nunca, jamás, haré nada que pueda peijudicar al Señor de la Vida. Antes moriré.

-Le transmitiré exactamente esas mismas palabras, mi senor.

-Otra cosa -dijo Ibrahim-. ¿Has visto a esa muchacha, a esa Húrrem?

-Muchas veces, mi señor.

-Descríbemela.

Gúzul escudriñó el semblante de Ibrahim, en un intento de adivinar qué deseaba oír.

-Es preciosa, mi señor. Una vacilaría antes de calificarla de hermosa, pero hay en ella cierto atractivo que la mayoría de los hombres como...

-¿De qué color es su pelo?

-Dorado y rojo, mi señor. Como el trigo y la herrumbre.

-¿Y su cara?

-Tiene huesos finos. Tal vez sus labios sean un poco delgados y su nariz algo pequeña. No destaca por nada, salvo por los ojos.

-¿Los ojos?

-Son muy verdes y muy refulgentes, mi señor. La intensidad de su mirada casi penetra.

Ibrahim trató de formar en su cerebro la imagen de Húrrem, pero ninguna de las piezas del mosaico encajaba con las demás. Para él, Húrrem no era más que vapor, una especie de vértigo que había invadido el espíritu de Solimán, el hombre que había guiado y dominado toda la vida de Ibrahim. Se apartó y se apoyó en el parapeto, con el rostro vuelto hacia la torre del Diván, cuya silueta se tornaba gris contra el cielo cada vez más oscuro.

-Gracias, Guzúl. Puedes marcharte.

Guzúl bajó la cabeza hasta tocar el suelo con la frente, para incorporarse luego con expresión agradecida y retirarse presurosa. Durante bastante tiempo, después de que la mujer se hubiese ido, Ibrahim continuó allí, pensativo, mientras contemplaba la caída de la noche.

Una torre de arena, pensó, acariciando la piedra refrescante. Su palacio se había modelado a imagen y semejanza del mismo Eski Saraya del sultán; contaba con su falúa personal, ocho guardias de honor y un salario dos veces superior al del gran visir a quien había relevado. Se había erigido en la persona más poderosa del imperio. Y, sin embargo, todo dependía de la amistad de un hombre.

En todos los aspectos, era ahora el sultán. Regentaba el Diván y mandaba el ejército. Pero no deseaba nada de aquello. Siempre se había contentado con ser la sombra de Solimán; a decir verdad, eso había sido una especie de libertad. No obstante, Solimán le había pedido que se hiciera cargo de las responsabilidades y él lo había hecho gustoso, sabedor de que en realidad estaba mejor preparado para cumplir aquella tarea que el propio Señor de la Vida.

Una traicionera torre de arena, en pleno desmoronamiento. Solimán le había traspasado su carga y ahora le abandonaba a sus dudas y a su soledad. ¿Estaba de verdad en peligro, tal como Gúlbehar sugería? No, Solimán le había dado su palabra. Fuera lo que fuese lo que la bruja le susurrara en el mundo secreto del harén, Solimán no le traicionaría. Fuera lo que fuese lo que Solimán pudiera hacer, nunca le abandonaría.

El Eski Saraya

El miedo era la única emoción que Julia recordaba haber sentido cuando los corsarios la capturaron. Al principio tuvo el absoluto convencimiento de que iban a atormentaría y a matarla. Le aterraban los rostros morenos y aguileños de aquellos hombres, la violencia que brillaba en sus pupilas, y estaba completamente segura de que utilizarían el misterio para ocasionarle dolor. Pero luego, al darse cuenta de que no iban a hacerle daño -de que, en algún sentido, ella era algo valioso-, el miedo se vio reemplazado por la sensación de soledad, un terrible dolor corrosivo, mientras se esforzaba en acostumbrarse a aquellos semblantes extraños, a aquel entorno extraño, a aquella comida extraña.

El día que oyó cerrarse de golpe tras ella las puertas del harén, comprendió que jamás volvería a la vida que llevara en otro tiempo.

La Serenissima había desaparecido para siempre. Julia se resignó a aquella nueva existencia y a lo que pudiera depararle. Con la amistad de Sirhane, la sensación de soledad desapareció. La sustituyó otra emoción, tan violenta como inesperada.

Alegría.

Hasta entonces, nunca había considerado la miseria de su vida, porque nunca había tenido vida alguna con la que hacer comparaciones. Y ahora, a pesar de que en muchos sentidos el cambio sólo representaba haber sustituido una jaula por otra, se daba perfecta cuenta de que le permitían más libertad de la que nunca había soñado que le seria posible disfrutar. Allí se veía libre del anciano y achacoso marido al que despreciaba; libre del sofocante claustro de su casa, en la que sólo contaba con la

compañía de la servidumbre; libre, sobre todo, del aislamiento desesperado de su cuerpo.

En el harén, los baños, el masaje y la desnudez eran acontecimientos cotidianos. Poco a poco, las sensaciones de su cuerpo empezaron a despertarse y tal descubrimiento la turbó. Dejaba que Sirhane le diera masaje en el baño y anticipaba ilusionada el encuentro diario en el *hammam* con un placer que jamás había experimentado.

O acaso una vez. Con Abbás. Como entonces, la sombra de su confesor nubló su liberación. Dios la castigaría, desde luego. Pero Julia se preguntó: si Él deseaba que conservase la fe, ¿por qué había permitido que los corsarios apresaran su galera? ¿O era que el Señor simplemente la estaba probando? Bueno, si se trataba de una prueba, ella había fallado. Pero, con todo, ¿dónde estaba el pecado? No había cometido adulterio y continuaba rezando el rosario todos los días.

Empezó a convencerse de que estaba libre de toda culpa. Y de un día para otro, la sombra del confesor se fue disipando. Estaba tendida boca abajo sobre el mármol caldeado, mientras Sirhane le daba masaje en la espalda con aceite tibio. La atmósfera del *hararet* era agobiante y el sudor descendía con prodigalidad por su frente y le entraba en los ojos. Las manos de Sirhane eran sedantes, hipnóticas. Sabia que era lo único a lo que no le era posible renunciar ahora, ni por su padre, por el Dux, ni siquiera por la Virgen María.

El tacto de otro ser humano. Miró a los pajes negros, guardianes mudos apostados en las puertas del *hammam*. Pensó en Abbás.

-¿Por qué nunca nos dirigen la palabra? ¿Por qué nunca…nos tocan?

-Algunos lo hacen… -repuso Sirhane con un matiz de conspiración en su voz.

-¿Por qué lo permite el sultán?

-Porque ya no son hombres.

Julia no ignoraba que Sirhane pensaría que era una estúpida, ¿pero a qué otra persona podía preguntárselo?

-¿Por qué no son hombres?

-¿No lo sabes? -dijo Sirhane, pero en su tono no había burla, sino sorpresa-. Los han afeitado -informó, para añadir, al darse cuenta de que Julia seguía sin comprender-: les cortaron sus miembros viriles. No pueden hacer el amor a las mujeres.

Julia cerró los párpados al tiempo que Sirhane le apretaba los músculos del cuello y le aplicaba los nudillos hasta que las lágrimas inundaron los ojos de Julia.

-¿Has hecho alguna vez el amor con un hombre?

-Claro.

-¿Cómo es?

Las manos de Sirhane se inmovilizaron.

-Creía que estabas casada.

-Era un viejo.

Sirhane reanudó el masaje y sus nudillos apretaron con fuerza, profundamente, los músculos de la espina dorsal de Julia.

-Sólo hice el amor dos veces -explicó Sirhane-. Si se hubiese enterado mi padre, le habría matado.

-¿Cómo es?

-El chico tiene esa cosa entre las piernas. Es larga, tiesa y se mete dentro de una.

-¿Por dónde?

-Por el chumino, claro.

-¿Duele?

-Si, duele. Lo mejor es la forma en que ellos te lo hacen. Hanif era dulce y tierno. Solía besarme también los pechos. Era lo que más me gustaba.

Julia cerró los ojos y trató de imaginarse a Serena besándole los pechos. La idea hizo que se sintiese físicamente enferma.

-¿Eso es lo que el sultán hará?

-Si tienes suerte.

-¿Si tengo suerte?

-¿No quieres que el sultán te elija?

Las manos de Sirhane recorrieron los músculos de su espalda, desde la parte inferior hasta el extremo de los hombros. Julia gimió.

-Si el sultán te elige, tendrás toda la riqueza, todo el lujo y todas las comodidades que puedas desear. Mira a Húrrem. Prácticamente es una reina.

Julia abrió los ojos y miró a los eunucos que montaban guardia en la puerta. Como estatuas, pensó. Hubo un tiempo en que se sintió humillada al verse desnuda delante de ellos. Ahora era como si no existiesen.

-Una vez conocí a un chico. ¿Crees que deseó hacerme el amor?

-Claro que si. Date la vuelta.

Julia se puso boca arriba, entrecerrados los párpados, con el cuerpo sumido en soñolienta relajación.

Sirhane la estaba mirando con una expresión en los ojos que la veneciana veía por primera vez.

-Eres muy hermosa, Julia -musitó.

De súbito, la besó. Julia se quedó petrificada. La larga, negra y húmeda melena de Sirhane cayó sobre su rostro y Julia sintió que la mano de la muchacha se le deslizaba por el vientre y se le introducía entre las piernas. ¡El dedo estaba dentro de ella!

Julia torció la cabeza y apartó a Sirhane de un empujón. Echó a correr a través de la neblina del vapor, sin saber qué pensar, qué sentir.

Topkapi Saraya

A Solimán e Ibrahim, sentados a una mesa de plata, les sirvieron la cena en una vajilla de porcelana china, verde y azul marino, obsequio de algún olvidado embajador y que no hacia más que acumular polvo cuando Solimán la encontró en su casa de los tesoros. Cada comida era la reafirmación del imperio que los Osmanlí habían levantado en el curso de los tres últimos siglos. Aquella noche hubo miel de Valaquia, mantequilía transportada desde Moldavia, en enormes pellejos de buey, a través del mar Negro; sorbetes helados con la nieve más pura, trasladada en bolsas de fieltro desde el monte Olimpo hasta el mar Negro y almacenada en pozos especiales de la cocina del palacio; como postre del ágape, dátiles, ciruelas y ciruelas pasas de Egipto.

Para regar cada uno de los platos, vino de Chipre bebido en copa tallada en una pieza de turquesa.

Comieron en silencio. Por último, cuando estuvieron solos, Solimán indicó la viola.

-¿Tocarás para mi, Ibrahim?

Ibrahim soltó una larga bocanada de aire.

-Mi señor, espero me perdonéis, pero esta noche me encuentro demasiado preocupado para tocar.

Solimán sonrió ante el leve desaire.

-¿Y qué es lo que te preocupa, Ibrahim? ¿Aún sigues deseando que cargue contra las murallas de Viena y ayude a llenar los fosos para tu caballería?

Pero Ibrahim no sonrió.

-Es una cuestión mucho más importante, mi señor.

Solimán suspiró. Ibrahim había cambiado. Ahora rara vez se reía. Siempre que estaban juntos, su rostro se mostraba tenso, en perpetuo reproche. ¿Qué ofendía ahora la sensibilidad de su gran visir?

-¿Algo referente al Diván?

Ibrahim negó con la cabeza.

-Concierne a un asunto con respecto al que normalmente temblaría antes de mencionároslo, mi señor.

Solimán había pasado el día con Húrrem y se encontraba de un humor jubiloso.

-¿Te has acoplado con tu caballo? -comentó, con una carcajada.

Ibrahim siguió en sus trece, obstinado.

-Circulan ciertos rumores entre los jenízaros y por los bazares.

-¡Rumores, Ibrahim! ¡Quieres llenarme la cabeza de rumores!

-Los rumores son la moneda de los imperios, mi señor.

-Creía que lo eran las espadas.

-Son como la peste. Pueden esperarse unos centenares de casos todos los años. Cuando se declara una epidemia, uno debe tomar la debida nota.

-¿Una epidemia?

-Se están volviendo peligrosos. Los chismorreos llenan los bazares y el *bedesten*, e incluso se extienden a lo largo de los corredores del saraya.

-¿Qué clase de rumores?

-Acerca de Húrrem.

Observó que Solimán se ponía rígido. Era la primera vez que pronunciaba el nombre de Húrrem y le dejó atónito la reacción que había provocado. La indignación nubló el semblante de Solimán.

-¿La *kadin*? -rezongó.

-En el bazar la citan por su nombre.

-¿Qué ocurre con ella?

-Sólo repito lo que he oído, mi señor.

-Te escucho.

-Dicen... -Ibrahim lanzó una ojeada a Solimán y vio que su rostro estaba blanco como el alabastro- ... Dicen que es una bruja. Dicen que os ha hechizado y os ha ofuscado la razón.

Solimán se puso en pie de un salto, como si hubiese recibido un latigazo, y se puso a recorrer la estancia, pateándola, en busca de algún enemigo invisible.

-¡Una bruja! ¡Una BRUJA!

Ibrahim se mantuvo sentado, con aire resuelto, aunque oía cómo Solimán, a su espalda, iba de un lado a otro de la habitación y jadeaba impulsado por la fuerza de su cólera.

-Eso es lo que dicen, mi señor.

-¡Trae ante mí a quienquiera que ose murmurarlo! ¡Me faltará tiempo para ponerlo en manos del torturador!

-Debéis entender que no he oído esas cosas yo mismo. Me las han transmitido mis espías.

Solimán agarró el objeto que tenía más a mano -la viola de Ibrahim- y lo estampó contra la pared de piedra.

-¡LES CORTARÉ LA LENGUA Y LES OBLIGARÉ A COMÉRSELA!

-Mi señor, si volvieseis al Diván, si pasarais más tiempo fuera del harén, eso disiparía todos los malévolos rumores y…

-¡Déjame!

-¿Mi señor?

-¡DÉJAME SOLO!

Ibrahim se levantó, repentinamente asustado. Era la primera vez que le sucedía. Solimán nunca le había ordenado que se marchara.

Tal vez la pequeña sinvergüenza rusa le había embrujado de verdad.

-Mi señor, permitidme que me siente un momento con vos y..

Solimán bajó los brazos y se desgarró la túnica con las manos. Un paje negro permanecía mudo e inmóvil en un rincón del cuarto. Solimán lo cogió y lo arrojó contra el suelo. El hombre retrocedió, acobardado y sollozando. Solimán le propinó un puntapié en las posaderas y lo envió a cuatro patas hacia la puerta. Solimán empuñó la daga adornada con piedras preciosas que llevaba al cinto y le acuchilló. La hoja produjo un agujero en la vestidura del hombre y un tajo sangriento se hizo visible en sus nalgas. El mudo emitió una tos sofocada y se alejó de allí como pudo.

Solimán se irguió en el centro de la estancia, jadeante, con la ensangrentada daga en la mano. Miró a Ibrahim con los ojos extrañamente desenfocados, como si viera por primera vez a su gran visir.

-¡FUERA!

Ibrahim dio media vuelta y salió de la cámara. Ahora le resultaba evidente. No le quedaba más remedio que acabar con el poder que Húrrem tenía sobre el Señor de la Vida. Antes de que la mujer causara verdadero daño.

El Eski Saraya

Abbás pensó que no dejaba de ser irónico que la hubieran asignado a la señora de los vestidos. Había demostrado ser muy hábil con la aguja y la *kiaya* manifestó sin recato que se sentía complacidísima con ella.

La encontró inclinada sobre una túnica de raso que estaba confeccionando para el joven Bayaceto, bordando en la tela con hilo de oro un bonito dibujo. La mujer dio un respingo y se levantó de un brinco al reconocerle. Se dispuso a saludarle al estilo musulmán, pero él la detuvo.

-Siéntate -dijo Abbás. Julia obedeció-. Mírame -murmuró Abbás.

La muchacha alzó la cara y Abbás notó que se sobresaltaba de modo involuntario. Esta cicatriz no es lo que se dice bonita, pensó. En especial cuando la luz es buena y la distancia escasa. Habría sido mejor que la daga se hubiera llevado el ojo por completo que dejar el blanco mirando al mundo de aquella manera fija. Esperó para ver si aquel rostro ovalado registraba algún indicio de reconocimiento, pero no se produjo ninguno. En absoluto.

-¿Sabes quién soy?

-Sois el *kislar aghasi*.

-Si. El *kislar aghasi*. Tu bienestar es responsabilidad mía mientras permanezcas en el harén. ¿Entendido?

Julia asintió.

-¿Te tratan bien aquí?

-La *kiaya* es muy buena conmigo.

Abbás asintió. Mucho mejor que la anterior, en todos los aspectos. El antiguo agá le había contado que Húrrem había ordenado que le amputasen el pie y que luego la enviaran a Diyabakir.

-Veo que has aprendido ya un poco de turco.

-He comprobado que tengo facilidad para entenderlo.

-Eres inteligente, pues, a la par que bonita. -Pero eso es algo que siempre supe, pensó Abbás. ¿Cómo reaccionarias, me pregunto, si te hablase en tu propio idioma? ¿Me recordarías?-. ¿Eres *gaiour*, cristiana?

-Si.

-Aquí no te servirá de nada. Nadie te obligará a renunciar a tu religión, pero prosperarás con mayor rapidez si aprendes el Corán. ¿Te han entregado un Corán?

-No lo entiendo. Está en árabe.

-Entonces debes aprender a leer en árabe. -Bajó la voz y dijo en tono más afectuoso-. Debes olvidarte de Venecia. Ese mundo ha desaparecido ya para ti. Nada te puede devolver allí.

-Lo se.

Abbás la contempló, mientras se esforzaba en encontrar algo más que decir. Comprendió de pronto lo que debía de sentir un fantasma, que podía ver el mundo físico, pero al que le era imposible formar parte de él.

Julia no me reconoce, pensó, y de todas formas, ¿qué más da? No deseo su compasión, no podría soportarla. Y al cabo de tanto tiempo, ¿qué otra emoción podría ella sentir hacia mi?

-Si necesitas algo, házmelo saber.

Julia inclinó la cabeza.

Abbás titubeó.

Eres muy hermosa. Incluso te he visto desnuda, pensó. Desde allá arriba, a través de la reja de la ventana que domina el *hammam*, te he visto y me he abrasado por ti como me abrasaba cuando era hombre. Me avergüenzo de espiarte, pero eso no representa ninguna ofensa, porque el único daño que podría causar me lo causé a mi mismo. Te admiré como un hombre puede admirar una gran obra de arte y eso es todo lo que ahora me queda en la mente. Incluso allí sigues siendo lo más precioso que hayan contemplado jamás mis ojos. Ningún escultor podría haber cincelado un cuerpo tan perfecto, una cara tan angélica como la tuya. De pronto, el dolor del pecho se hizo agobiante y no pudo respirar. Oh, dulce Dios mio, apiádate. No puedo vivir así. Por favor, pon fin a esto.

-¿Mi señor?

Se dio cuenta de que tenía la mirada clavada en ella.

-¿Ocurre algo?

-No es nada.

No quedaba palabra alguna que pronunciar, así que Abbás dio media vuelta y abandonó la estancia. Se alejó despacio a lo largo de los oscurecidos corredores del harén, rumbo a la pequeña celda que constituía su hogar. Allí, sentado en el catre, agachó la cabeza y lloró.

La mirada de Hafise Sultana pasó por encima de las escalonadas cúpulas y semicúpulas para llegar al mar de Mármara, liso como un cristal, que el sol vespertino teñía de rosa, y a las jorobas grises de las islas que emergían de la superficie como ballenas chorreantes. Bajo la ventana, en el jardín, los plátanos adoptaban un color verde y el peso de los frutos arqueaba las ramas del cerezo.

La mujer centró de nuevo su atención en la estancia y en los tres chiquillos con gorra y pantalones bombachos que se esforzaban en no mirarla, con los brazos cruzados sobre la túnica, mientras manifestaban su desesperada impaciencia arrastrando por el suelo los pies calzados con babuchas.

-Veamos, decidme, chicos, ¿habéis trabajado duro con los libros?

Bayaceto y Mehmet miraron a su hermano mayor confiando en que contestase por ellos, pero el chico se sorbió los mocos y continuó contemplando el suelo. Al final, Bayaceto asumió la responsabilidad de responder por todos.

-Sí, abuela -declaró.

Hafise los examinó. Se dijo que Bayaceto y Mehmet eran unos chicos agraciados. Tenían las largas piernas de su padre y una figura esbelta. Pero no estoy tan segura en cuanto a Selim. ¿Cómo ha podido engordar tanto? ¿Y por qué permite que Bayaceto conteste por él? Ha cumplido ya los ocho años. Edad de sobra para tener lengua en la boca.

-¿Has aprendido tu Corán, Selim?

-Nuestro tutor nos pega -murmuró el chico.

-¿Por qué te pega? ¿Eres perezoso?

-No lo sé -repuso Sehim, sin levantar la vista.

Hafise observó la bandeja de plata colocada en la mesa, delante de ella, dispuesta con su golosina favorita, *rahat lokum*, «que daba reposo a la garganta». Sus reposteros se los preparaban frescos todos los días, a base de pulpa de uva blanca, con sémola, harina, agua de rosas, pulpa de albaricoque y miel silvestre. La amplia manga de su vestidura susurró al tocar el mármol cuando la mujer eligió una pieza y se la llevó a la boca.

-¿Os gustaría tomar un dulce, niños? -ofreció.

Los muchachos se adelantaron, ávidos, con la cabeza todavía gacha. Hafise observó que Bayaceto y Mehmet tomaban una pieza cada uno. Selim cogió tres.

Los estuvo contemplando mientras se preguntaba si uno de ellos podría ser algún día el *shahzade.* Dudaba de que cualquiera de los tres pudiese llegar a ser un príncipe tan estupendo como Mustafá, pero si a éste le ocurriera algo...

Bayaceto y Mehmet tenían posibilidades. Pero aún eran demasiado jóvenes. El tiempo lo diría. ¿Selim? ¡A Dios gracias, tenía dos hermanos con salud de hierro!

-Decidme qué habéis aprendido en el Enderun -dijo Hafise.

-¡Puedo lanzar la jabalina desde el lomo de un caballo! -casi gritó Bayaceto.

Hafise le miró sorprendida.

-¡Pero si apenas has cumplido seis años!

-¡Y acertar en el blanco con una flecha!

-¿Qué me dices de tu Corán?

Bayaceto volvió a agachar la cabeza. Dio un codazo a Mehmet, quien, sin alzar la vista, recitó diez versículos del primer sura del Corán. Hafise batió palmas entusiasmada y Mehmet enrojeció hasta la raíz del pelo.

-¿Y tú, Selim? ¿Qué has aprendido del Corán?

Selim se encogió de hombros y permaneció en silencio.

-Vamos, Selim. Tienes tres años más que Mehmet. Recítame el primer sura. A estas alturas, ya debes saberlo.

Selim farfulló los cinco primeros versículos y se detuvo.

-¿Y bien?

-No recuerdo nada más, abuela.

Hafise frunció el ceño. Estuvo a punto de animarle un poco, pero en seguida cambió de idea. ¡Estúpido mocoso! ¡No me extraña que el tutor te pegue! ¡A tu edad, Mustafá recitaba el primer capitulo de corrido, sin respirar! Apretó los labios hasta formar una delgada línea.

-Estoy cansada -dijo-. Venid a besar a vuestra abuela, niños, y luego marchaos.

Obedientemente, Bayaceto y Mehmet la besaron en la mejilla. Selim fue el último y sus labios apenas rozaron el rostro de la mujer. Hafise observó que antes de salir cogía otro puñado de *rahat lokum* y se los guardaba bajo la vestidura. Le faltó poco para llamarle y darle una reprimenda, pero cambió de idea. ¿Qué más daba? Era un zángano gordo y estúpido y siempre lo sería.

Se dedicó a observarlos mientras jugaban junto a la fuente, en el patio, bajo la ventana. Selim enseñó a sus dos hermanos pequeños los dulces que había cogido. Alargó el brazo como si se los ofreciese y cuando ellos hicieron ademán de tomarlos, retiró la mano y se metió los pastelitos en la boca. Se acercó a ellos para que vieran cómo los masticaba y celebró con ruidosas carcajadas las protestas de los chicos.

Hafise se apartó de la ventana, disgustada. Si, gordo y estúpido. Y cruel.

Había que rezar a Dios por Mustafá.

Hay una moneda en el salón de los reyes, una moneda que no puede contraponerse al oro. El dinero es un juguete, un símbolo, una recompensa. El dinero en si mismo carece de valor. Lo único que puede trocarse por poder y por la vida es información.

Información era lo que llevaba Abbás a la pequeña cámara del Tesoro cada tarde del último día del Diván, al despacho del defterdar Rústem. Allí bebía el *cha*i del *defterdar*, comía su halva y escuchaba el fluir de la vitalidad del imperio por boca de los elegidos de Ibrahim.

-¿Qué noticias traes del harén, kislar aghasi? –preguntó Rústem.

-La concubina Húrrem no cesa de amargar la vida a las sirvientas y a las demás *huríes*, como siempre.

-¿Y la *valida?*

-Enferma. El médico le envía pócimas y pócimas, pero de poco le sirven.

Rústem asintió, pero su rostro no reflejó nada. Sin duda, se está preguntando cuánto tiempo sobreviviré cuando la *valida* haya desaparecido de este mundo. También yo me lo pregunto.

-Tengo unas migas para que las picotees -dijo Rústem.

Abbás asintió, a la expectativa. ¡Unas migas! ¡Avieso y arrogante hombrecillo! Siempre con esa actitud condescendiente hacia mi. ¿Por qué?

¿Porque Ibrahim es su señor o porque tiene agallas? Ninguna de las dos cosas sirve de mucho aquí. Es algo que ya debería saber.

Por supuesto, sólo le proporcionaba la información que Ibrahim deseaba que le diera. Pero eso era harina de otro costal. No tenía mucha importancia la cuestión del amo al que uno sirviera, siempre y cuando uno recibiese la recompensa…y sobreviviera. ¿Por qué otra cosa se vivía ya?

-¿Has oído el redoble de los tambores?

-Y los herreros y las fundiciones de Galata trabajan día y noche. Volvemos a ir a la guerra contra Federico.

-Pero esta campaña será diferente.

-¿En qué sentido?

-Esta vez capitaneará el ejército el gran visir.

Abbás enarcó las cejas y se esforzó en adivinar el significado de aquello.

-¿Y quién sería el *serasquier*?

-La verdad es que nadie podría sustituirlo, loado sea Dios. Sobre todo cuando el propio sultán ha decidido quedarse aquí, en palacio.

Abbás le miró, boquiabierto.

-¿De veras?

-Más migajas para ti, *kislar aghasi*. Ha sido la señora Húrrem quien le ha convencido de que abandone sus deberes en los territorios de guerra. Ella pretende mantenerle ocupado con tareas más pacíficas mientras los jenízaros combaten con los hombres de Federico a las puertas de Viena.

-¡Debe de estar loco!

-U obsesionado.

-El sultán nunca debería abandonar a su ejército.

Rústem bostezó.

-No tardará en enterarse de ello todo el palacio, *kislar aghasi*. La Hafise Sultana te lo agradecerá mucho si se lo dices antes que a nadie.

Y quizá la *valida* se decidirá por fin a actuar contra la venenosa pequeña bruja Húrrem, pensó Abbás. Dios quiera que lo haga, puesto que ninguno de nosotros sobrevivirá mucho tiempo después de que la *valida* haya muerto.Y tengo la impresión de que esto vale también para tu señor.

El Eski Saraya

Una neblina gris oscurecía el estrecho del Bósforo. Una ramita de madreselva rozaba la reja de la ventana. El viento del norte, impropio de la estación, rizaba las aguas del Cuerno y las teñía de color pardo grisáceo. Casi diez años llevo ya en esta cárcel, pensaba Húrrem. Más allá de los nubarrones, el viento convierte las hierbas altas en verdes banderas, agita las crines de los caballos y silba al atravesar las tiendas de los nómadas, hinchándolas como velas de barco.

Diez años y sigo prisionera. Prisionera de Solimán.

Sentada en un diván de su cámara de audiencia, contempló el ruiseñor que cantaba en su pequeña jaula laqueada. Sus dedos tamborilearon impacientes sobre su muslo. De modo impulsivo, cogió la jaula, la llevó hasta el borde de la terraza y abrió la puerta.

El pájaro vaciló, ladeó la cabeza, miró a Húrrem y luego hizo lo propio con la puerta. Saltó al suelo de la jaula y volvió de nuevo a la percha, sorprendido e inseguro.

-Llevas demasiado tiempo en la jaula -dijo Húrrem-. Ya no podrías sobrevivir fuera de ella. Es el único mundo que conoces, ¿verdad?

Colocó de nuevo la jaula en su gancho, volvió a entrar en la habitación y se dejó caer en un diván. Acabaría volviéndose loca.

Su mirada fue de nuevo hacia la terraza y las montañas que se erguían más allá. Las estepas. El viento. La hierba ondulante. Fuera de su alcance. Lo mismo podían estar en la Luna.

Malditos sean. Malditos sean todos los hombres.

Julia se había inmunizado contra la indolencia del *hammam*. Ya no le turbaba ver a tantas mujeres juntas, sin las restricciones que la sociedad y la proximidad de los hombres les imponían. Aquí se bañaban dos muchachas, se enjabonaban y se acariciaban la una a la otra sin sentirse en absoluto cohibidas; allá, otras dos jóvenes, encaramadas al borde de un sofá de mármol, se examinaban una a otra minuciosamente en busca de vello que depilar. Otras chicas se mantenían solas, desnudas o cubiertas sólo con camisas de baño de tul, dedicadas a mirar con aire ocioso por las ventanas, a limpiarse los dientes con piedra pómez, a pellizcarse la nariz o a frotarse la entrepierna, sin inhibiciones.

Había pequeños cubículos independientes del *hararet* en los que las odaliscas podían tenderse sobre losas de mármol caldeadas para que las gedihli aplicaran masaje a sus cuerpos con aceites perfumados y les afeitaran brazos, piernas y pubis. Julia encontró allí a Sirhane, echada boca abajo en el mármol, con su largo y esbelto cuerpo brillante a causa de la transpiración y del vapor.

Con una mirada, Julia envió a la masajista fuera de la estancia.

Se vertió un poco de aceite tibio en las manos y lo aplicó a los hombros de Sirhane, extendiéndolo con suavidad por la estructura de la piel. Sirhane notó la diferencia del tacto y abrió los párpados, sobresaltada.

-¿Julia?

-He venido a pedirte disculpas -susurró.

Sirhane se incorporó y se puso de lado. Su piel es mucho más oscura que la mía, pensó Julia, corno si se diera cuenta de ello por primera vez. Oscura como el hueso de una aceituna y con la textura del cuero. Pechos grandes, plenos como los de una madre.

-Te quiero, Julia.

Sirhane enroscó sus dedos en las trenzas del pelo de Julia y después los curvó en torno a la nuca. Acercó la cara de Julia a la suya. Entreabrió la boca, húmedos los labios. Tenían un sabor dulce, a fruta y sorbete. La piel era cálida y lúbrica.

Julia se separo.

-¿Qué quieres que haga?

Sirhane le cogió la mano, la condujo a lo largo de la parte central del cuerpo hasta la entrepierna y plantó la palma sobre el suave monte de Venus. Sirhane cerró los párpados, anhelante y esperanzada.

-Pon aquí la boca -musitó Sirhane.

Julia jadeó en tono entrecortado. ¿Mi boca? ¡No! La sola idea no sólo la aturdió sino que también la asqueó. Pero Sirhane retiraba el rostro y Julia vio en sus ojos una súplica conmovedora. Si no hago lo que me dice, me rehuirá siempre. Es la única amiga que tengo aquí. ¡Y deseo tanto tocarla!

Besó el vientre y el punto donde las ingles se encontraban. Sirhane emitió un leve gemido de placer, su cuerpo se estremeció y todos los

músculos de su estómago y de sus muslos parecieron vibrar con los espasmos. Sirhane llevó la cabeza de Julia hacia los labios de la vagina.

No puedo hacer una cosa así, pensó Julia. Imaginó a su confesor y a su padre, uno al lado del otro, erguidos a la cabecera de la losa de mármol: su padre, con la toga roja del Consiglio y el sacerdote, con sus largas vestiduras de penitencia y la Biblia bien aferrada en la mano derecha. Sirhane echó la cabeza hacia atrás, por el borde del mármol. Abrió un poco más las piernas, mientras los talones rozaban los cálidos baldosines del suelo. Los labios de su sexo eran rosados como los pétalos de una rosa.

-Te condenarán al fuego del infierno por toda la eternidad -decía el clérigo-, te azotarán con varas rematadas por puntas metálicas y luego verterán en tus heridas pez hirviendo. Los demonios te asarán a fuego lento y no podrás escapar a ese suplicio. Arderás por los siglos de los siglos…

-Eres peor que una bestia -manifestaba su padre-. Eres demasiado repugnante para calificarte con palabras. Tu nombre será sinónimo de verguenza en todo el imperio de *La Serenissima*…

-Por favor -musitó Sirhane. Maullaba como un gato y jadeaba con tal intensidad que Julia distinguía claramente sus costillas resaltando en la piel-. ¡Por favor!

Separó las piernas todavía más, arqueó la espalda y, entrelazando los dedos en el pelo de Julia, tiró y la obligó a bajar la cabeza. Julia esbozó una mueca de dolor. Dándose por vencida, cerró los ojos a su padre y a su confesor y se negó a escuchar sus alaridos de agravio.

Sus labios rozaron la vagina, acariciaron vacilantes el sexo de Sirhane, mientras esperaba que sucediese algo, el chasquido de un látigo contra su espalda, quizá, voces que manifestaran rugientes su ultraje, ruido de pasos de soldados. Pero lo único que sucedió fue que Sirhane gimió, se retorció, jadeó y apretó contra la entrepierna la cara de Julia, cada vez con más fuerza.

No sin sorpresa, Julia se percató de que no percibía sabor alguno, sólo suavidad y fragancia de almizcle. Sirhane sollozó en voz alta y Julia abrió los ojos, asombrada. ¿Era posible que aquello proporcionara tanto placer? ¿Resultaba de veras tan insoportable como todo eso?

-Aplícale la lengua -murmuró Sirhane.

Se contorsionó hacia Julia hasta que las piernas colgaron por el borde del mármol. Echó los brazos por encima de la cabeza de la mujer y volvió a arquear la espalda, en una postura de rendición total.

Se me entrega de un modo absoluto, pensó Julia. No es sólo lascivia. También es confianza. Está completamente segura de que no voy a lastimarla, de que sólo pretendo proporcionarle placer.

Bajó de nuevo la cara, alargó la rosada punta de la lengua y enterró el rostro entre los muslos de Sirhane. Con cierta timidez al principio, pero luego se rindió también: clavó las uñas en el cuerpo de Sirhane y sus manos acariciaron y presionaron la carne, despierto un apetito intensificado por la prolongada inanición, mientras el estimulo de su larga condena la impulsaba a absorber cada momento hasta la plenitud.

Topkapi Saraya

Los vientos intempestivos agotaron en seguida la fuerza de su impulso. Los días se tornaron cálidos y sobre el Bósforo estalló el verano. La estación de la guerra.

El quiosco era como una piedra preciosa en el largo dedo de la Punta del Serrallo. Los arabescos, con motivos de flores en blanco y azul, decoraban su plateada cúpula. La madera tenía incrustaciones de marfil y formas iridiscentes y de color burdeos adornaban los emplomados cristales de las ventanas. Había raídos sofás dorados a lo largo de los muros y una enorme chimenea cónica, de bronce, se adosaba a una pared.

Era el refugio de Solimán en las noches calurosas, lejos de la temperatura de horno que reinaba dentro del palacio de piedra; se erguía en el espolón donde las brisas del mar de Mármara susurraban entre los cipreses y los plátanos.

Tendida a su lado en el diván, Húrrem escuchaba las notas de las flautas y violas que tocaban músicos invisibles entre los jardines.

Húrrem se entretenía proyectando sobre la pared las sombras chinescas que creaban sus manos.

-Mirad -musitó.

-¡Un camello! -rió Soliman.

-¿Y esto?

-¿Una oveja?

-¡Es un caballo!

-Parece una oveja.

-¿Habéis visto alguna vez una oveja con una nariz tan larga? Una oveja turca -sonrió Húrrem-. Llamada Ibrahim.

-El único Ibrahim que conozco no es precisamente un cordero. Enséñame alguna otra cosa.

Húrrem arrugó la frente, concentrándose mientras disponía los dedos para una nueva sombra chinesca. Solimán la observó, sonriente. A veces, era como una chiquilla.

-¿Qué te parece esto?

-¿Un gato?

-El gato del *kislar aghasi*. Mira... ¡no tiene nada entre las patas!

Solimán frunció el ceño.

-No debes gastar esas bromas.

-¿Por qué?

-Ofenden al Islam.

-¡Qué hipócrita sois!

Solimán meneó la cabeza, sin encontrar la respuesta adecuada. ¿Cómo se atrevía Húrrem a decir tales cosas? ¿Acaso no tenía noción del lugar que ocupaba? Al formularse aquella pregunta, decidió que no... que Húrrem no tenía idea de cuál era su sitio. Tal vez eso era lo que a él más le gustaba. Solimán no permitiría que ninguna otra persona le hablase de aquella forma.

Quizá a Ibrahim.

La mirada de Solimán se proyectó sobre el jardín. Tortugas sobre cuyos caparazones se habían fijado velas encendidas deambulaban entre rosas y claveles, mientras la luna llena provocaba sombras alargadas a través de las hojas. Aquí reina la paz, pensó. Me quedaría aquí para siempre.

Pero Dios exigía guerra. A sus oídos llegaba, surcando la quietud de la noche, el ruido de los herreros que forjaban nuevos cañones en el Arsenal de Galata, destinados a la nueva campaña en los territorios de guerra del norte. El verano había llegado y el verano era la estación señalada para emprender

la marcha rumbo a una nueva operación bélica; el momento determinado para que los hijos de los *ghazi* enarbolasen una vez más la bandera de Mahoma y marcharan contra el infiel.

Pero en esta ocasión no los acaudillaré, pensó Solimán. Esta vez me quedaré aquí. Con Húrrem.

El Eski Saraya

Hafise Sultana envejecía. Ahora se teñía la cabellera, en otro tiempo negra y espesa, con alheña para disimular las canas y el kohl y los polvos ya no lograban ocultar las ojeras ni la papada. Las piernas le temblaban, incluso cuando permanecía sentada.

Su sala de audiencias, de techo abovedado, estaba decorada con un fresco de tiras de cedro entrelazadas. Los azulejos de Iznik que adornaban las paredes también tenían recuadros de cedro fijados con clavos de plata.

La mujer estaba sentada con las piernas bajo el cuerpo, en un diván con orla de brocado de seda y cojines de raso bordados con hilo de oro.

Abbás llevó la frente hasta la suntuosa alfombra de seda, ejecutando la reverencia de rigor antes de dirigir la palabra a la Hafise Sultana.

-Corona de Cabezas Veladas...

-Abbás. -La *valida* parecía estar sin aliento, como si hubiera llegado corriendo desde el jardín para recibirle, cosa que, desde luego, era absurda. Abbás sabia que llevaba descansando allí por lo menos una hora-. ¿Deseabais hablarme?

-Si, Corona de Cabezas Veladas. Sobre un asunto que, espero, resulte insignificante.

-Vamos, Abbás, sé que no es así. Si acudes a mi con el problema es porque tiene que ser importante.

-Se trata sólo de un rumor que me ha llegado a través.., a través de diversas fuentes.

La fragilidad de la *valida* pareció desvanecerse. Su interés se despertó de forma repentina y sus ojos se hundieron en los de Abbás.

-¿Referente a quién?

-Referente a la dama Húrrem.

El rostro de la anciana se arrugó en un fruncimiento de desaprobación.

-¡Precisamente ella!

-Sólo es un rumor.

-A veces, presto más atención a los rumores que la que prestas tú a las proclamaciones del Diván. Dime qué has oído, Abbás.

-El ejército no tardará en emprender la marcha hacia Viena, contra Federico.

Hafise se permitió esbozar una tensa sonrisa.

-Toda la ciudad sabe eso, Abbás. Hasta Federico está enterado.

-He oído que es posible que el Señor de la Vida no vaya a la cabeza del ejército.

-¿Cómo?

-Circula el rumor de que la dama Húrrem ha convencido al sultán de que se quede en la retaguardia.

La reacción de la mujer alarmó a Abbás. Durante unos segundos temió que se asfixiara. Las mejillas se le motearon de rosa.

Abbás permaneció silencioso.

-¿Crees... crees... que eso puede ser cierto? -articuló por último la valida.

-Sólo os digo lo que he oído, Corona de Cabezas Veladas. He considerado que mi deber era venir a informaros de ello.

Hafise asintió, sin que, al parecer, la emoción le permitiese todavía recobrar la coherencia. La palma de su mano derecha golpeó el brazo del diván.

-¡Húrrem presume demasiado!

-Espero no haberos producido ninguna ofensa -murmuró Abbás.

-Me has prestado un gran servicio, Abbás. Una gran servicio.

La *valida* agarró un cojín que tenía al lado y lo arrojó con sorprendente fuerza al otro lado de la estancia. Abbás y las dos sirvientas miraron a la anciana y luego intercambiaron ojeadas entre sí.

-¡Esa pequeña zorra desvergonzada! ¡Lo va a convertir en un eunuco! -Luego, acordándose de quién era, volvió de nuevo su atención sobre Abbás-. Gracias, Abbás, me encargaré de este asunto en seguida.

A Solimán se le cayó el alma a los pies cuando vio a su madre. Cada vez que iba allí, daba la impresión de ser un poco más vieja y un poco más débil. Solimán siempre había creído que era indestructible.

La edad no parecía haber entorpecido su mente ni su lengua.

-¿Has visto a tus hijos? -le preguntó, tras acomodarse junto a él en el diván.

-Si. El pequeño Qehangir aún está algo enfermo, pero los demás progresan. Sus tutores se muestran muy complacidos.

Hafise frunció el ceño.

-No me gusta ese Selim. Es un niño sombrío. No me fío de él. No para de engullir dulces, está cada vez más gordo y se queja como una mujer. Además, me he dado cuenta de que es cruel con Mehmet y Bayaceto. Por supuesto, en otros aspectos es un príncipe modélico.

-Sus preceptores no me han dicho nada.

-Claro que no. La culpa es de su madre. Apenas les dedica tiempo. No deja de resultar asombroso que Bayaceto y Mehmet sean tan buenos chicos.

-¡Ah! ¿Detecto ciertas palabras agradables? -se burló Solimán.

Hafise no estaba para jovialidades.

-Puedes sonreír todo lo que quieras, Solimán, pero es una suerte para ti que tengas un hijo como Mustafá. Me sentiría desesperada si Selim estuviese destinado a ser el *shahzade*. –Le miró con cara de mal humor-. ¿Cuándo partes?

-El ejército emprende la marcha dentro de una semana -Solimán desvió la mirada al responder.

¡De modo que es verdad!, pensó Hafise. ¡Estúpido! ¿Qué te hecho esa mujer?

-¿A por Federico?

-¿Federico? -sonrió Solimán-. Federico no es más que el hombrecillo de Viena, tal como lo llama Ibrahim. Carlos es la gran pieza. Pero no espero que Ibrahim la levante. Permanecerá escondido en sus castillos de Alemania.

Hafise asintió.

-¿Van bien los preparativos?

-Ibrahim dispondrá de veinte cañones de asedio para machacar las murallas. Siempre y cuando el barro no los atasque de nuevo durante la marcha hacia el norte.

Hafise le escrutó el semblante. ¡No iba a decírselo! Está avergonzado. Sabe que falta a su deber: hacia los osmanlíes, hacia Dios.

Hafise posó la mano sobre la de su hijo.

-Serás el más importante de todos los sultanes, hijo mío. Los adivinos lo profetizaron cuando naciste.

-He hecho lo que he podido -dijo Solimán. Correspondió al apretón de la mano de su madre y le sorprendió lo frágil que era. Liviana y marchita como una hoja seca. No se había percatado de lo débil que se encontraba. De repente, se sintió asustado. No podía concebir la posibilidad de ir al harén y no encontrarla allí.

Se acercó más a ella.

-Sin embargo, he oído historias... -murmuró Hafise.

-¿Historias?

-Que pensabas dejar que tus ejércitos partieran sin jefe.

Solimán intentó retirar la mano, pero aquella hoja marchita que la retenía se tomó de pronto tan fuerte y decidida como la diestra de un hombre.

Solimán apartó la mirada y trató de no manifestar ante su madre la cólera que sentía.

-No me necesitan. Ibrahim es *serasquier.*

-Así que es cierto.

-Claro que no. Escuchas demasiados chismorreos de criadas. Los rumores anidan en estas paredes como víboras.

Hafise inclinó la cabeza, sonriente.

-Tus ojos no cesan de evitarme, Solimán. ¿Cuándo piensas decírmelo? ¿Cuando se hayan ido? ¿Cuánto tiempo calculas que puedes ocultármelo?

Solimán liberó su mano con un brusco ademán y se puso en pie de un salto.

-¡Soy yo quien decide!

-Hay cosas que ningún sultán, por grande que sea, puede decidir. ¡Eres el primero de los musulmanes y estás sometido a la voluntad de Alá!

-¡Ya he olido bastante el hedor de la guerra!

-¡Tienes un deber que cumplir!

-Que siempre he puesto por encima de todo.

-¡Hasta ahora! -Las pupilas de la anciana mostraron una súbita dureza-. Es ella, ¿verdad? Ella es la que te ha cambiado así.

Solimán no respondió. Dio media vuelta, miró por la ventana hacia la terraza abierta, hacia los tejados de los bazares y hacia las casas de madera pintadas que se hacinaban en la falda de la colina, por la que descendían hasta las azules aguas del Cuerno.

De pronto, la vista de la ciudad ya no le pareció tan bonita. El martilleo de los herreros y el estruendo de las fundiciones de Galata le resultaron inoportunos. Tantas exigencias. La guerra, el poder. El deber hacia su Dios, las obligaciones con respecto a su familia, a su *kullar*. ¿Acaso no había paz en ninguna parte?

Hafise se colocó a su espalda.

-Ahí abajo, en el Kapala Qarshasha, dicen que te ha embrujado.

-Si encuentro al hombre que dice tal cosa, me encargaré de que el *bostanji* le corte la lengua y haré que se la coma.

-Entonces media ciudad seria muda.

Con los brazos a los lados, Solimán apretó los puños.

-Me preocupo de que tengan pan que llevarse a la boca y carne suficiente para que estén bien alimentados. Viven bajo mi protección, a salvo de los estragos de unos ejércitos que esclavizan a media Europa. Les he dado Rodas, Belgrado y Hungría. ¿Qué más quieren de mí? He cumplido con mis obligaciones con respecto a ellos y a Mahoma.

-Has abdicado del Diván en beneficio de Ibrahim, ¡y ahora le entregas tus ejércitos! ¡Para dedicarte, en cambio, a malgastar tus días encerrado ociosamente con esa Húrrem!

-Hay otras cosas, además de las insignificantes discusiones del Diván y del olor de la sangre estancada en las zanjas. ¡Si, seré el más importante de los sultanes osmanlíes porque soy distinto! ¡Daré a este pueblo leyes y ciudades! ¡Construiré, en lugar de destruir!

-¡Has entregado tus poderes a Ibrahim y tu virilidad a una mujer!

Solimán se quedó mirándola con el semblante blanco.

-Ella es quien ha fomentado esos demonios que anidan en tu cabeza, ¿verdad? -murmuró Hafise. Volvió a coger la mano de Solimán, que esta vez no se resistió-. Escúchame. No quiero causarte infelicidad. Sabes lo que ha pasado entre vosotros, a ti te corresponde decidir. Pero debes tener presente que eres un *ghazi*. No debes encariñarte demasiado de las cosas del harén. El harén lo trajeron del desierto. El harén nos hizo fuertes. Su objetivo era crear hijos, no holganza.

-Es la ley lo que nos hace fuertes. El Kanun y el Sheri.

-Solimán.., si no te tengo a ti, ¿qué tengo? Toda mi vida la he dedicado a ti, a tu sultanato. Me he sentido muy orgullosa de ti. No eres tan cruel como lo era tu padre y ésa ha sido tu fortaleza. Pero puede que también haya sido tu debilidad. Lo comprobé en el caso de Gúlbehar, en el de Ibrahim y ahora en el de Húrrem. Debes aprender a estar solo.

-Así, pues, ¿no hay refugio para mi en ninguna parte?

-Refúgiate en el islam. En tu deber.

-No.

-Solimán...

-Cumpliré con mi deber. Pondré los cimientos de un imperio en los *kanun*, la ley escrita. Enviaré mis ejércitos contra las murallas de la cristiandad, las derribaré y alimentaré y vestiré mi imperio. ¡Pero debe quedar algo para Solimán!

-¡Recobra tu autoridad, Solimán! ¡Antes de que te la arrebaten definitivamente!

-Ibrahim no se revolverá contra mi...

-¿Qué me dices de Húrrem?

-¡No es más que una mujer!

Hafise pasó por alto la amargura del reproche.

-¡Si, sólo una mujer! ¡Y has permitido que tome posesión de ti! Tienes centenares de mujeres para elegir. ¿Por qué sólo una?

-Porque cuando estoy con ella soy yo mismo. No soy el sultán.., ni el dueño de las gargantas de los hombres... Sólo yo mismo.

-¿Y ella? ¿Sólo desea ser Húrrem... o la próxima *valida*?

-¡Oh, Alá! Por favor -musitó Solimán-. Concédeme un poco de paz. Quiero a esa mujer. Sea.

Cuando se inclinó para besar la mano de su madre, a Hafise le inspiró una súbita compasión. Comprendió que Solimán era débil. No era cobarde, puesto que asaltaría las puertas del infierno por el islam, y tampoco era débil en el sentido de esos hombres que se dejan dominar por el vino, las

mujeres o la ociosidad. Era débil porque deseaba ser como los demás hombres y ese lujo no podía permitírselo.

El bazar -el *bedesten*- situado bajo los muros del Eski Saraya estaba allí desde la época de Mehmet Fatih. A lo largo de las enormes escaleras y callejones de piedra, los mercaderes vendían oro y plata, brocados y sedas, rojos tapices de Damasco y alfombras de seda, azul pavo real, de Bagdad. Fuera del bazar, los buhoneros asaban mazorcas de maíz en braseros de carbón, avivando las llamas con soplillos de plumas de pavo y tratando sin éxito de espantar a las tenaces y negras moscas.

Otros vendían callos sazonados con ajos o caliente leche de almendras espolvoreada con canela. El bullicio de las abigarradas calles era un conglomerado de ruidos, colores y emanaciones. Transcurrieron largos minutos antes de que Solimán se recuperase de la impresión que le había producido perderse en su propia ciudad.

Incluso entre aquella algarabía, Solimán reconoció los síntomas del orden que sus antepasados habían impuesto. La masa de color tenía su finalidad: allí había turcos, como él, tocados con turbante blanco; había griegos, de turbante azul y botas negras; judíos que se cubrían con turbante amarillo, al igual que los armenios, aunque las botas de éstos eran carmesíes, mientras que las de los hebreos eran de color azul claro.

Se detuvo a contemplar, junto con otros, a un comerciante de especias al que habían clavado por las orejas a la puerta de su tienda. Un letrero colgado de su cuello declaraba que había sido considerado culpable de engañar en el peso. Uno de los integrantes de la multitud escupió a sus pies y Solimán hizo lo propio. No sintió lástima; era la ley. Era el *kanun*.

Resulta extraño que me sienta aquí tan fuera de lugar, pensó. Quizá he vivido en palacios demasiado tiempo. El run-rún de las voces me molesta en los oídos, este olor a suciedad y a basura no se filtra hasta los claustros de mis sarayas. Estas son mis gentes. Las veo con frecuencia cuando acuden a sus peticiones al Diván, pero he olvidado cómo viven.

La noche se abatió con rapidez sobre las calles rebosantes y la media luna apareció por encima de los tejados del *bedesten*. Solimán se sentía a salvo; ¿quién le habría reconocido con aquellos harapos que vestía, en especial cuando a toda persona normal y corriente se le inculcaba desde la infancia la vitalicia obligación de volver la cabeza al aproximarse el sultán? Y tampoco existía allí peligro alguno: los jenízaros patrullaban todas las noches por las calles; los actos de violencia se intepretaban como un insulto al propio sultán. ¿Qué mejor modo podía tener un sultán de comprobar si era cierto lo que le habían dicho acerca de los rumores que circulaban por el bazar?

Paseó entre las altas columnatas de piedra, a través de los arcos y pilares del bazar. Se detuvo en la tienda de un comerciante de especias, junto a los recipientes de sebo de conejo, semillas de sésamo, áloe, azafrán, leche de burra y raíces de regaliz. El tendero parecía enzarzado en una acalorada discusión con un cliente; Solimán captó el nombre de Húrrem y aguzó el oído mientras fingía examinar los sacos de alheña verde y canela naranja.

-¡... dicen que desde que nació Selim él ni siquiera ha mirado a otra mujer!

El mercader era un individuo de nariz aguileña, dientes podridos y barba raía. Llevaba turbante azul... ¡un griego! Agitaba los brazos con

ademán frenético, carraspeaba y escupía con profusión hacia los adoquines de la calle y uno de sus múltiples gargajos pasó rozando la manga de Solimán.

-Imposible -contradijo el cliente. Solimán vio que era turco-. ¡Tiene un harén con trescientas de las mujeres más hermosas del imperio! ¡Ningún hombre podría aguantar siete años resistiéndose a tomar alguna que otra muestra de semejante tesoro!

-¡A no ser que esté embrujado! -voceó el griego, y soltó otro esputo hacia la calzada. Parecía incapaz de hablar en voz baja. -Tonterías.

-Dicen que no es una mujer. Que es un espíritu innoble, ¡un *djinn*, de los bosques de Valaquia! Tos... escupitajo.

-Bueno, ahí lo tienes -repuso el turco-. Todo el mundo sabe que ella no es de Valaquia, sino rusa. Y si fuera un espíritu maligno, tal como aseguras, ¿cómo explicas que Solimán sea el sultán más grande que jamás hayamos tenido? Mira sus conquistas: ¡Belgrado, Rodas, Buda-Pest! ¡Y hace dos veranos llegó hasta las mismísimas puertas de Viena!

El comerciante alzó ambas manos, fastidiado.

-¡Precisamente! ¿Por qué no tomamos Viena? Dicen que esa mujer hizo que lloviera todo el verano para que nuestros cañones se atascasen en los barrizales y resultaran inútiles en los campos.

El mercader carraspeó y escupió contra el suelo de la tienda con tal violencia que hasta el cliente retrocedió un paso. Solimán pensó en la sentencia que Ibrahim le había dicho una vez: «Hacen falta diez turcos para ganarle a un judío en una discusión, y diez judíos para derrotar a un griego».

-No -insistía el comerciante-, le ha embrujado. Dicen que ni siquiera va a orinar sin que ella le dé permiso.

-Si alguien le tiene en su poder, ese alguien es Ibrahim. ¡Mira cómo hace gala de sus ídolos entre nosotros en el Atmeydani!

-Ibrahim es un gran soldado. -Tos-. Necesitamos un gran visir. -Salivazo-. ¡Sobre todo cuando nuestro sultán pone ojos de carnero a medio degollar ante una de sus esclavas! ¡Eso no puede conducir a nada bueno, te lo digo yo! ¡Cuando un sultán prescinde de todas las demás mujeres, eso significa que la que le gusta le tiene cogido por el miembro erecto y que lo llevará de un lado a otro como si manejase las riendas de un burro! -Se volvió hacia Solimán-: ¿Qué deseáis?

Lo que quiero es desenvainar mi espada y cortarte esa asquerosa cabeza. Para colgarla luego en la entrada de la Sublime Puerta e invitarte a que escupas una vez más. Eso fue lo que pensó, pero, en cambio, dijo:

-No deseo nada. Hay babas en vuestra canela.

Le complació oir que el turco soltaba una carcajada en algún punto del interior del establecimiento.

Pero los insultos que acababa de escuchar se repetían en su cerebro mientras avanzaba a ciegas por el laberinto del bazar. Lo que le habían dicho Ibrahim y su madre era cierto. Embrujado.

¿Es que no se le permitía la menor intimidad? ¿Es que a ninguna hora del día, en ningún mes, en ninguna estación del año se le iba a conceder el santuario de su propia vida? ¿Cómo habían empezado esos rumores?

¿Y por qué estaba obligado siempre a demostrar su autoridad y su fidelidad al trono y a Dios?

Muy bien, pues, volvería al harén. Demostraría de nuevo que él era el dueño y señor de su casa. Otro deber que tenía que cumplir y, entonces, tal

vez encontrase algún alivio a las exigencias de su pueblo, su Diván, su madre y... sí, de su Dios.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Existía un protocolo para elegir a una muchacha, como existía un protocolo para todo en el harén. Se abrían las grandes puertas tachonadas de adornos de hierro, Solimán las franqueaba a lomos de su caballo y el *kislar aghasi* acudía a su encuentro, ataviado con una pelliza ceremonial de largas mangas y un turbante blanco de forma cónica. Un centenar de jóvenes, trenzada la cabellera con perlas y alhajas, perfumado el cuerpo con esencias de jazmín y naranja, rutilantes con sus vestidos de seda y raso, aguardaban formando hilera en la parte sombreada del patio. Estaban nerviosas e impacientes en el que sin duda iba a ser el día más importante de su vida.

Cualquier hombre se estremecería de placer ante este espectáculo, pensó Solimán. Entonces, ¿por qué experimentaba él tan gélido terror? ¿Por qué es precisamente mi propio harén el lugar donde me siento más incómodo?

Los enormes portones se cerraron con estruendo tras él. Solimán desmontó. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que había cumplido aquel rito? Había sido antes de convertirse en sultán, desde luego, antes de Gúlbehar. En aquella ocasión, había sentido clavados en él cien pares de ojos, que le observaban con curiosidad, impregnados de súplica, aunque ninguno de ellos se atrevía a mirarle directamente. La elección que iba a hacer dentro de unos minutos cambiaría para siempre y de manera irrevocable la vida de una de aquellas muchachas.

O así lo creían todas.

La frente del *kislar aghasi* tocó la piedra del suelo.

-Gran señor.

-Se te felicita -le dijo Solimán, ciñéndose al protocolo-, todas ellas son exquisitas.

-Gracias, mi señor.

El *kislar aghasi* caminó a un paso de distancia del sultán, mientras éste pasaba revista a la hilera de beldades. Una borrosidad de rostros con los ojos recatadamente bajos y las mejillas coloreadas por el rubor pretendían seducirle. Se inclinó y saludó a todas y cada una de ellas, al tiempo que el *kislar aghasi* le murmuraba el nombre de la correspondiente joven.

¿Por qué no bebo de esta fuente hasta reventar?, pensó Solimán. Otros hombres lo harían. Se dice que Ibrahim tiene un harén tan grande como el mio y que su apetito es insaciable. Continuó la marcha a lo largo de la fila de muchachas, sin dejar de preguntarse a cuál acabaría eligiendo. Son todas tan bellas que la belleza pierde su significación como tal, se dijo.

Esta, por ejemplo. Es como una muñeca de porcelana. Da la impresión de que se rompería si se la tratase con excesiva rudeza. Podía haberla esculpido un artista genial a partir de una pieza única de alabastro. Tal perfeccción no dejaba de resultar amedrentadora.

-¿Cómo te llamas?

La muchacha musitó algo, pero en tono tan bajo que Solimán no llegó a oírlo. Se volvió hacia el *kislar aghasi*.

-¿Qué ha dicho?

El kislar aghasi pareció titubear.

Julia -murmuró por último

Julia -repitió Solimán.

Volvió a centrar su atención en aquella preciosidad. Auténtica perfección. Se sacó de la manga un pañuelo verde y lo puso sobre el hombro de la joven para indicar que había hecho su elección. Era un pañuelo que para él había bordado Húrrem con sus propias manos. Sabía que ella estaría mirando y se dio cuenta de que acababa de tomar la determinación debida.

-Pasearé ahora por el jardín -dijo al *kislar aghasi*, que contemplaba a la bella con una expresión que Solimán no pudo comprender. Los eunucos eran criaturas extrañas.

Continuó su marcha y salió del patio, para pasear entre las avestruces y los pavos reales y para oler el perfume de los jazmines y naranjos.

Húrrem se apartó de la ventana y sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del candelabro de plata que había encima de la mesita situada junto al diván. Lo arrojó a través de la estancia; al estrellarse contra la pared, rompió la línea de azulejos de cerámica fina de Iznik que contorneaba el aposento. Muomi se agachó, para apartarse de la línea de tiro.

El rostro de Húrrem estaba lívido de rabia. Durante largo rato permaneció erguida en medio de la estancia; el único movimiento era el aleteo de las ventanas de su nariz y la vibración de los músculos de su barbilla. ¡ Si Solimán la viese ahora!, pensó Muomi. Puede que entonces no le pareciese tan bonita.

-Tengo que acabar con eso.

-El es el sultán -recordó Muomi, con prudencia-. ¿Cómo vas a impedirle que siga adelante?

Había una bandeja de pasteles al lado del diván. Húrrem la cogió y la arrojó al otro lado de la habitación.

-¿Quién es ese coñito?

-Ignoro su nombre. La trajeron de Argel. Dicen que la capturaron los corsarios que abordaron una galera veneciana.

-¿Cómo voy a poner fin a eso?

Por primera vez desde que estaba a su servicio, Muomi tuvo miedo.

-Mi señora...

Húrrem agarró el amplio aro de oro que colgaba de la oreja derecha de Muomi y tiró con fuerza. Muomi lanzó un grito y cayó de rodillas.

-¿Cómo voy a acabar con eso...?

Me haces daño...

-Quiero que vayas al boticario... quiero una de tus pócimas...

¡No...!

Húrrem la soltó; apretó los puños a los lados, temblorosa. No debes perder el dominio de los nervios, ahora no, pensó. Si pierdes el control de los nervios, lo habrás perdido todo.

Muomi jadeaba, mientras se apretaba la oreja con las manos.

-Si la matas, lo único que conseguirás es que elija a otra. Y el *kislar aghasi* sabrá que lo has hecho tú.

-¿Qué hago, pues?

Muomi alzó la mirada hacia ella con el semblante torvo y los ojos relucientes de odio.

-No vuelvas a hacerme daño.

Dime qué hay que hacer, Muomi.

La muchacha negra se encogió de hombros.

-Hay otro camino.

-¿Cuál? Dime…

-¿Puedes cenar con él esta noche?

-¿Con Solimán? Ahora ya no vendrá.

-Busca entonces el modo de que lo haga.

-Será difícil.

-¿Para ti?

-¿Qué puedo hacer?

-Hay un filtro… puede eliminar la pasión de un hombre. Te asegurarás de que no se enamora de ella.

La tensión pareció abandonar el cuerpo de Húrrem. Se permitió una sonrisa.

-¿Conseguirás lo que te hace falta?

-Cualquier boticario de la ciudad tendrá las hierbas.

-Entonces enviaré a un paje para que te las traiga. -Húrrem se acomodó contra el respaldo del diván-. Ahora mándale un recado al *kislar aghasi*. Dile que necesito hablar con él urgentemente. Me atrevo a decir que lo está esperando.

A Julia la llevaron primero a la celadora de los baños para que la preparase. La afeitaron con cuidado, examinaron con absoluta meticulosidad todas las zonas de su cuerpo, con el fin de que no quedase en ellas el menor asomo de vello, y luego la bañaron con agua previamente aromatizada con jazmín y naranja y le lavaron la cabeza con alheña. Se tendió después en una cálida losa de mármol, mientras gedihli negras le daban masaje en hombros, espalda, muslos y pantorrillas, aplicándole una mezcla de aceite y harina de arroz. El agua caliente humeaba en los recipientes colocados junto a ella para mantener el emplasto tibio y dúctil.

Cuando el *kislar aghasi* entró en los baños, la encontró sentada desnuda en el borde del mármol, mientras las gedihli se afanaban a su alrededor, cada una de ellas centrada en la parte de la muchacha que le correspondía atender. El único sonido era el roce de las camisas de hilo.

El *kislar aghasi* apretó con fuerza las mandíbulas para sofocar el sollozo de dolor que burbujeaba en su garganta.

Julia miraba a la lejanía, como si no existiese ninguno de ellos, con los ojos aturdidos y en blanco. Una gedihli se encargaba de pintarle las uñas de las manos y los pies, otra le deslizó áloe debajo de la lengua para endulzarle el aliento y luego le perfiló la línea de los ojos a base de kohl. Mientras tanto, otra se arrodillaba para teñirle el pubis con alheña, al estilo tradicional. Julia ni colaboraba ni ofrecía resistencia. Se dejaba manipular el cuerpo, como si no se encontrara allí, como si en absoluto formara parte de aquello.

Me gustaría saber en qué piensa, se dijo Abbás. ¿Se ve de nuevo en Venecia, con su labor de encaje, contemplando a los gondoleros del Gran Canal? ¿Paseando en una góndola endoselada, a mi lado? ¿O esto último sólo me hace desearlo mi vanidad?

A su espalda, en algún punto, la *kiaya* de los trajes discutía con una de sus ayudantes acerca de la adecuada elección del vestuario.

¿Cuántas noches me he pasado en blanco, soñando despierto con esta situación?, pensó Abbás. ¿Cuántas veces he considerado cómo sería estar contigo, verte desnuda? Pero en ninguna de mis fantasías he llegado a imaginarte ahí sentada, mirándome, atravesándome con tus ojos, cabalmente intocable e intocada. Para ti, yo no estoy aquí, ninguna de todas

estas personas están aquí. Te encuentras sola, tan inalcanzable como siempre.

Pero ¡tan hermosa! Aunque te hayan teñido el pelo con alheña, ennegrecido los ojos y pintado de rojo los labios, como cualquiera de las prostitutas que tanto le gustaban a Ludovici, no pueden ocultar tu dignidad y tu gracia.

Y tu cuerpo sigue tan perfecto como siempre he sabido que seria. Las curvas y los pechos, los latidos y las sombras, todo tan irreprochablemente proporcionado como si lo hubiera modelado un maestro escultor. Los pezones eran pequeños capullos, cada músculo de las piernas, los hombros y el estómago se definían con toda claridad bajo la piel, como si estuviesen esculpidos en mármol.

¿Cómo es posible que sienta esto?, se preguntó Abbás. ¿Cómo puedo desear lo que no puedo tener? ¿Por qué me atormentas así cuando no te queda nada que ofrecerme?

Tal vez ésta sea la forma de deseo más pura; y la forma más pura de agonía.

Mientras Abbás miraba, otra de las muchachas procedió a extender un sedoso polvo dorado por los brazos, la espalda y los pechos de Julia. Su piel empezó a fulgurar como oro batido y el resplandor de las velas arrancó mil reflejos de minúsculos diamantes.

Julia...

Se alejó a regañadientes. Húrrem quería verle. Bueno, claro que sí. Imaginaba que así era.

Sentada, encorvada en el diván, Húrrem apretaba con los puños y retorcía entre los dedos, con ademán nervioso, un pañuelo de seda. Las lágrimas habían enrojecido sus ojos. Abbás casi se compadeció de ella.

Ejecutó un *temennah*: se llevó la mano derecha sucesivamente al corazón, a los labios y a la frente.

-Mi señora. ¿Deseabais verme?

Húrrem se sonó y se enjugó los ojos con el pañuelo.

-¿Qué he de hacer, Abbás?

-¿Mi señora?

-Me han dicho que el Señor de la Vida ha decidido pasar la noche con una de las huríes.

-Así es, mi señora. No deberíais preocuparos. Seguís siendo la segunda *kadin*. Eso nada puede cambiarlo.

Húrrem volvió a darse unos toquecitos en los ojos con el pañuelo.

-¿Cómo se llama?

Abbás titubeó, repentinamente alarmado. Tuvo plena conciencia de que allí latía el peligro.

-Julia -dijo con cautela-. Es veneciana.

-Una dama cultivada, de corte.

-Así es.

Húrrem pareció reflexionar.

-Quisiera ver al Señor de la Vida. ¿Cabe la posibilidad de que cene esta noche conmigo?

-No creo que eso sea factible, mi señora. Cuando el sultán elige a una muchacha...

-¡No te he pedido tu opinión!

La voz de la mujer restalló como un latigazo. Silenció a Abbás automáticamente. La examinó con más atención. Quizá no había estado llorando, después de todo.

-¿Mi señora?

-Deseo ver al Señor de la Vida... esta noche. Todavía está en el saraya, visitando a la *valida*. ¿Me equivoco?

-Como decís, mi señora...

-Pedidle que cene conmigo. Decidle que estoy muy compungida y que quiero paz.

-Tal vez no resulte posible que...

-¿Recuerdas lo que le ocurrió a la última *kiaya* de los trajes, Abbás? Quizá por aquel entonces no formabas parte del harén...

Abbás notó que se le secaba la boca. La lagarta no había perdido los dientes.

-No estoy seguro de entenderos, mi señora.

Húrrem se puso en pie y avanzó hacia él. Se inmovilizó tan cerca de Abbás que el eunuco puedo oler su perfume. Húrrem le miró, sonriente.

-Si, claro que me entiendes, Abbás. Todo el mundo sabe lo que le pasó a la última *kiaya* Y no osó ofenderme del modo en que tú me estás ofendiendo ahora.

-No pretendo ofenderos, mi señora. Sólo es que...

-No me interesan tus apesadumbradas disculpas, Abbás. Tal vez el sultán duerma esta noche con otra mujer, ¿pero sabes en qué lecho puede acostarse mañana? Cuando una mujer tiene entre sus piernas a un hombre, Abbás, cuenta con toda su atención. De modo que, a no ser que estés seguro de lo que sucederá mañana, acuérdate bien de la *kiaya*... y haz lo que te pido.

-Sí, mi señora.

Al abandonar la habitación, Abbás se odiaba por su debilidad. ¿Por qué la vida le resultaba tan importante como para hacer cualquier cosa con tal de conservarla? El instinto de supervivencia había vuelto a traicionarle de nuevo.

Muy bien, seria su pelele. Pero si causaba algún daño a Julia, el gusano se revolvería contra ella.

-He preparado yo misma la comida -dijo Húrrem.

Había hojas de parra rellenas de cordero alimentado con leche, trozos pequeños de pollo asado, carne adobada con tomates, cebolla y pimientos, pasteles de revani, dulces de semillas de sésamo y nueces molidas y mezcladas con miel y sorbetes. Solimán tomó asiento y la observó, desconfiado. Junto a ella, ahora se sentía como un extraño. Como si la hubiese traicionado de alguna forma.

Húrrem le contempló en silencio, mientras él comía.

-¿No tienes apetito?

Ella negó con la cabeza. Solimán empezó a comer.

-Está bueno -murmuró-. ¿Has usado especias nuevas?

-Muomi tiene mil recetas, mi señor.

Solimán masticó otro bocado de comida. Estudió el semblante de la mujer. Había estado llorando, tenía la certeza de ello, aunque no mostraba señal externa alguna. Pero tenía los ojos de color rosa y los párpados hinchados.

-¿Hago más sombras chinescas? -se brindó Húrrem. A veces es como una niña, pensó Solimán. Siempre desviviéndose por complacerme.

-Ahora no -dijo.

Húrrem guardó silencio; se quedó mirándolo, con una semisonrisa que parecía tan frágil como las sombras.

-¿Cojo la viola?

Solimán negó con la cabeza. La comida era excelente, pero no tenía apetito: Empujó el plato.

-Por favor, comed, mi señor.

-No tengo hambre.

-¿Os he ofendido, mi señor?

-No, en absoluto.

-Pero ha habido veces en que me he mostrado presuntuosa en vuestra presencia. Llevada por la pasión que despertáis en mí, olvido cuál es mi lugar. Si estáis enfadado, sé que yo tengo la culpa.

Húrrem era la personificación de la infelicidad. A Solimán le entraron ganas de alargar la mano y consolarla. Pero no iba a hacer tal cosa. No podía permitir que Húrrem se percatase de que su dolor era tan grande como el de ella. Húrrem tenía que entender que, pese a todo lo que la amaba, él tenía un deber hacia el islam y los osmanlíes, y ella tenía un deber hacia el sultán. Dios sabía que el deber constituye una dura lección que uno tiene que aprender y ya era hora de que Húrrem aprendiera esa lección.

-Eres mi santuario, pequeña ruselana. Pero sigo siendo el señor. Debes tenerlo presente.

-Si, mi señor.

Se puso en pie. Húrrem no alzó la cabeza, sino que se inclinó de forma súbita hacia delante y le besó los pies. Solimán se quedó atónito. Nunca había pretendido humillaría así.

-Húrrem -le susurró en tono amable-, estamos encadenados a nuestro deber. No puedo ser como los otros hombres.

Pensó que debía marcharse, a la vista de su evidente debilidad. Pobre Húrrem. No lo entendía. Sí, era cierto, le había embrujado. Pero no era una bruja. Le había hechizado con su inocencia y su devota entrega.

Cuando se hubo retirado, Muomi entró en la estancia y se arrodilló ante los platos medio vacíos que había en la mesa.

-Casi no ha probado la comida -dijo Húrrem-. ¿Será suficiente?

-Sí -musitó Muomi-. Es suficiente.

Abbás a duras penas la reconoció.

La habían ataviado con una camisa de seda rosa y unos pantalones azules típicos del harén, una *dhuma* -grueso caftán con botones de nácar y ojales rematados con hilo de oro- y un tocado en el que rutilaban esmeraldas, diamantes y ópalos.

El kohl perfilaba sus ojos, mientras el resto de la cara permanecía oculto bajo el velo orlado de abalorios.

Llevaba cadenetas de plata, delgadas como hilos, en muñecas y tobillos y un grueso collar de oro rematado por una perla, otro amuleto de oro colgando del tocado.

Cuando se incorporó, una de las gedihli la ayudó a ponerse la capa de brocado, de capucha y largas mangas que la cubrieron de tal forma que ni un dedo quedó visible.

Mi Julia.

La acompañó a través de los oscuros corredores del palacio hasta el coche que esperaba.

Una vez acomodados en el vehículo, Abbás contempló la figura envuelta en la capa que tenía frente a él y se preguntó qué podría decir Julia en el caso de saber que, en otro tiempo, el eunuco marcado por las cicatrices la había cortejado por los canales de Venecia.

-¿Estás asustada? -preguntó.

-Si.

-No debes tener miedo alguno. El sultán es un hombre amable. No pretende hacerte ningún daño.

Al cabo de un buen rato, la oyó decir:

-¿Qué tengo que hacer? -Le temblaba la voz.

Abbás comprendió que estaba al borde del pánico.

-¿No has yacido con ningún hombre?

-No. Nunca.

¿Nunca? *Coipo di Dio!* ¡Dios no existía! De existir, era un desalmado y un tirano. A menos que fuera para solazarse en ello, ¿cómo podía el destino reunir a una virgen y al eunuco que la amaba?

¿Qué podía decir a la pobre muchacha? ¿Cómo podía ayudarla?

-No tienes más que cumplir lo que te diga que hagas. Él te lo indicará.

-¿Por qué me ha elegido a mi?

-Porque eres la mujer más bella del mundo -se oyó decir Abbás, pero luego se quedó callado, por temor a traicionarse.

La llevaré al lecho de mi amo, pensó. Dejaré que los dioses disfruten de su chanza. Ahora no puedo hacer nada para impedirlo. Acabemos con esto, puesto que he sondeado ya las profundidades de la desesperación humana. Si le suerte te acompaña, tus hados serán mejores que los míos.

Topkapi Saraya

Cuando Abbás entró en el dormitorio, Solimán estaba esperando. Echado en la cama, vestía una sencilla túnica blanca festoneada de armiño; adornaba su turbante una blanca pluma de garceta prendida con un broche de diamantes y rubíes. Saturaba la atmósfera de la habitación el aroma de los incensarios colgados del alto techo en forma de bóveda.

La frente de Abbás tocó tres veces la alfombra.

-Gran señor.

Solimán le miró, mientras recordaba el protocolo.

-*Kislar aghasi*, he perdido mi pañuelo. ¿Sabes quién lo tiene?

-Si, mi señor. Traeré ante vos a esa persona.

Abbás levantó del suelo su voluminosa humanidad. Solimán le observó. Llegó a la conclusión de que en Abbás había algo que no encajaba. Ultimamente daba la impresión de encontrarse indispuesto. Aquella noche, el sudor perlaba su rostro -no era una noche calurosa- y sus ojos tenían esa terrible expresión helada que con harta frecuencia había visto durante las batallas. Confió en que no estuviese enfermando de verdad.

Abbás se dirigió a la gran puerta e introdujo una pequeña figura envuelta en su capa. Le quitó el *ferijde* y le susurró algo, al tiempo que la impulsaba hacia delante. Remoloneó en la entrada durante más tiempo del debido.

-Pasa -invitó Solimán.

La puerta se cerró en silencio y se quedaron a solas. La muchacha temblaba. Sacó el pañuelo verde que Solimán le había puesto cruzado sobre el hombro, cayó de rodillas y anduvo a gatas hacia la cama. Cogió la colcha, la levantó hasta la frente y los labios y luego se deslizó dentro del lecho.

Solimán esperó, deseando con toda su alma estar allí con Húrrem.

Solimán se levantó de la cama desnudo y clavó su mirada acusadora en la muchacha que yacía encogida sobre el colchón. La llama de la vela lanzaba sombras por las colinas y valles de su cuerpo y ponía en sus ojos una pasión que en realidad no estaba allí.

El sultán se echó por encima de los hombros una bata de seda y se dirigió a la ventana abierta. La luna llena se había aposentado, inmensa y baja, sobre la orilla asiática del barrio de Uskudar y parecía quemar fósforo en las negras montañas de nubarrones. Luna llena, luna de brujería. Tal vez ésa sea la razón, pensó.

Quizá me ha embrujado de verdad.

La chica veneciana era hermosa. Tenía un cuerpo que parecía de seda, un paraíso para la vista y el tacto. Sin embargo, él no había sido capaz de excitarse, de sentir pasión alguna. No tenía el menor apetito. Como si fuera... ¡Abbás!

Algo... alguien... ¡me ha convertido en eunuco! ¡El sultán de los osmanlies tan impotente como su propio *kislar aghasi*!

Le inundó una oleada de miedo, cólera y desconcierto. Notó que las mejillas le ardían a causa de la humillación. La muchacha le miraba desde la cama, con ojos desorbitados por el temor, sin decir nada. No había pronunciado una sola palabra desde que Abbás la había llevado allí, maldita fuera.

¿Pero seguiría guardando silencio cuando volviese al harén?

Aquella moza no era como Húrrem. No conocía trucos nuevos que le encendieran la sangre, no emitía suaves e incitantes gemidos que le apremiaran a desempeñar su papel de semental. Simplemente permanecía allí tendida, sin ofrecer otra cosa que su belleza, que en el harén no era más que calderilla corriente. Acaso fuera simplemente eso. Tal vez no hubiera brujería. Quizá ninguna mujer volvería a estimular su sexo, después de haber disfrutado de Húrrem.

Pero en el harén no lo entenderían así. Los rumores se multiplicarían en las calles y en los bazares y la gente gritaría de nuevo que estaba embrujado, que ya no era un hombre de verdad, que ya no era un auténtico rey.

Dio media vuelta y la miró. Se había llevado las rodillas hasta el pecho y le estaba observando. Su único movimiento era el parpadeo de los ojos.

Solimán se dirigió con paso rápido a la puerta y la abrió con brusquedad.

-¡Abbás!

Temerosos, los alabarderos que montaban guardia a la entrada se sobresaltaron.

-¿Dónde está Abbás?

Uno de ellos salió corriendo en busca del *kislar aghasi*.

Solimán cerró de un portazo y se dirigió a la cama. Cogió las ropas de la muchacha y se las arrojó.

-¡Vistete!

Momentos después, Abbás aparecía en el umbral, con una vela en la mano. El miedo desorbitaba sus ojos.

-¿Mi señor?

Solimán señaló a la chica.

-¡Llévatela de aquí!

-¿No os complace, mi señor?

-¡Fuera!

Solimán cogió a Julia por un brazo -la joven sólo llevaba puestos los pantalones del harén y una camisa de seda- y la arrastró hasta el pasillo. La dejó tirada en la alfombra, sumida en sollozos.

Arrancó el yatagán del cinturón de uno de los alabarderos, entró de nuevo en el dormitorio y cerró la puerta de golpe. Aplicó la punta de la hoja del yatagán a la barbilla del *kislar aghasi*. Brotó un hilillo de sangre, que se deslizó garganta abajo y puso una mancha roja en el cuello de la pelliza.

Abbás se quedó con la boca abierta y poco le faltó para que la vela se le escapase de la mano.

-¡Esa chica no hablará esta noche con nadie! Y si mañana por la mañana sigue viva, al atardecer tu cabeza servirá de pasto a los cuervos de la Puerta de la Felicidad. ¿Entendido?

-Si, mi señor.

-¡Largo de aquí!

Abbás cruzó con paso veloz el claustro adoquinado del Topkapi Saraya, bien sostenido en la mano derecha el lacrado pergamino. Fue a la celda del agá de los mensajeros. Tenía que hacer llegar a Ludovici aquel recado, a través del Bósforo. Ahora. Aquella misma noche.

Julia estaba encerrada con llave en un calabozo situado debajo del *ortakapi*. Faltaba poco para la medianoche, lo que significaba que, cuando Ludovici recibiese el mensaje, dispondría quizá de menos de cinco horas para llevar a cabo los preparativos.

-Julia -murmuraba Abbás mientras corría-. ¿Qué has hecho, Julia?

Amanecía. Abbás condujo a Julia a través de la enorme puerta del muro de palacio que daba al Bósforo y descendió con ella hasta el borde del agua. Se detuvo un momento, levantó la cabeza para mirar el azul acuoso del cielo y observó los pájaros que trazaban círculos en el aire por encima de sus cabezas. Los habitantes de Estambul llamaban a aquellas aves «almas condenadas». La bandada volátil no producía sonido alguno, incluso el batir de sus alas era silencioso. Nunca se las veía comer ni descansar, parecían volar perpetuamente sobre las negras aguas del Bósforo, siempre vigilantes. Los habitantes
de Estambul aseguraban que eran las almas de las huríes a las que se había ahogado en las aguas de aquel mar.

Era el método tradicional que, al asumir el trono, utilizaba el nuevo sultán para desembarazarse de las molestas viudas de su hermano o para castigar a la odalisca a quien, a saber cómo, dejaba embarazada alguno de los eunucos blancos. Decían que el lodo que cubría el fondo del Bósforo se había espesado con los blanqueados huesos de antiguas concubinas.

Ahora tú, Julia.

Al contemplarla, un estremecimiento sacudió a Abbás. La muchacha había llorado, los chorretes del kohl manchaban sus mejillas y sus trenzados cabellos colgaban enmarañados en torno al rostro. Sólo llevaba encima la

camisa de color rosa y el *salwar* azul. Abbás vio a los dos *bostanji* examinar de manera meditativa el cuerpo femenino, a través de la delgada seda.

-¿Qué está pasando? -murmuró Julia.

Abbás se percató de que los asesinos no apartaban los ojos de ellos. No estaba dispuesto a darles motivo para que concibieran alguna hipótesis.

-No vas a volver al Eski Saraya -dijo Abbás.

La cogió del brazo y la condujo al embarcadero donde aguardaba el caique.

-¿Adónde vamos?

-Limitate a hacer lo que se te dice -respondió Abbás.

-Por favor, explicame qué está sucediendo.

-*Silenzio!* -siseó Abbás, y el sonido de su propio idioma la dejó sin habla.

Sobre los tablones del suelo de la embarcación había un enorme costal extendido. Cuando llegaron a la orilla, Abbás dio media vuelta, cogió a la muchacha y la depositó en el caique, con los pies encima del fondo del saco. De los pliegues de la pelliza se sacó un cordón plateado, cogió las muñecas de Julia y le ató las manos a la espalda.

-¿Qué haces?

Abbás no le respondió. Había un montón de lisos pedruscos en la popa del caique y, uno tras otro, los fue colocando encima del costal. Después levantó los lados del saco, pasó los bordes por encima de la cabeza de Julia y ligó la boca del costal con una cuerda.

-Recuerda que te amo -susurró en lengua veneciana, y la empujó por la cubierta. Después se apeó del caique y se unió a los dos *bostanji* que ocupaban la otra embarcación.

Una fresca brisa rizaba la superficie del Bósforo. Los gritos de los almuecines llamando a los fieles a la oración resonaban a través de las aguas, en ambos lados de la ciudad, el europeo y el asiático. La torre del Diván horadaba la neblina y, en las alturas, el sol centelleaba al herir la aguja con sus rayos. Una mañana preciosa para morir, pensó Abbás.

Remaron hasta dejar atrás el promontorio de la Punta del Serrallo y pasar por delante del sombrío rompeolas de palacio, remolcando al otro caique hasta un punto equidistante entre la península y la orilla asiática. Erguido en la proa, Abbás escrutaba las aguas cuando vislumbró fugazmente una barca de pesca griega, un caramuzal, que apareció durante unos segundos y luego volvió a la invisibilidad, engullida por la turbulenta cortina de niebla.

Ordenó al *bostanji* que inmovilizara los remos y navegaron en silencio, a la deriva, durante un momento. Abbás volvió la cabeza hacia la popa para ver la minúscula barca que bogaba tras ellos, en el extremo de la maroma. El bulto informe seguía bregando en el saco, de forma que la embarcación se balanceaba con suavidad en el agua.

-Coge los cabos -voceó Abbás, un poco más alto de lo debido. El *bostanji* cogió las cuerdas que partían de la popa del caique y empezó a tirar de ellas, de forma que la otra barca se inclinara e hiciese agua. Por último se escoró a estribor y volcó. Se produjo un leve chapoteo y el saco se hundió. Una erupción de burbujas afloró a la superficie y se mantuvo allí brevemente, antes de desaparecer.

Abbás escudriñó la niebla, tratando de localizar al caramuzal, pero no vio nada. Indicó al *bostanji* que debían cortar las cuerdas y luego se dejó caer, sentado, en proa mientras los otros remaban de regreso a la punta.

Julia jadeó al tocar el agua y notar que las piedras arrastraban sus pies hacia el fondo. Cuando el *kislar aghasi* le ató las manos, la muchacha adivinó lo que iba a ocurrir, del mismo modo que sabía que era inútil forcejear. Estaba resuelta a hundirse en el mar y concluir de una vez y cuanto antes, pero algún primario instinto de supervivencia debilitó su resolución y, cuando el caique volcó, se llenó los pulmones de aire y trató de contener el aliento, a la vez que se aprestó a bregar con los nudos que le ligaban las manos a la espalda. Le asombró comprobar que la cuerda se soltaba.

Mientras se hundía hacia el fondo, notó como si alguien le agujerease las orejas con dos agujas al rojo vivo. Se esforzó en resistir el dolor y abstenerse de chillar para no quedarse sin el último hálito de aire. Se revolvió y arañó con frenesí la boca del saco. Se abrió de forma inopinada.

¡El *kislar aghasi*!, pensó. ¡Quería que escapase!

El saco se separó de su cuerpo y Julia manoteó a ciegas en las oscuras aguas verdosas. Avistó la plateada superficie, allá por las remotas alturas, mientras el pecho le latía dolorosamente, penando por otra bocanada de aire.

Tan lejos.

Movió los brazos desesperada, como si fueran remos, emergió de forma repentina e inesperada, trató de absorber aire, pero sólo consiguió engullir más agua y se atragantó. Batalló contra el agua con brazos y piernas, pero el líquido le llenó la boca, una oleada de pánico rojo la anegó y comprendió que iba a morir.

Algo le tocó un brazo y trató de agarrarlo, a la desesperada. Después, el vacío.

Abbás miró hacia atrás una vez y columbró el caramuzal, que se deslizaba en silencio entre el caique y la orilla asiática. Distinguió en cubierta a dos figuras, empeñadas afanosamente en tirar de algo para subirlo a cubierta. Abbás se apresuró a mirar hacia otro lado, por si el *bostanji* volvía la mirada hacia allí, pero la niebla ya había vuelto a cerrarse en torno a la nave griega y el alba protegió sus secretos.

Cuando Solimán regresó de los territorios de guerra había nieve sobre la gran puerta de Ba'ab i Huniayun. Cabalgaba taciturno a lomos de su gigantesco garañón árabe, sordo a las aclamaciones de los jenízaros y de las muchedumbres alineadas a lo largo del trayecto hasta el Diván Yolu para darle la bienvenida. Aquella vez, ni siquiera habían llegado a Viena. Una pequeña guarnición de soldados estacionada en Guns había mantenido inmovilizado a Ibrahim durante más de un mes y la campaña se había disuelto en una serie de incursiones de los jinetes *akinji* y gajes entre los generales sobre la dirección del ataque.

Regresaba de luto. Su madre había muerto. Aunque la defunción de Hafise Sultana le afligía, una parte de él se sentía, de un modo extraño, liberada. Rezó sus oraciones por ella y notó que se le aliviaba el peso de la carga que llevaba sobre los hombros. Día a día se disipaba en su memoria la voz que sin cesar le había recordado su deber, deber, deber.

La campaña europea resultó un ejercicio de inutilidad. El intermedio con la muchacha veneciana había sido un desastre. Vio con meridiana claridad quién era su consejero más sabio y sensato, tanto en el campo de batalla como en el lecho.

Había estado lejos demasiado tiempo.

Húrrem, embrújame otra vez.

VOLUMEN DOS

HAREM

QUINTA PARTE

El paso del polvo

El Eski Saraya, 1535

Una *gedihli* la acompañó a través de los aposentos. Guzúl se sintió impresionada, a pesar suyo. Húrrem tenía jardín propio con fuente de mármol y una pajarera cuajada de ruiseñores, canarios y unas aves que Guzúl veía por primera vez, criaturas de buen tamaño, pico curvo y plumaje en el que alternaban los colores rojo, verde y azul majestuoso. Se rumoreaba en el *bedesten* que le habían regalado una cama de Amoy, China, de marfil, con incrustaciones de sándalo, áloe y espléndidas piezas de coral rosa. Se suponía que su coste había superado los noventa mil escudos, toda una fortuna.

Húrrem estaba tendida boca abajo sobre la losa de mármol, que por la parte inferior calentaban las calderas de palacio, mientras Muomi le daba un masaje en la nuca y en los hombros. Su *hammam* privado, observó Guzúl, era tan espacioso como la cámara de audiencias de Ibrahim.

Ejecutó el ritual *sala'am* sobre el suelo y esperó arrodillada a que Húrrem se dignase darse por enterada de su presencia.

Húrrem guiñó un ojo y una amable sonrisa iluminó su cara.

-Ah, Gúzul.

-¿Mi señora me haría el honor de examinar mis humildes géneros?

Húrrem asintió mediante un leve movimiento de cabeza. Gúzul se inclinó, desató el pañuelo de seda verde que llevaba en los brazos y extendió frente a ella su muestrario de cintas, encajes y bisutería, colocando cada artículo de forma que captase de forma ventajosa la luz del sol.

Los largos y poderosos dedos de Muomi continuaron actuando sobre los músculos de los hombros de Húrrem. Gúzúl pensó que la *kadin* conservaba todavía un cuerpo estilizado. Le hizo pensar en un gato, lustroso y satisfecho, tumbado en su diván favorito. Tenía entrecerrados los ojos, a causa del soñoliento sopor, y estiradas las piernas en lánguida complacencia. Nadie diría que ha alumbrado cinco hijos, pensó Gúzúl. Claro que, según comentaban, había tenido ama de leche para cada uno de ellos y, una vez cortado el cordón umbilical, les había prestado escasa atención. Si quieren crecer y desarrollarse, los integrantes de su camada tienen que valerse por sí mismos.

Las húmedas, espesas y trenzadas guedejas de su pelo rojo dorado le caían sobre las mejillas. Era como si las verdes pupilas la estuvieran observando entre tallos de hierba seca, un depredador al acecho. Gúzúl se estremecio.

-¿Cómo está tu ama? -preguntó Húrrem de pronto.

El rostro de Gúzúl se demudó, perdió el color y la sangre.

-¿Mi ama, señora mía?

-Rosa de Primavera.

Gúzúl comprobó que le costaba trabajo respirar. No se atrevía a levantar la vista hacia aquellas terribles pupilas verdes. Concentró su atención en las baratijas extendidas sobre la alfombra.

-Mi señora está equivocada.

-«Mi señora» no se equivoca nunca -dijo Húrrem, y bostezó-. Eres una criatura de Gúlbehar. Has venido a Estambul para llevarle los recados y espiar para ella en el harén.

Gúzúl no despegó los labios. Esperó.

-No tengas miedo. Sólo quiero de ti un poco de información. Es la única mercancía tuya que me interesa.

Húrrem se rascó despacio la pantorrilla derecha con la punta del dedo gordo del otro pie. Gúzúl observó cómo se le tensaban los músculos de las

nalgas. Eran breves y duras. Como las de un muchacho, pensó Gúzúl. Mientras en Manisa Gúlbehar se vuelve perezosa y engorda cada vez más, a copia de dulces, Húrrem practica una dieta rigurosa y bebe en alguna secreta fuente de la eterna juventud. Aunque tal vez se trate de las pociones que Muomi le prepara. Bruja.

-No soy más que una mensajera, mi señora.

-Exacto. Pero, ¿quién es, quién te recibe aquí, en Estambul? ¿Quién es el amigo de la señora Gúlbehar en la corte?

Gúzúl guardó silencio. Se percató de que empezaban a temblarle las rodillas. Era imposible impedir aquel tembleque. Su propio cuerpo la traicionaba.

-Tienes perfecto derecho a estar asustada, Gúzúl. Es cierto que sirves a la mujer que algún día puede convertirse en la madre del próximo sultán. Pero eso corresponde a mañana y cabe la posibilidad de que no vivas tanto tiempo. Hoy soy yo quien le susurra recaditos al sultán en los momentos de calma y, si me place, puedo susurrarle que cierta buhonera gitana se presenta en el harén, llama bruja en la cara a la *kadin* favorita del sultán y profiere contra ella insultos más graves de lo que la imaginación puede concebir.

Gúzúl alargó una mano para mantener el equilibrio.

-Mi señora.

-Tá eliges. Medítalo durante unos segundos.

Húrrem volvió a cerrar los párpados y se entregó a las atenciones de Muomi. Gúzúl temió desmayarse de un momento a otro. Se daba cuenta de que se había lanzado a un juego peligroso; pero nunca le pareció real. Ahora se enfrentaba a la certidumbre de la muerte y los intestinos se le convertían en agua.

-Ibrahim..., mi señora -consiguió articular por fin.

Los ojos de Húrrem se abrieron, parpadeando.

-Ibrahim -musitó. Sus rasgos parecían sosegados, gracias al masaje, pero de pronto sus pupilas se tornaron gélidas y vacías-. Vaya. No tenía por qué ser una sorpresa. Ese hombre es como un amante celoso, ¿no es cierto, Guzúl?

Gúzúl no consiguió encontrar la voz.

-Tienes que elegir, vejestorio. No puedes servir a dos amas. Lo malo es que sólo tienes una vida. La vida es cruel, ¿verdad?

-Mi señora, haré lo que sea...

-Todavía desconoces el trato, Gúzul. Ahí, encima de la mesa, hay un frasco tapado. Tiene dentro una pequeña cantidad de líquido. Quiero que te lo guardes bajo el vestido y te lo lleves a Manisa. Después, me gustaría que encontrases el modo de verter el contenido del frasco en la bebida de Mustafá. ¿Crees que podrás hacerlo, Gúzúl?

Gúzul gimió en voz alta.

-Es una elección difícil, lo comprendo. Pero antes de que tus rodillas abandonen el suelo y te levantes tendrás que haberla adoptado. Mustafá o tú. ¿Cuál de vosotros dos va a morir?

-Es imposible, mi señora. Los catadores lo prueban todo...

-Tal vez estés pensando que Ibrahim puede salvarte. Es verdad que el sultán le hace caso. Pero hay otras cosas que Solimán desea poseer con más intensidad. Y mucho más persuasivas. Así, pues, ¿qué decides, Guzúl?

-Por favor, mi señora. Cualquier otra cosa...

-¿Qué decides?

Habla en serio, pensó Guzúl. Si no accedo a lo que quiere, no dudará un segundo en hacer que me maten.

¡Dios, ayúdame en mi congoja!

-Haré lo que pueda -dijo.

-Si me fallas, no esperes mi compasión.

-Pero, mi señora...

-Es un simple trato, Guzúl. No hay premio para el fracaso. Guzúl se quedó mirándola con los ojos desorbitados a causa del pánico.

-Gracias por enseñarme esos artículos -dijo Húrrem-, pero estoy adecuadamente surtida.

Con manos temblorosas, Guzúl recogió sus baratijas, las envolvió en el amplio pañuelo y ató con delicadeza las esquinas. Se acercó andando de rodillas hasta la mesa de mármol y cogió el precioso frasquito blanco y azul de Iznik como si fuera su propia sentencia de muerte. Cosa que todavía podía ser, pensó Húrrem. Guzúl se deslizó fuera de la estancia, convertida en una mujer mucho más vieja que la que había entrado.

Cuando se hubo ido, Húrrem cerró los ojos y gimió al acentuar Muomi su presión sobre los músculos de las nalgas, casi como si quisiera separar las articulaciones de las caderas. Tendré que ajustarte las cuentas, Ibrahim, pensó Húrrem. Era inevitable, aunque he tratado de soslayarlo. Deseaste poseer a Solimán.

Pero Solimán es mio.

El Diván era un salón rectangular, con sofás bajos adosados a lo largo de las paredes. Una ventana con rejilla de mimbre sobresalía en el muro del fondo, cubierta con una cortina de tafetán negro. Los miembros de la corte la llamaban «la ventana peligrosa» porque al otro lado de la misma podía acercarse Solimán en cualquier momento para escuchar los debates del Diván. Lo que significaba que cuando los pachás iban a informarle, al término de la jornada, no podían ocultarle nada, ya que ignoraban si precisamente aquel día había acudido o no a la ventana peligrosa.

Pero hoy había ido. Observaba mientras Ibrahim atendía, todo oídos, la larga queja de un mercader armenio que presentaba una denuncia de usura menor contra un comerciante judío. A Solimán le maravillaba la infinita capacidad de su visir para los detalles, el infatigable amor que le inspiraba cualquier posibilidad de manejar hasta los más insignificantes instrumentos de poder. A su regreso de Viena, Solimán había asistido a alguna sesión del Diván, pero en seguida había traspasado de nuevo a Ibrahim aquellas fastidiosas obligaciones. Gracias a Dios que existen hombres como él, pensaba. Le infundía un cálido sentimiento de orgullo, el mismo arrebato de cariño paternal que a veces experimentaba hacia Mustafá.

Qué lejos han llegado los *ghazi*, pensó, desde aquellos tiempos en que guerreaban y efectuaban incursiones por las grandes praderas de Anatolia, llevando consigo su vida y su cultura en las tiendas de negras pieles de cabra. Ahora, los hijos de los Osmanlí vivían en palacios impresionantes y oraban en la imponente catedral cristiana de Aya Sofía, obra maestra del emperador bizantino Justiniano; ahora, él, Solimán, administraba la reconstrucción de aquella gran ciudad que era la puerta de Europa y Asia y permitía a los antiguos cristianos asistir al desarrollo de aquel formidable imperio, mientras él formalizaba los *kanun* que establecerían una gran civilización musulmana para los siglos venideros.

Tenía la absoluta convicción de que era la misión que Dios le había encomendado. Llevaba quince años de sultanato y estaba cansado. Harto de la guerra santa y de las interminables campañas que exigían los agás y los jenízaros, hastiado del olor de la sangre y de los cadáveres amontonados como haces de hierba seca en los fosos de unas fortalezas que volverían a caer en manos del infiel en cuanto él retirara su ejército a los cuarteles de invierno.

Había concluido el período de destrucción. Que Ibrahim conservara el imperio. Él, Solimán, daría a aquellos *ghazi* y a sus esclavos cristianos una civilización que perduraría a lo largo de mil años. Reconstruiría la ciudad, a mayor gloria de todo el Islam, les daría *kanun* que garantizarían la paz y el buen gobierno y facilitaría un hogar a aquellos inquietos nómadas.

Suspiró. En adelante debía construir, no destruir.

Topkapi Saraya

Cenar con Solimán en sus aposentos privados era un privilegio que el sultán no concedía a ningún otro hombre, pero Ibrahim ya no disfrutaba con tanta asiduidad como antes de aquel honor. Había visitado el serrallo de Solimán con regularidad, pero las invitaciones a cenar eran ahora cada vez menos frecuentes. Cuando iba, comprobaba que Solimán se había convertido en un compañero de mesa aburrido, que sólo sabía darle vueltas y vueltas a las cuestiones administrativas o hablar sin parar de los planes que tenía entre manos con Sinan, su maestro de obras, en lo referente a la construcción del complejo de alguna nueva mezquita. A Ibrahim le parecía que se había olvidado de la savia, de la parte vital del imperio, de cualquier imperio. Había cometido lo que, en opinión de Ibrahim, era el error esencial. Se había cansado de la conquista.

Una vez el *killerji-bashi* hubo retirado los platos, Ibrahim volvió a llenar de vino de Chipre dos copas de cristal y empezó a leer en voz alta unas páginas de la historia de Alejandro. Recitó la marcha hacia el interior de Persia, la victoria sobre el emperador Darío en Gaugamela y la conquista de Babilonia.

Ibrahim hizo un alto en la lectura y miró a Solimán.

-Debemos ir también allí, mi señor.

Solimán asintió. La noticia había llegado aquel día al Diván: Tahmasp, el sha de Persia, acababa de reconquistar Babilonia. Como defensor de la fe, Solimán no podía pasar por alto un desafío tan arrogante a su autoridad. Había que verificarlo.

El sha sustentaba a los *mullah* herejes y les permitía difundir sus doctrinas apóstatas en Mesopotamia e incluso en Azerbaiyán y Armenia. Era una úlcera repugnante que había que extirpar de la carne del Islam. Se atrevían a predicar la infalibilidad de sus imanes, de seres humanos mortales, y llegaban incluso a proclamar místicas interpretaciones del Corán. Le ofendían como no podía ofenderle ningún *gaiour*, ningún cristiano, cuyo pecado, después de todo, era producto de la ignorancia.

Tenerlos predicando sus perversas doctrinas en la ciudad santa de Bagdad era algo que no podía consentirse.

-Sí, Ibrahim -convino Solimán-, no podemos seguir dando la espalda a los safawíes.

-¿Por qué tan solemne, mi señor?

Solimán suspiró.

-¿Debemos estar siempre corriendo hacia las puertas, Ibrahim? No hemos sofocado un ataque, cuando ya suenan las trompetas en otras murallas.

-Esa es la regla. Sois el emperador. Nacisteis para eso.

¿Por qué, se preguntó Ibrahim, entiendo todo esto mucho mejor que él?

-Un imperio es algo más que hacer la guerra, Ibrahim. También debemos construir. Tenemos que crear algo que perdure después de que el polvo de los ejércitos se haya desvanecido en el horizonte.

-Siempre habrá ejércitos, mi señor. Siempre.

A Dios gracias. ¿Qué era un hombre, si no tenía una silla de montar bajo su cuerpo y el olor del cuero y el polvo en las fosas nasales? Solimán empezaba a ser demasiado suave, a sentir demasiado afecto por su harén. Mejor dicho, a sentir demasiado apego a Húrrem.

-Estoy cansado de todo eso, Ibrahim.

-Mi señor, un hombre no puede ser sultán y llevar una vida sin conflictos. Debe someter a otro o dejarse someter por él. No puede ser de otra forma.

-En tal caso, no es mejor que los perros callejeros.

-Fue Mahoma quien nos acució a la guerra santa, mi señor. Cuando partimos hacia los territorios de la guerra, llevamos con nosotros la bandera verde del Islam.

Por primera vez, el semblante de Solimán se abrió en una sonrisa.

-¡Mahoma! ¿Qué te importa a ti el Islam?

-Es mi religión, señor mío.

-Tu religión es lo que te complace. ¿Crees que no lo sé, viejo amigo?

La religión es para las viejas hipócritas y supersticiosas, pensó Ibrahim. Pero si de veras me conoces hasta ese punto, ¿por qué confías tanto en mí?

-Soy un fiel soldado del Islam -afirmó Ibrahim.

-Eres un buen soldado y un visir leal. Con eso tengo suficiente.

-¿Os burláis de mí, señor?

-Tú te burlas de todos nosotros.

No, pensó Ibrahim. No me burlo de ti. A ti te quiero como a un hermano. Quizá porque somos tan diferentes. Te quiero por tu amabilidad y tu debilidad. Te quiero quizá porque me necesitas. Te quiero porque he puesto mis sueños a tus pies y me has permitido convivir con ellos.

-Dentro de unos días cabalgaremos juntos bajo la bandera verde, mi señor. El frío viento se llevará todas estas dudas.

-No, Ibrahim, esta vez no. Hace tres años, no quería ir a Viena y me convencieron. El tiempo demostró que yo tenía razón. Me pasé cinco meses viendo cómo mis cañones se hundían cada vez más en el barro, bajo las murallas de una fortaleza cuyo nombre ni siquiera puedo recordar. Federico no se presentó y Carlos, tal como yo había pronosticado, tampoco. Esta vez me mantendré en mis trece. Tendrás que llevar el ejército a Persia tú solo.

Ibrahim mantuvo su mirada obstinada fija en el suelo.

-¿Tan terrible es el peso que cargo sobre tus hombros, Ibrahim? Otros hombres llorarían de júbilo ante tal honor.

-El sitio de un sultán está con su ejército.

-No me des lecciones acerca de mi deber -bramó Solimán; luego, en tono más amable-: ¿No puedes aplastar al sha Tahmasp y desembarazarme de ese mosquito entrometido?

-Claro que sí, mi señor.

-Entonces, hazlo, Ibrahim. A partir de ahora, serás el guardián de mi puerta.

-Quisiera no tener que encargarme de eso, mi señor.

-Lo he decidido.

Ibrahim permaneció largo rato silencioso. Ya es hora, determinó. Hay que decirlo.

-Mi señor, hay una cuestión que me afecta en gran manera.

-Habla con toda franqueza, Ibrahim.

-Me ha llegado hoy un mensajero de Manisa. Se ha producido un atentado contra la vida de vuestro hijo Mustafá.

Una aguda inspiración de aire. Los labios de Solimán se apretaron hasta formar una torva línea.

-¿Quién ha traído la noticia?

-Uno de los correos de la propia Gúlbehar, mi señor. No hay equivocación posible.

-¿Qué ha ocurrido?

-Se sentó a cenar con un capitán de su guardia personal. El hombre sorbió un poco de vino y cayó enfermo de manera fulminante. Una hora después, había muerto entre dolores agónicos.

-¿Y Mustafá?

-Todavía no había tocado su copa, gracias a Dios.

El puño de Solimán golpeó el suelo.

-¿Quién lo ha hecho?

-No hay ninguna prueba.

Ibrahim lo dijo de una forma que daba a entender que sabía quién había sido. Solimán captó el tono y clavó su mirada perspicaz en él.

-¿Quién, Ibrahim?

-Mi señor, no existe prueba alguna. Pero debemos tener en cuenta la posibilidad.

-¿Quién?

Ibrahim no respondió. Eludió los ojos de Solimán. Veamos si está tan ciego que no ve lo que para todos los demás salta a la vista.

Solimán alargó el brazo con brusquedad y agarró la muñeca de Ibrahim. Este hizo una mueca de dolor. Había olvidado lo fuerte que era el sultán.

-Te equivocas -susurró Soliman.

-Mi señor, ¿quién más podría ser?

-¡Es otra de las fantasías de Gúlbehar! ¡Tráeme una prueba, Ibrahim, una partícula de prueba!

-¡Le habéis conferido demasiado poder, mi señor! ¡Os gobierna día y noche! ¿Cuántas veces os veo ahora? ¡Ya no salimos de caza, en raras ocasiones comemos juntos, nunca me llamáis para que toque para vos! ¡Esa mujer os ocupa hasta el último segundo que permanecéis despierto!

-Comprendo -murmuró Solimán en voz baja-, de modo que estás celoso.

-Estoy asustado. Me asusta lo que os está sucediendo. El Solimán a quien yo conocía nunca habría permitido que su ejército fuera al campo de batalla sin él.

-El Solimán a quien conocías era un muchacho que hacía simplemente lo que había hecho su padre. Ahora soy mi propia persona.

Ibrahim se daba perfecta cuenta de que había ido demasiado lejos, pero ahora le resultaba imposible morderse la lengua. Sentía el latido de la sangre en sus oídos.

-¡Quiere ver muerto a Mustafá, para que uno de sus propios hijos pueda ser sultán!

Solimán contempló a Ibrahim durante largo tiempo antes de hablar. Cuando lo hizo, su voz estaba exenta de toda emoción. Era como si una parte de él hubiera abandonado la estancia, como si se hubiera retirado de Ibrahim.

-Has sido amigo mio durante muchos años, Ibrahim. No me obligues a odiarte.

-Mi señor…

Ahora, vete. Tengo que meditar.

Ibrahim se puso en pie y salió de la estancia. Maldita pequeña bruja. Quizá había reaccionado demasiado tarde. Ahora, desaparecida Hafise Sultana, ¿quién apartaría a Solimán del borde del precipicio?

El *timariot* había oído cómo llamaban a aquel funcionario. El «hombre que nunca sonreía». Pero al *defterdar* Rústem no le aureolaba ningún halo de maldad, su rostro no tenía cicatrices ni signo externo alguno de malevolencia. Era como cualquier otro del centenar de escribas del gran palacio. En su expresión nada había que indicase que para él existía cosa alguna, además del pergamino que tenía frente a él. No levantó la cabeza cuando el *timariot* entró en el cuarto. Siguió estudiando el documento que tenía encima de la mesa que los separaba.

-¿Sois Mohamed Durgun?

-Así es -respondió el *timariot.*

-¿De Kirklareli?

-Si.

Continuó sin alzar la vista.

-¿Vuestro padre sirvió en Mohacs y en el sitio de Buda-Pest?

-Sí. -El *timariot* titubeó, sin saber qué añadir. ¿Y si eran ciertas las historias que había oído acerca del hombre que nunca sonreía?-. Murió el año pasado. De la peste.

-Si eso es verdad, por ley las tierras vuelven al poder del sultán.

El *defterdar* Rústem tomó la pluma de encima del escritorio e hizo una anotación en el documento que tenía delante.

-¿No hay…? -el *timariot* vaciló, mientras se preguntaba cómo enfocarlo. Había cabalgado dos jornadas para presentarse allí, impulsado por el temor a perder la tierra que Selim el Cruel concediera a su padre, tras el sitio de Belgrado-. ¿No hay otra solución?

El *defterdar* Rústem hizo una pausa.

-¿Vuestro padre se llamaba Hakim Durgun?

-Sí.

-Según mis registros, estáis equivocado. Todavía vive. Tendrá que abonar al Tesoro el equivalente a un ásper por cada oveja, anualmente. ¿Alguna pregunta?

-No, *defterdar*.

-Entonces, eso es todo.

El *timariot* abandonó la oficina del *defterdar,* sorprendido por la simplicidad de lo que acababa de hacer. Los *kanun* promulgados por Fatih prohibían de modo riguroso que los feudos pasaran de padres a hijos. Sin embargo, mediante unas sencillas palabras, él se había convertido en propietario de la tierra de su padre... a determinado precio. El tributo que había sido impuesto a su padre era de un ásper por cada dos ovejas. A cambio del privilegio de retener la tierra, Rústem sólo le había duplicado la contribución. Se imaginaba fácilmente adónde iría a parar el resto del dinero.

Con todo, merecía la pena. Aunque le habría gustado comprobar de qué color eran los ojos del hombre que nunca sonreía.

El quiosco hexagonal situado detrás de la Puerta de la Felicidad dominaba los jardines de Selamlik. El mármol era deslumbrante, los cristales de colores de las ventanas tenían adornos de oro. El quiosco se hallaba en medio de un bosquecillo de cipreses negros, en las paredes había incrustado ladrillos vidriados de color turquesa y azul que formaban dibujos en forma de sauce, un bosque encantado de hojas plumosas, que habitaban seres terribles, cuyos ojos eran rubíes y piedras de mayólica. Gruesas alfombras repetían las formas de sauce en rubí y marfil. Inscripciones cúficas en azul y blanco se entrelazaban encima de la puerta con el panel de cedro. Los artesanos de Solimán habían trabajado el suelo con tal escrupulosidad que parecía estar hecho de una sola pieza de cristal de roca. Era un paraíso dentro de un paraíso, un resplandeciente santuario de mármol.

Solimán descansaba sobre un colchón con bordados en oro mientras Húrrem, sentada a sus pies, interpretaba a la viola una melodía suave y repetitiva, que acompañaba con su voz, cuyo tono subía y bajaba de acuerdo con la cadencia musical. Tendido de lado, Solimán contemplaba la danza de los rayos de sol sobre la lámpara damasquinada suspendida de la cúpula, sobre su cabeza: el cristal y el coral rutilaban como joyas.

Ahora, una vez más, querían arrancarle de su silencio y su dicha para que fuese a las solitarias montañas de Asia.

El deber, había oído susurrar a su madre. El deber. ¿Pero cuál era ahora su deber? ¿Arrojar más carne cruda a los jenízaros o construir los cimientos del futuro para sus hijos osmanlíes?

¿Vivir entre el hedor de la sangre, como su padre, en los territorios de la guerra, o asegurar la paz en piedra y pergamino?

A través del enrejado de la ventana y de la guirnalda de madreselva que colgaba del emparrado, su mirada siguió a lo largo de los guijarros de colores que serpenteaban entre las motas de sol y sombra que producían las ramas de los plátanos.

¿Por qué renunciar a aquello, a aquellas horas con Húrrem, a la oportunidad de pasar buenos ratos con sus hijos, Selim y Mehmet, Bayaceto y Qehangir? Había dedicado poco tiempo a sus hijos. Apenas los conocía. ¿Y quién podía predecir el futuro? Era posible que algún día, uno de ellos fuera el *shahzade*.

Shahzade. Según parecía, al final lo único que importaba era el *shahzade*. Desde el mismo instante en que ocupase el trono, todas las miradas se clavarían en Mustafá para juzgar si estaba capacitado. Desde el momento en que te conviertes en sultán, se preparan para tu muerte.

Húrrem acabó la canción y dejó la viola a un lado. Alargó la mano y le acarició la mejilla.

-Tenéis el ceño fruncido. ¿En qué pensáis? -murmuró.

-En Mustafá -respondió él.

La sonrisa vaciló como una llama que agitara la brisa.

-¿Qué ocurre, mi señor?

-Ibrahim me ha transmitido noticias inquietantes, pequeña ruselana. Alguien ha intentado envenenar a mi hijo.

La observó con atención. Húrrem le devolvió la mirada, con ojos desorbitados e inocentes.

-¿Se encuentra bien?

-Gracias a Dios, sí.

-¿Quién lo ha hecho?

-No lo sabernos. -Escudriñó el rostro de Húrrem, a la búsqueda de algún indicio-. Ibrahim te acusa a ti.

Húrrem se irguió, pálido el semblante.

-Mi señor…, pero ¿por qué?

-Cree que quieres que sea sultán uno de tus hijos.

Los ojos de Húrrem escrutaron la cara de Solimán. Trataba de adivinar qué estaba pensando.

-Mi señor, claro que lo deseo. ¿Supones que Gúlbehar va a ser bondadosa conmigo cuando su hijo sea sultán? ¿Te parece que puedo desear que asesinen a todos mis hijos al estilo osmanlí? Claro que no. Rezo para que Dios nos ampare y nos salve a mí y a mis hijos. Pero Ibrahim me halaga al pensar que tengo poder, aquí, en el harén, para hacerle daño a un gran príncipe que se encuentra a cinco jornadas a caballo de Estambul. Y que soy capaz de lastimar a Mustafá. Es tu hijo y yo no podría ocasionarte ese dolor. Antes prefiero morir.

Solimán se la quedó mirando, sin pronunciar palabra. De pronto, Húrrem se inclinó hacia delante y sacó de la vaina, con brusco ademán, la daga de ceremonia que Solimán llevaba al cinto. Antes de que él tuviese tiempo de reaccionar, la mujer ya empuñaba el arma y se aplicaba el filo de la hoja a la carne de la muñeca. Los rubíes y zafiros incrustados en el mango y la guarda centellearon al herirlos los áureos rayos del sol de la tarde.

-Si lo crees, dime que me abra las venas y lo haré. Quisiera morir antes de que sospeches esa monstruosidad de mí. Si hay la menor duda, pronuncia la palabra y ahorraré al *bostanji* la mella de su espada.

Solimán clavó su mirada en la de ella. Hasta la última fibra de su ser deseaba creerla. Anhelaba creer.

De súbito, Húrrem se clavó la daga y la sangre carmesí salpicó la pureza blanca de su camisa y se deslizó por el brazo como un río rojo. Solimán se precipitó hacia delante, arrebató la daga de la mano de la mujer y la arrojó al suelo.

-¡Húrrem!

-¡No… no quiero seguir viviendo! ¡Déjame acabar!

Solimán plantó la palma en la herida, rasgó el brocado de su bata y vendó el corte. Húrrem forcejeó, al tiempo que chillaba en tono histérico. Él la abrazó y la acunó, aterrado por la posibilidad de perderla.

Noche.

A la vacilante llama de la vela, Muomi quitó con toda la solicitud del mundo el brocado que todavía vendaba la muñeca de Húrrem. Examinó la herida. Húrrem no le quitaba ojo. Brillaba el sudor en su rostro.

-¿Es grave? -susurró Húrrem.

-El filo no ha tocado la vena principal, mi señora -musitó Muomi-. Si la hubieses cortado, puede que nunca hubiera dejado de sangrar. -Procedió a aplicar a la herida una cataplasma de hierbas y un nuevo vendaje de hilo-. Deberías haberlo hecho con el máximo cuidado.

-Oh, pero si lo he hecho así. -Húrrem sonrió con debilidad-. He sido rápida, pero muy, muy cuidadosa.

Húrrem estaba sonriendo cuando llevaron al *kislar aghasi* a su presencia. Abbás comprendió que eso tanto podía ser una buena como una mala señal. El hecho de que estuviese sonriendo sin duda significaba algo. Abbás imaginó que Húrrem probablemente se encontraría de un humor exultante el día que ordenase su ejecución.

Desde la muerte de Hafise Sultana, Húrrem había asumido el cargo de sultana *valida,* lo que representaba que Abbás no era más que su servidor jefe, sometido a mil caprichos y absolutamente desprovisto de poder. Ella contaba con el oído del sultán, mientras que él era el arráez de trescientas odaliscas, cada vez más excitadas, un harén que sólo lo era de nombre.

Algunas de aquellas huríes ya se habían quejado ante él de que empezaban a tener telarañas entre las piernas.

Ejecutó los tres saludos ceremoniales que requería el protocolo y dejó que sus dos pajes le ayudaran a ponerse en pie de nuevo. Húrrem contempló divertida aquel espectáculo.

-Mi Abbás -murmuró.

-Vuestro servidor, Velo de Cabezas Coronadas.

Húrrem despidió a los pajes con un casi imperceptible movimiento de cabeza. El murmullo de las fuentes que dejaban fluir su chorro por los caños de oro evitaría que oídos indiscretos escuchasen la conversación. Abbás no pudo evitar un escalofrío de temor. Nunca había disfrutado de los secretos de Húrrem.

-¿Te gusta tu cargo, Abbás?

-Sí, mi señora.

-Estás temblando. ¿Te inquieta algo?

Jugaba con él. *Ziadi!* ¡Bruja!

-Simplemente me siento abrumado por la presencia de vuestra belleza.

Húrrem echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

-Eres patético, Abbás.

¿Acaso puedo ser de otra manera, pensó Abbás, cuando he dejado de ser un hombre y por alguna razón no deseo morir?

-Sí, mi señora.

-Temes que el verdugo de palacio pueda estar a tu espalda, con el dogal en la mano.

Abbás se dio cuenta de que el sudor brotaba en su rostro. No se atrevió a volver la cabeza, pero la sugerencia de Húrrem le obligaba a imaginar la mordedura de la cuerda que se le clavaba en la carne, bajo la barbilla, mientras los robustos brazos retorcían el nudo...

-Pobre Abbás. No hay ningún *bostanji*. Compruébalo con tus propios ojos.

Abbás continuó mirándola a ella.

-Vamos. Vuelve la cabeza.

Obedeció. La cámara estaba vacía y el barboteo de las fuentes se mofaba de él. Volvió a mirar a Húrrem; la odiaba con tal intensidad que

sintió un dolor agudo en el pecho. Esta bruja me está matando, pensó. Quiere que nunca más vuelva a tener paz.

-La información que me diste acerca de Guzúl era cierta. Te felicito.

-Mi señora.

La mujer se inclinó hacia delante, apoyó la barbilla en la mano y examinó a Abbás como si lo viera por primera vez.

-Como quiera que el Señor de la Vida parece utilizar poco el harén, tú resultas bastante superfluo, ¿no es así, Abbás?

-Como diga mi señora -repuso Abbás. ¿Adónde quería ir a parar?

-Desde la muerte de Hafise Sultana, Dios la bendiga y la tenga en el Paraíso, parece que tu función principal ha consistido en llevar las cosas de mi hogar. Nuestras fortunas se entrelazan.

-Me siento muy honrado.

Las verdes pupilas le observaron con mirada candorosa.

-Sí, Abbás, ¿pero se me ha honrado a mí con un servidor obediente?

-Velo de Cabezas Coronadas, vivo para serviros.

-Tal vez. -Húrrem le examinó durante largo rato y Abbás tuvo la sensación de que el pavor se asentaba en su pecho como plomo helado.

-¿Te acuerdas de Julia Gonzaga?

Abbás se tambaleó ligeramente.

-¿Una de las chicas del harén, quizá?

Húrrem volvió a reír.

-Quizá.

Ah, sí, ahora la recuerdo. No complació al Señor de la Vida. Ahora duerme en el Bósforo.

-Duerme en Pera, con los cristianos.

Fue como si una cuerda tensa se rompiera dentro de él. Vaya, lo sabe, pensó. Ahora estoy a su merced. Maldita sea esta bruja pelirroja. Maldita sea, maldita sea.

-¿Por qué lo hiciste, Abbás?

¿Crees que voy decírtelo y permitirte que te burles de la única cosa digna a la que puedo aferrarme?

-Me pagó.

-¿Desafiaste la ira del sultán por dinero?

Abbás hizo acopio de valor.

-¿No lo haríais vos?

Húrrem batió palmas, encantada.

-¡Ah, es mucho mejor cuando eres sincero conmigo, Abbás! Me gusta. Eres una serpiente que finge ser un cordero. Me siento mucho mejor cuando enseñas los colmillos.

-¿Voy a morir?

-¿Quieres morir, Abbás?

-Una parte de mi lo desea.

-No intentaría impedirlo. Por supuesto, conoces el castigo que se aplica por desobedecer al sultán como lo has hecho tú. Te colgarán de una estaca aguzada y te dejarán morir al sol. Dicen que la muerte puede tardar tres días, a veces algo más…

-Por favor, mi señora…

-No pretendo que supliques, Abbás. No te he mandado llamar para eso.

-¿Qué es lo que deseáis?

-Tu obediencia, Abbás. Nada más. Tu obediencia hasta el día de mi muerte.

Abbás contempló la alfombra adornada con dibujos que tenía bajo sus pies.

-Ya soy un esclavo. No importa quién sea mi amo.

-¿Encontrarás, pues, a alguien que me traiga la cabeza de Ibrahim?

La mera idea le dejó sin respiracion.

-¿... Ibrahim?

-¿Crees que te dejaría librarte del brillante y puntiagudo garfio del sultán sin que me dieras algo a cambio, Abbás? No negociaré a la ligera tus tres días de agonía mortal, eunuco mio.

Abbás alzó los ojos hacia los de Húrrem. Oh, cómo me gustaría borrar de tus pupilas esa sonrisa de triunfo. Oh, lo que daría por azotarte, pequeña *ziadi,* flagelarte hasta verte tendida a mis pies, lloriqueando e implorando de la forma más rastrera. Oh, lo que disfrutaría violándote, teniéndote bajo mis muslos, gozándome en tu impotencia. Pero eso está más allá de mi poder.

-Os ayudaré -dijo.

Con un gato blanco en el regazo, Abbás estaba sentado en la colchoneta de dormir que había desenrollado de su nicho en la pared. Acarició con delicadeza al felino. Creía, como Mahoma había enseñado, que los gatos tenían alma igual que los hombres y hablaba a aquél como le hablaría a un hombre.

-¿Qué puedo hacer, pequeño *ziadi*? Esa mujer coloca un espejo frente a mi cara y no veo nada en él. Me ha demostrado mi debilidad. Hubo un tiempo en que creía tener valor. Pero el de arriesgarse a morir es una clase de valor, el de abrazar la muerte, otra. Incluso después de lo que me hicieron, podría ser un hombre, si optase por poner fin a mi servidumbre con mi propio cuchillo. Pero no puedo, no puedo. Entonces, ¿qué me queda?

El gato ronroneó suave, ritmicamente, y sus grandes ojos verdes parpadearon despacio en la semioscuridad.

-Si ella quiere destruir a Ibrahim, le indicaré el modo de hacerlo. ¿A mí qué me importa ya? Proporcionaré a la Risueña su perfecta contrapartida. El hombre que nunca sonrie.

Una noche cálida, la primera de la estación de las flores. Estaban tendidos en el diván, a la luz de la vela, mientras la ventana abierta enmarcaba una media luna suspendida a escasa altura sobre los alminares.

-Quedaos aquí para siempre -susurró Húrrem.

Solimán sonrío.

-¿Qué seria de los osmanlíes, si lo hiciese?

-El imperio se desmoronaría y se convertiría en polvo. No me importa.

-A veces... -Solimán dejó la frase inacabada-. Nunca hemos tenido horas suficientes, Húrrem.

-¿Habrá horas este verano, mi señor? ¿Tardará mucho el agá en volver a tocar el gran tambor de guerra?

-El sha de Persia se muestra demasiado insolente. Es hora de aplastar al mosquito.

Húrrem frunció el ceño, irritada. A veces, pensó Solimán con afecto, es como una chiquilla. Le cogió la mano y miró la venda de hilo que envolvía su muñeca. Se estremeció ante el recuerdo que le evocaba.

-¿Y tú? -murmuró Húrrem.

Solimán sonrío.

-¿Recorrer todo el camino hasta Persia por un insecto fastidioso? Se lo dejaré a Ibrahim.

Húrrem le echó los brazos al cuello y se apretó contra él. El sultán notó sobre el cuello la humedad de las lágrimas.

-¿De veras hablas en serio, esta vez?

-Ya he tenido bastante guerra, pequeña ruselana.

-¿Y Carlos, el emperador romano?

-El Papa reclama una alianza contra nosotros. Quiere que Nápoles y Venecia se le unan para asegurar el Mediterráneo. Ibrahim dice que tal alianza no se producirá.

-Ibrahim... -silabeó Húrrem en tono de mofa.

-Confío en su criterio.

-¿Te ofrece garantías?

-Nadie puede garantizar lo que vaya a hacer un *gaiour*. Hace cinco años, los propios ejércitos de Carlos saquearon Roma. ¿Quién es capaz de prever lo que tales bárbaros pueden intentar?

Húrrem desvió la mirada.

-Mi señor, perdonad mi atrevimiento, pero anoche tuve un sueño. Soñé que negociabais una paz con el rey de Nápoles y con el dux de Venecia. Les ofrecíais sanciones y un tratado. Considerabais que, si ellos aceptaban, os habríais asegurado el mar contra Carlos. Les dijisteis que, en el caso de que no accedieran, vuestros almirantes tendrían excusa para efectuar incursiones sobre sus costas durante todo el verano. ¿Creéis que es un buen sueño?

Solimán se la quedó mirando, luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. ¡Un cerebro tan calculador malgastado en una mujer!, pensó. Habría sido un visir estupendo. Sus dotes políticas le sorprendían sin cesar. Pero tal vez aquel cerebro no se esté malgastando; no, mientras hable sólo conmigo. -Un día te nombraré mi gran visir -rió Solimán.

-Un día tal vez tengáis que hacerlo -coreó ella la risa-. Tendré a Ibrahim por escriba.

-Ibrahim se moriría antes de llegar a eso. -Se puso serio-. No te burles de él. Sin Ibrahim no pasaríamos juntos todo este tiempo. Ibrahim comparte conmigo la pesada carga.

Húrrem le acarició la barba, mientras Solimán observaba el despliegue de pensamientos que aparecía en el semblante de la mujer. Empezó por mordisquearse el labio inferior, claro indicio, le constaba, de que algo le bullía en la cabeza.

-¿De qué se trata, pequeña ruselana?

-No es nada.

-Dímelo.

Ella le miró a los ojos.

-Es Ibrahim. A veces.., bueno, a veces..., ¿no os preocupa que pueda... abusar... de su poder?

-¿Ibrahim? Claro que no.

-Es que siempre se oyen rumores así por el harén. Y como nunca sé la verdad, me preocupo por vos.

Solimán se incorporó, alarmado.

-¿Qué rumores?

Húrrem titubeó.

-No quiero decir nada que pueda perjudicar a Ibrahim. No era mi intención... No tengo nada contra él...

-¿Qué clase de rumores?

-Que se burla del Islam y se solidariza y asocia con los *gaiour*. Que cuando recibe a embajadores se hace llamar sultán.

Solimán la contempló fijamente durante largo rato, atónito. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

-¡Fantasías de mujeres!

Húrrem agachó la cabeza.

-Lo siento. No debería repetir los chismes que oigo. Casi siempre son tonterías concebidas con mala idea. Pero escucho tantas que cuando paso mucho tiempo sin verte no sé qué creer.

-Ibrahim es impetuoso y fatuo. Pero jamás me traicionana.

-¿Me perdonáis?

-¿Qué hay que perdonar?

Húrrem sonrió como una niña a la que le hubiesen dicho que le perdonaban una azotaina. Se levantó con movimiento lento. Le habían teñido con alheña el pelo, las manos y los pies y alrededor de los ojos tenía gruesos círculos de kohl. Era el papel asignado para aquel día: ser exactamente igual que cualquiera de las veintenas de huríes del harén.

De forma inesperada, ejecutó los tres *sala'am* ceremoniales que Solimán habría esperado que efectuase una muchacha del harén a la que llevaran al lecho del sultán por primera vez. La observó fascinado mientras Húrrem se erguía y empezaba a desabrocharse los botones de nácar de su gomlek de seda. Le habían pincelado los pezones con hachís. Era el truco favorito de las chicas del harén. Cuando él chupase los pezones, engulliria una pequeña cantidad de droga y eso intensificaría después el clímax.

Desnuda de cintura para arriba, se dejó caer de rodillas y se aproximó al diván como una esclava corriente. La seda blanca de sus pantalones era casi transparente, de modo que a través de la diafanidad de la tela resultaba visible con toda claridad la redondez de sus caderas y la blancura de la carne de sus muslos y nalgas.

El aire de la respiración se paralizó en la garganta de Soliman. Justo cuando creía conocer todas las artimañas, Húrrem se desvestía y actuaba de un modo inesperado. Parecía poseer una Imaginación ilimitada, siempre introducía algún juego nuevo para cautivarle.

Es todo mi harén, pensó. Es como mil mujeres en una.

Húrrem alargó la mano hacia las patas del diván, besó a Solimán los pies en el acto tradicional de humildad y empezó a arrastrarse hacia él. Pero incorporó un nuevo giro al rito y Solimán sintió los labios femeninos sobre sus riñones y gimió mientras ella le separaba la ropa para administrarle sus habilidades.

Los negros sordomudos que montaban guardia en la puerta no pudieron oír los gemidos del sultán. Un pavo real que deambulaba entre los tulipanes que había bajo la ventana levantó la vista, sorprendido, pero en seguida reanudó su picoteo alimenticio. Después, los suspiros del sultán se mezclaron con el murmullo del agua de las fuentes, hasta que la luna descendió por debajo del nivel de las enramadas de los plátanos y las llamas de las velas se apagaron, al consumirse la cera.

La ciudad era un vasto mosaico de color, bajo los largos dedos de los minaretes y las relucientes cúpulas de las mezquitas. El *kanun* del Fatih

decretaba que todas las casas debían pintarse de acuerdo con la religión de sus habitantes; había grupos de viviendas grises, donde moraban los armenios, juderías amarillas para los hebreos, apiñamientos de edificios de tono gris oscuro en el barrio griego. Las casas de los turcos estaban pintadas de amarillo o de rojo, aunque a los miembros de la corte se les pedía que pintasen sus domicilios de negro.

Eso hacía que resultase más fácil dar con la casa del *defterdar.*

Abbás se había aventurado por los rebosantes callejones de Estambul, garantizado su anonimato por la capa negra que le cubría. La vivienda de Rústem era asombrosamente grande, de piedra roja, con patio propio en la parte de atrás. Un paje le acompañó al interior. Rústem estaba sentado en un quiosco, al fondo del patio. Una fuente de mármol susurraba cerca de él.

Rústem ejecutó un breve *temennah* e indicó a Abbás que se sentara frente a él, en la alfombra dama~china de color carmesí. Un paje negro les llevó sorbetes y colocó entre ellos una bandeja de plata llena de pasteles.

-¿A qué debo el honor que representa la visita del *kislar aghasi*? -preguntó Rústem.

-He venido a instancias de la dama Húrrem.

Abbás observó que en el rostro de Rústem no se originaba el menor aleteo de interés. La cara del hombre parecía la de una estatua.

-¿Y bien? -dijo Rústem por último.

-Tenéis un interés común.

-¿Cuál puede ser?

-Vuestras propias personas.

Ah, una reacción, pensó Abbás, satisfecho. No gran cosa, apenas un conato de temblor en la mejilla, un asomo de levantamiento de ceja momentáneo. Pero suficiente.

-Tengo la seguridad de que trataréis de explicaros, Abbás.

Desde hacia algún tiempo, Abbás estaba al cabo de la calle de la corrupción de Rústem, pero mantuvo silencio. Había aprendido en seguida que, en el harén, uno no dilapida con excesiva liberalidad una moneda tan valiosa como la información. Podía utilizarse en cualquier momento para levantar la hipoteca que pesase sobre la cabeza de uno. Como la que Hurrém mantenía sobre la de él en aquellos momentos.

En su condición de *defterdar,* Rústem era responsable de la recaudación de los tributos que debían pagar los *timariot,* caballeros a los que se otorgaban pequeños feudos a cambio de los servicios prestados en la guerra. Luego, los *spahi* cobraban los impuestos en especias a los granjeros locales, los convertían en dinero, deducían los gastos correspondientes a su mantenimiento y al de sus caballos y enviaban al gobierno el saldo resultante.

Pero las tierras continuaban siendo propiedad del sultán y a su muerte se daba por supuesto que revertían al Estado. Era uno de los principios básicos del sistema osmanlí. Sólo el sultán podía acrecentar su patrimonio hereditario.

Abbás se inclinó hacia delante.

-El Velo de Cabezas Coronadas me ha pedido que os hable de un hombre llamado Hakim Durgún. Parece que murió de peste el año pasado. Sin embargo, continúa explotando su timar próximo a Adrianópolis. Un fantasma de notable diligencia, ¿no estáis de acuerdo, Rústem?

-Muy notable. Lo comprobaré.

-Hay otros casos. Hay un *timariot* en Rumelia que falleció hace cuatro estaciones. Por las fechas en que vos accedísteis al cargo de tesorero. Desde entonces, ha cargado a los granjeros de sus tierras una contribución de ocho ásperes por oveja. A pesar de ello, vos no habéis hecho nada con respecto a ese hombre. ¿Es porque os asustan los fantasmas o porque estáis recibiendo dos ásperes por oveja?

Rústem no se esforzó lo más mínimo en negarlo, cosa que Abbás ya había previsto. No estaba en la naturaleza del hombre.

-¿Cómo habéis descubierto esas cosas?

-Allí donde hay un hombre negro, cuento con un par de oídos, Rústem. Tengo muchas otras historias.

-Comprendo. -Rústem seleccionó un pastelito y lo masticó despacio-. ¿Qué queréis? ¿Dinero?

-No he venido aquí por cuenta propia. Me envía la dama Húrrem.

-A ella no le hace falta dinero.

-Claro que no.

-¿Un favor, pues?

-Mucho más que eso, Rústem. Mucho más que eso.

-Explicaos.

-Desea una alianza.

Por primera vez Rústem alzó la cabeza y sus ojos miraron a Abbás directamente. Abbás observó que tenía las pupilas grises. Ojos de noviembre. No eran glaciales. Sólo grises y vacíos.

-Sería un acuerdo interesante. ¿Sabe que Ibrahim es mi jefe?

-Desde luego. No pensaréis que iba a ocultárselo, ¿verdad?

-Me parece que le diréis lo que os parezca oportuno decirle y nada más.

Abbás pasó por alto el sarcasmo.

-Tengo entendido que acompañaréis al visir en su campaña del este.

-¿Y qué interés puede tener la segunda *kadin* en una campaña militar contra Persia?

-Ninguno en absoluto. Sólo le interesa Ibrahim.

Rústem enarcó las cejas, como si estuviera devanándose los sesos ante un problema matemático.

-Es el hombre más poderoso del imperio, a excepción del propio sultán.

-Sin embargo, ésa es su mayor debilidad. Si se excede en el convencimiento de su poder, puede que eso le cueste la cabeza algún día. Su jactancia es ya piedra de escándalo en la corte y en los bazares.

-Eso es harto evidente. ¿Qué querría la señora Húrrem que hiciera acerca de ello?

-Querría que apresuraseis la llegada de ese día, Rústem. Quiero pruebas de su traición.

-Disfruta del poder que se le ha concedido. Y eso difícilmente puede considerarse traición.

-Disfruta más de la cuenta.

-Podría parecer que así es. -Rústem seleccionó otro pastelito-. ¿Y si no encuentro la forma de conseguir esa prueba?

-En ese caso, una noche, cuando los muslos de Húrrem se ciñan alrededor del cuerpo del sultán, ella le susurrará al oído vuestras hazañas para malversar fondos: cómo os habéis apropiado de los impuestos de los *timariot* y habéis corrompido los feudos.

Abbás examinó el rostro del hombre, pero allí no había temor, sólo el mohíno reconocimiento de la rendición, como si se tratara de una partida de ajedrez en la que la estrategia del rival hubiera superado la suya. Entendía las matemáticas del poder. El de Húrrem era superior al de él, así que debía someterse.

-¿Y qué recompensa puedo esperar si demuestro ser un aliado valioso?

La pregunta sorprendió a Abbás.

-¿Vuestra vida?

-Quiero algo más que eso, Abbás. Decidle que puedo demostrarle que soy un servidor inestimable. Pero quiero mucho más que eso. Decídselo.

-Se lo diré -repuso Abbás.

Más tarde, cuando regresaba por las calles de aquel barrio, Abbás pasó por delante del cadáver de un caballo al que habían dejado morir en el arroyo. Los perros le habían hincado el diente y por un boquete desgarrado en el abdomen habían arrastrado los intestinos fuera del vientre. Le pareció a Abbás que la fetidez que despedía aquello era más agradable que los perfumes de agua de rosas de Húrrem y el acre y dulzón efluvio del defterdar de Ibrahim.

Galata

Galata estaba al otro lado del Cuerno, frente a la Punta del Serrallo, dominado por la Kulesi Galata, la alta torre circular que habían construido los genoveses como punto culminante de las fortificaciones de la ciudad. Pequeñas casas y numerosas tiendas se arracimaban al pie del monte, próximas al puerto, ocupadas por los comisionistas judíos y genoveses. Había beréberes de Africa y árabes del mar Rojo, cuyos almacenes aparecían rebosantes de especias, marfil, sedas, perlas y cristalería, todo de importación. No faltaban los tenduchos en los que se servía vino y licor de arroz. El olor a mar y a salitre que emanaba del Bósforo se imponía al de la malsana atmósfera de la ciudad. Los palacios de Pera contemplaban la urbe desde lo alto de la colina, como si los ricos mercaderes extranjeros desearan elevarse por encima de la vulgar turbamulta del comercio del que dependían todos ellos.

Ludovici tenía una casa en aquel barrio, aunque nadie la habitaba. Su finalidad consistía en ser un terreno neutral donde él pudiera recibir información y pagar la oportuna recompensa a los funcionarios de palacio. Las infinitas visitas a Pera de los pachás del gobierno habrían invitado a llevar a cabo una investigación.

La casa estaba pintada de amarillo, el color de los judíos. El mobiliario interior era bastante parco. Una mesita baja, de madera de cedro, y varios cojines y alfombras esparcidos por el suelo constituían un humilde entorno que contrastaba con la espléndida seda de Persia.

Abbás estaba sentado, con las piernas cruzadas, ante la mesita. Fueron necesarios cuatro pajes para ayudarle a descender con suavidad hasta el suelo su enorme volumen. Ahora permanecía silencioso, con la atención centrada en los pasteles de la bandeja de plata colocada frente a él. Cuando los pajes se retiraron, Abbás introdujo con gesto elegante los dedos en el bol de plata que otro de los silenciosos criados de Ludovici había llevado a la mesa. Eructó con educación sobre un pañuelo de seda que extrajo de entre los abundantes pliegues de su vestidura.

Oculto bajo su negro ferijde, acudía allí una vez al mes para entrevistarse con Ludovici. Para éste, siempre dispuesto al tráfico de información o a la compra de algún funcionario, Abbás se había convertido en un inapreciable enlace con el mundo interior del Topkapi. Al principio, Ludovici intentó tratarle como a un amigo, pero el Abbás al que había conocido ya no existía. El actual era un hombre retirado dentro de sí mismo, demasiado avergonzado o amargado para revelar a alguien las viejas pasiones que en otro tiempo anidaron en él. No parecía obtener placer alguno de aquellas visitas y Ludovici se preguntaba por qué seguía haciéndolas; tal vez porque Ludovici era el único eslabón que le ligaba a Julia.

-¿Cómo se encuentra Julia? -Abbás rompió el silencio. Siempre era su primera pregunta.

-Está bien, Abbás. Está bien.

Abbás inclinó la cabeza y, durante unos segundos, su cara reflejó una expresión de desesperado reproche. Nunca le había preguntado a Ludovici acerca de sus relaciones con ella.

-¿Marchan bien los negocios?

-Gracias a tu ayuda.

Abbás se encogió de hombros. Nada de aquello parecía interesarle de verdad. Hablar de comercio le aburría en seguida.

-No puede seguir más tiempo en Estambul -anunció con brusquedad.

-¡Abbás!

-Debes sacarla cuanto antes de la ciudad. Aquí ya no está a salvo. Ni siquiera en la *Comunitá Magnifica*.

-¿Qué ha pasado?

-Sólo es cuestión de política, Ludovici. Ten la certeza de que sé hasta dónde llega el peligro.

Ludovici meneó la cabeza, atascado. No puedo hacer eso, Abbás.

-No será fácil. ¿Adónde puede ir?

-No importa dónde vaya. Por favor, Ludovici. He hecho cuanto he podido para protegerla. Si quieres ayudarla, si quieres ayudarme, sácala de Estambul lo antes posible.

-Haré lo que esté en mi mano.

Abbás se inclinó hacia él y su enorme puño se cerró en torno a la muñeca del veneciano.

-No, Ludovici, de una manera o de otra, ¡debes sacarla de Estambul!

-Está bien -accedió Ludovici.

Abbás asintió con la cabeza, satisfecho.

-Bueno -dijo-. Ahora, manos a la obra.

El hipódromo

Sobre un caballo blanco de Capadocia, Solimán contemplaba el paso del ejército por el At Meydani, rumbo a los transbordadores de Uskudar. Sabía que, a su espalda, velada tras la celosía de la tribuna, Húrrem también estaría observando. Conocer la presencia allí de la mujer contribuía a intensificar sus lacerantes dudas.

El hipódromo se estremecía a causa del estruendo de los carromatos de intendencia y de las máquinas de asedio, del repiqueteo de los cascos de los escuadrones de caballería y de los borceguíes con tacos de hierro de los jenízaros, el retumbo de los timbales, tambores y flautas de las bandas.

Sofocantes nubes de polvo cruzaban la plaza y se elevaban en el aire girando en espiral, como la cola de alguna bestia terrible a la que se soltara por las planicies.

Debería ir a la cabeza de ese ejército, pensó Solimán. Ése es mi sitio. Ese es mi deber, al fin y al cabo.

Vio el aleteo de una capa blanca a través de la polvareda. Ibrahím galopaba hacia él. El gesto ceñudo de su rostro no alivió precisamente la sensación de culpa de Solimán.

-Vuestra bendición para nuestra empresa, mi señor. ¡La tendríamos si viniéseis con nosotros!

-¡Debéis defender Bagdad! -respondió Solimán a voz en cuello.

-¡Aplastaré al sha, tal como me habéis encomendado!

Detuvo su caballo al lado del de Solimán, para pasar revista a las tropas que desfilaban.

Primero, los *azab*, la infantería irregular, rufianes y criminales que iban a la guerra por el botín o para morir en la batalla y ascender directamente al paraíso. No tenían nada que perder y en cada batalla se les enviaba como fuerza de choque en la primera carga.

«Relleno de fosos», los llamaba Ibrahim.

La caballería regular -los *spahi* de la Puerta- pasó resonante, engualdrapados los corceles con telas de oro y plata, con las sillas adornadas a base de incrustaciones de joyas, relucientes bajo el sol los cónicos cascos y el acero bruñido de sus cotas de malla. Constituían un espectáculo en sí mismos, con sus prendas de colores púrpura, escarlata y azul real, bordados de oro las sedas, los rasos y el terciopelo, según el rango o el regimiento. Cada jinete llevaba dos fundas, una para el arco, la otra llena de flechas; en la mano diestra, todos empuñaban una lanza. De la silla colgaba una cimitarra con gemas incrustadas, así como una porra de acero.

Su bandera escarlata ondeaba sobre ellos.

Después marchaban los jenízaros, con sus penachos de plumas de ave del paraíso agitándose al viento como un bosque móvil, sus capas de faldones de color azul oscuro moviéndose al ritmo de la zancada y los arcabuces colgados del hombro. Todos lucían altos gorros de derviche, en recuerdo de las flotantes mangas blancas de Hadji Bektash, su fundador, y una cuchara de cobre atravesaba cada manga. Llevaban consigo los grandes calderos de cobre que servían de divisa de su regimiento. Por encima de sus cabezas, una bandera blanca blasonada con la espada flamígera de Mahoma y un texto del Corán bordado con hilo de oro. Delante de ellos iba su *agá,* luciendo su estandarte con la triple cola de caballo.

Todas y cada una de aquellas caras bigotudas eran europeas. Nuestra fuerza, pensó Solimán. Nuestra arma más temida, la élite jenízara, sangre salida de niños cristianos. Como mandaba la Fe.

A continuación, pasaron los *derviches*, desnudos salvo por los verdes delantales orlados de cuentas de ébano, tocados con sus elevados sombreros pardos de pelo de camello. Iban entonando versículos del Corán o interpretando música solemne y melacólica con sus cuernos y sus flautas.

Los atronados cabalgaban de una punta a otra de las filas, con sus largas pelambreras asomando por debajo de las gorras de piel de leopardo, con los dormanes de piel de león o de oso cruzados sobre los hombros, adornados los caballos con festones de pieles y plumas. Eran los exploradores locos, los fanáticos religiosos que llevaban a cabo las incursiones suicidas que nadie se atrevía a intentar.

En la retaguardia se hallaban los miembros del Diván, jueces que lucían los turbantes verdes de la dignidad y vestiduras con adornos de piel, los visires y sus cabalgaduras rutilantes de joyas. Llevaban consigo los camellos cargados con el Corán y un fragmento sagrado de la santa piedra de la Kaaba, que se movía pesadamente bajo los brillantes pliegues del estandarte del Islam. Un Corán sanchak metálico, un Corán en miniatura, grabado en bronce, repiqueteaba en lo alto del estandarte.

Cerraban la comitiva pesadas carretas de provisiones, cargadas de cereales, camellos que se doblaban bajo el peso de la pólvora y el plomo y los estruendosos cañones de asedio de enormes bocas de bronce. Debería capitanearlos, pensó otra vez Solimán. Esto es una equivocación. Debería estar con ellos.

-¡Os traeré la cabeza del sha! -voceó Ibrahim.

Un estremecimiento de intranquilidad sacudió a Solimán. ¿Qué le había dicho Húrrem? «¿No te preocupa que pueda abusar de su poder?»

Cogió las riendas del caballo de Ibrahim y tiró de ellas para que se acercase más.

-Hemos de reconquistar Bagdad -dijo-. Como defensor de la fe, juro protegerla.

-Habéis depositado en mi vuestra fe, mi señor. Haré cuanto pueda para servíros.

Solimán miró hacia el estrado y después volvió la vista sobre Ibrahim. Sí, he puesto mi fe en ti, pensó. Dios quiera que no haya confiado demasiado en tu persona.

Pera

Julia estaba sentada en la terraza, al sol. Ludovici se detuvo en los peldaños de mármol de la escalera que ascendía desde el jardín y la observó. Era preciosa, se dijo, dolorosamente guapa. ¡Si lograra despertar en ella los sentimientos que sin duda experimentó una vez por Abbás! Ahora es mía, pero sólo porque no tiene otra elección. Es virtualmente mi prisionera. No se atreve a abandonar mi protección, por miedo a perder la vida; si regresara a Venecia, después de haber sido una concubina, su padre la repudiaría y el viejo Serena, su esposo, probablemente la obligaría a ingresar en un convento. La considerarían poco más que una prostituta. Su caridad cristiana no es mucho mejor que la de los musulmanes a los que tanto desprecian; en la mujer, la virtud lo es todo.

Julia levantó la cabeza y le miró. Ludovici subió corriendo los escalones que le faltaban y se reunió con la muchacha en la terraza. El veneciano vestía caftán de color óxido y la seda crujía con sus pasos. Le encantaba interpretar el papel de renegado entre la comunidad. Las ropas y costumbres osmanlíes que había adoptado subrayaban el desdén que sentía hacia Venecia.

-Es agradable tomar el sol -comentó.

Julia levantó la vista del libro, pero no sonrió. Se muestra tan remota, pensó Ludovici. Un ángel esculpido en hielo por el artista. Y sé que alberga una gran pasión. Pero permanece oculta para mí.

El mismo la había rescatado de las aguas del Bósforo aquella madrugada. La imagen todavía le obsesionaba. La joven estaba medio desnuda y él se quedó boquiabierto al verla. Pero al tenderle los brazos para

cogerla, el frío y la asfixia la habían dejado azul. Al tocarla por primera vez, había notado esa frialdad. Desde entonces, Julia se había mantenido tan distante como una estatua de mármol: hermosa, gélida, inanimada.

Durante las semanas siguientes estuvo enferma. Con posterioridad, cuando se recuperó lo suficiente, Ludovici le explicó la verdad: que había sido Abbás, y no la Providencia, quien le había salvado la vida. Quizá Julia lo sospechaba ya, pero acogió la noticia con calma, al menos en apariencia. Sin embargo, se hundió en una depresión que le duró varios meses. Se vestía y se comportaba como una viuda. Y Ludovici comprendió: la muchacha aún le amaba. No obstante, para ella lo mismo podía estar ahora muerto.

¿Qué tenía que hacer con ella? Desde su encuentro con Abbás aquella mañana, no había pensado en otra cosa y, de súbito, se le ocurrió que también él se había mostrado distante de Julia. Para él no era más que un ángel al que de manera inconsciente había preservado en los jardines y terrazas de su palacio, un anhelo demasiado sacrosanto para tocarlo siquiera. Sabia cuánto la había querido Abbás; quitársela seria una traición.

Empero, Abbás deseaba que la alejase de allí. Tenía que hacerlo o afrontar la verdad de que la quería para si. Abbás ya no podía requerirla. A Ludovici le resultaba muy dolorosa la crueldad de lo que le habían hecho a Abbás, pero se trataba de algo incuestionable.

Tomó asiento.

-Tenemos que hablar.

Julia dejó el libro y levantó hacia Ludovici sus ojos de color azul hielo. Una visión, recordó que Abbás la había descrito así una vez. Fría cuando él la sacó del agua. Sí, pensó, es como sí no fuese real.

-Julia, llevas aquí, bajo mi protección, más de dos años.

-Sabes que te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho por mí -dijo la muchacha.

-¿Eres feliz aquí?

-No, Ludovici. Claro que no lo soy.

-¿Por qué?

La pregunta pareció sorprendería.

-Me siento muy sola.

Ludovici extendió las manos.

-¿Qué puedo hacer? Si te dejo en esta ciudad, los peligros se cernirán sobre ti. Y Venecia…

Se encogió de hombros en ademán de impotencia.

Julia no dijo nada. Sin un custodio masculino, estaría desvalida.

¿Qué puedo hacer?, pensó Ludovici. Es una mujer casada. Serena todavía vive. En Chipre. No puedo enviarla allí. En cambio, me veo obligado a mantener oculta su presencia, como un secreto, incluso ante el resto de la *Comunitá Magnifica*. *Corpo di Dio!* ¿En qué pienso? ¡La quiero! Maldito Abbás. ¡Mi sentido de culpa no le devolverá a él las pelotas!

Es posible que ella leyese sus pensamientos.

-Dime -preguntó de pronto-. ¿Le ves alguna vez?

-Si. De vez en cuando.

-¿Te ha preguntado por mí?

-No -mintió Ludovící.

Brillaron las pupilas de Julia.

-Pobre Abbás -murmuró.

Ludovici alargó el brazo y cogió la mano de Julia. Era cálida.

-Me esforzaré para que no te sientas sola -dijo.

No, Abbás, no la enviaré fuera. Va a quedarse aquí. Conmigo.

La puerta estaba un poco entreabierta y el vacilante resplandor amarillo de una vela danzaba en el oscuro pasillo. Ludovici hizo una pausa entre las sombras, ensordecido por las palpitaciones de su corazón. Tenía la boca seca.

Abrió la puerta. Julia se peinaba, sentada frente al tocador. La seda de su camisón rielaba bajo la luz cada vez que la joven se movía. Vio la imagen de Ludovici reflejada en el espejo y se quedó quieta, sobresaltada.

Ludovici vio también su propio reflejo, el tono dorado de su barba y la dura mirada de sus ojos.

Julia dejó el cepillo.

-¿Ludovici?

Se situó detrás de la joven, apoyó las manos en sus hombros y contempló en el espejo las pupilas de Julia. No parecía asustada, ni siquiera sorprendida.

-Levántate y date la vuelta -musitó Ludovici con voz ronca.

Pasó las palmas de ambas manos a lo largo de la línea de los hombros. Pensó: No, no es de mármol. Era suave, torneada, plena y tibia. Se sentía sola. El camisón perfilaba los contornos de su cuerpo, se ceñía a las formas. A Ludovici se le tensó el pecho. Una pequeña cruz de oro rutilaba entre los pechos de Julia.

Basta ya del papel de leal caballero cristiano, se dijo Ludovici.

-Eres perfecta -susurró.

Sus manos se cerraron sobre la pechera del camisón, rasgaron el escote y deslizaron la tela por encima de los hombros.

La besó en el cuello, en los hombros, en los pechos. Lanzó una ojeada al espejo. Ella no se había movido. La levantó en peso, la tendió en la cama, junto al borde, y apartó los rasgados restos del camisón. Había esperado mucho tiempo aquel instante.

Julia le observó mientras se desnudaba. La muchacha continuó sin moverse, sin despegar los labios.

Ludovici se colocó encima de ella y, al descender sobre el cuerpo femenino, el dolor que henchía su entrepierna le arrancó un gemido. Besó la suave curva de la garganta, aspiró la fragancia de su pelo y empezó a entrar. Julia siguió inmóvil debajo de Ludovici mientras él se vaciaba.

Luego, Ludovici se mantuvo encima de Julia, incapaz de pronunciar palabra y de mirarla a los ojos. Había tratado de aferrar su presa, pero la presa se le había escapado. Había probado la perfección, pero el sabor resultaba familiar en su boca y comprendió la amargura de lo que realmente era.

Desilusión.

Azerbaiyán

Rústem ya había hecho sus cálculos, contando con no comprometerse prematuramente, dispuesto a sacarle partido a la revelación del *kislar aghasi*, cayeran los dados del lado en que cayesen. Era evidente que tenía que producirse un enfrentamiento entre el harén y el Diván: lo político era no encontrarse en ninguno de los dos campos durante el conflicto. Aunque tal vez lo mejor fuera estar en ambos.

Por lo tanto, alentaría a Ibrahim en su ambición. Si lograba el éxito, se colocaría a su lado. Si fracasaba, buscaría la recompensa en la zhadi , Húrrem.

Había sido una larga marcha a través de las solitarias estepas de Anatolia. El inmenso ejército avanzaba pesadamente por la planicie, levantando una nube de polvo que se elevaba en el aire hasta una altura de treinta metros. Los chacales huían a su paso; los campesinos que apacentaban sus cabras de largo pelaje y sus ovejas de cara gruesa permanecían en los campos y se limitaban a mirar.

La dilatada columna se adentraba cada vez más en las soledades. Kilómetro tras kilómetro, los *akinji* batían y exploraban por delante, las recuas de camellos y los pesados cañones rodaban retumbando por los polvorientos caminos, en retaguardia. La columna se alargaba hasta el horizonte de las estepas. Transcurrió el verano mientras cubrían su lento camino hacia el este, hasta que por fin llegaron al pie de las grandes montañas de Asia y contemplaron el reflejo de sus barbudos y polvorientos semblantes en las frías, tranquilas aguas del lago Van.

Se adentraron en las montañas y se detuvieron frente a las cúpulas de azulejos del Tabriz. Ibrahim se apresuró en pos del sha Tahmasp, pero éste rehusó el combate, en absoluto inclinado a poner en peligro su caballería contra las piezas artilleras de los jenízaros y, en lugar de dar la cara, se escabulló, para refugiarse en las montañas de Sultanía.

Y los soldados notaron en el aire los primeros fríos del otoño, se estremecieron y levantaron al cielo sus temerosas miradas.

El estandarte de Ibrahim de seis colas de caballo -sólo el sultán tenía más- se clavó en la dura y pelada tierra. El viento azotaba y agitaba la tienda. Circundaban la llanura montañas de cimas afiladas como navajas, grises y agoreras contra un cielo jaspeado.

En su pabellón, sentado en un trono portátil de marfil, ébano y madreperla, Ibrahim meditaba. Habían encendido allí dentro los braseros de cobre, para combatir el frío. ¡Y estaban en verano! Rústem se estremeció ante la idea de lo que representaría pasar allí todo un invierno.

La frente del defterdar tocó las gruesas alfombras, ejecutando el adecuado saludo.

-¡Rústem! ¿No deberías estar vigilando las recuas de camellos y las sedas?

Rústem se percató del tono cortante que aguzaba la voz de Ibrahim. Comprendió que estaba de un talante ominoso. Las frustraciones de las semanas anteriores empezaban a afectarle. La victoria decisiva que había previsto no se había materializado.

-He pensado que podría seros útil, mi señor.

-¿Ayudándome a contar mi dinero? Puedo hacerlo bastante bien yo solo.

-Se trata del sha, mi señor.

En el acto, el rostro de Ibrahim enrojeció de furia. Rústem nunca le había visto indignarse con tal rapidez. Desea esta victoria desesperadamente, pensó Rústem. Le está alterando el juicio.

-¡El sha! ¡El sha no es mejor que un chacal! Huye ante nosotros, después sigue nuestra estela para aprovecharse de los despojos que abandonamos...

Tu retórica está muy bien, pensó Rústem. Pero no solucionará el problema.

-¿Siguen nuestros exploradores sin localizar su ejército?

-Sigue escondido en algún lugar de las montañas.

-Tal vez haya algún medio de sacarlo de allí.

Brillaron los ojos de Ibrahim con el apetito de su desesperación.

-¿Cómo, Rústem?

-Si le ofreciéseis un pacto…

-¡Jamás! ¡He jurado aplastarlo!

-No estáis tratando con ningún gran monarca europeo, mi señor. El sha no es más que un chacal, como habéis observado. Una sabandija a la que hay que destruir. Ofrecerle un tratado simplemente para inducirle a salir de su guarida no seria un acto deshonroso.

Ibrahim se puso en pie con brusquedad y empezó a pasear por la estancia.

-¿Cómo encontrarlo?

-Podéis tener la certeza de que los safawíes nos están espiando. Se interceptará a cualquier mensajero solitario que abandone el campamento.

-¡Si, y a continuación nos lo devolverán con la nariz y las orejas cortadas y puestas en una bolsa de cuero!

-Tal vez al sha no le haga ninguna gracia pasarse todos los veranos escondido en las montañas. No puede estar en guerra con nosotros eternamente. Como todos los herejes, agarrará cualquier santuario donde pueda empollar sus mentiras.

Ibrahim se dirigió a la entrada de la tienda y proyectó la mirada sobre las agrestes montañas. El atardecer había teñido el cielo de un tono gris plomizo, las tenebrosas sombras de los nubarrones de lluvia se precipitaban hacia ellos con la velocidad de la caballería lanzada a la carga.

-Tengo que sacarlo a terreno descubierto -murmuró.

Rústem respiró con fuerza. Aquél era el momento. Tenía bien calculado el riesgo y sabia que la apuesta merecía exponerse al juego. Una operación que le garantizaría riqueza y fortuna. No iba a ser toda la vida un vulgar empleado administrativo del visir.

-Permitidme llevarle un mensaje.

Ibrahim dio media vuelta. Su expresión había experimentado un cambio espectacular.

-¿Tú, Rústem?

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

-Puedo engatusar al chacal para que salga de su cubil, mi señor. Estoy seguro.

-¿Desde cuándo un *defterdar* ejerce misiones de embajador?

-No puedo ser *defterdar* toda mi existencia.

Ibrahim pareció reconocer una ambición semejante a la suya y asintió con la cabeza, comprensivo. Volvió a ponerse serio.

-¿Cuál es tu plan?

-Un mensaje sellado de vos, mi señor, en el que se le ofrezcan Tabriz y Azerbaiyán a cambio de la ciudad sagrada de Bagdad. Respetaremos sus fronteras orientales.

-Nunca creerá que le brindemos semejante trato.

-Puedo convencerle. Tenéis un duplicado de la tugra de Solimán, de su sello personal. Si lo adjuntamos a la oferta, creerá que es auténtico.

-¿Y si consigues persuadirle?

-Le atraeremos a la llanura, a él y a sus soldados. Y los mataremos en masa.

Ibrahim sacudió la cabeza. La tormenta ya estaba encima. Estalló como una andanada de artillería, retumbando contra el duro suelo y batiendo los costados de la tienda de campaña como un millar de flechas que llovieran sobre ellos. Una súbita ráfaga de aire avivó las llamas del brasero.

-Nunca lo creerá -dijo Ibrahim.

-Dejadme intentarlo.

Había prometido a Solimán la cabeza del sha. Después de lo de Viena, no podía permitirse el lujo de otro fracaso. Y menos cuando la bruja de Húrrem murmuraba en su contra. Le era imprescindible aquella victoria.

Ibrahim levantó la mano ante Rústem, con la palma hacia arriba.

-Quiero a ese individuo, Rústem. -Cerró el puño-. ¡Si me lo traes, mi recompensa superará el más fantástico de tus sueños!

Mediante una reverencia, Rústem manifestó su reconocimiento por la promesa, pero su semblante no reflejó placer ni gratitud. Ya había calculado mentalmente los riesgos. Estaba convencido de que merecían la pena. Para Ibrahim.

O para Húrrem.

El sha Tahmasp miró a la desdichada criatura anonadada ante él. Dos exploradores habían llevado al hombre encadenado y con los ojos vendados. Estaba tendido boca abajo sobre los guijarros y el polvo, a la entrada de la tienda, con dos cimitarras apoyadas en la carne de su cuello, mientras el sha leía el contenido de la carta que el prisionero llevaba consigo.

El sha pasó la misiva al *mullah* y a los generales sentados a ambos lados de él. Todos menearon la cabeza en solemne silencio. ¿Qué artimaña había tramado ahora el gran visir del sultán? Cuando todos hubieron visto la carta, el sha Tahmasp volvió a leerla, por tercera vez. Era un hombre joven, de finos labios crueles y barba cuidadosamente recortada. Sus largos y delgados dedos acariciaron el pergamino mientras releía la carta. Las muñecas que salían de las mangas de su vestidura eran cenceñas y pardas como el nogal.

Cuando habló, su voz tenía un tono sibilante y agudo, como el de una muchacha.

-¿Cómo te llamas, mensajero?

La miserable criatura alzó la cabeza, separándola del suelo apenas unos centímetros, y contestó, en dirección a la voz.

-Rústem, mi señor.

Su barba gris hierro estaba recubierta de polvo y sangre reseca. Era sangre que había brotado de sus propios labios, como resultado del entusiasmo un tanto excesivo de los guardianes al asegurarse de que la frente del prisionero se mantenía humildemente pegada al suelo.

-¿Cuál es tu rango, Rústem?

-Defterdar, mi señor.

-¿Tesorero? ¿Desde cuándo los osmanlíes envían a sus tesoreros como heraldos?

-Gozo de la confianza del gran visir, mi señor.

El sha contempló al hombre con más interés. El agotamiento le había dejado pálido, pero no daba muestras de estar asustado. Lo que de su rostro dejaba ver la venda no permitía considerar que fuese una persona notable.

-De modo que Ibrahim ha llegado a la conclusión de que debe pedir la paz. ¿El sultán también quiere la paz?

-Ibrahim cuenta con la confianza del señor de los dos mundos. Tiene su tugra, su sello.

-Si, ya lo veo.

-El sultán respaldará cualquier tratado que mi señor Ibrahim suscriba.

-Mensajero Rústem, ¿puedes explicarme por qué tu señor de los dos mundos no capitanea en persona su ejército contra nosotros, tal como hacia su padre?

-Está cansado de guerra, mi señor. Sólo desea la paz.

El sha se encogió de hombros. Tal vez. Tal vez.

La oferta era razonable. ¿Demasiado razonable?, se preguntó. Y sin embargo, en el caso de ser verídica, él podría obsequiar a sus *mullah* con una gran victoria política. Seguramente no albergarían la ilusión de conservar Bagdad frente a los ejércitos osmanlies. Cuando Ibrahim se cansara de perseguirle por las montañas y regresara a Estambul, él, Tahmasp, recuperaría Tabriz y la Ciudad Sagrada. Pero tendría que rendirla de nuevo en la siguiente estación, cuando Ibrahim volviera.

Al final, tendría que aceptar el tratado. Así, no sólo obtendría la paz, sino también algún territorio valioso. Más conversos para sus *mullah.*

Y sin embargo…

-Tal pacto puede ser posible, mensajero Rústem. Pero debemos entrevistamos en el terreno que elija yo y sólo asistirá al encuentro nuestra propia guardia personal.

-¿Dudáis del honor de Ibrahim?

El sha sonrió.

-Dudo de su capacidad para resistir una tentación semejante.

Hizo una seña con la cabeza a los dos guardianes, quienes agarraron a Rústem y le pusieron en pie con rudeza.

-Si accede a mis condiciones, dile que acepto su propuesta. Vete en paz, mensajero Rústem.

Los guardias se lo llevaron a rastras. El sha contempló la escena, mientras le colocaban sobre una caballería, todavía con las cadenas y con los ojos vendados, y lo conducían hacia el sur, entre las hileras de tiendas de campaña. Tahmasp volvió a pensar en Solimán. ¿Un osmanlí que deseaba la paz? O mentía o era el primer síntoma de debilidad. Sea lo que Dios quiera, concluyó. Pronto lo veremos.

El viento era frío, pero el invierno aún se encontraba lejos. Y él estaba harto de esconderse en las montañas.

-Si sigues el espolón, te llevará al valle donde tus amigos están acampados -dijo el persa, y quitó la venda que cubría los ojos de Rústem. El otro jinete le soltó las cadenas y se las quitó de las muñecas.

Rústem parpadeó frente a la claridad del sol. Uno de los persas, un rufián barbudo, con abollado casco cónico, se acarició la barba.

-La próxima vez que nos encontremos, es posible que el sha me deje hundirte la espada en el hígado -sonrió.

Rústem hizo caso omiso y tiró de las riendas de su cabalgadura. Había estado en lo cierto, el riesgo había resultado baladí, después de todo. Sólo faltaba un simple detalle para concluir el asunto.

Pobre Ibrahim. Pero le gustaba demasiado el heroísmo para ser un gran visir triunfante. La grandeza requiere pensar las cosas bien, urdirlas

con sumo cuidado. Ser alguien con talento para advertir la oportunidad en una crisis.

Alguien como él, Rústem.

Los dos persas se alejaron al galope y se quedó solo en lo alto de la estepa. Y entonces se permitió esbozar una tenue y gélida sonrisa. Luego descendió por el contrafuerte del monte, de vuelta hacia el gran campamento.

El rostro de Ibrahim tenía una expresión curiosa. Sus facciones delataban a la vez regocijo y asombro. Un dedo tamborileaba sobre el brazo del trono, acompañando el ritmo del aleteo de la seda de la tienda, a la que el frío viento del atardecer sacudía y arrancaba susurros.

-¿Encontraste al sha?

-Si, mi señor.

-Sin duda, te apresaron y te vendaron los ojos.

-Si, mi señor.

-¿Te trataron bien?

-Fue pasable, mi señor.

Ibrahim le examinó. La vestimenta de Rústem aparecía desgarrada y sucia. El polvo seco le enmarañaba la barba. ¿Le había afectado su experiencia en las montañas? Sus ojos grises no traslucían lo más mínimo.

-Tienes un corte en el labio.

-No es nada.

Ibrahim se echó a reír de forma inesperada.

-Pensaba que no volveríamos a verte nunca más. ¡Qué pérdida para el mundo de la poesía y la plática!

-No lo creo, mi señor -dijo Rústem. Al parecer, emplear la ironía con él era despilfarrarla.

Bueno, pensó Ibrahim, era de esperar. A veces, se entretenía imaginando que rebanaba con la espada el cráneo de Rústem, como si fuera un huevo y que, al mirar al interior, no había cerebro, sino sólo un ábaco.

-Así pues, ¿cuál ha sido la respuesta del sha ante nuestra oferta de pacto?

-La ha rechazado, mi señor.

Se ensombreció el semblante de Ibrahim, pero la sonrisa se mantuvo con obstinación en su sitio.

-¿No se fía de nosotros, Rústem?

-Lo que no le inspira confianza es la autoridad de la carta.

-¿La autoridad...?

-Dijo que no podía tratar con vos.

La sonrisa se había desvanecido ya.

-¿Por qué?

-Dijo que vos no sois más que un soldado. Que sólo podría aceptar tal propuesta si la firmase el propio sultán, no el empleado del sultán.

Ibrahim se puso en pie. Apretó los puños y se esforzó en detener el temblor de sus manos, pero una fuerza tremenda, que le era imposible dominar, se había apoderado de su cuerpo. Cogió a Rústem por los hombros y lo arrojó contra el suelo. Rústem no opuso resistencia. Tendido a los pies de Ibrahim, no parecía sorprendido ni indignado. Ibrahim dio media vuelta, sacó el *killig* de la enjoyada vaina que llevaba al cinto y, empuñándolo con ambas manos, lo levantó por encima de la cabeza. Descargó un golpe, con

todas sus fuerzas, sobre el trono y una rociada de astillas de caoba y esquirlas de marfil salió disparada en abanico a través de la estancia.

-¡El empleado del sultán! ¿Es el empleado quien se sienta todos los días en el Diván y administra el imperio? ¿Es el empleado del sultán quien dirige sus ejércitos y los capitanea en la batalla mientras el sultán se regala disfrutando de los placeres de su harén?

¿El sultán? ¡YO SOY EL SULTAN!

-Habló con la voz de la ignorancia, mi señor.

-¿Crees que el sultán enviaría ahora a sus empleados a la batalla? ¿Eh, Rústem?

-Mi señor, yo sólo repito lo que él me dijo. Dijo que no podía tratar con nadie que no fuera el sultán de los osmanlíes.

-¡El sultán! ¿Cuánto tiempo he de soportar esto? ¡El sultán me ha confiado sus poderes, sus reinos, su riqueza, todo! Hacer la guerra o firmar la paz está en mi mano. ¿Sabe el sha que fui yo quien acaudilló el ejército hasta aquí? ¡Fui yo..., no el sultán! ¡Acepté esa responsabilidad y ahora me llama empleado del sultán!

-Pero, mi senor...

Ibrahim mantuvo el killig ante los ojos de Rústem, moviéndolo despacio para que la luz se concentrase y temblara sobre la hoja.

-Cuando le cojamos, le cogeremos vivo -rezongó Ibrahim.

-Primero tenemos que atraerlo para que salga de su guarida, mi señor. Si el sultán estuviese aquí, le convenceríamos en seguida y luego pondríamos fin a su impertinencia. Si fuera posible transmitir un mensaje al Señor de la Vida...

-¡No! ¡Juré que le llevaría la cabeza del sha! ¿Voy a apremiarle ahora con súplicas para que me ayude?

-...Entonces, tal vez haya otro medio.

-¿Otro medio, Rústem?

-Todo el imperio sabe lo mucho que el sultán os ha honrado y hasta qué punto confía en vos. Puede que debáis convencer de ello también al sha. Tenéis que demostrarle que poseéis autoridad para concertar el tratado.

-¿Cómo?

Rústem parpadeó despacio.

-Debéis extender de nuevo la propuesta, mi señor. Sólo que esta vez habréis de firmar como el sultán.

Ibrahim le miró fijamente. ¿Se daba cuenta aquel lunático de lo que estaba diciendo? Pero Rústem era cualquier cosa menos lunático. Era un ábaco. Lo que sugería era una solución lógica del problema.

-Eso es imposible.

-Convendrá a vuestros fines. ¿Qué otra cosa podemos hacer, mi señor? Salvo, quizá, pasarnos el resto del verano persiguiéndole por las montañas, para, al final, volver a casa sin más botín que unas cuantas sedas persas.

-Puedo hacer muchas cosas, Rústem, pero no puedo asumir el título de sultán.

-Una vez le hayamos atraído fuera de las montañas, ¿quién lo va a saber? Podéis enterrar el documento junto con el sha.

Es posible que esté en lo cierto, pensó Ibrahim. ¿De qué tengo miedo? Solimán me ha confiado su Diván y sus ejércitos. Soy el sultán a todos los efectos, salvo en el nombre. Si Solimán no hubiese querido que utilizara sus poderes, ¿por qué me los iba a confiar de manera tan absoluta?

-No soy capaz de hacerlo.

-No hay otro medio para atraerlo fuera de las montañas, mi señor. El sha me dijo que si el sultán no acudiese, no vería la próxima primavera en Tabriz.

Ibrahim cerró los ojos. ¿Qué excusa le pondría a Solimán, si volviera otra vez sin una victoria? Los austríacos le habían humillado en Guns y ahora el sha se burlaba de él y le provocaba desde las montañas. Se veía impotente para aplastarlo, como había prometido. Y hasta que la frontera asiática no estuviese segura, no podrían emprender una gran guerra en Europa contra el emperador Carlos. Su destino estaba en Viena, no allí. Era Viena lo que al final inscribiría su nombre en los libros de historia, junto al de Alejandro.

Miró a Rústem, que le estaba observando con una expresión que le pareció casi de distante curiosidad.

-Trae pluma y pergamino.

Al sha Tahmasp de Persia.

Salud y ventura, que la prosperidad y la gloria distingan vuestros días. Por la gracia del Altísimo, cuyo poder sea ensalzado eternamente, y a través de diversos comunicados verbales, hemos tenido conocimiento de vuestros deseos de paz. Tampoco nosotros albergamos deseos de combatir en una guerra contra nuestros hermanos en el Islam. En consecuencia, os participamos que si estáis dispuesto a ceder la ciudad sagrada de Bagdad y todos los territorios que habéis conquistado por la fuerza de las armas, nosotros os otorgaremos Tabriz y las tierras conocidas por el nombre de Azerbaiyán, a cambio de un tributo de mil ducados de oro que deberéis pagar todos los años. Día y noche, nuestro caballo está ensillado, listo para montarlo, salir a vuestro encuentro y concluir nuestro tratado de paz.

Dada en el año 941 de la Hégira
Ibrahim. Serasquier Sultán

¡Serasquier Sultán!

Rústem detuvo su montura en lo alto de la loma que dominaba el campamento osmanlí. Aún ascendía en el aire el humo de las fogatas matinales, tendiendo una cortina de bruma sobre el lejano panorama de las montañas. Desde su atalaya, Rústem veía la gran tienda escarlata del gran visir, el estandarte con las seis colas de caballo inertes en la levedad de la brisa.

¡Serasquier Sultán!

Rústem volvió grupas y cabalgó hacia el norte. Espoleó su corcel hasta dejar atrás la primera serranía, para luego desviar su rumbo y galopar en dirección oeste. Al ver que no regresaba, Ibrahim supondría que los hombres del sha le habían asesinado. Y cuando acabara dándole por perdido, él, Rústem, se encontraría ya en Estambul. Estúpido Ibrahim…

¡ Serasquier Sultán

Topkapi Saraya

Solimán estrujó la carta en el puño cerrado, contraído el rostro por una desagradable expresión de dolor.

Los pachás, mufties y generales que le rodeaban en el Diván guardaron silencio. En mayor o menor grado, todos experimentaban una sensación de triunfo, pero ninguno se iba a permitir manifestarlo a cara descubierta. ¡Ibrahim, por fin, había ido demasiado lejos! ¡El vanidoso y arrogante griego había escrito su sentencia de muerte!

De pie en el centro de la sala, Rústem Pachá aguardaba su turno para hacer uso de la palabra. El inmaculado y anónimo Rústem, pensó Solimán. En aquel momento no despedía fragancias de perfume. Olía a caballo y la mugre y el polvo se acumulaban en las arrugas de su piel. Afirmaba haber cabalgado sin descanso durante tres semanas, desde las tierras fronterizas de Azerbaiyán, para llevar la noticia.

Hubiera preferido que el caballo se desplomara y te hubieses roto el cuello, pensó Solimán.

-¿Escribiste esta carta obedeciendo sus órdenes? -preguntó Solimán por fin.

-Si, gran señor. Me mandó que se la llevara al sha Tahmasp.

Solimán tuvo que tragar saliva para mantener la compostura. ¡Podría haberte perdonado cualquier cosa, Ibrahim, salvo esto! Incluso si Rústem hubiese acudido a mi en privado, tal vez se me habría ocurrido alguna excusa para justificarte. Pero se ha presentado en plena sesión del Diván para plantearme una traición que de ninguna manera nadie puede verme tolerar. ¿Qué has hecho?

-¿Te vieron, *defterdar* Rústem?

-No, mi señor. Ibrahim cree que fui solo al territorio del sha. Pero conozco mi deber. No podía permitir que tal traición quedara impune.

¡Patético gusano!, pensó Solimán. ¿Cómo te atreves a hablarme de traición? Ibrahim me ha servido fielmente durante más de un cuarto de siglo, como amigo, como *serasquier* de mi ejército y como visir. ¿Cómo sabes qué fue lo que le impulsó a esto? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

-El sultán está en gran deuda contigo, *defterdar* Rústem -se obligó a decir. Miró de nuevo el estrujado pergamino que tenía en la mano-. ¿Progresa la campaña contra el sha?

-Muy poco, mi señor. Ibrahim Pachá persigue desde Tabriz a los hombres del sha a través de los montes, pero lo único que hemos podido ver de ellos es la cola de sus caballos, cuando se retiran después de las pequeñas escaramuzas que entablamos. Los generales del *serasquier* le apremian para ir a Bagdad, pero él desoye sus consejos. Afirma que él es el único capaz de lograr la victoria. Dice que siempre ha sido así.

Surgió en la amplia cámara un suspiro apenas audible. ¿Cómo osaba Rústem repetir tales palabras?, se preguntó Solimán. Insiste en reiterar las mismas calumnias como si fueran los números de un estado de cuentas. ¿Qué diría Ibrahim a continuación? ¿Reivindicaría la gloria de Rodas, Buda-Pest y Mohacs?

-¿Y cómo está la moral del ejército?

-Muy baja, mi señor. Todo el mundo pide vuestra presencia para capitanearlos. Los jenízaros claman que vos los conduciríais a la victoria. Temen que Ibrahim los lleve sólo al interior de las montañas, al desastre.

Solimán levantó la mirada hacia las amarillas líneas de polvo que trazaban los rayos de sol al filtrarse por las altas ventanas. El paso del polvo. El paso de todas las reputaciones. A su espalda se encontraba la gran

ventana enrejada, la ventana del miedo, desde la que se veía todo el Diván. Detrás de la cortina de tafetán negro aquella mañana no había nadie que presenciara la escena, pero Solimán deseó con toda su alma encontrarse al otro lado de la ventana, ser mero espectador mientras otra persona adoptaba la terrible decisión que, lo sabía, a la larga él no iba a tener más remedio que tomar.

El Eski Saraya

La luz de las velas ondulaba sobre los azulejos de las paredes y refulgía en los incensarios de bronce suspendidos de los techos abovedados. Solimán se quitó el turbante y deslizó la mano por la tersura de su cuero cabelludo hasta el solitario mechón de pelo de la parte posterior del cráneo, herencia de sus antepasados *ghazi*. Cerró los ojos. Aquel día, el peso de la responsabilidad le resultaba más fatigoso que en cualquier otro instante de los quince años transcurridos desde que aceptara el manto de Osmán. Se acomodó en el diván y aguardó.

-Mi señor.

Húrrem entró en silencio, aparto la cortina de terciopelo y se arrodilló a sus pies. Agachó la cabeza para besarle la mano y luego tomó ésta y se la puso contra la mejilla.

-¿Lo sabías?

-Sí, mi señor.

-¿Cómo?

-Los rumores, mi señor.

-Siempre hay rumores.

-Al atravesar la cortina, os he visto el semblante y he sabido que esta vez los rumores eran ciertos.

Solimán le acarició la cabellera y su rostro se suavizó.

-¿Me permitís ver la carta, mi señor? -musitó Húrrem.

El alargó la mano izquierda y la abrió, con la palma hacia arriba. La carta había permanecido allí, estrujada en su puño, desde que Rústem se presentara en el Diván el día anterior.

Húrrem la alisó. Apenas era legible. Estaba arrugadísima y el sudor de la mano de Solimán había emborronado la tinta.

Pero Húrrem pudo darse cuenta de que era un tratado de paz. Y también pudo leer la firma.

Seras quier Sultán.

¡Oh, Rústem!, pensó Húrrem. Abbás supo elegir bien. ¡Tienes un raro genio para la intriga.

-Suplica la paz -observó.

-Es de locura -murmuró Solimán con voz ronca-. ¿Qué puede haberse apoderado de él para hacer tal cosa?

-¿Es digno de confianza ese *defterdar* Rústem?

-¿Qué beneficio le reportaría una mentira así? Además, no hay embuste posible. Está aquí, escrito bajo mi propio sello. «Serasquier Sultán». ¡Sultán! No existe provocación alguna, ni circunstancia bajo la cual un hombre, aparte de mí, pueda llamarse sultán. Hacerlo es rebelión. Y él lo sabe.

-Es vuestro amigo. Me habéis hablado tanto de él...

-Sí, es mi amigo. ¡Mucho más que un amigo! ¡Y eso es lo que hace más imperdonable...!

-No actuéis de manera irreflexiva, mi señor.

-Húrrem... puede que seas la única que intercede hoy por él. De súbito, tiene enemigos en los que yo no habría soñado. ¡De todas las grietas de palacio han salido enjambres de denunciantes!

Sí, le defenderé, pensó Húrrem. Y cuando su cabeza esté pudriéndose en la Puerta de la Felicidad, recordarás que yo era amiga suya. Si me convirtiera en instrumento de su muerte, también me odiarías. Ahora es el momento de encargarse de Ibrahim.

-Debéis ir a reuniros con él -susurró.

Solimán asintió con un lento movimiento de cabeza.

-Cuanto más lo demore, más amenazado estaré. No puedo hacer nada. Sin embargo, no soy capaz de causarle daño, pequeña ruselana. Seria como cortarme un trozo de mi propio corazón.

-Puede que no sea necesario. Si él es amigo vuestro de verdad, mi señor, seguramente habrá algún medio por el que podáis justificarle.

Solimán le arrancó la carta de la mano.

-¡No hay ningún medio! ¿Qué excusa puede haber?

Se puso en pie de un salto y se acercó a la vela encendida en el pedestal de plata contiguo a la entrada. Llevó la carta a la llama, le dio la vuelta entre los dedos y la contempló mientras empezaba a arder.

-¿Te enfrentarás a él con la carta? -preguntó Húrrem.

-¿Para que lo niegue? Le permitiré que sea él quien me hable de ella cuando me presente ante su persona. Si de verdad es mi amigo, no tratará de ocultármelo.

Dejó que el pergamino en llamas se le escapara de los dedos y cayera en el suelo. Aplastó las llamas y las cenizas con la suela de su bota.

Se echó sobre el diván.

-¡Ibrahim...!

Húrrem fue a sentarse a su lado. Levantó la cabeza de Solimán hasta apoyársela en los senos y le sintió llorar, suavemente, entre sus brazos.

-Húrrem -musitó él-, ¿qué haría sin ti?

-Chissst -susurró la mujer, al tiempo que le acariciaba las sienes con los dedos, despreciando más que nunca la debilidad del sultán.

Era el último de los calurosos días de agosto, la época del año en que allí sólo se quedaban los pobres, condenados a abrasarse en el horno que era la ciudad. Solimán acababa de volver a su Diván y a su harén, procedente de Adrianópolis, adonde se había retirado para cazar y huir del cálido siroco. No es el momento oportuno para emprender una campaña, estando como estamos tan peligrosamente cerca del invierno, pensó. La perspectiva de una larga y agobiante cabalgata a través de Anatolia le deprimía. Pero no le quedaba otra opción. Tenía que reunirse con su ejército. Y cuanto antes.

Cruzó el Bósforo con trescientos *solak* y un escuadrón de *spahi*, para marchar luego a Uskudar y dirigirse a continuación, a través de las achicharradas planicies de Anatolia, hacia las montañas de Asia.

No ignoraba que tenía que transcurrir un ciclo completo de la Luna antes de que llegara a su destino, un mes de polvo asfixiante, de músculos doloridos, de cabalgar, cabalgar y cabalgar.

¡Sultán Serasquier!

Siguió la ruta de Alejandro, entre olivares e higueras, trigales y campos de algodón. Atravesaron Konia, donde en otro tiempo vivieran sus antepasados, los selhuks, y donde se detuvo para honrar a la Mevíana Thirbesi, la tumba de Jallal Ad-Din Rumi, que había fundado la cofradía derviche.

Desde Konia, cabalgaron a través de ondulantes y calcinadas estepas, asándose bajo el sol del desierto. En la alta meseta, sus únicos compañeros fueron las solitarias tiendas negras de los nómadas, que se agitaban en los llanos, y los abrasados muros de piedra de los caravasares que brindaban refugio a las caravanas de camellos de Samarcanda y Medina.

Pasaron por Edesa, ciudad natal de Abraham, donde los ancianos se sentaban a la sombra de la fortaleza y echaban garbanzos en una alberca de carpas sagradas. A partir de allí se adentraron por los vastos y yermos montes, donde los cálidos vientos del desierto no podían penetrar. De pronto, el aire se tomó más fresco y la parda estepa dejó paso a las rocas desnudas, surcadas por unas corrientes de aguas tan gélidas que parecían capaces de cortar la piel como navajas barberas. El tiempo cambió de forma súbita y rápida, en cuestión de minutos se formó una tormenta feroz en el cielo antes azul y los vientos azotaron como látigos a hombres y caballos. Era un lugar en el que sólo podían sobrevivir las cabras, las ovejas y los kurdos.

Y el sha, pensó Solimán.

Cabalgaban doce horas al día y sólo se detenían cuando los caballos estaban demasiado exhaustos para continuar, con el belfo y los flancos blancos de espuma y los ojos enrojecidos y desorbitados por la sed y el agotamiento. Pero hasta últimos de agosto no llegaron a Azerbaiyán.

Los exploradores se adelantaron para localizar el campamento y avisar a Ibrahim con el fin de que se dispusiera a dar la bienvenida al sultán. Una semana después, al acercarse a la cima de un monte, divisaron las espirales de humo que se elevaban desde el fondo del valle. El panorama que ofrecía el campamento osmanlí apareció frente a sus ojos.

El único deseo de Solimán era echar pie a tierra y llorar de alivio. La extenuación se había establecido en sus huesos, ahora era casi parte integrante de él, al igual que el polvo y la mugre que le cubrían la piel. Pero no le estaba permitido manifestar cansancio ante sus lugartenientes y mucho menos ante los jenízaros. Se irguió en la silla, picó espuelas y lanzó su montura ladera abajo.

Según la costumbre, las tiendas se habían levantado en lineas alargadas y precisas, de acuerdo con la división y regimiento. A intervalos regulares se habían excavado hoyos para las heces. Los caballos estaban en sus corrales y los carros de intendencia, las máquinas de guerra y los cañones se encontraban situados en estricto orden.

Reinaba el silencio en el campamento, ya que no se toleraban pendencias, juego ni bebidas. Pero cuando los hombres del *askeri* reconocieron el estandarte del sultán, de siete colas de caballo, y vieron sobre la silla del blanco corcel la alta y barbada figura, las prendas verdes y el turbante blanco como la nieve, prorrumpieron en aclamaciones jubilosas.

La noticia se extendió a toda velocidad. ¡Solimán regresaba para capitanearlos una vez más! ¡Los guiaría a través de la montaña, rumbo a la victoria!

Detuvo su cabalgadura ante la tienda de seda escarlata con el estandarte de seis colas de caballo. Salió Ibrahim, que en seguida ejecutó el saludo ceremonial sobre el suelo, ante él.

-Mi señor -dijo.

¿Dónde estaba ahora la sonrisa juvenil?, se preguntó Solimán. ¿Dónde estaba el muchacho que siempre acudía a abrazarle cuando llevaban cierto tiempo separados? Mira ese ceño malhumorado

-¿Tienes la cabeza del sha? -preguntó Solimán.

Jbrahim tardó un buen rato en responder.

-Todavía no, mi señor.

-Entonces nos trasladaremos a Bagdad. A partir de ahora, el sultán acaudillará a su ejército.

-Es magnífico que os encontréis aquí, mi señor.

-¿De veras, Ibrahim?

-Sólo me preocupa la razón por la que habéis venido. ¿Ya no confiáis en mí como *serasquier* vuestro?

-El puesto de un sultán está a la cabeza de su ejército, como nunca has dejado de recordarme.

-¿Es ese el único motivo, mi señor?

Estaban sentados con las piernas cruzadas sobre las gruesas alfombras del pabellón de Solimán. Las ascuas del brasero de cobre esparcieron su calor al avivarías un súbito ramalazo de viento. Cerca de allí, un caballo piafó y resopló, asustado por el gemido del viento y el repentino frío.

Solimán estaba cansado. El viaje le había dejado exhausto. Le escocían los ojos por la falta de sueño y pensar le costaba un trabajo ímprobo. Además, estaba helado. Hacia mucho tiempo que no experimentaba tal frío. Se ciñó el manto forrado con piel de armiño, subiéndoselo un poco más en torno a los hombros.

-Como Protector de la Fe, tengo la obligación de defender Bagdad, en lugar de tener a mi ejército persiguiendo fantasmas por las soledades.

-Una vez hayamos derrotado al sha, Bagdad será nuestro de todas formas.

Solimán escudriñó el semblante de Ibrahim, en busca de la verdad. En cualquier momento, pensó, en cualquier momento confesará lo que ha hecho, me explicará por qué hizo una cosa así. No puede haber secretos entre nosotros: él nunca lo permitiría.

Le concedería una oportunidad.

-Puede que debamos firmar un tratado con él -adelantó.

Un aleteo de temor apareció en las pupilas de Ibrahim. Sin lugar a dudas.

-¿Y qué le ofreceríamos?

-¿Qué crees que deberíamos ofrecerle, Ibrahim?

-Nada. Salvo, quizá, una soga para su cuello.

Solimán meneó la cabeza.

-Es tan esquivo como el emperador romano. Acaso no debamos entablar batalla con ninguno de ellos, Ibrahim. Es más importante que cumplamos nuestra obligación. Somos defensores de la fe.

-¡La fe!

Solimán se dio cuenta de que en el mismo momento en que la pronunciaba, Ibrahim se arrepintió de su blasfemia.

-Esa es la razón de mi ejército, Ibrahim. No hay otra. La guerra santa la hacemos por Dios. Es nuestro deber. -Los caballos empezaban a ponerse nerviosos. Oía con toda claridad el ruido de sus cascos contra el suelo, que destacaba sobre los silbidos del viento-. Mañana nos prepararemos para partir hacia Bagdad. Reconquistaremos la ciudad y, si es preciso, invernaremos allí. Las montañas no son el sitio adecuado para un ejército de estas proporciones.

Solimán percibió la humillación de Ibrahim. El visir clavó la mirada en los carbones al rojo, apretados los labios en una fina línea de furor.

-¿Por qué me hacéis esto? -susurró.

Solimán observó que sus puños se apretaban con fuerza sobre el regazo. Después de tu traición, ¿cómo te atreves a poner mis actos en tela de juicio?, pensó.

-Estoy cansado. He de dormir -dijo-. Retírate.

Era tradición dormir en la misma tienda durante la campaña. Pero aquella noche Solimán no solicitó su presencia e Ibrahim se abstuvo de protestar por ello. Se puso en pie, ejecutó su *sala'cim* y abandonó el pabellón.

Durante la noche estalló una ventisca sobre sus cabezas. El alboroto que organizaron camellos y caballerías, aterrados por la tormenta, despertó a Solimán. Los hombres gritaban en la oscuridad y, entonces, otro violento ramalazo ventoso sacudió la tienda con tal furia que Solimán temió que hubiera abierto una gran hendidura a lo largo de la dorada seda. Se echó por encima e] manto forrado de piel y corrió hacia la entrada.

Cortinas de cellisca y nieve lo arrasaban todo. Se cubrió el rostro para protegerlo de la punzante bofetada del hielo. A sus oídos llegaban chillidos de hombres y animales, pero la noche permanecía oculta tras un velo blanco. Las antorchas llameaban fugazmente, pero el viento las extinguía en seguida. Los pajes temblaban aterrorizados. Hasta uno de los *solak* cayó de rodillas.

-Protégenos, Dios mío -murmuró-. ¡Esto es obra de los magos persas!

-No es más que la tormenta -rugió Solimán, forzando la voz para hacerse oir-. ¡Levántate, hombre!

Cogió al soldado y, con sus propias manos, tiró de él y lo puso en pie. Maldito Ibrahim, pensó. ¡Maldito sea por su traición y por su estupidez! ¡Maldito!

Ibrahim avanzaba dando tumbos a través de los bancos de nieve, aturdido por el espectáculo que la aurora le había brindado. Una tupida alfombra blanqueaba el valle. Las tiendas se combaban bajo el peso de los copos acumulados. La pata congelada de un camello sobresalía de la superficie de un montón de nieve, como una larga rama.

-Que Dios me ayude en mi pesar -musitó.

Una claridad sobrenatural trataba de abrirse camino a través de los pesados y macizos yunques de nubes. Una terrible quietud había caído sobre el valle. Los montones de nieve habían sepultado regimientos enteros y la fuerza del vendaval había desgarrado las tiendas. Trozos de lona se agitaban en los postes rotos, como las banderas hechas jirones de un ejército derrotado.

Ibrahim oyó lo que en principio supuso era el gemido del viento, pero el viento estaba ya en calma. Comprendió que eran gritos de hombres atrapados bajo la nieve, voces que se mezclaban con los relinchos y los bramidos de los camellos y caballos moribundos.

Era la primera vez que se enfrentaba a la derrota, pero la reconoció. En vez de sangre, nieve. No le había desbordado el enemigo, sino las montañas.

Los hombres iban dando traspiés, atolondrados y deslumbrados por la nieve, avanzando por un paisaje que no se parecía en nada al de la tarde anterior. Algunos arañaban la nieve con desesperación para liberar a un compañero caído o tiraban de las riendas de un caballo medio sepultado en un banco de nieve.

Casi todos ellos dirigían la mirada hacia la boca del paso, temiendo ver surgir allí las siluetas de los jinetes persas recortándose contra las claridades del alba. Se encontraban impotentes. Desvalidos de un modo absoluto. Si la caballería persa apareciese...

-¡Ibrahim!

Giró en redondo. Solimán se erguía sobre él, en la ladera, con el enjoyado *killig* al cinto. Descubrió en el semblante del sultán aquella furia enloquecida que sólo había visto una vez: en Rodas, cuando llamó al *bostanji* para que le desembarazase de su *serasquier* y gran visir.

-¿Qué has hecho?

Ibrahim alzó las manos en gesto de desamparo. ¿Quién podía imaginar que estallase tal tormenta en septiembre?

-Si los persas se presentaran ahora, ¡moriríamos todos nosotros! -rugió Solimán.

Ibrahim se le quedó mirando. ¿Qué había que decir?

Solimán se le acercó, de forma que los pajes y *solak* que le rodeaban no pudiesen oír sus siguientes palabras.

Galata

La llama de la encerada candela rutilaba sobre el vidriado de la hilera de azulejos. Cada vez que Abbás desplazaba su peso, la seda del caftán crujía como hojas secas sacudidas por una ventolera.

Suspiró y miró a Ludovici.

-Días peligrosos éstos -comentó.

-Todos los días son peligrosos, Abbás.

-Te has asegurado de que está a salvo. ¿Está fuera de Estambul?

-Sí -respondió Ludovici, y sostuvo la mirada de Abbás-. Se ha ido.

Abbás gruñó, satisfecho.

-¿Todavía la quieres, Abbás?

-¿Amor? -Susurro de la seda-. No lo sé, Ludovicí. ¿Cómo puedo amarla, tal como estoy?

Ludovici no supo qué decir.

-¿Sigues teniendo eunucos en tu casa, Ludovici?

-Tengo harén propio -repuso el veneciano, como si eso lo explicara todo.

Abbás no pronunció palabra, pero en su silencio había reproche.

-¿Piensas a veces en los viejos tiempos, Abbás? ¿En Venecia?

-Parece que eso fue hace un siglo. Mis recuerdos de aquella época son como hojear las páginas del diario de un desconocido.

-Daría cualquier cosa por haber conseguido que entonces me hicieras caso.

-A veces me preguntaba si al nacer no nos habríamos equivocado de familia tú y yo, si no habría habido un intercambio -rezongó-. Pero parece que no.

Solimán dio media vuelta y hundiéndose en la nieve hasta los muslos se encaminó a las ruinas del campamento jenízaro. Ibrahim comprendió que debían reorganizarse cuanto antes y emprender la retirada de inmediato. Pero eso ya no era responsabilidad suya. El sultán estaba ahora al mando y se encargaría de dar las órdenes de la jornada.

Un asomo de sonrisa, hosca y triste.

-Sí, me lo advertiste, me acuerdo de ello. Y el tiempo ha demostrado que tenias razón.

-Eso no me proporciona ningún placer.

-Ya lo sé, Ludovici. Pero el destino de un hombre se lo escribe Dios sobre la frente en el momento en que nace, y el mio era éste. No habría podido comportarme de otra manera, como una nube no puede decidir qué rumbo debe tomar al desplazarse por el cielo. Su dirección la guía el viento de Dios, tal como ha ocurrido con mi vida.

-Entonces, el Día del Juicio, Dios no tendrá derecho a juzgar tus pecados. En lugar de ello, debería pedirte perdón.

-Eso es blasfemar, Ludovici, y no estoy dispuesto a escucharlo.-Batió palmas con el fin de llamar la atención de sus sordomudos y se levantó para marcharse-. Una última pregunta -dijo-. ¿Llevaste alguna vez a Julia a tu harén?

La interrogación desconcertó a Ludovici.

-Pero Julia no es ninguna concubina. Es una mujer cristiana de alta cuna.

-Sí, ¿pero la llevaste al harén? ¿La convertiste en tu hurí?

-No -mintió Ludovici-. No lo hice.

-Muy bien. Te creo -dijo Abbás, pero algo en su expresión le sugirió a Ludovici que también él había mentido.

Cuando volvió a su casa de Pera, se encaminó al estudio y, desde la ventana, sumido en sus pensamientos, contempló la panorámica del Cuerno. Gritó sus instrucciones a Jacinto, que se alejó corriendo por el pasillo. Ludovici se sentó ante el gran escritorio de roble, junto a la ventana, y aguardó.

Entró Julia en silencio, anunciada por el suave frufrú de su larga falda al acariciar el mármol blanco y negro del suelo.

-¿Querías verme? -le preguntó.

Ludovici se levantó para ofrecerle una silla.

-Por favor. Siéntate -dijo.

Ella aceptó la invitación y Ludovici acercó otra silla a la de la muchacha.

-¿Ocurre algo malo, Ludovici?

Él denegó con la cabeza.

-¿Me odias, Julia?

-¿Por qué iba a odiarte?

Ludovici no le contestó.

-Sólo me hiciste lo que el sultán hace a todas sus concubinas, lo que tú haces a todas las que te pertenecen. Con la diferencia de que, por lo

menos, no me metiste después en un saco para que me ahogara en el Bósforo.

-Me siento avergonzado.

-Hubo un tiempo en que también yo me sentí avergonzada. Pero luego los turcos me convirtieron en puta y ya no me quedó vergüenza.

-¡No eres ninguna puta!

Ludovici se puso de pie con un movimiento brusco y la silla fue a estrellarse contra las baldosas de mármol. Le volvió la espalda y contempló el crepúsculo que se abatía sobre el Cuerno.

-Te estoy muy agradecida, Ludovici. Me salvaste la vida. Me diste refugio aquí. Creo que es muy posible que prefiera ser concubina a ser monja. Aunque tal vez la única diferencia sean las distracciones nocturnas.

Ludovici se volvió. ¿Se estaba burlando de él? Cruzó los brazos y se apoyó en el alféizar de piedra.

-Serena ha muerto -dijo.

Ella respiró con fuerza.

-¿Cuándo?

-Hace tres semanas, en Chipre. Hoy me he enterado de la noticia.

Julia se encogió de hombros.

-Eso no cambia las cosas para mi.

-Tal vez si. -Ludovici se apartó de la ventana-. Cásate conmigo.

Julia le miró, sorprendida.

-¿Por qué?

-Porque te quiero.

-Me conformo con seguir siendo una concubina, mi señor. El matrimonio no cambiará nada, en lo que a mí respecta.

-Le he dicho a Jacinto que venda mi harén. Sólo te quiero a ti, Julia.

La muchacha se levantó y atravesó la estancia.

-Quieres que te ame y no puedo hacerlo.

-Puedes intentarlo -dijo Ludovici.

Julia negó con un movimiento de cabeza.

-Estoy enamorada de Venecia y de unas cuantas tardes en los canales.

¿Y de Shirane?, pensó.

-Te quiero.

-Ya me posees.

-En tal caso, digamos que lo hago a causa de la vergüenza. De todas formas, cásate conmigo.

Ella se inclinó hacia delante y le dio un beso suave en la mejilla. Ludovici alargó las manos y la estrechó con fuerza entre sus brazos pero, cuando la besó, los labios de Julia no respondieron y comprendió que lo que en realidad deseaba de la muchacha era tan inalcanzable para él como para Abbás.

Mesopotamia

En la construcción de Bagdad habían empleado el mismo ladrillo y la misma piedra con que habían levantado la antigua ciudad de Babilonia. La capital del califa Harun al-Rashid se asentaba a caballo sobre el Tigris y el

Éufrates. Promesa de sedas, oro, joyas y mujeres, sus palmeras enmarcaban cúpulas y alminares.

Solimán permanecía inmóvil a lomos de su blanco semental árabe, mientras observaba la colocación de los cañones y las máquinas de asedio y musitaba una oración de gracias. Se había superado la crisis.

Los persas no aparecieron aquella mañana. La presencia del sultán revitalizó al ejército y por la tarde, tras la tormenta, ya se habían reorganizado y emprendieron la larga y lenta retirada de las montañas en las que pudieron quedar enterrados.

¡El imperio de Mahoma, el ejército del islam, habría sido aniquilado, gracias al *serasquier* sultán!, pensó Solimán con amargura. Tanto si era un verdadero creyente como si no, Ibrahim tenía un deber con respecto a mi. Su ambición le cegó.

Ibrahim cabalgó hacia él. Los rubíes y esmeraldas que adornaban su silla y sus armas fulguraron al recibir los rayos del sol de la mañana. Sonrió, como si los horrores de la semana anterior no hubieran sido más que una pesadilla que se había disipado con la llegada del amanecer.

-¿Por qué tan solemne, mi señor?

-Deberías haberte presentado ante estas puertas hace dos meses.

Ibrahim se encogió de hombros, como si se tratara de una admonición sin importancia.

-El agá de los jenízaros tenía hambre de campaña, quería unas largas operaciones militares -sonrió-. Teníamos que proporcionárselas. ¡El viejo oso aún está fundiendo la nieve de sus botas!

-Nuestro objetivo era éste, Ibrahim. No apaciguar al agá, ni encontrar al sha. Estamos aquí para ahuyentar a los perros.

Ibrahim se puso de mal humor.

-Dijisteis que deseabais la cabeza del perro.

-No. Lo dijiste tú.

Solimán apretó los flancos de su corcel con las rodillas y salió al trote, dejando a Ibrahim solo en la llanura.

El Eski Saraya, 1535

Acababa de llegar la primavera, pero la nieve aún seguía aferrada a los tejados de los quioscos del Topkapi Saraya, se desprendía en pequeños aludes de la cúpula del Aya Sofia y congelaba las fuentes de los patios del Eski Saraya. Sólo a Húrrem y al *kislar aghasi* se les permitía llevar los caftanes forrados de piel propios de su condición. Los demás servidores y odaliscas tiritaban, bajo sus delgados caftanes, cuando cruzaban los helados patios y recorrían los glaciales claustros. Dentro del palacio, con las puertas y las persianas cerradas herméticamente para impedir el paso del frío, al mezclarse entre silos rancios olores del incienso, las brasas y el hachís creaban una neblina asfixiante. Para aliviar aquella atmósfera, Húrrem y sus servidoras rociaban los aposentos con agua de rosas y azahar.

-Ha llegado a palacio un correo, mi señora. Solimán estará de vuelta en Estambul dentro de pocas fechas.

-¿Con Ibrahim?

-Sí, mi señora -dijo Abbás.

Era el escándalo de toda la ciudad, por supuesto, el modo en que Ibrahim había desafiado a Solimán hasta el punto de asumir el titulo de *«serasquier sultán».* Se había intentado que el secreto no rebasara los muros

del Diván, pero Rústem se encargó con diligencia de que, en cuestión de unos días, todos los habitantes de la ciudad conociesen la traición. Desde luego, el *defterdar* había resultado ser una revelación.

La caída de Bagdad y el transcurso de los largos meses del invierno no habían acallado los rumores; si acaso, los habían estimulado. Las noticias llegaban de modo esporádico, los correos galopaban día y noche durante veinte e incluso treinta jornadas seguidas para llevarlas. Y todo Estambul estaba expectante, a la espera de lo que fuese a hacer el sultán, de ver cómo le ajustaría las cuentas a su *«serasquier sultán».*

En todos los bazares, los comerciantes escupían y maldecían al griego. Una noche desfiguraron las estatuas erigidas ante su palacio del At Meydani. Estambul entero le odiaba, resentido por el ascendiente que tenía sobre el sultán y por el modo en que hacía ostentación de su riqueza ante ellos. Al parecer, sólo un hombre parecía tolerar aún sus excesos.

Húrrem se preguntó muchas veces si Ibrahim no habría muerto ya, estrangulado en su tienda por el *bostanji* o colgado de una horca en la plaza de Bagdad. No ignoraba que era posible que llevara semanas pudriéndose en su tumba para cuando el *chauz* o alguacil llegase con la noticia. El día en que Solimán salió de Estambul, a finales del verano anterior, Húrrem se dijo que no volvería a ver vivo a Ibrahim. Pero, como si aquel hombre fuese un terrible espíritu oscuro, parecía inmortal.

La mujer se mordió el labio inferior. Por primera vez, Abbás se preguntó si Húrrem no se habría equivocado al evaluar el temperamento de Solimán. ¿Hasta dónde podía llegar Ibrahim en su provocación al sultán antes de que éste actuara contra él?

-Hay otra noticia -dijo Abbás.

-Dámela.

-El sha atacó la retaguardia del ejército cuando regresaba a través de Azerbaiyán. Se perdieron cuatro *beyes sandak* y se rindieron ochocientos jenízaros.

-¿Quién era el *serasquier*?

-Ibrahim. El sultán iba en la vanguardia con los *solak.*

Abbás no consideraba ningún triunfo personal el éxito de aquella intriga en la que no había tenido más remedio que participar. Las circunstancias le habían obligado a interpretar su papel. La única satisfacción que podía imaginarse era ver a Húrrem metida en un saco (bien atada la boca del mismo), cargada en un transbordador y llevada al centro del Bósforo.

Tal vez algún día...

-Te has portado bien, Abbás.

-Gracias, mi señora.

-Y Rústem también. Ha demostrado poseer un gran talento. Estoy segura de que encontraré alguna otra tarea para él en un futuro inmediato. Puedes comunicarle mi agradecimiento y garantizarle que se le recompensará con generosidad.

-Se lo diré.

Abbás ejecutó un *temennah*, deseoso de abandonar la estancia en seguida. No era sólo el agobiante calor de los braseros de carbón vegetal y el empalagoso olor del perfume reinaba una temperatura tan calurosa en la sala de recepción que Húrrem sólo se cubría con un chaleco de terciopelo y unos calzones de seda, sino que en aquellos días la mera presencia de la

mujer le alteraba los nervios. Solimán le había conferido demasiada confianza, demasiado poder. Se estaba convirtiendo en un monstruo.

-A propósito, ¿has visto a Julia? -le preguntó Húrrem,
cuando Abbás se disponía a retirarse.

-No, mi señora.

-Siento curiosidad, nada más. He estado dándole vueltas a lo que me dijiste. ¿Cuánto podría pagarte una simple esclava para que mereciese la pena que arriesgases el cuello?

Lo sabe.

-También me movió la compasión, mi señora.

-Dios mio, muy bien, Abbás.

-Como digáis, mi señora.

-Se ha casado con Ludovici Gambetto, uno de los mercaderes venecianos de Pera. ¿Lo sabías?

La estancia empezó a girar. Abbás confió en que su rostro no dejase entrever la confusión que sentía.

-Sí, mi señora -mintió.

-Espero que le complazca más de lo que complació al sultán.

-Así lo espero yo también, mi señora.

-Gracias, Abbás.

Abbás regresó a su celda, con un fuego ardiendo en su corazón. ¿Qué has hecho, Ludovici? ¡Me mentiste, mentiste, mentiste!

Pobre Julia.

Confio en que seas feliz.

Yo hice todo lo que pude.

Solimán parecía haber envejecido de repente. Era como si el tiempo le hubiese congelado igual que había hecho con las fuentes del Eski Saraya, mientras transcurrían diez estaciones allá en las montañas y llanuras. Sin embargo, no era un cambio físico. En su barba no se veían más hebras grises, la espalda continuaba manteniéndose erguida, no había cojera ni cicatrices

Acaso sea la piel, pensó Húrrem. El largo invierno pasado en el desierto y las montañas le había hecho más pronunciadas las líneas de su rostro; o tal vez era sólo su porte, como si el desierto persa hubiera drenado todos sus jugos. En su interior no quedaba fuego ni espíritu. Parecía derrotado.

-¿Qué os ocurre, mi señor?

-¡Ibrahim...!

-¿Mi señor...?

-¿Qué puedo hacer, pequeña ruselana?

--¿Le echásteis en cara la carta?

-Esperé a que lo confesara. Pero su confesión no llegó. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Un careo entre Rustem y él?

-¿Puede encontrar así alguna justificación?

Solimán denegó con la cabeza.

-Yo sólo quería que lo reconociese por su cuenta. No Podría soportar sus mentiras. La carta estaba firmada bajo el duplicado de mi sello. ¿Qué podría decir él ahora para que le perdonase?

-¿Y..?

-Y todavía le quiero, Húrrem. No como te amo a ti, pero aun le quiero. ¿Qué puedo hacer?

Debes ejecutarle, pensó Húrrem. Todo lo que no sea eso es ponernos en peligro a todos. ¿Cómo es posible que lleves tanto tiempo vacilando?

-Podríais condenarle al exilio, como hicisteis con Ahmed Pachá.

-Ahmed Pachá utilizó su lugar de exilio como base para una rebelión. ¿Debo correr el mismo riesgo con Ibrahim, que es mucho más poderoso que Ahmed Pachá?

Claro que no, pensó Húrrem.

-Ha sido amigo vuestro durante largos años, mi señor. Le queréis como a un hermano. No me pidáis consejo.

-¿Pero en qué otra persona puedo confiar?

Ella le acarició la mejilla y notó contra su mano la presión con que Solimán respondía.

-Ha sido vuestro visir más importante.

-Sí, pequeña ruselana, pero ahora su ambición y su codicia le han rebasado. Cuando volvíamos de Bagdad permitió que los *beyes* sanQak de El Cairo y Siria acampasen de forma despreocupada en un valle sin salida. Como *serasquier,* debería haber protegido nuestra retaguardia frente a cualquier posible ataque. En lugar de cumplir ese deber, se preocupó más de salvaguardar las balas de seda que había saqueado en Persia. Dejó que la caballería del sha nos infligiese la mayor derrota que haya sufrido jamás mi ejército. En lugar de regresar
de Bagdad celebrando nuestra victoria, hemos llegado a Estambul sumidos en el desorden y lamiéndonos las heridas. ¡Todo ello gracias al *«serasquier sultán»!*

Húrrem mantuvo entre las suyas las manos de Solimán.

-Ha conspirado contra el trono osmanlí de obra, cuando no de corazón. Según vuestras propias palabras, es culpable de negligencia en el cumplimiento de sus deberes. Mi señor, me hago cargo de vuestro dolor, ¿pero qué otra cosa podéis hacer?

Al otro lado de la ventana, el sol, al ponerse, tornaba de color de rosa la nieve que cubría los tejados del viejo palacio.

-Esta noche cenará a solas conmigo en el Topkapi Saraya. Húrrem apoyó la cabeza en el hombro de Solimán. ¡Increíble! Se tenía que ser un completo insensato -como Ibrahim- para perder su lealtad.

-¿Qué le diréis, mi señor?

-Nunca pensé que iba a llegar este día.

-Ninguno de nosotros sospecha su verdadero futuro. Sólo somos capaces de imaginar lo que soñamos.

-No puedo poner fin a su vida, Húrrem. No puedo. He dado mi palabra.

-¿Mi señor?

-Cuando le nombré visir hice el voto, una promesa ante Dios, de que, mientras yo viviese, Ibrahim no tendría nada que temer de mi. Ese fue mi juramento.

Permanecieron sentados sin pronunciar palabra durante un buen rato. Largas sombras se deslizaron por las alfombras. Varios pajes entraron sin hacer ruido en la estancia para encender las velas y lámparas de aceite.

-Debe morir -murmuró Húrrem.-La ley así lo decreta.

-Entonces hay una solución, mi señor, aunque ni siquiera me atrevo a susurraría. Pero si tiene que acabar con vuestro suplicio...

-Explicate.

-Habéis jurado no provocar su muerte mientras viváis. En ese caso, permitid que se cumpla la condena mientras dormís. Los mufties dicen que

mientras está durmiendo, el hombre no vive. El sueño es como una muerte menor. De modo que podéis cumplir la ley, vuestro deber con el trono y el islam, sin faltar a vuestro juramento.

Solimán tardó largo rato en responder.

-Sea -dijo por último.

Topkapi Saraya

La temblorosa luz de las lámparas se reflejaba en los rubíes incrustados en los incensarios. A Ibrahim le recordaban las hogueras del campamento del valle de Sultanía, la noche antes de la tormenta de nieve. El recuerdo era como un dolor físico en el estómago e intentó ahuyentarlo.

Pasó un dedo por el borde de la copa de jade y contempló el espléndido vino tinto de Chipre. Solimán estaba de un humor taciturno, entrecerrados los ojos. Ibrahim comprendió que no le desasosegaban los sombríos pensamientos de costumbre. Se trataba de algo muy diferente.

-Habéis propinado un buen vapuleo a los perros persas -dijo-. Estarán mucho tiempo lamiéndose las heridas.

-Tal vez. Pero la campaña no estuvo bien asesorada. Casi nos dejamos meter en una trampa. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, la última batalla la ganó el sha. Ahora estará festejándolo, a pesar de nuestras victorias en Tabriz y Bagdad.

-Habrá otros veranos.

-¿Para qué? No coges un cañón para matar a un mosquito, Ibrahim.

El enojo de Ibrahim se manifestó de manera repentina.

-Tenemos un imperio que rivaliza con el de Alejandro Magno. ¿Por qué nos sumimos en esta melancolía como si nos hubiesen derrotado? ¡Nosotros tenemos Bagdad, a los *safawies* sólo les quedan la nieve y las piedras!

-Perdimos una buena parte de nuestros jóvenes más brillantes. El *delterdar* Rústem, por ejemplo.

Ibrahim sintió como la sangre desaparecía de su rostro y que un sudor frío y grasiento saturaba todo su cuerpo de modo casi automático. Sus espias le habían informado de que Rústem continuaba respirando, de que lo habían visto en Manisa. ¡Rústem!

Intentó contender con la magnitud de su traición: su instinto adivinó la verdad antes de que el cerebro la captase. Qué astuto. En otras circunstancias, tal vez hubiese aplaudido la habilidad de aquel juego de manos. ¿Iba por ahí la insinuación de Solimán?

-¿Qué sabéis de Rústem? -preguntó Ibrahim, sin levantar la vista.

-Sólo que lo asesinó el sha. ¿Se ofreció voluntario para aquella misión o le ordenaste tú que la cumpliera?

-Se ofreció voluntario. Parecía estar deseando ir a cumplirla.

-¿Y en qué consistía esa misión?

-Yo pretendía atraer al sha fuera de las montañas. Esa era mi única intención.

Ibrahim pensó que sus palabras sonaban a súplica. Bueno, quizá estoy suplicando. Debe saber que no pretendí causarle daño alguno.

-Parece que fracasaste.

Ibrahim se esforzó en leer en los ojos de Solimán. ¡Dios, apiádate de mí en este trance de dolor!, pensó. No me cree.

-Debéis estar seguro de que lo intenté todo para sacar al sha de su escondrijo. Si fui demasiado lejos, mi única culpa es el exceso de entusiasmo.

Bien. Ya estaba dicho. Era una súplica de perdón, sin confesar ningún pecado. ¿Y si lo de Solimán sólo eran sospechas? ¿Y si, después de todo, Rústem había muerto?

So pena de que Húrrem tenga parte en esto, pensó. Y esa idea le produjo el primer escalofrío de terror.

-En fin, ya está hecho.

-Habrá otras victorias, mi señor. Como Rodas y Mohacs. ¿Os acordáis cómo nos asomamos al precipicio de Rodas? Si resistimos cuando los tiempos son duros, al final Dios siempre acaba por recompensamos.

-Lo que prevaleció entonces fue tu consejo, Ibrahim.

-Sólo deseaba serviros.

-Y me has servido bien muchas veces. Pero la victoria en sí misma no significa nada, a menos que sirva al islam. Eso es algo que quizá hemos olvidado.

-Toda victoria beneficia al islam.

-Debes conocer la mente de Mahoma antes de hablar por él.

Ibrahim se tragó la rabia. A pesar del pánico que sentía, le molestaba que Solimán intentase sermonearle. ¿Cree de veras que habría triunfado en Rodas y Mohacs sin mí? Es posible que lo creyera. ¿Y si Húrrem le hubiese estado metiendo cizaña contra él?

-No nací en la fe de Mahoma -dijo, precavido-. Todavía tengo mucho que aprender.

-Es demasiado tarde para eso -repuso Solimán-. No creo que nadie pueda enseñarte ya nada.

Si hubiera sonreído al pronunciar aquellas palabras, tal vez Ibrahim habría experimentado alivio. Pero Solimán no sonrió.

Ibrahim se negó a creer que Solimán le...

-¿Volveremos a ir de caza este verano en Adrianópolis? -preguntó.

-Sólo Dios conoce el futuro.

-Me encargaría de volar los halcones para vos. Como en los viejos tiempos.

Solimán no dijo nada.

-¿Os acordáis de aquella vez, a orillas del río Marantz, cuando un jabalí surgió de entre los matorrales y se precipitó sobre mi caballo? Me salvasteis la vida.

-Allí, de pie, le plantaste cara, aunque ibas desarmado. Entonces parecía que nada podía asustarte.

Aquel jabalí sólo tenía unos colmillos como navajas de afeitar, pensó Ibrahim. No un palacio lleno de sordomudos armados de dogales de cuerda de arco.

-No tenía miedo porque estabais allí para protegerme.

-No siempre podré estar allí. Todos nosotros debemos afrontar la muerte en algún momento, a solas.

¡No! ¡No! ¡No puede hablar en serio! ¡Soy su gran visir, su *serasquier*, su amigo! He comido en su mesa, he dormido en sus tiendas a lo largo de infinitas campañas. No, Solimán, no puedes considerar tal cosa...

-De lo único que tengo miedo es del modo en que llega la muerte. Me jurasteis una vez que jamás me condenaríais. No podría soportar la deshonra de esa clase de muerte.

-Tengo presente mi juramento. No lo quebrantaré.

Ibrahim se le quedó mirando, confuso. Entonces, ¿qué? ¿Qué está planeando? ¿A qué vienen esas amenazas veladas, esas ambiguedades que murmura?

-Mi señor, no soy mas que un hombre, he cometido muchos errores. Hay algo que he de confesaros…

Solimán alzó la mano para acallarle. Cuando Ibrahim levantó la mirada vio una extraña expresión en el semblante de Solimán. Comprendió sobresaltado que era piedad.

Y disgusto.

-No tenéis que defender vuestro caso ante mi, Ibrahim.

-Mi señor…

-No hace falta decir nada más. Estoy cansado. Hablaremos de nuevo mañana.

Solimán se puso en pie; la cabeza le pesaba tanto que casi no podía sostenerla. El vino drogado le había afectado más de lo que parecía afectar a Ibrahim. Pero deseaba dormir más que ninguna otra cosa. Deseaba que fuese ya por la mañana, que la prueba hubiese acabado.

-Los pajes te prepararán la cama. Que duermas bien, amigo mio.

Ibrahim se levantó. Estaba seguro de que el fin no llegaría de aquel modo. No con un sencillo buenas noches.

-Dormid bien, mi señor.

De pronto, Solimán le abrazó. Luego lo apartó de sí y desapareció en el interior de su cámara privada, cuya puerta cerró con llave.

El rostro de Solimán aparecía de un color gris enfermizo. Húrrem se levantó del lecho y corrió hacia él. Estaba desnuda por completo, a excepción de los pantalones de damasco rosa. Con los andares de la mujer, la tela de la prenda onduló a la luz de la vela. Llevaba una perla en la cintura y una cinta de seda verde trenzaba su cabello.

No debo permitir que piense en lo que está ocurriendo, se recordó Húrrem. Haré que se emborrache de vino y de mi y cuando se haya saciado de ambos, dormirá. Al despertarse, todo habrá terminado y no habrá indulto.

-Mí señor…

-Lo ha hecho todo salvo suplicar por su vida.

Húrrem apoyó la cabeza en el pecho de Solimán. Tiene que haber algún modo de calmar sus dudas, pensó la mujer.

-Dejadlo ya -susurró-. Olvidad la ley Olvidad, por un momento, vuestro deber.

-Si me olvido del deber, ya no podré llamarme sultán.

-¿Puedo hacer algo?

-Deja que me apoye en ti, Húrrem.

Ella le condujo a la cama.

-Bebed esto -murmuró, al tiempo que le ofrecía una copa de vino.

-¿Me ayudará a dormir?

Húrrem asintió y Solimán se lo tomó de un trago. Se dejó desnudar, algo que nunca había permitido. Permaneció con la cabeza gacha y, cuando terminó de desvestirle, Húrrem le tendió en la cama, descansó su cuerpo sobre el de Solimán e introdujo sus muslos entre los de él.

Irguió el tronco apoyada en los brazos, de forma que sus pechos acariciaran el pecho del sultán. Empezó a besarle en las mejillas y en los

ojos, al tiempo que removía los costados contra los del hombre. Solimán no respondió. Los labios de Húrrem fueron desplazándose por el afeitado y terso cuerpo de Solimán, hasta la entrepierna...

De súbito, él se retorció, se apartó de Húrrem y se sentó en el lecho. Echó a andar hacia la puerta.

-¡Mi señor!

Solimán dio media vuelta, contraído el semblante en una horrible mueca de sufrimiento. Se puso en cuclillas y cruzó los brazos a la altura del estómago, como si experimentara un enorme dolor. Húrrem tomó la jarra de cristal, volvió a llenarle la copa, se acercó a él y se la puso en los labios. La sostuvo mientras Solimán bebía con la desesperación de un moribundo.

-Os ayudará a dormir, mi señor -murmuró Húrrem.

-Que no suceda mientras estoy despierto...

-Mi señor...

-¡Que no se permita que falte a mi juramento! ¡Que no suceda mientras estoy despierto!

Húrrem acogió entre sus pechos la cabeza de Solimán y le arrulló como si fuera un niño.

-Dormid, mi señor. Dormid... -musitó.

Al cabo de un instante, notó que la cabeza se convertía en un peso muerto y que Solimán se doblaba sobre ella. Tendida en el suelo a su lado, le sostuvo mientras Solimán se revolvía y murmuraba en sueños. Le acarició la cabeza y esperó a que el *bostanji* ejecutara su trabajo.

Ibrahim paseaba por el cuarto, sin hacer caso del lecho que le habían preparado los pajes. Luchaba contra la pesadez de sus piernas y con el soporífero cansancio que invadía su cerebro. Inopinadamente, su cuerpo chocó con la pared e Ibrahim emitió un gemido y se enderezó sobresaltado. ¡El vino! ¡Solimán le había drogado! ¡No! ¡No! ¡Solimán no lo haría! ¡Nunca!

Tenía que mantenerse despierto. No debía permitir que le encontrasen dormido y apagaran su existencia como se apagaba una vela. El era Ibrahim, el hombre más poderoso del imperio, el visir del Magnífico.

No podía morir a manos del sultán. Contaba con su palabra, con su juramento ante Dios.

Entonces, ¿por qué los pajes habían cerrado la puerta al salir?

Anduvo a tientas por la habitación, a la luz de las candelas, como un ciego, combatiendo la náusea del miedo y los efectos mareantes del vino. Todo esto es fruto de mi imaginación, se dijo. Esto no está ocurriendo.

Oyó rumor de pasos en el corredor y un ruido semejante al gañir de un perro. ¡Los sordomudos! ¡Los *bostanji*! Rechinó una llave en la cerradura y el picaporte empezó a girar. ¡Que Dios me ayude en mi desgracia!

Se abrió la puerta.

Eran cinco, nubios todos. Los asesinos *bostanji* eran eunucos, preparados mediante mutilación para sus únicas misiones en palacio; les habían cortado la lengua y les habían agujereado con agujas los tímpanos. Así no podían sucumbir a las súplicas de sus víctimas ni revelar prematuramente las órdenes recibidas.

Ibrahim desenvainó la daga que llevaba al cinto y llegó dando tumbos a la puerta de madera que separaba su habitación de la de Solimán. La martilleó con los puños.

-¡Mi señor!

Volvió la cabeza. Los *bostanji* avanzaban hacia él.

-¡Mi señor! ¡Solimán! ¡Por favor! ¡Poned fin a esto!

Solimán se despertó sobresaltado.

-¿Qué ocurre?

Unos puños golpeaban la puerta.

-¡Mi señor! ¡Por favor!

¡Ibrahim! Ibrahim estaba muriendo.

Húrrem le cubrió los oídos con las manos y le acunó la cabeza contra sus pechos. Empezó a cantar, para cubrir con su voz los gritos de la habitación contigua.

Ibrahim se está muriendo, pensó Solimán. Y yo no estoy sumido en la pequeña muerte del sueño.

-Mientras viva…

Más golpes en la puerta. Oyó gritar a alguien. Debía de ser Ibrahim.

He quebrantado mi juramento. He asesinado a mi mejor amigo.

Pero he obedecido la ley.

Cada uno de los bostanji empuñaba una cuerda de seda, el ritual instrumento de ejecución que se utilizaba con los personajes de alta categoría o de sangre real. Era la cuerda de arco, de seda, que había eliminado a tíos, primos y sobrinos de Solimán.

Ibrahim blandió la daga y se enfrentó a los *bostanji*.

El primero de ellos le sonrió al tiempo que avanzaba sobre él como si ni siquiera hubiese visto el arma blanca; tal vez confía en su habilidad para esquivarla, pensó Ibrahim. El *bostanji* se lanzó hacia su víctima, pero Ibrahim estaba preparado y lo esquivó fácilmente con un salto lateral, a la vez que la daga ascendía y se desviaba a un lado en tajo serpenteante.

El *bostanji* se detuvo en medio del cuarto, desorbitados los ojos por la sorpresa. Soltó la cuerda de arco. La sangre fluyó de su cuello y tiñó de rojo la pared. Se llevó las manos a la garganta en un fútil intento de detener la hemorragia y, poco a poco, cayó de rodillas.

Ibrahim retrocedió hasta la pared contraria, mientras otro *bostanji* se desplazaba a través del centro de la habitación, más cauteloso ahora. Su compañero cayó de bruces y agitó las piernas mientras la sangre continuaba saliendo a borbotones por la cuchillada de la garganta.

Ibrahim observó el intercambio de señales entre los verdugos, un movimiento de las manos casi imperceptible, el lenguaje de los *bostanji* sordomudos. Tensó los músculos, preparado.

Actuaron con rapidez, al unísono: Ibrahim trazó un amplio arco con la daga frente a sí y los bostanji saltaron hacia atrás. Uno de ellos gruñó, un suspiro profundo y lúgubre, que emergía de lo más profundo de su pecho. Brotó sangre del corte que acababa de sufrir en el brazo.

Ibrahim tuvo conciencia del repugnante olor a excrementos. El primer *bostanji* había evacuado al morir.

Los asesinos volvieron a la carga, con mayor celeridad en esa ocasión. Ibrahim lanzó otra cuchillada y uno de ellos cayó, pero el grito de desafío de Ibrahim no interrumpió la cuerda de arco que se ciñó alrededor de su garganta. Los dos *bostanji* restantes se precipitaron al ataque, pero Ibrahim soltó otro tajo, a la desesperada, y vio que uno de los *bostanji* caía hacia atrás y se llevaba las manos a la cara.

Pero el otro le agarró el brazo, le apartó y le retorció la muñeca para obligarle a soltar la daga. La cuerda de arco apretó más la garganta del visir.

-¡No, no! ¡No puedo morir! Soy Ibrahim…

Pataleó impulsado por el pánico entre las piernas del hombre y una parte de su ser captó de inmediato el error. Intentó otro puntapié y en esa ocasión su empeine conectó con los riñones del *bostanji*. La presa de la mano se aflojó lo bastante como para permitirle liberar el brazo armado con la daga, la hoja del arma hendió las manos y los brazos del atacante mientras se apartaba bruscamente.

La giró en la mano y lanzó una cuchillada a ciegas, hacia atrás. Notó un chorro cálido sobre la espalda y el dogal que tenía al cuello se soltó. Ibrahim retrocedió, jadeante.

De modo instantáneo, la daga se le desprendió de la mano. De las costillas del *bostanji* todavía sobresalía la empuñadura del arma. Ibrahim se inclinó para tirar de la empuñadura de la daga. Pero no logró extraería.

Otra cuerda se cerró en torno a su garganta. El atacante era uno de los eunucos a quienes ya había herido; notó la sangre que goteaba desde el brazo del hombre y resbalaba sobre él cuello abajo. Repitió el puntapié, pero el asesino dio un tirón con el lazo y le hizo perder el equilibrio.

Ibrahim se llevó las manos a la garganta e intentó introducir los dedos entre la cuerda y la piel, pero el dogal se tensó y se le clavó profundamente en la carne. No podía respirar. El pecho se le contrajo en espasmos y sus brazos y piernas se agitaron de manera involuntaria en un dolor agónico.

Pataleó empavorecido, perdida la sensatez. Brillantes relámpagos luminosos estallaron frente a sus OjOS.

Trató de gritar el nombre de Solimán, pero su garganta no produjo ningún sonido. Forcejeó inútilmente, privado ya del dominio de sus extremidades. Negras sombras le envolvieron y se cerraron sobre él por todas partes.

De súbito, todo recuerdo se extinguió.

El hipódromo

Guzul apresuraba el paso a lo largo del At Meydani, bajo los impresionantes muros rojos del palacio de Ibrahim. Minutos antes, un mensajero le había llevado un recado urgente a su casa del barrio judío. Ibrahim deseaba verla.

En seguida.

Los guardias la escoltaron a través de la puerta. Cruzó el patio a toda prisa, hacia la gran escalera que conducía a la Sala de Audiencias del pachá. Mantuvo agachada la cabeza y, mientras corría, se levantó las faldas del *ferilde* y extremó su cuidado para no resbalar sobre la delgada capa de hielo que cubría la piedra.

Estaba a mitad del tramo de peldaños cuando reparó en la figura que la observaba desde lo alto de la escalinata. Vestía una pelliza verde forrada de piel y llevaba un gran turbante blanco en forma de pan de azúcar. ¡El *kislar aghasi*! Le contempló, sorprendida y confusa.

-Ibrahim ha muerto -informó Abbás. No había el menor asomo de triunfo en su voz. Si acaso, sonaba triste. O pesarosa.

Guzúl volvió la cabeza y miró a su espalda. Al pie de la escalera se encontraban dos *bostanji* , desnudos sus killig.

-Son las órdenes de la señora Húrrem -dijo Abbás a guisa de explicación, y se alejó, sin el menor deseo de ver a los *bostanji* llevar a cabo su tarea.

Topkapi Saraya

Desde una ventana que dominaba el tercer patio, Solimán observó cómo cargaban el cadáver a lomos de un caballo. Habían colocado un paño de terciopelo negro sobre el animal, al que aplicaron en los ojos un ungüento especial para provocar las lágrimas. Un *bostanji* condujo de la brida al caballo. Solimán había ordenado que trasladasen el cuerpo a Galata y que lo sepultaran en una tumba anónima.

Los dos *bostanji* muertos fueron sacados a rastras de la habitación. A Solimán le informaron de que, de los supervivientes, uno había perdido un ojo y el otro la nariz. Oscuras manchas rociaban la pared.

-Luchó con valentía -declaró Solimán.

-Por favor, mi señor -dijo Húrrem-. No os atormentéis. Vuestra orden fue justa. No podíais hacer otra cosa.

Pero Húrrem se percató de que los remordimientos habían empezado a corroerle el corazón. El semblante de Solimán estaba blanco. Y el hombre temblaba.

-Pequeña ruselana... -musitó.

Se abrazó a ella. Después de todo, pensó Húrrem con alivio, no puede recurrir a nadie más.

Ahora no.

SEXTA PARTE

Esa mujer llamada Húrrem

Camlica, 1541

Bajo la mirada de Solimán, Mustafá espoleó su corcel árabe hacia la cima del monte. La larga y sedosa cola del caballo se mantenía erecta al estilo de los pura sangres. El viento azotaba las borlas del rojo tocado y las blancas vestiduras de Mustafá. Solimán pensó que se había convertido en un joven apuesto y gallardo. Un soberbio príncipe. Ya tiene cuatro hijos de su propio harén. Cuenta veintiséis años. La misma edad a la que él, Solimán, emprendió la cabalgada desde Manisa para ocupar el trono.

Apremió a su caballo ladera arriba para reunirse con Mustafá y miró a los arqueros que, con sus perros, recorrían la marisma de la zona baja. La

desmañada y encorvada figura de Qehangir les seguía, a caballo, con el encapirotado *gerifalte* en el brazo.

A Solimán le había sorprendido muy gratamente la amistad que durante los quince días anteriores había brotado entre Mustafá y Qehangir. El carácter compasivo de Mustafá había visto las mismas virtudes que se albergaban bajo la retorcida y deforme anatomía del muchacho, le tomó bajo su protección y le enseñó a adiestrar halcones y a utilizarlos para cazar. También pasaba largas horas con Qehangir en el Campo de las Flechas o simplemente cabalgando por las colinas que se alzaban detrás de la ciudad. A Solimán le resultaba reconfortante la atención que su joven shahzade mostraba hacia su por lo menos medio hermano; reflejaba los sentimientos del propio Solimán hacia el muchacho.

Por su parte, Qehangir admiraba mucho a Mustafá y las atenciones que volcaba sobre él podían tildarse de abrumadoras. Durante la visita de Mustafá a la capital, le seguía por el saraya como un muñeco y se pasaba horas y horas mirando a Mustafá cuando cabalgaba en el herit.

-Es un buen chico -dijo Solimán-. Un magnífico estudiante y se esfuerza al máximo para superarse en lo que Dios espera de él.

Mustafá se volvió en la silla.

-Los ghazi necesitan sabios igual que necesitan guerreros.

Solimán contempló las evoluciones del gerifalte, que surcaba el aire al acecho de alguna presa todavía invisible.

-Prométeme que nunca le causarás ningún daño -dijo.

-¿Por qué iba a hacerle daño, mi señor?

-Cuando el trono sea tuyo.

A Mustafá pareció indignarle la idea.

-Yo no soy mi abuelo.

-Es tu derecho, si lo deseas.

-Si os doy mi palabra, no le causaré daño alguno. ¿Creéis que actuaría como un buen príncipe si mi primer acto consistiese en asesinar a mi tullido hermano?

-Sólo quiero tu promesa.

-La tenéis.

Se miraron. Deseo poder creerte, pensó Solimán. Pero recuerdo lo fácil que fue para mi padre. Su sangre corre por mis venas.., y por las tuyas.

-Lo que hagas después que me haya ido al Paraíso es cosa tuya y de Dios. Pero deja vivir a Qehangir.

-De mí no han de temer nada ninguno de mis hermanos, mi señor. Esa costumbre sanguinaria se terminó con mi abuelo.

-Con el tiempo, puede que cambies de idea.

-Sí ellos no levantan la mano contra mi, no les ocasionaré el menor daño.

-Selim y Bayaceto son ya casi adultos.

-La decisión les corresponderá a ellos. Si se levantan en armas contra mí, obraré en consecuencia. Así se comportan los príncipes. Con el tiempo, el trono será mío y pienso conservarlo. Pero podéis decirles, mi señor, que, si ellos no desenvainan la espada, vivirán en paz. En lo que a mí concierne, no quiero que la sangre salpique mi trono.

Bonitas palabras, pensó Solimán. ¿Pero cómo puedes estar seguro de lo que harás cuando empiecen a circular rumores? Recordó a Ibrahim. Cuando llegase el día en que él no estuviera allí...

-Sólo prométeme que no harás daño a mi Qehangir -dijo.

El gerifalte se lanzó en picado sobre su presa y los perros prorrumpieron en un coro de ladridos, a la vez que los jenízaros lanzaban un grito general de triunfo. Otra vida concluía en medio de una preciosa mañana de primavera.

El Eski Saraya

Las sombras se retiraban a través de Asia en dirección a la sombría frialdad de Europa. El sol avanzaba centímetro a centímetro por los pórticos y los oscuros jardines y disolvía las espirales de blanca neblina cuyos rizos flotaban entre los tejados. La silueta de una araña aferrada a su tela se recortó contra el cielo de color limón. Entre los cipreses, una lechuza entonó su diana anunciadora de la aurora.

Húrrem se envolvía en una pelliza de piel, con la melena suelta y caída sobre los hombros, despeinada y sin trenzar. Se estremeció al inclinarse sobre el enrejado. Su mirada cruzó la ciudad, que empezaba a despertarse, hacia la torre del Kubbealti y los alminares del Aya Sofia, que centelleaban como puntas de lanza dispuestas allí para horadar la niebla matutina.

Por toda la urbe, los almuédanos procedían a llamar a los fieles a la oración.

-Allahu akbar! La ilaha lila' íiah...

Podía ver desde la ventana la antigua Columna Calcinada de Alejandro, que dominaba la plaza del mercado donde a ella la habían vendido. Esclava entonces y, con todo su poder y riqueza, esclava ahora.

Y a un segundo del olvido. Si Mustafá está destinado a vivir, pensó, a mis hijos los asesinarán o encarcelarán y a mí me desterrarán a algún lugar solitario de Anatolia, con los chacales y las cabras como única compañía.

Esclava entonces, esclava ahora.

Llamó a Muomi e inició su aseo. Tomó asiento ante el espejo y observó a través de él los movimientos de Muomi mientras la peinaba. Aquella mañana se sentía como si estuviese mirando por el borde de un acantilado. Y como si sólo hubiese negrura al otro lado.

-¡Alto! -ordenó.

Se acercó al cristal. Retiró la mano de la pelliza, deslizó los dedos entre los áureos mechones de su cabellera y vio confirmada la terrible verdad. Una cana. Estás envejeciendo, dijo el espejo. Ya no puedes seguir negándolo. Las minúsculas patas de gallo se irán haciendo cada vez más profundas hasta que te resulte imposible disimularlas a base de kohl, a tus primeras canas se sumarán otras y llegará un momento en que no podrás seguir engañándote con el cuento de que son jugarretas de la luz. Contemplarás impotente cómo tu belleza se desmorona y se desvanece ante tus propios ojos.

¿Y qué ocurrirá entonces? ¿Seguirá dispuesto el Señor de la Vida a estar a tus órdenes, rendido ante tus encantos? ¿Olvidará que dispone de un paraíso repleto de huríes complacientes, ambiciosas y ávidas de aprovechar su pasajera belleza para reemplazarte en su cama? ¿No hay otra Julia poniendo a punto su carne, su cuerpo en el hammam? Es más, ¿no habrá otra Húrrem planeando desbancarte, como hiciste tú con Gúlbehar?

Húrrem arrancó de la mano de Muomi el cepillo con mango de marfil y lo estrelló contra el espejo, haciendo añicos la imagen que reflejaba.

-¡Tráeme a Abbás! -chilló-. ¡Tráemelo ahora mismo!

-¿Cómo está Julia?

Abbás volvió a sentir una vez más que se desplomaba hacia un pozo negro. Nunca le dejaría en paz, aquella bruja. Le atormentaría hasta la muerte. Maldito Ludovici. Le había puesto a merced de Húrrem. ¿Qué querría ahora de él?

-Confio en que se encuentre bien -dijo Abbás.

Estaban solos en la cámara de audiencias de Húrrem; sus voces se perdían en mil ecos provocados por los altos techos abovedados y se ahogaban bajo el murmullo de las fuentes de mármol situadas a lo largo de las paredes. Abbás pensó que una sala como aquélla era muy apropiada para que Dios le convocase y le pidiera cuentas a uno. Luego clavó la mirada én las frías y verdes pupilas de Húrrem y se dijo: No, Dios no. El diablo.

Estaba sentada en el diván, con las piernas debajo del cuerpo y éste arrebujado en la piel de la larga pelliza verde. Sonreía.

-Ah, Abbás, no deberías tenerme miedo. Soy tu amiga. Si albergara la intención de denunciarte al Señor de la Vida, hace mucho tiempo que lo habría hecho.

-Vivo sólo para servir a mi sultán y al Velo de Cabezas Coronadas. Os agradezco vuestro perdón, aunque seguramente deberé responder ante Dios de todos mis pecados.

Húrrem aplaudió encantada.

-¡Qué discurso tan bonito! Te has convertido en un diplomático perfecto, Abbás. ¡Eres la honra de todos los eunucos del mundo!

¡Cómo me gustaría arrancarte tu lengua demoníaca y guardarla en un tarro!

-¡Y vos sois la honra de todas las mujeres del mundo, mi señora!

Húrrem ladeó la cabeza y su lengua recorrió el labio superior. Se puso en pie muy despacio y dejó que la pelliza cayera de sus hombros. Se quedó completamente desnuda.

Abbás rechinó los dientes y bajó la mirada al suelo.

-¿Qué sucede, Abbás? ¿Soy demasiado fea para que se me mire?

-No, mi señora, vuestra hermosura me deslumbra –dijo Abbás, esforzándose en conservar el control de su voz. Casi veinte años en el harén te han causado escaso detrimento, pensó. Sabes que tu cuerpo aún puede soliviantar a un hombre, incluso a un hombre incompleto. Tuviste buen cuidado en abstenerte de dar de mamar a tus hijos y nunca te has entregado al consumo de dulces como han hecho algunos de los otros viejos cuervos. ¿Pero por qué me haces esto a mi? Sin duda, porque te divierte yerme sufrir.

-Me han dicho que te castraron después de la pubertad. ¿Cuántos años tenias, Abbás?

-Diecisiete, mi señora.

-¿Habías conocido ya a una mujer?

-A algunas, mi señora.

-A esa edad, no son muchos los que sobreviven a una operación así, ¿verdad? Tuviste suerte.

-Yo difícilmente lo llamaría suerte -articuló Abbás, antes de poder morderse la lengua.

Húrrem alargó la mano y le acarició la mejilla. Abbás pudo oler su perfume.

-Pobre Abbás. ¿Sientes apetito carnal alguna vez?

Abbás bajó la mirada sobre el cuerpo de Húrrem. ¡Oh, Dios, ayúdame en mi dolor! La mujer conocía la respuesta, desde luego. A pesar de su odio, Abbás deseó acariciar el contorno suave de aquellos pechos, con ternura, como un amante. Supo que la expresión de sus ojos ya le había traicionado.

-No, mi señora.

-¿Ni siquiera por Julia? -preguntó Húrrem, y su voz goteaba miel.

Abbás sintió que se ahogaba.

-No, mi señora.

-En tal caso, tu opinión será imparcial. ¿Crees que todavía soy tan atractiva como las demás chicas del harén de mi señor?

Fue dándose la vuelta, muy despacio, sobre la punta de los pies.

-Realmente, lo sois -declaró Abbás.

Ella sonrió y sus ojos fulguraron como esmeraldas.

-No es extraño. Una mujer desnuda se encuentra desvalida ante un hombre de verdad. Sin embargo, contigo no estoy muy segura. Esto crea un vínculo entre nosotros, ¿no es cierto, Abbás?

Hasta la muerte, pensó Abbás. La mía. O la tuya.

-Estamos unidos por los vínculos del servicio.

-Exacto. Y tú tienes que prestarme a mí tus servicios, ¿no es cierto? A causa de lo de Julia.

Dime de una vez lo que quieres. Deja ya de atormentarme. Dime qué es lo que quieres y déjame en paz.

-Quiero que hagas una cosa por mí -dijo Húrrem.

-No tenéis más que expresar vuestos deseo.

-¿Mi deseo? -Le miró, en busca de su reacción-. Mi deseo es que prendas fuego al harén. Quiero que quede reducido a cenizas, destruido hasta sus cimientos. Puedes hacer eso por mi, ¿verdad, Abbás? ¿Sí?

El siroco tiene su origen en el Sahara, es un viento seco y tórrido que caldea las costas norteafricanas para avanzar luego hacia el norte a través del Mediterráneo. Cuando alcanza las distantes orillas, llega cargado de humedad. Bancos de nubarrones se elevan hasta las estrellas. Todo se marchita.

Aquella noche, el siroco soplaba con intensidad por las angostas calles de Estambul, doblaba las ramas de los plátanos y cipreses de los jardines del palacio, batía con frenesí las banderas verdes y rojas del alcázar y levantaba montañas de espuma de una orilla a otra del Bósforo. La atmósfera se tomó densa y opresiva, pero las lluvias todavía no habían llegado.

Un tiempo perfecto, pensó Abbás.

Había aplazado cuatro noches el asunto, antes de plantearse cuál sería el momento oportuno para llevar a cabo el último capricho de Húrrem. El palacio se encontraba sumido en la oscuridad cuando se puso en marcha, acompañado de dos *bostanji,* y franqueó una puerta poco utilizada de la muralla sur. Los tres eunucos estuvieron ausentes menos de una hora pero, cuando regresaron, una extraña mancha de color rosa anaranjado se deslizaba en el horizonte, creando sobre los tejados de las apiñadas casas de madera una falsa sensación de amanecer.

Una vez en la seguridad interior del Saraya, Abbás buscó al *bostanji-bashi* y le deslizó en la palma de la mano un anillo de esmeraldas. Empleó el propio lenguaje por señas de los *bostanji* para indicar que los dos hombres que le acompañaban no debían vivir para ver la aurora del día siguiente.

A continuación se retiró a su celda y esperó, mientras se preguntaba qué otros pecados podría cometer todavía en nombre de la supervivencia.

El retumbar de los tambores repercutió a través de las oscuras calles. El palacio se despertó a los gritos de *«Yanghinvar!»,* ¡Fuego!

Abbás salió corriendo de su celda. Los claustros aún estaban desiertos, pero pudo oir a las mujeres que gritaban en los dormitorios del piso de arriba. En el patio, los dos guardias habían desenvainado ya los yataganes, dominados por la confusión -idiotas, pensó Abbás, impaciente-, pero se mantenían en sus puestos, dando vueltas uno en torno al otro, perplejos.

Abbás detectó el acre olor del humo.

No vaciló; al fin y al cabo, había dispuesto de varios días para ensayar todos los movimientos. Y Húrrem ya había dejado bien claro cuál sería la primera obligación del *kislar aghasi*.

Arrancó de la cama a dos de sus pajes y recitó la lista de instrucciones que se había aprendido de memoria. Preparar los carruajes. Hacer bajar al patio a todas las mujeres. Enviar a otros seis pajes al vestuario y poner a salvo todas las pertenencias de la señora Húrrem.

Desde luego, pensó, Húrrem no iba a dejar nada tras ella. Ni siquiera aunque se achicharrara toda la ciudad.

Luego, Abbás subió pesadamente la escalera nimbo a los aposentos de Húrrem.

Se quedó atónito al verla. Pensó que sin duda ella se había pasado toda la noche arreglándose. Llevaba un impresionante caftán verde esmeralda, con estrellas y medias lunas estampadas, sobre una camisa blanca adornada por volutas bordadas con hilo de oro. La cabellera aparecía trenzada con perlas y esmeraldas minúsculas y el velo estaba en su sitio. Muomi estaba a su lado: sostenía un *ferlide* de seda violeta.

Húrrem se había perfumado con esencia de jazmín y azahar. Claro, pensó Abbás. No iba a presentarse ante Solimán, recién rescatada del fuego, oliendo a humo.

-¿Por qué has tardado tanto, mi *agá*? -siseó Húrrem-. ¿Acaso tenias intención de que me asara en la cama?

-Acaban de dar la alarma, mi señora -jadeó. El esfuerzo que representaba para él subir los dos tramos de escalera le había dejado sin resuello.

-¿Qué necesidad tenias de esperar a que diesen la alarma? ¡Ya sabias que la ciudad estaba en llamas!

Abbás se acarcó tambaleándose a la enrejada ventana y gimió en voz alta. Que Dios me ayude en mi pena, pensó. ¡No pretendía que el incendio se tragara media ciudad! El viento había propagado las llamas y había organizado una delirante catástrofe que se extendía ladera abajo, engullendo por momentos los edificios de madera. El fuego caía sobre los inmuebles como una ola.

Las casas, una tras otra, crujían y se desplomaban como árboles abatidos y, al derrumbarse, lanzaban a las alturas del cielo nocturno latigazos de chispas. En los callejones de la parte baja, numerosas personas huían cargadas con sus escasas posesiones, tropezando unas con otras en su carrera empavorecida. La masa aterrada parecía un río desbordándose por un abismo, un torrente de cestas, antorchas, bueyes de mirada fija, caballos que reculaban, con los ojos vendados, y mujeres sin velo.

Que Dios me perdone, caviló Abbás. No imaginé esto.

El viento impulsó por el aire una brasa encendida que fue a alcanzarle en la mejilla. Abbás chilló, al tiempo que saltaba hacia atrás.

-¡Tenemos que apresurarnos! -advirtió.

Muomi ayudó a Húrrem a ponerse la capa y le colocó la cazeta sobre el rostro para preservar su anonimato y, en consecuencia, su dignidad. Muomi se ajustó su ferilde y Abbás las acompañó fuera del aposento y escaleras abajo.

Notó que el corazón se le aceleraba dentro del pecho. El miedo, el esfuerzo y la excitación latían a través de su organismo.

Había supuesto que dispondrían de más tiempo. En una urgencia real, pensó, no estaría a la altura de las circunstancias. No hubiese tenido tiempo de arreglarlo todo. Incluso ahora, puede que sea demasiado tarde.

Los coches ya estaban esperando.

-¡Venga... adentro! -chilló Abbás, y boqueó en busca de aire.

Las dos pequeñas figuras arropadas se le adelantaron y subieron al primer carruaje. Una de ellas -Abbás comprendió que debía ser Húrrem- apartó la cortina de tafetán, una mano serpenteó fuera del *ferilde* y cogió la de Abbás. La encapuchada cabeza se inclinó hacia él y, durante unos segundos, Abbás pensó que iba a darle las gracias.

-Si pierdo algo de lo mio -susurró Húrrem a través de la gasa violácea de la cazeta-, el objeto más insignificante... ¡te costará la cabeza!

Topkapi Saraya

Abbás se dejó caer de rodillas, con aire agradecido, para ejecutar el requerido saludo a los pies del Señor de la Vida. Descansó la frente encima de la alfombra un poco más de lo preciso y, una vez más, le resultó poco menos que imposible levantarse de nuevo. La pelliza le apestaba a humo y la suciedad le manchaba el rostro y el turbante en forma de pan de azúcar.

Solimán le observó, surcado el rostro por arrugas de angustia.

-Os pido mil perdones, mi señor -jadeó Abbás.

-¿Necesita mi servidor la atención del médico? -preguntó Solimán.

-Sólo estoy fatigado, mi señor.

Abbás se tambaleó un poco sobre las piernas.

-¿Ha habido fuego en el Eski Saraya? -Solimán aguardó impaciente a que el *kislar aghasi* contara su historia y se retirase. ¿Dónde estaba Húrrem?

-El palacio era pasto de las llamas cuando he salido. Sin embargo, todas las mujeres se encuentran a salvo.

-¿Húrrem?

-Esperaba fuera de la puerta, mi señor. He cuidado de su vida como si se tratara de vuestro... -vaciló y volvió a recuperarse- ... de vuestro más preciado tesoro.

-Estamos en deuda contigo -dijo Solimán. Y pensó: márchate y déjame ver a Húrrem. Se daba cuenta de que él mismo no era precisamente la imagen de la corrección. Le habían despertado con brusquedad y apenas había tenido tiempo de vestirse. Sólo llevaba un blanco caftán de seda y un fez. Iba ataviado para ver a su pequeña ruselana, no para una audiencia protocolaria-. ¿Ninguna herida?

-Me temo que el fuego ha afectado a cierto número de pajes y guardias... mientras intentaban salvar prendas y joyas de mi señora en sus aposentos.

-¿El palacio ha quedado destruido?

-La última vez que lo he visto.., estaba completamente envuelto en llamas.

-Te agradezco, Abbás, tus esfuerzos. Haz pasar a la señora Húrrem y luego ve a descansar. Hablaremos de nuevo por la mañana.

Instantes después apareció una figura envuelta en seda violeta, que casi al instante se dejó caer en el suelo. Solimán saltó del diván y atravesó presuroso el recinto.

-¿Húrrem? ¿Te encuentras bien?

Levantó la cazeta. El rostro de Húrrem estaba pálido y frío como el mármol, los ojos enrojecidos e hinchados a causa del llanto.

-Mi pequeña ruselana... ¿estás herida?

Ella negó con la cabeza y Solimán notó que temblaba entre sus brazos como un pajarillo.

-No deberían haber vuelto a meterse entre las llamas -murmuró Húrrem.

-¿Quiénes?

-Esos pobres sirvientes... Sólo se trataba de unas cuantas baratijas, unas pocas sedas... no merecían el precio de la vida...

Solimán la apretó contra si, percibió los latidos de su corazón y dio gracias a Dios.

-Cuando el mensajero me ha informado del incendio y he visto el resplandor de las llamas por encima del saraya... he comprendido que si resultabas herida no podría soportarlo. Gracias a Dios, te han salvado.

-Ha sido terrible, mi señor. Me ha despertado el olor del humo... Pensaba que iba a morir...

Solimán echó la capucha hacia atrás y rasgó el *ferjide*.

-¿Estás herida?

-No estoy herida, mi señor. A Dios gracias.

Solimán hundió su rostro en el cuello de la mujer y la apretó más contra si, aliviado. El olor de humo de madera se mezdaba con el perfume de jazmín y azahar. En un instante, la gratitud se transformó en deseo. Introdujo los dedos índice y anular de la mano derecha en el escote de la camisa de Húrrem y dio un tirón hacia abajo, desgarrando la seda y abriendo el gomlek y el caftán a todo lo largo del cuerpo.

-Hasta que han llegado los coches he tenido miedo de que hubieses desaparecido -musitó Solimán en tono apremiante.

-Mi destino no era ése -respondió ella.

Las manos del sultán exploraron su piel suave y accesible, como si tratara de convencerse de que la mujer seguía viva, de que estaba de verdad allí.

-Mi pequeña ruselana -dijo, y notó que la voz le temblaba en la garganta. Se bajó su túnica y la enrolló entre las piernas, casi sollozando de alivio.

Su pequeña ruselana. ¿Dónde estaría sin ella?

Solimán no parece disponer esta mañana de las gracias del gran Dios, pensó Abbás. Su aspecto, incluso, es tal vez un tanto desabrido.

-Debes acomodar en palacio a Húrrem y a las demás mujeres hasta que puedan prepararse otros alojamientos -ordenó Solimán.

-Eso plantea un problema, mi señor -silabeó Abbás con cautela.

-No quiero oír hablar de problemas.

-Mi señor, no os molestaría con tales menudencias, pero el asunto requiere vuestro permiso especial.

-¿Para destinar un rincón del palacio a mi haremlik? ¿Qué dificultades puede haber en encontrar habitaciones para unas cuantas mujeres y su servidumbre?

A pesar de sí mismo, Abbás experimentó un ramalazo de placer. ¿Cómo era posible que el Señor de la Vida tuviese una ignorancia tan supina de las proporciones de su harén y, en particular, de la organización doméstica de Húrrem?

-Mi señor, el séquito de mi señora Húrrem es bastante numeroso, como corresponde a la kadin favorita del Señor de la Vida...

Solimán se revolvió con aire irritado en el trono.

-¿Hasta qué punto numeroso?

-Tiene treinta pajes y esclavos...

-¡Treinta!

-y ciento tres azafatas...

-¿Cómo?

-así como su provisora y modista. Eso significa un total de ciento treinta y siete personas, incluido un servidor y, por supuesto, la propia señora Húrrem.

-¡Abbás!

-Añadid a esa cifra las ciento nueve muchachas que todavía permanecen en el harén de mi señor, más tal vez el mismo número de pajes negros y doncellas...

Solimán se mesó los pelos de la barba con una mano, mientras la otra tamborileaba sobre el brazo del trono.

-¡Mi harén dominará por completo mis alojamientos privados!

-Hasta que se adopten otras disposiciones, mi señor -señaló Abbás, e hizo todo lo posible para evitar que en su voz pudiera apreciarse la más leve nota de satisfacción. Sí, es una pequeña bruja, ¿no es cierto, Solimán?

Solimán suspiró.

-Muy bien.

-¿Mi señor?

-No se puede hacer nada. Hay que albergar al harén en algún lugar. Toma cuantas habitaciones hagan falta, lo autorizaré. Mientras tanto, llamaré a Sinan, el arquitecto. Nos encargaremos de que se emprendan de inmediato las obras para la construcción de un nuevo saraya destinado al harén.

Tiene ojeras, pensó Selim. Hasta ahora no me había dado cuenta. Claro que, ¿cuántas veces la he visto en el curso de los últimos doce meses? Le besó la mano y Bayaceto hizo lo propio. Luego se mantuvieron en segundo plano, con los brazos cruzados, tal como les habían enseñado en el enderun. Húrrem los examinó con ojo crítico. Muomi permanecía detrás de ella, a su derecha.

Selim la odiaba. Negra, taciturna y malévola.

Ella es la bruja, pensó, no mi madre.

Mi madre sólo es perversa.

-Te has convertido en un buen mozo, Bayaceto. Tus preceptores me han dicho que eres un jinete y atleta estupendo.

-Gracias, madre.

-Pero tienes que estudiar más. Incluso después de salir del *enderun*, debes seguir aprendiendo. Si alguna vez llegas a sultán, para desempeñar el cargo con éxito necesitarás algo más que un caballo y una jabalina.

-Me esforzaré al máximo, madre.

No va a hacerte el menor caso, pensó Selim. La hermosa cabeza de mi hermano está tan hueca como un tambor.

-Y tú, Selim... -Húrrem suspiró y una expresión de desagrado apareció en su rostro-. Dicen que tienes una excesiva afición a las lechecillas.

-Estudio mucho -aseguró el joven.

-Tus preceptores tienen que meterte las lecciones en la cabeza a base de capones.

Sí, eso hacen. Y nunca, jamás lo olvidaré.

-Me esforzaré todo lo que pueda, madre -dijo Selim, probando la misma defensa que había utilizado Bayaceto.

-Esforzarse al máximo no es suficiente. Eres mi primogénito. Las esperanzas de los osmanlies descansarán sobre ti, si algo llega a sucederle a Mustafá.

Por el modo en que ella miraba a Bayaceto, Selim sabia que las esperanzas de su madre residían en otro punto. Nunca fue un gran secreto quién contaba con el favoritismo de la mujer.

Y no se trataba sólo de ella, desde luego. Él, Bayaceto, era el preferido de todos. Los preceptores le querían. Todos le querían, excepto Solimán. Este adoraba a su otro hijo idiota, Qehangir, ahora que Mehmet estaba muerto. Pero él, Bayaceto, no iba a enfermar, ni mucho menos. Hasta entonces había sido perfecto.

Selim procuró disimular su excitación. Al menos tenía la oportunidad de alejarse de palacio, de apartarse de la sombra de Bayaceto. Cuando tomara posesión del cargo de gobernador de Konia, Bayaceto se encontraría en el otro extremo de la meseta de Anatolia, en Amasía. Tal vez un día se cayera del caballo mientras practicaba su amado Cerit.

Uno siempre podía alimentar la esperanza de que el gran Dios realizase tal milagro.

-Tienes que escribirme a menudo -dijo Húrrem.

-Te escribiremos, madre -habló Bayaceto por los dos.

Te maldeciré en mis oraciones todos los amaneceres y todos los atardeceres, madre, pensó Selim. Nunca me has podido ver.

-Mis esperanzas descansan en ti -manifestó Húrrem. Miró luego a Selim, con una beatífica sonrisa-. ¡Oh, Selim! ¡Tienes la misma forma que una sandia!

La forma de una sandia.

Selim se preguntaba con frecuencia a quién odiaba más: si a si mismo, por no ser como Solimán, o a Bayaceto, por ser como era. El, Selim, tenía una figura achaparrada y gordinflona, de tez olivácea, mientras que Bayaceto era alto, esbelto y apuesto. Una cruel broma de la vida: dos hermanos, nacidos bajo el mismo techo, uno dotado de acusada personalidad, fortaleza física y talento, el otro prácticamente sin ninguna cualidad. Imaginaba que Dios debía de tener el mismo sentido del humor que tenía Húrrem, su madre.

El único consuelo de Selim lo constituía Qehangir.

Qehangir era siete años más joven y había nacido tullido y jorobado. Si Dios se mostró cruel con Selim, con Qehangir se había ensañado y, durante la infancia, burlarse de los defectos de su hermano fue un gozo bastante placentero para Selim. Le procuraba cierta atención ajena y alguna que otra risa arrancada a regañadientes.

Al cumplir los ocho años, Qehangir fue enviado al enderun. Selim acostumbraba seguirle todas las mañanas a través del patio, arrastrando una pierna rígida, con los hombros encorvados, la cabeza gacha, imitando el curioso andar cojitranco de su hermano menor.

Era un modo fácil de provocar la carcajada del prójimo. Además, había descubierto ya que disponer de otra víctima era el mejor sistema para desviar el ridículo de su persona. Por otra parte, Qehangir nunca se quejaba. ¿Cómo iba a hacerlo? Sabia que era un incordio. No podía atreverse a llamar más la atención sobre si.

Pero un día Bayaceto estaba allí. Selim ni siquiera se percató de su presencia. Selim seguía a Qehangir por el patio de adoquines, saboreando los sofocados ecos de las risas del auditorio, cuando las carcajadas cesaron de forma súbita.

Algo le trabó las piernas y, de golpe, se encontró tendido de espaldas en el suelo. Bayaceto se erguía sobre él. Se agachó y le cruzó la cara con dos bruscos bofetones.

-¡Es tu hermano! -le gritó-. ¿Qué crees que estás haciendo?

Selim rodó sobre si mismo y se puso en pie, sabedor de que todas las miradas estaban fijas en él. Le ardían de humillación las mejillas. Bayaceto contaba dos años menos que él. No podía permitir que le derrotara así.

Se abalanzó sobre él.

Bayaceto se apartó lateralmente y volvió a ponerle la zancadilla, lanzándolo de cabeza contra los duros adoquines. Selim gimió mientras el dolor le recorría la rodilla y el codo. Le paralizó. Estaba convencido de que tenía algún hueso roto y permaneció inmóvil, sumido en sollozos.

-¡Si te vuelvo a ver burlándote de tu hermano, te partiré la cabeza! -oyó que le susurraba amenazador Bayaceto.

Los otros chicos se acercaron. Murmuraban y varios de ellos se reían sin disimulo. Al cabo de un rato, el dolor remitió y Selim pudo sentarse en el suelo. Le sangraba la cabeza y a duras penas podía estirar la pierna. Emitió un sonoro gemido y se secó las lágrimas de amargura que le humedecían los ojos.

El patio estaba ya casi vacío. Sólo quedaba allí Qehangir.

Éste se acercó y tendió la mano a Sehim. Pero Selim no podía soportar la expresión de auténtica congoja que reflejaban los ojos de su hermano, así que hizo caso omiso y se puso en pie sin ayuda, con esfuerzo.

Dio media vuelta y se alejó cojeando.

El *enderun* era la escuela interior de palacio, en la que se preparaba a los príncipes para el mando, junto con la crema del dervichado. Aparte de los príncipes, cuya sangre de todos modos habían diluido generaciones de concubinas, ninguno de los otros alumnos era turco. Abs jóvenes esclavos cristianos se les inculcaba la idea de que ya no tenían familia, país ni futuro, a excepción del sultán.

Aprendían el Corán en turco, árabe y persa; se les adiestraba en el manejo y lanzamiento de la pica y de la lanza y se les instruía en música y bordado, así como en el amaestramiento y atención de aves y perros. Se les

enseñaban buenas maneras, honradez, cetrería, marroquinería y manufactura de armas, manicura, peluquería y tocado con turbante.

Su vida estaba estrictamente regulada. Tomaban un baño diario y se hacían manicura y pedicura una vez a la semana. Todos los días se les entregaba un pañuelo limpio y tenían que cortarse el pelo una vez al mes. La disciplina era rígida e incluía frecuentes zurras e incluso el bastinado por parte de los eunucos blancos que se encargaban de su educación, hombres que, a todos los efectos, a Selim le parecían viejas momificadas.

Los graduados del *enderun* aprendían no sólo a ser soldados, sino también todos los principios del arte de gobernar y del comportamiento elegante. Durante seis años permanecían en palacio, sin poder abandonarlo, sometidos a un constante proceso de selección. A los mejores se les ingresaba en el régimen de palacio, como funcionarios del Tesoro o encargados de vestuario y, con el tiempo, podían llegar a pachás o gobernadores. Otros podían convertirse en pachás u oficiales en el cuerpo de los *spahi* de la Puerta o en la caballería imperial.

Sólo Selim, Bayaceto y Qehangir asistían al *enderun* por derecho hereditario y no por méritos, distinción que sólo estaba exenta de dificultades para Bayaceto, cuya destreza hípica y extravertido encanto le ganó pronto el respeto de sus compañeros y preceptores.

Para Selim, cada día era una pesadilla y soñaba con el momento en que el poder le permitiese disimular sus carencias.

Uno de sus profesores, Hakim Even, le pegaba cada vez que era incapaz de recitar su Corán, golpes que nunca propinaría a Bayaceto. En una ocasión incluso puso a Selim en el bastinado. Era un dispositivo sencillo: unos cepos inmovilizaban los pies y unas largas varas batían las plantas. Cinco años después, Selim recordaba aún el dolor que le produjo. Cada golpe le hizo chillar como una criatura de pecho y el suplicio sólo acabó cuando, a través de las lágrimas, Selim imploró a Hakim que dejara de pegarle. Tardó una semana en poder andar de nuevo y transcurrió un mes antes de que las heridas se cerraran.

En cuanto pudo sostenerse de nuevo sobre los pies, intentó matar a Bayaceto.

Bajo los muros del segundo patio había un terreno de juego donde los muchachos del *enderun* practicaban el *herit*; los monitores lo llamaban juego, pero en realidad era más bien un simulacro de batalla. Empleaban caballos de cuello corto y cuerpo robusto especialmente criados para ser rápidos y obedecer al jinete. Los caballistas, armados con jabalinas de poco más de un metro de longitud, maniobraban en dos equipos de doce miembros alrededor de un campo abierto y arrojaban las armas con ánimo de alcanzar la cabeza del contrario. El equipo que al término del «juego» había logrado más impactos o dianas, era declarado ganador del partido.

Las lesiones eran frecuentes y a veces algún muchacho resultaba muerto. A Selim le aterraba, pero Bayaceto se lanzaba al juego con su típica temeridad. Solía destacar en aquel ejercicio.

Aunque se alineaban en equipos distintos -Bayaceto cabalgaba en el Azul, el favorito del sultán (por supuesto), y Selim en el Verde-, Selim sabía que cualquier intento de lesionar a Bayaceto estaba condenado al fracaso. Era un jinete demasiado bueno. Todo cuanto podía suceder era que Selim se expusiera a correr un peligro excesivo. Su táctica corriente era mantenerse en la retaguardia y proteger su propio pellejo.

Resultaba bastante sencillo, en cambio, acercarse a la montura de Bayaceto, antes de que empezara el juego, y hacer un tajo, con un cuchillo, en mitad de la silla.

Se habían levantado tiendas alrededor del campo y nutridos grupos de jenízaros se apiñaban en torno al terreno de juego para presenciar el partido, como hacían con frecuencia cuando no estaban en campaña. Selim no ignoraba que probablemente el propio sultán estaría contemplando el espectáculo, desde los muros que dominaban el campo.

Bueno, hoy no van a tener ocasión de vitorear a su héroe. Me gustaría ver la cara de Hakim cuando los cascos de caballo le pisoteen.

Los dos equipos de jinetes daban vueltas uno en torno al otro y el resonante batir de los cascos encontraba eco en los muros del palacio. Nubes de polvo flotaban a través del campo.

El capitán de los azules -la ganchuda nariz de Bayaceto bajo el turbante- volvió grupas y se lanzó a la carga. Dos miembros del equipo de Selim se separaron del grupo y galoparon hacia él, a toda velocidad. Selim tiró de las riendas y desvió su montura hacia el flanco del grupo para tener una mejor perspectiva de lo que iba a ocurrir.

Cuando los jinetes se encontraron, oyó un grito y vio caer un cuerpo. Los caballos pasaron retumbantes por encima de la blanca figura que yacía en el polvo, inmóvil por completo. De inmediato, los otros dos jinetes soltaron las jabalinas y se apearon de sus corceles.

-¡Es Bayaceto! -voceó alguien-. ¡Está herido!

Selim llevó su corcel al paso a través de la polvareda que se asentaba y los arremolinados caballos. Bayaceto no se había movido. En el turbante de su hermano menor se veía una satisfactoria mancha de sangre. Fingió preocupación.

-¿Está muerto? -preguntó, esperanzado.

Pero Bayaceto no murió. El chichón de la cabeza era impresionante, durante muchas semanas cojeó de mala manera y no pudo practicar el herit, pero no murió. Al descubrir que el fallo había estado en el arnés de la silla, pusieron a Hakim en el bastinado, por negligencia, y luego lo desterraron a Bitlis. Fue una especie de compensación por la supervivencia de Bayaceto.

Pero ahora, mientras se despedía de su madre, Selim comprendió lo frágil que era su situación. Cuando su padre muriese.., mañana, dentro de treinta años, cuando fuera... se desataría la lucha por la sucesión. La cosa empezaría con Mustafá y Selim suponía que ni siquiera aquella alma noble vacilaría en ejecutar a toda la estirpe de Húrrem para proteger su trono.

Si, merced a un golpe de fortuna, Mustafá había muerto para entonces, el trono le correspondería a Selim. Pero ni por un segundo imaginaba que Bayaceto iba a permitirle ocuparlo. Uno de los dos tendría que morir. La ley del Fatih autorizaba a un sultán a exterminar a todos sus hermanos y a los hijos de éstos con el fin de proteger su sucesión y la estabilidad del imperio.

Selim sabia que ése era su propio futuro. Algún día iba a ser sultán o algún día iba a morir.

-Id en paz -despidió Húrrem a Bayaceto y a Selim.

Húrrem continuaba sentada, con la mirada fija en los abovedados techos, sin verlos, mucho tiempo después de que se hubieran marchado. El germen de una idea se había insinuado en el cerebro de la mujer. Zumbaba

allí, incordiando como un mosquito en una habitación a oscuras. Era insistente y ominosa, pero no lograba captarla en su totalidad.

Selim.

Resultaba a todas luces evidente que no era hijo de Solimán, pero cuando creció ya había nacido Qehangir para proyectar dudas sobre todo. ¿Quién iba a pensar que el Señor de la Vida podía engendrar a un jorobado tullido? Entonces, ¿por qué no a un joven obeso, de rostro pastoso y expresión mustia, sin ningún verdadero talento, salvo el que tenía para cultivar el desaire?

Sin embargo, tampoco se parecía mucho al *kapi aga*, pensó Húrrem. Daba la impresión de que aquellos peligrosos días en el patio del Eski Saraya quedaban muy lejos, pero vivían en Selim. Durante largo tiempo, después del nacimiento de Selim, no estuvo segura de si el padre era So]imán o el jefe de los eunucos blancos. Y seguía teniendo sus dudas. Desde luego, el muchacho no se comportaba como un osmanlí. Había oído lo que la *valida* dijo acerca de él y, aunque de mala gana, estaba de acuerdo con tal declaración. Selim no era ningún *ghazi* y de sultán no tenía nada.

De todos modos, ¿qué importaba?

Tal como estaban las cosas, sólo una vida se interponía entre ella y la circunstancia de convertirse en la madre del próximo sultán. Tenía muy claro cuál de los chicos vencería en la lucha por el trono y, en consecuencia, cuál de ellos era el que debía recibir su bendición y su aliento. Bayaceto seria un sultán magnifico, casi tan bueno como Mustafá.

Y entonces la idea cristalizó en su mente en forma de imagen panorámica y gloriosa que la impulsó a emitir una sonora carcajada.

Huyeron del calor de la tórrida noche de agosto y se refugiaron en las lisas y tranquilas aguas del Bósforo. Un caique dorado y negro estaba siempre dispuesto en la orilla de la Punta del Serrallo y Solimán fue a tomarse allí un descanso con Húrrem, acompañado sólo por tres bostanji sordomudos que se encargarían de los remos y de la caña del timón. Las antorchas encendidas a proa y popa proyectaban sombras alargadas sobre las aguas grasientas.

Se sentó junto a Húrrem en la cabina de popa, oculto tras las gruesas cortinas de terciopelo negro. Húrrem asomó la cabeza una vez y vio deslizarse en la oscuridad el cementerio cuajado de cedros.

Solimán permanecía silencioso, preocupado, pensó Húrrem. Desde la muerte de Ibrahim, había cambiado. Al principio, la mujer supuso que el paso de tiempo disolvería los remordimientos de conciencia, pero, en cambio, el hierro de la culpabilidad se había encajado en su alma. Ya no se reía casi nunca. Había despedido a todos los cantantes del serrallo y había quemado sus instrumentos musicales. En muy raras ocasiones le pedía a ella que interpretase algo. Decía que la música de la viola le recordaba demasiado a Ibrahim.

El Bósforo, frente a Camijea

Llevaba una vida poco menos que ascética y había aprendido a infligirse pequeños castigos. Ordenó que la vajilla de porcelana china verde y

blanca, que había sido su favorita, fuera devuelta a la casa del tesoro de Yedikule y tomaba sus comidas exclusivamente en platos de barro. Se había dejado crecer la barba y, desde la muerte de Ibrahim, no permitía que una sola gota de vino pasara por sus labios.

-He estado con Sinan -dijo-. Ha trazado unos planos que me gustaría que vieses.

-¿Vais a construir una mezquita en mi honor, mi señor?

-Es una irreverencia bromear de esa manera.

-Pensé que os gustaba que a veces fuera un poco perversa.

-Le he encargado que diseñe un nuevo palacio sobre las ruinas del viejo Eski Saraya. Creo que en esta ocasión se ha superado a sí mismo.

-Siempre se supera a sí mismo -comentó Húrrem. Pensó: está obsesionado con la reconstrucción de Estambul. Como sí otra mezquita u otro colegio eliminase la sangre de Ibrahim de los muros de palacio.

-Quisiera que mirases los planos y dieras tu aprobación.

Húrrem hizo un puchero y cruzó los brazos.

-¿Tan terrible es tenerme en palacio? ¿Es que ya no podeis soportar mi presencia un momento más?

-Sabes que no se trata de eso. Es, sencillamente, que en el palacio real no hay sitio para el harén. Es imposible.

-Claro que es posible. Un hombre podría galopar toda una jornada a través del cuarto patio sin llegar a la Punta del Serrallo.

-No exageres, pequeña ruselana.

-Se dispone allí de mucho espacio para construir.

-Hay otras consideraciones.

-Decídmelas.

-Consideraciones de Estado.

-Eso suena muy pomposo, mi señor.

-Sencillamente, el harén no puede formar parte del palacio real -dijo Solimán en tono irritado-. Siempre ha sido así, desde el Fatih.

-Lo que ocurre es que es un harén demasiado grande, mi señor. ¿Todavía os queda apetito para las otras chicas?

-Claro que no.

-En ese caso, si no las necesitáis, podéis ordenar al *kislar aghasi* que les busque esposo. Entonces sólo quedaríamos en la casa vos y yo.

-Lo que pides es inconcebible. Ya se le ha encargado a Sinan el trabajo. Hay un fin para esto.

Húrrem comprendió que era harto posible que hubiese ido demasiado lejos. Se arrimó más a él y apoyó la cabeza sobre su pecho. No había esperado que accediese sin más. Había otro medio.

-... Si os he ofendido, lo siento, mi señor. Pero es que me horroriza la idea de volver a separarme de vos.

-Húrrem, a veces te olvidas de ti misma -susurró Solimán con la voz ronca.

Ella se acurrucó más contra Solimán.

-¿Me amáis, mi sultán?

-Más que a mi propia vida -sonrió él.

-¿Más que a Gúlbehar?

¡Gúlbehar! Hacia meses que no pensaba en ella.

-Sabes que sí.

-Sin embargo, ella es primera *kadin.*

-Es la ley.

-¿Pero vos me queréis más a mi?

¿Qué desea de mi?, pensó Solimán. Ya he enviado lejos a Gúlbehar. No visito mi harén salvo para verla a ella. ¿Qué más puede pedir?

-Te quiero más de lo que nunca he querido a ninguna otra mujer.

-¿Me haréis vuestra reina algún día?

Solimán guardó silencio durante un buen rato, aturdido por la impertinencia de la pregunta. Luego estalló en carcajadas.

-¿De qué os reis?

-No pongas esa cara de enfado, pequeña ruselana.

-¿Por qué os reis de mí?

-Es imposible.

-¿Imposible pensar en mí como en otra cosa que no sea una esclava?

Bueno, ¿qué esperabas de ella?, se preguntó Solimán. Si fuese un tímido ratoncito, como Gúlbehar, no la habrías elegido. Por supuesto, Húrrem siempre aspirará a más.

-El sultán no puede casarse.

-¿Ésa es la ley? ¿Es parte del sher'iat?

-No hay nada escrito.

-Entonces, ¿por qué no?

Solimán levantó la mano para apartar un mechón de pelo del rostro de Húrrem, pero ella se separó, revolviéndose.

-Desde Bayaceto 1, ningún sultán se ha casado.

-Vos sois más grande que Bayaceto. Sois el más importante de todos los sultanes que ha habido.

-No, Húrrem. No lo soy desde luego, no soy más importante que mi padre, Selim, ni que mi abuelo, el Fatih.

-¿Los difuntos os dictan las leyes? Vos sois el *kanuni*, el legislador. El sultán sois vos. No los fantasmas del pasado.

Solimán suspiro.

-Te contaré una cosa, relativa a nuestra historia y al primer Bayaceto de los Osmanlí. Era sultán mucho tiempo antes de que viniésemos a Estambul, cuando aún éramos prácticamente nómadas. Se había casado con una princesa serbia, llamada Despina. En aquella época combatíamos con los mongoles por el dominio de Anatolia. Bayaceto se enfrentó a Tamerlán en la batalla de Angora y perdió. Fue una derrota terrible y Bayaceto cayó prisionero, junto con Despina. Tamerlán quería humillarnos, así que obligó a Despina a servirle la mesa, desnuda, a él y a sus generales. Fue el momento más tenebroso de nuestra historia. La vergúenza aún arde dentro de cada ghazi. Nuestro punto débil, ya ves, son nuestras mujeres. Desde entonces, ningún sultán se ha casado. No podemos volver a ser débiles de esa manera.

-Eso ocurrió hace mucho tiempo. Vuestro pueblo era nómada entonces. Ahora vos sois el señor del mayor imperio del mundo. ¿Quién puede tomaros prisionero, mi señor?

Solimán suspiró. Al parecer, Húrrem no había captado la moraleja del relato.

-Lo que pides es imposible.

-Ya no hay más Tamerlanes. El mundo entero tiembla a vuestros pies…

-No hablemos más de ello.

-Pero, mi señor…

-¡No hay más que hablar!

Ella se deslizó hasta quedar de rodillas sobre el suelo de la embarcación y le besó la mano.

-Perdonadme, mi señor. Mi apasionado amor por vos sofoca a veces la voz de mi razón.

Sintió que la levantaba del suelo y la ponía sobre sus rodillas. Las anchas manos de Solimán se posaron en los hombros de la mujer y en el semblante del sultán apareció una expresión de cansina indulgencia, como si fuera a regañar a una niña.

-Quiero que me des tu opinión sobre los planos de Sinan. Pongamos fin a esto. Tienes suerte de que sea tan benévolo contigo, Húrrem.

-Si, mi señor -musitó ella, y bajó los ojos.

Solimán dejó que Húrrem se tendiera en el diván, a su lado, con las manos por encima de la cabeza, rendida a él mientras, despacio, Solimán le desabrochaba los botones de la camisa. La noche era calurosa. Los gemidos de placer del sultán vagaron sobre las inmóviles y negras aguas, pero los sordomudos estaban al margen de cualquier sonido y sólo los búhos del cementerio de Camlica se sumaron a la sinfonía de la noche.

Estambul

El Aya Sofia había sido una vez la mayor iglesia de toda la cristiandad, hasta que el Fatih conquistó Constantinopla y la convirtió en su mezquita. Todos los sectores de aquel enorme templo, salvo la madera y el hierro de las puertas imperiales, estaban recubiertos por millones de azulejos de color zafiro y oro, tan rutilantes como los mosaicos de la Reina de los Cielos y del Cristo Pantocrátor. Una gran cúpula se remontaba por encima de los fieles, sin apoyo aparente, como la mano ahuecada de Dios. Cuando, cerca de mil años atrás, Justiniano entró por primera vez en la que fuera su gran creación, dicen que exclamó: *«Gloria a Dios, que me ha considerado merecedor de tal obra. ¡Oh, Salomón! ¡Te he superado!».*

Era el crepúsculo, la hora de encender las lámparas, pero el parpadeo de las llamas no lograba atravesar la penumbra de la inmensa mezquita. Al fondo, el último resplandor del día enviaba a través de la alta cristalera un rayo de luz de color sepia que iba a iluminar al lector. Este se encontraba en el estrado de oración, con la espada en una mano y el Corán en la otra, mientras su voz resonaba en los muros de la monumental cúpula azul.

Húrrem estaba oculta tras un enrejado biombo, arrodillada sobre su *seccade*, una alfombra reclinatorio de seda de color rojo rubí y marfil y desgastada por el tiempo. Abajo, miles de turbantes oscilaban al unísono y el murmullo de las súplicas ronroneaba por las paredes como el sordo retumbar de un distante trueno. Aquel rito, aunque seguía sin significar nada para ella, siempre la impresionaba por su intensidad. ¡Qué poderosa energía digna de aprovecharse! Allí estaba el manantial del imperio osmanlí.

Tal vez, pensó, un puño de terciopelo que he pasado por alto en mi desprecio.

El zumbido de barítono del muftí y la repetición de los movimientos convergían perfectamente en su cerebro. Decidió que había conseguido bastante, pero que todavía no se acercaba al misterioso vórtice. Aún estaba a merced del capricho de Solimán. No tenía el control de su propio destino. Ni del futuro de sus hijos.

Todo indicaba que Solimán estaba absorto en la construcción de un nuevo harén palaciego sobre el solar del antiguo. Sin embargo, ahora, con el Eski Saraya convertido en cenizas, era tal vez la mejor oportunidad que ella tenía para convencerle de que renunciara. Si la hacía su reina, estaría a salvo de otra Julia, de otra Risueña.

Cada vez que pensaba en la injusticia de la cuestión volvían a avivarse los rescoldos de la furia que dormitaba en su interior. Era insufrible. Esclavas que habían llegado al harén al mismo tiempo que ella hacía mucho que estaban casadas con algún pachá o con algún oficial *spahi* y disfrutaban de su propio patrimonio y de la posición de esposas. Y ella, la favorita del Señor de la Vida, seguía siendo esclava. Era la compañera constante de Solimán y compartía con él la cama pero, a la muerte del sultán, heredaría el trono el hijo de otra mujer.

Rozó la alfombra con la frente, musitó las oraciones, consciente de la penumbra que trataba de enseñorearse del colosal templo y de las lámparas cuyos resplandores iban aumentando en los muros. La respuesta fue cobrando luminosidad en su cerebro de la misma forma, lenta e inexorable.

Sí, había un modo de convencer a Solimán para que la convirtiera en su reina. Residía allí, en el islam. Utilizaría la voluntad de Dios para someter a Solimán a la voluntad de su mujer.

Manisa

Los jardines del haremlik de Mustafá resplandecían con sus centenares de tulipanes. Gúlbehar estaba sentada a solas en un quiosco bajo los torreones de la muralla de la fortaleza, observando a las abejas y escuchando su rítmico zumbido. No oyó cómo su hijo se acercaba a ella.

-¡Hola, madre!

-¡Mustafá!

-¿Te encuentras bien?

Gúlbehar sonrió con sorpresa y placer, al tiempo que tendía la mano. Mustafá se la llevó a los labios y se sentó junto a la mujer.

-¡Ahora que te veo de vuelta me encuentro mucho mejor! -declaró Gúlbehar. Cogió entre las suyas la mano de Mustafá y la apretó como si no estuviese dispuesta a soltarla-. ¡Te he echado tanto de menos! ¿Qué tal Estambul?

-Rebosante de chismes, como siempre. Todo el mundo, desde el buhonero más insignificante hasta el mezclador de cordiales del sultán, sueña con el cargo de *serasquier* y se imagina planeando la próxima campaña contra el Sacro Imperio Romano.

-Estoy segura de que te dejarán algún trozo para que lo conquistes cuando seas sultán.

Mustafá sonrió.

-Contando con la misericordia de Dios.

Gúlbehar escudriñó sus ojos.

-¿Viste a tu padre?

-Le vi.

-¿Te preguntó por mi?

-Te felicita por tu continua buena salud.

Se desvaneció la sonrisa de Gúlbehar.

-No dejo de pensar en que algún día volverá a llamarme. ¿Pero qué puede querer de una vieja? ¿Aún sigue manteniendo relaciones con la *ziadi?*

-Madre... no es una bruja. Sólo es una mujer.

-Le quieres demasiado, Mustafá. No es el santo que crees.

Mustafá dio un apretón a la mano de Gúlbehar.

-No le perdono lo que te hizo. Pero es mi padre y mi sultán. No me pidas que hable mal de él.

Gúlbehar puso mala cara. La amargura la afeaba, pensó Mustafá con auténtica tristeza. Había curvado hacia abajo las comisuras de su boca y sembrado de demasiadas hebras grises su cabellera.

Gúlbehar pareció adivinar el pensamiento de su hijo y apartó el rostro. Se había hecho el firme propósito de mostrarse alegre y atenta cuando Mustafá regresara y de no mencionar para nada a Solimán ante él. Pero en cuanto vio a su hijo tuvo la apremiante necesidad de saber. La verdad era que, desde la marcha de Mustafá, ella no había pensado en otra cosa. Solimán, Solimán... mi señor, mi vida.

Esbozó una sonrisa forzada.

-¿Y qué otras noticias traes de la ciudad?

-Se produjeron grandes dramas mientras estuve allí. Se incendió el Eski Saraya. El viejo palacio quedó reducido a cenizas y casi toda la zona urbana circundante...

-¿Y Húrrem?

-No sufrió ningún daño. Ahora duerme en el serrallo...

-¡En el serrallo!

-¿En qué otro sitio podía alojaría Solimán?

-¡Ahora duerme en palacio!

Mustafá se encogió de hombros, divertido por la agitación de su madre.

-Sinan va a construir un nuevo harén sobre el solar del antiguo...

-Eso no llegará a ocurrir. Húrrem está ahora dentro de palacio..

-Madre!

-Esa mujer trama, teje sus telarañas. Ten cuidado, Mustafá, ten mucho cuidado.

-Soy el *shahzade*, eso no lo puede cambiar. Le concedes demasiada importancia a esa mujer. -Volvió a llevarse a los labios la mano de Gúlbehar-. Solimán la quiere más que a ti. Me gustaría que no fuera así. Pero no es más que eso. Procura olvidar.

-¡Olvidar!

A continuación, Mustafá habló de su familia, preguntó primero por sus hijos y manifestó su confianza en que las *kadin* no ocasionaran a Gúlbehar demasiados quebraderos de cabeza. Gúlbehar gobernaba el harén como lo hiciera la abuela, Hafise Sultana. Se enteraba de cuanto ocurría, malcriaba a los niños y apenas toleraba a las kadin.

La mujer evitó con cuidado volver a aludir a Solimán, pero su mente parecía distraída y los viejos fantasmas y los temores nuevos estropearon una vez más el placer de ver a su hijo. Cuando Mustafá se retiró, Gúlbehar apretó los puños en el halda. El muchacho no percibía el peligro. ¿Pero por qué iba a percibirlo? Al fin y al cabo, sólo era un hombre.

Topkapi Saraya

La ley del imperio islámico de los osmanlies tenía dos códigos. El kan un -las leyes formuladas por el propio sultán- y el sheri'at, las sagradas e inmutables leyes del islam. Aunque el sultán regía en solitario y con poderes absolutos las cuestiones de su competencia, también estaba sometido a la sagrada ley del islam, que era la palabra escrita de Dios.

El sheri'at lo interpretaba el ulema, consejo de jueces religiosos, único capacitado para emitir fetva u opiniones sobre cualquier cuestión relacionada con la jurisprudencia islámica.

Sin embargo, sus facultades quedaban restringidas por la imposibilidad de pronunciar *fetva* alguno a menos que fuera invitado a hacerlo, del mismo modo que tampoco podía hablar si su opinión no era solicitada.

Cada gobernador, cada *bey,* cada *san~ak*, cada *beylerbey* tenía su propio *muftí* que le guiaba en cuestiones de ley religiosa. El primer juez, el *sheyhulisiam*, tenía asignada la misión de guía espiritual del propio sultán; sólo él podía declarar que una guerra era santa y, por ende, justificada. En cuanto defensor de la fe, el sultán juraba hacer respetar el sheri'at, de modo que, de manera efectiva, el *sheyhulisiam* era uno de los hombres más poderosos del imperio otomano. Se llamaba Abu Sa'ad.

Aquella mañana, Abu Sa'ad se disponía a recibir a una visita importante e inesperada y sentía curiosidad. La señora Húrrem había manifestado recientemente una prometedora y apasionada devoción hacia el islam, hasta el punto de destinar una buena parte de su fortuna personal a la construcción de una mezquita y un hospital. Ahora le había pedido audiencia y el *sheyhulisiam* se preguntaba cuál seria la razón.

La habitación del *sheyhulisiam* era una sencilla cámara con vistas a los jardines del segundo patio. El mobiliario era escaso, como correspondía a un hombre de inclinaciones ascéticas. Unas pocas alfombras persas de seda amontonadas en el suelo, una mesa baja de nogal y dos candeleros de plata. Colgaba del techo un incensario de bronce con turquesas incrustadas. Dominaba la estancia un atril de marfil y carey. Sobre el atril, un Corán abierto, con las páginas iluminadas en oro y con caracteres azules.

El *kislar aghasi* precedió a la señora Húrrem y dos pajes le ayudaron a bajar su voluminosa persona hasta el suelo. Húrrem entró y continuación, oculta por completo bajo el chador y un *ferilde* de seda de color violeta que cubría todo su cuerpo.

El *sheyhulisiam* dio dos palmadas para indicar a sus pajes que trajeran sorbetes para los invitados, aunque sabía que sólo Abbás iba a beber. Húrrem dejaría intacta la copa: beber habría significado descubrir su rostro ante el *sheyhulisiam*, lo que habría deshonrado a ambos.

-Vuestra presencia es un honor para mi, señora –dijo Abu Sa'ad- Dios siente gran regocijo ante el enorme celo con que habéis renunciado a los dioses paganos de vuestra juventud para abrazar la única fe verdadera.

-Aún tengo mucho que aprender -reconoció Húrrem.

-Todos tenemos mucho que aprender -se mostró simpático el *sheyhulisiam*.

Lanzó una ojeada a Abbás, en busca de algún indicio que le ilustrara acerca del propósito de la visita. Pero el *kislar aghasi* miraba con aire tranquilo por la ventana, al parecer desinteresado de todo aquello. Los pajes sirvieron sorbetes helados y salieron de la estancia. Abu Sa'ad aguardó a que Húrrem hablase.

-Como ya sabéis, el Señor de la Vida me ha honrado de modo extraordinario -declaró Húrrem.

-Vos lo decís -repuso Abu Sa'ad, e inclinó la cabeza a modo de reconocimiento de la generosidad del sultán y la mendicidad de Húrrem.

-He tenido el gran placer de transferir una parte de mis frutos a la gloria del islam.

-La fundación de una mezquita es la mayor gloria que podemos demostrar a Dios.

-En efecto. Pero hay una cuestión que me preocupa. ¿La donación es también piadosa para el donante?

Abu Sa'ad parpadeó. ¡Así que ése era el motivo de su visita!

-Realmente es un acto piadoso -silabeó con cautela.

-¿Y se consigna en el Paraíso para la salvación del alma de una?

Abu Sa'ad hizo una pausa. La respuesta, desde luego, era clara, pero extremó su cuidado al expresarla.

-Es misericordioso, si, mi señora. Pero como... sierva.., no se puede consignar con vuestro propio nombre en el Paraíso. Más bien incrementa la santidad de vuestro sultán, que Dios mantenga y conceda ese incremento.

-Entonces, ¿mis buenas obras no valen?

-Al contrario. Se aprovechan a mayor gloria de Dios y del sultán.

-¿Pero no habrá sitio para mi en el Paraíso?

Abu Sa'ad creyó oír un pequeño sollozo contenido en la garganta de la mujer, pero sin ver su rostro era imposible adivinar con exactitud hasta qué punto la respuesta la había herido.

El *sheyhulisiam* guardó silencio.

-Gracias por recibirme -dijo Húrrem.

Ayudaron a Abbás a ponerse en pie. A su vez, él ayudó a Húrrem a levantarse del suelo. Al salir, la mujer se movía despacio, con los hombros hundidos. Abu Sa'ad casi la compadeció. Pero se dijo que, al fin y al cabo, sólo era una mujer y que el dolor espiritual que pudiera sentir no sería tan agudo como el de un hombre.

El Quiosco hinili lo había construido el propio Fatih. Se alzaba en una ladera empinada, al otro lado de la Puerta de la Fuente Fresca, de cara a las aguas del Cuerno y los palacios de los venecianos y genoveses de Pera. Había sido edificado en forma de cruz griega y estaba completamente cubierto de loza turca, era un fúlgido refugio de cerámica turquesa y esmeralda, cuyas paredes adornaban versículos del Corán en caracteres árabes, signos amarillos contra el azul de la medianoche.

Solimán, Señor de la Vida, dueño de las gargantas de los hombres, permanecía reclinado en un diván con abundancia de cojines de seda verde, mientras observaba con cierto desaliento a Húrrem, que pulsaba con aire distraído las cuerdas de su viola. ¿Qué le ocurría?, se preguntó Solimán. ¿Estaba enferma? ¿Suspiraba por algo?

¿O aquella actitud formaba parte de su táctica para desacreditar a Sinan en su tarea de diseñar un nuevo palacio para el harén?

Llevaba dos meses sumida en aquel descontento. La Risueña no se reía ahora casi nunca. Parecía desasosegada por una gran tristeza y Solimán empezaba a irritarse con ella.

-Húrrem, ven a sentarte a mi lado.

La mujer dejó la viola, cruzó el cuarto y se acomodó con gesto sumiso en el diván, junto a él. Apoyó su cabeza en el hombro del sultán.

-¿Qué te sucede, pequeña ruselana?

-No es nada, mi señor. Se me pasará.

-La última vez que te vi me dijiste que era tu período lunar. La anterior, que se trataba sólo de una melancolía pasajera. No recuerdo la última ocasión en que te vi sonreír.

-Mi señor, perdonadme si os he ofendido. Quizá deberíais enviarme lejos.

Solimán se puso en pie de un salto. El brusco movimiento sobresaltó a los dos negros que montaban guardia en la puerta. Húrrem dobló las rodillas, las elevó hasta el pecho y eludió la mirada del sultán. El se puso en jarras y la fulminó con los ojos.

-¡Tienes que decirme qué es lo que va mal!

-No puedo, mi señor.

-¿No puedes? Soy tu sultán, tu dueño. ¿Lo has olvidado?

-¿Cómo voy a olvidarlo? Os quiero más que a la propia vida.

-Entonces dime a qué se debe tu abatimiento. ¡No puedo sufrir un momento más ese desánimo, ese estado de depresión!

Húrrem se cubrió el rostro con las manos.

-¡Oh, mi señor...!

-¿Quieres dejar de lloriquear y contármelo? -Le cogió las manos y se las apartó de la cara, pero se suavizó al ver su expresión alicaída y doliente. Se sentó junto a ella y se pasó los brazos de Húrrem alrededor del cuello-. ¡Dimelo! ¡Por favor!

-Mi señor. Temo por mi alma.

La repentina confesión le pilló por sorpresa. Estuvo a punto de echarse a reír.

-Todos tememos por nuestra alma.

-Pero vos podéis encontrar el perdón mediante las buenas obras, mi señor.

-No te entiendo.

-Si teméis por vuestra alma, mi señor ¿por qué ha de extrañaros que yo tema por la mía?

Solimán la miró a los ojos y comprendió que Húrrem hablaba en serio. Nunca había pensado en eso, y le sorprendió que se le hubiera ocurrido a ella. Después de todo, era una mujer y las mujeres -así se lo había enseñado el *sheyhulisiam* - no tenían un alma como la del hombre. Más bien estaban al nivel de los perros y los gatos. Además, aunque Húrrem hubiera aceptado el islam impulsada por la necesidad, él nunca se hizo ilusiones en el sentido de que lo abrazase con auténtico fervor.

-¿Qué es lo que temes, pequeña ruselana?

-Mi señor, pedí audiencia al *sheyhulisiam* . Me dijo que a pesar de mis numerosas donaciones para mezquitas y hospitales, ello no representará ningún mérito a los ojos de Dios. Se hará caso omiso de mi, como si no existiera, incluso en el Paraíso.

-No puedo imaginar que ni siquiera el gran Dios pueda pasar por alto tu existencia, pequeña ruselana.

Lágrimas de rabia inundaron los ojos de Húrrem.

-¡No os burléis de mi, señor! ¡Estoy atrapada en este mundo y en el que viene! ¡Vivo ahogada en un pánico cerval por la salvación de mi alma! ¿Qué he de hacer?

La intensidad con que se expresaba hizo vacilar a Solimán. Comprendió que iba en serio.

-No sabia que tu pensamiento profundizara tanto en estas cosas.

-¡Es tan injusto! Otras mujeres del harén se han casado con pachás y gobernadores, tienen pertenencias propias para hacer sus donativos a los *waqf* y obtienen el favor de Dios. Pero, pese a ser amante del hombre más exaltado de la Tierra y defensor del islam, ¡estaré por debajo de ellas en el Paraíso!

Solimán apartó con ternura un mechón de pelo que Húrrem tenía ante su rostro.

-¿Qué te dijo Abu Sa'ad exactamente?

-Me dijo que ninguna sierva puede gozar de honores en el Paraíso, que mientras siga siendo esclava, para el Cielo no seré más que polvo. -Clavó los ojos en los de Solimán y apretó los puños sobre el regazo-. ¡Deseo tanto tener un alma, mi señor! ¡Anhelo la salvación con tal ansiedad!

-Pequeña ruselana... -murmuró Solimán.

Nunca había experimentado hacia ella una oleada de afecto tan intensa como aquélla. Húrrem tenía razón, desde luego. Ante Dios, ¿qué otra cosa había que hacer?

-Te liberaré, entonces -dijo-. A partir de hoy, dejas de ser sierva. Y Dios y todos sus profetas se regocijarán al ver que otra alma ha encontrado el camino de la verdad.

Al día siguiente, Abu Sa'ad concedió de nuevo audiencia a la señora Húrrem, para aconsejarla acerca de cuestiones espirituales. Lo que la mujer le preguntó le sumió en aturdido silencio. Pero, al final, le otorgó su fetva, se lo concedió con toda honestidad, ya que estaba obligado a hacerlo, de acuerdo con los dictados del islam y las enseñanzas del Corán.

Una simple puerta separaba los aposentos personales del sultán y las salas de audiencia -el *selamlik*- de su *haremlik*. Esa puerta daba, desde la alcoba, a un claustro y luego a un laberinto de patios y dormitorios que en otro tiempo pertenecieron a los pajes y eunucos de su propio cortejo.

Dentro de palacio no tardaron en bautilzarlo como la Vía Dorada y a lo largo de aquel claustro se apresuraba Abbás ahora, rumbo a los alojamientos de la gran *kadin*, Húrrem. Era una figura cómica, con sus curiosos andares contoneantes, las mangas y el dobladillo de la pelliza barriendo las losas a su espalda y resoplando a causa del esfuerzo que representaba desplazar su enorme masa a semejante velocidad. Se concedió una pausa antes de lanzarse a la escalada de los peldaños que conducían al apartamento del primer piso de la *kadin*: tenía que hacer acopio de fuerzas antes de emprender tal prueba.

Cuando por fin Húrrem le recibió, se tomó otro momento de descanso para recuperar el aliento y se aplicó un pañuelo de seda a la frente para secar el grasiento sudor que la perlaba.

-¿Y bien? -preguntó Húrrem, mientras observaba desde el sofá, con mal contenida impaciencia, los movimientos de Abbás.

-El Señor de la Vida solicita vuestra presencia en su alcoba -informó Abbás.

-No puedo acudir -dijo Húrrem, en un tono tan indiferente que tuvieron que transcurrir varios segundos para que el cerebro del *kislar aghasi* registrara la importancia de aquellas palabras.

-¿Mi señora?

-Dile al Señor de la Vida que no me encuentro en condiciones de atenderle -declaró Húrrem, y Abbás se quedó mirándola, convencido de que

tanto poder la había vuelto loca. Era el momento que él se estaba temiendo porque su fortuna era inseparable de la de Húrrem. Gimió en voz alta. La imbécil pequeña insolente.

Solimán estaba tumbado en el diván, en apariencia a sus anchas. Sólo los chispazos de sus ojos y el gesto cruel que había adoptado su boca traicionaban su furor.

-¿Me rechaza?

Abbás deseó en aquel momento encontrarse en cualquier lugar, lejos de aquel cuarto. A duras penas podía respirar. Notó el sudor descendiendo oleaginoso y frío por su espina dorsal y tuvo plena conciencia de que le temblaban las rodillas. Los faldones de seda ondularon alrededor de sus piernas como si estuviese de pie en medio de una fuerte brisa. Tenía la boca seca y hablar le costó un enorme esfuerzo.

-Ha dicho, mi señor que su vida está a vuestras órdenes, pero que ahora no puede venir sin ofender a Dios y a sus leyes sagradas.

Si, eso ha dicho, pensó Abbás. Y lo ha dicho con una sonrisa de absoluto triunfo que ni por asomo trataré de duplicar.

-¿Se atreve a darme lecciones de sher'iat?

-Sólo repito lo que ha dicho, mi señor.

Solimán permaneció inmóvil largos minutos, de forma que cuando por último se puso en pie de un brinco, Abbás se vio pillado desprevenido y de manera involuntaria retrocedió un paso. Solimán se dirigió con paso furioso a la cama, tiró de la colcha de seda y la rasgó por la mitad con rabia.

-¡No puede desafiarme así!

-Dice que no desea ofenderos -manifestó Abbás, suplicando ya, lo sabia, por su vida tanto como por la de Húrrem-. Afirma que lo ha oído en los propios labios del *sheyhulisiam* . El *sheyhulisiam* afirma que, al ser Húrrem libre, no puede concederos lo que, como sierva, podía daros sin ofender a Dios.

-¿Abu Sa'ad le dijo eso?

-Si, mi señor -respondió Abbás, con cierta satisfacción.

Que, para variar, ese pomposo y farisaico viejo majadero sienta en su piel el fuego de la antorcha. Abbás comprendió que, si se persuadía a Solimán para que buscara su *fetva*, estarían a salvo. No se atrevería a desafiar el sher'iat.

Solimán desenvainó el *killig* colocado junto al lecho. Los rubíes de la empuñadura rutilaron como ascuas en la penumbra de la estancia. El sultán miró la espada y luego proyectó la vista sobre Abbás, con una horrible mueca de furia en el semblante.

¡Que Dios se apiade de mí!, repitió Abbás para si. Va a acabar conmigo. Notó que perdía el control de la vejiga. Mojarse como una vieja era algo que solía ocurrirle últimamente. Sabía que era consecuencia de la castración, de las heridas que ésta había causado a la uretra años ha. Era la definitiva indignidad de una vida pródigamente entrelazada con la humillación. Había adoptado la costumbre de ponerse un pañal de algodón, como los niños.

Solimán alzó la espada y la hundió en el colchón.

-Abu Sa'ad -dijo.

-Fue su *fetva* -articuló Abbás.

-Debemos consultarle, entonces, puesto que conoce la mente de Dios mejor que yo.

Solimán se precipitó fuera de la habitación. Abbás musitó en silencio una plegaria, para suplicar la intercesión del Profeta, y siguió al sultán.

Cualquier otro hombre se habría empavorecido al verse arrancado de la cama para enfrentarse al Señor de la Vida, el rey de reyes, el dueño de las gargantas de los hombres, fijar la mirada en aquellas frías y orgullosas pupilas y soportar la violencia de su impresionante cólera. Pero el sheyhulislam sólo temía a Dios y conocía, con inquebrantable convencimiento, el corazón y la mente del Infinito. Ejecutó el protocolario sala'am que correspondía a Solimán como sultán y después miró al hombre a los ojos, con una ausencia absoluta de temor.

En al inmensa sala de audiencias sólo había tres personas: Solimán, Abbás y Abu Sa'ad. Los guardias que habían ido a convocar al *sheyhulisiam* para que compareciese ante el sultán aguardaban ahora, desnudos los *yataganes*, al otro lado de la puerta.

Desde su trono, Solimán miraba con ojos furibundos, apretados los labios en arco de amarga ira.

-Necesito una *fetva* -dijo.

Abu Sa'ad inclinó la cabeza, sin pronunciar palabra.

-En la que se refiere a la Hasseki Húrrem... la favorita Risueña. ¿Sabéis que la he emancipado de mi *kullar*, de mi familia de esclavas? Ahora es una mujer libre.

-Lo que vos digáis.

-Como mujer libre, ¿puede seguir yaciendo conmigo sin ofender a Dios?

Abu Sa'ad se había preparado para aquella pregunta de Solimán desde la primera vez que la formulara Húrrem. La respuesta, sin embargo, era invariable, incluso tratándose del Señor de la Vida.

-Aunque hayáis compartido la cama mil noches con ella en su condición de esclava, hacerlo ahora que es libre constituiría un pecado ante Dios. Su alma quedaría en peligro mortal.

-¿Cómo puede Húrrem resolver este problema?

-Sólo puede acostarse con vos, sin mácula, si es vuestra esposa.

Solimán aferró los brazos del trono, pero no dijo nada. Abbás tuvo la sensación de que el sultán se había encontrado en la boca algo desagradable y consideraba si iba o no a escupirlo.

¿Qué iba a ser de ellos ahora?, pensó. Puesto que Húrrem se negaba a ocupar el lecho de Solimán y éste no podía casarse con ella, el problema parecía insoluble. Desterrarían a Húrrem. ¿Qué va ocurrir conmigo?

-Retiraos. Los dos -dijo Solimán.

Solimán permaneció a solas en la gran cámara largo rato, después de que se hubieran ido. La cavernosa cúpula abovedada sobre su cabeza, la opulencia de la cerámica de las paredes circundantes, los magníficos tonos carmesí y azul celeste de las alfombras de seda que cubrían el suelo, los murmullos de las fuentes de mármol, el pálido resplandor de las turquesas incrustadas en las lámparas e incensarios de la amplia y espléndida cámara... todo parecía conspirar para burlarse de él.

El rey de reyes sentía allí una desesperación tan profunda como la que pudiera sentir el más desdichado de los indigentes en su miserable chamizo. Se le planteaba una simple disyuntiva. Desposaría o renunciar a ella. Para él

no había otra opción. En todo el reino no existía ahora nadie que pudiese ayudarle. Ni siquiera Húrrem.

Se pasó toda la noche derrumbado en el trono y, al acercarse la aurora, observó cómo se retiraban las sombras a lo largo de las paredes, hasta hundirse en los rincones más lejanos de la estancia. Y continuó sin moverse. La tradición, el deber y el temor se mantuvieron a su lado durante la larga vigilia, pero nunca en toda su vida se había sentido tan completamente solo.

El cuarto patio del Topkapi Saraya era, en efecto, un bosque en miniatura, poblado de pinos antañones y cipreses retorcidos que colmaban la ladera de la Punta del Serrallo, acordonados por los antiguos rompeolas de la ciudad. A un lado quedaban los campos de práctica del *herit* y los ruinosos monasterios bizantinos, que se utilizaban como establos; al otro se extendían las cabrilleantes aguas azules del estrecho que los turcos llamaban el Cuerno de Oro. Era allí donde iba a aislarse el sultán, para orar y meditar. Solimán paseó, con la cabeza gacha, olvidado de todo salvo de la alicaída confusión de su cerebro.

Desposarla o renunciar a ella.

Desposaría o renunciar a ella.

En realidad, ¿cómo podía renunciar a ella? Era como si formara parte de su propio ser, como si caminara a su lado en aquel momento, con los bucles de su cabellera roja dorada sacudidos por el viento; podía oírla reír y, al imaginársela así, percibía el simple solaz de su sensatez: *«Sois el kanuni, el legislador. La historia no os coarta, sólo lo hacen las restricciones que os impone. Lo único que os refrena es el sher'iat. ¡No adoptéis esa actitud tan solemne, mi señor! ¿Es de veras tan inmenso el terror de lo que hagáis ante la ley como lo que ya habéis hecho en vuestro corazón?».*

-Hay motivos para esto -pronunció Solimán en voz alta, como si se dirigiera a ella-. Para mí no es tan fácil quebrantar la tradición. La tradición nos liga a nuestros antecesores y a nuestra herencia. Desde la época de Tamerlán...

-¿De veras teméis sufrir un destino aciago por culpa mía? yó la risa de Húrrem-. ¿Que alguno de vuestros enemigos llegue a ver las murallas de Estambul? ¿Quién queda que pueda derrotaros en la batalla?

Solimán subió al Paso que Hace Chillar al Camello, el punto más alto del patio. Desde allí pudo desplegar su mirada hacia el sur, a través de la neblina violeta, y atisbar las islas del mar de Mármara; más allá se extendían el Mediterráneo y las colonias turcas de Egipto, Berbería y Argelia; al otro lado del Bósforo blanqueado por el viento estaban los cipreses de Camlica y, más allá, Asia y las rutas de caravanas que conducían al este, a Siria, a Azerbaiyán y a Armenia. Todas le pertenecían. Por el norte, el puerto aparecía orlado por los mástiles de las amarradas galeras de Dragut, que habían conquistado el Mediterráneo, convirtiéndolo en un lago turco; más allá se encontraban los almacenes y palacios de los venecianos, genoveses y griegos, todas ellas grandes repúblicas que pagaban su tributo. Al otro lado de la Kulesi Galata estaban Rumelia, Bosnia, Valaquia, Transilvania, feudatarios de los Osmanlí.

-Mirad -oyó que decía Húrrem-, ¿existe algún monarca que pueda conquistaros y hacerme servir su mesa? Vuestro imperio se extiende por Europa, Asia y Africa. Ni siquiera el gran emperador Carlos se atreve a

enfrentarse a vos en una batalla. ¿A quién teméis? ¿A Federico? ¿Al sha Tahmasp?

-Son polvo en mis pies -dijo Solimán en voz alta.

-Entonces, ¿qué os asusta, mi señor? ¿Qué clase de rey es el que tiembla ante la idea de renunciar a mí... a alguien que tanto os ama?

Los ojos de Húrrem se llenaron de lágrimas. La imagen era tan real que Solimán alargó la mano para consolarla. Pero no había nadie. Sólo el viento y el dolor de su propio cerebro. Si renunciaba a Húrrem, no volvería a tener nada. Estaría solo de nuevo, sólo con la responsabilidad del imperio y las pesadas obligaciones impuestas por Dios. Ahora, Húrrem lo era todo para él: su conciencia, su consuelo, su consejera, su abogada, su amiga. Ella era el visir que nunca podría tener, porque un visir al que amara demasiado le traicionaría, como había hecho Ibrahim. Ella era también su harén, un millar de mujeres en una, una mujer capaz de sosegar su espíritu y no sólo su cuerpo.

-No puedo renunciar a ella -declaró, y su decisión ya estuvo tomada.

Haría lo inconcebible, porque la sola alternativa era insoportable.

Cuando le convocaron una vez más en presencia de la segunda *kadin*, Abbás se preparó mentalmente para afrontar todas las posibilidades.., salvo la que se le planteó.

Observó, con alivio, que la mujer estaba de un talante estupendo. No perdió tiempo con las chanzas de costumbre.

-¿Qué te parecería, Abbás, desembarazarte de tus chicas? -le preguntó.

-¿Mi señora?

-Al sultán ya no le hace falta su harén. Hay que buscar esposo a las muchachas entre los *spahi* y ministros. Iniciarás en seguida los trámites.

Abbás asintió, mientras intentaba disimular su asombro. ¡Un sultán sin harén! ¿Cómo se las había arreglado Húrrem para conseguirlo?

-Alabo el juicio de Solimán.

-El juicio que tienes que alabar es el mio -rió Húrrem.

-Procederé en seguida a obedecer vuestras órdenes, mi señora.

-¿No deseas conocer el motivo, mi Abbás?

-No me corresponde a mí cuestionar las decisiones del Poderoso -dijo Abbás, satisfecho por haber logrado eliminar de su voz el desprecio.

Pero Húrrem lo detectó, a pesar de todo, y se echó a reír, encantada.

-¡Eres un tesoro de verdad, Abbás! De cualquier forma, te lo diré, ya que no vas a tardar mucho en enterarte. El Señor de la Vida ya no necesita su harén, ¡porque pronto va a tomar una reina!

Abbás parpadeó.

-¿Una reina, mi señora?

-Tienes ante tus ojos a la futura esposa del sultán de los osmanlíes, Abbás. -Se rió de nuevo-. ¿No te admira el esplendor de semejante vista?

-Vos lo decís, mi señora -convino Abbás.

Imposible, pensó en secreto. ¡Imposible! ¡Solimán nunca lo llevaría a cabo!

Con motivo de la boda de Solimán con la Hasseki Húrrem –la favorita Risueña, como era conocida en el ámbito de la corte-, Estambul fue testigo de las celebraciones más fabulosas que jamás había presenciado. Se repartió pan y aceitunas entre los pobres y queso, frutas y mermelada entre la clase

media. Se adornaron las calles principales con festones de flores y banderas: las enseñas escarlatas del imperio osmanlí y los estandartes verdes del islam.

Se organizó un desfile con los regalos de boda: centenares de camellos cargados de alfombras, muebles, jarrones de oro y de plata y, además, ciento sesenta eunucos destinados al servicio de la señora Húrrem. Luchadores, arqueros, juglares y titiriteros actuaron en el hipódromo día y noche; también se presentaron animales salvajes a lo largo del At Meydani: leones, panteras y leopardos, elefantes que lanzaban pelotas con sus largas trompas, las jirafas con sus larguisimos cuellos, un conjunto que provocaba en las muchedumbres expresiones de asombro.

En otra procesión, diez bueyes arrastraban por las calles una plataforma sobre la que había depositada una inmensa hogaza del tamaño de una habitación, de la que los maestros panaderos de la ciudad cortaban rebanadas calientes, cubiertas de sésamo e hinojo, para arrojárselas a la multitud. Miles de personas se alineaban al borde de la arena o se subían a los árboles para echar una ojeada al sultán o para recibir el presente de dinero, seda o fruta que los esclavos lanzaban sobre el gentío.

Mientras tanto, en el serrallo, Húrrem se convertía en reina mediante una sencilla ceremonia en la que sólo estaban presentes ella, Solimán y Abu Sa'ad. Solimán tocó la mano de la velada Húrrem y susurró:

-Tomo por esposa a esta mujer, Húrrem I. Todo lo que a ella pertenece será de su propiedad.

Sólo un hombre proyectó su sombra sobre la ceremonia. Persiguió a Húrrem todo el día, como la había obsesionado durante los pasados diecisiete años.

Mustafá.

Ahora contaba veintiséis años y esperaba su momento en Manisa. Muy popular entre los pachás y los jenízaros, sería el próximo sultán electo. Sí, soy reina, pensó Húrrem. Ahora estoy a salvo de las demás mujeres. Ahora sólo debo temer a un hombre. Y también eliminaré ese peligro, con el tiempo.

Se había levantado una tribuna en el hipódromo y desde ella, acomodado en un trono de lapislázuli, con sus hijos a ambos lados, Solimán contemplaba el espectáculo. Tras él, cubierta por el velo y con un *ferjide* de seda color violeta, Húrrem lo observaba también, a través de una celosía dorada.

Selim se revolvió, nervioso, sentado en la gruesa alfombra, con las piernas cruzadas, a los pies de su padre. Tenía hambre. Se había dispuesto un festín en palacio: venado, gallina de Guinea, *imam biyalti*, sopa de frutas con hielo real, sorbetes de zumo de limón y nieve aderezados con miel, ámbar y almizcle. Le rezongaba el estómago.

Abajo, en la arena, una leona desgarraba las tripas de un jabalí mediante zarpazos lanzados al desgaire con las patas delanteras, mientras su compañero bostezaba y la miraba sin interés. Selim sonrió, disfrutando de la escena; acogió con risitas tontas los gemidos y pataleos del jabalí. Estaba tendido de espaldas, se retorcía en el suelo, olfateaba el polvo teñido de rosa. La leona empezó a dar vueltas a su alrededor, sin apartar los ojos de los colmillos, y sus garras atacaron de nuevo, para sacar entre las uñas parte de las entrañas del jabalí.

Algo indujo a Selim a volver la cabeza. A través de la pantalla situada detrás del trono de Solimán vio un par de ojos verdes que le observaban, como minúsculas esmeraldas que refulgiesen en la oscuridad. Madre, pensó.

Apartó la mirada con toda rapidez, pero siguió sintiendo el espionaje de aquellos ojos clavados en él. ¿Cómo había podido arreglar todo aquello?, se preguntó una vez más. ¿Cómo había logrado que Solimán se casara con ella? Tener una madre tan poderosa constituía a la vez un consuelo y un motivo de terror. Si era capaz de someter al sultán a su voluntad, era capaz de todo.

¿Qué es lo que quiere de mi?, se preguntó Selim. ¿Qué planes tiene para mí?

La leona había dejado ya de jugar con el jabalí. Éste se estremecía, tendido de lado, aún con vida, en el momento en que la leona agachaba la cabeza para hincarle el diente y arrancarle el primer pedazo de carne. Por lo general, tales cosas excitaban el apetito de Selim. Pero súbito, se dio cuenta de que había dejado de tener hambré.

Hizo un esfuerzo para volver la cabeza de nuevo, pero los ojos habían desaparecido.

SÉPTIMA PARTE

Paraíso en la tierra

Pera

Julia observó el carruaje pintado de negro que se detuvo haciendo mucho ruido en el adoquinado patio, bajo su ventana. Un eunuco negro se apeó del coche y se acercó a los caballos, para tranquilizarlos, mientras otro abría la portezuela. Cortinas de tafetán negro cubrían las ventanillas, por lo que Julia no pudo ver al visitante. Julia sólo experimentó una curiosidad moderada. Ludovici se entrevistaba a menudo durante el día con alguna que otra visita, por regla general comerciantes de la *Comunitá Magnifica*.

Vio descender del vehículo a una figura cuya cabeza y rostro resultaban invisibles bajo la capucha de la capa y la negra cadeza. Enarcó las cejas. Ni un dedo de la mano o del pie quedaba a la vista, pero a juzgar por los pasos menudos y rápidos supuso que se trataba de una mujer.

Al cabo de unos instantes, Jacinto llamaba con suavidad a la puerta para anunciar la visita.

Julia se quedó boquiabierta cuando la figura alzó la capucha del *feridje* y le sonrío.

-¡Sirhane!

Sirhane apenas había cambiado. Quizá estaba un poco más delgada y tenues arrugas podían apreciarse en el vértice de los ojos y en las comisuras de la boca. Aparte de eso, era como si los últimos seis años no hubieran transcurrido. Volvían a encontrarse en el serrallo, el ignominioso monasterio que se erguía al otro lado de las aguas y que podían contemplar desde el balcón, con su negra silueta recortada contra el cielo de color lila.

Sirhane llevaba una chaqueta *entari* de brocado verde de Bursa, abierta por delante y abrochada a la cintura con tres botones de nácar. Las largas mangas colgaban por el borde del diván hasta casi llegar al suelo. La camisa era de magnífica seda blanca como la nieve, orlada de encaje y caía suelta por encima del blanco *salwar* de lana, falda cuyos pliegues le llegaban a los tobillos. Lucía perlas en la garganta y en la cintura, así como pequeñas cadenetas de oro en muñecas y tobillos.

Julia, con su atavío veneciano de negro sombrío, se sintió apagada y sin vida a su lado. Contempló la piel tersa y brillante de los brazos de Sirhane y un deseo culpable se agitó en su interior.

Julia la cogió de la mano como una colegiala.

-¡Cuéntame -dijo, entre risas-, cuéntamelo todo!

-¡Estás mirando a una respetable y virtuosa mujer casada! -anunció Sirhane.

-¿Cómo saliste del harén?

-Solimán se está desprendiendo de todas las *huríes*...

-¡No es cierto!

-Dicen que Húrrem le ha convencido de que ya no necesita el harén para nada El *kislar aghasi* concertó mi matrimonio con un agá de los *spahi* de la Puerta. Se llama Abdul Sahine Pachá. ¡Es una gigantesca bestia de hombre y tiene un miembro viril tan grueso como mi muñeca!

Julia se palmeó la boca con una mano.

-¡Oh, Sirhane!

Sirhane se encogió de hombros.

-Me trata bastante bien. Creo que prefiere a los chicos. No lo sé. No es tan malo. Quizá podría amarle. Si no fuese un hombre. -Alargó el brazo y apoyó la cabeza en el hombro de Julia-. Te he echado mucho de menos. Tal vez sea perverso, pero mientras estuviste allí, yo fui feliz en el harén.

-Yo también -confesó Julia-. ¿Cómo has dado conmigo?

Sirhane resopló y se apartó. Sus ojos estaban húmedos.

-Fue la mañana en que abandonaba el harén. El *kislar aghasi* vino a mi y me dijo que seguías viva, casada con un comerciante renegado veneciano que se llamaba Ludovici.

-¡Abbás!

-Pensaba que habías muerto -dijo Sirhane-. Me he pasado seis años llorándote. ¡Todavía no puedo creerlo!

Echó los brazos al cuello de Julia y la besó. Julia se oyó susurrar repetidas veces el nombre de Sirhane, mientras cerraba los ojos y, al sentir las manos de su amiga que le quitaba la ropa, se entregó a los suaves y burlonamente seductores placeres que le ofrecía su amante.

Pobre Ludovici, pensó. Si pudiera amarle así.

El sol se hundía por debajo de las siete colinas y las dulces voces de los almuédanos se elevaron en la polvorienta ciudad, dominada ya por el crepúsculo, convocando a los fieles a la oración. La claridad se estancaba como liquido dorado sobre las aguas del Cuerno y los contornos de plátanos y cipreses se disolvían en gélidas sombras bajo los muros del serrallo. Estaban sentadas en la penumbrosa terraza y hablaban en susurros.

-Venga, cuéntame todo lo que ha pasado -le pidió Juha-. ¿De veras es cierto? ¿De verdad ha casado Solimán a todo su harén?

-Se acabó lo que se daba -dijo Sirhane-. No queda más que Húrrem y su casa. La Risueña tiene ahora cien esclavos a su servicio. Entra y sale como le viene en gana, con treinta guardianes eunucos al retortero.

-Si una serpiente es capaz de sobrevivir tantos años entre otras víboras, merece crecer mucho.

-El *kislar aghasi* me dijo que ella fue la razón por la que el sultán ordenó que te ahogaran.

Abbás, Abbás..., pensó Julia. En aquel momento no deseaba pensar en lo que le había hecho. Corpo di Dio, ¿cómo podía Abbás seguir aguantando?

-Estoy viva, Sirhane. Eso es agua pasada y ya no importa.

Sirhane pareció decepcionada.

-Deberías esforzarte en ser más odiosa. La falta de rencor no es buena para la mujer.

Julia se echó a reír.

-Lo que Húrrem haga ya no puede afectarme.

No obstante, Sirhane continuó.

-Los embajadores extranjeros incluyen ahora regalos para ella, lo mismo que para el sultán. Incluso le dirigen cartas en las que intentan influir en sus opiniones. A través del *kislar aghasi* , visires, *muftíes* y agás le rinden pleitesía. Hasta mi esposo lo hace. Dice que es más poderosa de lo que nunca lo fuera Ibrahim.

Julia sonrió.

-Pobre Solimán.

Sirhane dobló las piernas por debajo del cuerpo y se encogió en el diván como un gato meloso y consentido.

-¿Él cómo era?

Julia se mostró poco predispuesta.

-¡Dímelo! -apremió Sirhane.

-Apenas pronunció una palabra. Me quitó la ropa y luego se puso encima de mí...

-¿Y no la tiene tan grande?

-No.

-Dicen que es realmente enorme.

-Sirhane... -Julia extendió las manos en ademán de desaliento, maravillada, como siempre le ocurría, de verse a sí misma charlando de tales cosas sin sentir vergüenza-. Estuvo encima de mi y produjo algunos ruidos. Después se levantó. No sucedió nada.

Recordó la primera vez que Ludovici le hizo el amor. Hasta entonces no comprendió por qué Solimán se había puesto tan furioso.

-¡Así que es impotente! ¡El sultán es impotente!

Julia agarró la muñeca de su amiga.

-Si le cuentas eso a cualquier alma viviente, ¡nos matarán a todos!

-¡El chisme más formidable que jamás ha llegado a mis oídos y no puedo contárselo a nadie! -Sirhane hizo un puchero con expresión burlona.

-¡Nos costará la cabeza a todos nosotros!

-Está bien -se avino Sirhane, y se apartó.

.¿Qué tal con Ludovici?

Julia bajó los ojos.

-No es lo mismo que contigo.

La respuesta pareció dejar satisfecha a Sirhane. Dirigió la mirada a través del Cuerno, hacia las lámparas que empezaban a cobrar vida por las colinas de la ciudad vieja. Las llamadas de los almuecines se acababan y sus

ecos se perdían en la atmósfera violácea del anochecer. La quietud se había asentado sobre la urbe.

-Debo marcharme.

Julia alargó el brazo para cogerle la mano.

-No quiero que te vayas.

-Tengo que irme.

Minutos después, Julia contempló desde la ventana a la encapuchada figura que subía de nuevo al anónimo carruaje negro estacionado en el patio. No escapé del harén, pensó. Lo he traído conmigo. Es mi cautiverio y mi liberación. Me he zambullido en el pecado mortal. Ahora que Sirhane ha vuelto a mi vida, estoy otra vez sumergida en él.

Se daba perfecta cuenta de que no era simple pasión sexual, aunque el deseo que había vuelto a despertar en sus sentidos era bastante real. Se trataba de algo más: el anhelo de una intimidad que no podía compartir con ninguna otra persona, una comodidad física que carecía de complicaciones. Un adulterio sin consecuencias, tal vez. Pero no sin pecado, pensó.

Un pecado, no obstante, sin el que no puedo vivir.

Que Dios me ayude.

Sirhane desapareció tras las cortinas de tafetán negro e, instantes después, los cascos de los caballos tabletearon a través de las puertas y Julia sintió que la soledad se abatía de nuevo sobre ella.

El destino había sido benévolo con Ludovici Gambetto. Casi. Le había proporcionado un amigo poderoso e influyente en la Sublime Puerta y el resultado de ello había sido que sus negocios habían prosperado mucho más de lo que podía imaginar. La fortuna también le había concedido una bella esposa, perteneciente a una noble familia veneciana.

Sin embargo, aquellos dos resplandecientes regalos contenían minúsculos cofrecillos plateados llenos de dolor. Su buena suerte se fundamentaba en la agonía interior de Abbás; Julia le pertenecía sólo porque no podía ser de nadie mas.

Incluso al cabo de ocho años, aún no se había acostumbrado a la idea de que su amigo de la juventud habitaba en el palacio del sultán en calidad de eunuco y esclavo. Todavía le resultaba imposible entrevistarse con Abbás sin sentir la ácida repulsión que le nacía en el fondo de la garganta.

Y además estaba Julia. Ahora era una moneda sin valor para todos salvo para él. Había mentido a Abbás y la había retenido en Estambul para si. Y aunque de los labios de Abbás no salió una sola palabra de reproche, ese reproche podía verlo en sus pupilas cada vez que se encontraban. De una forma u otra, Abbás se había enterado. Y la sensación de culpabilidad por su doblez todavía corroía a Ludovici.

Si hubiese merecido la pena... Si Julia le amara, aunque fuese un poco.

Una parte de él -la parte que continuaba siendo veneciana- le decía que eso no importaba. Ella era su esposa, una preciosidad de mujer, suya en la cama cada vez que quería disfrutarla. ¿Qué más podía desear?

Pero quedaba otra parte -su alma de renegado, sin duda- que quería que Julia experimentase por él lo mismo que él sentía por ella. Deseaba su devoción. Y eso era algo que Julia aún le negaba.

Había construido un nuevo palacio en las alturas de Pera, desde el que se veía el Cuerno de Oro. Vestía a Julia con los más finos terciopelos y encajes de Venecia y en los dedos de la mujer fulguraban rubíes y

diamantes. Poseía riqueza, seguridad e influencia, todo lo que no se le había permitido lograr en su propio país. Pero lo que deseaba por encima de todo era Julia, la expresión de sus ojos y la pasión en sus oscuros abrazos susceptibles de comunicarle que ella también le amaba. Y eso no podía tenerlo.

Corpo di Dio! ¿Por qué era tan importante?

De pie en la terraza observó a Julia, que leía en el jardín. Las flores del verano descubrían todo su esplendor y el perfume de los cipreses y pinos piñoneros saturaba el aire.

Descendió por los peldaños de mármol que llevaban al jardín.

Ella le vio acercarse y bajó el libro.

-Pareces muy satisfecho de ti mismo -comentó.

-De mi mismo, no. El mérito no me corresponde a mi.

Se sentó al lado de Julia en el banco de mármol. Hacia frío allí, a la sombra del ciprés. A través de las ramas vio cómo se deslizaban los caiques por las brillantes aguas del Cuerno y las siluetas de color morado claro de las cúpulas y alminares del serrallo, en la orilla opuesta.

-¿Qué ha pasado?

-He oído rumores de la Puerta. Dicen que Rustem Pachá va a casarse con la hija del sultán.

-¿Mihrmah?

-Ese es el rumor que he oído.

-Entonces casi puede considerarse visir.

-Sí.

-¿Eso te complace?

-Si estuviese de parte de los ángeles, no me complacería. Pero no soy más que un humilde mercader y no puedo permitírmelo. -Dirigió a Julia una sonrisa sardónica-. Desde que salí de Venecia, no he vuelto a estar de parte de los ángeles. Puede que ni siquiera lo estuviera allí. Puede que gracias a ello tenga ahora todo esto.

Señaló el palacio y los jardines.

-Pues no acabo de entenderlo.

-El visir de Solimán, Liifti Pachá, es un individuo con el que resulta difícil tratar. Demasiado honrado.

-Defecto fatal para un visir.

-Así es -sonrió Ludovici-. En cambio, Rustem vendería a su propia madre por una comisión del diez por ciento.

-Pues será un visir excelente.

-Estoy seguro de que tendrá un éxito enorme.

-Y tú podrás enviar más caramuzales por los Dardanelos sin temor a que los inspeccionen. ¿Pero qué puede haber inducido a Solimán a elegirlo para tan maravilloso puesto?

-¿Su encanto y buena planta?

Julia lo comprendió de pronto.

-¡ Húrrem!

-Bueno, eso es lo que se chismorrea en los bazares. El tiempo lo dirá. Aunque lo cierto es que sólo puedo imaginar lo que ha hecho para merecer la recomendación de Húrrem. -Miró a Julia con atención. En sus mejillas había un color que veía por primera vez. Comentó-: Ayer tuviste visita.

Ella evitó mirarle.

-¿Qué hay de malo en ello?

-¿Quién era?

-Una muchacha. Una amiga de mi época en el serrallo.

-¿Cómo supo...?

-Abbás.

-¿Se lo dijo él?

-Es una amiga. No hay peligro.

-Siempre hay peligro.

La ligereza del talante de Julia se evaporó de pronto.

-Me tienes clavada a la pared como una mariposa, se me puede mirar pero no tocar. ¡A veces preferiría estar muerta!

Ludovici no contestó. Al cabo de un momento, Julia pareció lamentar su arrebato.

-Lo siento -murmuró-. Sé que también corriste un gran riesgo cuando zarpaste... en tu barca... para rescatarme del agua.

Ludovici agachó la cabeza.

-No. Tienes razón en lo que has dicho. No tengo ningún derecho. Al retenerte aquí te he colocado innecesariamente en una situación muy peligrosa. Te quería para mí de forma exclusiva. -Respiró hondo-. Tengo un viñedo en Chipre. Podrías ir allí. Estarás a salvo. Y ya no seria imprescindible que tu mera existencia fuese un secreto. Vivirás entre venecianos, como nosotros...

-Ya no soy veneciana. Como tampoco lo eres tú.

-No tendrás que vivir como una prisionera. Puedo ir a visitarte.

Julia sonrió para sí. Quizá ayer le hubiese suplicado que me dejara marchar. Pero ahora...

-Me quedaré -dijo.

Ludovici la miró sorprendido.

-No me es posible garantizarte tu seguridad.

-No quiero abandonar Estambul.

Él sonrió, equivocándose al juzgar los motivos de Julia.

-He rezado para que decidieses no irte.

Julia desvió la mirada. Ludovici estaba desconcertado.

¿Qué era lo que quería? ¿Abbás? Imposible. ¿Por qué deseaba quedarse en Estambul?

Permanecieron largo rato sentados en silencio, mientras Ludovici trataba de idear el mejor modo de transmitirle la siguiente noticia.

-Pronto va a llegar una legación de Venecia -dijo por último-. Vienen a entrevistarse con el sultán, en petición de paz.

Desde la batalla de Prevezo, dos años atrás, en la que el almirante otomano Dragut había diezmado a los venecianos, entre los turcos y La Serenissima reinaba una tregua intranquila. Los osmanlíes habían ganado el control del Mediterráneo y asfixiaban las vías por las que afluía la vitalidad de la república: su comercio. La guerra no había afectado la existencia de la *Comunitá Magnifica* de Pera, salvo por el hecho de que había aumentado el precio del grano ilegal de Ludovici.

Julia alzó la cabeza y le miró con el ceño fruncido, al tiempo que se preguntaba a qué se debía, en especial, el que le dijera aquello.

-Tu padre encabeza esa legación -anunció.

El color desapareció de las mejillas de Julia. Entrelazó, muy apretadas las manos sobre el regazo, y sus nudillos se tornaron blancos.

-¿Vendrá aquí? -preguntó por último.

-No, a menos que le invite. Me cuesta trabajo imaginar un motivo que justifique tal cosa.

Julia trató de sonreír.

-¿No se te ha ocurrido que tal vez yo deseara verle?

-No. No se me ha ocurrido.

Ella cerró los ojos.

-¿Qué hay de Abbás?

Ludovici se quedó mirándola.

-Si, Abbás. Esa es la razón por la que tenía que hablar contigo. Voy a decírselo.

-Muy bien.

-¿Hablas en serio?

-Si.

Le sorprendió la celeridad de la respuesta de Julia.

-Abbás se ha convertido en un hombre muy poderoso aquí, en Estambul. No es la primera vez que embajadores ante la Sublime Puerta se han visto arrojados a las mazmorras de Yedikule. O han sufrido peor suerte. ¿Estás segura de que quieres que Abbás se entere?

Los ojos de Julia fulguraron impregnados de veneno.

-¿Después de lo que mi padre le hizo? -Aspiró una profunda bocanada de aire y se le dilataron las aletas de la nariz-. Sí, Abbás debe saberlo. A decir verdad -añadió-, me gustaría decírselo yo misma.

Ludovici no había esperado una cosa así. Pero finalmente había ocurrido. Y sería un estúpido si intentase ponerle trabas a Julia.

-Lo concertaré -dijo.

Galata

El carruaje era una caja rectangular montada sobre ruedas y decorada con dibujos de flores y frutas, en nada diferente de centenares de otros coches de la ciudad. Traqueteó haciendo mucho ruido por la sucia callejuela y se detuvo delante de una casa de madera de dos plantas, pintada de amarillo, el color de los judíos, como tantas otras del barrio. Un paje abrió la portezuela y Julia se apeó.

Nadie habría podido reconocerla. Se habrían percatado sólo de que era una mujer. Se cubría con un *ferijde*, la capa de largos faldones que llevaban todas las mujeres turcas en la calíe. Era de seda negra, lo que proporcionaba un indicio acerca de su posición social; las mujeres de clase pobre vestían capas de alpaca negra, mientras que las del harén real eran de seda lila o rosa. Llevaba dos velos: el *yashmak* transparente que le cubría el rostro, la nariz y la boca quedaba oculto bajo la cazeta negra que desde la cabeza le llegaba a la cintura, con los dos orificios cuadrados para los ojos. Nada era visible, ni siquiera las manos o los pies. El único detalle que revelaba su condición femenina era el olor a almizcle y jazmín que la acompañaba, un dulce oasis en medio de los fétidos efluvios de la ciudad.

La vestimenta mantenía prisionera a la mujer turca, pero también constituía una liberación para ella, pues gracias al *ferijde* y a la cazeta incluso la dama de más alta alcurnia podía aventurarse por las calles sin que la reconociesen.

La negra figura cruzó la callejuela con paso vivo y franqueó la puerta de la casa, dejando a los dos pajes a la espera, junto al carruaje.

Al verla, Abbás se quedó boquiabierto.

Julia observó que el paso de los años le había añadido más y más obesidad. A través de la seda floreada del caftán, la mujer vislumbró los

rollos de carne y de grasa que colgaban alrededor del cuerpo del eunuco y las almohadillas que se habían formado debajo del mentón. Estaba sudando, pese a lo temprano de la mañana y a que todavía no hacia calor. El sudor brillaba en su rostro y manchaba el borde de su inmenso turbante blanco.

Julia intentó recordarlo tal como había sido en otro tiempo y después se esforzó en relacionar la imagen de aquel muchacho de semblante barbilampiño, bronceado, tal como le había visto en la góndola, con aquella criatura de pesadilla, de rostro hinchado, blancuzco, fláccido y un ojo de ciega mirada fija. Era imposible.

Lo recordaba sólo como el kislar aghasi, el repulsivo eunuco con voz de falsete que esbozó aquellas muecas de persona ofendida la primera vez que se encontraron y que murmuró aquellas extrañas palabras mientras ella se disponía a morir ahogada en el Bósforo.

De modo que así era Abbás ahora.

El hombre luchó para ponerse en pie. Batió palmas a fin de que los pajes acudieran a ayudarle.

-¿Quién sois? -gruñó, pero la expresión de su cara indicó a Julia que ya lo sabia.

Ella aguardó, inmóvil. ¿Y si los dos pajes de palacio que acompañaban a Abbás la hubieran reconocido? Pero el eunuco adivinó lo que estaba pensando y los despidió.

-¿Julia? -aventuró.

La mujer alzó la cazeta y al dejarla caer por la espalda, como una capa, llegó casi hasta el suelo. Después se quitó el *yashmak,* desprendiendo con cuidado los alfileres para que Abbás le pudiera ver la cara.

-Hola, Abbás.

Él se cubrió el rostro con las manos y se volvió de espaldas.

-¿Qué ocurre?

-No deberías haber venido -gimió Abbás.

-Tenía que verte. Sólo una vez más.

-Le dije a Ludovici que no quería volver a verte. ¿Por qué te complaces en torturarme así?

-Por favor, Abbás...

-¡Si supieses el dolor que me causas, no lo habrías hecho!

Julia no supo cómo reaccionar. De repente, se sintió como una estúpida. El no parecía dispuesto a darle la cara.

-¿Abbás?

-¿Por qué has venido? ¿Qué ha podido impulsarte a hacerlo? ¿Por qué ha permitido esto Ludovici?

-Date la vuelta...

-¿Quieres ver lo guapo que soy?

-Ludovici es un hombre apuesto. Pero no le quiero. Siempre te he amado a ti.

-¡Basta!

-Vuélvete...

Cuando Abbás se volvió, el furor jaspeaba su rostro y su ojo sano la miró fijamente, dolido y humillado.

-¡Vete! ¿Qué beneficio puede reportamos esto? ¡Mi amor por ti me ha arruinado! ¡Déjame olvidarlo, por caridad! ¡Y ahoma vete ya!

Julia le tendió las manos y luego las dejó caer a los lados.

-Abbás... nunca he tenido oportunidad de... me salvaste la vida...

-Porque te quería. ¿Vas a devolverme mi amor? ¿Cómo? ¿Con tus besos? ¿Me llevarás a tu cama? ¿Vamos a ser amantes?

La cólera desapareció de su rostro. Julia dio un paso hacia él, decidida a consolarle, pero Abbás levantó una mano para detenerla.

-No... -dijo-. ¿Puedes imaginar lo que es esto para mi, Julia? ¿Desear a una mujer y saber que no hay forma de satisfacer ese deseo? ¿Abrasarse por dentro con el fuego de una pasión sin que exista modo alguno de apagarlo? Un hombre no puede sentir amor por una mujer sin experimentar al mismo tiempo la necesidad de consumarlo con su cuerpo. ¿Qué debo hacer? No hay liberación para mi, nunca la habrá. Nunca. Sufro y ardo día tras día, rodeado de mujeres. Me amputaron la virilidad, pero todavía sigue ahí. Todos los días me siento atrapado en una jaula en la que ni siquiera puedo erguirme o estirar los brazos y las piernas. Se me impide todo movimiento natural, ya sea físico o emocional. Quiero amar y que me amen.

¿Pero cómo puedo conseguirlo? ¿Cómo voy a consumar el amor con una mujer? ¡Me han despojado de toda razón para seguir vivo! No hay infierno después de la muerte, Julia. Está aquí, ahora. ¡Y yo lo ocupo!

Desahogada su rabia, se encogió de hombros y se desplomó contra la pared, mientras la agitada respiración le sacudía el pecho. Julia se mantuvo a distancia. ¿Qué había que decir?

-Vete, por favor -susurró Abbás.

-Está bien, pero antes tengo que decirte algo. No he venido a atormentarte, como sugieres.

-Muy bien, di lo que tengas que decir y márchate.

-Se trata de mi padre.

Al principio, la importancia de lo que estaba diciendo Julia no caló en su mente.

-¿Gonzaga? -articuló Abbás por último.

-Viene a Estambul.

-¿Estás segura?

-Ayer se lo dijo el juez a Ludovici. *La Serenissima* despacha una delegación de paz a la Puerta. Mi padre será el embajador.

Abbás fue resbalando por la pared hasta que las nalgas le descansaron en la alfombra. Hundió la cabeza entre las rodillas.

-Así que el diablo se acerca al paraíso -murmuró.

No quedaba nada más que decir. El silencio de Abbás indicaba a Julia que debía retirarse, pero deseaba desesperadamente consolarle. Se arrodilló junto a él. Abbás no protestó, de modo que la mujer se inclinó con cautela y le besó en la frente.

El eunuco no se apartó y Julia le quitó el turbante y lo dejó sobre la alfombra, junto a ella. Abbás no levantó la cabeza.

Julia le pasó la mano por el liso y afeitado cráneo. Aquella calvicie le repelía y fascinaba. Vio resaltar los huesos sobre el brillante cuero cabelludo. Llevó las manos a ambos lados de la mandíbula de Abbás y le alzó la cabeza.

-Abbás...

El ojo se clavó en ella, vacío, implorante.

Julia bajó la mano y le levantó el caftán. El corazón de Abbás latió de forma acelerada y violenta cuando los dedos de la mujer se deslizaron por el rasurado muslo, mientras Julia se esforzaba en evitar que el horror que sentía apareciese en su rostro. Al llegar a la entrepierna, no encontró nada. Como Sirhane, pensó, salvo que en el caso de Abbás no había agradable

humedad ni labios como pétalos de rosa. Sólo el tacto cerúleo del tejido cicatrizado, la curiosa suavidad de la uretra.

Le oyó jadear. ¿Dolorido, inquieto, horrorizado? No le dio ninguna pista.

En el harén había oído historias -contadas sobre todo por Sírhane, cuya capacidad para el disparate era inagotable- sobre mujeres que lograban provocar orgasmos a los eunucos mediante una combinación de afrodisiacos y masaje en la uretra.

Aunque tal vez no fuesen más que tonterías.

Se arrodilló entre las piernas de Abbás y se echó el *ferijde* por encima de la cabeza. Quedó completamente desnuda bajo la capa.

-Me he puesto hachís en los pezones -susurró.

Abbás se mostraba ahora obediente como un niño. Despacio, llevó la boca a los pechos de Julia y empezó a chupar.

Julia reanudó sus prestaciones, cogió la cabeza del eunuco en el hueco de una mano, mientras la otra, entre las piernas, acariciaba la ingle. Le oyó gemir de nuevo, de placer, y notó que se le aceleraba e intensificaba el ritmo de la respiración. Julia volvió la cabeza para disimular la repugnancia ante el extraño contacto entre sus dedos de la carne mutilada.

-Julia -chirrió Abbás.

Ella continuó con su masaje y, al cabo de unos minutos, Abbás empezó a moverse siguiendo la cadencia de la mano de Julia, con los labios cubriendo aún el pecho femenino. Da resultado, pensó. Lo he conseguido. Sirhane tenía razón.

Abbás empezó a retorcerse y apretó su ingle contra ella. Julia imprimió más y más rapidez a los dedos, sin hacer caso de los calambres que afectaban a los músculos de la mano. El echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en gritos sollozantes, los mismos leves sonidos que a veces se le escapaban a Sirhane.

Luego, de pronto, sin previo aviso, Abbás se estremeció, en un prolongado y vibrante espasmo que le recorrió todo el cuerpo. Sus brazos apretaron a Julia con asfixiante fuerza.

La soltó al cabo de unos segundos, para caer contra la pared, cerrados los ojos, abierta la boca, esforzándose en aspirar aire.

Julia se oprimió contra él, exhausta, mientras notaba que el sudor del cuerpo le descendía entre los pechos y se mezclaba con el de Abbás. Durante un buen rato ninguno de los dos se movió.

-Abbás -susurró Julia por fin.

-Ahora déjame.

Julia cogió el *ferijde* y se puso en pie lentamente.

-Aguarda -le rogó Abbás-. Déjame contemplarte una vez más.

La miró durante unos largos instantes; cuando se apartó, por último, Julia supo que le indicaba que podía marcharse. Se pasó la capa por la cabeza y se colocó de nuevo el velo y la cazeta.

Otra vez soy un ser anónimo, pensó. Un saco.

Abbás seguía agachado contra la pared, abotagado, con su ojo ciego medio abierto y el caftán arrugado y torcido sobre las rodillas. Para cualquiera, pensó Julia, aquél sería un espectáculo obsceno.

Ella, en cambio, experimentó una oleada de ternura que la envolvió por completo.

-Te quiero -musitó, un segundo antes de marcharse.

Durante cerca de una hora, Abbás continuó allí inmóvil. Oyó el traqueteo del carruaje, al alejarse callejuela adelante, y luego observó las lineas inclinadas de las sombras que cruzaban la estancia, mientras el sol ascendía por encima de los tejados y formaba ángulos a través de los bordes de las ventanas.

Lo que le había paralizado no era ninguna sensación física. Todo aquello había sido una verguenza, una comedia que él había interpretado al darse cuenta de que los esfuerzos de Julia eran baldíos; lo mismo podía haber simulado ella un orgasmo originado en la palma de la mano. Pero Abbás no quería humillaría, de modo que había fingido el placer.

Lo que le había conmovido había sido la compasión que había manifestado hacia él. Abbás no ignoraba que su rostro repelía a los demás; le desagradaba incluso a él. Sin embargo, Julia le había mostrado una humanidad que tenía olvidada. Había derramado sobre él afecto y amor.

Levantó las rodillas hasta el pecho y se encogió, enrollándose sobre el suelo. Instantes después rompió a llorar, primero con lástima; por sí mismo y por ella.

Y luego con rabia.

Pera

Era una tarde de color azul sucio. Antonio Gonzaga miró al otro lado del Cuerno de Oro, al palacio de la Punta del Serrallo, donde la torre Kubbealti se erguía como un campanario en miniatura que se recortase contra el cielo. Cipreses y pinos piñoneros se arracimaban como espias en las sombras, al pie de los muros almenados.

-Así que ése es el hogar de *Ii Signore Turco*.

-Debemos tratarle con cautela -advirtió el juez.

Gonzaga no se esforzó lo más mínimo en disimular la expresión de desprecio que afloró al instante a su rostro. No era que le molestase la preocupación del magistrado con respecto al comercio -al fin y al cabo, el comercio era lo que había hecho del León de San Marcos lo que era-, sino la inquietante sospecha que le asaltó nada más llegar allí de que la lealtad del juez hacia *La Serenissima* estaba bastante comprometida.

Eran ricos, demasiado ricos para ser simples mercaderes. Vivían en palacios espléndidos, algunos vestían al estilo turco, llevaban caftanes floreados en lugar de severas togas. Y lo que resultaba más turbador, hablaban del sultán y del Diván como si fuesen más importantes que el dux y el Consejo de los Diez.

Solimán Magnifico, le llamaban. Solimán el Magnífico.

-Venceremos -dijo Gonzaga.

-Por supuesto, excelencia. Pero hasta que llegue esa victoria, no debemos provocarle. Después de todo, el Mediterráneo es un lago turco.

Era cierto y esa verdad sacaba a Gonzaga de sus casillas. Algún día, el León de San Marcos los devoraría a todos.

-No os preocupéis, juez. Tarde o temprano el León de Venecia acabará con todos sus enemigos. Hasta entonces, interpretaré el papel de cordero.

El embajador del Ilustre Señorío de Venecia cubrió la breve travesía del Cuerno de Oro en el caique real. Cuando llegó a la Punta del Serrallo, dos pachás y cuarenta heraldos le esperaban para escoltar su delegación a

caballo. Cabalgaron con aire solemne hasta la Ba'ab i Humayun, la Puerta del Majestuoso.

Gonzaga trató de no parecer impresionado por el enorme arco de mármol blanco o por lo que contenían las hornacinas. Las cabezas decapitadas que ocupaban cada uno de aquellos nichos maduraban al sol y se veían más cabezas apiladas como balas de cañón junto a la puerta principal. Una banda de pilluelos jugaba con ellas.

El embajador del Ilustre Señorío de Venecia se llevó a la nariz un pañuelo perfumado.

El imponente arco tenía sus buenos quince pasos de longitud. Desde allí pasaron al primer patio del palacio de Topkapi, el patio de los jenízaros.

A Gonzaga le chocó en seguida el profundo silencio que descendió sobre ellos cuando franqueó la Puerta y entró en la claridad solar. Aunque el patio estaba lleno de gente -servidores cargados con bandejas de bollos calientes, un paje al que trasladaban en camilla a la enfermería, lacayos que iban presurosos de un lado para otro con sus cónicos sombreros de fieltro, una tropa de jenízaros de capote azul que marchaba hacia el ortakapi, con las plumas de ave del paraíso de los veteranos cayéndoles hasta casi las rodillas-, todo el mundo hablaba en susurros. El otro único sonido era el repique de los cascos de los caballos sobre los adoquines.

El ortakapi -la puerta por la que se pasaba al segundo patio estaba flanqueado por dos torres octogonales coronadas por tejados cónicos en forma de apagavelas. Había allí una doble puerta de hierro y, suspendida sobre ella, la tugra de Solimán, el enorme escudo de cobre. Más cabezas se ennegrecían en estacas colocadas en la pared superior.

Hasta llegar a aquel punto, Gonzaga se sintió razonablemente satisfecho del respeto con que se le había tratado. Pero entonces le ordenaron que desmontara.

-El resto del camino tenemos que hacerlo a pie -tartamudeó el intérprete.

El embajador del Ilustre Señorío de Venecia accedió de mala gana.

Había una sala de espera junto a un sombrío pasaje que se alargaba hacia la derecha, desde la casa del portero. Mientras Gonzaga permanecía allí de plantón, el intérprete se dedicó a explicarle que el alojamiento del verdugo se encontraba al otro lado de la casa del portero, junto con la sala de decapitaciones y la cisterna destinada a ahogamientos. En un tono lleno de orgullo, especificó que el bostanji podía cortar cincuenta cabezas por jornada y clavarlas en las paredes de la casa del portero.

Gonzaga le agradeció la información y se acomodó, dispuesto a la espera.

Tres horas más tarde le escoltaron a través de la puerta que conducía al segundo patio.

Gonzaga estaba furioso, tan furioso que apenas lanzó una mirada a las largas avenidas de gigantescos cipreses que atravesaban el patio entero, los senderos que se deslizaban entre fuentes y setos de boj o las gacelas que pastaban en los prados. Rojo de ira, pasó entre la guardia de honor formada por jenízaros alineados a lo largo del paseo que llevaba al Diván, serios e inmóviles como estatuas. La escolta tuvo que apretar el paso para no rezagarse.

El único detalle que le impresionaba era el intenso silencio. Nadie hablaba. Allí, lo único audible era el susurro del viento entre los árboles.

Le escoltaron al interior del Diván.

Gonzaga nunca había visto tal exuberancia de color. Cuando hizo su entrada, las filas de cortesanos se inclinaron, reverentes, y, en contra de su voluntad, Gonzaga no tuvo más remedio que admirarse de la variedad y brillantez de los atuendos que se exponían ante sus ojos, las sedas, terciopelos, rasos y brocados. Allí estaba el gran visir, con sus vestiduras de color verde claro, los muftíes de la religión, en tono azul oscuro, los grandes ulemas, que iban de violeta, los chambelanes de la corte, de escarlata. Las plumas de avestruz ondulaban como un bosque, las piedras preciosas relucían en turbantes y cimitarras, para reflejar también sus fulgores en los brillantes cascos de la guardia imperial.

Un centenar de platos de vituallas cubrían las largas mesas plateadas, fuentes de cordero asado, pintadas, ánsares y pollos. El embajador del Ilustre Señorío de Venecia se vio obligado a ponerse en cuclillas sobre las alfombras, con el resto de la compañía, y a participar en el almuerzo.

-¿Cuándo voy a ver al sultán? -musitó al intérprete, un sujeto de aspecto desdichado que sudaba copiosamente, a pesar de que la temperatura era bastante fresca.

-En seguida -le susurró el hombre-. ¡Pero tenemos que comer en silencio!

Como el intérprete había indicado, el almuerzo se consumió en absoluto silencio. Mientras comían, pajes negros escanciaban agua de rosas en las copas, con una destreza y precisión desconcertantes, desde unos recipientes de piel de cabra que llevaban colgados al hombro. Servían a los comensales criados con vestiduras de seda roja que se movían con ademanes silenciosos, yendo y viniendo de la cocina, o aguardaban inmóviles, como figurines pintados, a que alguien levantara el índice para llamarles. De postre, pasteles, higos, dátiles, sandía y *rahat lokum*.

No se pronunciaba una sola palabra.

La solemnidad de la ocasión no se quebró hasta que la comida hubo concluido y los dignatarios allí congregados se pusieron en pie. En ese momento, los esclavos negros se precipitaron sobre las sobras y se pelearon entre sí por aquellos restos de comida.

La escena confirmó las sospechas que, desde el principio, había albergado el embajador del Ilustre Señorío de Venecia con respecto a los paganos.

La Ba'ab i Sa'adet, la Puerta de la Felicidad, guardaba el *selamlik*, el santuario interior del sultán. Un dosel profusamente ornamentado coronaba la monumental puerta de doble hoja, que flanqueaban dieciséis columnas de pórfido y ante la que montaban guardia por lo menos, calculó Gonzaga, treinta eunucos. Todos llevaban chaleco de brocado y cada uno de ellos empuñaba su desnudo *yatagán*, con la afilada hoja centelleando al sol.

Proporcionaron a Gonzaga un manto dorado para que se lo echase por encima de sus vestiduras, con el fin de estar en condiciones de presentarse ante el sultán. Apareció entonces el jefe de protocolo para recibir los regalos.

Cuatro quesos parmesanos.

El intérprete no hizo comentario alguno sobre la esplendidez, o la falta de ella, del obsequio. Aguardaron al otro lado de la puerta mientras las ofrendas eran presentadas al Señor de la Vida.

De pronto, dos chambelanes agarraron por el cuello y los brazos al embajador del Ilustre Señorío de Venecia y lo inmovilizaron. Tras obligarle a arrodillarse y besar el portal de la Ba'ab i Sa'adet, lo llevaron a rastras por un patio sombrío, entre otra doble hilera de guardias, y le introdujeron en la cámara de audiencias, el Arzodari.

El Arzodari era en realidad un quiosco de proporciones inmensas cuyo saliente tejado sostenía una columnata de mármol que rodeaba la totalidad del edificio. Una vez dentro, obligaron a Gonzaga a apresurarse a través de una antesala revestida con paneles de oro y plata puros, hasta la sala de audiencias principal.

Aunque la ira y la humillación casi no le dejaban coordinar, Gonzaga no dejó de percibir que aquella cámara era una de las más extravagantemente amuebladas de cuantas había visto en su vida.

Paredes alicatadas con piezas de excelente cerámica y decoradas con inscripciones de citas del Corán en caracteres sala. Sofás tapizados con brocados venecianos, grueso terciopelo ruso o fina muselina china. Suelos cubiertos por gruesas alfombras: persas, sirias, egipcias, todas de seda. En los rincones de la sala, jarrones chinos del tamaño de un hombre. A Gonzaga le permitieron incluso que se viera a sí mismo, de rodillas y sostenido por dos esclavos negros, reflejado en el cristal de un espejo veneciano de marco dorado.

El trono se encontraba en una esquina de la estancia, como una cama de cuatro postes, circundado por una alfombra de raso verde bordada de plata y nácar. Láminas de seda pura formaban un dosel ondulante bajo una cúpula de cedro trabajada con primor. A un lado, una ornamentada chimenea de bronce; al otro, una fontana de mármol con su rumoroso chorro de agua.

El propio trono estaba forjado a base de oro batido, con incrustaciones de peridoto del mar Rojo montadas en escamas de oro. Perlas y rubíes colgaban de las borlas del baldaquín. El trono era tan grande que los pies del sultán no llegaban a tocar el suelo. Durante un absurdo momento, Gonzaga tuvo la sensación de que iba a dirigirse a un niño.

Su impresión del Señor de la Vida fue efímera. Un rostro barbudo, bajo un turbante blanco adornado con enormes plumas de garceta, tres tiaras de diamantes entrelazadas y un rubí del tamaño de una avellana, una toga de raso blanco en la que rutilaban rubíes y zafiros.

El gran visir estaba de pie a la derecha del sultán.

Gonzaga empezó a transmitir su protesta al intérprete, pero el hombre no le escuchaba. Lúfti Pachá, el visir, le dirigía la palabra. Fue quizá una suerte para el sentido de su jerarquía y posición que el embajador no comprendiese la importancia de lo que se estaba diciendo.

-¿Se le ha vestido y dado de comer bien al perro? -preguntó el visir.

-Al infiel se le ha vestido y alimentado de manera opípara y ahora arde en deseos de lamer el polvo bajo el trono de su majestad -respondió el intérprete.

-Traedle hasta aquí, pues.

Los chambelanes obligaron a Gonzaga a ejecutar el sala'am. Le arrastraron hasta el centro de la cámara, donde una vez más le agacharon a la fuerza la cabeza hasta que tocó el suelo. Tras acercarlo al trono, volvieron a llevar su frente al nivel de la gruesa alfombra, por tercera vez.

-¿Ha traído el perro su tributo? -interrogó el visir al intérprete.

-Cuatro quesos, gran señor.

-Guardadlos en el cuarto del tesoro junto con los otros presentes -indicó el visir.

Se obligó de nuevo al embajador del Ilustre Señorío de Venecia a tocar el suelo. Le colocaron una vez más en postura de acatamiento y luego se le impulsó fuera del Arzodari, a un antepatio donde los chambelanes le soltaron.

Gonzaga se estremecía de rabia. A duras penas le era posible articular las palabras.

-¡Qué... qué significa esto...! ¡Humillarme así...! ¡No me he dirigido al sultán!

-Es que no podéis hablar directamente con el sultán -explicó el intérprete, a todas luces desconcertado-. Ahora vamos al Diván. Podéis dirigir vuestras súplicas al gran visir y al Consejo.

Gonzaga se le quedó mirando como si el intérprete se hubiera vuelto loco. Después dio media vuelta y se alejó dando furiosas zancadas.

Pera

-¡Es una humillación! ¡Venimos en son de paz y nos escupen! ¿Cómo se atreven a tratarnos así?

Dos días después de que el sultán le hubiese honrado al recibirle en audiencia, el embajador del Ilustre Señorío de Venecia aún seguía estremecido. Para aplacarle, Ludovici le escanció vino de la garrafa de cristal.

-A todos los embajadores se les trata igual. Desde que un noble serbio asesinó a Murat I.

-¡Ni siquiera tuve oportunidad de hablarle en persona! ¿Quién se cree que es? ¡Soy miembro del *Consiglio di Dieci!*

-Él es el Señor de la Vida, el emperador de dos mundos, hacedor de reyes y dueño de las gargantas de los hombres... eso es lo que se cree que es, excelencia -dijo Ludovici, disimulando como pudo el placer que le producía la humillación de Gonzaga-. Aparte de que todas las decisiones sobre política exterior las toma el gran visir. Solimán se limitará luego a ratificarlas o no, según le parezca. Nunca negocia directamente. Sería rebajarse demasiado.

-¡Rebajarse!

Estaban en el salón del palacio de Ludovici. Éste lo consideraba adecuadamente impresionante. Lo bastante impresionante como para tratar con Gonzaga en igualdad de condiciones, más o menos. Estaba amueblado con una larga y pulida mesa de madera de castaño y sillas talladas, tapizadas de damasco carmesí. En la pared colgaban diversos espejos venecianos, situados de forma estratégica para permitir a Ludovici examinar a sus invitados desde distintos ángulos.

No conoces el verdadero significado de la humillación, pensó Ludovici. ¿Podrías imaginar alguna vez lo que ha sufrido Abbás?

-Si los juzgáis desde nuestro punto de vista, es imposible que comprendáis a los turcos -dijo Ludovici-. Todo su sistema está montado en torno a una jerarquía rígida. Para su mente, el sultán no tiene igual en el mundo entero. Ni siquiera el emperador de Roma... o el dux puede equiparársele.

Tras soltar un resoplido de desdén, Gonzaga se bebió el vino.

-El sultán es el único que alcanza su rango en virtud del nacimiento -prosiguió Ludovici-. Todos los demás ascienden mediante sus propios méritos y aptitudes. Incluso los hay que ni siquiera nacieron musulmanes. El último gran visir, Ibrahim, era hijo de un pescador griego. Tienen un sistema que se llama «dervichado». Toman a hombres y mujeres de familias no musulmanas y los entrenan para que formen parte del *kullar*: la familia esclava del sultán. Entre los hombres, el dotado de competencia y capacidad puede ir ascendiendo de categoría hasta llegar a convertirse en un gran pachá. Los que poseen más músculo que cerebro se alistan en las filas de los jenízaros. Los miembros de esas tropas de elite a las que tanto tememos y que han conquistado media Europa para los turcos, ¡son todos cristianos de nacimiento! En cuanto a las mujeres, la madre de un sultán puede haber venido al mundo como hija de un campesino circasiano. El sistema es eminentemente justo.

-Comprendo a la perfección lo que dices –refunfuñó Gonzaga-. Pero quizá la amargura personal templa tu admiración.

Ludovici concedió ese punto inclinando la cabeza.

-Sin embargo, vuestra excelencia debe admitir que, aunque los turcos combatan al infiel (así nos llaman) con todos los medios de que disponen, en ninguna otra parte del mundo puede el hombre practicar su religión con tanta libertad como puede hacerlo en el imperio osmanlí. Incluso cuando guerrean con vos.., con nosotros..., a quienes vivimos en Pera se nos permite practicar en paz nuestro catolicismo. Ahí abajo, en Galata, encontraréis a judíos, musulmanes y cristianos trabajando codo con codo, mientras que en Roma todavía quieren empalar a los luteranos.

-¿Para eso me has pedido que viniera, Ludovici? ¿Para cantarme las virtudes del sultán? ¿Acaso tienen intención de convertirte al islam?

-Continúo siendo un súbdito leal de *La Serenissima*. Lo único que sucede, excelencia, es que llevo largo tiempo viviendo aquí. Y creo comprender un poco sus reglas.

-Gracias por la conferencia -agradeció Gonzaga en tono sarcástico-. Ha sido muy instructiva.

-No era ése mi propósito al invitaros.

-¿Y bien?

Gonzaga apuró su vino y se sirvió otra copa.

-Tengo entendido que vuestras negociaciones con Lúfti Pachá no han ido muy bien.

Enrojeció de nuevo el semblante de Gonzaga.

-¡Ese impertinente hombrecillo quiere que le paguemos tributo y le cedamos la isla de Chipre! ¡A continuación querrá utilizar San Marcos como palacio de verano!

-¿Podemos rechazar sus demandas?

Gonzaga se le quedó mirando, con el rostro contraído y la expresión ponzoñosa.

-Desde Prevezo, el turco ha dominado el Mediterráneo, como sabes. Sin rutas comerciales ininterrumpidas, nuestra república se hundirá en el Adriático. ¡Gracias a tu bien ilustrado turco!

-Puede haber otro modo de arreglarlo, excelencia.

-Te escucho.

-Como me parece que no ignoráis, mis actividades no siempre se ciñen a la estricta legalidad..., al menos con respecto a la ley osmanlí.

-Lo sospechábamos.

-Cosa que me ha conducido a ciertas conexiones influyentes. Tales conexiones pueden resultar ahora de alguna utilidad a *La Serenissima.*

-¿Cómo?

-Es cierto que admiro a los turcos, pero quiero más a mi patria. Tal vez, si vos abandonáis vuestras negociaciones con el sultán, me sea posible concertaros una entrevista con el almirante turco, Dragut.

-¡Dragut!

-No es más que un pirata, como sabéis. Se vende al mejor postor. *Ecco*, si Venecia debe pagar tributo por el uso de las rutas marítimas, estoy seguro de que Dragut sería menos irrazonable en sus exigencias que el gran visir.

Gonzaga vació la copa y observó a Ludovici con expresión pensativa.

-Bueno, mi renegado comerciante, acaso tengas razon. Después de todo, tal vez le sirvas de algo a la República.

-Me alegro de que opinéis así -dijo Ludovici.

Julia espiaba la conversación desde las sombras de lo alto de la escalera. ¡Su padre! Era como mirar a un completo desconocido. Parecía más canoso y más bajo de lo que lo recordaba. Tal vez fuese la edad. Habían transcurrido casi doce años desde que lo viera por última vez. En apariencia, su rostro estaba más delgado, las arrugas en torno a la boca eran más profundas y las comisuras daban la impresión de dibujar de manera permanente una sonrisa burlona.

Pero su voz puso un escalofrío en el estómago de Julia. Llevó a su memoria recuerdos de fríos pasillos de mármol, de deprimentes y silenciosas comidas en presencia de aquel hombre, de Biblias negras y polvorientas, de represión, de reproches.

Experimentó lo que sin duda podía experimentar un presidiario al encontrar en la calle a su viejo carcelero.

Escudriñó su alma en busca de alguna sombra de afecto, pero allí no encontró nada más que el sombrío horror de su antigna existencia. La sacudió un súbito ramalazo de gratitud hacia Ludovici y lo que le había proporcionado.

Y recordó a Abbás.

¡Abbás!

Estambul

Desde las ventanas del palacio de Abdul Sahine Pachá se podía disfrutar de espléndidas vistas de la gran cúpula del Aya Sofia y del Firuz Aga Camii. En los días claros y luminosos del verano también podía verse a los delfines que jugueteaban en al mar de Mármara.

Sirhane disponía ahora de su propio hammam, de paredes de mármol con friso de fina cerámica de Iznik, realzadas por un versículo del Corán en blancos caracteres sala que cubrían toda la circunferencia de la sala. La luz que entraba por la cúpula del abovedado techo se difundía a través de las espirales del vapor.

Julia estaba sentada en el borde del baño, mientras Sirhane cogía un pequeño cántaro de barro y se echaba en la mano un poco del aceite perfumado que contenía. Empezó a aplicarlo, en forma de masaje, sobre el cuello y los hombros de Julia.

-Estás tensa. ¿Qué ocurre?

Julia levantó la cabeza.

-¿Te acuerdas de tu padre?

-Claro que me acuerdo.

-¿Cuántos años tenias cuando te cogieron para el dervichado?

-Quince.

-¿Lloraste?

-Toda una semana. ¿Por qué?

-Cuéntame.

-Eramos granjeros. Mi padre tenía una oveja y algunas cabras. También cultivábamos girasoles y un poco de grano. Mi padre era un hombre bueno, pero tenía muchos años cuando me fui. Lo más probable es que haya muerto ya. Mi madre también. Yo tenía diez hermanos. Los echo de menos a todos. ¿Pero de qué sirve darle vueltas a eso? Si continuara con ellos, seguramente estaría manejando un arado o recogiendo girasoles y no viviría en un palacio estupendo, rodeada de mi propia servidumbre.

-¿Pero todavía le quieres?

-¿A mi padre? -Julia volvió la cabeza. La pregunta parecía haber desconcertado a Sirhane-. Claro que si. -Los dedos de Sirhane apretaron con energía los músculos del cuello de Julia, como si a base de fuerza física pudiera eliminar la tensión-. Por favor, Julia, ¿qué es lo que ocurre?

-Sirhane, Sirhane. Temo por la salvación de mi alma.

-¿Cómo?

-Hay en mi algo malvado. Lo presiento.

Sirhane se echó a reír, pero luego comprendió que Julia hablaba en serio. Le pasó los brazos por los hombros y la apretó contra si.

-¿A qué vienen esas tonterías? Primero me preguntas por mi padre y luego me dices que eres mala...

-Hay muchas cosas acerca de mí misma que no entiendo. ¿Por qué no puedo amar a un hombre? ¿Por qué prefiero tu compañía a la de mi esposo?

Sirhane dio media vuelta para quedar frente a Julia.

-Eso no tiene nada de malo.

-Claro que si.

-No hacemos daño a nadie. Una mujer no puede violar a otra.

-¿Qué es, entonces? ¿El amor es sólo cuestión de semen?

-Julia...

-Sé que él me quiere. Sé que desea que yo le ame. Le traiciono cada vez que te veo.

-Nos confortamos la una a la otra. No es lo mismo que hacer el amor con un hombre.

-¿Porque tú no puedes poseerme como es debido, como lo puede hacer un hombre? ¿No nos poseemos la una a la otra, pues?

-Julia, ¿a qué viene todo esto?

Julia suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de la otra mujer. Notó contra su mejilla la aspereza de la gasa que cubría a su compañera. Dejó que Sirhane la acunara.

-Si sabes que algo terrible va a sucederle a alguien y no haces nada para impedirlo..., ¿está mal?

Notó que el cuerpo de Sirhane se ponía rígido.

-Debes contarme lo que está pasando, Julia.

-Contesta a mi pregunta.

-... Depende -silabeó Sirhane con cautela-. ¿Esa persona ha hecho algo malo?

-Sí… oh, si.

-¿Y su castigo lo ratifica la ley?

Julia no contestó y Sirhane se abstuvo de apremiarla para que respondiese. Preguntó, en cambio:

-¿Qué ocurrirá, si guardas silencio?

-Alguien morirá.

-¿Y si no?

-Una persona culpable quedará sin castigo.

Sirhane la oprimió más contra su cuerpo.

-¿Quieres a esa persona?

¿Quién es?, se preguntó en silencio Sirhane. ¿Es Ludovici?… ¿Soy yo?

-Debería quererla. Pero no puedo. Hay algo malo dentro de mí.

-No, Julia -murmuró Sirhane-. No hay nada malo. Eres buena, eres afectuosa. Ningún auténtico paraíso te cerraría sus puertas.

No, pensó Julia. No soy buena, no soy afectuosa. He cometido actos vergonzosos con otra mujer y con un castrado. Reniego de mi propio padre. Mi confesor me enseñó que las virtudes del verdadero cristiano son la castidad y el perdón. Me he sumergido en la carne y en la venganza. Y ya ni siquiera intento luchar contra ello.

Mi padre.

¡Abbás!

Maldito Antonio Gonzaga. Le vería en el infierno.

Hundió la cara en el regazo de Sirhane y puso los brazos por encima de la cabeza, al tiempo que arqueaba el cuerpo en gesto de entrega.

-Amame, Sirhane. Dime que todo está bien. Necesito que me digas que todo saldrá bien.

Pera

A Gonzaga le pareció natural que de su encuentro con Dragut tuvieran noticia el menor número de personas posible, de modo que tan sólo informó por anticipado de sus intenciones al juez. Y omitió el papel desempeñado por Ludovici en el arreglo. El comerciante tenía demasiado que perder como para permitir que las negociaciones fracasasen, y Gonzaga estaba dispuesto a protegerle…, mientras continuara resultándole útil.

Aquella tarde habían enviado a la residencia del juez un mensajero con una carta lacrada para Gonzaga. En la misiva se le informaba de que Dragut estaría en el galeón Barbarosa, amarrado por entonces en Galata. Gonzaga podría entrevistarse con él allí, poco después de medianoche. A la cita debía acudir solo.

Por la noche, Gonzaga salió de la residencia del juez, en un carruaje. El vehículo traqueteó a través del patio y descendió colina abajo, para adentrarse en el tenebroso corazón de Galata.

El juez despidió a Gonzaga agitando el brazo y le deseó suerte.

Galata

Un resplandor rosado iluminaba el cielo desde las fundiciones y proyectaba una tenue claridad coralina sobre los muelles desiertos. De pronto, un carruaje rodó con estruendo por el *yokush* y avanzó hasta el extremo de una calleja empinada, cuya cuesta abajo concluía dentro del

puerto. Desde la negrura de las sombras, Abbás vio apearse a un hombre. El cochero le tendió una lámpara encendida y el hombre -Abbás reconoció las vestiduras y la bareta de un togado- se alejó hacia el embarcadero.

Pasó a menos de cinco metros del quicio de la puerta donde permanecía Abbás y, al resplandor de la lámpara, el eunuco pudo distinguir con toda claridad las facciones del hombre. Un decenio retrocedió de golpe en su imaginación y Abbás se vio en la hedionda bodega del galeón: sintió cómo le subía al olfato la fetidez nauseabunda de su propia sangre y le resultó imposible evitar que volvieran a repetirse en su memoria las imágenes que durante tanto tiempo había mantenido condenadas fuera del cerebro.

Fueron tres, el que manejaba el cuchillo y dos ayudantes. Doce años después, Abbás los recordaba con meridiana claridad, sus rostros, sus voces, todos los detalles, hasta el más nimio. Recordaba la llamativa mancha de nacimiento que el individuo del cuchillo tenía en la frente, donde empezaba el pelo; a la claridad del farol, tenía todo el aspecto de una enorme pasa. Recordaba también al hombre que le mantuvo sujeto por los hombros y el racimo de espinillas que moteaban los pliegues de las fosas nasales. El individuo que le inmovilizó las piernas se estaba quedando calvo y la cúpula de su cráneo brillaba como un espejo al reflejar las claridades de la lámpara. La fiebre y el pánico hicieron pensar a Abbás que aquel brillo iba a cegarle.

El del cuchillo tenía una voz anormalmente aguda, parecida a la de un niño de coro. No paraba de reírse. Como si aquello fuese una broma.

Le habían atado una venda blanca alrededor de la parte inferior del vientre y los muslos, para contener en lo posible la hemorragia. Les costó bastante tiempo, porque él no cesaba de retorcerse y patalear. El carnicero le maldijo, pero se abstuvo de golpearle y Abbás comprendió después que lo que deseaba era agotarle. Luego le bañaron el pene y los testículos con hirviente agua de pimienta. Chilló ante aquel dolor que le abrasaba la piel y el del cuchillo soltó otra carcajada y le dijo que, en cuanto los hubiesen retirado de donde estaban, iban a sumergir aquellos atributos en agua fría, en honor suyo.

Abbás forcejeó, se retorció y luchó con todas sus fuerzas. Gritó, suplicó y lloró. Recordaba con humillación, incluso ahora, que sollozaba como un niño pequeño, que les imploró que dijesen cuánto dinero querían por dejarle en paz.

La risa del carnicero aumentó de volumen, a la vez que sacaba del cinto el curvado cuchillo.

Era imposible rememorar aquel dolor, el verdadero efecto físico, pero si podía experimentar de nuevo, a voluntad, la misma sensación de miedo, desesperanza e impotencia. El recuerdo inundaba su ser de un sufrimiento tan espantoso que a veces, tendido en la cama, se pasaba la noche gimiendo y agitando las piernas.

Recordaba que chilló tan fuerte que luego no pudo hablar durante semanas. Cuando le cauterizaron la herida con pez hirviendo vomitó y se desmayó.

Cuando recuperó el conocimiento todavía estaban vendándole la herida con papel previamente saturado de agua fría. Colocaron una espita en una abertura del vendaje para controlar el flujo de la orina y de la sangre.

Recordaba que había sido físicamente incapaz de interrumpir sus gritos, aunque aquellos chillidos parecían salir de algún punto fuera de su

persona. En su interior, otra voz se manifestaba con absoluta calma y le decía que pronto iba a desangrarse hasta morir y acabar de una vez.

Los ayudantes del sujeto del cuchillo tiraron de él, le pusieron vertical y empezaron a pasearle por la bodega. Una vuelta por el recinto le llevó hasta la colgante cabeza azulada de la signora Cavalcanti, los inmóviles ojos sin vida de Bartolomeo, el charco de aguas fecales teñidas de sangre, un rollo de cuerda embreada, unas cuantas arpilleras y un torno de cable roto. Y a empezar de nuevo el circuito.

La suspendida cabeza azul de la signora Cavalcanti... La mirada fija de los ojos muertos de Bartolomeo... el laguna rojo rosado de aguas fecales...

Recorrieron aquella estancia durante lo que le parecieron días y días, aunque probablemente sólo se tratara de unas horas. Lo que de veras le horrorizaba era el hecho de que aquellos hombres le hablaban sin parar, como si tratasen de animarle, aludiendo a otras operaciones que habían presenciado y asegurándole que todo acabaría bien y que no debía entregarse a la desesperación. Era como si fuesen amigos suyos, médicos suyos. Parecían haberse divorciado por completo de la realidad de lo que acababan de hacer.

Y lo que fue peor, Abbás se dio cuenta de que el odio que le inspiraban iba desvaneciéndose. Sollozó y les dio las gracias cuando, al final, le dejaron en el suelo, medio loco de dolor y sólo semiinconsciente.

No tenía idea de cuánto tiempo permaneció tendido allí. Alguien encendió fuego dentro de él y empezó a arder de fiebre. Pero no estaban dispuestos a permitirle beber y la lengua se le hinchó en la boca hasta que estuvo a punto de asfixiarse, se le agrietaron los labios y no podía hablar. El tiempo dejó de tener significado. Pasó sin esfuerzo de la consciencia a la negrura, como si dormitase en la cama antes de levantarse y la realidad y el sueño se fundieran en un montaje a base de imágenes de pesadilla. Y cada vez que se despertaba volvía a rezar para que la oscuridad le envolviese de nuevo.

Un día, los dos hombres volvieron a la bodega y se agacharon para examinarle la herida. Al retirar la espita, un chorro de orina salió disparado a través de la pieza como si se tratara de una fuente.

-Bien hecho. -Le sonrió uno de los hombres, al tiempo que le daba unas palmaditas en el hombro-. Vas a recuperarte del todo.

¿Recuperarme?, pensó él después. ¿Del todo? ¿Qué significaba «recuperarse del todo»? Unas semanas después, le vendieron en el mercado de Argel. De allí lo trasladaron al serralío, para sufrir en glorioso esplendor, para que viviera el resto de sus días como un espantajo atormentado por su incapacidad. Saber que estaba rodeado de otros monstruos como él no le servía de ningún consuelo.

La mayoría de los demás eunucos al menos nunca habían llegado a conocer la madurez sexual. En cierto modo, los envidiaba. Pocos eran los días en que no envidiaba a nadie. Y no pasaba día en que no maldijera el nombre de Antonio Gonzaga.

El recuerdo de aquellas jornadas pasó a toda velocidad, en cuestión de segundos; a continuación, Gonzaga desapareció y lo único visible en el desierto embarcadero, mientras Abbás se encaminaba hacia el Barbarossa, era la claridad de la lámpara. La silueta del galeón se recortaba contra el ígneo resplandor del arsenal de Top Hane. Otras sombras se pusieron en

movimiento en otros umbrales próximos. El repiqueteo metálico de los martillos y el rugido de las fundiciones engulló el rumor de los pasos.

Abbás salió del quicio del portal y anduvo hacia el oscilante farol.

Había esperado demasiado tiempo aquel instante.

Pera

Julia se arrodilló en su capilla privada y clavó la mirada en el crucifijo colgado encima del altar. Había ido allí para rezar pidiendo perdón, absolución y fortaleza que le permitiese combatir su debilidad. Pero, en cambio, sólo sentía rabia.

¿Qué clase de Dios pemitiria tal desgracia? ¿Qué clase de Dios dejaría que Abbás sufriese tanto y Gonzaga prosperase de aquella manera?

El Dios de su padre. El Dios vengativo, tétrico y masculino de su padre.

Se puso en pie. Buscaría consuelo en cualquier otro sitio.

Galata

Gonzaga presintió el movimiento que se producía a su espalda antes de oír los pasos. Al no recelar peligro alguno, no experimentó alarma. Volvió la cabeza y escudriñó las sombras.

-Che Xié?

No obtuvo respuesta.

Pero allí había alguien, estaba seguro. De tratarse de alguno de los hombres de Dragut, lo más probable era que se hubiese dado a conocer. Dio media vuelta y echó a correr hacia la pasarela del Barbarossa.

El galeón estaba desierto. Las luces del palo mayor y del palo de trinquete producían sombras alargadas sobre la cubierta vacía. Abajo no había centinela nocturno alguno ni se oía el menor ruido.

El primer hormigueo del miedo serpenteó por el ánimo de Gonzaga.

Le llegó un sonido de las negruras del embarcadero y giró en redondo.

-¿Quién va?

Desenvainó la espada y se maldijo por haberse dejado convencer para acudir solo a aquel lugar. Si, sin duda allí había alguien.

Emprendió la carrera.

De pronto, cuatro figuras surgieron entre las sombras y le bloquearon el camino. Dio media vuelta y corrió en la otra dirección.

Otras cuatro siluetas salieron de las tinieblas de los almacenes y se materializaron. *Corpo di Dio!* ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? Trató de recobrar la compostura. Sin duda, eran hombres de Dragut. Al fin y al cabo, le esperaban. No tenía nada que temer.

-¿Quién de vosotros es Dragut?

Incluso en sus propios oídos la voz le sonó aguda.

-Dragut no está aquí -respondió una voz de falsete, en impecable dialecto veneciano.

Por el León de San Marcos, ¿qué estaba ocurriendo?

-¿Entonces dónde está? ¡Exijo verle!

-No me extrañaría que estuviera emborrachándose en Uskudar -habló de nuevo la voz-. Ahora, soltad la espada o nos veremos obligados a arrancárosla de la mano.

Gonzaga oyó el rumor de los aceros al salir de la vaina.

Emitió un gemido de miedo y soltó la espada, que resonó contra los adoquines del suelo, a sus pies. Dejó caer también la lámpara de aceite y salió a la carrera.

Al instante, dos sombras se materializaron de la nada y le sujetaron por los brazos. Pataleó y chilló, dominado por el pánico. Uno de los hombres se echó a reír.

-Atadle -ordenó la voz de falsete.

Eran por lo menos media docena. Manos rudas le aplastaron contra el apestoso barro, le inmovilizaron las manos a la espalda y le ligaron las muñecas con soga de cáñamo. Empezó a gritar pidiendo ayuda, pero en seguida le introdujeron un trapo sucio en la boca, interrumpiendo en seco sus protestas. Uno de aquellos individuos soltó la pierna y la puntera de la bota fue a estrellarse contra la espalda de Gonzaga.

Alguien recogió la lámpara de aceite que había soltado y se le acercó. Gonzaga se encontró mirando al hombre más feo que viera en toda su vida, un moro viejo y tuerto, con la mitad del rostro mutilado a causa de alguna vieja herida. Al resplandor del candil, parecía un diablo salido del infierno.

-Antonio Gonzaga -dijo el hombre. ¡Así que era el de la voz de falsete!-. ¿No os acordáis de mi?

¿Acordarse de él? A Gonzaga la cabeza empezó a darle vueltas. ¿Qué quería decir?

Levantó la mirada, entornados los párpados, hacia aquella aparición de la penumbra e intentó ver mejor al que le atormentaba. Si, desde luego era un moro, pero no escoria de los muelles, como los otros.

Llevaba una pelliza forrada de piel de marta cebellina, con adornos de nácar y plata, y calzaba botas de cuero amarillas. De su oreja derecha colgaba una gran perla.

¿Quién era? ¿Qué quería?

El hombre se agachó junto a él y se acercó más la lámpara a su rostro horriblemente desfigurado. Sacó de la boca de Gonzaga el trapo empapado.

-¿De verdad no me conocéis?

-¡Claro que no os conozco! ¡No os he visto en la vida!

-No, en la vida me habéis visto. Tenéis razón. Pero me conocisteis. Y yo conocí a vuestra hija.

-¡Mi hija ha muerto! ¡La asesinaron unos piratas!

-Puede.

-¿Quién sois? *Corpo di Dio*, ¡decidme qué queréis!

-¿Que qué quiero? Quiero que recordéis. Quiero que recordéis a vuestra hija, la criatura más bella que jamás vi, que nunca veré. Quiero que vuestra memoria retroceda doce años y que recordéis al hijo del capitán general de las tropas...

Los ojos de Gonzaga se desorbitaron al reconocerle de pronto -de nombre, si no por la cara- y gimió, boquiabierto.

-Ah, sí, ya veo que ahora me recordáis. En lo que a mi se refiere, nunca he olvidado. ¿Cómo podía olvidar? ¡Después de lo que ordenasteis a vuestros matones que me hicieran! –Se irguió-. ¡Llevadlo a bordo!

Gonzaga prorrumpió en gritos, pero uno de los esbirros se apresuró a meterle otra vez el trapo en la boca. Lo levantaron sin gran esfuerzo -cogido por las muñecas y los tobillos, como un cerdo-, lo subieron a bordo del *Barbarossa* y lo metieron en una de las bodegas.

Justicia perfecta, pensó Abbás.

Así empezó para mí.

Abbás colgó la lámpara de un gancho clavado en uno de los baos y se apoyó en la amurada, mientras los hombres depositaban el gimoteador cargamento en un charco de brea y agua de mar, a sus pies. El prisionero parecía suplicar a los que le llevaban, pero la mordaza sofocaba todos los sonidos que pudiera producir. A causa del terror, tenía los ojos muy abiertos, como si estuviesen a punto de salirsele de las órbitas.

Abbás aguardó hasta que estuvieron solos. Entonces advirtió:

-Os quitaré la mordaza. Pero si alzáis la voz, volveré a ponérosla. ¿Está claro?

Gonzaga asintió con la cabeza, con expresión desesperada.

-Vamos allá.

Quitó el trapo de la boca de Gonzaga y las palabras brotaron burbujeantes y torrenciales, como si quitaran el tapón de un barril de vino.

-No sé lo que os hicieron, lo juro. Sólo les ordené que os propinasen una paliza, para desanimaros, eso fue todo. Si os lesioné, os juro que no tuve intención de hacerlo. Soy rico, tengo mucho que ofreceros, soy consi...

Abbás volvió a introducirle la mordaza en la boca. Continuaron los sonidos resollantes que emitía Gonzaga en su intento de súplica. Como un perro que vomitara el desayuno, pensó Abbás.

Sin embargo, lo entiendo. También yo imploré así aquella vez.

-Debería haberlo sabido -dijo Abbás-. Debería haber comprendido que todo cuanto oiría de vos serian mentiras y vanaglorias. ¿Qué podéis ofrecerme, consiliario? ¿Dinero? Tengo más del que nunca necesitaré. El sultán y su señora pagan todos mis gastos. Tengo ropas de gala y más diamantes de los que cabrían en vuestros hondos bolsillos. No, lo que deseo, más que ninguna otra cosa, es algo que se le concede a todo hombre al nacer. Vos me lo quitasteis. Y no podéis devolvérmelo.

Abbás sacó un corto *killig* del fajín que llevaba a la cintura. Lo sostuvo pegado a la cara de Gonzaga y le dio la vuelta despacio, de forma que la luz de la lámpara se reflejase en la hoja.

-Mirad esto, excelencia. Un instrumento de lo más simple. Con él se puede cortar el pan o destrozar la vida de un hombre. Depende de la intención. ¿Cuál es mi intención, excelencia? ¿Podéis suponerla?

Con sorprendente celeridad, levantó los faldones de la vestidura de Gonzaga, dejando al aire los muslos y la parte inferior del vientre. Agarró los testículos del veneciano, los sostuvo en el puño y apretó.

Gonzaga se puso rígido y un chillido agudo logró, no se sabe cómo, escapar de la mordaza. El color de la sangre cubrió su rostro y los vasos capilares de las mejillas y de la nariz destacaron lívidos sobre la palidez mortal de la piel.

-¿Podéis imaginar lo que es, excelencia? ¿Podéis imaginar por un momento qué sería?

Gonzaga sollozó, apretó los párpados y movió con frenesí la cabeza como si tratase de liberarla de un dogal. Abbás le observó, entregado al recuerdo. De súbito, se incoporó y se dejó caer contra la amurada. Volvió a poner el cuchillo en el fajín de la cintura.

-No, consigliatore, un horror así no se lo desearía ni a mi peor enemigo. Ni siquiera a vos, consiliario. Ni siquiera a vos. No podría ensuciar mi alma con semejante pecado.

Todo el vigor parecía haber desaparecido del cuerpo de Gonzaga. Rodó para quedar de lado, dobló las rodillas contra el pecho. Se echó a llorar.

-Seré misericordioso con vos, excelencia. Incluso os concederé la vida, tal como la merecéis. Para que podáis saborear hasta el último segundo de la que os queda. Por la mañana, Dragut zarpará con sus bajeles rumbo a Argel. Le he dado instrucciones para que os venda como galeote en el mercado de esclavos. Tenéis muchos años por delante, consiliario.

Muchos años felices, aherrojado al banco, hundido en vuestra propia inmundicia, dándole a los remos durante dieciocho horas al día. Hay hombres que sobreviven cinco y hasta diez años sometidos a ese tormento, antes de que las fuerzas les abandonen.

Abbás abrió la puerta de la bodega.

-Si hubieseis tenido conmigo una deferencia igual..., para mi habría sido algo realmente humano, ¡en comparación con el futuro que optasteis por brindarme! ¡Id con Dios, excelencia!

Lanzó una última mirada al embajador del Ilustre Señorío de Venecia, cogió la lámpara colgada del gancho y dejó a Antonio Gonzaga sumido en la oscuridad y en sus sueños.

Pera

Cuando Ludovici regresó, la luna había descendido hasta quedar oculta tras las siete colinas. Julia todavía estaba despierta. Permanecía sentada junto a la ventana, con la vista proyectada sobre las aguas del Cuerno, hacia la ciudad.

Ludovici se detuvo a su espalda y apoyó una mano en el hombro de Julia.

-Hecho está -murmuró.

Notó la presión de los dedos de Julia a guisa de respuesta, pero la mujer no dijo nada. Al cabo de un momento, Ludovici la dejó allí y se fue a la cama, a sabiendas de que no podría dormir.

Eski Saraya

Abbás seleccionó su llave del centenar de ellas que colmaban el enorme llavero sujeto a su fajín. El *kapi aga* era el último de los eunucos blancos al que se le confiaba la responsabilidad de las llaves. Al menos, pensaba Abbás, el sultán estaba seguro de que a un castrado podía confiársele de un modo absoluto esa responsabilidad.

Se derrumbó en su minúscula colchoneta. El gato saltó sobre su regazo, ronroneante, y Abbás le acarició con ademán distraído, enfocada la atención en alguna sombra del fondo de su mente. Se quitó el turbante y se cogió la cabeza entre las manos.

Se dijo que el sabor de la venganza no era dulce. Simplemente sustituía una emoción por otra; el odio lo cambiaba por amargura, la ira, por nostalgia. Ya no tenía un sueño de venganza al que aferrarse, sólo el dolor del recuerdo. Las cuentas se habían ajustado; tenía que pasarse el resto de su vida lidiando con el precio que se había visto obligado a pagar. Nada podría cambiar el hecho consumado.

Nada.

Los rayos de la media luna rielaban como escarcha sobre las cúpulas y alminares del harén, para conferir luego un aura fantasmal a los plátanos y cipreses que se alzaban como centinelas en los patios.

Los eunucos de guardia ante las puertas con adornos de hierro parecían estatuas talladas en caoba. Muy por encima de ellos, desde otras tantas altas ventanas, dos pares de ojos contemplaban las apiñadas y lúgubres casas de la ciudad.

Una de las miradas iba más allá de los impenetrables horizontes negros para llegar a las hierbas ondulantes de las estepas de Georgia; la del otro par de ojos se dirigía a los canales salpicados de sol de *La Serenissima*. Ambos evocaban a hermanos o amantes, góndolas o blancos caballos salvajes y agonías de pérdidas que todavía abrasaban el alma como hierros candentes, mientras el sueño, desterrado, se negaba a aparecer. Abbás y Húrrem, esclavizados por la mutilación y la belleza, se pasaban la noche en blanco, de un lado para otro, erosionado el espíritu por la amargura y la frustración, cada uno de ellos en su diminuto puesto avanzado que el infierno había establecido en el paraíso terrestre de un hombre.

OCTAVA PARTE

La ventana peligrosa

Topkapi Saraya, 1553

Durante un decenio, la espada del verdugo estuvo suspendida sobre sus hijos. Ni siquiera el rey de reyes podía hacer nada para que, una vez expirase, sus propios hijos quedaran protegidos de la muerte, ya que el mismo bisabuelo del sultán, el Fatih, conquistador de Estambul, había decretado el sanguinario *kanun*:

El ulema ha declarado admisible que cualquiera de mis ilustres hijos y nietos que accedan al trono puedan ordenar con el fin de asegurar la paz del mundo, la ejecución de sus hermanos. Por lo tanto, se les permite actuar en consecuencia.

Al prolongarse sus años de reinado, cuando la edad y la duda empezaron a corroer a Solimán, las consecuencias de su propia condición mortal le obsesionaron con creciente pujanza. Es nuestra debilidad, había llegado a concluir. Nunca seremos un gran pueblo, a menos que se proscriba ese derramamiento de sangre.

Había empezado varios años atrás. Una noche, Húrrem le planteó el problema, expresando por primera vez en voz alta su inquietud.

-Tengo miedo -le había musitado a Solimán mientras yacía en sus brazos.

-¿Miedo? ¿De qué, pequeña ruselana?

-No por mi. Por mis hijos.

-No tienes nada que temer.

Ella descansó la cabeza sobre el liso pecho desnudo.

-Mi señor, cuando muráis (¡ojalá que nunca amanezca ese día!), la vida ya no merecerá la pena para mí, así que nada temo. Pero cuando Mustafá asuma la corona, el *kanun* del Fatih dice que puede desembarazarse de todos sus hermanos para asegurarse el trono...

-Hemos superado ya la barbarie. No volverá a ocurrir.

-Ah, mi señor, no temo a Mustafá. Tiene un corazón de oro y se ha mostrado bondadoso con todos mis hijos, incluido el pobre Qehangir.

-¿Entonces?

-Mi señor, temo a quienes estén a su alrededor durante su período de inexperiencia en el trono, antes de que descubra su propia autoridad. Sabemos que Mustafá será sultán, ¿pero quién será su visir? ¿Un eunuco reseco como Ahmed Pachá mostraría compasión por el pobre Qehangir? ¿Adivinarían los astrólogos de la Casa del Tiempo los planes que pudiera tramar el *agá* de los jenízaros contra Selim, porque éste no sabe montar a caballo? ¿Qué trampas podría tender un pachá celoso a Bayaceto, porque éste es tan hábil? Los jenízaros y el Diván están pendientes de toda palabra y de todo acto de Mustafá, como perros hambrientos al acecho de cualquier sobra. Eso es lo que me hace tener miedo.

Solimán aumentó la presión de su abrazo. Pobre Húrrem. Tenía razón. Cuando él muriese, tanto ella como sus hijos quedarían sin protección. Selim y Bayaceto, desde luego, dispondrían de sus oportunidades, como las tuvo él. ¿Pero qué seria de un pobre tullido, como Qehangir? Mustafá ya había dado su palabra a Solimán y, sin embargo...

Con todo el poder que tenía ahora, más allá de la tumba se encontraría impotente.

Debía confiar en la nobleza de Mustafá. El muchacho no era ningún carnicero, como Selim el Cruel. Solimán no le había quitado ojo durante la infancia y la juventud. Era tan leal como justo y valeroso. En él no había astucia ni maldad. Era la buena mano, la mano a la que traspasar la bandera de Mahoma.

-Es un hombre justo, pequeña ruselana.

-Su madre vive todavía. Y me odia.

Si, ¡Gúlbehar! Llevaba diez años en Manisa, dándole vueltas en la cabeza a los desaires sufridos. Cuando él, Solimán, falleciera, sería la Sultana Valida. ¿Encizañaría a Mustafá apremiándole para que invocase la ley del Fatih?

-¿Qué debería hacer?

-No morir nunca.

Sonrió en la oscuridad, halagado por la réplica de Húrrem. ¡Ah, pequeña ruselana!

-Todos moriremos. Es el camino que Dios nos ha trazado.

-Entonces rezaré para que en el Diván haya una voz que me proteja. Rústem, tal vez...

Solimán volvió a sonreír ante la sensatez de la propuesta. ¡Rústem Pachá, su yerno! Si, seguramente protegería a su esposa y a los hermanos de ésta. Todavía era joven y había demostrado su lealtad con Ibrahim.

-Mustafá no te hará ningún daño, mi pequeña ruselana. Los Osmanlí ya no se matarán unos a otros. Tienes mi palabra, Húrrem.

Pero cuando el gran visir de Solimán, Ahmed Pachá, murió de la peste, Solimán pasó por alto las leyes sucesorias y proclamó nuevo visir a su hijo político.

El hombre que nunca sonreía se convirtió en la segunda autoridad más poderosa del imperio osmanlí.

Escoltaron a Abbás, conduciéndole ante el visir. El eunuco ejecutó el correspondiente *temennah* y permitió que los pajes le ayudaran a descender su voluminosa mole hasta la alfombra. Rústem se dijo que aquel ser grotesco no era su señor; sólo repetía las palabras de alguien que si lo era. La seda púrpura de su vestido es como una tienda real, pensó Rústem. Cuando se mueve es como si un escuadrón de jenízaros se sodomizaran entre sí bajo una manta.

No permitió que el divertido placer que sentía se reflejara en su rostro. Abbás carecía de importancia. Abbás sólo era un instrumento, su canal de enlace con la voz, los oídos y el corazón del *selamlik* del sultán.

-Permitidme que extienda mi felicitación a vos por vuestra gran fortuna -saludó Abbás-. En verdad, Dios os sonríe.

Ser el visir del más importante de todos los sultanes osmanlíes es realmente una bendición casi demasiado grande para comprenderla.

El Infinito no ha tenido arte ni parte en esto, pensó Rústem. Lo único que ocurre es que poseo más astucia que todos los demás majaderos del Diván. Pensó eso, pero dijo:

-Toda la gratitud y las alabanzas han de dirigirse a El.

-Cierto. Sin embargo, mi señora me ruega que os recuerde que, aunque Dios es grande, hay ocasiones en las que es posible impulsar Su generosidad (lo mismo que Su venganza) mediante determinados agentes terrenales.

Qué lengua tan primorosa tienes, pensó Rústem. -Decid a vuestra señora que no lo olvidaré.

-Desde luego -repuso Abbás-, por eso estoy aquí. Para tratar de los múltiples modos en que vos podéis desplegar vuestra memoria.

Rústem batió palmas y sus pajes negros se alejaron a toda prisa para preparar sorbetes y halva -dulces de semillas de sésamo, nueces y miel-, mientras ellos entablaban su debate.

-¿Han llegado a vuestros oídos los rumores que circulan por los bazares, pachá? -preguntó Abbás.

-En los bazares ya no se rumorea, Abbás, como sabéis. Se dicen unos a otros, a gritos, que nuestro sultán ha perdido el apetito por la guerra.

-Hablar así es peligroso.

-En efecto. ¿Pero qué puede hacerse, Abbás? Ahora encuentra la gloria sólo en la gran tarea de reconstruir la ciudad. Pasa más tiempo con su arquitecto, Sinan, que con sus generales.

-Descuida los deberes reconocidos a Dios. Como protector de la fe está obligado a cumplir el compromiso de enarbolar la bandera de Mahoma y llevarla a los territorios de la guerra.

Me pregunto adónde conduce esta conversación, pensó Rústem. A ti y a tu señora os preocupa tanto la bandera de Mahoma como el precio de los melones en el mercado de frutas. Lo que os inquieta, claro está, es Mustafá. Todos debemos tener mucho cuidado, con un *shahzade* así, a la expectativa, ensillado el caballo y listo para cabalgar.

-¿Habéis oído esos otros rumores, los de los barracones? -preguntó.

-En Estambul, todo el mundo los ha oído. Son tantos los bulos que, juntos, suenan como el retumbar de un ejército lejano en la noche.

-Ninguno de nosotros ignora el riesgo.

Pero nadie va actuar a la ligera, pensó Rústem. Antes de tomar una decisión, el lance ha de sopesarse con sumo cuidado. Espero que tu señora se dé cuenta de eso.

Como siempre, los problemas habían empezado en Persia. De nuevo, el sha atacaba enclaves de la frontera oriental, torturaba y mataba a *muftíes,* se jactaba de sus herejías *safawíes* y se mostraba cada vez más osado e insolente, mientras Solimán redactaba poesías, dictaba leyes y planeaba mezquitas en sus *yalis* estivales de Adrianópolis y Camlica. Mientras tanto, sus jenízaros esperaban tras los muros del palacio, ávidos de acción, con una impaciencia hacia el antiguo conquistador de Rodas que no cesaba de aumentar. Aludían de forma cada vez más abierta a su adorado Mustafá, el carismático Palmario Heredero que aguardaba entre bastidores, mientras empezaban a aparecer en su barba los primeros pelos grises. Mustafá no vacilaría en acaudillarlos contra los herejes persas, afirmaban. Les proporcionaría nuevas victorias que saborear. Les procuraría la sangre, el botín y la acción por la que suspiraban.

Pero su aurora anunciaría el anochecer de otras vidas, pensó Rústem. La de Húrrem, por ejemplo. Y la mía.

En algún punto de los jardines sembrados de columnatas, una campana dio la hora.

-¿Qué quiere la señora Húrrem que haga? –preguntó Rústem.

-Sólo que recordéis dónde reside vuestra lealtad.

Lo recuerdo, pensó Rústem. Reside en mí mismo.

-Comprendo -dijo.

Solimán había vivido ya casi cincuenta y nueve años y se dio cuenta de pronto de que la edad empezaba a roerle los huesos. Sintió que la muerte se aproximaba y empezó a dedicar más y más tiempo a sus consultas al *sheyhulislam* y a la lectura del Corán.

Había contraído gota, los codos y las rodillas se le hinchaban y le dolían con frecuencia y los ataques a veces duraban una semana. También se le había desarrollado un edema, su rostro y sus tobillos estaban tumefactos y adoptó la costumbre de aplicarse colorete para disimular la palidez enfermiza de la piel. Ahora comía poco, por lo general algo de cabrito lechal, que acompañaba con sorbetes helados.

Húrrem le observaba, temerosa. Aquellas manifestaciones externas de la mortalidad de Solimán le recordaban lo frágil que eran sus vínculos con la vida.

En particular, si a Mustafá se le permitía vivir mucho más tiempo.

Húrrem había tenido paciencia hasta entonces, a la espera del momento adecuado. Ahora dudaba ya de que el tiempo continuara estando de su parte. Se apostaba junto a las ventanas del *saraya,* contemplaba la noche y las oscuras aguas del Cuerno, comprendía que era cuestión de dar con el modo de eliminar aquella amenaza y que debía hacerlo cuanto antes.

Solimán descansaba la cabeza en el halda de Húrrem con los ojos cerrados. Los insectos zumbaban en el jardín, pero en el harén reinaba una temperatura fresca, casi fría. Aunque era casi mediodía, el sol no había atravesado la enramada de los plátanos ni sobrepasado los altos muros y sólo unos rayos débiles y amarillentos se filtraban a través de las enrejadas ventanas.

-Parecéis cansado, mi señor -observó Húrrem.

-Hay tanto que hacer, pequeña ruselana, me quedan tantas cosas por acabar.

-No debéis trabajar tanto.

Pero es mi deber, pensó Solimán. Ya he delegado en Rústem y en su Diván la responsabilidad de las tareas administrativas cotidianas del imperio para poder consagrarme a la reconstrucción de la ciudad. Estambul será un testimonio de mi reinado infinitamente más valioso que Rodas, Mohacs o Buda-Pest. Cuando mi abuelo conquistó la ciudad que fuera en otro tiempo la Bizancio de Justiniano, gran parte de ella estaba desatendida y abandonada. Antes de mi muerte, la ciudad habrá superado con creces su antigua gloria; estaré en condiciones de gritar: *"Justiniano, te he aventajado!"*.

El foco principal de la reconstrucción lo constituía la edificación de mezquitas imperiales, porque cada una incluía un *kiilliye*, conjunto de instituciones de beneficencia como hospital, escuela religiosa, baños, cementerio, biblioteca y a veces hasta un hospicio y un comedor de caridad. Alrededor de esas mezquitas se levantaban con suma rapidez nuevos barrios y poblaciones.

Ya estaban concluidas la Sehzade Camii, que albergaba la tumba de Mehmet, y la Selimiye Camii, de Fener, en honor de su padre. Ahora había encargado a Sinan que iniciase las obras de la Súleymaniye, en el solar del Eski Saraya. Iba a ser su obra maestra; las grandes cúpulas y minaretes de piedra descollarían durante miles de años sobre el Cuerno y la Ciudad de las Siete Colinas.

También se había impuesto la hercúlea tarea de redactar una legislatura completa que sería el fundamento de todo gobierno futuro. Los millares de *kanun* que estaba preparando regularían los juicios y decretos del Diván y proporcionarían a los osmanlies, por primera vez, un código de leyes cabal. Se había ganado el sobrenombre de «*El kanuni",* el legislador.

Aunque no ignoraba que también se había ganado el desprecio de los jenízaros. Un día, soñaba, tampoco habría necesidad de ellos. Pero de esa labor tendría que encargarse otro.

Miró el ensombrecido cielo y la polvorienta linterna dorada encendida sobre su cabeza y fue casi como si oyera deslizarse el tiempo, alejándose de él. Rezó, pidiéndole a Dios fuerzas y horas para rematar la tarea que se había asignado a si mismo.

Húrrem le acarició la mejilla.

-¿Enfrascado en vuestros pensamientos, mi señor?

-Pensaba en lo deprisa que vuela el tiempo.

-Quizá no deberíais pasar tantas horas encerrado con vuestros escribas.

-No puedo descansar hasta que la tarea haya terminado. No me atrevo a confiar en que Mustafá la continúe. Es un gran soldado y gobernador, pero no puede dedicarse al estudio de las cuestiones legales. Además, hay otros asuntos que me apremian. Debo ir a Persia este verano. No puedo permitir que el sha me olvide por más tiempo.

Húrrem frunció el ceño e hizo un puchero como una *hurí* consentida.

-¿Qué te pasa, pequeña ruselana? -sonrió Solimán.

-¿Por qué enviar un gran profesor para que dé unos azotes a un chiquillo díscolo? ¿Acaso Tahmasp es un rey tan importante como para precisar que le dediquéis vuestra atención personal?

-Se está volviendo demasiado arrogante. No me queda más remedio que llamarle al orden.

-Enviad a Mustafá. Los jenízaros le adoran, le seguirán a cualquier parte, incluidos los desiertos y montañas de Persia.

Un nervio de la mejilla de Solimán vibró como si actuara por su cuenta. Se la quedó mirando.

-¿Por qué lo dices?

-¿Os he ofendido, mi señor?

-¿Qué rumores has oído acerca de Mustafá?

-Nada siniestro, mi señor. A decir verdad, sólo me han llegado buenas referencias. Dicen que es un hombre justo y bueno, tal como vos siempre habéis dicho. Un magnífico jinete, un jefe formidable.

-Demasiado grande, quizá -murmuró Solimán.

-¿Puede un hombre ser demasiado grande?

-¿Todavía le tienes miedo?

-Mi señor me ha asegurado que no tengo nada que temer de su hijo.

-Tal vez.

-¿Mi señor?

-No temo nada de él, como sultán, cuando yo haya muerto. Sin embargo, a veces temo algo de él mientras aún esté yo vivo. Temo a los jenízaros.

-Nunca le querrán tanto como os quieren a vos -le tranquilizó Húrrem-. Les disteis Belgrado, les disteis Rodas, les disteis Buda-Pest.

-Tienen poca memoria. Y muchos de los reclutas jóvenes ni siquiera habían nacido por aquel entonces.

-Pero vos sois su sultán.

-También lo era mi abuelo.

-Me habéis dicho, mi señor, que Mustafá es un hombre justo, un hombre bueno. ¿Creéis que intrigará contra vos?

Solimán se incorporó, atormentados los ojos por el temor y la duda. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que viera a Mustafá, ya no recordaba el aspecto de aquel chico vivaracho, de brillantes pupilas. Su imaginación sólo rememoraba imágenes de una agriada Gúlbehar y de un joven ambicioso y capacitado, que cada vez era mayor y cada vez se impacientaba más.

Pero la sombra de su padre y el *kanun* del Fatih seguían atribulándole. Porque allí había una antítesis de su concepto de civilización; se llamaba los jenízaros. Estos constituían la roca firme sobre la que se había edificado el imperio; y representaban ahora su mayor amenaza.

Los jenízaros eran la elite del ejército osmanlí. Soldados profesionales de plena dedicación en una época en la que la mayoría de los ejércitos los formaban grupos de nobles, cada uno de los cuales llevaba sus propios campesinos consigo como infantería. Los jenízaros prestaban lealtad a un solo hombre, el sultán que les daba de comer todos los días, cuando la alimentación se había convertido en su símbolo más importante.

Al agá le llamaban Chorbaji Bashi: cazo de sopa principal; el segundo en el mando recibía el nombre de Ashi Bashi, o cocinero jefe. Cada uno de los hombres llevaba una cuchara en una funda de latón cosida en la parte delantera del gorro. Su distintivo de batalla era el kazan, el caldero de sopa que blasonaba todos sus estandartes. Cada regimiento llevaba consigo a la campaña su propio caldero, calderos que se amontonaban delante de la tienda del agá, cuando estaban de campamento.

La pérdida del caldero en batalla con el enemigo era la mayor desgracia imaginable.

Los jenízaros reabastecían sus filas con miembros del dervichado, jóvenes cristianos elegidos por su músculo y no por su cerebro. Se les endurecía todavía más mediante trabajos manuales en los jardines de palacio, en los astilleros o en la construcción de edificios. Después recibían instrucción militar y se les enseñaba a obedecer sin rechistar a sus superiores. Llevaban una austera existencia célibe, en barracones espartanos y con una paga exigua; la única esperanza que tenían de llenarse los bolsillos era la del botín que pudiesen rapiñar en la batalla. Esa era la razón por la que habían querido tanto al padre de Solimán: cuando seguían a Selim el Cruel, nunca pasaban hambre de acción ni de saqueo.

Fueron los jenízaros quienes obligaron a abdicar al abuelo de Solimán, Bayaceto II; y a Solimán nunca se le olvidó que una vez, al principio de su reinado, los jenízaros volcaron sus calderos bajo un gran plátano, fuera de sus barracones, en el primer patio, como símbolo de asonada. Aunque la insurrección fue sofocada, no tuvo más remedio que aumentarles los haberes. Incluso veinte años después, aún miraba con aprensión los calderos de sopa cada vez que cruzaba el primer patio, camino de la mezquita. En teoría, al menos, eran sus esclavos; pero a causa de sus continuas demandas de guerra y de botín y de la constante amenaza que planteaban a la seguridad del trono, Solimán se preguntaba en ocasiones si no sería él esclavo de los jenízaros.

-No se derramará más sangre sobre el trono -manifestó, como si se lo recordara a sí mismo.

-No os preocupéis tanto -dijo Húrrem, y le envolvió en sus brazos.

-Entiendes muchas cosas, pequeña ruselana, pero no entiendes a los jenízaros. Hubo épocas en las que gobernaban mis actos, cuando tenía que acompañarlos a los territorios de la guerra sólo para satisfacer sus ansias de batalla, aunque yo hubiera preferido hacer otra cosa. Si pueden manipularme a mí, acaso puedan manipularle a él.

-¿A qué distancia está Manisa de Estambul?

-Cuando mi padre murió, llegué aquí en cinco días, a caballo, para reclamar el trono. Sólo cinco jornadas...

-Entonces, si de verdad le teméis, mi señor entregad a Bayaceto la provincia de Saruján. Enviad a Mustafá al este, a Amasía o a Kararnania

-Manisa es la sede tradicional del *shahzade*, el elegido. Creerá que le he abandonado en favor de tus hijos.

-Sabe que no podéis ofrecerle garantías.

-No puedo hacerle una cosa así.

-Entonces no hablemos más de ello. Si Mustafá es un hombre bueno y justo, ¿a qué tanto temor?

Si, pensó Solimán. ¿A qué tanto temor?

Temo perder todo lo que he construido a lo largo de tantos años de trabajo.

Siempre había deseado legar un futuro a su imperio, al margen de las tiendas y la guerra. El pueblo nómada de las estepas de Anatolia de sus antepasados iba a contar pronto con una capital que se enorgullecería de poseer la arquitectura más exquisita de Oriente y un sistema perfecto de gobierno. Florecían allí las letras, la música y la pintura. Había dejado a su espalda la barbarie que caracterizó el acceso de su padre; su propio

fallecimiento y la sucesión pacífica por parte de Mustafá serían prueba de ello.

O así lo pedía en sus oraciones.

Pero al día siguiente, Solimán habló con Rústem en audiencia privada. Posteriormente, estampó su sello al pie de una carta en la que ordenaba a Mustafá que abandonara Manisa y trasladara a su familia y su corte a Amasía, población oriental distante, a veintiséis jornadas a caballo de Estambul.

Pera

Tras las cortinas corridas de uno de los palacios de la otra orilla del Cuerno, Ludovici Gambetto llamó con suavidad y entró en la alcoba de su esposa. Ella le estaba esperando; la oscilante llama de la vela arrancaba chispeantes reflejos a la seda blanca de su camisón. Ludovici se sentó en el borde de la cama y tomó la mano de Julia.

Ella se incorporó y enlazó entre sus dedos un mechón de los cabellos de Ludovicí.

-¡Te ha salido una cana! -exclamó.

Ludovici le arrebató aquel pelo.

-¡Tonterías!

Julia se estaba riendo.

-¡Por fin! ¡Pensaba que nunca envejecerías!

-He estado en la cocina. La cocinera me ha echado harina.

-Es una cana. Sin duda, hay otras. ¿Quieres que lo compruebe?

-Una jugarreta de la luz.

-¡Yo tengo varias, mira! -Deshizo en la palma de una mano parte de su trenza e indicó con el indice de la otra mano-. Teniendo el pelo tan negro como lo tengo, no es posible que no las veas.

-Sigues pareciéndome preciosa -murmuró él.

Tomó entre sus manos la cara de Julia y la beso.

-Te quiero-susurró.

Ella le tendió los brazos y le sonrió, pero Ludovici deseaba ver necesidad en su ojos, no sólo entrega.

Más tarde, tendido junto a ella en la oscuridad, Ludovici la observó mientras dornía y, a la luz de la vela, contempló el suave subir y bajar de sus pechos. Recorrió con los dedos el contorno de su mejilla. Podía tener cabellos grises, pero continuaba siendo guapa para él: hermosa aún y todavía encerrada bajo llave, como lo había estado en el palazzo de su padre.

No se trataba de que Julia fuera incapaz de sentir una emoción intensa, eso le constaba a Ludovici. Su amistad con Sirhane lo había demostrado. Dos años atrás, Sirhane se había trasladado a Amasía con su esposo, que había sido nombrado guarda de corps del *shahzade* Mustafá. El dolor casi había destrozado por completo a Julia. No quería comer y no abandonaba nunca su cuarto. Por primera vez, su puerta estuvo cerrada para Ludovici, al que rechazó durante largo tiempo.

Él se esforzó en comprenderlo: Sirhane era la única amiga verdadera que Julia había tenido. Sin embargo, la desolación de ésta parecía exageradamente desproporcionada. A pesar de todo, Ludovici no intentó

imponerse; presintió que, de hacerlo, quizá nunca volvería a contar con los favores de Julia.

Al cabo de unos meses, ella dejó de nuevo la puerta abierta y permitió a Ludovici compartir la cama. Ludovici procuró no dar importancia al hecho de que ella no le respondiese; se daba perfecta cuenta de que no podía hacer el amor con él.

Pero la envidia le atormentaba. Primero Abbás, después Sirhane. ¿Por qué a él sólo le brindaba compañía y reservaba sus pasiones para otros? ¿Por qué les ofrecía tanto a ellos, mientras que para él, que le había dedicado mucho de su vida, no había nada?

Sultanahmet, Estambul

-Tiene que morir -declaró Rústem.

Mihrmah palideció y bajó los ojos, como si hubiese estado mirando algo demasiado vergonzoso para la vista de una mujer.

-Pero Mustafá es el *shahzade*...

-Si, Mihrmah. Y si alguna vez llega a sultán, ¿qué crees que será de nosotros? Te lo diré. La primera medida de Mustafá será poner mi cabeza en una estaca y colocarla en la Ba'ab i Sa'adet. A ti te enviará al exilio. ¿Y crees que se mostrará más misericordioso con tus hermanos?

La voz de Rústem era tranquila, casi soñolienta. Mihrmah nunca había conocido a nadie que hablase de la muerte en un tono tan desapasionado como su marido.

La mujer volvió la cabeza. Un día tan precioso y se tenía que hablar de asesinato. El palacio daba a un laberinto de jardines y lo habían diseñado de forma que recibiera la brisa del Bósforo y el Mármara. Era primavera y del sur llegaba un suave airecillo. Un ruiseñor había empezado a cantar en la jaula y sus agradables trinos entraron en contradicción con las visiones de sangre conjuradas en la umbrosa terraza.

-¿No es peligroso?

-Ya he calculado el riesgo. Hay más peligro si no hacemos nada.

-¿Qué opina mi padre? ¿Conoce tu plan?

-Tu padre opinará lo que se le sugiera que crea. Si te pregunta, le dices que el *shahzade* te inspira un pánico cerval. Imagina la historia que te plazca, con vistas a añadir credibilidad a tus palabras. Siempre y cuando, por supuesto, sea plausible.

Mihrmah observó cómo daba cuenta su marido de la comida. De modo mecánico, le pareció, sin el menor deleite, como si calculara el coste de cada bocado.

-¿De quién ha sido la idea, esposo mio? ¿Tuya... o se le ha ocurrido a Hasseki Húrrem?

Le dedicó una mueca y el efecto resultó espeluznante. Mihrmah conocía el sobrenombre que le aplicaban en el Diván: el hombre que nunca sonreía. No era cierto, claro. Ella había visto su sonrisa y también conocía su secreto: los caninos superiores eran más largos que los otros y al sonreír le traicionaban porque le conferían el aspecto de un lobo.

-¿Sucede en Estambul algo que no haya instigado la reina de Solimán, bien por su deseo, bien por sus actos?

-¿Y si fracasamos?

-Si fracasamos, no habremos perdido nada, puesto que Mustafá ya es enemigo nuestro. ¡Si triunfamos, tendremos poder sobre este sultán y puede que también sobre el próximo!

Los aposentos del sultán, al igual que el resto de palacio, tenían doble función, ambas fundamentales: evidenciar la opulencia de los Osmanlí y proteger su intimidad.

Y así era también en el caso del dormitorio de Solimán. La riqueza saltaba a la vista. La cerámica resplandecía en las paredes; los versículos del Corán, escritos en caligrafia sala, circundaban la estancia, blanco sobre azul, y los cristales de las ventanas eran obras maestras en azul, esmeralda y carmesí. De cada una de las paredes colgaba un dorado espejo de Vicenza, la cama estaba montada sobre una plataforma con dosel y cubierta con colchas de brocado de oro y almohadas de terciopelo escarlata. Junto al lecho había una jofaina de oro, con incrustaciones de turquesa y rubí, destinada a lavarse las manos.

Pero era una ostentación inútil, porque nadie veía la alcoba del sultán, salvo sus esclavos eunucos y Húrrem, su *kadin* favorita.

La compulsión por el secreto la demostraban las fuentes empotradas en las paredes, grifos de oro por los que las rumorosas aguas perfumadas caían sobre piletas de mármol; y los *sacnissi*, pequeños miradores acristalados que sobresalían del muro y en los que el sultán podía sentarse y contemplar los jardines sin ser visto.

Poco después de que Húrrem se convirtiese en reina hubo un nuevo refinamiento: se abrió una puerta en la pared de piedra, por detrás del espejo, que la ocultaba, puerta que daba a una escalera que iba de la alcoba del sultán directamente a los aposentos de la señora Húrrem, de forma que la mujer pudiera entrar y salir sin que nadie la viera.

A través de esa puerta emergía Húrrem en aquel momento. No encontró a Solimán descansando a gusto en la cama, sino paseando de un lado a otro de la estancia, como una fiera enjaulada, pese a tener hinchadísima la rodilla derecha como consecuencia de otro ataque de gota. El dolor contraía sus facciones.

-Mi señor -murmuró Húrrem, y ejecutó el sala'am de rigor, que ni siquiera ella se hubiese atrevido a pasar por alto.

Solimán apenas correspondió al saludo. Tenía un documento en la mano derecha, que agitó en dirección a la mujer.

-¿Qué tengo que hacer? ¿Qué te parece esto?

-No lo sé, mi señor, no lo veo bien a tanta distancia. Pero si me lo preguntáis, diría que es una hoja de pergamino.

Reparó entonces en sí mismo y suspiró, burlándose de su propia persona.

-Lo siento, estaba en las nubes. -Se acercó a Húrrem, cojeando, y la ayudó a ponerse en pie-. Apenas puedo creer la evidencia de lo que tengo ante mis propios ojos.

-Mi señor, nada de esto tiene sentido para mí. No soy más que una pobre tártara sin educación.

-No eres nada de eso -murmuró Solimán, al tiempo que le tendía el pergamino-. Léelo.

Húrrem lo leyó a toda prisa. Iba dirigido al sha Tahmasp, el hereje persa, y tras un largo preámbulo de salutación, se formulaba la oferta de

matrimonio para una de sus hijas. Luego resumía las ventajas que para ambas partes tendría tal enlace.

Debajo de la tugra del *shahzade* Mustafá estaba la firma.

-Es una falsificación -dictarminó Húrrem, pero reconoció ante sí misma que era muy buena. Había que felicitar a Rústem-. Tiene que serlo.

-¿Lo crees así?

-¿Cómo podría ser de otro modo?

Solimán se dejó caer desesperanzado en un diván.

-¿Por qué haría alguien semejante cosa? ¿Por qué?

-Los enemigos del imperio están por todas partes. A Carlos le vendría muy bien que os peleaseis con vuestro propio hijo. Y no sería nada impropio del sha preparar una falsificación como ésta.

-¡No me extrañaría que tuvieses razón!

Jadeó, agarrada la rodilla. La gota había irritado su genio.

Húrrem se sentó en el diván, a su lado, y le acarició la frente con los dedos, hasta que el hombre abrió los puños y hundió la barbilla en el pecho.

-¿Qué debo hacer? ¿Qué debo creer?

-¿Por qué iba a cometer Mustafá una barbaridad semejante? No le serviría de nada. El sha es enemigo jurado de los osmanlíes.

-Hay un proverbio, Húrrem, que dice: "El enemigo de mi enemigo es mi amigo». Si Mustafá me considera su enemigo, tal vez la alianza con Tahmasp le convenga.

-¡No puedo creerlo!

Solimán meneó la cabeza.

-Sin embargo, me asusta.

-¿Dónde habéis obtenido el pergamino?

-Ha sido uno de los espías de Rústem en Amasía. Rústem tiene espías en todas partes.

-Engañar a uno de los espías de Rústem no debería resultar difícil.

-Puede -Solimán bajó la mirada sobre Húrrem y sus labios se curvaron en una triste sonrisa-. Sabes consolarme. Vivo entre serpientes y víboras. Eres la única voz de la razón y la templanza.

Hizo una mueca de dolor.

-¿Aviso a un médico para que eche un vistazo a vuestra rodilla?

-No, coge la viola. Esa medicina es mucho mejor que cualquier pócima que pueda darme el médico.

Húrrem se sentó y tocó para él. Al cabo de un rato, Solimán cerró los párpados y ella pensó que se había dormido. Pero cuando dejó el instrumento, él volvió a abrir los ojos y manifestó:

-Debo ir de nuevo al este, a la cabeza del ejército.

-No os encontráis bien, mi señor. ¡No debéis hacerlo!

-Tenemos que acabar de una vez con el sha y sus herejías. No habrá paz mientras siga conspirando contra nosotros en Asia. Los jenízaros, los agás, incluso el ulema claman para que actúe. Como defensor de la fe, no tengo elección.

-Enviad a Rústem en vuestro lugar.

-El ejército espera que vaya con ellos.

Húrrem bajó la mirada.

-Por favor, mi señor. Tengo miedo. Por lo que a mí respecta, no dudo de la lealtad de Mustafá, pero la duda existe. Si me equivoco, mis hijos y yo, incluso Qehangir y Mihrmah, corren un terrible peligro. Vos estáis enfermo y las montañas del este son frías incluso en verano. Vos mismo me habéis

dicho que una semana en Azerbaiyán es como un mes en los barrizales de Hungría. Os lo suplico, no os arriesguéis antes de haber zanjado esta otra cuestión.

-Debo ir.

Húrrem le miró, temblorosa. De veras, puedes morir allí, pensó. ¡No le des la espalda a esta verdad cuando has creído tantas de mis mentiras!

-Sé que no os arredra ningún peligro y que no os asusta ninguna dificultad, mi señor -se obligó a decir-, pero si optáis por otro camino, aquí podéis lograr un doble objetivo, mi señor.

Una lenta sonrisa se fue dibujando en los labios de Solimán.

-Ah, mi sensata pequeña ruselana. Sabía que, sin duda, tu preciosa cabecita albergaría algún plan.

-Ya no soy preciosa, mi señor.

-Todavía me encantas. Dime ahora en qué estás pensando.

-Dejad que Rústem se dirija a Persia pasando por Amasia. Firmad las órdenes oportunas para que Mustafá acompañe a Rústem en la campaña, con sus propias tropas. Así, Rustem puede quedar satisfecho en seguida de la lealtad de Mustafá. Estoy segura de que descubrirá que todas esas falsificaciones y rumores son infundados.

-Ese es el deseo más ferviente de mi corazón. Pero puedo adivinar las lealtades de Mustafá con la precisión con que me conozco a mí mismo.

-Pero no es prudente, mi señor. Si Mustafá proyecta una traición, ¿no os arriesgáis al descubrir sus verdaderas ambiciones con los jenízaros de servicio, en armas?

Solimán la contempló durante un buen rato.

-¿Crees de verdad que llegaremos a eso?

-Sólo os aconsejo cautela, mi señor.

Solimán meditó durante un largo rato.

-Puede que tengas razón -murmuró por último.

Húrrem se arrodilló a sus pies.

-Os amo con toda mi alma, mi señor. Me gustaría que hubiese algún modo de evitaros este dolor.

-Sólo mis hijos pueden evitarlo, Húrrem. Aunque lo único que me es posible hacer es preguntarme por qué están tan deseosos de sentarse en mi trono. Si pudiera renunciar a él, sin dejar de cumplir mi deber hacia Dios, intercambiaría encantado mi destino con el de cualquier herrero de la ciudad. Aparte de ti, el sultanato sólo me ha traído preocupaciones inconcebibles.

Húrrem descansó la cabeza en su regazo.

Solimán dejó que la carta escapase de entre sus dedos y fuera a parar al suelo.

Ludovici se entrevistaba cada mes con Abbás en la casa amarilla del barrio judío. Aquellos encuentros no le producían ningún placer. Por tácito acuerdo, nunca hablaban del pasado: a Ludovici le deprimía ver el cuerpo de su viejo aníigo adiposo y mutilado. La obesidad hacía sudar a Abbás. De modo abundante, incluso en invierno; y en verano la transpiración goteaba de manera uniforme desde sus dedos, como lluvia que se escurriera por los aleros de un tejado.

Se habían sentado tras las ventanas cerradas y Abbás preguntó:

-¿Cómo está Julia?

Eran siempre sus primeras palabras: «¿Cómo está Julia?». Y Ludovici siempre respondía lo mismo:

-Está bien, amigo mio. Ruega que la tengas presente en tus oraciones y confía en que también tú te encuentres bien.

Abbás no hizo ningún comentario. Bajó la cabeza y se concentró en el negocio que tenían entre manos: trigo del mercado negro.

El mercado negro del trigo era el secreto peor guardado del imperio osmanlí. Existía una activa complicidad por parte de todos los aristócratas turcos poseedores de tierra cultivable; dieciocho meses atrás, incluso Rústem había enviado sus propias naves a Venecia, vía Alejandría, y había obtenido un cuantioso beneficio con un solo embarque.

Desde el verano 1548, Turquía había obtenido cinco excelentes cosechas de trigo, mientras que Venecia sufría una desesperada escasez de cereales. Los beneficios para los traficantes del mercado negro habían aumentado de forma proporcional. Ludovici era el que más provecho sacaba: sus caramuzales navegaban con regularidad a través del Bósforo hasta Rodosto, en el mar Negro, en apariencia para cargar pieles o lana; por el camino, efectuaban escalas secretas en el puerto de Volos, donde cargaban el grano del mercado negro. En su travesía de vuelta por el Bósforo y los Dardanelos, los galeones turcos
supuestamente encargados de velar por el cumplimiento de las reglas hacían la vista gorda, pero ese privilegio era muy caro.

-Rústem Pachá quiere otros mil ducados al mes -informó Abbás.

-¡No puedo permitirme ese costoso lujo!

Abbás se encogió de hombros.

-Lo siento, viejo amigo. Pero hay muchas gratificaciones que repartir. Si sólo fuera Rústem...

-Si sólo fuera Rústem, sospecho que el precio seguiría siendo mil ducados. ¿Es que su codicia no tiene limites?

-Al parecer, no.

-Dile que me niego.

-No te precipites, Ludovici. Incluso después de pagar esa propina extra, duplicarás el beneficio de cada *chilo* o *celemín* de grano que descargues en la laguna de *La Serenissima*. ¿Cuánto pagas aquí? ¿Doce ásperes por *chilo*? Rústem sabe que en Venecia recibes veinticinco.

-Algo tengo que ganar.

-Esas son las mismas palabras que empleó Rústem.

Ludovici suspiró. Nada podía hacerse. Si uno quería comerciar en el imperio, debía pagar el precio que pidiese el visir. Todo el mundo lo sabía.

Continuaron con su asunto; acordaron las rutas que debían seguir los buques y los pagos que había que abonar a los funcionarios inferiores de las provincias; luego procedieron a contar los ducados de plata que Ludovici llevaba consigo a las entrevistas en una bolsa de cuero. Por último, todo estuvo concluido y Abbás se relajó. Tras servirse un poco de agua perfumada -nunca bebía vino-, empezó a chismorrear, como de costumbre, acerca de lo que pasaba dentro del *haremlik;* cualquier vieja enredadora en el mercado cotillearía así.

Abbás era la principal fuente de información de que disponía Ludovici referente a los designios y la política interna de la Sublime Puerta. Cuando Abbás dio por concluida su acostumbrada perorata contra las iniquidades de la *ziadi*, la bruja, como llamaba a la señora Húrrem, y sobre la amplia serie

de corrupciones introducidas por Rústem Pachá -de las que él ahora participaba íntegramente-, bajó la voz para murmurar:

-Se dice que el *shahzade* proyecta una insurrección.

-¿Mustafá? -la atención de Ludovici se despertó de súbito. La diatriba de Abbás contra el Patio Interior era una característica regular de sus encuentros, pero aquello era algo nuevo.

-Dicen que ha concertado su matrimonio con una de las hijas del sha Tahmasp. Pide el apoyo del sha en una rebelión contra Solimán.

-¿Es cierto eso, Abbás? ¿Estás seguro?

-Lo mejor que podríais hacer vosotros los venecianos es formar una delegación para tratar con él. Si llega al trono, es posible que no se muestre tan predispuesto como los ministros de Solimán a seguir el juego de vuestro mercado negro.

-¿Te parece que puede salirse con la suya?

Abbás se encogió de hombros y la enorme papada le tembló.

-Cuenta con el respaldo de los jenízaros.

Ludovici estaba perplejo. La popularidad de Mustafá en el ejército nunca había sido un secreto, pero hasta aquel instante no había oído una palabra de sedición. Sin embargo, se dijo que toda rebelión tenía un principio. Trató de calcular hasta qué punto afectaría a su existencia un cambio de viento de tal violencia. Desde que llegara a Estambul, Solimán siempre había ocupado el trono. Abbás tenía razón, ¿qué actitud adoptaría Mustafá hacia los mercaderes que habían contribuido a llenar la bolsa de Rústem? Era del dominio público la enemistad entre ambos hombres.

-¿Qué me dices de ti, Abbás? -articuló, pensando en voz alta-. ¿Qué harás?

-Aceptaré la voluntad de Dios -dijo Abbás, como si eso fuera obvio.

-¿Crees que Mustafá hará la corte a los *safawies*? ¿Crees que esa rebelión es inevitable?

-Sólo es incierto su desenlace.

-¿Solimán está enterado del asunto?

Abbás pareció desconcertado.

-¿Supones que yo debería saber algo que estuviese oculto para el Señor de la Vida?

Batió palmas -fue el movimiento de las manos lo que constituyó la señal, no el sonido- y los dos sordomudos que le acompañaban se apresuraron a ayudarle a incorporarse. Conseguirlo no le resultó fácil.

Por fin, Abbás estuvo listo para retirarse.

-Queda con Dios -dijo.

-Ve con Dios -repuso Ludovici al tiempo que observaba a Abbás mientras el eunuco subía al anónimo carruaje pintado de negro que esperaba a la puerta.

¡Mustafá!, pensó. Debía de ser cierto. Abbás nunca había tenido la lengua tan suelta. Si tenía razón, él debería apostar por ambas cartas, el rey y la jota.

Topkapi Saraya

-¿Misión cumplida? -preguntó Húrrem. Abbás inclinó la cabeza.

-He cumplido lo que me habíais ordenado.

-Muy bien. Eres un servidor fiel. -Sonrió: la remilgada sonrisa de suficiencia propia de la cortesana profesional-. Cómo está Julia?

-Julia está bien -contestó Abbás, sin morder el anzuelo-. Pide que la tenga presente en mis oraciones.

-Estoy segura de que las enviarás al cielo. Puedes retirarte, Abbás.

Abbás se fue, disgustado con Húrrem, disgustado con la vida. Disgustado consigo mismo.

Lamento, Ludovici, tener que utilizarte así. Pero no te causará ningún daño, eso te lo prometo. Sólo es una estratagena más. Pero no te lastimará a ti, ni lastimará a mi querida Julia. O no habría permitido que esa pequeña golfa me convenciera para hacerlo.

Pobre Qehangir, pensó Solimán.

No podía mirar al muchacho sin sentir un tremendo dolor físico en el pecho. La deformidad de Qehangir le impedía mantenerse erguido; siempre parecía tener un abrumador peso invisible sobre los hombros. El muchacho era incapaz de ir a caballo si el animal pasaba del medio galope, no podía apuntar la flecha y tensar el arco, carecía de fuerzas para levantar una espada.

Un hijo estupendo para *unghaz*i. Sin embargo, también le inspiraba compasión. Qehangir era el hijo de Húrrem al que Solimán más quería.

-¿Has visto a Mustafá? -le preguntó.

Qehangir no levantó la mirada. Nunca lo hace, pensó Solimán. Se acobarda ante mí como el *raya* más humilde.

-Está bien, mi señor -dijo Qehangir-. Os envía saludos.

-¿Su madre también se encuentra bien?

-Desde luego, mi señor.

¡Oh, Qehangir!, pensó Solimán. Da la impresión de que temes que vaya a enviarte al verdugo de un momento a otro.

-Pareces cansado -dijo.

-Ha sido un día muy duro, mi señor.

-¿Se te dio bien la caza?

-Cazamos todos los días.

Solimán enarcó las cejas.

-Mustafá se porta muy bien contigo.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Porque te aprecia? ¿O porque te utiliza para espiarme? ¿Qué clase de compañero para un hombre así puede ser un tullido?

-Creo que me tiene lástima -manifestó Qehangir, como si pensara en voz alta.

A Solimán le asombró aquel candoroso reconocimiento. Qehangir era siempre más sagaz de lo que a veces se esperaba de él.

-Estoy seguro de que ése no es el caso -repuso Solimán, pero reflexionó un momento ante aquella posibilidad y luego dijo-: ¿Te ha hablado de mí?

-Me pregunta por vuestra salud muchas veces.

¿Porque me quiere o porque desea verme muerto?, pensó Solimán y al instante comprendió hasta qué punto le había intoxicado el Diván. ¿Cuándo ha sucedido esto? ¿Cuándo se ha abierto camino este cáncer dentro de mi sangre?

-Me alegro de verte de vuelta sano y salvo -dijo.

Qehangir parecía estar deseando retirarse. A Solimán le dio la impresión de que su benjamín se sentía tan aterrado ante él como él se había sentido ante su padre. Le pareció que aquél, no el imperio, era el verdadero legado de los Osmanlí: destruir a sus propios hijos. Si no se destruían ellos antes.

Estambul

Cuando el sol se elevó por encima de la ciudad, el vapor empezó a elevarse desde los húmedos adoquines y de los crispados flancos de los burros y caballos que avanzaban con mucho esfuerzo en fila por las estrechas callejas que se retorcían en torno al mercado de frutas.

Era la temporada de los melones y los vendedores habían apilado su producto en hileras y pirámides, en el suelo o en las plataformas de sus puestos: un conjunto de color y formas variadísimas, moteadas y rayadas, verdes, amarillas y áureas. Los olores se lanzaban al asalto de los sentidos; densos aromas de fruta madura que se imponían a los más corrientes y contaminantes de la orina, la humedad y el humo de la madera quemada.

Solimán sometió sus articulaciones a un esfuerzo tremendo durante la subida por la empinada calle. Iba detrás de uno de los hamales, los mozos de cuerda de los bazares, que caminaba doblado sobre si mismo, con las manos casi llegándole a los tobillos, bajo el peso de la enorme torre de cajas de higos que llevaba a la espalda. Tengo la sensación de que mi carga es casi tan grande como la suya, pensó. Todavía hacia fresco y el relente no había desaparecido de la atmósfera, ya que las viejas casas de madera que flanqueaban la calle no dejaban pasar los rayos del sol. Se detuvo en uno de los puestos y fingió examinar los melocotones mientras escuchaba la conversación que el vendedor mantenía con su vecino.

-Dicen que el sultán volverá a cabalgar hacia el este, de nuevo en campaña contra el sha -decía el hombre.

-Debería haberlo hecho hace años -comentó el otro-. Los persas llevan demasiado tiempo burlándose de nosotros. ¡Tenemos el mejor ejército del mundo y dejamos que envejezca en los cuarteles!

-Mustafá no habría permitido que el sha nos aguijoneara de esa manera -terció Solimán.

Los mercaderes le observaron con recelo. Pero a uno le resultó imposible resistir la tentación de manifestar su desencanto.

-Mustafá es un gran guerrero. Hace años que se habría encargado de que la cabeza del sha se pudriese sobre la Ba'ab i Humayun.

-Tal vez ya sea hora de que Mustafá se convierta en nuestro emperador -sugirió Solimán.

Los dos hombres le miraron como si se hubiera vuelto loco.

-¡Bajad la voz! -susurró uno de ellos-. ¡El sultán tiene espias por todas partes!

-No le tengo miedo al sultán -dijo Solimán con franqueza.

-Este hombre no dice más que lo que todo el mundo ya sabe -declaró el otro comerciante-. Solimán está viejo. Yo aún bebía la leche del pecho de mi madre cuando obtuvo su última gran victoria.

-No obstante, ha hecho muchas cosas importantes –dijo el primer mercader-. Ha construido muchas mezquitas espléndidas, a la mayor gloria

de Dios, nos ha proporcionado las leyes por las que nos regimos y sus flotas gobiernan el Mediterraneo.

-Los jenízaros quieren carne -dijo Solimán.

-Sólo es cuestión de tiempo el que Mustafá los soliviante y expulse a Solimán del trono -afirmó el otro hombre-, ¡y todo el mundo lo sabe!

-¡Calma! -recomendó el mercader, y volvió la cabeza hacia Solimán. Su mirada era hostil. Era evidente que sospechaba lo que Solimán era en realidad: un espía-. Si deseáis comprar melocotones, enseñadme vuestro dinero. Si no, ¡id a calentar la cabeza con vuestro palique a cualquier otro!

Solimán echó a andar detrás de un asno cargado con cestos de mimbre llenos de cerezas y salió del mercado de frutas. Las palabras del colega del vendedor todavía resonaban en sus oídos: «Sólo es cuestión de tiempo el que Mustafá soliviante a los jenízaros y expulse a Solimán del trono... ¡y todo el mundo lo sabe!».

De modo que todo lo mundo lo sabia. Perdido en sus pensamientos, no se percató de que el burro se había detenido, para levantar la cola y defecar sobre el adoquinado. De súbito, el sultán de los osmanlies, rey de reyes, Señor de la Vida, se encontró con las botas hundidas en estiércol. Bueno, tal vez ya fuese hora, pensó.

Amasía

Un mes después, Rústem llegaba al pie de los acantilados del río Verde con un escuadrón de spahi de la Puerta y una oda de los jenízaros. Acampó bajo las sombrías murallas de la ciudadela y las antiguas tumbas del Ponto, plantó su estandarte de cuatro colas de caballo y esperó.

Rústem sabía que Mustafá se había puesto en camino mucho antes de oír el batir de los cascos de los caballos. A diferencia de los campamentos militares cristianos, los turcos se mantenían en orden y con las armas en silencio. No bebían ni jugaban y, salvo cuando estaban enzarzados en una batalla, observaban los tiempos de oración cinco veces al día.

De modo que la ruptura del silencio advirtió a Rústem. Llegó como un sordo rumor de oleaje, como un susurro lejano que al acercarse fue convirtiéndose en fragoroso trueno. Era como si, al mismo tiempo, una escaramuza de la caballería hubiese irrumpido de pronto en medio de sus líneas y los gritos de alarma estallasen. Rústem se puso en pie de un brinco y atravesó el amplio pabellón a su encuentro.

Se trataba de menos de dos docenas de jinetes y todos ellos, excepto uno, lucían la chaqueta de seda escarlata de la caballería *spahi.* Sólo su capitán iba vestido de blanco y adornaba su turbante con plumas de garza. Un broche de diamante centelleaba al sol y Rústem tuvo que alzar la mano para protegerse los ojos.

Los jenízaros seguían a los jinetes, se encrespaban en torno a los flancos y tras las colas de los caballos, felices de tragar el polvo que levantaban los cascos del Elegido. Lanzaban sus vítores al tiempo que corrían; formaban un inmenso ejército que enviaba al aire un escalofriante ulular cuyo eco repetían los acantilados y parecía rodear a los soldados por todas partes. Mustafá no respondió a las aclamaciones, no se desvió ni a derecha ni a izquierda. Mantuvo fijos los ojos en la tienda real.

Rústem aguardó y los guardias solak fueron a colocarse a ambos costados. ¡Que Dios se apiade de mí!, pensó Rústem. -Eres un hombre peligroso!

Mustafá detuvo su corcel delante de Rústem; el polvo que levantaron los cascos del animal formó una nube anaranjada sobre el grupo de los que esperaban. Rústem probó en el paladar su áspero sabor. Disfruta de tu momento de gloria, penso. Pronto saborearás el sabor del polvo. Durante toda la eternidad.

Mustafá desmontó con flexibles movimientos y los vítores de los jenízaros fueron apagándose. Esperaron: una masa enorme, salvaje, inquieta.

Mustafá ejecutó un rápido *temennah.*

-¿Dónde está mi padre?

-Se encuentra indispuesto. Yo soy el *serasquier* en esta campaña.

Rústem percibió el abanico de emociones que se sucedieron en el semblante de Mustafá. Primero desencanto, después excitación. ¿Se acercaba su día?

-¿Muy enfermo?

-Sus médicos dicen que no es mortal. Pero que no podría soportar los rigores de una campaña larga. -La mirada de Rústem fue más allá de la persona de Mustafá, hacia la multitud de rostros que circundaban el pequeño grupo de caballos. Un millar de jenízaros, supuso, y todos ellos están a menos de cien metros de nosotros-. Nunca había oído unas aclamaciones tan vibrantes y entusiastas. Ni siquiera dedicadas al sultán.

-Me aclaman a mí porque soy su hijo -declaró Mustafá, eligiendo con cuidado las palabras.

-Es posible -concedió Rústem-. Pasemos dentro, el polvo me ha resecado la garganta.

Rústem abrió la marcha al interior de la amplia tienda de seda. Los pajes sirvieron agua de rosas. Rústem sacó una carta de entre los pliegues del manto. Se la tendió a Mustafá, sin comentarios.

Era la carta en la que se formulaba la proposición de matrimonio a la hija del sha. Llevaba al pie la tugra de Mustafá.

-Esto es monstruoso -murmuró Mustafá.

La mirada de Rústem se había clavado en el trozo de alfombra que quedaba entre ellos.

-¿Lo negáis?

-¿Negar que hubiese ofrecido alianza a uno de los enemigos jurados de nuestro imperio? ¡Claro que lo niego!

-Lleva vuestro sello.

-¡Es una falsificación! ¿Mi padre lo ha visto?

-Por supuesto.

-¿Y qué dice?

-No tengo acceso a sus deliberaciones. Aguarda vuestra contestación.

-¡Esto huele a maniobra vuestra! -le acusó Mustafá, al tiempo que arrojaba la carta al regazo de Rústem.

El visir alzó sus ojos grises por primera vez.

-No soy vuestro enemigo, Mustafá. Esos jenízaros de ahí fuera si lo son. Os vitorean con demasiado entusiasmo.

-Jamás haré ni diré nada en contra de mi padre, lo he jurado. ¡Él tiene que saberlo!

-Aguarda vuestra contestación -repitió Rústem.

-La tendrá.

-Primero yo tengo órdenes para vos, del propio sultán. Tenéis que reunir a vuestras tropas y acompañarme en la campaña contra los herejes persas. Bajo mi mando, claro está.

-Haré lo que se me diga -se avino Mustafá, con disgusto. Se puso en pie y salió del pabellón sin pronunciar una palabra más.

Rústem escuchó el retumbar de los cascos a través de la llanura y después mandó que avisaran al agá de los jenízaros. Era un individuo de pelo rubio y cuerpo enjuto, un eslavo cuya parte izquierda de la mandíbula había deformado una rociada de metralla que le alcanzó durante el sitio de Rodas. Las grandes plumas de ave del paraíso que coronaban su gorra se agitaron y crujieron cuando efectuó su sala'am. Permaneció erguido mientras recibía órdenes.

-Apresta un escuadrón de tus mejores hombres –dijo Rústem-. Esta noche hay que sacar a Mustafá del palacio y llevarlo encadenado de vuelta a Estambul.

El agá titubeó. Para un soldado adiestrado desde los ocho años en la obediencia ciega, era una reacción bastante expresiva.

-A vuestras órdenes -dijo.

-Los hombres estarán dispuestos al amanecer. Eso es todo.

-A vuestras órdenes -repitió el agá, pero sus ojos centellearon con repentino veneno.

Se lee en ti como en un libro, pensó Rústem. Los sentimientos iluminan tu rostro como nuestros mejores escribas iluminan un Corán con sus tintas de color bermejo y zafiro.

Era muy sencillo. Tan sencillo como Húrrem había pronosticado que sería.

Topkapi Saraya

El Camino de Oro iba de la mezquita del harén al Diván y a la torre de la ventana peligrosa, pasando por los alojamientos del sultán y el harem lik. Una lóbrega escalera conducía a la ventana enrejada y cubierta por una codina desde la que el sultán podía escuchar las deliberaciones que pachás y visires celebraban en el Diván.

Una oportunidad que también estaba ahora a disposición de Húrrem.

El Camino de Oro era una luminosa carretera de poder, reluciente de azulejos de irreprochable vidriado y colores celeste, áureo y rojo. Al apretar el paso por él, con el caftán rozando las losas del suelo, Húrrem tuvo conciencia de la santidad y del potencial de aquella ruta. Ella conocía el alma del Diván; el Diván no sabía nada de ella.

Cuando coronó la oscura escalera, el corazón le latía con tal fuerza contra las costillas que el dolor hizo que se llevara las manos al pecho. Se acercó a la cortina de tafetán y miró.

El palio dorado del Diván descansaba sobre diez columnas de mármol. La pantalla de tafetán que cruzaba la ventana convertía las superficies de mármol y oro, así como las prendas de seda y brocado en un juego de sombras a base de grises y negro azabache. Se le escapaba el esplendor del Diván. Pero lo importante eran las voces y Húrrem estaba en disposición de identificar cada palabra con claridad cristalina.

-¿... estás seguro de eso? -oyó que decía un hombre. Era Solimán. La ausencia de Rústem le obligaba a volver a sus deberes en el Diván.

-Mis informes son bastante fidedignos.

Húrrem no reconoció la otra voz masculina. Algún miembro del ejército de burócratas de Rústem, sin duda.

-¿No hay la menor posibilidad de que tu espía esté equivocado?

Húrrem oyó que el hombre tosía, violento. Era evidente que la palabra «espía» le repugnaba.

-Esta información la he obtenido por diversas fuentes, mi señor. Todas ellas confirman que los venecianos tienen el convencimiento de que Mustafá se ha aliado con el sha Tahmasp. El propio juez ha enviado en secreto a Amasía a un alguacil con una carta. Ignoramos el contenido de la misiva.

¡Qué satisfactorio resulta, pensó Húrrem, oír que se repiten los rumores de una en la cámara del Diván! Abbás había cumplido su tarea a la perfección. Durante años había estado pasando a Ludovici pequeños bocados de verdad con los que establecer credibilidad. Ahora, la comunidad extranjera de Galata se tragaba toda la gran mentira.

También resultaba maravilloso el que ni una sola palabra de las indignidades sobre Húrrem o Rústem que sin cesar recorrían los bazares hubiese llegado nunca a oídos del Señor de la Vida. El auténtico poder comprende también el control de los rumores. Cuando incluso los espías te asustan, nadie se atreve a repetir una palabra contra una en los patios, ni siquiera advirtiendo que es algo que han dicho otros.

Solimán aún no había pronunciado su juicio, pero Húrrem se imaginaba su expresión. Sería como si se estuviese aguantando una ventosidad. A Húrrem le faltó muy poco para que se le escapara una risita y tuvo que meterse los nudillos en la boca para contenerla.

-Pese a todo, no puedo creerlo -oyó decir a Solimán.

-Mi señor, mis noticias...

-¡Basta! ¡No quiero seguir escuchando! -gritó Solimán y la mujer oyó el ruido de sus recios pasos al abandonar la sala.

Húrrem salió disparada de su observatorio. Sin duda, el sultán no tardaría en convocarla para consolarse de aquel último golpe. Y no lo haría si descubriera que ella estaba enterada ya del motivo de sus desdichas.

Amasía

Un murmullo furioso quebró la beatitud de la noche. Era como el zumbido de las abejas de una colmena irritadas por un oso a la busca de alimento. Los dos *solak* que montaban guardia ante la entrada de la tienda de Rústem se revolvieron con ademanes nerviosos en sus puestos. Era la segunda vez que los gritos de los jenízaros alteraban aquel día el silencio del campamento. Si iban a rebelarse...

La descarga del arcabuz retumbó como un cañonazo y el eco todavía resonaba en los acantilados largo tiempo después de que el primer *solak* se hubiese llevado las manos al pecho al tiempo que se desplomaba. El segundo centinela desenvainó la espada, en un inútil intento de defenderse. Surgieron más fogonazos a su derecha cual relámpagos lejanos y sonaron dos disparos más. El centinela no vio al hombre que le había matado. El proyectil le penetró por el ojo izquierdo y le desmenuzó el cerebro antes de que el *solak* tuviese tiempo de gritar.

De las sombras surgieron oscuras formas que irrumpieron corriendo en el espacio sobre el que caía la luz de las antorchas, antorchas que tan perfectamente habían iluminado los blancos que alcanzaron los arcabuces. Centellearon las espadas, cuando dos de las figuras de sombría capa hicieron un breve alto para descargar los golpes destinados a rematar a los dos *solak* yacentes en el suelo.

Después entraron a toda prisa en la tienda. A la luz de las antorchas, Rústem sólo reconoció a uno de los hombres: el agá de los jenízaros; aunque los largos gorros grises de los demás indicaban a las claras que todos eran miembros de su tropa.

Instalado en la silla de su montura, dirigió la mirada a uno de los *spahi* que estaban a su lado.

-Parece que nos enfrentamos a una sublevación.

-Entendéis de forma adecuada el talante de las tropas, mi señor -dijo el hombre.

-Sí. Ha sido una suerte que no me encontrase dentro de la tienda en este momento. Me atrevería a decir que los asesinos están en este preciso instante descargando sus arcabuces sobre mi colchón.

El spahi asintió, aturdido aún por lo que había presenciado

-Debemos partir a caballo hacia Estambul e informar de lo sucedido al sultán. Me temo que Mustafá se ha cansado de esperar el trono y ha perdido la paciencia.

A caballo, se alejó de los riscos y cabalgó a través de la oscuridad, acompañado de su escolta. Rodearon el campamento, para dirigirse luego hacia el oeste.

Era tarde. La noticia de la rebelión en el campamento de Rústem había despertado a Gúlbehar. Sentada, tiritaba de frío bajo el manto de armiño e intentaba calentarse los huesos con las aún encendidas ascuas del brasero. Pero el frío del miedo no estaba dispuesto a abandonarla.

Entró Sirhane y ejecutó el sala'am ante ella. Sirhane parecía adormilada e iba sin peinar. El caftán, que se había echado de cualquier manera sobre los hombros, estaba arrugado. Temblaba y la palidez cubría su rostro. Su esposo era el caballerizo de Mustafá.

Cree que se ha quedado viuda, pensó Gúlbehar. Cree que por eso la he llamado.

-Tu marido está a salvo -dijo.

Los hombros de Sirhane se encogieron con alivio.

-¿Mi señora?

-Pero corremos peligro. Todos nosotros.

Sirhane la miró, confundida.

-¿Hemos de marcharnos de Amasia?

-No hay ningún sitio al que podamos huir.

-¿Mi señora?

Gúlbehar se ciñó más el manto en torno a los hombros.

-Esta noche ha habido una rebelión en el campamento real. Los jenízaros han intentado matar a Rústem Pachá.

-¿Mi señor…?

-Mustafá no la ha incitado. Si hubiera sido él quien la hubiera provocado, no habría peligro. Cuando Solimán se entere de esto, desde luego culpará a mi hijo. Necesito tu ayuda, Sirhane.

-¿Mi ayuda, señora mía?

Gúlbehar la miró fijamente.

-Si Solimán emprende algo contra mi hijo, también lo hará contra tu casa. Ejecutarán a tu marido, confiscarán todos sus bienes y a ti te desterrarán. Acabarás tus días como mendiga. ¿Deseas tener un final así, Sirhane?

Sirhane bajó los ojos.

-No, mi señora.

-No me parece que lo desees. ¡Como tampoco quieres que se pierda la vida de mi hijo por la ceguera de un hombre! Te acuerdas del *kislar aghasi* , ¿no?

-Sí, mi señora.

-Quiero que vayas a Estambul y des con él. Ofrécele cualquier cosa. ¡Lo que sea! -Se inclinó hacia delante-. Quiero a Húrrern muerta. Si hace eso por mí, Mustafá, mi hijo, será sultán y Abbás tendrá cuanto desee. Convéncele, Sirhane. ¡Por mi bien… y por el tuyo!

Topkapi Saraya

Solimán estaba sentado en el trono, encorvado como si el pecho se le hubiera hundido hacia dentro y los hombros y la barbilla careciesen de apoyo. Tenía los labios tensos, con las comisuras hacia abajo, formando la media luna de una cimitarra de desaprobación y disgusto. A través de la mata de sus espesas cejas grises contempló a Rústem con inmóvil fijeza. El único movimiento en su rostro era el aleteo de las ventanas de su nariz.

Rústem llevó a cabo el sala'am y aguardó a que le invitasen a hablar

-¿Y bien? -rezongó Solimán.

Debe de estar enterado ya, pensó Rústem. Los rumores vuelan por los pasillos y antes de mi llegada sin duda una fogarada de bulos habrá iluminado todo el palacio.

-Traigo una noticia que aflige mi corazón –manifestó Rústem.

-Dila de una vez. ¿Por qué has abandonado mi ejército para venir aquí?

-Señor, he cabalgado hasta aquí temiendo por mi vida. Sin embargo, no es mi vida lo que aprecio, sino la vuestra.

Un prolongado gruñido se escapó de los labios de Solimán. Parecía salir de lo más profundo de su ser y flotó en la estancia durante largos momentos, como el ominoso rumor de un terremoto.

-¿Mustafá?

-No lo sé, mi señor. Los jenízaros llegaron en plena noche, mataron a mis guardias e irrumpieron en mi tienda. Yo estaba sobre aviso y pude escapar.

-¿Cuántos?

-Demasiados para poder contarlos, mi señor. El agá iba a su mando.

-¿Y Mustafá?

-Cuando llegó al campamento, los jenízaros le aclamaron hasta quedarse roncos. Gritaron abiertamente que podía enarbolar el estandarte hacia la casa de la guerra con más prontitud que su sultán. Manifestaron a voces que vos erais demasiado viejo para capitanearlos y que yo era un *defterdar* sin conocimiento alguno del combate.

-¿Le enseñaste la carta?

-Dijo que no tenía que responder ante nadie salvo ante el sultán y que, puesto que yo no era el sultán, no tenía nada que decirme. También dijo... que debería escribir cartas de despedida para mi familia. Afirmó que en cuanto subiera al trono, colgaría mi cabeza en la Ba'ab i Sa'adet... Me encargó, asimismo, que informara a los cuervos carroñeros de que no tendrían que esperar mucho su comida.

-¿Esas fueron sus palabras?

-Sobre mi cabeza, mi señor -dijo Rústem.

¡Con qué comodidad alberga la mentira entre la verdad!

El grito de angustia sobresaltó a Rústem más de lo que cualquier reacción violenta habría hecho. El sultán echó la cabeza hacia atrás y rompió a llorar.

Agitó la mano, indicando al visir que se retirara. Rústem se apresuró a hacerlo. Ejecutó el sala'am de despedida y retrocedió hacia la puerta, asombrado y encantado del estupendo funcionamiento y efecto de su mentira.

Los rayos del sol arrancaban reflejos a los incensarios dorados del quiosco, el aroma de las hierbas, las frutas y las rosas saturaba el aire del jardín de verano y el canto de las cigarras era una cantinela soporífera. Resultaba muy agradable permanecer allí en brazos de Húrrem y olvidarse de que el tapiz del futuro seguía sin desenredar en sus manos.

Solimán había contado con Mustafá. La certeza de que un día Mustafá tomaría la bandera de su mano y consolidaría todos los avances conseguidos por él había respaldado todos los kanun que había decretado, todas las primeras piedras que había colocado, todas las campañas que había emprendido. La traición lo tiraría todo por tierra. Con ella, los osmanlíes retrocederían a las orgías de sangre y barbarie que habían eclipsado el ascenso de su padre, de su abuelo y del propio Fatih.

Tal vez los jenízaros tuvieran razón y él fuese demasiado viejo. Pero la responsabilidad era suya hasta la muerte, eso era lo que establecía la ley de los Osmanlí y el sheri'at, y permitir que Mustafá se la usurpara sería abrir las compuertas para que corriera la sangre de los osmanlíes durante los siglos venideros.

-No los escuchéis -le susurró Húrrem-. Enorgulleceos de tener un hijo al que tanto admiran y aman los jenízaros. Sois su padre. El sentido del deber hacia vos le impedirá emplear mal ese carisma, ese extraño poder que posee.

-Pensaba que le temías -comentó Solimán.

-Temo el *kanun* del Fatih. Pero con vos a mi lado no le temo. Sois Solimán, el más grande de todos nuestros sultanes. Nadie puede sustituiros con el pueblo.

-No es el pueblo quien clama contra mi. Son los jenízaros. Oyeron un gran suspiro por encima de sus cabezas y miraron a lo alto, a través de las persianas del quiosco. Todas las primaveras, las cigüeñas aprovechaban ramas sueltas de los haces de leña para construir sus nidos en las piedras lisas de los bordes de las cúpulas de las mezquitas y de los medres. Pero aquel caluroso día de agosto miles de ellas habían surcado el aire sobre Estambul para alejarse hacia el sur en vuelo de reconocimieto previo a la emigración invernal. Incluso enmedio del calor bochornoso del verano, aquello era un recordatorio de que el invierno no estaba muy lejos.

-Debo dirigirme al este para reunirme con el ejército, o perderé el trono -dijo Solimán.

-¿Qué vais a hacer? -susurró Húrrem.

-No lo sé. ¿Quién puede guiarme en esta situación?

-¿Abu Sa'ad, tal vez?

Solimán consideró la sugerencia largo rato.

-Quizá -articuló.

Sentado y en silencio, Abu Sa'ad observó cómo el *kislar aghasi* devoraba casi en su totalidad la bandeja de halva que los pajes habían colocado ante él. Era un proceso delicado: se llevaba el dulce a la boca, cogido con la punta de los dedos indice y pulgar, lo consumía con delectación y luego tomaba otro. Decoraba su semblante una expresión de éxtasis absoluto que el sheyhulislam sólo había visto en el rostro de los derviches cuando entraban en trance. Claro que, concedió el sheyhulislam, para algunos hombres comer podía representar una experiencia religiosa. En especial si se trataba de individuos con pasiones incontenibles y sin medio alguno para darles rienda suelta.

Por fin, Abbás se sintió satisfecho y se tomó un sorbete helado para que bajasen mejor los pastelitos de miel.

-Traigo un mensaje de la señora Húrrem -anunció por último.

-Que Dios la proteja -musitó Abu Sa'ad.

-Así sea. Parece que ha encontrado gran consuelo en nuestra fe.

-Desde luego, se ha aplicado mucho en el estudio del Corán.

-Es tal como decís -convino Abbás-. Ahora parece que desea glorificar a Dios de un modo que endurecerá más nuestra arcilla mortal y preservará la fe a través de los siglos.

-Dios derramará sonrisas sobre ella.

-Eií efecto, tiene intención de, en un plazo corto, ceder una buena parte de su fortuna personal, en forma de *waqf*.. es decir, la dejará en depósito, para la construcción y el mantenimiento de nuevas mezquitas en la ciudad.

Abu Sa'ad inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. -Su generosidad es propia de una gran señora.

-Me ha rogado que os transmita que ha sido vuestra espléndida iluminación lo que le ha inducido a realizar este acto. Se siente muy satisfecha del servicio que le habéis prestado, al conducirla a la única fe verdadera, así como por la forma en que aconsejasteis al sultán en sus horas difíciles. Sólo os pide que continuéis realizando vuestra tarea con diligencia.

Transcurrieron unos momentos antes de que el maestro comprendiese qué era lo que se requería de él. Se mesó la barba con expresión meditativa.

-En estos instantes, las dificultades surgidas en el este tienen en ascuas al Señor de la Vida -dijo.

-¡Esas dificultades se han resuelto! -dijo Abbás-. La señora Húrrem dice que ha rezado día y noche a Dios, impetrando su ayuda para el sultán. Ella daría cualquier cosa para aliviar por completo la carga que soporta su señor.

-Yo le proporcionaré cuanta guía me sea posible –se brindó Abu Sa'ad.

-Sea como decís -manifestó Abbás.

Cuando el eunuco se retiró, el sheyhulislam sacó su rosario y rezó oraciones de súplica y agradecimiento. Dios era bueno, Dios era grande. Mas para llevar Sus enseñanzas al pueblo y construir mezquitas monumentales a

mayor gloria Suya, el hombre debe a veces doblegar un poco su alma a los aires del tiempo.

Estambul

Abbás echó hacia atrás la capucha del *ferilde* y miró a Sirhane con recelo, con toda la frialdad de su único ojo.

-Recibí tu mensaje -afirmó--. ¿Qué quieres de mí?

-Necesito tu ayuda -declaró Sirhane.

Abbás suspiró. Justo lo que se temía.

-Parece que le soy útil a todo el mundo, excepto a mí mismo.

-Me envía Gúlbehar.

-Ya lo había previsto -dijo Abbás. Su mirada recorrió la estancia, los techos dorados, los azulejos con dibujos florales que alicataban las paredes, la sombra rosada del Aya Sofia, que de forma ominosa se colaba por la parrilla del enrejado de madera que cubría las ventanas-. Así que éste es el palacio de Abdul Sahine Pachá.

-Ahora es caballerizo del *shahzade*.

-Eso he oído. Ha prosperado en riqueza y en buena suerte.

-¿Consideras buena suerte pertenecer a la casa de un condenado, Abbás?

Abbás sacudió la cabeza.

-No hay nada que yo pueda hacer.

-Gúlbehar me ha dicho que puedo ofrecerte cualquier cosa... lo que sea.

-Muy generosa. En tal caso, ¿me brindaría la vuelta a mi virilidad?

-Abbás...

-Mi señora me viste con las prendas de seda más espléndidas, me alimenta y paga todos mis gastos. Gracias a mi poder e influencia, he amasado una fortuna que rebasa los sueños de la mayoría de los hombres. Y no me sirve de nada. Si Gúlbehar desea seducirme y ponerme en mortal peligro, ¡que me ofrezca la recuperación de mi virilidad para que, aunque sólo sea por una noche, pueda volver a sentir toda la gloria del tacto de una mujer!

Sirhane bajó la mirada. Había confiado en evitar aquello, pero ya había determinado qué haría si Abbás se negaba a atender su solicitud. No ignoraba que Gúlbehar tenía razón. Si su marido moría con Mustafá, no habría clemencia para ella. Acabaría sus días cubierta de harapos, muerta de hambre y exiliada. Convertida en una paria.

Con todo, Sirhane estaba enterada de que había una cosa que Abbás quería.

-¿Y sabe Solimán lo de Julia? -preguntó de pronto.

Sirhane no alzó la vista, pero oyó la aguda inhalación de aire que Abbás llevó al fondo de sus pulmones. El odio del eunuco casi se materializó de repente en la habitación como una presencia física.

-Putilla miserable... -musitó.

Debe dar por supuesto que Gúlbehar también lo sabe porque, si no, me mataría ahora mismo, pensó Sirhane. No se atrevió a mirarle a la cara.

-Una mujer va a morir pronto. Puede ser Húrrem, puede ser Julia. Tú decides.

-Has dicho que la querías...

-Todos nos queremos más a nosotros mismos, Abbás.

-Me cortaron lo que tenía de hombre, pero no el corazón. Por primera vez en muchos años hay alguien por quien siento lástima. Haces que tenga ganas de vomitar.

Sirhane se mantuvo firme. Miró el ojo frío, de párpado inmóvil.

-O cumples, o ella morirá, Abbás. Ahórrame tu perorata. Abbás le cruzó la cara con un duro bofetón. Indicó a sus pajes que le ayudaran a incorporarse. Salió de la estancia con enérgicas zancadas. Sirhane se llevó la mano a la mejilla, con delicadeza, mientras se odiaba como nunca había odiado a nada ni a nadie.

Topkapi Saraya

-Tengo un problema y necesito tu ayuda para resolverlo. Me han planteado en el Diván cierto caso que me ha desconcertado sobremanera. He decidido recurrir a ti para que falles dicho caso según las sagradas leyes del Corán.

Solimán hizo una pausa para poner en orden sus ideas.

-Un mercader de buena posición estuvo enfermo durante un breve periodo de tiempo -continuó-. Mientras permaneció indispuesto, dejó el gobierno de sus negocios en manos de un sirviente, al que siempre había remunerado con un salario alto y una posición de importancia. Sin embargo, en cuanto el comerciante cayó en el lecho del dolor, su servidor empezó a cometer desfalcos, conspiró contra la familia e incluso intentó matar a su señor. Cuando el mercader recuperó la salud, descubrió todas aquellas maniobras, sin el menor asomo de duda. ¿Qué debería hacer el comerciante y qué sentencia legal debería pronunciarse conforme al sheri'at?

Abu Sa'ad no parpadeó.

-El Corán es absolutamente explícito en tales materias. El servidor debe morir.

Los hombros de Solimán se hundieron bajo los pliegues del caftán.

Al cabo de un momento tomó conciencia de la situación e irguió la figura. Clavó la mirada en el sheyhtdislam.

-¿Y si el nombre del servidor fuese Mustafá, el *shahzade*?

-Muerte -decretó Abu Sa'ad.

Dos días después, Solimán volvió a montar en su caballo, junto a la fuente del tercer patio, y abandonó el palacio, a la cabeza de los regimientos de su corte, rumbo al este. Ya se habían remitido órdenes a los agás indicándoles que condujeran sus tropas hacia el sur para marchar sobre Erzurum. El alguacil fue enviado a caballo con instrucciones para Bayaceto, a quien se indicaba que se trasladara desde Manisa y se encargara del gobierno en el Topkapi.

Solimán se daba perfecta cuenta de que debía apresurarse para reafirmar su autoridad sobre los agás. Pero antes debía hablar con Selim.

Está radiante, pensó Abbás. Nunca aparece tan joven y adorable como cuando proyecta una ejecución. Eso la rejuvenece. Le habían prendido el gorro de terciopelo verde de modo que formase un ángulo lleno de gracia con respecto a la cabeza y lucía un caftán de terciopelo verde pistacho ribeteado de armiño. Florones de perlas relucían en su calzado. Jugueteaba con los largos mechones de su rubia cabellera mientras le miraba.

Así que es el día de mi muerte, pensó Abbás. Bueno, ya se ha retrasado bastante. Ahora que está decidido, me siento curiosamente libre, incluso frívolo. Resulta delicioso que estés también de tan feliz humor. No me habría hecho ninguna gracia arrancarte tu negro corazoncito mientras te sentías tan asqueada del mundo como yo.

-¿Has hecho lo que te pedí? -le preguntó Húrrem.

-Hablé con el muftí, tal como me ordenasteis. Llegó a comprender lo que se quería de él.

-Mi bueno y fiel Abbás.

-Como digáis, mi señora.

-¿Y cuál será tu recompensa?

¡Ah, de manera que vas a intentar atormentarme!, pensó Abbás. Ya me lo esperaba. He sufrido veinticinco años de impotencia. Esta noche tendré poder sobre ti.

-¿Con qué recompensa me honraríais, mi señora?

-¿Elegir del harén, tal vez?

Abbás sonrió ante la mordaz ironía. Ejecutó una reverencia.

-Mi señora es demasiado bondadosa.

Quizá adivinó el sutil cambio de sus modales, porque los ojos de Húrrem se endurecieron de forma súbita.

-Pareces muy satisfecho de ti mismo, Abbás. ¿Acaso estarías dispuesto a compartir con tu señora la gracia de esa chanza?

Abbás dio un paso hacia ella y su mano se dirigió a la enjoyada daga del fajín que rodeaba su cintura. Los dedos descansaron sobre el mango de marfil. Húrrem bajó la mirada y Abbás comprendió que la mujer había captado al instante qué pretendía él hacer. Pero los guardias negros situados en diversos puntos de la estancia se encontraban demasiado lejos y demasiado soñolientos, en aquella audiencia rutinaria, para detenerle. Abbás le sonrió. Tan pronto empiece a chillar, lo haré.

Pero Húrrem no chilló.

-¡Ah, mi Abbás! De modo que por fin te has convertido en un hombre -comentó. Casi parecía... excitada.

-He esperado esto durante mucho tiempo -susurró Abbás.

-¿Y qué te ha detenido?

Abbás se la quedó mirando. ¿Qué me ha detenido? La respuesta es sencilla, pensó. Me asusta morir. No me asusta el dolor -Dios sabe que he conocido suficiente dolor- y tampoco estoy enamorado de la vida, porque en la vida no hay nada que me seduzca. Sólo temo lo que pase después de esto. No he podido hacerlo antes. Pero lo haré ahora, por Julia.

Los guardias no se habían dado cuenta de nada. Abbás continuaba inmóvil, con una mano en la cintura. Húrrem se relajó, casi repantigada, en el diván.

-Tienes miedo? -murmuró.

Esta vez no me detendré.

-No por ti, querido Abbás. ¿No tienes miedo por Julia?

Notó que, de modo inconsciente, la mano se tensaba alrededor del cálido marfil. ¡Consúmalo ya!, chillaba algo en su interior. ¡Hazlo de una vez! ¡Antes de que a la bruja se le ocurra algún modo de debilitar tu resolución!

-¿Julia? -se oyó decir.

-He depositado en lugar seguro una carta que, a mi muerte, le entregarán al sultán. Solimán se quedará muy desconcertado cuando se

entere de que Julia vive en Pera y es el origen de muchos de los rumores que circulan por ahí acerca de las flaquezas del sultán en su harén.

Abbás tuvo la sensación de que el palacio se le venia encima. Se quedó de piedra. No podía hacer nada en absoluto. No podía matarla, ni podía echarse atrás. Estaba muerto.

Esperó a que Húrrem llamara al *bostanji* para que lo sacase de allí. Deberías suicidarte ahora mismo, pensó. Ahorrarte la muerte que la brillante imaginación de esta bruja te tiene reservada.

Húrrem se echó a reír.

-¡Casi juraría que tu negro semblante se ha puesto blanco del todo!

Abbás se tambaleó sobre las piernas. Un sudor grasiento brotó por sus poros. ¡Usa la daga sobre ti!, le gritaba una voz. ¡Ya!

-¿Crees que voy a castigarte? -preguntó Húrrem.

La miró a la cara. A Húrrem le chispeaban los ojos de puro placer.

-Antes me quitaré la vida yo mismo.

-Mi querido Abbás, ¿por qué ibas a hacerlo?

-Me habéis atormentado por última vez.

Húrrem se inclinó hacia él.

-Aparta tus dedos de ese villano instrumento. ¿Crees que voy a vengarme porque se te haya pasado por la cabeza la idea de asesinarme? ¡Medio Estambul desea mi muerte! Pero, en cambio, tú me has demostrado que, pese a odiarme tanto como me odias, eres incapaz de hacerme daño. Lo cual te convierte en el servidor más obediente y digno de confianza que jamás pudiera tener. Nunca me he fiado de la lealtad basada en el provecho propio. ¡Es demasiado insegura!

De todas formas, ¡hazlo!, apremiaba el grito interior. ¡Adelante! Abbás se dejó caer de rodillas.

-Soy débil -musitó.

-Sí -confirmó Húrrem, entre carcajadas-. ¡Pero muy útil!

Konia

La ciudad se alzaba, solitaria, en una extensa región cerealista de la estepa de Anatolia, la meca de los osmanlíes, el solar del monasterio donde reposaban los huesos de Cel 'Alá Din Rumi, fundador de la orden derviche. Era también la sede del gobierno de Karamania, donde Selim había recibido su formación como segundo príncipe en la línea sucesoria del trono. Solimán fue allí, en busca de esperanza, antes de su enfrentamiento con su equivoco *shahzade*.

Había oído los rumores, susurrados por los pasillos de Topkapi y el bedesten de la ciudad. El hijo mayor de Húrrem era un beodo. Selim el Borracho, le llamaban. Durante su breve juventud se vio siempre oscurecido por la sombra de su hermano menor, tanto en el herit como en el campo de tiro al arco, y ahora había degenerado en bufón, en hazmerreír. Solimán tenía la certeza de que no representaba amenaza alguna para el trono, como lo era Mustafá. Claro que tampoco figuraba Selim en los planes de futuro que Solimán había concebido para los osmanlíes.

En aquel momento, tras escudriñar el rostro de su hijo, inflamado por el efecto del exceso de vino que había ingerido, con los quebrantados vasos capilares de las mejillas y de la nariz extendidos como una telaraña carmesí, cerró los párpados con disgusto y pensó: ¿Puedo hacer esto?

La atención de Selim se concentraba en su propia diatriba personal.

-Por supuesto, Mustafá me odia. No tengo la menor duda de que, si accede al trono, lo primero que hará será ordenar al bostanji que me asesine. ¿Os imagináis lo que es vivir así? En todo el mundo no tengo un solo amigo, a excepción de vos. Sin vos, nadie me protegería.

Lloriqueas como un campesino, pensó Solimán. Y aquí estamos, sentados en este espléndido palacio, mientras te tomas un sorbete fingiendo que es auténtico néctar y supones que no veo cómo te tiembla la mano cuando levantas el cáliz.

-¿Has oído la calumnia que se ha extendido sobre Mustafá?

-No dudo acerca de ni una sola palabra de lo que se dice.

Claro que no, se dijo Solimán. Pero da la casualidad de que tu punto de vista difícilmente puede corisiderarse objetivo.

-Arreglaremos eso en Aktepe. Si tuviese que poner a Mustafá en manos del bostanji, serías el siguiente en llevar el yugo de los osmanlíes. ¿Te crees capaz de soportar una carga tan pesada, Selim?

Selim evitó su mirada, pero Solimán adivinó en su hijo el despuntar de la esperanza.

-Soy vuestro hijo. Nací para eso. Pero si soy el siguiente en la línea, ¿por qué entregaste Saruján a Bayaceto?

-Era pertinente obrar así.

-Si voy a ser el *shahzade*, debería estar en Manisa.

Solimán suspiró. Era como un chiquillo porfiado.

-Aún no está decidido. Estamos hablando de la vida de Mustafá, mi Selim. No es una cuestión que haya que desechar a la ligera. Sólo te pregunto si crees que puedes cargar con mis responsabilidades. Todavía no te he pronietido confiártelas.

Selim se enfurruñó.

-Sí, padre.

Solimán a duras penas podía creer que aquel muchacho fuese hijo suyo, un muchacho al que había dado el nombre del devastador guerrero que fuera su padre. Sí, concluyó, los rumores eran ciertos. Veía con sus propios ojos la degradación de cuerpo y espíritu que los excesos habían ocasionado a Selim: su naturaleza era demasiado evidente. En consecuencia, ¿por qué iba a sorprenderse? El no era el carnicero que había sido su padre, ¿por qué debía esperar que Selim hubiese salido a su propia imagen?

Acaso fuera culpa suya, al haber descuidado a sus hijos: había dedicado el futuro a Mustafá y había olvidado que, algún día, Selim tal vez diera un paso adelante para tomar la bandera. Ahora resultaba demasiado tarde. Selim había crecido sin dirección y estaba perdido para él.

Había puesto todas sus esperanzas en Mustafá y esas esperanzas se habían venido abajo.

-¿Qué haréis en lo que respecta a Mustafá? -le preguntó Selim.

-No lo sé -respondió Solimán-. No lo sé.

Pera

Julia apenas podía contener su impaciencia. Miraba por la ventana mientras el carruaje frenaba de forma muy ruidosa en el adoquinado y una figura envuelta en un ferjide púrpura se apeaba del vehículo y entraba a toda prisa en la casa. Llevaba mucho tiempo sin verla. Demasiado tiempo. Le temblaban las manos como a una niña.

Jacinto introdujo a Sirhane en la habitación, se inclinó haciendo una leve reverencia y se retiró. En cuanto estuvieron solas, Julia le echó los brazos al cuello y la apretó contra sí con fuerza, hasta que Sirhane protestó y se deshizo del abrazo para recuperar el aliento.

Julia le apartó la cazeta que ocultaba su rostro. -Quitate eso. Tengo que verte bien -dijo.

Sirhane se despojó del ferlide. Vestía un caftán de seda rosa y un chal hasta la cintura de calicó azul brillante. Julia le cogió de la mano y la condujo a un diván.

-Te he echado de menos -susurró.

-Los años no pasan por ti, Julia -murmuró Sirhane.

Julia la observó. Me gustaría poder decirte lo mismo, pensó. Pero estás demacrada y el cansancio se acumula en tu rostro. Tienes bolsas oscuras bajo los ojos y sombras detrás de ellos. Algo no funciona como debería funcionar.

-¿Te encuentras bien? -preguntó.

-Un poco fatigada por el viaje, nada más -respondió Sirhane, y descansó la cabeza en el hombro de Julia para no arriesgarse a que leyese la mentira escrita en su semblante.

-Ha pasado mucho tiempo. Cuando llegó tu mensajero, no podía creer que de verdad estuvieses aquí, en Estambul.

Sirhane parecía nerviosa. No era la muchacha llena de confianza y suficiencia a la que Julia recordaba. En absoluto.

-Cuéntame tus noticias -le pidió Julia-. ¿Qué te trae aquí?

-Abdul me ha enviado a Estambul. Han surgido problemas.

-¿Problemas? -Julia le oprimió la mano-. ¿Le ha pasado algo a Abdul?

-No, Abdul está bien, pero... intuye peligro. -Los ojos de Sirhane rehuyeron la mirada de Julia.

-¿Están las cosas de verdad tan mal?

-¿No te has enterado?

-Sólo he oído rumores. Dicen que Mustafá quiere formalizar una alianza con el sha Tahmasp.

-Eso es obra de Rústem. Pero las cosas están mucho peor. Los jenízaros intentaron matar al gran visir mientras estaba acampado a orillas del río Verde. El culpa de ello a Mustafá.

-¿Y es cierto?

-¡Claro que no...! ¿Pero qué podemos hacer? Mi marido es leal al *shahzade*. Si se desencadenara una guerra...

Julia trató de consolarla, pero Sirhane se desasió.

-Me encuentro perfectamente. Estas cosas no deberían asustarme.

-¿Guerra? -Julia se la quedó mirando-. ¿Hay algo que podamos hacer? Ludovici tiene influencia en la Puerta, quizá si...

-No, no podéis hacer nada -replicó Sirhane de forma precipitada.

-Si necesitáis esconderos...

-¿Escondernos del sultán? ¿Cuando es rey de la mitad del mundo? -Sirhane alzó la cabeza y, de pronto, echó los brazos al cuello de Julia y estalló en lágrimas-. Lo siento.

-¿Que lo sientes? ¿Por qué?

Pero Sirhane siguió llorando sin responderle. Julia notó el temblor del cuerpo de su amiga, así como la humedad de las lágrimas que atravesaba la gasa. El llanto pareció prolongarse varias horas.

Por último, Sirhane se apartó.

-Yo nunca te haría daño -dijo.

-No te entiendo... ¿qué dices?

Sirhane acarició la mejilla de Julia.

-Recuerda sólo que yo nunca te haría daño.

-Ya lo sé. Pero sigo sin entenderte. Hay algo más, ¿no? ¿De qué se trata? ¿Qué ocurre?

Sirhane meneó la cabeza.

-Confía en mí -dijo-. Te lo aclararé más tarde. Ahora no.

Pero Sirhane no le explicó lo que iba mal. Lo que hicieron, en cambio, fue trasladarse al hammam y bañarse. Cuando Julia le dio un masaje a Sirhane, notó que los músculos de los hombros de su amiga estaban tensos como cuerdas de arco. No logró aliviar aquella tirantez.

-Estás muy tensa -susurró.

-Claro que estoy tensa. ¿Te extraña?

Julia no contestó, sorprendida por la brusquedad de la réplica. Se echó en las manos más aceite de sándalo y continuó frotando los músculos del cuello de su amiga.

-¿Cómo está Ludovici? -preguntó Sirhane.

-Prospera.

-¿Es un esposo atento?

-Sí. Sí, supongo que sí. ¿Todavía te trata bien Abdul?

-Ahora tiene otra esposa. Una armenia. Cuenta dieciocho años y es muy guapa. La eligieron en el último dervichado.

Julia no supo qué decir.

-Aún viene a mí una vez a la semana. Pero, desde luego, la mayoría de las noches las pasa con ella. Entonces le echo en falta. ¿Tú echas de menos a Ludovici cuando está ausente?

-Te echo de menos a ti -dijo Julia.

-Acaso deberías aprender a quererle más. -Sirhane se giró-. Tienes razón, estoy demasiado tensa. Vamos, ahora te atenderé yo a ti.

Julia estaba ansiosa por gozar del contacto físico de Sirhane, pero cuando ésta le aplicó el aceite, lo hizo con la reserva de una gedihi. Al final, Julia le cogió la mano y se la llevó al pecho, pero Sirhane la retiró, al tiempo que murmuraba:

-Todavía no.

Remoloneó en el agua y habló: se dedicó a cotillear como cualquier tonta concubina del *hararet,* un parloteo insulso acerca de la vida en la ciudadela de Amasía, en el que entremezclaba inconexos recuerdos sobre la existencia en el harén de Punta del Serrallo. Su intimidad de otro tiempo se había volatilizado. De pronto, eran auténticas extrañas y Julia no tenía la más remota idea acerca del motivo u obstáculo que se había interpuesto entre ellas.

Por último, se les agotó el repertorio de cosas que decirse y, entonces, Sirhane manifestó que debía marcharse.

A punto de salir, Julia la cogió del brazo.

-Todavía no me has contado la verdadera razón por la que has venido a Estambul -recordó.

-La próxima vez -se escabulló Sirhane. Se soltó de la mano de Julia y se puso el ferilde.

-¿Habrá próxima vez, mi Sirhane?

-Te enviaré un recado. -Le dio un leve beso en los labios y luego se colocó la cazeta para ocultar el rostro-. Adiós, Julia -articuló, y en su voz había un terrible matiz de despedida terminante.

Anatolia

Solimán se reunió con su ejército en las llanuras de Aktepe. Los jenízaros permanecieron silenciosos cuando cabalgó entre ellos: o volvían la cara o mostraban una hosca expresión respetuosa. Plantó el estandarte de siete colas de caballo fuera de la tienda real y llamó a su alguacil. Le envió a Amasía, con un documento que llevaba su real tugra y mediante el que convocaba a Mustafá para que acudiera con toda urgencia ante su presencia.
Después aguardó.

Amasía

-¡No debes ir, por el amor de Dios!

Mustafá dio unas palmaditas en la mano de su madre. Ella la retiró, indignada por la condescendencia de Mustafá, pero éste se limitó a sonreír.

-Lo ordena el sultán. Si me niego, se me acusará de deslealtad.

-Y si vas, puede acusarte de cualquier otra cosa... ¿Y quién te protegerá entonces?

-En palacio ya circulan rumores denigrantes contra mi. Es mi oportunidad para responder a esas mentiras.

-Si él quiere tus respuestas, ¿por qué no ha venido aquí? ¿Por qué ha ido a Konia?

-Tal vez teme venir aquí.

Gúlbehar se puso en pie y le dio la espalda para ocultar las lágrimas de congoja que afluían a sus ojos.

-¡Que te acusen de lo que quieran! ¡No pueden demostrar nada!

Mustafá se preguntó em silencio si debía hablarle de la carta y de su conversación con Rústem. Pero finalmente decidió no hacerlo.

-Los jenízaros ya me ensalzan como su capitán. ¿Dónde voy a estar más seguro que entre ellos?

-¡Aquí! Estarás más a salvo aquí, en tu fortaleza, ¡lejos de Solimán y de Rústem!

-Por encima de todo, tengo que obedecer a mi padre. Me ha llamado. Iré.

-¿Y si te está esperando el *bostanji*?

-Mi padre me dio la vida. Tiene derecho a quitármela.

Gúlbehar se volvió, brillantes los ojos de odio y miedo.

-¡No! ¡No tiene ningún derecho! ¡Yo también te di la vida! ¡Te amamanté con mis pechos y te crié durante toda tu infancia! ¡No tiene ningún derecho a quitarme a mi hijo!

De súbito, Gúlbehar tuvo la sensación de recibir un golpe en la boca del estómago. Se dobló sobre sí misma, al tiempo que sollozaba y jadeaba en busca de aire. Mustafá se acercó a ella, la cogió entre sus brazos y la condujo al diván.

La sostuvo durante largo rato. Por último, murmuró:

-Tengo que ir.

-Ocupa el trono. Ya has esperado bastante. No tienes más que pronunciar una palabra y los jenízaros se levantarán contigo. No será necesario ningún derramamiento de sangre. Tu propio padre desalojó a Bayaceto del trono y lo desterró. Entra dentro de la ley

-Pero va contra la ley del Cielo. Solimán me lo enseñó.

-¡Claro que te lo enseñó!

-No puedo hacerlo, es imposible. Prefiero la muerte, antes que deshonrar mi nombre ante los demás príncipes y a manchar mi alma ante Dios.

-Mustafá…

Gúlbehar comprendió que nada le haría cambiar de parecer. La sinverguenza se había salido con la suya. Se la imaginó en aquel momento: tendida en el diván, echada la cabeza hacia atrás, riéndose a mandíbula batiente. La vida era muy simple, si una sólo pensaba en su propia supervivencia.

-Mi honor vale más que cualquier imperio que este mundo pueda darme. ¿Qué clase de soberano seria yo si cediese mi alma para obtener ese imperio? Gobernaré sin avergonzarme o no gobernaré.

-Eres un necio -murmuró Gúlbehar.

-Sabes que no es así -sonrió Mustafá-. Si me dejara convencer por ti, te sentirías abochornada. Y yo también.

-Dejas que esa mujer consiga una fácil victoria –musitó Gúlbehar, pero Mustafá no la oyó.

-De todas formas -añadió Mustafá-, si no voy, será como admitir mi culpabilidad. No me ocasionará ningún daño. Ha dado su palabra. Es hombre de honor, lo mismo que yo.

No, pensó Gúlbehar. Es hombre entregado a su deber. Parece ser lo mismo para ti, pero en realidad son espuelas de distinto metal.

-Partiré al alba -dijo Mustafá.

-Ve con Dios -susurró Gúlbehar, y dejó que le besara la mano y se retirara.

Cuando Mustafá su marchó, ya no había lágrimas que derramar. Gúlbehar se sentó junto a la ventana y observó las estrellas en su recorrido alrededor de la cara de la Tierra; se sentía consumida por la indignación, desamparada en su cárcel.

Aktepe

El humo de la hoguera de húmeda leña de abeto flotaba en el aire. El campamento era un reino del silencio. Las carretas del agua chirriaban entre las hileras de tiendas y los corderos se desplazaban a través de las sofocantes nubes de polvo, hacia las tiendas de los carniceros. Un grupo de jenízaros de chaqueta azul jugaban a los dados al amor del encendido brasero de carbón vegetal, con el cuerpo encogido para resistir mejor el frío del atardecer.

Al ver a Mustafá, se pusieron en pie de un salto y se arremolinaron en torno a su cabalgadura, como habían hecho en Amasia. La noticia se difundió con rapidez por todo el campamento: ¡el *shahzade* había llegado para acaudillarlos contra los persas! Unos pocos incluso le llamaron *padishah*, y sus gritos atravesaron el espacio hasta el lugar donde Solimán, en su trono, realizaba consultas a Rústem. Ambos guardaron silencio,

aprestaron el oído para escuchar las voces y Rústem observó que las facciones del viejo se endurecían con resolución.

¡Padishah! ¡Emperador!

-Ahí llega el fantasma de mi padre -murmuró Soliman.

Las aclamaciones se prolongaron durante largo rato, bastante tiempo después de que Mustafá hubiese levantado su pabellón cerca del de Solimán, a la espera de que se le avisara para presentarse y exponer su alegato frente a los acusadores.

Pero aquella noche los acusadores hablaron por él. El fantasma de Selim apareció a los pies de la cama de Solimán: tendió las manos hacia su hijo y en el hueco de ellas estaba la cabeza de su propio padre.

-Abuelo -murmuró Solimán en sueños-, deberías haberlo matado. Fuiste demasiado débil.

Pensó en Qehangir y en su Mihrmah y comprendió qué era lo que tenía que hacer.

Amanecía.

Durante toda la tarde y las primeras horas de la noche del día anterior, Mustafá estuvo recibiendo en su tienda las salutaciones de los visires y agás, pero el campamento volvía a estar ahora en silencio. Los almuédanos llamaron a la oración al ejército y miles de turbantes se alzaron en hilera, oscilando como setos vivos de seda contra el fondo del cielo de color malva.

Cuando Mustafá concluyó sus súplicas a Dios, se puso a punto. Se vistió completamente de blanco, como prueba de inocencia, e introdujo las cartas de despedida bajo la chaqueta, sobre el pecho, según la costumbre de todo hombre turco cuando se dispone a afrontar un peligro.

Montó en su garañón árabe y se aprestó a cubrir los escasos metros que separaban su tienda del pabellón paterno, tal como exigía la tradición. Su agá y Sahine, el caballerizo, cabalgaban junto a él, a lomos de sus respectivas monturas.

Mustafá notó que las miradas de cuantos se encontraban en la gran planicie se volvían hacia él, expectantes. Todo el mundo sabia lo que iba a ocurrir aquella mañana, el motivo por el que se había convocado a Mustafá. ¿Se reconciliarían o desafiaría Mustafá a su envejecido padre?

Los jenízaros expresaban sus dudas, pero ninguno había llegado a su propia conclusión. Algunos se preparaban para vitorear a un nuevo sultán antes de que el sol cruzase el cielo. A la entrada del pabellón del sultán, Mustafá desmontó, tomó la daga que llevaba al cinto y se la entregó a Abdul Sahine. Desarmado, fue al encuentro de su padre.

Mustafá saludó a los guardias *solak* apostados en el exterior e hizo una seña a su agá y a su caballerizo, indicándoles que se quedasen donde estaban.

Abdul Sahine agarró las riendas de los caballos y dirigió una furtiva y aprensiva mirada al agá. Oyó pasos a su espalda y vio que un escuadrón de *solak* dividía su atención entre ellos y el resto del campamento. Sin vacilar, desnvainaron los killig y acudieron hacia ellos.

El pabellón era enorme, dividido en compartimientos por grandes lienzos ondulantes de seda de color oro. Cubrían la entrada espléndidas alfombras rojo rubí y azul pavo real y adosados a las paredes se veían divanes de brocado. En el centro, una mesita con superficie de plata.

-¿Padre?

Mustafá atravesó el zaguán de la entrada y pasó a la cámara de audiencia. El viento sacudió la tienda, con un chasquido semejante a un pistoletazo y Mustafá giró en redondo.

Un *bostanji* negro se adelantó desde las sombras de un rincón. Y otro. Mustafá se volvió. De detrás de la cortina que tenía frente a él aparecieron otros tres *bostanji*. Uno de ellos empuñaba una cuerda de arco.

Mustafá vislumbró el movimiento de una sombra al otro lado de la seda.

-¿Padre?

El *bostanji* avanzó en silencio hacia él, con paso quedo, sueltos los brazos a ambos lados. Mustafá comprendió que, en realidad, ya se esperaba aquello. Pero no experimentó miedo, sólo cólera. Anduvo hasta el centro de la estancia.

-¡Escuchadme primero, padre! ¡Permitidme responder a mis acusadores! ¡Esto no es justo!

Aquello no era lo que su padre le había enseñado; no tenía nada de honroso.

Oyó el chirrido metálico del acero, seguido de unos gritos y del lamento de un hombre herido. Comprendió que estaban atacando al agá y a Abdul Sahine. Si conseguía pasar entre los *bostanji* y llegar a terreno abierto, los *solak* no podrían hacerle daño. A un príncipe sólo se le podía eliminar con la cuerda de arco. Una vez alcanzase el campamento de los jenízaros, estaría a salvo.

Pero no era eso lo que deseaba. Quería hablar con su padre.

-¡Padre, escuchadme!

Uno de los *bostanji* trató de pasarle el dogal por la cabeza, pero Mustafá adivinó su intención y le esquivó. Corrió para tropezarse con el primer negro, al que derribó con cierta facilidad. Otro se precipitó hacia él, pero lo eludió mediante un quiebro y, llevado por su ímpetu, el atacante fue a parar sobre la mesita, donde se quedó sin aliento.

-¡Padre! ¡Jamás os he traicionado! ¿Por qué me traicionáis a mí ahora? ¡Salid y hablad conmigo!

-¿Nunca ejecutaréis lo que os he ordenado? -oyó el gemido de Solimán, sofocada la voz por la cortina de seda ¿Nunca acabaréis con este traidor por el que no he descansado tranquilo una sola noche en diez años?

Pero los sordomudos no podían oírle. Su único auditorio era Mustafá.

-¡Decid a vuestros estúpidos asesinos que se retiren! ¡Soy inocente! ¡Manchái vuestro honor más que el mío!

-¡Acabad de una vez! -oyó que gemía Solimán.

-¡Por favor, padre!

Solimán se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos, deseoso de que todo hubiera acabado. ¡No, no, no! ¡No había excusa para la traición! Las pruebas contra Mustafá eran indubitables. Podía tratar de engatusarle con sus bonitas palabras, pero él había visto y oído la razón. Eliminaría el fantasma de Selim el Cruel de una vez por todas.

Si dejaba hablar a Mustafá, podría hacerle vacilar. Le embaucaría, debilitaría su voluntad y los jenízaros le derrocarían como habían derrocado a su abuelo.

Oh, Mustafá, todas mis esperanzas desaparecen contigo. Eras mi primogénito. Eras la esperanza de mi juventud.

Pensó en los hijos que le quedaban. Qehangir, el lisiado erudito. Selim, el Borracho.

Tendría que ser Bayaceto. Ahora sólo le quedaba Bayaceto. ¡Oh, Dios, apiádate de mí! Nunca pensó que sería tan doloroso. Nunca soñó que la agonía pudiera destrozarle así, como un cuchillo que le desgarrara el estómago, ocasionándole tal dolor físico.

¡No, no, no!

Apartó la cortina.

-¡NO!

Demasiado tarde.

Mustafá yacía sobre la alfombra, a sus pies, con los ojos prácticamente fuera de las órbitas y la cuerda de arco hundida en la carne de la garganta. En torno al dogal, la sangre formaba un delgado collar bermejo.

Solimán hizo una seña a los sordomudos. -¡Envolvedle en la alfombra y sacadlo fuera de la tienda! Se dejó caer en el trono de nácar y carey y esperó. Un tenue gemido, como el rumor del aire, se extendió a través del campamento. Fue aumentando su volumen y se convirtió en fúnebre canto desesperado, mientras los jenízaros se aproximaban a la tienda para llorar a su campeón. La sonoridad de su duelo convenció a Solimán de que tenía razón. ¡Gracias a Dios, porque a punto había estado de ceder a la debilidad! Ahora ya estaba hecho. Había puesto coto al poder de los jenízaros y había salvado a los osmanlies de un tirano. Quiso llorar a Mustafá, pero se dio cuenta de que las lágrimas no le respondían.

En realidad, descubrió que ya no le era posible experimentar ningún sentimiento.

-¡Entregádnos la cabeza de Rústem o entraremos por ella!

Qué extraño que no muestre ni siquiera ahora el menor asomo de miedo, pensó Solimán. Por las venas de este hombre circula hielo. Ni siquiera en estas circunstancias deja de calcular con absoluta frialdad sus posibilidades y llega a la convicción de que le salvaré. Los jenízaros se arremolinan alrededor de mi tienda rugiendo por su sangre como una manada de lobos con la boca hecha agua y él se comporta como si entre su persona y la de ellos hubiese un muro de piedra de un metro de espesor, en lugar de unas pocas franjas de seda dorada y purpúra.

-Te echan la culpa a ti, Rústem -dijo Solimán.

-Mi señor, Mustafá se labró su propia ruina.

Fuera de la tienda, el tumulto iba in crescendo. Encabezados por el agá, miles de jenízaros se apiñaban en la entrada, empuñados los desnudos killig, al tiempo que vociferaban exigiendo el único sacrificio que apaciguaría su furor: el de Rústem. Lo único que los retenía eran los dos solak y la santidad de los Osmanlí. Ninguno se atrevía a franquear el umbral del pabellón real sin que se le invitase a hacerlo.

Sin embargo, bastaría que un hombre desafiase la autoridad de la sangre real para que el resto le siguiera. El pabellón quedaría sumergido como un montículo de arena bajo la furia de una ola gigantesca. Pese a saberlo, Solimán también se sentía tranquilo, como si todo miedo natural hubiese desaparecido de su animo.

-Los jenízaros quieren un chivo expiatorio -le dijo a Rústem-. Puesto que no pueden tocar a un Osmanlí, han decidido que la víctima seas tú.

Por primera vez, Solimán observó incertidumbre en las grises pupilas de Rústem, que parecían incapaces de parpadear.

También yo puedo hacerlo, musitó Solimán, y se extrañó de su propio pensamiento. He hecho lo peor que podría imaginar. Ahora soy capaz de hacer cualquier cosa.

-¿Habéis despachado a Amasía a un alguacil de la muerte, mi señor?

Solimán se sintió impresionado. Incluso en aquel momento, ante la muerte, el cerebro de Rústem se entregaba a consideraciones prácticas.

-Sí, su esposa y sus hijos no le dejarán solo en el Paraíso durante mucho tiempo.

-Entonces no tenemos que temer nada de él.

-De Mustafá, no -Solimán tuvo que gritar para que su voz se elevara por encima del alboroto que los soldados armaban fuera-. ¿No temes a los jenízaros, Rústem?

-Harán lo que vos les ordenéis.

-Hace una hora estaban dispuestos a colocar a Mustafá en el trono.

-Mustafá ha muerto. Los jenízaros son como los perros. Necesitan un amo.

-También necesitan carne cruda.

Solimán se levantó despacio del trono y fue hacia la cortina, que imaginó conservaba aún el calor del contacto de Mustafá. Cruzó la dividida antecámara, apartó con un brusco ademán la cortina de la entrada y se quedó frente al mar de ojos y mandíbulas que ondulaban y vociferaban en torno al pabellón.

Los jenízaros enmudecieron en el acto.

Solimán los contempló con mirada firme, vio el odio que expresaban aquellos rostros y sintió el ácido y agudo dolor del veneno en su corazón. Si pudiese, pondría en el Ba'ab i Huma-yun todas sus cabezas. Aquellos hombres eran la causa de la muerte de Mustafá. Habían construido el imperio; ahora, descontrolados, lo destruirían.

El agá rompió el crepitante silencio.

-Queremos a Rústem.

-Rústem va a ser sustituido. El sello de oro del gran visir pasará a Ahmed, segundo visir. Pero a Rústem no se le ocasionará ningún daño.

-¡Nos ha arrebatado a Mustafá!

-Yo os he arrebatado a Mustafá!

El agá clavó en Solimán unos ojos fulgurantes de odio. Pero no contestó. Cualquier respuesta oral le habría costado el cuello.

-Marchamos contra los *safawíes* -anunció Soliman-, para obtener nuestra gaza sobre Tahmasp, el hereje. Habrá botín y mujeres. Si tus hombres quieren sangre, que la tengan persa.

-Queremos a Rústem -insistió el agá, obstinado.

-Para eso, deberéis pasar por encima de mi cadáver –dijo Solimán, y desenvainó el enjoyado killig de la funda que llevaba al cinto.

Bajo su mirada, los jenízaros fueron dando media vuelta uno tras otro y regresaron al campamento. Tardaron largos minutos, porque eran millares, pero Solimán permaneció inmóvil hasta que, por último, sólo quedaron el agá y él. El viejo general acabó por girar sobre sus talones y retirarse.

Asunto concluido, pensó Solimán. Ahora, el futuro pertenece a Bayaceto.

Amasía

La misiva estaba escrita con tinta blanca sobre papel negro. A Gúlbehar no le hizo falta leerla para conocer su contenido. Lo supo nada más ver desmontar en el patio al alguacil del sultán. No, lo conocía antes de eso. El destino de Mustafá estuvo sellado a partir del momento en que salió por la puerta de la fortaleza.

Gúlbehar se negó a aceptar la carta. Escupió al alguacil en la cara, le maldijo a él y a sus descendientes por toda la eternidad e intentó rasgarle el rostro con las uñas. Su *kislar aghasi* y sus doncellas la contuvieron, al tiempo el hombre huía, pálido el semblante, temblorosas las manos, y los gemidos de dolor de la *kadin* le repicaban en los oídos.

Estambul

Al verle, Sirhane comprendió al instante que su esposo y Mustafá habían muerto.

Era un negro sudanés corpulento y de rostro inexpresivo, castrado y sordomudo. No podía hablar, no podía oír. No había forma de razonar con él. La mutilación, el dolor y la salvaje disciplina habían abrasado en él todo sentimiento, toda misericordia.

Su boca sin lengua emitió una especie de gañido cuando se acercaba a Sirhane, mientras la respiración chirriaba en su pecho.

Llevaba por delante una cuerda de arco y tenía los ojos clavados en ella con intensidad asesina. Adivinó quién era: el verdugo del *kislar aghasi*. Sirhane retrocedió, alejándose de él de manera instintiva, aunque se daba perfecta cuenta de que no tenía escapatoria. Sólo la dejaría cuando estuviese muerta, cuando su cabeza descansara en la bolsa de cuero que, precisamente con tal propósito, el negro llevaba colgada del fajín de la cintura.

-Ahora que Mustafá ha muerto, Abbás podrá actuar sin peligro -dijo Sirhane-. Cree que todavía soy una amenaza para Julia. -Sintió la humedad de las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas-. Yo nunca lo habría hecho. Nunca la habría traicionado -le susurró al sordomudo-. Sólo era una fanfarronada. Jamás le haría el menor daño. Jamás. Pero eso ya no lo sabrá. No me importa morir, pero no quiero que ella me odie. -Cerró los ojos y dejó caer los brazos a lo largo de los costados. No le opondría resistencia. No tenía escapatoria-. Julia, nunca podría...

El *bostanji* pasó el dogal alrededor del cuello de Sirhane y sofocó sus palabras. Sin esforzarse, tensos y protuberantes los músculos de los brazos, levantó a la mujer del suelo y la estranguló con rapidez y eficiencia.

Pera

Julia se encerró con llave y permaneció tres días en su cuarto. A veces, por la noche, el sonido de su llanto llegaba a Ludovici a través de la puerta. Llamó con los nudillos y con la voz, pero Julia no estaba dispuesta a contestar. Ludovici comía solo en la amplia sala; el eco de los cubiertos contra la vajilla de porcelana se repetía en el abovedado comedor. Miraba la silla vacía de la mujer, ahuyentaba de su mente la oscura sombra de la sospecha y luego se negaba a mirar de nuevo la silla.

La mañana número cuatro, cuando Julia apareció por fin, el rostro de la mujer tenía el color de un sudario de lino y negros círculos rodeaban sus ojos. Su expresión era vacía.

Ludovici se puso en pie y la vio derrumbarse en la silla de caoba de alto respaldo situada en el otro extremo de la mesa.

-¿Qué tal te encuentras?

Julia no respondió en seguida.

-¿Me quieres, Ludovici? -murmuró por último.

-Sabes que sí.

-Averigua entonces quién ordenó eso.

-¿De qué te serviría?

-Sólo averígualo.

-Lo que me pides es imposible.

-Abbás lo descubrirá. Abbás lo sabrá.

-¿Y si fue el sultán?

-Averigualo por mí. Por favor.

Ludovici se sintió indignado e impotente. ¿Iría Julia en busca de venganza al interior de la mismísima Puerta? Imposible. ¿Qué esperaba conseguir? En el imperio, la ejecución sólo era un procedimiento. La llegada de un alguacil de la muerte era como el destino, no se podía prever ni prevenir. Uno la aceptaba como se acepta cualquier desgracia natural, como se acepta el rayo o el terremoto.

Suspiró.

-Lo averiguaré -dijo por fin.

Sí, preguntaría a Abbás. Y después decidiría qué decirle a Julia.

Al fin y al cabo, Sirhane no era más que una amiga. Julia ya había sufrido más de lo que le correspondía. Se comportaba como si hubiese perdido al esposo.

Ridículo, pensó, y se apresuró a apartar tal idea de su mente.

Galata

Abbás negó con un movimiento de cabeza.

-No hay nada que hacer, Ludovici.

-Tengo que enterarme, Abbás. He empeñado mi palabra.

Abbás seleccionó otra pieza de halva de la fuente que tenía delante y la masticó con aire pensativo.

-Ya has faltado a tu palabra en otras ocasiones. ¿Por qué no hacerlo una vez más?

Las pupilas de Ludovici centellearon con la repentina y amarga cólera de la culpa. Pero no dijo nada. ¿Qué había que decir?

-Prometiste que la enviarías lejos de los Osmanlí.

-La quiero -articuló Ludovici en tono suave.

-Entonces eres un estúpido, además de un embustero.

Ludovici se puso en pie de un salto. Se irguió sobre Abbás, con los puños apretados a los lados.

-Si otro hombre me dijera eso...

-Al obrar así, has puesto mi vida en peligro innumerables veces a lo largo de los años. Y ahora te indignas porque lo pongo ante ti. ¿Pensabas que era una nadería, Ludovici? ¿Creíste que yo llegaría a olvidarlo?

Eligió otra pieza de halva.

-El amor también hizo de ti un estúpido.

-No, me hizo eunuco. Pero no me hizo embustero. -Levantó la mirada hacia Ludovici-. Si vas a marcharte o vas a atacarme, decidete de una vez. Si no, siéntate. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para realizar estos histrionísmos.

-No renunciaré a ella -susurró Ludovici.

-¡No tienes que renunciar a nada!

-¿A qué te refieres?

-Siéntate.

Ludovici se sentó, con todo el cuerpo tenso como la cuerda de una ballesta. Un sexto sentido le aconsejaba que no se quedase allí. Abbás se había convertido en un monstruo.

-¿Qué aspecto tiene Julia estos días? -preguntó Abbás en voz baja.

-Envejece con gracia -respondió Ludovici.

-¿Todavía es hermosa?

-Ya no tiene dieciséis años, Abbás. Hay algo de plata en su pelo. Pero sigue tan esbelta como cuando la conociste en Venecia. Sí, todavía es hermosa.

-Fuiste tú quien recogió el fruto. Y quien lo saboreó. ¿Sabes cuánto te odio por eso?

-Siempre lo he sospechado.

Abbás agachó la cabeza y, durante unos segundos, Ludovi experimentó el familiar ramalazo de lástima. Pero cuando su amigo alzó de nuevo la cara, todo vestigio de dolor había desaparecido. La expresión era dura.

-Me has preguntado si puedo enterarme de quién envió al sayón a Sirhane. No es preciso que lo averigue. Ya lo sé.

-¿Fue el sultán o fue su bruja?

-Ni el gran señor ni su dama. Fui yo.

Ludovici sólo fue capaz de mirarle fijamente.

-Iba a revelar al Señor de la Vida la identidad de Julia y a acusarla de instigadora de los numerosos rumores que circulaban por ahí. Solimán no es hombre que perdone ni olvide fácilmente, como sabes. Hice lo que habrías hecho tú para protegerla.

Ludovici se vino abajo.

-¡Oh, Abbás!

-Puedes contárselo o puedes callarte, como te plazca.

-Sirhane era la única amiga verdadera que tenía. Va a ser muy duro para ella, Abbás.

-Era mucho más que una amiga, Ludovici. ¿Nunca sospechaste?

-¿Sospechar?

-Eran amantes, Ludovici. Eran amantes. Fueron amantes en el harén. Lo siguieron siendo desde entonces.

Ludovici cerró los ojos. Bueno, claro. Por supuesto. Durante todos aquellos años siempre pensó que quien se interponía entre ellos era Abbás. ¿Qué importaba? Hacia mucho tiempo que zanjó el compromiso. Un poco siempre era mejor que nada. Julia nunca fingió que le amaba. Lo que te duele ahora no es más que tu orgullo, se recordó. Sólo tu orgullo.

-¿No lo sabías? -dijo Abbás.

-Sí, lo sabía -mintió Ludovici. Pero, en el fondo de su corazón, deseaba matarla.

Ante Tabriz

El alguacil tiró de las riendas y detuvo su corcel a la entrada de la tienda de seda con el estandarte de siete colas de caballo: el pabellón del sultán. Había cabalgado día y noche desde Estambul. Se apeó de un salto de la montura y arrojó las riendas al caballerizo del sultán. Dos *solak* le escoltaron al interior de la tienda y, cuando estuvo frente al Señor de la Vida, se postró en el suelo.

El mensaje que llevaba fue entregado a Rústem Pachá, quien se lo leyó en voz alta al Señor de la Vida. Habían encontrado muerto a Qehangir en el Topkapi Saraya. Se había ahorcado.

Solimán echó hacia atrás la cabeza y emitió un grito de angustia que se oyó en todo el campamento y cuyos ecos repitieron las montañas circundantes; un grito de congoja y dolor por el futuro de los osmanlíes que puso un escalofrío a lo largo de la columna vertebral de la mayoría de los curtidos jenízaros.

Pera

Se sentaron juntos mientras la penumbra se disponía a caer; el renegado con su blusa de seda, la esclava con vestidura negra. Contemplaron el sol hasta que desapareció bajo la línea del horizonte y el mundo se tomó gris. Empezaron a fulgurar las luces por todo el puerto y los mástiles de los galeones turcos y de los caramuzales griegos empezaron a recortarse contra el fondo de color perla de las aguas del Cuerno como huesos que sobresalieran del barro. Pero ellos continuaron inmóviles.

-No creo una palabra -dijo Julia por fin-. El sólo trata de protegerme.

-Sólo te repito lo que me dijo -declaró Ludovici.

Julia negó con un gesto de cabeza.

-Sirhane no me pondría en peligro. Ludovici guardó silencio.

-No creo una palabra -repitió Julia-. Ni una sola palabra.

-Debes de haberla querido mucho -dijo Ludovici.

Julia volvió la cabeza para mirarle y aguzó la mirada para distinguir su expresión en la oscuridad. ¿Lo sabía? Sí, debía saberlo. El dolor estaba cincelado en sus facciones. Ella nunca había querido herirle así. ¿Qué le había dicho Sirhane? Acaso deberías aprender a quererle más.

Pero ahora no era posible hacer nada. Estaba demasiado afligida. Demasiado afligida.

-Abbás miente -afirmó.

Pero en el fondo de su alma sabía que aquello era verdad y su corazón sangraba.

NOVENA PARTE

9.-Muerte de un ruiseñor

Topkapi Saraya, 1558

¡Por la gracia del Altísimo, cuyo poder sea siempre glorificado! ¡Por los sacrosantos milagros de Mahoma, que Dios le bendiga! ¡A ti, que eres sultán de sultanes, soberano de soberanos, sombra de Dios sobre la Tierra, señor del mar Blanco y del mar Negro, de Rumelia y Anatolia, de Karamania, de la tierra de Rum, de Diabek ir, del Kurdistán, de Azerbaiyán, de Persia, de Damasco, de Alepo, de El Cairo, de La Meca, de Medina, de Jerusalén, de toda la Arabia, del Yemen y de las muchas otras tierras que mis nobles e ilustres antepasados (¡que Dios ilumine sus tumbas!) conquistaron por la fuerza de las armas y que mi augusta majestad ha sometido a mi flamígera espada y a mi hoja victoriosa, sultán Solimán Kan, hijo del sultán Selim Kan.

Padre.

Mediante diversos comunicados orales y escritos he apelado a mi señor para solicitar su intercesión frente a quienes han tratado de difundir la calumnia contra mí. Dios sabe que jamás he pretendido que se me concediera favor personal alguno, a diferencia de otros que buscan ganarse la voluntad del ulema y la popularidad de la milicia para encumbrarse a sí mismos en estima y rivalizar ante nuestro propio padre bienaventurado. Me encuentro impotente ante sus intrigas, yo, que nunca he buscado otra cosa más que serviros. Todo lo que tengo es vuestro cariño y el de mi graciosa madre. Mi destino está por completo en vuestras manos. Sin embargo, porque no he intentado dirigir a los jenízaros ni me he pavoneado a lomos de mi cabalgadura, me encuentro a merced de quienes conspiran contra mí. Sé que nunca podré eclipsar la brillante luz que habéis proyectado a través del mundo.

Vuestra seguridad me preocupa enormemente, mi señor. Todos los días llegan a mí informes que aseguran que mi propio hermano ha sido visto, disfrazado, en la Puerta, donde habla con los jenízaros, en sus cuarteles, y esparce la semilla de la sedición y la revuelta. Ruego a Dios que esos informes sean falsos, porque para mí no hay descanso si sé que mi gran señor está en peligro...

Solimán apartó la carta y emitió un gemido de desesperación. Tenía un aspecto gris y apergaminado en su trono de oro batido, acurrucado entre los dos leones de oro, casi como si fuera presa de ellos y no su amo. Rústem aguardaba, silencioso, inexpresivo.

-¡Me lloriquea como una mujer! -dijo Solimán.

-Teme a Bayaceto.

-Tiene motivos. Bayaceto es un león. Un auténtico *ghazi*.

-Vos lo decís, mi señor.

-¿Y qué te cuentan de Selim tus espías? ¿Sigue bebiendo demasiado vino?

-Se pasa la vida sentado a la mesa o cazando.

Solimán ejecutó un movimiento impaciente con las manos.

-¡Y quiere que le proteja de Bayaceto!

-Cuando llegue el momento, mi señor, Bayaceto le arrebatará el trono.

-Cuando yo haya muerto, dejemos que sea Dios el juez.

Solimán cerró los ojos. Había confiado en que, de una manera o de otra, concluyese definitivamente el derramamiento de sangre que acompañaba a la línea sucesoria de los Osmanlí, pero al ejecutar a Mustafá no había hecho más que asegurarlo. Existía un dicho *ghazi:* Lo que ha sido, será. Su padre había asesinado para acceder al trono. Al parecer, sus hijos

iban a hacer lo mismo, pese a todos los esfuerzos que él había realizado para evitarlo.

No entendía por qué aquellos jóvenes buscaban con tanto ardor el poder. Por su gusto, él no lo habría tenido. La circunstancia de que su padre no viviera más tiempo fue su mayor pesar. Durante los últimos años, el manto de los *ghazi* había descansado sobre sus hombros como un yugo abrasador.

El trono no sólo le había costado perder a Mustafá: al cabo de unas semanas, Qehangir se había ahorcado. ¿Por qué? ¿A causa del dolor que le había producido la muerte de su medio hermano? ¿O impulsado por el terror a su propio padre?

Intentó ahuyentar de su imaginación tal pensamiento. Rústem le observaba, con aire paciente. Solimán señaló la carta caída en la alfombra, entre ellos.

-¿Hay algo de verdad en las afirmaciones de Selim? ¿Ha estado Bayaceto en Estambul?

-Mis espías no me han dicho nada de eso -repuso Rústem. Solimán asintió con expresión grave. Si Rústem lo ignoraba, entonces no había sucedido. No obstante, en lo que Selim manifestaba había una semilla de verdad: en efecto, Bayaceto había heredado el papel de paladín de los jenízaros. Por supuesto, así debía ser: un sultán no podría asumir el trono sin su ayuda. Sin embargo, no dejaba de haber también peligro por ese lado, si Bayaceto se tornaba impaciente.

-¿Quién ha de ser, Rústem? Selim es el mayor. El trono debería ser para él. Es el *shahzade*.

-Bayaceto es vuestra única opción, mi señor –opinó Rústem.

Solimán asintió. Era propio de la naturaleza de Rústem mostrarse tan desapasionado sobre aquella cuestión como en lo relativo a las finanzas y reglamentaciones. La hidropesía le había afectado de manera cruel en el curso de los años recientes y el edema le había hinchado el rostro y las extremidades, pero los ojos continuaban como siempre: grises y fríos. En su libro mayor no había espacio para que el sentimentalismo alterara cualquier decisión.

-Bayaceto no te profesa ningún cariño, Rústem.

-No estaré aquí para temerle, mi señor.

Típico de él, hablar de su propia muerte con la misma falta de vehemencia.

-Ese no creo que fuera el caso, Rústem, puesto que te encargo la última misión. Cuando yo haya muerto, envíale un alguacil a Manisa, a lomos de un caballo rápido, para que avise a Selim y le diga que se apresure a tomar la ciudad. -Hizo una pausa y la gota de la rodilla le obligó a esbozar una mueca de dolor-. Luego despacha a otro alguacil, en un caballo todavía más veloz, para que vaya a comunicar a Bayaceto que el trono pertenecerá al mejor de los aspirantes a él. A cambio de eso, cuando Bayaceto sea *padishah*, no dudará en olvidarse del desagrado que le inspiras.

-Se hará como ordenáis, mi señor.

Decidido, pues, pensó Solimán. Que Dios elija. Él, Solimán, había hecho cuanto estaba en su mano. Había redactado las leyes que constituirían la salvaguardia de la dirección futura del imperio. Tal vez el imperio sobreviviría a otro guerrero; o incluso a un borracho, si llegaba tal circunstancia.

Con todo, aquél sería su verdadero legado: sus dos hijos disputándose el imperio como buitres que picotearan los ojos de un cuerpo que aún no estaba muerto del todo.

¡Que Dios me ayude en este doloroso trance!

Pera

Estaba sentado a solas en la amplia sala, con la mirada fija en los troncos que ardían en la chimenea. Julia se le acercó por detrás y apoyó la mano en su hombro.

-Pareces preocupado.

-Estaba pensando... Me preguntaba qué ocurrirá cuando Solimán deje de ser sultán.

-¿Has oído rumores?

-Es viejo y está enfermo. Ha gobernado la Gran Puerta durante treinta y ocho años. Nadie vive eternamente. Incluso la sombra de Dios sobre la Tierra tiene que morir.

-Supongo que le echarás de menos -sonrió Julia.

Ludovici también sonrió.

-No soy más que un humilde mercader. En lo que a mi concierne, podrían nombrar sultán a un camello. Pero los cambios y la incertidumbre me ponen nervioso. Me gusta saber en todo momento a quién tengo que sobornar y cuánto puede costarme.

-¿Quién le sucederá, Ludovici?

-Imagino que la señora Húrrem tendrá algo que decir en esa cuestión.

-Tal vez se proclame sultana ella misma.

Ludovici hizo una mueca.

-Dudo mucho que pudiera manipular el asunto hasta ese extremo. No, tiene que ser Bayaceto. ¿Cómo iba a ser Selim? Ese individuo es un total depravado. Seria un excelente *bey* de Argel... ¿pero sultán? Nunca desearía a los turcos una cosa así. -En la chimenea, un tronco se partió y cayó-. Se la desearía quizá a los venecianos, pero no a los turcos.

-¿Y Rústem Pachá?

-Bayaceto preferiría ahogarse en un barril de pez hirviente que tenerlo como visir. Además, también se está haciendo viejo. Pronto cambiará todo. Un nuevo sultán, un nuevo visir. Puede que, durante una temporada, obliguen a cumplir la ley a rajatabla, en cuyo caso mi negocio se verá seriamente perturbado.

El viento ululó, sacudió las ventanas y un soplo avivó las brasas del hogar.

-Estoy segura de que seguirás prosperando, Ludovici.

-Es posible. Pero la incertidumbre me revuelve el estómago. Uno nunca puede estar seguro de lo que van a hacer los Osmanlí. El Diván es un nido de víboras, Julia, y nadie sabe nunca cómo va a salir el siguiente desove.

Topkapi Saraya

La helada escarcha relucía en las cúpulas y semicúpulas de palacio. Sin derramar calor, el sol brillaba en un cielo azul claro. Húrrem olfateó el viento del norte, tratando de percibir efluvios de la estepa, pero el aire era

tan gélido como las aguas negras del Bósforo. Se estremeció y ciñó más sobre sus hombros el manto de armiño, pero en aquellos días nada lograba expulsar el frío de sus huesos. Envejecía.

Guareció los pies bajo el *tandir*, el brasero de carbón vegetal colocado bajo la cuadrada superficie de la mesa, frente a ella. Pero era como si ya no pudiese sentir el calor. ¡Todo estaba tan frío!

Contempló la ventana enrejada, miró de nuevo hacia el norte, más allá del niar Negro, hacia la estepa, oculta al otro lado del horizonte color violeta. Cerró los ojos y su espíritu abandonó a la mujer de edad que dormitaba junto a la ventana para volar libremente por encima de las aguas y flotar sobre el caravanserrallo de Uskudar. ¡Uskudar! Sí, lo recordaba bien.

El *han* de piedra con la fuente central, adonde había llegado treinta y cinco años atrás. Se vio a sí misma: una muchachita de pelo cobrizo, lengua llena de veneno y fulgurante desafío en los ojos. Se echó a reír. ¡Miradla! ¡Debería haber sido cebo para los peces del Bósforo! ¿Cómo había llegado a *kadin* una testaruda impertinente como ella?

Pero la jovencita había quedado ya muy atrás, perdida en el horizonte. Su espíritu aún flotaba y, por debajo, estaba el Kara Deniz, el mar Negro, una superficie que era como una lámina de acero, salpicada por los minúsculos puntitos de los caramuzales. Luego se vio sobrevolando de nuevo la tierra firme, como un ave carroñera, y divisó a sus pies a una tribu de tártaros, las pieles de sus *kabitkas* y sus carretas, que aparecían como bultos negros sobre la hierba, así como sus mujeres, que ordeñaban cabras y ovejas, y sus hombres, que se dirigían hacia ellas al galope, a través de la estepa. Agitó la mano y su madre desvió la mirada de la cabra que estaba ordeñando y le devolvió el saludo.

Húrrem echó a correr hacia ella, entre carcajadas.

Su padre, que también se reía, la cogió, la levantó en peso para acomodarla en la silla de su caballo y la llevó, provocando rociadas de agua, por las islas llenas de cañaverales del Dniéper hasta dejar atrás los gigantescos dedos y cúpulas de las mezquitas y los catafalcos; entonces vio una gran ciudad de tiendas y caballos y oyó las flautas de los gitanos...

-¡Mi señora!

Húrrem se despertó bruscamente y su cuerpo dio un respingo como si le hubieran chamuscado la carne con un cuchillo al rojo vivo. El corazón le martilleaba en el pecho y un sudor oleaginoso perlaba su semblante. Muomi la estaba mirando, al tiempo que le sacudía un brazo.

-¿Qué pasa? -preguntó Húrrem.

-Estabais gritando, mi señora. ¿Todo va bien?

-Gritando?

-¿Estabais dormida?

-Estaba dormida -repitió Húrrem, y el desencanto le hizo temer que pudiera ahogarse.

-¿Os encontráis bien, mi señora? -preguntó Muomi, sin ningún interés.

-Retírate.

Muomi ejecutó el sala'am y abandonó la estancia.

Húrrem hundió los hombros, dominada por el cansancio, y rompió a llorar, al principio en silencio. No había querido volver. Comprendió que había sido feliz, la primera auténtica felicidad que le era posible recordar desde que llegara allí. Y había sentido calor.

La lucha por sobresalir e imponerse a las demás mujeres no le había servido de nada. Ah, había sentido alivio cuando Solimán la eligió por primera vez y había disfrutado de una gélida satisfacción posteriormente, al ganarle la partida a GúIbehar…, aunque Dios sabia que había sido una pobre victoria.

En realidad, no le había proporcionado verdadera dicha. Tal vez porque sus auténticos enemigos no eran las mujeres, sino los hombres.

Y Solimán. Le odiaba tanto ahora como el día en que la eligió, treinta y cinco años atrás. No, antes. Le odiaba desde el primer día de su esclavitud en el dervichado, en que la sacaron de la aldea con un grillete en la muñeca. El poder o el afecto que le prodigó el sultán no hicieron su odio menos virulento: seguía anidando allí, en las profundidades de su alma, un amargo veneno verde, cuya potencia no había disminuido con el paso del tiempo.

Pero no era el frío ni eran los recuerdos lo que la había puesto de mal humor. Era el ruisenor.

Un presente de Solimán, que se lo regaló el día de su boda, en una jaula de cedro con incrustaciones de ónice y nácar. Desde entonces, el pájaro no había dejado de cantar ni un solo día. Aquella mañana, se lo encontró caído en el suelo de la jaula, rígido y frío. Lo cogió con ademán amoroso, se lo puso en el hueco de ambas manos y contempló sus ojos inmóviles.

Su primera reacción no fue de dolor, sino de pánico. Mientras lo contemplaba, el pájaro cantó para ella por última vez. Mi vida es tuya, trinó. Viviste tus días conmigo, en este precioso palacio de ónice y nácar, y el sultán te admiró, te disfrutó y se maravilló de tu canto y tu belleza. Pero pronto llegará el día en que, lo mismo que ha ocurrido conmigo, tus ojos sin vida mirarán la aurora y no sentirás su calor. Todo estará concluido. Tu vida habrá pasado. La puerta de la jaula no se abrirá. Tu canción se perderá en el aire y el olvido caerá sobre ti.

Húrrem había pensado que algún día iba a ser la *valida*,la madre de un sultán, y que entonces tendría auténtico poder. Sería fácil manipular a Selim. Tras la destrucción de Mustafá, hubo un momento en que pensó que tal vez no viviría para ver a un hijo suyo en el trono. Hasta ahora. Ahora.

Y ahora ya no le importaba. Todo el poder conseguido de manera tan laboriosa se había desmenuzado entre sus dedos como arcilla. Al final, sólo era una esclava. Sin embargo, todavía estaba a tiempo de lanzar su maldición sobre la Casa de los Osmanlí y su arrogante descendencia masculina. Todavía tendría su desquite: una dulce justicia que saborearía en su tumba durante los decenios, quizá los siglos venideros.

Sí, sí. Por supuesto. Querían a Bayaceto. Si se le permitía utilizar sus recursos, Bayaceto batiría con toda seguridad al pobre y gordo Selim en la carrera hacia el trono. Bayaceto era el fuerte, el caudillo, el *ghazi.* Selim, que ella supiese, era hijo de un eunuco blanco.

De modo que les daría a Selim.

Muomi irrumpió de forma precipitada en la habitación y, al ver a Húrrem despierta, se dejó caer de rodillas, a regañadientes.

-Mi señora, me ha parecido oiros gritar otra vez.

-Me estaba riendo, Muomi.

-¿Riendo, mi señora?

-Sí, riendo, pequeña Muomi. Vuelvo a sentir el calor. Llévate el *tandir* y déjalo junto a la puerta. Creo que hay primavera en el aire.

Las cúpulas y torres de la mezquita de Súleymaniye se elevaban en la ciudad como una montaña de mármol gris: la plegaria de un hombre que implora la misericordia de Dios convertida en piedra. A su alrededor, se apiñaban otros edificios: comedores de beneficencia, hospitales, baños públicos, un caravanserrallo, una biblioteca, escuelas y jardines. Había también cuatro universidades, en las que impartían clase los más competentes profesores de teología y derecho de todo el imperio. Su coste había sido de setecientos mil ducados, el rescate de un rey, y representaban la absolución de un sultán culpable
del asesinato de su hijo.

Tal vez.

Solimán observó aquel complejo a través de las rejas de las ventanas del aposento de Húrrem, con las manos sobre los hombros de la mujer.

-Es magnífico, mi señor. Dentro de mil años, los hombres lo contemplarán maravillados y lamentarán no haber nacido en una época como la nuestra.

-Es posible, pequeña ruselana -murmuró Solimán.

Sus manos la apretaron un poco más. Húrrem era frágil. Se asustó al palpar la forma de sus huesos a través de la seda y el brocado. Sabia que había estado enferma, pero se esforzó en pasar por alto los síntomas. Comprender que acaso se encontrase enferma de verdad le puso al borde de un negro abismo de terror.

La observó con más atención. Se tocaba con un pequeño gorro verde, un *taplock* como el que lucía la primera vez que la viera, pero ahora constituía un eco burlón de su juventud. Bajo el kohl, la alheña y el colorete, la piel estaba apergaminada, fina y reseca, hasta el extremo de que tuvo la impresión de que, si la tocaba con cierta rudeza, se convertiría en polvo entre sus dedos. Tenía las mejillas hundidas bajo los pómulos y el perfil del cráneo era claramente visible a la penetrante claridad de los tempraneros rayos del sol de la mañana. La cabellera había perdido gran parte de su oro; las raíces del pelo tenían un tono blanco lechoso, como el del cielo de un amanecer invernal; sólo los verdes ojos mantenían su viveza y mostraban aún toda su intensidad.

La apretó contra sí como si pudiera protegerla de la misma muerte con su voluntad y fuerza corporal. Comprendió que la amaba más que nunca. En el transcurso de los últimos años la pasión física se había visto reemplazada por la comodidad espiritual, por una sensación de bienestar e intimidad, en su presencia, que no compartía con nadie más. ¿Cómo podría vivir ahora sin ella? La mera idea le resultaba intolerable.

-Es una gran obra, mi señor -susurró Húrrem. No había adivinado la dirección de los pensamientos de Solimán. Ella todavía proyectaba su atención sobre la Suleymaniye.

-Algún día nuestros huesos descansarán ahí, unos junto a otros -dijo Solimán, y pensó: ¡Confiemos en que ese día tarde muchos años en llegar!

-¿Así que nunca escaparé del Eski Saraya? ¿Volveré algún día a la colina que domina el mercado de esclavos donde me comprasteis?

-Donde el destino te llevó a mi -corrigió Solimán, alarmado por la extraña nota de amargura que matizaba la voz de Húrrem-. ¿Te encuentras bien, pequeña ruselana?

-He perdido un poco el apetito.

-¿Tengo que avisar a mi médico para que te dé un elixir?

-Me atiende Muomi, mi señor. No tardaré en recuperarme. Cuando llegue la primavera.

El viento del norte, la tramontana, ululó a través de los muros de piedra como un duende y Solimán se estremeció bajo el manto forrado de marta cebellina.

-Debes cuidarte más.

-No os preocupéis, mi señor. Debemos esperar que, al envejecer, suframos algún que otro achaque.

Solimán no estaba dispuesto a seguir con una conversación en la que se abordase la mortalidad de Húrrem.

-He hablado con Rústem -cambió de tema con brusquedad-. Sobre la sucesión.

-¿Qué habéis decidido, mi señor?

-Cuando llegue el momento, los dos serán informados. Dejemos que Dios decida.

-Si hay que decirselo a los dos, Dios no tendrá nada que decidir. Bayaceto reclamará el trono. -Húrrem se apartó de la ventana y se apoyó en los hombros de Solimán-. ¿Me ayudáis a llegar al diván, mi señor?

Solimán hizo una seña a la *gedihli* indicándole que se retirara, y ayudó a Húrrem a cruzar la estancia. Le sorprendió la levedad de su cuerpo sobre el brazo, como si estuviera hueca por dentro y sólo quedase de ella la envoltura exterior. ¿Cuánto tiempo llevaba así?, se preguntó. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que la había visto? No más de una semana. ¿Cómo podía haberse debilitado tan deprisa?

La ayudó a colocar los pies bajo el *tandir* y a apoyar la espalda en los cojines.

-Gracias, mi señor.

-Debería avisar al médico.

-No es nada. Un pequeño resfriado. -Una de las *gedihli* le puso una colcha sobre las rodillas. Una vez acomodada, Húrrem añadió-: Mi señor, querría tratar algo más extensamente ese asunto. Son mis hijos, conozco sus corazones.

Solimán se sentó a su lado en el diván y le cogió la mano.

-Pequeña ruselana, Selim es un hijo afectuoso, pero nunca será un gran sultán. Bayaceto es el *ghazi.*

-Es un guerrero. Al menos, gozará de popularidad entre los jenízaros.

-Sin los jenízaros, un sultán no puede gobernar.

-¡Los jenízaros! Para quienes vos no tenéis más que desprecio.

-Hay ocasiones en las que un sultán se ve obligado a usar la espada, aunque desdeñe la guerra.

-Bayaceto no sabe hacer otra cosa. Se pasaría toda la vida en la silla, si pudiera. Mi señor, no digo esto para condenarle, sino sólo para que hagáis una pausa. Selim es el shahzade. Puede que no sea un guerrero como su hermano, pero en el Diván puede comportarse como un auténtico caballero. Vos mismo habéis dicho que lo que garantizará el futuro de los Osmanlí es la ley, no la espada.

-Pequeña ruselana, debemos plantar cara a la realidad. Selim es un depravado y un borracho. En raras ocasiones asiste a su propio Diván en Manisa. ¿Debemos confiar en que cambie si se convierte en *padishah?*

-Si Bayaceto accede al trono, Selim morirá.

-Deja que Dios decida. Rústem tiene sus órdenes. Cuando llegue el momento, se enviará un alguacil a cada uno de ellos. En esto, no me harás cambiar de idea.

Húrrem respondió agachando la cabeza y apretándole la mano.

-Como digáis, mi señor. No voy a poner en tela de juicio vuestra sabiduría. Rezaré por mis dos hijos.

Solimán la abrazó, mientras un terrible dolor sordo le oprimía el pecho. Por favor, pequeña ruselana, no me dejes. ¡Ya no puedo vivir sin ti! Eres lo único que da significado a mi vida. Asesiné a mi mejor amigo y ejecuté a mi hijo para preservar el sultanato de los Osmanlí. Sin embargo, jamás he traicionado mi amor por ti. Mi corazón sabe que has sido lo único sincero y bueno que he tenido. Permiteme conservarlo un poco más. Sin eso no puedo descansar.

No me abandones, pequeña ruselana. No me abandones.

Topkapi Saraya

Muomi estaba con ella cuando se cayó.

Húrrem se había aventurado a salir al balcón de su aposento para escuchar a los ruiseñores y mirar a través del Bósforo, como hacia todas las mañanas. De pronto, soltó un grito y Muomi la cogió en brazos. Las doncellas de Húrrem acudieron presurosas a ayudarla, pero cuando la acostaron en el diván, la mujer estaba inconsciente y su respiración era jadeante y entrecortada.

Galata

Ludovici había recibido un recado en el que se le instaba a reunirse urgentemente con Abbás en la casa judía. Abbás se estaba retrasando.

Cuando por fin llegó, su talante no manifestaba la perentoriedad que Ludovici había esperado. Tras las chanzas de costumbre, sus cuatro pajes le ayudaron a bajar su inmenso volumen hasta el suelo. Se sentó en silencio, con la atención puesta en los pastelitos amontonados en la bandeja de plata dispuesta frente a él. Cuando hubo dado cuenta de ellos, introdujo con delicadeza los dedos en el cuenco de plata que otro de los sirvientes de Ludovici había traído. Eructó con cortesía en un pañuelo de seda que extrajo de los abundantes pliegues de su vestidura.

-He recibido tu niensaje -dijo Ludovici.

-Eres impaciente -repuso Abbás-. Has vivido años y años con estos musulmanes y todavía no has aprendido el sencillo arte de la paciencia.

-El mensaje decía que esto era urgente.

Abbás suspiró.

-Si, es una cuestión urgente. Urgente en horas, no en minutos. Espero que degustes nuestro encuentro. Probablemente será el último.

-¿Qué ha pasado?

Abbás se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

-La señora Húrrem, la Risueña, agoniza.

-¿Estás seguro?

-Lleva muchos meses enferma. Ahora descansa en el lecho, con el olor de la muerte flotando a su alrededor. Es un olor inequívoco. Lo he percibido muchas veces.

-¿Y en qué me afecta eso a mí? ¿A qué tanta urgencia?

-¡Se trata de Julia, Ludovici! ¡Debes sacarla de Estambuí! ¡Ahora mismo!

-No la enviaré fuera de aquí.

-¡Por los ojos de Dios, Ludovici, te juro que en esta ciudad vive bajo la amenaza de la espada!

-No renunciaré a ella.

-¡No tienes que renunciar a ella! Sé que posees una finca en Chipre. ¡Llévala allí contigo!

-Su falta ocurrió hace veinte años. Pese a lo que digas, Solimán ya se habrá olvidado de ella. ¡No abandonaré todo lo que he construido aquí para huir de unas sombras!

-¡Puede que se haya olvidado de ella, pero en cuanto se entere de que está viva, considerará un deber y una cuestión de orgullo ante el Diván castigarnos a mi y a ella! ¿Crees que vacilará en dar la orden... sobre todo ahora? ¡Enviará a su verdugo incluso al interior de la *Comunitá Magnifica*! ¿Crees que le inspira algún temor el juez de Venecia?

-No renunciaré a cuanto tengo aquí.

-¡Por caridad, sácala de Estambul! Húrrem lo explica todo en un escrito de su puño y letra. Jura que, a su muerte, ese escrito será entregado al gran visir.

-¿Con qué objeto?

-Húrrem tiene sus razones!

-No la enviaré fuera.

-Entonces vete con ella, si no tienes más remedio.

Ludovici se echó hacia delante y sacudió la cabeza.

-Dejar todo lo que he conseguido, ¡para huir de unas sombras! Mírame, Abbás. Mira a tu amigo el bastardo. El pobre huérfano bastardo de mi padre. No era lo bastante bueno para los *togati,* para la educada sociedad veneciana. De modo que vine aquí y desde entonces he disfrutado de mi venganza introduciéndoles monedas de oro en la garganta. ¡Mira, aquí tienen que hacerme reverencias!

-No huyes de sombras, Ludovici. Pero si tanto te importan tus pertenencias, entonces tendrás que elegir... ¡o tu precioso imperio de almacenes y buques, o Julia! -Abbás tosió.

Un sonido cortante y húmedo en su pecho. Se llevó el pañuelo a los labios y, al apartarlo, Ludovici observó que una acuosa mancha roja lo teñía-
.

-Perdona. La tos me fastidia unos días más que otros.

Ludovici permaneció en silencio largo rato. Abbás esperó pacienteniente, sin efectuar el menor intento de interrumpir sus meditaciones.

-Está bien -expresó Ludovici por fin-. Obraré de acuerdo con tus deseos. Ahora, hazme un favor.

-Si está en ini mano.

-Mis caramuzales pueden entrar y salir de los Dardanelos a su voluntad. Nunca se les ha inspeccionado. Mi gratificación a Rústem constituía un pago generoso a cambio de ese privilegio. Si yo deseaba llevar pasajeros a bordo, se garantizaba la seguridad del pasaje.-Cogió la muñeca de Abbás-. Ven tú también. Si Húrrem denuncia a Julia ante Solimán, te traicionará igualmente a ti. ¡Lárgate de aquí ya! ¡Al menos, podrás vivir tus últimos años en paz!

Abbás desvió la mirada. ¿Paz? ¿Existía tal cosa?

-¿Dónde?

-Mañana al amanecer, en Galata. Allí estará uno de mis caramuzales. El león de Venecia ondeará en popa, pero estará boca abajo. El capitán habrá recibido las órdenes oportunas. Sube a bordo y apresúrate a bajar al camarote.

Abbás se preguntó: ¿qué tal será volver a sentirse libre?

-¿Adónde nos trasladarás? ¿A Chipre?

-Allí no hay muros de palacios, Abbás. Sólo viñedos y olivares. Por favor. Tanto como tú puedas desear la seguridad de Julia, deseo yo no sólo la seguridad de Julia sino también tu seguridad.

Abbás asintió.

-Gracias -musitó.

Volvió a toser y el dolor del pecho le arrancó una mueca. Dio una palmada y, al instante, los sordomudos se llegaron hasta él y le pusieron en pie. A continuación, Abbás se aferró a los pajes, jadeante todavía a causa del esfuerzo.

-Adiós, Ludovici.

Ejecutó un débil *temennah*.

-Mañana al amanecer.

-Sí. El principio de un nuevo día, quizá. -Se detuvo al llegar a la puerta y volvió la mirada hacia Ludovici-. Si no estoy allí, despídeme de Julia.

Y salió.

Topkapi Saraya

-Muomí.

La voz de Húrrem apenas era un susurro.

Muomi aplicó el oído a los labios de su ama para captar las palabras.

-Sí, mi señora.

-... Venganza.

-Si, mi señora.

-Me estoy.. muriendo.., pero luego... Solimán.., vendrá... a preguntarte.

-¿Qué debo decirle?

-Cualquier cosa... lo que le haga... más daño.

Muomi sonrió.

-Sí, mi señora.

Pera

Julia nunca había visto así a Ludovici. Estaba derrumbado en la silla de roble de su estudio, con los hombros hundidos. Se acariciaba el pelo de la barba, con la mente sumergida hasta el fondo de algún tormento íntimo.

Julia aguardó pacientemente a que Ludovici hablase. ¿Qué podía ir mal?, se preguntó. Y luego llegó a una conclusión: Abbás. Y eran malas noticias.

-Te envío de viaje -dijo Ludovici de pronto.

-¿Cómo?

-Debería haberlo hecho hace años. Es por tu propia seguridad.

Una oleada de indignación anegó a Julia. De nuevo era un simple peón, otra vez la trasladaban de un lado a otro por el Mediterráneo, como si fuera un objeto de placer para otro hombre.

-¿Qué peligro puede acecharme?

-Cabe la posibilidad de que el sultán se entere de que estás aquí.

-Pero todo aquello ocurrió hace muchos años...

-Abbás tiene la certeza absoluta. No está olvidado. El gran visir no tardará en saberlo y Solimán no tendrá más remedio que actuar.

Ludovici estaba sentado de espaldas a las ventanas. Más allá, el Kubbealti, sobre la Punta del Serrallo, recortaba su silueta contra el cielo. Es un patético apunte de su dilema, pensó Julia. El poder del Diván se interfiere siempre en su vida.

-¿Adónde quieres que vaya?

-Tengo una finca en Chipre. Allí estarás bien atendida.

Julia trató de imaginárselo. Otra vivienda solitaria, unas viñas, cierto número de sirvientes, acaso unos cuantos libros y el bordado para entretenerse. A todos los efectos, un monasterio. La perspectiva le resultaba insoportable.

Levantó la mirada hacia Ludovici y comprendió que le echaría de menos. ¿Cuándo había ocurrido? Con Abbás había actuado el ímpetu de la juventud, el peligro de un noviazgo prohibido; con Sirhane fue el arrebato del placer desatado y, sí, pensó, una liberación que le permitía desembarazarse de la necesidad de hombres, una dulce y madura venganza. Pero a la muerte de Sirhane empezó a comprender lo que era Ludovici: un hombre mortal que la amaba incluso hasta más allá de su capacidad para demostrarlo. Aunque se había convertido en su esposo, ella no se había entregado a él como lo había hecho con Sirhane; ni siquiera como hiciera una vez con Abbás. Sin embargo, Ludovici llegó a ser su compañero, su refugio y hasta podía alcanzar la condición de amigo. Echaría en falta el calor de su cuerpo en la cama, su ingenio, su vigor. No, concluyó. Ahora no puedo estar sin él.

-¿Quieres que me vaya? -le preguntó.

-No -contestó Ludovici-. Eso es lo último que deseo.

-Entonces no me iré.

-No lo entiendes, Julia...

-Lo entiendo perfectamente. Pero no quiero dejarte.

La miró, sorprendido.

-¿Por qué?

-Quizá porque te he cogido cariño.

-¿Qué?

Los labios de Julia se entreabrieron en una tensa y triste sonrisa.

-¿Tan difícil resulta creerlo?

-Sí. Si, tan difícil. No esperaba oírlo.

-Me iré, si me acompañas. Si no vienes conmigo, me quedaré aquí. Lo he decidido.

Ludovici se levantó y fue hasta la ventana, donde se detuvo y se quedó de pie, de espaldas a Julia. *Corpo di Dio*! Había esperado tanto tiempo un momento de pasión con ella, que la tranquila entrega de Julia le había pillado desprevenido por completo. No sabía qué decir ni qué hacer. Por fin se había resignado a renunciar a algo que estaba convencido de que nunca había poseído en realidad. Y ahora aquello.

-No sé qué decir.

Oyó el susurro de sus faldas cuando Julia se acercó hasta detenerse a su espalda. Sintió sobre el brazo la mano de la mujer.

-¿Qué vas a hacer?

-No puedo arriesgarme a dejar que sigas aquí.

-Entonces, ¿vendrás conmigo?

-Sí. Es posible que me guste Chipre. Tal vez me dedique al cultivo de la uva, a broncearme y a que el sol me arrugue la piel.

-Parece que no te gusta demasiado.

-Dejaré la dirección del negocio en manos de mi encargado. Si luego resulta que Abbás se ha equivocado, dentro de unos meses podremos volver a nuestro palacio. Si está en lo cierto, entonces... -Se encogió de hombros-. Tal vez el renegado bastardo veneciano demuestre que es alguien.

Dio media vuelta. Julia le sonreía.

Se acordó de la primera vez que la vio, con Abbás, en la iglesia de Santa María de los Milagros. La imagen vestida de terciopelo, como Abbás la había descrito en cierta ocasión, ya no era el ángel que fuera en otro tiempo. La edad, el pecado y la debilidad mortal la habían deteriorado.

Pero él la quería todavía, como siempre la había querido. Y, al final, ella le deseaba. Y, en definitiva, eso era suficiente.

Abdulla Ah Osman, el médico particular de Solimán, era un hombre desdichado. Solimán le observó desde el diván con expresión fiera y desesperada.

-Debes recetarle lo que haga falta. Si muere, te responsabilizaré de ello. Disfrutarás de una vista ininterrumpida de la próxima salida del sol desde un nicho de la muralla de la Ba'ab Humayun.

Ah Osman bajó la cabeza hasta tocar con la frente la alfombra de seda.

-Como digáis, mí señor. ¡Que Dios se apiade de mí!

Una guardia de eunucos, con los yataganes desenvainados, le escoltó a través de la gran puerta de roble y hierro que daba paso al silencioso santuario del harén. Dejaron atrás un enmudecido patio circundado por su claustro y subieron el tramo de estrechos escalones de piedra que llevaba a los aposentos de Hasseki Húrrem.

Cuando cruzaban la abovedada y amplia sala de audiencias, el médico ni siquiera lanzó una mirada a los grandes jarrones Ming, azules y blancos, a los dorados espejos de Vicenza o a los enjoyados incensarios que colgaban como fruta de la abovedada cúpula. El miedo obligaba a sus ojos a mirar hacia dentro. ¡Oh, que Dios protegiera su vida y le permitiese llegar a otra época, cuando el sultán no amase tanto a sus mujeres!

Una doble hilera de eunucos se alineaba a lo largo de su camino hasta el interior del dormitorio, de forma que no pudiese ver nada de lo que había al otro lado de ellos, pero el médico sabía que Húrrem estaba allí: su presencia, la quietud que la envolvía, llenaban toda la estancia. Los guardias que le escoltaron desde la sala de audiencias se detuvieron de pronto, permitiéndole adelantarse.

No se pronunció palabra y el médico se preguntó qué debía hacer.

De súbito, una mano asomó entre la doble fila de eunucos, pálida e inerte. La sostenían por la muñeca los regordetes dedos de ébano de un anónimo eunuco negro. Probablemente el *kislar aghasi*, presumió el médico. Supuso que la mano sería lo único que le iban a permitir examinar. Ah Osman avanzó un paso. Tomó casi con reverencia la mano que se le ofrecía, porque no ignoraba que era el único hombre, aparte del propio sultán, al que

se le había permitido tocarla desde que Húrrem entrara a alojarse entre los muros del harén. Ahora era la mano de una anciana, claro, con la piel sembrada de manchas del color del café derramado, piel fláccida sobre los huesos. Tomó el pulso de la sangre y calculó la temperatura de la piel, mediante la cual determinaría la de los órganos internos. Pellizcó la punta de los dedos con suavidad para percibir el ritmo de la circulación sanguínea.

«Su corazón late muy despacio», dijo para sí. «Se le enfría el cuerpo, aprestándose para la muerte.»

Tenía que apresurarse. Tenía que preparar un elixir que pudiera reavivar los órganos y acelerar la corriente de la sangre. No deseaba contemplar la salida del sol desde la Ba'ab i Humayun, por muy espléndida que fuese la vista.

-¿Se ha... ido... el viejo estúpido?

-Sí -le contestó Abbás. Los guardias habían salido de la habitación. Estaban solos. Resultaba extraño, pensó Abbás, haberla odiado tanto y admirar ahora su valor ante la muerte. Si él tuviese la misma fortaleza-. Sí, se ha ido.

-Me inspira.., tan poca... confianza... que ni siquiera le dejaría.., cortarme las uñas de los pies.

-No, mi señora.

El blanco de los ojos ya no era blanco; estaba teñido de amarillo y los ojos aparecían muy hundidos. Era casi como si la carne se le consumiera mientras él la miraba. Ningún elixir ni pócima del mundo iba a salvarla, decidió Abbás. Húrrem apestaba a muerte.

Sus labios se agrietaron en una sonrisa.

-Así que... después de todo... vas a verme.., muerta..., mi Abbás. Eso... debe... complacerte.

-Sí, mi señora -convino Abbás.

-Tu sinceridad.., es muy refrescante... todos... me dicen... que voy., a vivir.

-Me atrevería a afirmar que se equivocan de medio a medio, mi señora -murmuró Abbás.

Húrrem volvió la mirada hacia él con un movimiento lento y penoso.

-Tengo... un encargo... más... para ti.

-Me cuesta trabajo creer que estéis en situación de darme más órdenes, mi señora.

-¿Quieres... quieres... la carta?

Abbás se dominó a duras penas.

-Haced las paces con Dios, mi señora. ¡Los asuntos del mundo pronto dejarán de preocuparos!

Húrrem se las arregló para emitir una carcajada. La risa acabó en un ataque de tos que la dejó desesperadamente exhausta durante varios minutos. Por último, cuando logró recuperarse, susurró:

-No te falta... razón, mi Abbás. Muomi tiene... la carta. Le he... ordenado... que te la... entregue.

-Entonces, ¿de veras tenéis una carta?

-Claro que si... Nunca... amenazo en balde... Pero... no soy una mujer... vengativa. Ve... en paz..., mi Abbás.

A pudrirme en el infierno, pensó Abbás.

Se levantó, dispuesto a retirarse. Estaba seguro de que Húrrem no pasaría de aquella noche. Al amanecer él estaría a bordo de un caramuzal, navegando a través del mar de Mármara y, por fin, por fin, libre.

Pero cuando se puso en pie, la oyó musitar.

-¿No... odias... a estos turcos?

¿De veras había dicho eso? Abbás se agachó sobre ella y arrugó la nariz ante el hedor de corrupción.

-¿Mi señora?

-Con lo que nos han hecho... a mí... a ti. ¿No... los odias?

-Me duelen los huesos de puro odio.

Húrrem cerró los párpados. El esfuerzo que le costaba hablar la agotaba.

-Me convirtieron.., en una... esclava... Y de ti... hicieron... un bufón. -En fin, pensó Abbás, ni siquiera a punto de morir prefería la elegancia a la franqueza-. ¿No... te gustaría.., gozar de... cierta dosis... de venganza?

-¿Qué ha previsto mi señora?

-Preveo.., que Selim... será el próximo... sultán.

-¡No es posible que suceda tal cosa!

-¿Quién sabe... lo que va a suceder... mi Abbás? Tal vez puedas... ser útil todavía... -Trató de humedecerse los labios. Los tenía cortados y un poco de sangre acuosa afloraba en ellos-. Te dejo... en herencia... al servicio de mi hijo. Tal vez... puedas ayudarme... en este último empeño.

Volvió a cerrar los ojos y al cabo de un momento estaba dormida. Abbás se dispuso a salir del recinto. Volvió la cabeza otra vez para mirarla. Ahora parecía una criatura frágil y patética, pensó. Como la muñeca de trapo de una niña, echada encima de la almohada. ¿Cómo podía haberle inspirado tanto temor?

¿Y cómo podía él sentir de pronto tanta compasión por ella, en aquella hora final?

-Os ayudaré -murmuró-. Esta vez no tenéis que amenazarme. Me alegraré de hacer lo que pueda.

Abandonó la habitación y cerró la puerta con sigilo.

Mar de Mármara

-¿Por qué no ha venido? -preguntó Julia.

Ludovici se apoyó en la barandilla del caramuzal, mientras contemplaba las cúpulas y torres de la gran ciudad, que se desvanecían entre la neblina violeta de la mañana.

-No lo sé. Jamás he entendido las razones que impulsaban a Abbás a hacer algo.

-Pero dijo que iba a venir.

-También dio a entender que era posible que no viniese.

-¿Crees que aún estará vivo?

Ludovici meneó la cabeza.

-Mis fuentes de información dentro de la Puerta me lo comunicarán cuando llegue el momento. Si le han matado, lo mejor que podemos hacer es no entretenemos más. Y si se encuentra sano y salvo y ha optado por no venir... Bueno, nada le hará cambiar de idea, una vez tomada su decisión.

Reflejos de oro rielaron sobre las aguas cuando el sol se elevó en el cielo. El caramuzal cogió el soplo de la brisa de la mañana y se deslizó frente a las islas, hacia los Dardanelos y el Mediterráneo. Julia evocó aquella otra

mañana en que divisó por primera vez la ciudad que la había encarcelado y liberado. Hacia una eternidad. Resultaba imposible comprender que tal vez nunca más volviese a ver aquel horizonte de alminares y cúpulas.

-Rezaré por él -dijo Julia.

Apoyó la mano en la de Ludovici. El aire era salado y limpio. Se despidió en silencio de Abbás y de Sirhane y tuvo la sensación de que el pasado se desprendía de su alma, como una piel vieja y marchita.

Topkapi Saraya

Húrrem se moría.

Fue evidente para él, incluso mientras entraba en la habitación. La mujer apoyaba la espalda en las almohadas; Muomi le había trenzado el pelo con perlas, tenía el gorrito verde prendido con horquillas de la cabellera y vestía un caftán de la seda más inmaculadamente blanca, como una concubina a punto para su primera noche con el sultán. Era una absurda caricatura de su juventud y, al verla, a Solimán le entraron deseos de gritar. ¿Qué pretendían hacer con ella? ¿No le tenían el menor respeto? ¿Se trataba de alguna especie de broma cruel?

A duras penas podía reconocerla. La carne daba la impresión de haberse disociado de los huesos, de forma que los rasgos que individualizaban su rostro ya no estaban allí. Era como si no fuese más que una calavera recubierta por una leve piel transparente, con un cuerpo encogido y diminuto, como la muñeca de una niña.

Muomi y Abbás permanecían agachados al lado de la cama, con el rostro sombrío debido a la aprensión. Temían por su propia vida, sin duda, pensó Solimán.

Santo Dios, se estaba muriendo de verdad.

-Pequeña ruselana... -musitó.

Se abrieron, temblorosos, los párpados de Húrrem.

-Solíman.

Los otros se apartaron de la cama. Solimán se sentó en el borde del colchón y cogió la mano de Húrrem. Estaba fría como el mármol.

-No me dejes -murmuró.

-Soy libre, Solimán. -La voz había perdido toda suavidad; tenía un tono ronco y metálico, como el chirrido de una lima sobre el hierro.

-No me abandones.

La boca de Húrrem se plegó en un arco.

-Estúpido.

Solimán se llevó a los labios los dedos de Húrrem y los besó con dulzura.

-Te quiero, pequeña ruselana.

-Creo... que sí. La vida ha sido... cruel contigo, Solimán. Pero... te lo merecías.

En las profundidades del estómago de Solimán algo se convirtió en hielo. Se preguntó si había oído bien, si entendía bien lo que Húrrern estaba diciendo.

-Qué has dicho?

-Digo que... te vayas al infierno.., y te cuezas allí a fuego lento.

Solimán la miró, horrorizado. Dejó caer súbitamente la mano de Húrrem, como si acabasen de declarar apestada a la mujer, y se levantó. Volvió la cabeza hacia el circulo de rostros que rodeaba el lecho.

-¡Marchaos! ¡Salid todos de aquí!

Muomi y las otras gedihli se apresuraron a obedecer. Sólo Abbás titubeó en el umbral, con sus largas y negras facciones contorsionadas por la sorpresa y la confusión.

-¡Fuera! -insistió Solimán.

La puerta chirrió detrás de Abbás.

Cuando Solimán miró de nuevo a Húrrem, ésta sonreía. Si, sonreía, pensó él, si se podía llamar sonrisa a aquella mueca. Los labios se curvaban hacia atrás, dejando al descubierto la dentadura y mostrando una expresión de triunfo en aquel semblante de muerte.

-Pequeña ruselana...

-No soy... tu pequeña ruselana. Jamás te... he querido. Todos los días... de mi vida... te he odiado... Hasta las muelas... me dolían.., a causa de la intensidad.., de mi odio.

Solimán se agarró a la estriada columna dorada del dosel para sostenerse.

-Estás enferma, Húrrem. Pasaré esto por alto -dijo en voz alta.

-He sido tu prisionera.., lo único que podía hacer... era someterme a ti. Pero, ¡ah..., cómo te odiaba!

Solimán se tapó los oídos, desesperado.

-¡No voy a seguir escuchándote!

-¿Te has preguntado alguna vez.., por qué es Bayaceto...tan gran guerrero?... Pues, porque... ¡es hijo... de Ibrahim!

-¡No! ¡Eso es imposible!

-Confiaste en él... demasiado... estúpido... nunca llegaste a saber... qué hizo... a su regreso... de Egipto.

-¡No!

-De modo que ya ves.., éste es mi *waqf*... mi legado... para los Osmanlí. ¡Elige, Solimán! ¡Selim... o el hijo... del griego! Te maldigo y maldigo... a todo sultán que te suceda... hasta que tu imperio se desmorone... y se convierta en recuerdo y escombros.

-¡Basta! ¡POR FAVOR!

-¡Cómo... te odio!

-¡NOOOOOO! -La cogió por los hombros y la sacudió-. ¡Me amas! ¡Dilo! ¡Di que me quieres!

Solimán la miró a los ojos y vio que se apagaba la luz. El aleteo de un fulgor, como la llama de una vela agitada por la brisa, y luego la oscuridad. Solimán echó la cabeza hacia atrás y gritó. Después, con todas sus fuerzas, arrojó a Húrrem contra la cama. La mujer se desplomó de lado.

-¡NOOOOOO! ¡NO ES CIERTO!

De un manotazo, desprendió el *taplock*, el gorro, de la cabeza de Húrrem y las perlas que adornaban sus encanecidos cabellos se esparcieron por el suelo de mármol. Arrancó de raíz un mechón de pelo y se lo enredó entre los dedos.

-¡Noooooo!

Cogió un taburete, lo arrojó contra uno de los espejos de Vicenza y observó cómo se rompía en mil pedazos su propia imagen.

A continuación, se precipitó fuera de la estancia.

Cuando, más tarde, Abbás le encontró, Solimán estaba hecho un ovillo en su lecho. Lloraba como un niño. Los sirvientes se retiraron entonces, aterrados, sin saber qué hacer. Permaneció tres días acostado allí, sin dejar de llorar ni de gritar a los fantasmas que circundaban su cama. Cuando, por último, llamó de nuevo a Abbás, fue para ordenarle que cerrase a cal y canto los aposentos de Húrrem, para que nunca pudiera verse obligado a entrar en ninguna de las habitaciones donde había oído sus risas y disfrutado de sus abrazos.

DÉCIMA PARTE

El viento de Dios

Amasía, 1559

Los jinetes se lanzaron a galope tendido uno contra el otro; los cascos de los caballos repicaron sobre el blando suelo y lanzaron al aire, hacia atrás, gruesas pellas de barro oscuro. El primer jinete arrojó la lanza y su adversario trató de apartarse de su trayectoria inclinándose por un costado de la cabalgadura, pero la punta de la jabalina le golpeó de forma oblicua en la espalda. De las gargantas de los caballeros situados en un flanco del palenque se elevó un clamor de alegría. El ritmo de tambores y *zounas* aceleró su cadencia.

-Quieto -tranquilizó Bayaceto a su corcel árabe, que hacía cabriolas y agitaba las patas delanteras, inquieto a causa de la música y de los gritos de los jinetes que les rodeaban.

-Tres puntos más -sonrió Murat-. Una buena jornada para los Azules.

-Pronto tendremos que tirar lanzas de verdad -dijo Bayaceto.

Sonrió como un lunático y salió disparado hacia el centro de la arena, al encuentro de los dos jinetes verdes que se encontraban allí. Cuando los rivales se acercaban, Murat vio que la primera jabalina, lanzada antes de tiempo, pasaba inofensiva por encima de los hombros del príncipe, para perderse luego por debajo de la cabeza del caballo. Bayaceto hizo girar de pronto hacia la derecha su montura y el otro jinete se vio obligado a frenar bruscamente su caballo para que no chocara con el de Bayaceto.

Éste tiró de las riendas del corcel, que respondió de modo automático. Antes de que el otro jinete se diese cuenta de lo que pasaba, Bayaceto se colocó a su espalda y su lanza golpeó al verde entre los omoplatos. El hombre lanzó un grito de dolor y se desplomó sobre la cabalgadura.

Los espectadores situados alrededor de Murat se levantaron sobre los estribos y vocearon su entusiasmo. Bayaceto se acercó a la carrera y pidió otra jabalina a los pajes que iban de un lado a otro entre las patas de los caballos. El goce de la victoria arrebolaba su rostro. Su sonrisa, dedicada a Murat, se abrió paso entre la espesa barba negra.

-Bueno, ¿qué te parece, Murat?

-¡Me parece que avanzamos y que nos repartiremos un buen trozo de Pastel de Cebada!

Bayaceto se echó a reír. Se produjo un nuevo clamor de júbilo por parte de los jinetes que les rodeaban cuando la lanza de madera de otro miembro de su equipo alcanzó de lleno a un jinete de los Verdes y lo lanzó contra el blando suelo, con la sangre manando por un corte de la cabeza.

Aquel día eran invencibles. No podían perder. No parecía posible.

Ahora era una anciana dama. Bayaceto la encontró en los jardines del harén, en el quiosco rosa. El pabellón de madera estaba rodeado por una columnata de pilastras decoradas con hojas de oro. Las también adornadas ventanas y los dinteles en arco de las puertas parecían abrirse a una rosaleda en la que florecían capullos de rosa purpúreos, dorados y rojos.

Estaba sentada sola en el pabellón, donde reinaba un silencio sólo quebrantado por el uniforme clic, clic, clic del *tespi* de perlas que la mujer repasaba entre sus dedos, mientras movía los labios al recitar las oraciones de Mahoma. Llevaba un caftán de *seraser* rojo rubí con bordados de hilo de oro y una chaqueta de tela de color blanco inmaculado, adornada con plumas de cisne. El *yashmak* de muselina velaba su rostro, pero Bayaceto pudo distinguir las profundas arrugas que circundaban sus ojos y revelaban su edad. Los años no habían sido amables con la Rosa de Primavera. Sólo habían dejado en ella las espinas.

-¿Qué piensas hacer, Bayaceto?

-¿Qué puedo hacer, mi señora? Solimán no me brinda elección. Sin embargo, mi disputa sigue siendo con Selim, no con mi padre.

-Estás equivocado.

Bayaceto bajó la mirada sin decir nada. Era precioso aquel jardín, con su aire perfumado por el aroma de los rosales que rodeaban el pabellón. Un día demasiado perfecto para hablar de derramamiento de sangre.

Una gedihlí sirvió a Bayaceto un sorbete aromatizado, en una copa de cristal, y el hombre tomó un sorbo.

-Haga lo que haga, habrá guerra -dijo Bayaceto.

-¿Provocada por Selim?

-Los problemas de los Osmanlí no empiezan y acaban en Selim. Los bisnietos de los hombres que siguieron al Fatih hasta Estambul se sientan ahora en sus timares de Anatolia y ven a sus tribus *ghazi* gobernadas por personas a las que sus padres vencieron. El dervichado nos ha cargado con un ejército de burócratas. Sus propios esclavos cristianos los están expulsando de sus tierras. Mi padre ha olvidado las pieles de carnero de sus antecesores. Estas se enmohecen en la casa del tesoro, mientras el visir búlgaro decreta impuestos incluso sobre las hierbas, obliga a los caballeros feudales a abandonar sus tierras y él se llena los bolsillos. ¡Todo son gratificaciones, gratificaciones! ¿Qué ha sido de los *kanun* del propio Solimán, según los cuales todos los ascensos debían ser por méritos y nada más que por méritos? ¡Promulgó sus estupendas leyes y luego las olvidó! ¡Los auténticos Osmanlí vivían en tiendas de campaña y conquistaron su imperio sobre las sillas de sus monturas, no reclinados en divanes de seda mientras se dedican a contar sus alhajas!

Gúlbehar dejó que el tespi se deslizara entre sus dedos: clic, clic, clic.

-¿Te acuerdas del asesinato de Mustafá, Bayaceto? ¿Te acuerdas de lo que dijeron los jenízaros? «Nuestra esperanza desapareció con Mustafá.»

-Lo recuerdo.

-Necesitamos a otro Mustafá. -Dejó el *tespi* y clavó su mirada en los ojos del hombre-. Tú, Bayaceto. Eres muy parecido a él. Sabes cabalgar, sabes combatir, sabes mandar. Eres un verdadero *ghazi*.

-Si mi padre pensara lo mismo…

-Solimán fue mi señor durante muchos años, pero la verdad es que no reconozco al hombre en que se ha convertido. Ha olvidado que es un ghazi. Incluso ahora que la bruja ha muerto. ¡Mira lo que te ha hecho a ti! Te ha afrentado, te ha desterrado aquí, en Amasía, como hizo con mi hijo. ¡Sólo le ha faltado entregar el trono a ese gordo borrachín de tu hermano!

-Tiene perfecto derecho a ello. No sé cómo, pero Selim le ha embaucado. Con quien debo solucionar esto es con Selim.

-Es con Solimán. ¡Ten cuidado!

-Desde luego, no le quiero. Pero es mi padre y mi sultán.

-Tales fueron también las palabras de mi hijo.

-No sabe ha clase de hombre que es mi hermano. No tiene ningún sentido..

-Tampoco tuvo ningún sentido matar a mi hijo. Pero, de todas formas, lo hizo. Andate con cien ojos, Bayaceto. Ve con Dios.

Le tendió ha mano. Bayaceto la besó y se retiró.

Gúlbehar recuperó el tespi y volvió a sus silenciosas oraciones

¿Marchar contra Solimán? No, eso era inconcebible. Gúlbehar no era ruaás que una vieja amargada. Solimán estaba poniendo a prue!ba su temple, nada más. Debía saber que no le era posible dejar que Selim continuara en Manisa, a sólo cinco jornadas a caballo de la capital, mientras él vivía en un virtual exilio a casi un mes de camino hasta Estambul. Selim había jurado matarle si algún día llegaba a ocupar el trono. ¿Qué otra cosa podía hacer él, Bayaceto? Tendría que entrar en acción contra Selim. Era la costumbre, el estilo de los Osmanlí.

Seguramente su padre lo comprendería.

Topkapi Saraya

Solimán contempló con expresión pensativa a su gran visir, mientras permanecía sentado, casi del todo inmóvil salvo por el índice, que tamborileaba sobre el brazo dorado del trono. El sultán vestía un caftán sin mangas de color carmesí con franjas de oro atigradas y revestido de marta cebellina, sobre una túnica de brocado verde. Relucían esmeraldas en su turbante y en sus dedos. Pero parecía contraído dentro de toda aquella magnificencia, pensó Rústem; como si allí no hubiese más que una marchita cabeza gris encima de un bulto de estupendas prendas de ropa vacías. Sus mejillas estaban cubiertas por una densa capa de colorete que pretendía disimular su palidez.

-Ha sido la enfermedad -murmuró Solimán.

Rústem enarcó las cejas.

-¿Mi señor?

Solimán levantó la cabeza con un brusco respingo, como si se diera cuenta de pronto de la presencia de su visir.

-Ah, Rustem…

-He venido del Diván, mi señor.

-El Diván -repitió Solimán, como si tratara de recordar qué clase de cosa podía ser.

-Traigo malas noticias, mi señor.

-¿Bayaceto?

-Sí, mi señor.

Rústem se encontró desequilibrado una vez más; Solimán parecía estar al borde de la locura y, un segundo después, se mostraba lúcido y alerta. Llevaba ocurriendo lo mismo repetidamente desde el fallecimiento de Húrrem.

-¿Ha respondido al alguacil del sultán?

-Así es, mi señor.

-¿Y qué dice?

-Su contestación fue breve, mi señor. -Rústem sacó la carta de los pliegues de su túnica. Leyó el saludo formal-.Viene a decir, mi señor: "Obedeceré en todo lo que mande el sultán, mi padre, excepto en cuanto afecta a la cuestión que ha de dilucidarse entre Selim y yo".

Solimán dejó escapar un leve grito, como un animal cogido en una trampa.

-Ella estaba muy enferma. No hablaba en serio.

-¿Mi señor?

Solimán descargó el puño contra el brazo del trono.

-¿Por qué me desafía?

¿Qué otra cosa puede hacer?, pensó Rústem. Le has tenido desterrado en Amasia desde la muerte de Húrrem.

-Ha reunido un ejército en Angora -informó Rústem-. Dicen que los beneficiarios de feudos y los turcomanos acuden en tropel a unirse a él.

-¿Con qué propósito?

-Su propósito parece claro. Selim se ha quejado de que recibió, como regalo de su hermano, un delantal y un gorro de mujer. El mensaje no puede resultar más evidente.

-Debemos poner fin a esto, Rústem. ¡Mientras yo viva, deben obedecerme!

-Puede que exista un medio, mi señor.

-Dímelo.

-Restaurad a Bayaceto en Kútahya. Si no es allí, entonces en Konia. Pero al asignarle Amasia otorgáis vuestra sucesión a Selim. Si va, tiene que aceptar una muerte segura.

-¡Debe obedecerme!

-Si insistís en eso, no podremos evitar la guerra civil.

-Son mis hijos. ¡Todavía no estoy en la tumba! ¡Tienen que hacer lo que les diga!

-Me temo que no nos va a ser posible convencer a Bayaceto de que se contenga, mi señor. -Rústem titubeó-. Siempre tuve la idea de que deseabais que vuestro sucesor fuera Bayaceto.

-Pues tu idea era falsa, Rústem. Te haces viejo. Tal vez la hidropesía te ha podrido el cerebro.

Rústem tocó la alfombra con la frente.

-Como digáis, mi señor.

No estaba dispuesto a permitir que Solimán se percatase de lo penoso que le resultaba cumplir aquel gesto básico. Nunca permitiría que nadie advirtiera en él la menor debilidad.

-Dile a Selim que continúe hasta Konia, que se encargue de proteger nuestra ruta meridional hacia Siria y Egipto. Envía a Mohamed Sokolli en su apoyo, con un regimiento de jenízaros y treinta cañones. Al mismo tiempo, puedes ordenar a Pertew Pachá que se presente ante Bayaceto para intentar convencerlo de que regrese sin dilación al gobierno de Amasía y arrancarle una promesa de lealtad y fidelidad. No hay que permitirle que arrastre al imperio a una guerra, mientras continúe yo ocupando este trono.

-Como ordenéis, mi señor -dijo Rústem.

Se puso en pie lentamente y salió cojeando de la habitación. ¡Solimán está loco!, pensó. La muerte de Húrrem le ha desquiciado. Pero cumpliría las órdenes del sultán. Que se preocuparan sus hijos del sucesor de Solimán. Para entonces, él ya habría muerto.

-Estabas enferma -se dirigió Solimán al resonante silencio-. No querías decir lo que dijiste.

-La fiebre llenaba mi cabeza -dijo Húrrem-. Era el diablo quien hablaba por mí.

-Bayaceto es hijo mío -articuló Solimán.

-Claro que es hijo vuestro. Yo os amaba con todo mi corazón. Además, se me guardaba bien en el harén. Ibrahim no habría podido llegar hasta mi. Fue una mentira del diablo.

-Me quieres. Dime que me quieres.

-Erais mi señor, el Señor de mi Vida. Siempre os he amado con todo mi corazón.

Solimán alargó la mano para tocarla, pero Húrrem no estaba allí.

Cerró los ojos y notó las lágrimas, al rojo vivo, que descendían por sus mejillas. Lágrimas de dolor y de lástima por su propio corazón. La había amado durante treinta y cinco años, más que a cualquier otro ser viviente. Por ella había renunciado a su harén; además, la había convertido en su reina. Sin embargo, con sus últimas palabras, Húrrem le había condenado a aquel purgatorio.

Estaba enferma, claro. Debió de ser la enfermedad.

Pero no lograba desembarazarse del recuerdo. Las palabras se habían grabado a fuego en su cerebro y cada vez que creía que, a base de llanto y ayuno, había conseguido expulsarlas de la mente, empezaba a oír la voz de Húrrem, como si ella se encontrase en la misma habitación, e incluso la veía, tendida en la cama, con su semblante de alabastro blanco y fantasmagórico, mientras su voz chirriaba como el metal. «Te odio», susurraba la voz. «Siempre te he despreciado.»

-Mi pequeña ruselana, por favor…

Abrió lo ojos, con la esperanza de verla. Pero allí no estaban más que los guardias de palacio, sordomudos, ajenos a su sufrimiento, sus rostros tan inexpresivos como la piedra.

Pequeña ruselana.

Cerró los ojos de nuevo y evocó la primera vez que la vio, en el patio al que daban los aposentos de la valida en el antiguo Eski Saraya; el pequeño *taplock* prendido de la cabellera, con un infantil fruncimiento de cejas en el rostro mientras le daba a la aguja y el hilo del bordado. Una inocente chiquilla. Era incapaz de tanto odio. Fue Satanás quien habló por sus labios, se dijo a sí mismo; Húrrem se encontraba ya en el Paraíso cuando él oyó aquellas palabras.

Sin embargo, no podía estar seguro. La duda le corroía las entrañas como una úlcera que supurara y cada día se enconaba más. Tal fue el motivo de que desterrara a Bayaceto a Amasía. Ello significaba garantizar el trono a Selim, desde luego, pero era mejor un príncipe osmanlí alcohólico que romper para siempre la línea dinástica con el hijo de un traidor.

Aunque fuese un traidor a quien él tanto había querido.

Echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que una súbita cólera le hinchaba las venas del cuello y de las sienes.

-¡Maldito seas, Ibrahim! -gritó a la silenciosa bóveda-. ¡Maldito seas!

Y maldita seas tú también, Húrrem. Pero ni siquiera entonces fue capaz de pronunciar en voz alta aquellas palabras. Habría significado que toda su vida no había valido nada.

Angora

En primavera, Capadocia se inflama con la exuberancia de sus flores silvestres, una vez las lluvias han pincelado su miñada de colores sobre las estepas achicharradas por el sol. Bayaceto cabalgaba acompañado de su caballerizo, Murat, por la orilla de un arroyo, entre hileras de altos y larguiruchos álamos; a ambos lados se extendían los campos de colza amarilla y brillante y, al fondo, las lejanas colinas coronadas de margaritas azules.

Alcanzaron la cima de la estribación y contemplaron la llanura. El ejército de Bayaceto estaba acampado en las proximidades de la aldea, al pie de las grandes torres de la fortaleza de Hissar. Bayaceto notó la cálida carne del semental árabe, que vibraba bajo su cuerpo como si percibiese la excitación del jinete. El campamento se hallaba en plena oración; los hombres, arrodillados, formaban hileras semejantes a setos. Los turbantes oscilaban al unísono, millares, no, decenas de millares, fila tras fila.

En el curso de las últimas semanas habían ido llegando, procedentes de todas las praderas. Había kurdos de pantalones holgados y anchas fajas de color escarlata a la cintura, tocados con gorros de lana en lugar de turbantes; bandidos turcomanos con sombreros de piel y bucles de lana de oveja colgando en rizos alrededor de sus planos rostros asiáticos; *spahi* con penachos negros, que habían desertado de la Puerta en pequeñas bandas para unirse a la tropa del nuevo Mustafá; los *timariot* desposeídos de sus feudos, un abigarrado conjunto de armaduras y cascos cónicos cuyas siluetas se recortaban contra el cielo de color malva.

Ahora había veinte mil hombres acampados en la llanura, un ejército *ghazi* tradicional, guerreros *timariot* y nómadas cuyos padres habían conquistado las estepas en nombre de los Osmanlí, congregados otra vez para reconquistar los nuevos ejércitos cristianos de sus amos. Estaban dispuestos a emprender la marcha contra Selim y, de ser necesario, contra los jenízaros y *spahi* que le apoyaban.

Murat miró a Bayaceto y sonrío.

-Habéis encendido una fogata debajo del imperio. Ahora acuden a vos en tropel. Ahora vos sois su futuro.

-No les defraudaremos -dijo Bayaceto-. ¡Que sus esperanzas descansen ahora en Bayaceto!

Espolearon sus corceles, descendieron ladera abajo y entraron en el campamento.

Manisa

El *shahzade* Selim se encontraba de mal humor. Bayaceto estaba reclutando un ejército masivo contra él y su padre seguía negándose a luchar. En cambio, había enviado a Sokolli y sus cañones, con una real orden para que se trasladase a Konia, desde donde podría atacarle a él, a Selim. ¿Acaso el elegido no era él? Entonces, ¿por qué continuaba Solimán sentado en palacio, cruzado de brazos, dedicado a observar cómo el sol proyectaba las sombras de un lado a otro de los muros, mientras «el nuevo Mustafá» reunía fuerzas cada vez más poderosas en Angora y se aprestaba a asesinarle? Ahora le resultaba obvio: le habían abandonado.

Vació de un trago la copa de cristal que tenía a su lado y batió palmas para que el paje tomara la jarra de vino y volviera a llenársela.

Malditos sean. Maldito sea Bayaceto. Y maldito sea Solimán.

Tal vez todo aquello fuese una conjura contra él. Era posible incluso que Solimán se encontrara en aquel momento en Amasia, tramando con Bayaceto el mejor sistema para eliminarle. Su hermano estaría agasajando al sultán en el serrallo o exhibiendo ante él sus hazañas en el herit. O, peor aún, tal vez Bayaceto estuviese intrigando con el agá de los jenízaros para usurpar el trono, como hiciera en su tiempo Selim el Cruel.

Se echó al coleto otro trago de vino y sollozó en voz alta. ¡Qué injusta era la vida! Húrrem nunca le mostró el menor afecto y Solimán siempre le desdeñó en beneficio de Mustafá y de Qehangir. Quizá debería haber nacido con una columna vertebral como la joroba de un camello; tal vez entonces alguien le habría dedicado un poco de tiempo, un poco de cariño.

Malditos fueran todos.

Cerró los ojos, asaltado por una repentina oleada de vértigo, como si se encontrase en el filo de un negro abismo, y se aferró a los bordes del diván para sostenerse. Iba a morir. Todos conspiraban contra él y se veía indefenso.

Estalló en llanto, lágrimas abrasadoras descendieron por sus mejillas para perderse entre los pelos de la barba. ¡La vida era tan injusta! Ni siquiera el vino le servía de ayuda aquella noche. Necesitaba distraerse.

-¡Abbás!

Su *kislar aghasi* se adelantó y ejecutó un *sala'am* doblando bastante el cuerpo. Qué animal más feo, pensó Selim. ¿Por qué habría insistido tanto Húrrem en que pasara a su servicio cuando ella muriese? Tal vez era un espía. Quizá lo que debía hacer era clavar la cabeza de aquel viejo eunuco en la punta de una estaca aguzada. Lo pensaría.

-Mi señor -murmuró Abbás.

-Necesito distracciones*, kislar aghasi*.

-¿Qué es lo que desea mi señor?

-Trae el rebaño -dijo Selim-. El toro está escarbando el suelo.

-Como deseéis, mi señor -repuso el kislar aghasi-. Como deseéis.

Angora

Se habían encendido las lámparas de aceite en la tienda de campaña del príncipe y los oficiales se apiñaban, entremezclados con los bandidos turcomanos y kurdos, para ver los rollos de papel desplegados sobre la alfombra, a sus pies.

-Solimán ha ordenado al príncipe Pastel de Cebada... –de las gargantas de los demás brotó el gruñido de una risa despectiva al oir el mote que habían puesto al *shahzade* Selim- que traslade su ejército y sus enseres a Konia, para proteger la ruta terrestre que va a Alepo y Siria. Para que la proteja de nosotros, supongo. Pero, sea como fuere, no tenemos ningún contencioso con Solimán. -Bayaceto lanzó una mirada circular que recorrió los barbados rostros de los que estaban en la tienda-. Nuestra querella es con Selim. Cabalgaremos hacia el sur para enfrentarnos a él en Konia.

-Selim se apresurará -sugirió uno.

-Si, a mi hermano le gustaría correr. Pero mi padre le ha enviado una buena columna vertebral, en forma de regimiento de jenízaros y treinta cañones. El combate va a ser más duro de lo que esperábamos.

-Treinta cañones no nos detendrán -sonó una voz.

-Los cañones no son importantes, ni los jenízaros tampoco. No es a ellos a quienes hay que derrotar. -Bayaceto miró una por una todas las caras de la estancia y observó que, al devolverle la mirada, en ninguno de aquellos hombres había dudas-. Selim es lo importante. Con Selim muerto, la batalla está ganada. --Indicó el mapa extendido a sus pies-. Desplegaremos el ejército aquí, en la llanura, y aguardaremos. Nuestro adversario en la batalla será Sokolli, no Selim. Sokolli tiene la orden de mantenernos a distancia, no de atacar. De modo que dispondrá sus cañones en posición defensiva. Le proporcionaremos la carga que espera y le mantendremos ocupado. Mientras tanto, dejaremos un escuadrón de caballería en el monte del oeste. Será una fuerza lo bastante pequeña como para pasar inadvertida; un aguijón minúsculo, del tamaño justo para agujerear la vena del cuello del príncipe Pastel de Cebada. En cuanto haya muerto, podremos suspender el ataque. Nuestra labor ya estará cumplida. No habrá otro sucesor para el *kanuni.*

Centellearon sus pupilas con convicción y todos los semblantes presentes en la tienda reflejaron su misma certidumbre.

Manisa

Había cuatro docenas de muchachas, todas desnudas. Eran las jóvenes más bonitas del imperio, ninguna de ellas tenía más de veinte años, algunas apenas rebasaban los doce y las habían comprado los *beyes sandak* de las provincias remotas o los apoderados especiales de Selim que asistían al mercado de la plaza del Pilar Abrasado. Desde que el sultán dejó de precisar carne fresca para el harén real, lo más selecto se adquiría para sus hijos.

Selim entró vacilante en la sala, se tambaleó por el efecto del vino y sonrió.

Todas estaban a gatas, con los largos bucles enmarcando sus rostros y caídos hasta rozar el suelo. Sus pechos se bamboleaban bajo el cuerpo mientras marchaban a cuatro patas por las gruesas alfombras, como una manada de pieles desnudas: café, alabastro y aceituna. Abbás, el kíslar aghasi, hacia restallar en el aire, por encima de sus cabezas, un corto látigo de cuero de buey para mantenerlas en movimiento.

Las caras de los pajes eunucos relucían a la luz de las antorchas con los ojos desviados hacia un punto situado en lo alto de la pared.

Selim mugió como un toro y empezó a quitarse la ropa.

El *kislar aghasi* retrocedió, apretando en la mano la correa del látigo, mientras Selim se lanzaba de cabeza entre las chicas. Selim se agarró por detrás a la muchacha que tenía más cerca y trató de montarla. El eunuco vio que en el rostro de la chica aparecía una mueca de dolor.

Selim volvió a rugir y soltó una carcajada. Por fin, logró penetrarla. La emprendió con una serie de arremetidas, de empujones violentos. Luego la despidió, se apartó a rastras y, de nuevo a gatas, marchó en pos de otra chica, con la colgante barriga rozando el suelo. Agarró por las caderas a otra moza, una armenia pelirroja, y la chica se revolvió, dominada por una repentina angustia.

No, no te comportes así, pensó el eunuco. Si te resistes, te matará.

Pero Selim estaba demasiado bebido para darse cuenta. Penetró a la chica y sus gruesos dedos se curvaron sobre los pechos y apretaron con furia. La joven lanzó un grito que Selim, excitado, subrayó con una risotada. Soltó otro rugido y, tras un achuchón final a las caderas de la moza, la dejó libre.

Batió palmas y uno de los pajes se fue abriendo paso entre las muchachas para llevarle una copa de vino. Selim se la bebió de un trago y volvió a la tarea.

Montó a otra de las jóvenes y empuñó las trenzas de su pelo como si fuesen las riendas de un caballo.

-¡Maldito seas, Bayaceto! ¡Mira, impregnaré a todo un rebaño de mujeres y mis hijos formarán un hervidero sobre el trono como hormigas sobre un cadáver!

Soltó a la chica y se dispuso a perseguir a otra, pero el vino había empezado a surtir su efecto aturdidor y se cayó de bruces. Sin dejar de reír, volvió a ponerse de rodillas con esfuerzo. Las mancebas habían empezado a retirarse, acobardadas, a lo largo de las paredes, pero Abbás restalló el látigo por encima de sus cabezas para obligarlas a regresar al centro de la habitación.

Selim rezongó al tiempo que se lanzaba en pos de la más próxima. La agarró por una pierna, pero la chica se zafó retorciendo el cuerpo y Selim fue a parar al suelo, donde quedó tendido boca arriba, agitada la respiración, con el obsceno y blancuzco vientre empequeñeciéndole los genitales. Había desaparecido su erección, observó Abbás con torvo regocijo.

Selim intentó levantarse, pero la cabeza se le cayó hacia atrás, sobre las alfombras. Se echó a reír otra vez y en seguida se le cerraron los párpados.

-¡Maldito seas, Bayaceto!

Segundos después ya estaba roncando.

Abbás batió palmas y las muchachas se apresuraron a salir corriendo de la habitación. Abbás repitió su palmeo y los pajes levantaron al *shahzade* del suelo y lo trasladaron al dormitorio. Emitieron gruñidos de alivio una vez cumplida la tarea.

El príncipe de los osmanlíes, primogénito del Magnifico, el aspirante al trono del mayor imperio del mundo, hijo de la sombra de Dios sobre la Tierra, dio media vuelta y vomitó copiosamente encima de las sábanas de seda carmesí.

Konia

Los derviches llevaban un mes ayunando y orando. Ahora entraron en el patio, ebrios de opio y con las caras blancas por completo debido a los polvos de talco. Los músicos ya habían formado un círculo, sentados con las piernas cruzadas sobre la dura piedra del suelo. Las flautas empezaron a sonar y sus notas quejumbrosas caracolearon hacia las alturas mientras una rodaja de luna asomaba por detrás de la cúpula del *turbesi.* La luz de las antorchas proyectaba sombras alargadas sobre los muros del monasterio.

Las flautas aceleraron la cadencia de su melodía; se les unieron luego los tambores y el ritmo se avivó, al tiempo que los danzarines empezaban a girar, con las largas faldas ondulando en torno a sus piernas. Los tamborileros iniciaron su canto, entonando oraciones por los grandes.

El ritmo de tambores y címbalos incrementó todavía más su velocidad y se acampanaron las plisadas faldas de los danzarines. Ladearon la cabeza hacia el hombro derecho y sus pesadas y pomposas ropas dejaron escapar un gemido sibilante, como viento del norte en las montañas. Más rápido. Más rápido.

Bayaceto notó que el ritmo de su corazón también se incrementaba con la aceleración de los tambores, el canto de los mendicantes y el plañido de las flautas. Siguieron girando y girando, cada vez con mayor celeridad, hasta que los rostros de los danzarines se tornaron borrosos. Pero ninguno vaciló, ninguno se fue al suelo.

La música cesó de pronto. Los danzantes se postraron sobre el suelo, con la cabeza girando sobre los hombros y motas de espuma burbujeándoles en los labios. Estaban en trance.

Bayaceto entró en el círculo y se acercó a uno de los bailarines, un monje alto, delgado, de barba blanca y rostro tan duro y arrugado como un nogal. Se calculaba que tenía ciento once años de edad.

-Santo varón, ¿puedes ver? -murmuró.

El anciano tenía los ojos abiertos, pero sus pupilas estaban frías y glaseadas, como las de un pez muerto.

-Puedo ver -repuso el monje.

-¿Puedes ver lo que aguarda a los Osmanlí?

-Puedo ver.

-Dime qué ves para los hijos de Solimán.

-Si ocupa el trono el que no es hijo de Solimán, sólo veo miseria, corrupción y peste.

Bayaceto se agachó sobre el anciano, en un intento de percibir las palabras con más claridad. ¿El que no fuera su hijo?

-¿Qué dices de Bayaceto?

-No lo veo.

-¿A quién ves?

-Veo viento. Un enorme ventarrón que forma una cortina sobre todo. El viento de Dios.

-¿Qué más?

-No hay nada más. Sólo veo el viento.

Bayaceto se incorporó, con el ceño fruncido a causa del disgusto. Todos aquellos hombres santos hablaban siempre exclusivamente en clave. Allí no había ninguna repuesta para él.

Entró en la mezquita, se arrodilló y se esforzó en encontrar la solución que pudiera proporcionarle Dios.

Topkapi Saraya

Solimán contempló a la mujer negra arrodillada en el suelo de la sala del trono. Sus apretados rizos negros empezaban a mostrar hebras grises, pero Solimán observó que los ojos de la mujer no habían perdido un ápice de su malevolencia. Durante treinta y cinco años no había sido más que la esclava de Hurrem: apenas mereció su atención. Ahora, tras ordenar que compareciese ante él, la tenía en su presencia y le aterraba. Porque sólo Muomi poseía la droga que calmaría su dolor.

Se inclinó hacia delante.

-¿Durante cuánto tiempo fuiste doncella personal de la señora Húrrem? -le preguntó.

-Desde que se convirtió en *gózde*, mi señor.

-¿La conocías íntimamente?

-Sí, mí senor.

-Entonces, deseo que me cuentes asuntos íntimos –dijo Solimán-. No hay motivo para tener miedo -añadió, al tiempo que señalaba a los eunucos que montaban guardia en la habitación-, son todos sordomudos. No oyen ni entienden nada. Ahora debes decirme la verdad. Porque soy tu sultán me debes lealtad a mi, no a la señora Húrrem. Ella descansa ahora y está más allá de cualquier castigo.

-Si, mi señor.

-Quiero que tu memoria regrese hacia los primeros años de servicio. ¿Te acuerdas de un hombre llamado Ibrahim, que fue mi visir durante muchos años?

-Lo recuerdo, mi señor.

Solimán vaciló, para inclinarse luego un poco más sobre la figura arrodillada, de forma que casi quedó apoyado en el mismo borde del trono.

-¿Fue posible... que la señora Húrrem le recibiese en algún momento en el Eski Saraya?

Por primera vez desde que entró en la sala de audiencia, Muomi levantó la cabeza. Clavó la mirada en Solimán, pero sus ojos no reflejaron el miedo que el sultán esperaba ver en ellos. Había allí otra cosa, algo que Solimán no podía adivinar.

-Le recibió una vez, mi señor.

Solimán se quedó sin aliento.

-¿Cómo? -preguntó por fin.

-Un soborno al *kislar aghasi*, mi señor, al capitán de las chicas que había antes de Abbás. La señora Húrrem me hizo jurar que lo mantendría en secreto. Dijo que yo moriría si susurraba una sola palabra.

Miente, pensó Solimán. Lleva con toda claridad escrito en la cara que está mintiendo.

Tiene que estar mintiendo.

Debe mentir.

Es mentira, mentira, mentira.

-¡NO! -le gritó.

Saltó del trono y la diestra salió disparada lateralmente y se estrelló en la mejilla de la negra. Muomi cayó hacia atrás, aturdida, con la mano en la mancha carmesí que había aparecido en sus labios.

-¡Bostanji! -gritó Solimán, e hizo una seña al sordomudo que se mantenía a la expectativa. El hombre dio unos pasos al frente y empuñó el

yatagán que llevaba al cinto. Con feroz tajo cercenó la cabeza de Muomi. Un rocio de sangre dibujó curiosas formas rojas sobre el cuero amarillo de las botas de Solimán.

Era mentira. Tenía que serlo.

Konia

Viento.

Los pendones ondeaban hacia atrás desde las lanzas en posición de ataque y chasqueaban contra las vestiduras de los expectantes jinetes. Bayaceto permanecía inmóvil sobre el corcel, con el rostro parcialmente oculto por el protector nasal de su cónico yelmo de plata. Cuando desenvainó el damasquinado acero de la funda fija a la silla, miles de jinetes a lo largo de la línea imitaron su ejemplo y el chasquido metálico de las espadas se hizo audible por encima del aullido del cálido viento del desierto.

Bayaceto espoleó su montura y avanzó al paso. La hilera de jinetes formada a su espalda le siguió.

A pesar de la distancia, Bayaceto distinguía la negra boca de los cañones que les aguardaban al otro lado de la llanura. No los temía. Iban a continuar mudos. Estaba convencido de ello.

-¡Fffflyt! -susurró Bayaceto a su corcel y lo puso a medio galope.

El polvo se remontó en el aire, impulsado por miles de cascos, una espiral que, desde la planicie, se estiraba hacia arriba como una bandera. Siguieron adelante. Bayaceto oyó el clamor de las voces que se elevaban a su espalda, mientras aumentaban la velocidad. Aquél era siempre un momento estimulante, pensó Bayaceto, la fase inicial de la carga, cuando el atronador estruendo de los caballos sofocaba cualquier otro ruido, cuando el suelo se deslizaba borroso por debajo de uno y parecía que nada aguantaría el ataque de las lanzas de acero y el impulso muscular de los enormes garañones árabes.

Enarboló la espada por encima de la cabeza y la mantuvo por delante del cuerpo, con la hoja de acero apuntando a las todavía silenciosas bocas de las piezas artilleras. Se quebró durante el ataque la horizontalidad de la línea de caballería.

Y, mientras cabalgaba, Bayaceto se preguntó por primera vez si los jenízaros podrían abrir fuego de verdad sobre su hijo favorito.

Desde donde estaba sentado, Selim oyó el redoble vertiginoso de los cascos de los caballos, incluso por encima del viento, y percibió las vibraciones del suelo de la tienda a través de las alfombras que lo cubrían. Se aferró a los brazos del trono de carey como si se hubiera abierto de pronto una sima a todo su alrededor.

Batió palmas y Abbás se apresuró a acercarse a él, con la jarra de vino dispuesta para llenarle la copa.

-¿Abbás? ¿Dónde está Sokolli?

-Con los jenízaros, mi señor. -repuso Abbás.

Selim yació la copa, pero le temblaba la mano y buena parte del vino se le derramó barba abajo y descendió también por la pechera de su túnica dorada. Al instante, Abbás volvió a llenarle la copa. El último sirviente que tuvo la desgracia de ser demasiado lento en el momento de llenar la copa del *shahzade* había perdido las manos a la altura de las muñecas.

-¿Qué pasa?

-Bayaceto ataca con su caballería, mi señor.

-Sokolli debería estar aquí, a mi lado.

-Con el debido respeto, mi señor, es mejor que esté junto a los artilleros. Alguien tiene que dirigirlos.

Selim tendría que haberle castigado por su insolencia, pero el susto que tenía en el cuerpo era demasiado grande para confiar en su voz. Necesitaba defecar con toda urgencia. Se echó al coleto la copa de vino y salió disparado de la tienda.

Los caballos habían presentido la inminente tormenta y estaban ya muy inquietos. Agitaron sus cabezas adornadas con borlas y piafaron con nerviosismo.

-Ssssss -siseó Murat, al tiempo que palmeaba las crines de su montura-. ¡Sssssssss!

Cabalgó hasta lo alto del barranco y, con una mirada llena de ansiedad, escrutó el cielo del sur. La línea del horizonte se había eclipsado. Una cortina de color púrpura acababa de descender sobre la tierra y una mano invisible la empujaba hacia ellos, a través de la estepa. Observó cómo envolvía el monasterio de Mevlevi, en la cima del monte que dominaba Konia, como si los propios derviches la hubiesen convocado allí por su propia voluntad.

-¡Una tormenta de arena!

-El viento de Dios -dijo Murat-. Avanza directamente hacia nuestra caballería. En cuestión de minutos los habrá cegado.

Sacó el killig del cinto. Ya era hora. Dos docenas de jinetes le esperaban en el fondo de la hondonada. Hizo dar media vuelta al caballo para quedar frente a ellos.

-¡Ahora! -ladró.

Mohamed Sokolli había temido que iba a tener dificultades. Había llevado consigo, desde Estambul, un escuadrón de escogidos jenízaros y guardias *solak*; eran veteranos de las campañas llevadas a cabo por Solimán en Persia y un puñado de ellos había estado en Mohacs, cuando eran jóvenes. Leales al sultán, no desobedecerían las órdenes. Sokolli había tomado la precaución de desplegarlos en línea detrás de la artillería.

Ahora, mientras contemplaba las hordas de Bayaceto, lanzadas a la carga sobre ellos, agradeció a Dios aquella sabia medida.

Dos estandartes de nubes se desplazaban hacia su posición: por delante, la caballería; por detrás, el viento del desierto. Se preguntó cuál llegaría primero.

-¡Cuando dé la orden, abrid fuego! -vociferó por encima del fragor del viento.

Los jenízaros destinados a las piezas artilleras se miraron entre sí, luego volvieron la vista hacia la caballería que se aproximaba y esperaron que alguien hablara. Finalmente, uno de ellos reunió el valor suficiente.

-No podemos disparar contra el *shahzade* -dijo.

La caballería continuaba acercándose.

-El no es el *shahzade* -gritó Sokolli al soldado-. ¡Selim es el elegido y legítimo hijo de Solimán! ¡Listos para abrir fuego!

Titubearon. Ninguno se agachó sobre la pirámide de balas de mosquete apiladas al pie de las piezas artilleras.

-¡Larga vida a Bayaceto! -gritó alguien.

Sokolli pudo distinguir ya a Bayaceto, cuyo caftán verde -una elección adecuada, pensó Sokolli, el color de Mahoma- ondulaba en torno a sus rodillas. El suelo empezó a temblar bajo los pies de Sokolli, a causa del martilleo de los cascos.

Sokolli empuñó la espada y se volvió hacia el escuadrón de jenízaros, que esperaban en línea tras las piezas artilleras.

-¡Listos para abrir fuego! -vociferó.

Apoyaron los arcabuces en las horquillas que sostenían en la mano izquierda y apuntaron a los artilleros que tenían delante.

Sokolli proyectó su atención sobre los artilleros.

-¡Abrid fuego, o daré la orden de que disparen sobre vosotros! -amenazó Sokolli.

Siguieron titubeando.

-¡Apuntad...! -ordenó Sokolli. No se arrugan, pensó. Me obligarán a disparar sobre ellos.

La caballería ya estaba cerca, muy cerca.

De súbito, uno de los hombres cogió una bala de cañón y la introdujo por la boca de la pieza artillera. Uno tras otro, a regañadientes, los demás fueron haciendo lo propio.

-Encended la mecha -dijo Sokolli.

Se bajaron las bocas de los cañones, cuyas fauces se abrieron hambrientas ante el festín que se precipitaba sobre ellos.

En el mismo instante en que Bayaceto acababa de convencerse de que los cañones no iban a disparar, vio surgir las primeras pequeñas llamaradas de color naranja de la línea de piezas artilleras, unos rosetones muy bonitos si uno no sabia qué eran. Luego oyó el silbido que producíaxí los proyectiles al surcar el aire y la tierra estalló a su alrededor. Fue como si el mismo Dios hubiese empuñado una guadaña para lanzarla con todas sus fuerzas sobre la caballería. De pronto, Bayaceto se encontró solo.

¡Habían desaparecido! Casi hasta el último hombre de cuantos cabalgaban con él habían caído. Pasó junto a un caballo que, con los ojos desorbitados por el terror, se esforzaba en levantarse mientras la sangre surgía de su segada pata delantera. El jinete yacía junto al animal, convertido en un bulto cubierto de polvo.

Se giró en la silla. La llanura estaba sembrada de pequeños montículos, formados por hombres y caballos; algunos aún se retorcían, pero otros mantenían una inmovilidad absoluta. Avanzó la segunda oleada. El suelo entró de iiuevo en erupción y, durante un momento, todos quedaron perdidos tras una muralla de polvo y llamas.

Sólo un puñado de hombres salió de aquella nube.

Llegó la tercera oleada. Y la cuarta.

Tenían que seguir adelante. Dio media vuelta y los apremió.

Oyó el chasquido de las andanadas de las ballestas y de las balas de mosquete sobre las armaduras, así como el silbido y el repiqueteo de las flechas. El suelo reventó otra vez y cayeron más caballos, barridos entre las piernas de sus jinetes.

Bayaceto enarboló la espada y se irguió sobre los estribos para que todos pudieran verle.

-¡Adelante! ¡Adelante!

Llegó otra carga de caballería y otra. Su irregular ejército de caballistas y bandidos no vacilaba. Comprendió que, mientras el nuevo Mustafá continuara en la silla, ellos se mantendrían allí, prestos a afrontar la muerte.

¡Lo conseguirían!, decidió Bayaceto. A pesar de la artillería de Sokolli, ¡lo conseguirían!

Para cuando alcanzaron el campamento de Selim, la tormenta ya estaba encima y oscurecía el estandarte de colas de caballo plantado a la entrada de la tienda del *shahzade*. Murat los acució. Atravesaron el campamento al galope, derribando a los escasos guardias que se les opusieron.

El viento de Dios lo esfumaba todo.

Murat a duras penas distinguía el suelo a unos metros por delante de él, mientras que su montura se contorsionaba entre las hileras de tiendas. De repente, tiró de las riendas del corcel, confuso. Se revolvió en la silla y, desesperado, trató de localizar el estandarte.

-¿Dónde está él?

A sus oídos llegaban los ruidos del resto de la partida incursora, el batir de los cascos de los caballos, pero no le era posible verlos a través de aquella acre barrera de arena. Levantó el brazo para protegerse la cara y no vio al hombre que salía corriendo de una de las tiendas y accionaba en arco la espada, descargando un tajo que seccionó el tendón de la pata delantera de su cabalgadura. El caballo corcoveó, soltó un relincho agónico y cayó de lado.

Se derrumbó pesadamente, atrapándole debajo, arrancándole el killig de la mano y dejándole sin resuello. Jadeó, miró a su alrededor, desalentado, en busca del atacante. Vislumbró la chaqueta azul y el gorro gris de un jenízaro, que levantaba la espada. Murat tanteó en busca de la lanza que llevaba en la funda de la silla del caballo. Apuntó de forma instintiva.

La continua práctica en el *herit* le resultó provechosa. La lanza se clavó en mitad del pecho del soldado. El jenízaro cayó hacia atrás, asfixiado y pataleante.

El lisiado caballo árabe gateaba en el suelo, intentando incorporarse. Durante unos segundos, Murat vio libre su pierna y la retiró de debajo del animal. Se arrastró hasta el caído jenízaro y le quitó el *killig* de la mano. Entre gemidos, a causa del dolor del tobillo, logró ponerse de pie y se alejó cojeando, perdido, cegado por la tormenta.

Murat oyó gritos de mujeres. La polvareda se aclaró fugazmente y distinguió, a su izquierda, una figuras cubiertas de velos que salían corriendo de un pabellón de seda; zigzagueaban entre los caballos encabritados y las siluetas de los hombres que combatían. El resto del escuadrón debía de haber encontrado el harén de Selim. Eso significaba que el príncipe Pastel de Cebada no podía estar muy lejos. Se dirigió a las mujeres, pero la nube de polvo le envolvió de nuevo y las figuras se mezclaron con las sombras purpúreas y desaparecieron.

De pronto, se vio delante de un pabellón de seda. Reconoció el estandarte de colas de caballo: ¡Selim! ¿Pero dónde estaban los guardias? Comprendió que probablemente se habían dejado atraer por la batalla que habían visto desencadenarse frente a la tienda de las mujeres. Al tiempo que emitía un grito de triunfo, apartó las cortinas que formaban las puertas del pabellón y entró, arrastrando tras él la pierna herida.

No te fallaré, Bayaceto, mi señor, pensó. Serás sultán. Me aseguraré de ello en los próximos minutos.

Chocó de forma inesperada con un negro gigantesco. Llevaba un caftán de seda floreada, de color gamuza, pistacho y azul luminoso. Encima, un a pelliza de marta cebellina. Babuchas puntiagudas en los pies, decoradas con florones de esmeralda. Un rubí fulguraba en el lóbulo de su oreja derecha. Pero con toda la preciosa esplendidez de su vestuario, Murat decidió que era la criatura más fea que había visto en toda su vida. El tajo de una espada le había señalado el rostro, dejándole una cicatriz espantosa; sólo le quedaba un ojo sano y estaba asquerosamente gordo, incluso para ser un eunuco. Miró boquiabierto a Murat y luego se dejó caer y quedó postrado en el suelo, ante él.

-Por favor, no me hagáis daño -aulló-. No soy más que un eunuco inofensivo.

Murat soltó un resoplido de fastidio e irrumpió en el santuario interior a través de la cortina de seda. Selim se encontraba tendido en el suelo despatarrado, boca abajo, con los brazos abiertos en cruz. Murat apoyó el peso de su cuerpo en la espada y utilizó la pierna sana para darle la vuelta. Esperaba verle abierto en dos, como el melocotón demasiado maduro que era.

Oyó el rumor de la seda al acercarse el eunuco.

-¿Está muerto? -preguntó Murat.

-No, no está muerto, mi señor, sólo está borracho. Se desmayó al oir la primera descarga de cañón.

-Entonces tiene suerte. No sentirá el cosquilleo de mi espada en las costillas.

Murat levantó el *killig*, dispuesto a descargar el golpe mortal. De pronto, tuvo la sensación de que todos los músculos, todos los nervios, el organismo entero se le entumecía. Le fue imposible respirar. Oyó el tintineo metálico del *killig* al caer sobre la alfombra, aunque no se había percatado de que el arma se le acababa de escapar de los dedos. No comprendía lo que estaba ocurriendo. Notó que se desplomaba.

Quedó tendido de espaldas en el suelo, con la vista clavada en el eunuco. Abbás le devolvió la mirada. Empuñaba en la mano derecha una daga de mango enjoyado y hoja en aquel momento manchada de sangre.

-Lo siento -dijo Abbás-, pero voy a encargarme de que estos turcos vivan lo suficiente para lamentar lo que me hicieron.

Pero Murat no le oyó. Y, de haber podido oírle, no le habría entendido.

Bayaceto desvió el corcel para apartarse de los latigazos que sacudían las ráfagas de arena y volvió a atravesar la llanura, volviendo por donde había ido. El caballo avanzó entre los pequeños montones de carne ensangrentada y gemebunda, formados por hombres y caballos. Ignoraba por completo cuántas unidades había perdido y dónde estaba el resto del ejército. El viento y los cañones desbarataron la carga.

Incluso la artillería de Sokolli ya guardaba silencio. Sólo se oían el aullido del viento y los gemidos de los moribundos. Un caballo empujó con el hocico a un jinete caído. Era un turco que intentaba arrastrarse hacia el animal; el hombre estaba herido en ambas piernas y dejó tras él, sobre el polvo, un rastro de sangre. Bayaceto se apeó de un salto del corcel y administró el golpe de gracia, enviando al hombre a la paz del Paraíso.

Les habían derrotado. Un diluvio de arena y metralla había frenado su ataque. Había sido el viento de Dios, y la voluntad de Dios.

Topkapi Saraya

Recostado en un diván del Hinilli Kósk, Solimán contemplaba los jardines. Florecían los ciclamores a lo largo de la orilla del Bósforo y en la bahía de Yenikapi se balanceaban los caiques cargados hasta arriba con sus altos montones de berenjenas, pepinos y melones transportados desde la ribera de Asia.

Verano. Tiempo de abundancia, tiempo de guerra.

-¿Se ha recibido contestación a mi carta?

-No, mi señor -dijo Rústem-. Sin embargo, eso no significa nada en sí mismo. Selim puede haber interceptado a su alguacil.

-O quizá no ha habido alguacil. Tal vez siga desafiándome. Solimán observó a su visir. Su aspecto era el de un enfermo grave. Tenía el rostro y el cuerpo abotagados hasta el punto de que costaba trabajo reconocerle y una serie de rayas rojas surcaban sus ojos fríos y grises. El dolor le abruma, pensó Soliman.

-¿Qué otras noticias hay, Rústem?

-Está reagrupando sus tropas de nuevo en Amasia.

-Entonces, todo decidido. Los embajadores del sha y de Fernando están en la corte. Trata con ellos. No debemos distraernos con otros asuntos mientras en nuestra propia casa hay cuestiones por resolver de un modo definitivo.

-¿Por qué empuñamos nuestra espada contra él, mi señor? ¿Es sensato?

Solimán se inclinó hacia delante, con una arruga que formaba un fruncimiento en el entrecejo.

-Me sorprendes, Rústem. De pronto, en esta fase de tu vida, ¿abrazas una causa? He confiado en ti durante todos estos años porque tu corazón no conocía ninguna clase de emociones. ¿Y ahora das un paso adelante y abogas por Bayaceto? ¿Eres ahora empleado suyo?

-Mi señor, yo no pretendo ofenderos. Sólo siento curiosidad.

-Entonces, habla.

-Es algo que no entiendo -dijo Rústem, y oyó en su mente una voz que gritaba: ¡Cállate! ¿Por qué defiendes a Bayaceto? ¡No es amigo tuyo! ¡Si algún día sube al trono, lo primero que hará será desterrarte a Diyarbakir!

¡Guarda silencio!

-¿Qué es lo que no entiendes? -preguntó Solimán.

-La lógica de esto. ¿Por qué tenemos que acabar con Bayaceto? Mustafá, por supuesto, fue demasiado lejos. Era una amenaza. Pero si aplastamos a Bayaceto, el trono caerá en manos de Selim. Y Selim...

Extendió las manos en gesto de desaliento.

-Eres mi visir y también miembro de mi *kullar*. Debes hacer lo que te ordene.

-Aun así -insistió Rústem-, ¿cuál es su ofensa? Vuestro propio padre, el Yavuz Sultán, no era *shahzade* y, sin embargo, mediante la fuerza de las armas se aseguró el trono para sí... y para vos. ¿Os gustaría que este gran imperio quedase en manos de alguien débil y sin carácter? ¿Obtuvo Selim el triunfo en Konia? ¡No, por los noventa y nueve nombres sagrados, no lo

obtuvo! Fueron el viento de los derviches y los cañones de Mohamed Sokolli. Selim no es digno. Esto carece de sentido.

¿Qué espíritu innoble se ha apoderado de mi para que me exprese con tal libertad?, pensó Rústem, mientras observaba el semblante del sultán y veía el oscuro arrebato de furia que aparecía en él. ¿Se debe a que tú te has abierto camino sin intrigar en beneficio propio? Te consta que no va a cambiar de idea. Jamás lo hace, una vez ha tomado su decisión. ¿Por qué provocarle de esta forma? Durante toda tu vida te has guardado para ti tus opiniones. ¿Por qué te arriesgas ahora?

Durante unos segundos de pánico ciego, supuso que Solimán se disponía a llamar al *bostanji* para que le ejecutase. Pero lo que hizo Solimán, en cambio, fue decir en voz baja:

-He decidido que Bayaceto es indigno. Selim es mi primogénito. Basta.

Rústem inclinó la cabeza, derrotado. Se puso en pie con gran esfuerzo y salió cojeando de la estancia, mientras se maldecía a si mismo por necio. ¿Qué locura le había apremiado a decir aquellas cosas, con la victoria en la mano?

Mentalmente fue pasando las páginas de su inventario personal: ochocientas quince fincas, mil setecientos esclavos, ocho mil turbantes, seiscientas copias ilustradas del Corán, dos millones de ducados...

Había ganado claramente la partida. Había jugado con decisión y astucia durante toda su vida y ahora era el hombre más rico del imperio, con excepción del sultán. Más rico y poderoso de lo que Ibrahim llegó a ser jamás. Por ley, a su muerte todo debía volver a las arcas del sultán, pero con las reformas prácticas que él había instigado, confiaba en que aquellas riquezas pasaran a manos de sus hijos, a la manera de un sultán.

Sí, había demostrado ser un auténtico maestro de aquel juego, el más estupendo del kullar y el primero de todos los visires. La última contabilidad de su vida lo justificaba todo y demostraba su valía.

Esperaba que una sensación de jubilosa euforia le inundase, pero en aquel momento, mientras la muerte le hacia señas con su dedo curvado, tuvo que afrontar la persistente impresión de que tal vez se había perdido algo.

Hacía muchos años que no redoblaba el gran tambor del patio de los jenízaros. Ahora sonaba y los muros de palacio devolvían el eco de su rataplán, cuyo ritmo aceleraba los preparativos de última hora de la soldadesca. Montado en su caballo, junto a la fuente del Tercer Patio, Solimán hizo una mueca de dolor, originada por la gota de sus rodillas, y salió del patio a la cabeza del ejército.

Los silenciosos corredores marchaban junto a sus estribos; las plumas de sus guardias *solak* ondulaban tras él. En Uskúdar, el ejército cruzó el Bósforo, atravesó los bosquecillos de cipreses de Camlica y fue dejando atrás las carretas cargadas de trigo, mientras el seco viento formaba remolinos sobre las polvorientas carreteras.

Se esforzó en cerrar el cerebro a los rigores de la marcha que tenía por delante. Al menos había veinticinco días de duro cabalgar hasta presentarse ante la fortaleza de Amasia. Una larga campaña en medio del poívo y el calor de Anatolia, dedicado a la caza de su propio hijo como si fuera un jabalí. Guerra civil, pensó. Yo quería construir y, en vez de ello, tengo que contribuir a que mis hijos se destrocen.

Soy demasiado viejo para esto. A decir verdad, mi caduca carne protesta ante la perspectiva de esta infinidad de jornadas en la silla de chirriante cuero, cada tranco de la montura me desgarra los huesos y el ardiente calor del sol me abrasa la piel. Soy ya demasiado viejo para esto. Sin embargo, no tengo otra opcíon.

Mientras cabalgaba, Solimán se preguntaba qué había sido de su sueño de abolir el ejército como instrumento de paz. Parecía que había sido sólo eso: un sueño. Los jenízaros, los *spahi* de la Puerta, los cañones; ésos eran los únicos símbolos que los hombres entendían.

No permitiría que la línea dinástica de los Osmanlí se rompiese; si Bayaceto no torcía su voluntad, entonces habría que someterle.

Armenia

A partir de Erzurum, la altiplanicie de Anatolia se fruncía en una sucesión de altos picachos volcánicos cubiertos de nieve y valles profundos. Las aldeas estaban construidas a base de arcilla roja, las mujeres iban descubiertas y vestían faldas y pantalones holgados. La trama de sus pañuelos llevaba hilos brillantes.

Cuando llegaron a los altos pasos de montaña, nubes grises les envolvieron. Los caminos serpenteaban bordeando las gargantas, los guijarros se desmenuzaban bajo los cascos de las caballerías y los muros de roca aparecían pulimentados por siglos y siglos de animales que se habían aferrado a ellos para evitar caer en vertical.

El viento inclemente le agitaba la cabellera, era una fuerza viva que a veces amenazaba con arrancar a los hombres de las sillas. Las negras rocas elevaban sus afilados dientes, erosinadas por siglos de viento, hielo y lluvia, completamente desiertas salvo por la ocasional y desmañada figura de algún oso pardo.

Formaban parte del cielo más que de la tierra. Bayaceto tuvo la impresión de que con sólo levantar el brazo podría tocar las plomizas nubes que se desplazaban por encima de su cabeza.

El hilo de un arroyuelo se deslizaba entre las piedras para acabar lanzándose por el borde de un acantilado hacia el panorama de tonos ocres y pajizos de un valle que parecía profundísimo, como si estuviese en el filo de una sima. Por arriba, la piedra de la montaña tenía un tono blanco pálido, como de huesos al aire.

Un halcón trazó un circulo en el cielo y pasó por encima de las huestes. Su chillido, triste y solitario, atravesó el ímpetu del viento.

La negra superficie del lago estaba cubierta por una capa de hielo. Bayaceto se bajó de la montura, se arrodilló junto a la corriente del arroyo que fluía por un lado de aquella alberca y llenó las botellas de agua. Habían cabalgado durante todo el día, por los altos puertos del lago Wan, cuyo espejo de color gris acero quedaba ya muy lejos, a su espalda: se habían adentrado mucho en Armenia.

Diseminados por la ladera, aparecían los desastrados restos del gran ejército que una vez ocupó la llanura de Konia. Ahora sólo quedaban unos pocos miles de soldados, casi todos ensangrentados y cojos y con caballos llagados por la silla.

Sentados en cuclillas junto a sus monturas, los hombres curaban sus heridas y se esforzaban en superar la vergúenza de la derrota. Sabía que, desperdigados por las montañas, habría innumerables grupos como

aquéllos. Por otra parte, muchos kurdos y turcomanos ya habían regresado a sus pueblos y aldeas, para atender a sus ovejas, cabras y caballos.

Se dieron cuenta de que la campaña estaba perdida, lo sabían incluso desde Amasia. Había sido allí donde Bayaceto se había despedido de sus esposas y se había llevado consigo a sus cuatro hijos, primero en las pesadas carretas y después a caballo, vigilados día y noche por guardias personales. Los últimos meses eran un recuerdo algo confuso en el que se mezclaban batallas y escaramuzas, la táctica de atacar y retirarse. No constituían una fuerza que pudiera hacer frente al ejército de Solimán. En cuanto su padre se lanzó a la guerra directa contra él, Bayaceto comprendió que su causa estaba perdida.

Pero nunca pronunció palabras de rendición o derrota; con él, a lomos de los camellos y caballos, llevaba el tesoro que necesitaría para armar un ejército de nuevo. Sus hijos iban a ser algún día la semilla de un nuevo sultanato. Mientras él, Bayaceto, conservara la vida, Selim nunca podría descansar. Mientras él, Bayaceto, viviese, no sería de verdad vencido.

Se trataba de encontrar el modo de sobrevivir. Se prometió que, ocurriera lo que ocurriese, no se entregaría a la clemencia de su padre; en el pasado apenas había hecho gala de ese particular sentimiento. En especial con las personas a las que pretendía querer.

Se preguntó qué habría sido del correo que enviara a Estambul tras la batalla de Konia, para reafirmar su caso y su lealtad a Solimán.

Tal vez los soldados de Selim lo habían interceptado y matado; quizá Solimán había optado por no hacer caso de sus sú plicas. Nunca lo sabría, ni tampoco le importaba. Demasiado tarde para eso.

La cabaña del pastor se levantaba en un borde de la cumbre, de forma que dominaba el valle; una ilusión óptica creaba el engañoso efecto de que flotaba entre las montañas; la piedra roja destacaba sobre el verde musgo de la ladera del monte erguido al fondo.

Bayaceto se dirigió a su lugarteniente.

-Acamparemos aquí esta noche. Utilizaremos esta cabaña como cuartel general.

-Sí, mi señor -dijo el hombre, y se alejó presuroso para transmitir la orden.

Bayaceto entró en la choza.

Había sido abandonada ante la inminencia del invierno. Era de una sencillez espartana: cuatro paredes de piedra, sin puerta ni protección alguna en las ventanas. El suelo era de tierra batida y, allí dentro, el olor a animales era muy fuerte. Era muy diferente del palacio del Tepkapi, pensó Bayaceto. Tal vez en aquella ocasión hubiese ido tan lejos que nunca le fuera posible volver.

Un arco iris trazó su curva multicolor sobre el valle y a través de una hendidura en los nubarrones un rayo de claridad solar iluminó la rociada de lluvia. La luz adoptó un tono verde sulfuroso y un viento frío agitó las hierbas, un viento que llevaba consigo una repentina y punzante tormenta.

Resonó en los altos puertos el eco de los truenos y el negro yunque de los nubarrones se concentró sobre las montañas, como si hiciese acopio de energías y se preparara para anegar el valle.

Aquella penumbra creciente reflejaba el ánimo de Bayaceto. No se rendiría a su padre, pero tenía plena conciencia de que su banda de rebeldes, *timariots* y jinetes no podía seguir luchando durante mucho tiempo contra los cañones de Solimán y la férrea disciplina de sus jenízaros. Un

profundo sentimiento de desesperación anidaba ya en todos ellos. Ahora, todo parecía ser cuestión de tiempo.

Las tiendas estaban empapadas, la lluvia gélida goteaba desde las lonas, impregnando ropa y calzado, calándolo todo de forma que la humedad se mantenía mucho después de que la tormenta hubiera pasado. La niebla flotaba a ambos lados del valle y se desplazaba a través del andrajoso campamento como una masa de malévolos espectros de las montañas. Los caballos piafaban y resoplaban contra el frío del amanecer; era lo único que se oía, además de los gritos de los heridos. Los hombres se movían por el campamento pesados y silenciosos como fantasmas.

Bayaceto comió sin apetito. Subsistían gracias a las provisiones de campaña, yogur mezclado con cebollas crudas y sal, suavizadas con agua fría, que comían acompañándolo con un poco de pan. Su lugarteniente encendió una pequeña fogata dentro de la cabaña para calentarse. Tosió y en alguna parte, montaña arriba, se oyó un chacal.

De pronto, Bayaceto oyó gritos en el campamento y se levantó de un salto, con el temor de que el *akinji* de Solimán los hubiera localizado. Pero el jinete que había aparecido de forma inesperada en el monte que dominaba el campamento iba solo, procedía del este y llevaba armadura persa. El magullado ejército de Bayaceto se incorporó y, muy erguido, fue fulminando con la mirada al recién llegado a medida que pasaba junto a cada uno de los soldados. No estaban dispuestos a permitir que un enemigo les viese con la cabeza baja, sobre todo si era un *safawí*.

Dos miembros de la guardia personal de Bayaceto lo desarmaron y lo condujeron entre las ceñudas miradas de las filas de turcos a la tienda de Bayaceto. Éste le esperaba, sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra de seda extendida en el suelo de la cabaña.

El jinete ejecutó el *sala 'am* de rigor.

-Traigo un mensaje del sha Tahmasp -anunció.

Bayaceto asintió con la cabeza y su lugarteniente tomó la carta de manos del correo y se la pasó. La leyó a toda prisa.

-¿Así que nos ofrece refugio?

-Solimán nunca ha sido amigo de Persia -explicó el correo-. Cuando el sultán Bayaceto ascienda al trono, el sha espera encontrar por fin un aliado en la Sublime Puerta.

El viento azotó el valle de un extremo a otro y, al pasar por las abiertas ventanas del *yali,* produjo un gemido sobrenatural. ¡Ascender al trono!, pensó Bayaceto. De momento, sobrevivir ya era suficiente. Tener la oportunidad de tomar aliento sin que la caballería de mi padre me pise los talones. Miranos. Ateridos, desanimados y vencidos en todos los combates, desde Konia. ¿Qué elección tengo?

-Aguardaréis mientras considero la respuesta -dijo Bayaceto, pero mientras acompañaban al hombre fuera de la cabaña ya sabía cuál iba a ser aquella respuesta.

Solimán levantó la vista hacia las montañas: el verde césped de la parte inferior cedía paso al azul pizarra de las laderas y, en las alturas, irregulares parches blancos de nieve ceñían los riscos. Una masa de nubes grises flotaba sobre los picachos y puertos, dejando caer el lloriqueo de su lluvia.

-Se ha ido -murmuró Sokolli-. Ha cruzado la frontera de Persia.

-¿Con el sha?

-Le ha ofrecido refugio. Mis espías dicen que se ha llevado consigo a un centenar de hombres. El resto se ha dispersado por las montañas en pequeños grupos. Regresan a sus pueblos. No volverán a crearnos problemas.

-Difunde la noticia entre el ejército -dijo Solimán.

¡Insensato Bayaceto!, pensó Solimán. Mientras continuaras aquí, en el imperio, tenias una oportunidad. ¿No te diste cuenta de que mi ejército estaba al borde de la sublevación?, ¿de que regimientos enteros se niegan a marchar contra ti, de que escuadrones de *spahi* se adentran por las montañas y regresan al cabo de tres días con los caballos frescos y ni una gota de sangre en sus lanzas? Sólo lucha todavía el *akinji,* ávido de sangre, sin importarle nunca de quién. Si hubieses continuado en rebeldía contra mí un mes más, es posible que yo no hubiera podido convencerlos de que, después de este invierno, regresaran a mi lado. Te quieren. Les encanta la forma en que te lanzaste a la carga frente a sus cañones en Konia, aunque ninguno de ellos te hubiera apuntado con su arma. Les roba el corazón el modo en que sigues luchando a sabiendas de que he levantado todo mi ejército contra ti. Te adoran porque detestan a Selim y porque creen que yo soy demasiado viejo.

Pero ahora que has cruzado la frontera, nada puede salvarte. Al aceptar el asilo del persa, dejaste de ser un Osmanlí. En el momento en que abandonaste el suelo turco, diste la espalda a tu herencia.

Y sin embargo estuviste a punto de ganar.

Incluso yo dudaba. Porque en el curso de estos últimos días he empezado a sospechar que Húrrem mintió. ¡Has luchado tan bien y durante tanto tiempo! Pero has descubierto tu verdadero color: ningún auténtico Osmanlí habría aceptado refugio de un *Safawi.*

Estúpido. Hasta tus amados jenízaros te maldecirán ahora.

Amasía, 1561

La mujer no le saludó con el *sala'am* obligado cuando él entró en la estancia; ni siquiera levantó la cabeza. Claro que, como ya es una anciana, quizá no teme, como temía en otros tiempos, las consecuencias que puede acarrearle ofenderme. La quise tanto y durante un espacio tan prolongado de mi vida, pensó. Y ahora es como encontrarme ante un extraño.

-Mi señor -dijo la mujer.

-Ha pasado mucho tiempo.

-Como digáis, mi señor.

Tomó asiento junto a ella en el diván.

-¿Te encuentras bien, señora mía?

Gúlbehar le contempló durante un buen rato, encendida con esa clase de odio que sólo el amor y el despecho pueden inspirar.

-Todo lo bien que una puede esperar a esta avanzada edad -dijo-. ¿Y vos, mi señor?

-Mis piernas están hinchadas y me duelen. Y me canso cada vez más -repuso Solimán.

-¿Qué es lo que os ha traído aquí, tan lejos de la Puerta?

-Sabes muy bien lo que me ha traído.

Gúlbehar le observó, con ánimo de descubrir alguna pista sobre sus propósitos. Deslizó entre los dedos el *tespi* de perlas que tenía en el regazo.

-Si, creo que lo sé -confesó.

-Tengo que traer de Persia a mi hijo.

-Puede que haya ido con Dios.

-Como digas, mi señora.

El tiempo puede ser cruel de verdad, pensó Solimán. ¡Mira lo que te ha hecho, mi Gúlbehar! Mira lo que nos ha hecho a los dos. Te ha robado la belleza y se ha llevado mis sueños. Al final, tenemos el mismo control sobre nuestro destino que las hojas de los árboles.

-Le aconsejé que marchara contra vos -dijo Gúlbehar-. Pero no se mostró dispuesto a hacerme caso.

A Solimán no le sorprendió que lo reconociera y se limitó a mirarla con fijeza.

-¿No me creéis?

Solimán negó con la cabeza.

-¿Después de lo que me hicisteis? ¿Después de lo que le hicisteis a mi hijo? ¡Y todavía os atrevéis a venir aquí?

-Sigo siendo tu señor. Aún formas parte de mi *kullar*.

-Hubo un tiempo en que habría hecho cualquier cosa que hubieseis ordenado. De mil amores. Luego, os obedecí porque tenía miedo. Ahora ya no me importa.

Aquello no era lo que había esperado. Había ido allí... ¿para qué? ¿En busca de una reconciliación? ¿De perdón?

-Puedo ordenar que te ejecuten en cualquier momento.

-Pues hacedlo.

Solimán se puso de pie. En un rincón de la estancia había un gran jarrón de porcelana Ming blanco y azul. Solimán desenvainó su *killig* de enjoyada empuñadura e hizo añicos el jarrón de un solo golpe.

-¡Soy tu señor! -le gritó a Gúlbehar.

-¡Sois el asesino de mi hijo!

-Le di la vida. Se volvió contra mí. ¿Qué esperabas que hiciese?

-¡Era inocente! ¡Sois un carnicero, igual que vuestro padre!

Solimán soltó un alarido y levantó la espada por encima de su cabeza. Gúlbehar no se acobardó. Le miró a los ojos y aguardó. Las perlas del *tespi* entrechocaron en sus dedos.

Lo mismo que vuestro padre.

La espada permaneció en el aire unos segundos interminables. Acabad de una vez, le susurró a Solimán una voz. Eres el sultán. ¿Cómo se atreve a insultaros de esa manera? No es más que una esclava, una concubina. ¿Cómo osa poneros en tela de juicio a vos, Señor de la Vida, rey de reyes, dueño de las gargantas de los hombres? Hacedlo. Hacedlo.

Bajó la espada.

-Basta -murmuró.

Arrojó la espada, la envió a través de la estancia, dando vueltas y resonando con metálico estrépito al chocar contra el suelo de mármol. Solimán salió furioso de la estancia. Gúlbehar volvió a su *tespi* como si el sultán nunca hubiera estado allí.

Shiraz, Persia

Un nimbo rodeaba la luna.

Bayaceto oyó el repiqueteo de unos cascos sobre el adoquinado y se acercó presuroso a la ventana. El jinete saltó del caballo y lo dejó en manos de los criados, con los flancos subiendo y bajando agitadamente y el vapor

formando nubecillas ante sus ollares. El hombre gritó el santo y seña a los guardias del patio y se perdió de vista al atravesar la puerta. Quizá era la noticia que había estado esperando. Quizá...

Se estremeció bajo la pelliza de cuero y contempló los muros de los lejanos montes Sagros, cuyas cimas cubiertas de nieve relucían a la luz de la luna, desoladas, extrañas, como blanco hielo. Pensó que era como si estuviera desterrado en la luna. Tal vez habría sido mejor morir en mi patria antes que tener que seguir soportando este alejamiento. Quedamos muy pocos del gran ejército que conduje a Konia y la mayoría de nosotros está diseminada por ciudadelas y palacios de Persia. Estoy destinado a pasar el resto de mis inquietos días aquí, con mis hijos, separado de mi trono y de mi pueblo por una muralla de montañas y por miles de kilómetros de distancia entre el corazón de mi padre y el mío.

Recordó de nuevo lo que Gúlbehar le había dicho una vez: «No tuvo sentido el que matase a mi hijo. Pero, a pesar de ello, lo hizo. Ten cuidado, Bayaceto...».

Ése fue su error. Había creído entender las razones de Solimán y no las había entendido. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Mustafá no había hecho nada y Solimán lo mató. El, Bayaceto, se había comportado como un verdadero *ghazi* y Solimán había puesto toda la fuerza del ejército osmanlí detrás de aquel hermano gordo y borracho. ¿Cómo era posible entender a un hombre así?

Sin embargo, aún no podía creer que su padre confiase el imperio a un libertino borrachín como su hermano. Sencillamente, eso no era posible. Aquello era una prueba. Ahora había tenido tiempo para reflexionar con calma y serenidad y comprendería. Tenía que hacerlo.

Contempló los jardines situados al pie de los muros. Los manzanos, perales y cerezos estaban esqueléticamente desnudos, cargadas de nieve sus ramas. La luna proyectaba alargadas sombras a través de la blancura del huerto.

En la chimenea, un tronco crujió al romperse. Acaso el mensajero trajese noticias del deshielo invernal...

Se oyeron pasos en las losas de piedra del pasillo exterior y se abrió la puerta. El sha Tahmasp...

Entró el sha, sonriente. No me gusta esa sonrisa, pensó Bayaceto, es como la mueca de un chacal y los extremos de tu barba siempre están húmedos, como si tus mandíbulas rezumasen. No, no deseo confiar en ti, pero ¿qué elección me queda?

Por otra parte, has mostrado una generosidad ilimitada con mis hijos y mis seguidores. Tal vez no debería juzgarte con demasiado rigor.

-Os traigo noticias del joven *shahzade* de los osmanlíes -anunció el sha.

-¿Vuestro correo ha regresado de Estambul?

En los últimos meses habían sido enviados numerosos mensajeros... Acaso más de los que el sha me ha dicho, pensó Bayaceto. Tal vez ahora -por fin- su padre había suavizado las condiciones. Le asaltó un ramalazo de esperanza.

-El enviado ha vuelto. Se ha convenido, por fin, fecha y lugar. -Asintió con la cabeza-. Si, Bayaceto, quiere entrevistarse con vos.

A Bayaceto le entraron ganas de tirarse al suelo de puro alivio. Casi había desistido de llegar a una reconciliación. Empezaba ya a preguntarse si sus hijos tendrían que pasar el resto de su vida en el exilio.

-¿Dónde?

-En Tabriz -dijo el sha-. Va a allí en secreto. Todo está arreglado.

-¿Y Selim?

-Selim no sabe nada de este convenio. Tal vez vuestro padre haya hecho una nueva valoración de sus hijos. Puede que la sombra de Dios sobre la Tierra haya descubierto que es un mortal como el resto de nosotros.

Bayaceto se preguntó: ¿Ha traspasado Selim incluso los generosos límites que Solimán le concedió o éste ha cambiado de idea? Solimán es mi última esperanza. Ya no puedo confiar ahora en combatir a Selim, no puedo hacerlo sin el apoyo de los jenízaros. Y si no me ayudaron en Konia, menos me ayudarán ahora.

-¿Puedo ver la carta?

El sha titubeó.

-No ha habido carta. El mensaje se confió a la memoria de mi enviado.

Estás mintiendo, pensó Bayaceto.

-Eso no es propio de mi padre.

El sha se abstuvo de pronunciar palabra.

-¿Confió a vuestro emisario algún indicio acerca de su propósito?

-¿Qué más podía decir, aparte de que desea reconciliarse con su *ghazi*?

Es impropio de mi padre no refrendar sus palabras estampando debajo su *tugra*. El sha me oculta algo. ¿Pero qué otra alternativa me queda? Si se acuerda una entrevista, debo acudir.

-¿Cuándo? -preguntó Bayaceto.

-Partimos esta noche. Aguardaremos su llegada en la ciudadela de Tabriz.

Konia

El *shahzade* Selim acababa de cumplir treinta y cuatro años, recordó Abbás. Pero parece ya un anciano. La inmensa túnica de seda dorada que vestía no disimulaba la obesidad de su cuerpo. Su rostro estaba hinchado, tenía un color rojizo y los ojos parecían dos grosellas negras hundidas en la cabeza. No era en absoluto extraño que temiese tanto a Bayaceto. Los jenízaros nunca le seguirían a él en la batalla. No al príncipe Pastel de Cebada.

Derrumbado en un diván, Selim tomaba de vez en cuando una pieza de la gran bandeja de halva que se hallaba en la mesita de plata situada a su lado. Seleccionó tres pasteles de la bandeja y se los metió en la boca.

Miró a Abbás con expresión malhumorada.

-¿Tienes noticias, *kislar aghasi*?

-Así es, mi señor -respondió Abbás. Se preguntó cómo reaccionaría cuando las oyese. Hasta el propio Abbás se preguntaba qué podría hacer acerca del asunto.

-¿De mi padre?

-Ha salido de Amasía y cabalga hacia el este.

Selim dejó escapar un gruñido y tomó dos piezas más de halva.

Las negociaciones llevaban alargándose más de un año. Al parecer, el *shahzade* había demostrado valer mucho menos de lo que el sha Tahmasp había esperado. Se rumoreaba que quería que Solimán le devolviera Mesopotamia a cambio del joven príncipe. Solimán había rechazado el trato.

-Confio en que tenga aspecto de enfermo.

Selim se echó a reír y una rociada de saliva y partículas de pastel a medio masticar brilló como escarcha en la alfombra, frente a las rodillas de Abbás.

-El Señor de la Vida no aguanta tanto tiempo en la silla de montar como en otra época.

-¿Se ha llevado al ejército consigo?

-No, mi señor -repuso Abbás-. Mis espías dicen que se lleva un escuadrón de *solak* y otro de *spahi*, así como una oda de jenízaros.

Selim batió palmas. Un paje apareció al instante a su lado con la jarra de vino y la copa incrustada de joyas. Selim le arrebató la copa de la mano con un tirón y la presentó para que se la llenara. La bebió rápidamente de un trago y se pasó la manga por los labios. El vino tinto y el halva dorado moteaban su barba.

El paje llenó de nuevo la copa y se retiró.

-¿Cuál es el objetivo?

-Dicen que va a entrevistarse con Bayaceto en Tabriz. Circulan rumores de reconciliación.

De súbito, Selim se puso de pie y el contenido de la copa se derramó sobre la alfombra. Erguido, con los puños apretados a los lados, lanzó un gemido penetrante, como un animalito al que empalasen. La saliva brotó por las comisuras de su boca y se deslizó en minúsculos regatos barba abajo. Empezó a temblar.

Nadie se movió: ni los pajes, ni los guardias, ni los pachás. Por último, Selim se dejó caer de espaldas encima del sofá.

Apretaba en el puño una punta de la túnica. Contempló a Abbás durante largo rato, un tanto desenfocados los ojos, al parecer.

-Me han traicionado -exclamó. Se incorporó con brusco impulso-. ¡Vino! ¿Dónde está mi vino? ¡Tú! -Señaló al *bostanji* que se mantenía junto al trono en posición de firmes. El hombre dio un paso al frente. Selim indicó al paje que sostenía la jarra de plata con el vino-. ¡Córtale la cabeza!

El bostanji hizo lo que se le ordenaba. Abbás se retiró en silencio, sin llamar la atención. No le interesaba el espectáculo. Había vivido demasiado tiempo bajo la tiranía de los príncipes.

Tabriz

El resplandor de la luna temblaba como plata bruñida sobre los tejados de las cúpulas de la Mezquita Azul, encendidas como fósforo sobre las frías aguas del río Aji Chai. Una luz amarilla se filtraba a través de las rendijas de las persianas que cubrían las ventanas de la ciudadela y el sonido de flautas y tambores surcaba el aire gélido y tranquilo.j

La música sofocó el tintineo de las herraduras de los caballos contra los adoquines del patio y las extrañas y sibilantes voces de los rezagados. Estos se apearon de la montura y desaparecieron entre las sombras, mientras en los ojos de los guardias brillaban el miedo y el desprecio.

La luz de las antorchas del gran salón se reflejaba en los incensarios de bronce colgados del techo con largas cadenas. Jóvenes esclavas vestidas con gasas y chillonas sedas multicolores bailaban mientras los invitados tomaban lo que les apetecía de las grandes fuentes de plata dispuestas frente a ellos sobre las alfombras: cordero y cabrito con especias, arroz

aromatizado y aves asadas. En el centro de la estancia, el sha y su invitado de honor, Bayaceto.

Bayaceto comía sin ganas, ocupada la mente con el futuro.

Solimán había accedido por fin a acudir allí y a hablar de reconciliación. ¿Qué otra cosa puede hacer?, pensó Bayaceto. Sin mí, el único superviviente del linaje Osmanlí es Selim y no le queda la más mínima elección. Tiene que negociar.

-Solimán lamenta lo que os ha hecho -le había dicho el sha-. Tal vez yo pueda mediar entre vosotros. No es demasiado tarde. Os ayudaré ahora y, cuando alcancéis el sultanato, Persia y los Osmanlí serán aliados.

Accederé y me mantendré a la expectativa, aguantaré en el este hasta que haya muerto, arriesgándome a que Selim llegue a Estambul antes que yo. Eso no tendrá importancia. Los jenízaros nunca le apoyarán por encima de mí.

Estaba previsto que la delegación llegara a primera hora del día siguiente. Bayaceto ardía en deseos de que se celebrara el encuentro, de que se pusiera fin a su exilio. Cada día que pasaba fuera del imperio aumentaba el peligro de su posición con respecto a los jenízaros. Había sido muy impulsivo al comportarse como lo había hecho, ahora se daba cuenta. Debería haber aprendido a ser paciente y a actuar con astucia. Sobraba tiempo para ver la cabeza de Selim en lo alto de un poste.

Bayaceto notó la fría corriente de aire en la espalda y comprendió que alguien había entrado por las grandes puertas posteriores. Rezagados. Pero una sensación de alarma hizo que se le erizaran los pelos de la nuca.

El sha se había sentado frente a Bayaceto, de cara a aquellas puertas. Levantó la cabeza durante unos segundos y luego volvió a concentrarse en la comida.

-¿Quiénes son vuestros invitados? -le preguntó Bayaceto.

-Los estábamos esperando.

Entonces Bayaceto lo oyó: era un sonido familiar, ya lo había escuchado en palacio, en Topkapi y en Amasia: una tos transida y ronca, como el jadeo de un perro que intenta engullir un trozo de cartílago.

Era el ruido que produce un mudo.

El ruido de un bostanji.

El sha sonrió, con gesto de pesar.

-Lo lamento -dijo-. Vuestro padre insistió.

Era un trato miserable, pero el sha no había tenido más remedio que acabar accediendo. Solimán le había ofrecido cuatrocientas mil piezas de oro. Los mullah del sha le habían recomendado intransigencia. Seguían deseando Bagdad. Para ellos estaba bien. Habrían desaparecido perdiéndose a toda prisa en las montañas cuando Solimán hubiera marchado con su gran ejército sobre Shiraz.

Bayaceto le miró, contraído el semblante con una mueca de desdén.

-Prometisteis protegerme.

-Es lo que llaman diplomacia en la Sublime Puerta. Decís que se trata de decir lo más apropiado en el momento más oportuno. Lo siento de veras. Este es un pésimo ejemplo de nuestra hospitalidad. Desearía que las cosas hubieran sido de otro modo.

Bayaceto giró en redondo. Eran cinco. Reconoció a uno de ellos. Se decía que era el hombre que había matado a Mustafá, el *bostanji-bashi*, el jardinero jefe, un sudanés feo y gigantesco. Cada uno de ellos llevaba en las manos un dogal de seda tan afilado como una navaja barbera.

Bayaceto había llevado consigo, desde Shiraz, sólo una docena de hombres. Estaban apostados en el patio. Sin duda los habían sometido, dada su inferioridad numérica. El resto seguía todavía en la capital del sha.

-¿Qué hay de los demás?

-Me temo que todos han muerto.

Un arrebato de furia se apoderó de Bayaceto y su diestra descendió hacia el *killig* que llevaba al cinto, pero el sha empuñaba ya su daga enjoyada y los guardaespaldas del persa se habían situado junto a él, a su espalda. Bayaceto comprendió que estaba atrapado. Cuando entró en el salón, los guardias situados en las puertas le parecieron un simple formalismo. Ahora comprendía que tenían una función práctica. Esta vez no habría indulto.

Miró a sus hijos. Le observaban, expectantes. Eran demasiado jóvenes para comprender aquello, demasiado jóvenes para tener miedo. ¡Dios, por favor, ayúdame en este doloroso trance!

-¿No podríais dejar con vida a mis hijos?

-Solimán ha sido absolutamente especifico en sus exigencias -respondió el sha.

-Dejemos entonces que Selim sea su epitafio -dijo Bayaceto.

La cuerda de arco, de seda, se ciñó de forma súbita alrededor de su garganta y se vio atraído hacia atrás para caer sobre la rodilla del eunuco, mientras se asfixiaba. De modo instintiyo, se llevó las manos al cuello, pero una vez el *bostanji* tuvo el dogal en su sitio ya no hubo escapatoria.

Los niños prorrumpieron en gritos. El mayor se precipitó en ayuda de su padre, al tiempo que gritaba a los otros que huyesen a la carrera; pero los eunucos los agarraron a todos y procedieron a cumplir su misión.

El sha contempló la escena, fruncido el entrecejo con desagrado. Eligió otro pedazo de cordero de la fuente y empezó a masticarlo. La política era a veces una actividad poco delicada, pero que había que aguantar.

Bursa

Chillaba una mujer en el patio, debajo de la ventana, y sus alaridos resonaban al chocar contra los muros, repitiéndose como los gemidos de un espíritu abyecto. El eunuco deseó que los guardias hiciesen algo para acallarla.

El hijo menor de Bayaceto sólo contaba nueve meses. Había sido concebido antes de la batalla de Konia y su padre no llegó a verlo. Se había quedado detrás, con su madre.

Cuando el eunuco se inclinó sobre la cuna, el niño le sonrió, le pasó un brazo en torno al cuello y le besó. Las manos del hombre empezaron a temblar. Soltó la cuerda de arco.

Salió de la estancia y entregó dos monedas de oro y el dogal de seda al portero que le había acompañado escaleras arriba. Aguardó. Minutos después, el hombre reapareció y bajó corriendo la escalera. El bramante de seda cayó ondulante sobre las piedras. Entró de nuevo en la habitación. El niño le sonrió.

-Que Dios me ayude en mi pesar -murmuró.

Palpó la bolsa de cuero que llevaba en la cintura. Si no volvía con ella llena, Solimán le ejecutaría en el acto.

Recogió el bramante y cerró la puerta tras él. Cuando se acercaba, el niño lanzó una risita y le tendió los brazos.

Konia

Es un largo trayecto, de Venecia a Konia, por el centro de la estepa de Anatolia, un viaje interminable desde el Campanile y San Marcos hasta la solitaria ciudad asiática, rodeada en medio de la amplia llanura polvorienta de unos cuantos caravanserrallos de piedra, cierto número de negras tiendas de nómadas y algún que otro chacal vagabundo. Una larga marcha desde Venecia y un lugar solitario en el que morir.

Encontraron a Abbás en su celda.

Estaba tendido en la alfombra, boca abajo. Un gato blanco lamía el pañuelo ensangrentado que aferraba su puño izquierdo.

-Consunción -musitó el médico. O quizá veneno, pensó. Tal vez la muerte era infinitamente preferible a ser el *kislar aghasi* del *shahzade* Selim. O acaso existían otras razones.

¿Quién podía saberlo? Cuanto menos supiera uno, tanto mejor. El conocimiento podía resultar peligroso.

Se necesitaron seis pajes para levantarlo y sacarlo por la puerta con adornos de hierro del harén y subirlo a la carreta que aguardaba. El médico se quedó detrás para examinar el recinto.

Abbás estaba escribiendo una carta. Pluma y pergamino se encontraban sobre la mesita baja que había junto al cadáver. Miró la carta: inacabada. En realidad, sólo había escrito el encabezamiento:

«Querida Julia.»

¿El eunuco jefe escribía a una muchacha? Tal vez era el nombre cariñoso que aplicaba a otros de los mozos negros, pensó. Bueno, ya no importaba. Enrolló la misiva y la arrojó al fuego.

Topkapi Saraya

Cuando el paje del vestuario hizo su reverencia y se retiró, cuando concluyó sus oraciones, Solimán se quedó solo. Tendido encima de la colcha, permaneció inmóvil, mientras escuchaba su entrecortada respiración, sin lograr que apareciese el sueño. Al cabo de un rato, se levantó, se llegó a la enrejada ventana y observó las estrellas a través de las sombras oscuras de los cipreses.

Decidido. Selim seria el próximo. Si lo que Húrrem le dijo era verdad, él habría cumplido con su deber para con los Osmanlí.

-Pero, por favor, dime que mentiste -pidió en voz alta.

-Estaba enferma, agonizaba -declaró Húrrem tras él-. ¿Cómo pudisteis creerlo?

-¿Y cómo podía estar seguro?

-Me amabais. ¿Cómo pudisteis dudar de mi?

Se quedó mirándola. Tan hermosa, con su cabellera de color cobre bruñido trenzada con adornos de rutilantes perlas, el gorrito verde prendido con desenvoltura en la cabeza.

-Dijiste que el niño era de Ibrahim.

-Mi señor, ¿cómo podéis creer tal cosa? ¿De verdad podéis creer que os engañé hace treinta y cinco años?

Solimán no podía contestarle.

-No os habría traicionado de ese modo -dijo Ibrahim.

Solimán dirigió la mirada hacia él. Ibrahim, sonriendo con aquella arrogancia que le caracterizaba, como si dijera: «grita al diablo». Ibrahim, contoneándose con los pulgares metidos en el fajín de la cintura y la lívida señal de una herida alrededar de la garganta.

-Tuviste la ocasión -dijo Solimán-. Yo te quería. Te entregué mi confianza. Te permití entrar hasta el corazón de mi serrallo. Sólo tú habrías podido tener la oportunidad.

-Ella te mintió.

-¡Diselo! -vociferó Solimán a Húrrem-. ¡Dile lo que me dijiste a mí!

-Estaba enferma -insistió Húrrem-. Fue el diablo quien habló, no yo.

Solimán soltó un grito a voz en cuello y se cubrió los oídos. Pero fue Mustafá quien habló a continuación:

-Yo era el *shahzade,* padre. No os traicioné.

-¡Las pruebas contra ti eran evidentes!

Mustafá, tal como lo recordaba la mañana en que irrumpió en la tienda del *shahzade*: el holgado caftán blanco y el turbante de seda, la barba recortada, soberbio, bravo, la cabeza erguida con gesto desafiante. Mustafá, que nunca le había mentido.

-¡Fuisteis vos quien me traicionó a mí! Entregasteis nuestro imperio a Selim, un ser lascivo, un borrachín. ¿Esa es la forma de cumplir con vuestro deber hacia los Osmanlí?

-¡Al menos es de mi sangre!

-Yo os quería, mi señor -intervino Húrrem-. ¿Cómo pudisteis dudarlo? ¿De veras creísteis que Bayaceto no era hijo vuestro? ¡Yo os amaba!

-¡Claro que me amabas! ¡Renuncié a mi harén por ti! ¡Te hice reina! ¡No tenias más remedio que amarme!

-Entonces, ¿por qué asesinasteis a nuestro hijo?

-Porque nunca pude tener la certeza de que lo fuese -gimió Solimán, y cayó de hinojos.

Los pajes negros, que no podían oír sus gritos, le miraron, aterrados, pero ninguno se movió de su puesto ante la puerta.

-Porque nunca pude estar seguro, jamás... -sollozó Soliman.

Y nunca, nunca jamás habría paz. La noche cayó sobre aquel lugar de silencio, aquel paraíso de mármol, jardines y piedras relucientes, donde el rey de reyes, Señor de la Vida, sombra de Dios sobre la Tierra, se quedó lanzando denuestos contra los fantasmas que habían regresado para mofarse, martirizarle y torturarle durante cinco años más en el Infierno.

Lo que los hombres llaman imperio es una discordia
y una guerra incesante a escala mundial.
En la tierra, la única alegría reside en el descanso del eremita.

De un poema escrito por el sultán Solimán, al que llamaron el Magnífico, descubierto tras su muerte, ocurrida en 1566.

EPILOGO

Estambul, 1990

La mezquita de Suleymaniye domina la ciudad de Estambul, sus alminares y su impresionante cúpula se yerguen sobre el puerto del Cuerno

de Oro, empequeñeciendo la mezquita de Rústem Pachá, que se alza en las laderas inferiores. Sustentada por macizas columnas de pórfido, granito y mármol blanco, sus ventanas tienen cristales amarillos y rojos, de forma que, en las horas más cálidas del día, rayos áureos y sangrientos cruzan en ángulo las espléndidas alfombras carmesí y cobalto. A veces, un servidor de la mezquita sube al púlpito y recita el Corán; el hombre ha consagrado su vida a la tarea de apren
derse de memoria todo el libro. Su cerebro no sirve para ninguna otra cosa.

La mezquita es un monumento pétreo dedicado al hombre a quien el pueblo turco recuerda como el más importante de todos los sultanes otomanos. En los primeros trescientos años del imperio, diez sultanes, que culminaron con Solimán, construyeron un imperio de treinta millones de almas, que incluían veinte idiomas distintos, todo ello conquistado en batalla desde la silla de montar de un caballo.

Después de Solimán hubo veinticinco sultanes más, una estirpe ininterrumpida de seres débiles o degenerados, que se depravaron en sus harenes, dilapidaron las finanzas del imperio con extravagancias o saciaron sus apetitos con crueldades sin freno sobre quienes tuvieron la desgracia de caer bajo su poder. La tradición osmanlí de soldados y estadistas cesó con Selim II, llamado el Borracho.

Los estudiosos han aventurado la teoría de que la línea sucesoria se rompió. Lo cual nunca se ha demostrado. Puede que hubiera sido simplemente la consecuencia natural del exceso de poder, riqueza y comodidad.

Es posible que la respuesta se encuentre enterrada en un tranquilo jardín contiguo a la gran cúpula de la mezquita Súleymaniye.

En este plomizo día, un viento húmedo agita las ramas altas de los plátanos. Las palomas alborotan en los pórticos de mármol y en los amplios patios. Ha empezado a caer una llovizna mansa.

El cementerio se encuentra en el muro sureste de la mezquita. Las grises lápidas mortuorias están labradas en forma de turbante y cada uno de ellos indica el rango que ostentó quien ocupa el sepulcro. Las hierbas cubren algunas de esas tumbas. Pero en el interior del *túrbeler*, la cripta de Solimán, la quietud santifica el aire. La sepultura está entre otras dos. Turbantes de rico terciopelo carmesí aparecen sobre los mausoleos adornados con colgaduras para demostrar que los sarcófagos pertenecen a hombres que fueron sultanes del imperio.

Por cinco mil liras turcas, el *bekgi* les hablará de dichos señores.

-Esta es la tumba de Solimán. En Occidente le llaman el Magnifico, pero aquí se le conoce por el apelativo de Kanuni Sultán, por los muchos *kanun* o leyes que promulgó durante su reinado. Se le reconoce como el mayor de todos los sultanes, por sus importantes victorias militares, los formidables edificios que creó con el arquitecto Sinan, la majestuosidad que alcanzó la poesía y la música en aquella época...

Recita la lección de historia a todos los turistas como si se estuviese refiriendo a un miembro de su familia.

Hay un pequeño *turbeler* en un rincón del cementerio, con una verja de hierro que impide la entrada. El olor de la suave llovizna se entremezcía con el efluvio de humedad que parece surgir, como vapor, de las interioridades del sepulcro. Un rótulo identifica la tumba como perteneciente a Hasse-ki Húrrem, reina de Solimán. Intento abrir la verja, pero está

cerrada con llave. Recurro al *bekhi*, pero el hombre me confiesa que sabe muy poco acerca de ella. Parece que ahora duerme sola. Sus secretos permanecen con ella dentro de su mausoleo.

Un cartel fijado a las tablas de la valla anuncia la próxima inauguración del festival de Konia. Habrá actuaciones de los derviches y un torneo de *herit.* Arrecia la lluvia, así que doy media vuelta y emprendo el camino hacia la salida del cementerio.

Empieza a ser tarde y hay pocos turistas, de modo que el *bekhi* se marcha también, tras cerrar con llave la verja de entrada. Dejamos al sultán y a la reina envueltos en su silencio… en su silencio

FIN